Diana Fraser



Multimillonarios Británicos

La Serie Completa







MULTIMILLONARIOS BRITÁNICOS - LA SERIE COMPLETA

DIANA FRASER

ÍNDICE

Introducción
Contenidos

El matrimonio de contrato del multimillonario
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Epílogo

La CEO que desafió al multimillonario
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Epílogo

El bebé secreto del multimillonario
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11

Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Postfacio

Otras Obras de Diana Fraser

Multimillonarios Británicos - la serie completa
por Diana Fraser

© 2025 Diana Fraser
dianafraser.com

-Multimillonarios Británicos-
El matrimonio de contrato del multimillonario
La CEO que desafió al multimillonario
El bebé secreto del multimillonario

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora y se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con eventos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia. Todos los derechos reservados. Excepto lo permitido por la Ley de Derechos de Autor de EE. UU. de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación, sin el permiso previo de la autora.

INTRODUCCIÓN

Multimillonarios Británicos... *¡Tres multimillonarios de corazón duro y tres mujeres que los ponen de rodillas!*

Marcados por el legado de negligencia emocional de su padre, cada hombre debe luchar contra su demonio interior para encontrar el amor. Pero no es un camino fácil hacia la felicidad, especialmente cuando cada una de las tres mujeres es fuerte y tiene sus propios problemas que enfrentar...

Este set incluye las tres historias completas—tres romances contemporáneos y apasionantes protagonizados por:

Sebastian e Indra
Alexander y Lily
Harrison y Paris

Así que olvídate de la locura de nuestro mundo real, acomódate en una silla confortable con tu mascota favorita, una bebida y chocolate, y piérdete en el mundo de los Multimillonarios Británicos.

CONTENIDOS

El matrimonio de contrato del multimillonario
Sebastian e Indra

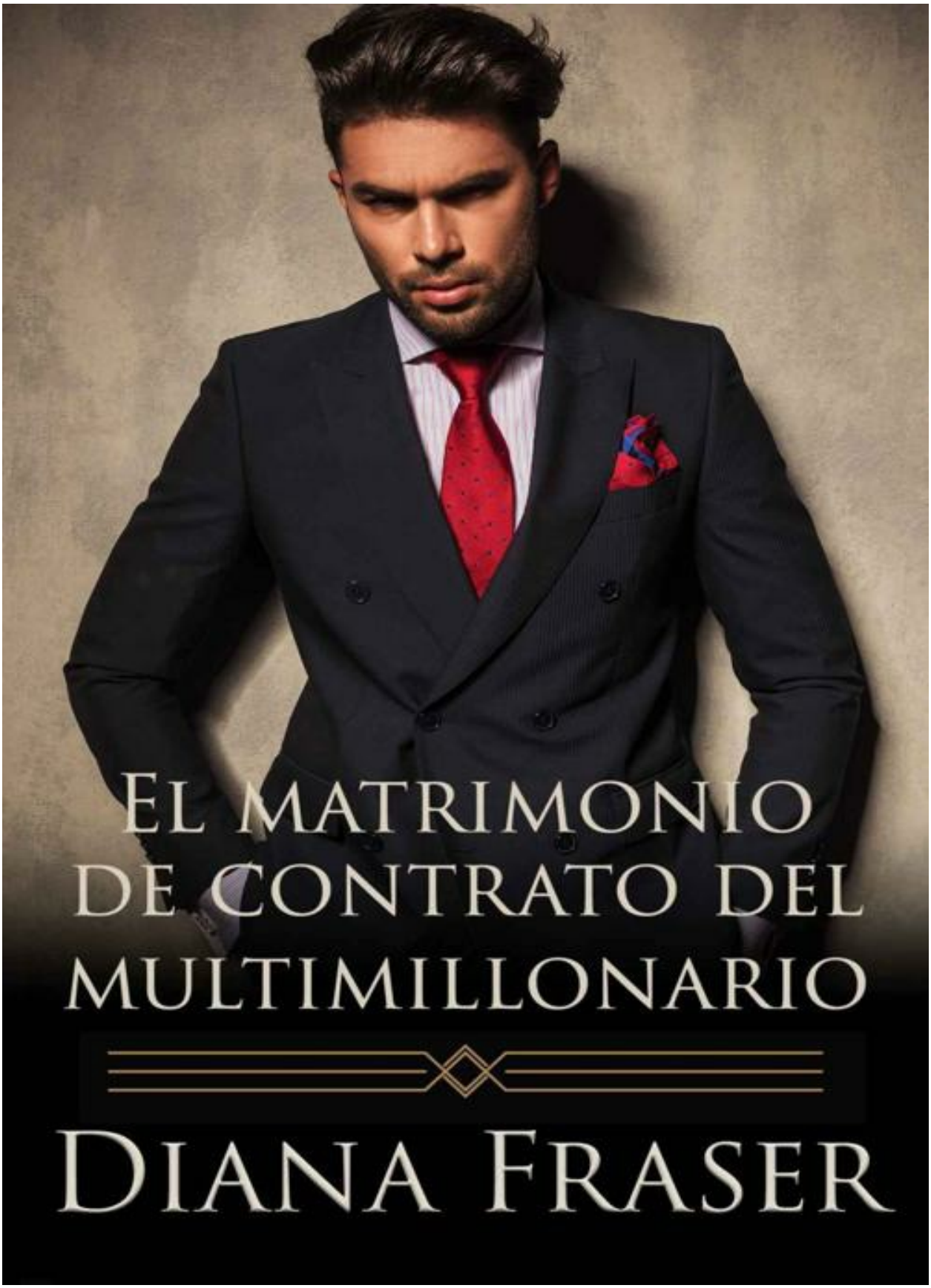
Un multimillonario de corazón duro, una heredera secreta, unidos en un matrimonio que ninguno de los dos desea...

La CEO que desafió al multimillonario
Alexander y Lily

Él es el jefe multimillonario, ella es su CEO imposible. Él debería, pero no puede dejarla ir...

El bebé secreto del multimillonario
Harrison y Paris

Un multimillonario en busca de su amante embarazada, una mujer con más razones que la mayoría para permanecer oculta...


El matrimonio de contrato del multimillonario
Diana Fraser

CAPÍTULO UNO

INDRA echó un vistazo a los lujosos coches aparcados frente al pórtico de piedra de Richmond Manor y urgió a su caballo a trotar. Tenía que escapar. Alejarse de los extraños que caminaban por su casa, pisando las valiosas alfombras con sus zapatos embarrados, arrojando abrigos sobre el respaldo de las sillas que su madre alguna vez mantuvo impecables, y llenando el silencio con sus voces profundas y risas estridentes. Lo peor de todo era que ahora la casa les pertenecía más a ellos que a ella.

Al emerger a los campos de hierba que rodeaban la mansión georgiana, el trote se convirtió en un cómodo galope y, con cada paso que la alejaba de los extraños, se relajaba un poco. Hizo una mueca. *Extraños*. Eran sus hermanastros. Hombres que habían evitado a su querido padrastro mientras estuvo vivo. Pero ahora que había muerto, no podían esperar para regresar y reclamar lo que era suyo. Bueno, al menos dos de ellos habían llegado, haciendo suficiente ruido y creando suficiente caos para llenar la gran casa. El tercero, el mayor y heredero de la Finca Richmond, aún no había llegado. Pero lo haría. Ella lo sabía. ¿Y dónde la dejaría eso a ella? La tensión le oprimió las entrañas. Tendría que abandonar su amada finca. Se quedaría sin hogar, sin trabajo y sin amigos.

Instó a su caballo a un galope más rápido hasta que la distancia entre ella y la casa se extendió por kilómetros y se encontró sola en la vasta campiña de Norfolk. No se oía ni gente ni coches. Solo los pájaros en los árboles y el relincho de los caballos pastando en un campo cercano competían con el retumbar de los cascos de Starlight sobre el suave suelo de hierba, brindándole a Indra la paz que anhelaba.

A medida que su respiración y movimientos se sincronizaban con los de su caballo, la tensión disminuía. La ráfaga de aire refrescaba su rostro acalorado y soltaba su largo cabello oscuro de su sujeción hasta que ondeaba detrás de ella como la estela de un barco, mientras continuaba galopando a través de los campos.

Aminoró la marcha al acercarse a un grupo de árboles, sus ramas desnudas destacándose contra el cielo gris plomizo. Este era el límite hasta donde podía cabalgar, antes de llegar a la carretera donde giraría de vuelta hacia otro prado que formaba parte de la extensa Finca Richmond. Al llegar a los árboles, un destello amarillo llamó su atención. ¿Un coche, aparcado a kilómetros de cualquier lugar? De repente, su caballo se inquietó, perdiendo el ritmo, cuando un hombre saltó de detrás de un árbol y gritó. Starlight se encabritó, e Indra cayó al suelo con un fuerte golpe, quedándose sin aliento. Rodó sobre su costado y jadeó en busca de aire.

Mientras recuperaba el aliento, se impulsó sobre sus manos y rodillas, y miró al hombre que estaba calmando a Starlight. Él le daba la espalda, pero podía ver que, entre sus palabras reconfortantes y su toque firme pero gentil, Starlight comenzaba a calmarse. Más que ella, de

todos modos. La familiar sensación de pánico, que tenía el efecto de paralizarla, la invadió, como siempre sucedía cuando se enfrentaba a algo amenazante. El hombre era alto, de hombros anchos y parecía más que capaz de manejarse a sí mismo, y a ella, si quería. Su corazón latía con fuerza. Miró a su alrededor. ¿Podría huir? No llegaría lejos sin su caballo. Cálmate, se dijo severamente. Estaba aquí, en la campiña de Norfolk que tanto amaba. Y este hombre era obviamente un visitante del centro de entrenamiento de caballos de carreras que se había perdido. Era fácil hacerlo. No estaba a punto de atacarla. Pero sus temores no se calmaban tan fácilmente.

Lo observó atentamente, alerta ante cualquier señal de que pudiera intentar agarrarla. Había sucedido una vez y resultó en consecuencias mortales. Nunca dejaría que volviera a suceder. Pero el hombre continuó enfocando su atención en calmar a Starlight. Vestía un traje elegante, no el tipo que usarías para caminar bajo la lluvia en lo profundo de la campiña de Norfolk. Definitivamente era un propietario de caballos de carreras con más estilo que sentido común. Pero no fue esta lógica lo que hizo que sus temores se disiparan. Era su voz. Entendía por qué Starlight se estaba calmando, porque las palabras tranquilizadoras del desconocido estaban haciendo algo muy similar con ella. Su tono era reconfortante y profundamente calmante. Este era un hombre que sabía cómo controlar las cosas y, le gustara o no, estaba controlando sus nervios, sometiéndolos, hasta que casi habían desaparecido.

Y luego estaba el evidente efecto de su toque. Los ojos de Starlight pasaron de girar hacia atrás por el miedo, a entrecerrar los párpados mientras el desconocido la calmaba con su mano. Deslizó una mano grande por su cuello, sus largos dedos extendiéndose sensiblemente sobre el lomo y la grupa del caballo. Un escalofrío recorrió la espalda de Indra.

Pálidas gotas de llovizna se formaban en la costosa seda de su chaqueta y se aferraban a los rizos oscuros que rozaban su cuello. Sintió un extraño impulso de hacer exactamente lo que él estaba haciendo con Starlight, de extender la mano y pasar sus dedos por su cabello, para sentir la textura de sus rizos y probar su fuerza. Impulsivamente, dio un paso adelante. Todo cambió en un instante, cuando él se volvió hacia ella con un gesto sombrío. Labios serios, ojos entrecerrados y cabello oscuro, demasiado largo, cayendo sobre su rostro, parecía el mismísimo diablo.

—¿Qué demonios estabas haciendo? —preguntó, con una voz controlada pero enérgica para no asustar a Starlight—. Me habrías derribado si no me hubiera apartado en el último momento. Y este es un caballo caro el que estás montando. Podría haberse lastimado.

La ira superó sus temores y levantó la barbilla para enfrentar mejor esos ojos oscuros y furiosos.

—¿Que qué demonios estoy haciendo yo? ¡Fuiste tú, saltando frente a mí! ¡Casi nos matas a ambas!

Él no respondió de inmediato, como si algo lo hubiera impactado. Casi podía sentir su mirada arrogante recorriendo cada centímetro de su menudo cuerpo. La feroz intensidad en sus ojos se suavizó un poco. No estaba segura de qué era peor y dio un paso atrás, recordando lo solos que estaban. Pero se detuvo antes de retroceder más. Eso la haría parecer asustada, lo que podría alentarlo. Necesitaba que soltara a su caballo para poder largarse de allí.

Por un segundo, todo quedó en suspenso, y no podía predecir cómo iba a responder. Luego, él volvió a mirar a Starlight. Si esperaba una disculpa, parecía que iba a decepcionarse.

—Me resulta familiar —dijo, pasando sus dedos por las patas del caballo.

—¿Starlight?

—Sí, la reconozco.

—Lo dudo. Nunca sale de la finca.

El desconocido arqueó una ceja sorprendido.

—¿Un caballo tan bueno? ¿Por qué no?

Ella caminó lentamente hacia el otro lado de Starlight, opuesto a donde estaba el desconocido, y deslizó sus dedos sobre las riendas sin que él lo notara.

—Porque está bien donde está. En la finca.

—Esa es una pérdida para el mundo —dijo él, mirándola de reojo antes de volver sus ojos errantes hacia los flancos de Starlight—. Porque es una pura sangre, sin duda. Reconozco las marcas. Su madre debe haber sido Ladyhawk. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a los establos—. De Richmond.

Ella frunció el ceño. ¿Cómo podía este extraño saber sobre el linaje de Starlight?

—Monté a Ladyhawk cuando era niño. —Volvió su mirada hacia ella, desafiándola a atar cabos. Ella lo hizo. Y no le gustó el resultado.

Su agarre se tensó en las riendas mientras colocaba la otra mano en la silla y un pie en el estribo. Se impulsó y se sentó a horcajadas sobre Starlight.

—Eres Sebastian Richmond —dijo ella.

—Lo soy. ¿Y tú eres?

Ella sacudió las riendas y cambió su posición para que la sensible yegua entendiera sus intenciones.

—¿Yo? —dijo—. No soy nadie.

No volvió a mirarlo, simplemente se inclinó sobre Starlight, instándola a galopar lo más rápido que pudiera, a través de los campos y lejos del hombre.

De todas las formas en que había imaginado conocer al hijo mayor y heredero de su padrastro, este escenario ni siquiera se le había pasado por la mente.

Puede que no fuera nadie, pero era una impresionante nadie, pensó Sebastian mientras la veía galopar a través del campo hacia la mansión, a al menos tres kilómetros de distancia. Su espeso y brillante cabello negro ondeaba detrás de ella y sus largas y esbeltas piernas enfundadas en pantalones de montar se aferraban al caballo de una manera que desataba su imaginación. Y, pensó mientras subía el cuello de su chaqueta contra la lluvia cada vez más intensa, era una impresionante nadie que lo había dejado caminando por los campos bajo un aguacero.

Metió las manos en los bolsillos, encorvó los hombros contra la lluvia, que se hacía más fuerte con cada minuto que pasaba, y comenzó la larga caminata a través de los campos. Sabía que sería una caminata aún más larga si se atenía a los caminos. Pero, con su Lamborghini alquilado estacionado al lado del sendero sin mostrar señales de vida, no tenía otra opción. Su teléfono móvil estaba sin batería y no había casas, ni pueblos, ni señales de vida excepto “nadie” desde que había puesto un pie en la Finca Richmond.

¿Quién era ella? ¿Alguna jockey que su padre había contratado? No le sorprendería. Su padre siempre había tenido debilidad por las bellezas exóticas. Se rumoreaba que su amante recientemente fallecida había sido una. Quienquiera que fuese, sería la primera en salir por la puerta después de que él tomara el control. No quería ningún recordatorio de su padre.

Sebastian podía ver que el chaparrón pronto pasaría, así que esperó bajo el refugio relativo de un pequeño bosquecillo mientras la lluvia seguía cayendo con fuerza. A lo lejos podía ver la casa solariega, perfectamente ubicada entre los árboles, y sintió que se intensificaba la emoción que había sentido al regresar a Norfolk. No lo había esperado. Había pasado años viviendo en Mónaco, pero ahora, volviendo al lugar donde había pasado su juventud, era como si nunca se

hubiera ido. La luz era la misma, pensó. Tenía una calidad única. No podría haber nombrado esa calidad, pero conocía su efecto. Tenía un efecto calmante en su alma, que no había experimentado en años.

Después de que la lluvia se detuvo tan repentinamente como había comenzado, Sebastian continuó su camino. Un sol acuoso salió, bañando los campos con una luz suave, brillando sobre las hojas mojadas y el lago. El techo de pizarra gris resplandecía bajo la luz del sol. Las retorcidas ramas desnudas de la glicina se entrelazaban alrededor del pórtico delantero. Frente a la puerta estaban los coches de sus hermanos, supuso. Rara vez los veía. Se había ido cuando ellos eran jóvenes y ahora eran personas muy diferentes, y habían seguido caminos separados. Había sido necesaria la muerte de su padre para reunirlos de nuevo.

Subió corriendo los escalones y extendió la mano para tocar el timbre, antes de darse cuenta de que este lugar ahora era suyo. En su lugar, empujó la puerta abriéndola de par en par y entró. Había cambiado. Le sorprendió. Siempre que lo recordaba, la casa era la misma que cuando la había dejado todos esos años atrás. Piezas heredadas acumulando polvo después de que su madre muriera y todo se volviera amargo. Su padre había dejado de preocuparse por alguien o algo después de eso. Pero ahora, el papel pintado y la pintura descascarillados y el olor a humedad que recordaba ya no estaban allí. Alzó las cejas sorprendido y miró alrededor.

En ese momento, escuchó que gritaban su nombre y alzó la vista para ver a dos hombres en la sala de estar. Aunque su apariencia física los hacía innegablemente sus hermanos, sus personalidades distintas los hacían parecer diferentes. Alexander, el hermano del medio, era el típico ejecutivo de negocios: encantador por fuera, pero con una voluntad de hierro que pocos veían. Su sonrisa era aún más cálida de lo habitual hoy, sabiendo que estaba a punto de heredar la empresa que sería el complemento perfecto para su ya extenso portafolio de compañías. A su lado, atlético y decidido, caminaba su hermano menor, Harrison. Un dedicado jugador de polo y la manzana mimada del ojo de su padre, Harrison pasaba sus días jugando al polo y sus noches seduciendo mujeres. O, al menos, lo había estado haciendo hasta que, según Alexander, de repente se había detenido. Ninguno de los hermanos sabía qué estaba pasando en el mundo de Harrison. Guardaba sus secretos muy cerca del pecho.

—¡Sebastian! —dijo Alexander con una sonrisa, extendiendo la mano para estrechar la de Sebastian—. ¿Dónde diablos has estado? ¡Mira cómo estás!

—Me alegro de verte también, Alexander —dijo Sebastian—. Y a ti, Harrison —agregó—. ¿Cómo va el polo?

—Sebastian —saludó Harrison secamente—. Me estoy tomando un tiempo libre del polo.

—¿Por qué? —preguntó Sebastian—. Eso no es propio de ti. ¿Qué está pasando?

Harrison frunció el ceño, y Alexander se rio.

—He estado tratando de sacárselo, pero no dice nada. Una mujer, me imagino.

Harrison volvió a fruncir el ceño.

Alexander tomó un sorbo de su champán y lo alzó.

—¿Quieres una copa? Estamos celebrando.

Sebastian asintió y aceptó una copa del mayordomo, quien se la ofreció con aire de desaprobación.

—¿Y qué estamos celebrando? —Incluso él, para quien no había amor perdido entre él y su padre, no tenía el mal gusto de celebrar la muerte de su padre distanciado—. ¿Nuestra reunión, tal vez?

—No —dijo Alexander, quien siempre había sido el más duro de los tres, a pesar de su engañoso buen humor. Levantó su copa y la luz del sol, que ahora se filtraba por las altas

ventanas, hizo brillar las burbujas efervescentes—. Nuestra herencia.

—Brindaré por eso.

Los tres terminaron sus copas y las colocaron en el aparador.

Sebastian miró hacia abajo, a la marca húmeda que su ropa empapada estaba dejando en el suelo de parqué, y se quitó la chaqueta empapada.

—Supongo que ninguno de vosotros tiene ropa de repuesto que pueda usar, ¿verdad? Mi bolsa está en el coche a un par de kilómetros de aquí. Ese es el problema de alquilar coches deportivos. Se estropean, y el Lamborghini murió.

—Claro —dijo Alexander—. Mi bolsa está en el pasillo. Puedes usar el último dormitorio a la derecha.

Sebastian ignoró el gruñido divertido de Harrison, simplemente contento de que algo le estuviera divirtiendo.

—Hablaremos después de que me cambie.

Ya en el pasillo, recogió la maleta de Alexander y subió al dormitorio al que le habían dirigido. Al menos no era el antiguo cuarto de los niños. No habría podido soportar volver allí. La habitación que le habían dado había sido de su madre. Era hermosa, soleada y normalmente no la usaban los invitados. Pero entonces, ya no sería un invitado aquí, pensó, mirando alrededor. Sería su habitación.

Todavía había cosas femeninas que recordaba de la época de su madre, y otras que no recordaba. Era casi como si alguien hubiera estado quedándose aquí recientemente. Pero había pasado mucho tiempo desde que había estado en esta habitación. Tal vez siempre había sido así y su padre no se había molestado en cambiar nada. Por una vez, se alegró de la indiferencia de su padre.

Se quitó toda la ropa y se quedó de pie, desnudo, mirando hacia el jardín delantero. Sentía una mezcla de cosas, arrepentimiento por todo lo que había pasado en esta casa entre él y su padre, y tristeza por el niño que una vez fue, pero también sentía una sensación de que todo estaba bien. Estaba en casa. Donde debía estar.

De repente, escuchó un golpe como si se hubiera cerrado la puerta de una ducha. Giró la cabeza en dirección al baño. Una mujer salió secándose el pelo, su bata abierta revelaba una figura exquisita: esbelta, pero con pechos llenos y largas piernas esbeltas. Levantó la mirada, se encontró con sus ojos y gritó.

—¿Qué estás haciendo en mi baño? —preguntó él.

—¿Qué demonios estás haciendo tú en mi dormitorio, más bien? —replicó ella, tratando torpemente de cerrar su bata, pero estaba enganchada en la puerta y se abrió aún más. No habría sido normal si su mirada no hubiera bajado hacia su sexo. Y estaba seguro de que cualquier hombre sano habría reaccionado como él lo hizo. Su erección fue inmediata y también lo fue la reacción de ella. Gritó una vez más y corrió al baño. El cerrojo se cerró con un clic.

—¡Sal de mi dormitorio! —gritó ella, con voz temblorosa.

—Oye —dijo él, sintiéndose incómodo. Estaba más acostumbrado a jugar el papel de salvador de mujeres que el de agresor—. Lo siento. No quise asustarte.

—Entonces, ¿qué demonios crees que estás haciendo parado desnudo en mi habitación?

—Mis hermanos. —Se pasó las manos por el pelo—. Me temo que pensaron que esto sería divertido. —Miró hacia abajo a su excitación y sacudió la cabeza. Agarró la maleta y su ropa mojada—. Buscaré otra habitación. Lo siento —dijo, antes de salir y entrar en el siguiente dormitorio, donde pudo ver que Alexander ya había instalado sus cosas.

Mientras se metía en la ducha, contempló a la hermosa mujer con el largo y brillante cabello

oscuro y los pechos más asombrosos que había visto. Llenos, para alguien tan menuda, y con una piel oscura y lujuriosa y pezones aún más oscuros y erectos. Eran hermosos y tenía mucho con qué compararlos. Se tomó un poco más de tiempo en la ducha de lo necesario mientras imaginaba cómo podría dar placer a ese cuerpo. Indra, supuso. Su hermanastra. La mujer a la que tendría que pagar.

Regresó con sus hermanos media hora después y los encontró en la sala de billar. Se sentó en el sillón y los observó. Harrison tenía toda la fuerza de un atleta, mientras que no podías quitarle los ojos de encima a Alexander. Tenía encanto y carisma a raudales.

—¿Cuándo lo viste por última vez? —preguntó Alexander.

—¿A Charles? —Nunca podía recordar haberse referido a su padre por otra cosa que no fuera su nombre. Era indicativo de su fría relación—. Hace diez años cuando me dijo que nunca volviera a oscurecer su puerta. —Tomó un sorbo de whisky—. No fue lo que se diría una invitación cálida. ¿Y tú?

Alexander se encogió de hombros.

—Vino a mi apartamento en Londres, instado por su nueva amante para hacer las paces. No funcionó.

—Ni conmigo —dijo Harrison—. No puedes hacer lo que él les hizo a ustedes dos, luego dar la vuelta y disculparte y esperar que todo esté bien. —Cuadró los hombros—. Puede que yo no lo haya pasado tan mal como ustedes, pero nunca podría perdonarle lo que les hizo.

—Para ser un mocoso mimado, tienes tus valores en el lugar correcto —dijo Sebastian ante la cara fruncida de Harrison.

—No —dijo Alexander—. No había manera de que alguna vez debiera ser perdonado.

—Mis pensamientos exactamente —dijo Sebastian. Lo eran, pero entonces, ¿por qué se sentía mal? Se frotó el estómago donde el dolor por su familia siempre se había manifestado, desde que era un niño y tan abiertamente rechazado por su padre—. Y el viejo apenas sufrió.

—Se consiguió una nueva amante.

—Y la encantadora hija de la amante. —Alexander y Harrison miraron a Sebastian, cuya mente había vuelto a dos espectaculares pechos—. ¿La viste?

Los miró, su rostro tan imperturbable como siempre. Había hecho una fortuna en las mesas de póker al no revelar sus pensamientos o sentimientos. Ahora era su segunda naturaleza.

—¿Y por qué la habría visto?

Los dos hombres se miraron entre sí. Alexander se encogió de hombros y apartó la mirada.

—Solo pensamos que podrías haberlo hecho.

—Es una casa grande —dijo Sebastian suavemente, sus pensamientos volviendo a ella, excepto que esta vez a sus largas y esbeltas piernas y al triángulo oscuro de vello que se asentaba en su cruce. Sus hermanos pensaron que le habían engañado. Le habían hecho un favor.

—Es una casa pequeña si hay dos personas que piensan que la poseen, dentro de ella.

Levantó la mirada.

—¿La hijastra de Charles? —Los otros asintieron—. Ella no la posee. ¿Cómo podría pensar que sí? No, la pagaré. Cuidó del viejo después de que su madre muriera.

Varias puertas de coches se cerraron de golpe y pudieron oír voces acercándose a la casa.

Alexander arrojó el taco de billar sobre la mesa.

—Hora del espectáculo.

Alexander rodeó con su brazo los hombros de Harrison. Sebastian notó su cercanía con pesar. Se alegraba de que se tuvieran el uno al otro, pero, como el mayor, sabía que se había perdido una relación fraternal. Sin embargo, no lo sentía de manera visceral. Había tenido mucho tiempo

para enfriar su corazón hasta que se había endurecido como un fósil en la roca. La gente había intentado darle vida desde aquel momento, hacía tanto tiempo, cuando había entregado su corazón para sobrevivir, pero siempre habían fracasado.

Los siguió fuera de la sala de billar con sus pesadas cortinas y muebles masculinos, y entraron en la biblioteca donde el abogado de su padre ya estaba sentado, con sus asistentes intercambiando papeles entre ellos.

Había otras cuatro sillas dispuestas frente al escritorio, una de las cuales ya estaba ocupada. Esta vez, su cabello oscuro estaba recogido en una coleta y vestía pantalones negros y una camisa negra. Al tomar asiento a su lado, sus miradas se cruzaron y ella le lanzó una mirada fulminante. Cruzó los brazos y miró directamente al abogado. Sebastian supuso que merecía ese desaire.

—Pensé que esta reunión era solo para los beneficiarios de mi padre —dijo Alexander, nunca uno para andarse con rodeos.

—Lo es —dijo el Sr. Jackson, un abogado impecablemente vestido. Su cabello gris estaba peinado hacia atrás desde un rostro con gafas, y miró por encima de los cristales a los tres hermanos—. Yo solicité la presencia de la señorita Anand —dijo.

Una alarma sonó en la mente de Sebastian. Sus hermanos hicieron ruidos despectivos, que el abogado ignoró. Sebastian admiró la capacidad del anciano para no sentirse amenazado por los tres hombres.

—Gracias por venir —dijo el Sr. Jackson—. Y permítanme ofrecerles mis condolencias por el fallecimiento de su padre —miró a Indra— y de su padrastro. Una pérdida muy triste para todos ustedes.

Esta vez, ninguno de sus hermanos hizo un sonido. El único sonido provino de Indra, una especie de ruido ahogado como el de un animal herido. Los tres hombres la miraron, pero ella se llevó una mano temblorosa al costado de la cara, ocultando su reacción. Pero la habían escuchado y se miraron sorprendidos entre sí.

El abogado le sonrió a Indra y volvió a mirar sus papeles—. Su padre me instruyó para reunirme con los cuatro después de su fallecimiento para informarles sobre el contenido de su testamento.

Alexander se inclinó hacia adelante, siempre impaciente—. Nos dijo su contenido. Sebastian, siendo el mayor, se queda con la casa, la finca y el título, yo me quedo con sus otros intereses comerciales y Harrison con sus inversiones. Lo cual —lanzó una mirada divertida a Sebastian— nos parece bien. ¿Quién querría heredar este mausoleo?

—Está el centro de entrenamiento y la finca —dijo Harrison.

Alexander descartó la idea con un gesto—. No tengo interés en ninguna de esas cosas. Todo lo que quiero es la empresa familiar. Encajará perfectamente en mi cartera de negocios. La joya de la corona. Sebastian puede quedarse con todo lo demás. Y tú puedes quedarte con las inversiones. Consigue a alguien que las administre y nunca tendrás que trabajar otro día en tu vida. Podrás concentrarte en el polo y las mujeres.

—No estoy interesado en ninguna de las dos cosas —murmuró Harrison.

Sebastian intercambió una mirada de sorpresa con Alexander, pero no siguió indagando sobre el asombroso comentario de su hermano menor. Estaba más molesto con ellos por hablar tanto y revelar sus deseos. Los problemas le habían enseñado a ser cauteloso, pero sus hermanos no habían tenido una infancia tan difícil como él y eran mucho más abiertos.

—Entonces, si eso es todo —dijo Harrison, poniéndose de pie—. Podemos volver a nuestro juego de billar.

El abogado levantó la mano—. Agradecería su paciencia, caballeros. El testamento al que se refieren era uno anterior. Su padre hizo otro testamento hace unos años, que ha cambiado ligeramente.

Harrison suspiró y volvió a tomar asiento. Alexander se inclinó hacia adelante, alerta—. ¿Qué tan "ligeramente"? Un resumen sería apreciado, Sr. Jackson.

El abogado se aclaró la garganta—. Como deseen. Alexander y Harrison. Como en el testamento anterior, la empresa familiar pasará a ti, Alexander. Y Harrison heredará las acciones y participaciones de su padre, que tienen un valor nominal similar.

Alexander se reclinó con un silbido bajo de alivio—. Estoy contento con eso y he revisado el Financial Times —Él y Harrison chocaron las manos en señal de triunfo—. Tú también estás muy bien.

Sebastian estaba feliz por sus hermanos. No lo sabían, pero él tenía más dinero del que sabía qué hacer, gracias no solo a la herencia que cada uno había recibido de la fortuna personal de su madre, sino también a su única obsesión durante los últimos diez años como jugador profesional de póker. No, no era dinero lo que quería. Quería lo único que era suyo. Lo único que nadie podía quitarle.

—¿Y qué hay de Sebastian? —dijo Alexander, volviéndose hacia él con una sonrisa—. ¿O deberíamos llamarlo Lord Richmond ahora?

Sebastian no cambió su expresión. No le importaba el título. Solo lo que venía con él.

El abogado se aclaró la garganta y miró a Sebastian. ¿Se lo imaginaba Sebastian o había algo como una expresión de simpatía en sus ojos?

—Como hijo mayor, Sebastian, por supuesto, heredarás el título.

Sebastian asintió. El silencio se prolongó mientras el abogado revolvía algunos papeles y le hacía señas a uno de sus asistentes para que le pasara otro documento. Sebastian no llenó el silencio, y Alexander tampoco. Había un sentido de drama en el aire que era tangible. Se intensificó porque Indra, a su derecha, ya no ocultaba su rostro sino que miraba con el ceño fruncido al abogado. Sin duda ella, como él, había estado esperando que una parte de las inversiones de su padre llegara a ella. Pero se las había dado a sus dos hijos menores. Pero él se aseguraría de que ella no se fuera con las manos vacías. Si algo era, era justo.

—Además, Sebastian, también heredarás la finca y todo su contenido: la mansión, el centro de entrenamiento de caballos de carreras y las tierras y negocios de la finca, siempre y cuando... —El abogado se aclaró la garganta y se removió en su asiento, luciendo incómodo.

Sebastian apretó los dientes y frunció el ceño. Inclinó la cabeza hacia un lado y le dio al abogado su mejor mirada—. ¿Siempre y cuando? —lo instó con un gruñido áspero.

—Siempre y cuando te cases con la señorita Anand.

Un pesado silencio cayó sobre todos ellos, como una guillotina.

Ni siquiera se molestó en mirar a la mujer que obviamente había organizado todo esto—. ¿La señorita Anand? —preguntó con total incredulidad.

—Sí, eso es correcto.

Se volvió hacia ella, pero estaba sentada erguida, mirando al abogado, en evidente estado de shock.

El silencio fue roto por la risa de sus dos hermanos.

—Os dejaremos solos, entonces. Tendremos un whisky doble listo para ti, Sebastian.

Él ni se molestó en responder, simplemente miró fijamente al abogado, sabiendo que, por una vez, su cara de póker no era tan impasible. No podía ocultar su asombro por haber sido robado.

Había querido una sola cosa de su padre. Su legítima herencia. La mansión y la finca. Había

pertenecido a la familia de su madre, y le había prometido a su querida abuela que, algún día, tomaría posesión y la cuidaría, exactamente como ellos lo habían hecho.

No había querido las riquezas. Era su hogar lo que deseaba. Y acababan de arrebatárselo. Una mujer. Y no cualquier mujer. Sino la hija de la amante de su padre.

CAPÍTULO DOS

¡CASARSE! La palabra del abogado se repetía en la mente de Indra, reverberando una y otra vez como si le hubieran golpeado la cabeza y esta le zumbara por la conmoción.

¡Casarse! La palabra no la abandonaba, mientras permanecía sentada e inmóvil, su reacción habitual ante una confrontación airada o un shock. Había sido así desde aquel fatídico día, cuando presenció la muerte de su padre y su hermano. Se suponía que debía haberse quedado en el pequeño apartamento al que se habían mudado repentinamente, después de que su padre perdiera su dinero en negocios. Pero se había escabullido, incapaz de resistirse al parque infantil que había abajo. Allí se le había acercado un hombre con acento ruso que la había engañado para que identificara el apartamento en el que se alojaban. Y lo que sucedió después la había perseguido durante el resto de su vida. Sus padres le habían dicho que permaneciera escondida, que guardara silencio, y no lo había hecho. Ahora no había armas, ni peligro como el que había experimentado antes, pero su reacción nunca cambiaba. Había aprendido bien la lección.

A lo lejos, escuchó voces alzadas, pero se sentían como a un millón de kilómetros de distancia. El abogado parecía profundamente incómodo, pero estoicamente impasible. Estaba acostumbrado a tratar con su padrastro durante años y, por lo tanto, era inmune a la irritación. Pero, ¿el otro hombre? Miró a Sebastian Richmond. Se había puesto de pie de un salto y se mantenía en una postura amenazante frente al escritorio. Ni siquiera podía distinguir las palabras que decía, tan alterada estaba. Pero fuesen cuales fuesen, era evidente que estaba furioso y era igualmente claro que el abogado se negaba a cambiar su postura.

Mientras Sebastian se alejaba del escritorio y abría de golpe una ventana, permitiendo que el aire fresco de principios de primavera entrara en la sofocante habitación, el abogado la miró por encima de sus gafas.

—Señorita Anand. ¿Se encuentra bien?

Ella abrió la boca para hablar, se lamió los labios secos, pero volvió a cerrar la boca y negó con la cabeza.

El abogado le dijo algo a su asistente, quien le puso un vaso de agua en las manos. Agradecida, tomó un sorbo. Inhaló profundamente y trató de forzar una sonrisa tranquilizadora.

—¿He oído correctamente, señor Jackson? Mi padrastro desea que me case... —Miró la espalda de Sebastian. La tensión en sus anchos hombros era evidente. No podía pronunciar su nombre en voz alta. Podría hacer que esta pesadilla se volviera real.

—Sí, me temo que así es, Indra —dijo, deslizándose en la familiaridad de usar su nombre. Después de todo, era un visitante frecuente de la casa y la conocía bien—. Tu padrastro nunca hizo nada sin razón, aunque es difícil adivinar cuál podría ser en este caso.

Sebastian se dio la vuelta. —Mi padre siempre fue completamente irracional.

Los labios del abogado se tensaron, pero no respondió.

—Y no aceptaré una proposición tan ridícula —continuó Sebastian—. La tierra es mía. Mis hermanos están de acuerdo, siempre ha sido mía. Los padres de mi madre siempre quisieron que fuera mía.

—Era de tu *padre* para legar, Sebastian —dijo el abogado—. Y lo hizo en pleno uso de sus facultades mentales. El testamento es inexpugnable.

—Apelaré.

—Es tu derecho, ya que tienes legitimación. Pero debes saber que, si tienes éxito, los testamentos anteriores de tu padre entrarán en vigor. Su testamento anterior lo dejaba todo a la caridad. No recibirás nada bajo él.

—¡Entonces impugnaré ese también!

—Anticipé que podrías responder de esta manera, por lo tanto, hice que se redactara este documento. —Le entregó una hoja de papel grueso color crema—. Verás listados allí los testamentos anteriores de tu padre y sus beneficiarios. Si sigues ese camino y tienes éxito, lo cual, debo decir, es poco probable, acabarás con mucho menos de lo que se te presenta ahora.

Temblorosa, Indra se puso de pie. —Esto es absurdo, señor Jackson. Debe ver que lo es.

Él inclinó la cabeza en reconocimiento de la verdad de lo que ella decía. —Ciertamente es inusual. Y si no les gusta, pueden rechazarlo. Pero, si lo hacen, se irán sin nada. No se hizo ninguna otra disposición para ti.

Un nudo se le formó en la garganta, y asintió. Solo había una cosa que quería, y no era dinero. Era continuar viviendo en el único lugar del mundo en el que se sentía segura, y continuar su trabajo en la finca.

El abogado se volvió hacia Sebastian. —Y lo mismo se aplica a ti. Si no estás de acuerdo, te irás sin nada.

Sebastian se encogió de hombros. —Podemos casarnos y divorciarnos inmediatamente. Eso satisfará las condiciones del testamento.

El abogado se aclaró la garganta. —Cinco años —murmuró. Miró de uno a otro—. Vuestro padre ha estipulado que deben permanecer casados y vivir en la propiedad durante cinco años antes de divorciarse, de lo contrario la casa y la finca pasarán a ser propiedad de la caridad.

Sebastian maldijo y se alejó de nuevo hacia la ventana. Volvió a mirarlos, incapaz de controlar su ira. —¿Esto es siquiera legal? Suena arcaico.

—Los legados condicionales son ciertamente inusuales. Pero me temo que *es* completamente legal. Se ha establecido como un fideicomiso testamentario, cuyas condiciones específicas son bienvenidos a examinar, pero puedo asegurarles que es inexpugnable.

—Entonces, aclaremos esto. Si impugno esto, ¿no cree que ganaré y, si pierdo, lo perderé todo?

—Exactamente.

—Entonces está claro —dijo, mirando a Indra—. Debemos casarnos.

Ella jadeó. —¿Quieres esto?

—Por supuesto que no *quiero* esto. Pero si es la única manera en que puedo heredar la finca, entonces lo haré. Podemos llevar vidas separadas. —Frunció el ceño al abogado—. Supongo que mi padre no ha insistido en que tengamos relaciones sexuales como parte de las condiciones del testamento.

Alarmada, siguió la mirada de Sebastian hacia el abogado. De repente se preguntó exactamente cuánto poder ejercía su padrastro desde la tumba.

—Por supuesto que no —dijo el abogado, pareciendo aún más incómodo—. El matrimonio

fue la única estipulación, y vivir en la finca, por supuesto. Pero en cuanto a cómo lleven su vida, eso depende enteramente de ustedes.

—Bueno, ¡me alegro de que mi padre me haya permitido alguna libertad! —Sebastian se volvió hacia ella—. Entonces, Indra —supongo que puedo dirigirme a ti por tu nombre de pila ya que vamos a casarnos— ¿estás dispuesta a casarte conmigo para obtener tu herencia?

Indra se erizó de indignación. ¿Cómo se atrevía a quedarse ahí parado exigiendo una respuesta a tan terrible pregunta? La hacía parecer codiciosa y materialista. Ella solo quería una cosa: la seguridad y protección de su hogar. *Este* hogar. Él malinterpretó su silencio.

—Quiero decir —dijo con sarcasmo—, la alternativa no es precisamente atractiva. Marcharse de aquí sin nada.

Ella se negó a dejarse intimidar para responder su pregunta. En cambio, mantuvo la mirada fija en el abogado.

—Acepto las condiciones. ¿Hay algo más?

El abogado le dio una sonrisa amable y negó con la cabeza.

—No, eso es todo.

—Bien. Entonces me iré. Tengo trabajo que hacer. —Lo tenía, pero sabía que sería incapaz de concentrarse en el trabajo. También sabía que se negaba a estar en compañía de este hombre arrogante un segundo más de lo necesario. Él era todo lo que su padrastro lo había acusado de ser: arrogante, frío e implacable. Parpadeó para contener las lágrimas al recordar cuán amargamente su padrastro había hablado de su hijo mayor, y sin embargo había insistido en que se casara con él. Parecía el colmo de la crueldad. ¿Por qué lo había hecho? No podía creerlo.

Sin mirar atrás hacia la habitación silenciosa —sin duda Sebastian estaba esperando que desapareciera para poder argumentar más su punto—, cerró la puerta suavemente tras ella. Se concentró en poner un pie delante del otro. El ligero clic de sus tacones bajos en el suelo de parqué se apagó al cruzar la alfombra del pasillo, antes de convertirse en un leve traqueteo cuando su pie desalojó las varillas de latón de los protectores de la escalera. El andar deliberado se convirtió en una carrera al subir un segundo tramo de escaleras, esta vez sin alfombrar, hacia el cuarto de los niños en el piso superior, que había sido su dominio desde que llegó con su madre a esta casa diez años atrás, una niña asustada de doce años que había presenciado el brutal asesinato de su padre y hermano.

Una vez dentro del largo cuarto infantil, ahora equipado con libros, hermosas alfombras, escritorio y equipo informático, se relajó y se desplomó en el diván, hundiendo la cabeza entre las manos, y dejó fluir las lágrimas.

¿Cómo podía su padrastro, el hombre que ella y su madre habían llegado a amar, el hombre que le había mostrado tanta ternura, bondad y cuidado, insistir en un matrimonio con un hijo al que nunca veía y por quien no tenía amor ni respeto? ¿Cómo podía haberle hecho algo así?

Debía haber sabido que ella no tenía otra opción más que aceptar. Puede que el abogado no lo supiera, y ciertamente Sebastian no tendría ni idea, pero Richmond Manor era el único lugar donde se sentía segura. El único lugar donde podía imaginarse viviendo. Lo amaba como si fuera suyo, exactamente como lo había hecho desde el momento en que ella y su madre entraron en la vida de Charles Richmond hace tanto tiempo. Pronto descubrió que a Charles le encantaba que ella estuviera tan interesada en la propiedad. La había animado en sus estudios y la había introducido en todos los aspectos de su negocio. Había terminado gestionando toda la propiedad durante la larga enfermedad de su padrastro. Él la había amado. Ella lo sabía. Y sin embargo, ¿cómo podía haberle impuesto tal matrimonio? ¿Con un hombre que sabía que era frío y cruel? ¿Un hombre que ni siquiera se había molestado en venir a ver a su padre moribundo?

Sí, significaba que podía quedarse en su refugio del mundo, pero ¿a qué precio? ¿Qué demonios iba a hacer?

De repente, sonó su teléfono móvil y ella dio un respingo. Miró la pantalla. Sebastian. Debía haber conseguido su número de la oficina. Tocó la pantalla.

—Indra al habla.

Contuvo la respiración ante la voz autoritaria de Sebastian y se concentró en su respiración mientras escuchaba su pregunta.

—¿En diez minutos, dices? —Hizo una pausa. Sabía que tendría que enfrentarse a él en algún momento, pero quería demostrarle que sería en sus propios términos—. No. Media hora. —Cortó la llamada antes de que él tuviera la oportunidad de responder. Puede que él hubiera convocado una reunión, pero necesitaba saber que no todo sería en sus términos.

Arrojó el teléfono sobre la cama y caminó hacia el espejo. Con mano temblorosa, sacó un pañuelo de una caja y se limpió los últimos rastros de lágrimas y las manchas de rímel de debajo de los ojos. Tenía que controlarse. Necesitaba estar calmada y en control. Necesitaba *no* sentirse intimidada por Sebastian. Era solo un hombre, se insistió a sí misma. Un hombre falible con un gran ego. Según su padre, también tenía un intelecto tan agudo como su buen aspecto. Era un enigma. Pero uno que tenía que entender si iba a sobrevivir a esta prueba. Empezaría en línea, intentaría averiguar todo lo posible sobre él. “Sebastian Richmond”, tecleó, antes de pulsar la tecla enter. El hombre con el que estaba a punto de casarse.

Sebastian tomó el whisky de sus hermanos, se lo bebió de un trago y luego lo rellenó de la licorera de cristal. Rara vez bebía durante el día, pero entonces, rara vez descubría que tenía que casarse con alguien a quien acababa de conocer. Necesitaba el calor ardiente del whisky para contrarrestar su propio fuego interior, que ardía, alimentado por el conocimiento de que su padre había tenido la última palabra. Sebastian había imaginado que llegaría y todo iría sobre ruedas ahora que su padre había fallecido. Pero no había anticipado el alcance total de la astucia de su padre. Su padre estaba decidido a vengarse de él, incluso desde más allá de la tumba.

Dejó a sus dos hermanos, que parecían encontrar toda la situación muy divertida, jugando al billar y riéndose de él a sus espaldas, y volviendo al vestíbulo, abrió la puerta a la izquierda de la puerta principal, el salón.

Tan pronto como entró en la habitación, la combinación de cera y flores lo transportó a un tiempo, hace tantos años, cuando esta había sido la habitación favorita de su madre. Los recuerdos eran dolorosos y bienvenidos a la vez. Los jarrones aún estaban llenos de las mismas flores: rosas blancas. Frunció el ceño y miró alrededor. Nada había cambiado.

Los mismos cojines de terciopelo azul pálido estaban esponjados sobre los sofás de chintz descolorido. Las mismas cortinas de terciopelo azul a juego colgaban por encima de la curva de las enormes ventanas, ocultando los asientos de ventana donde solía refugiarse de su padre cuando era niño. Los castigos habían llegado a raudales después de que su madre muriera. Después de un tiempo, su padre había dejado de intentar inventar una razón para ellos. Así que Sebastian simplemente lo evitaba, viniendo aquí y acurrucándose con los libros de historia que había sacado a escondidas de la biblioteca, rodeado de recuerdos de su madre.

Se giró de repente, esperando a medias ver a su madre sentada mientras entretenía a sus amigas o miembros del comité con té, pastel y chismes. Una ola de nostalgia lo invadió, como no había experimentado en veinte años.

Esto era ridículo. Miró de reojo el reloj de carruaje antiguo, que había estado delicadamente

posado sobre la repisa de la chimenea, marcando las horas de la vida de su madre, hasta que esas horas terminaron tan prematuramente. Desvió la mirada del reloj hacia las fotografías familiares que habían estado agrupadas en los aparadores y mesas ocasionales desde la época de sus abuelos. Le gustaba pensar que tal vez su padre había mantenido la habitación inalterada en memoria de su madre. Pero, más probablemente, simplemente no se había molestado en cambiarla. De cualquier manera, se sentía reconfortado por la presencia invisible y los recuerdos de la familia que había amado y que alguna vez lo había amado a él.

Un golpe seco en la puerta interrumpió sus reminiscencias. Cerró los ojos en un vano intento de reprimir su irritación. ¿Qué demonios de venganza estaba tratando de ejercer su padre sobre él? Se dio la vuelta, dando la espalda al fuego ardiente.

—¡Adelante! —dijo, brevemente sorprendido por la orden instintiva tan reminiscente de su padre.

Indra abrió la puerta, lo miró y luego cerró la puerta tras ella. Todavía llevaba la misma ropa que había usado para la reunión. Y aún tenía el mismo efecto de restar importancia, incluso ocultar, su belleza. Le sorprendió lo diferente que parecía de la mujer que había visto por primera vez galopando hacia él a través de la lluvia brumosa. Entonces se veía impresionante con su cabello oscuro ondeando tras ella, cabalgando con una facilidad y ritmo naturales que mostraban cuán en sintonía estaba con el caballo. Tal empatía con los animales era rara. Él debería saberlo. Él también la tenía. Parecía que tenían al menos una cosa en común. Pero aún así no era nada sobre lo que construir un matrimonio.

—Querías verme —dijo ella, levantando la barbilla como si estuviera decidida a contrarrestar la vacilación natural que detectó en su voz. Ciertamente no era miembro de las clases altas de Inglaterra. Ninguna de las mujeres de su familia o sus amigas actuaban con tal deferencia. Pero entonces, a pesar de la posición a la que había ascendido en el hogar de su padre, ella era simplemente la hija de su ama de llaves. Incluso cuando su madre se había convertido en su amante, sin duda había permanecido sumisa, porque así era como a su padre le gustaba que la gente fuera a su alrededor.

—Sí. Creo que tenemos mucho que discutir. Pensé que lo mejor sería llegar a algún tipo de acuerdo sensato en torno a este bizarro requisito de mi padre.

—En efecto —dijo ella, sus ojos desviándose de los de él antes de volverse hacia la chimenea, como si estuviera mirando las fotografías enmarcadas por primera vez.

Estaba confundido por su distanciamiento. Había asumido que estaría furiosa con él, habiendo imaginado que se le legaría dinero, no este lío. Pero ella estaba de pie ante él, elegante, hermosa y fríamente distante. Muy diferente de la criatura natural que había visto en el parque. Se encogió de hombros. Supuso que esta no era exactamente una situación normal.

—¿Deseas aceptar las condiciones de mi padre? El señor Jackson dijo que podemos apelarlas.

Ella lo miró con ojos inteligentes y marrón oscuro. Le sorprendió lo oscuros que eran sus ojos. Eran como chocolate negro, invitadores y cálidos, con una profundidad que le hizo darse cuenta de que tenía que estar en guardia. Podría parecer dócil a primera vista, pero entendió instintivamente que la subestimaba bajo su propio riesgo.

—Sí, deseo aceptar.

—Tengo curiosidad. ¿Por qué elegirías aceptar condiciones tan bárbaras?

—Por las mismas razones que tú, supongo. Me dará algo que deseo.

—Supongo que es difícil darle la espalda a tal riqueza y estatus cuando vienes de la nada.

Sus hermosos labios se tensaron. —No vengo de la nada —dijo con altivez.

Sus oídos se aguzaron. Nadie había podido decirle cuál era el origen de ella y su madre. —¿Entonces de dónde vienes?

Era una pregunta directa, y esperaba una respuesta directa. No esperaba ser ignorado.

—La razón por la que deseo aceptar las condiciones de mi amado padrastro es porque... —Los labios, que habían estado tensos solo momentos antes, de repente temblaron mientras los apretaba, como si tratara de evitar ser abrumada por la emoción—. Porque amo este lugar. Es mi hogar. Es el único lugar donde quiero estar.

De todas las cosas que había imaginado que diría, esto ni siquiera había pasado por su mente. Ella volvió a dirigir su mirada inteligente hacia él una vez más.

—Estás sorprendido —dijo.

—Por supuesto. Imaginé que habrías esperado una limosna.

Ella apretó los dientes ante su descripción. —Había imaginado —dijo con dignidad—, que él podría desear proveer para mí de alguna manera. Después de todo, habíamos sido cercanos. Pero no, no una limosna. No habría aceptado una limosna. Nunca le pedí nada. Lo amaba como a un padre y creo que él me amaba como a una hija. Más de lo que amaba a sus propios hijos, eso es seguro. Más de lo que *tú* lo amabas a *él* —añadió, la ira burbujeando antes de que pudiera evitarlo.

Él metió los puños en sus bolsillos. —No sabes lo que sentía por él. Y no imagines que lo sabes.

—La imaginación juega un papel pequeño en lo que estoy haciendo. Es cristalino. He estado viviendo aquí durante diez años y ni tú, ni tus hermanos, se han molestado en hacer una visita. Ni siquiera cuando estaba enfermo.

Él abrió la boca para replicar bruscamente, pero suspiró en su lugar. Ella tenía razón en los hechos, pero no en las razones detrás de ellos.

—No sabíamos que estaba enfermo. Nadie nos lo dijo.

Ella inclinó la cabeza. —¿Qué quieres decir? Él me dijo que se había puesto en contacto con todos ustedes.

Él soltó una risa desdeñosa. —La verdad y las mentiras eran lo mismo para mi padre.

—No te creo.

—Puedes creer lo que quieras. No sugerí que nos reuniéramos porque tenga alguna necesidad de convencerte de nada. No quiero tu comprensión. Lo único que quiero de ti es un acuerdo sobre cómo podemos manejar esta situación ridícula.

—Si esto es demasiado ridículo para ti, simplemente puedes alejarte. Volver a tu carrera de ¿qué era? Ah, ya sé, apostar y mujeres de vida alegre.

Habría estado más enojado si las palabras “mujeres de vida alegre” no lo hubieran divertido con sus connotaciones anticuadas.

—Dicho así, suena muy atractivo.

—No necesitas el dinero.

—¿Cómo lo sabes? —Entonces se dio cuenta—. Ah, debes haber estado haciendo un poco de investigación. —Asintió con aprobación—. Me alegra ver que mi prometida tiene una cabeza para los negocios.

—Y tampoco me importa lo que pienses —replicó ella bruscamente—. No has respondido a mi pregunta. ¿Por qué no te alejas?

—¿Y por qué querría hacer eso?

—Para evitar casarte con alguien que no conoces y por quien no sientes nada. Esa es una buena razón.

—No es suficiente. Porque, al igual que tú, yo también veo este lugar como mi hogar. Puede que no haya venido aquí a menudo, pero crecí aquí. Estas cosas —hizo un gesto alrededor de la habitación— fueron colocadas por mi abuela y mi madre. Por suerte, parece que a mi padre no le importó hacer cambios.

—Estás equivocado —dijo ella.

—¿Perdón?

—Estás equivocado. Le dio instrucciones estrictas a mi madre de que esto siempre debía permanecer como estaba. No quería que se hicieran cambios en esta habitación.

Ella había logrado sorprenderlo. Él miró las flores y ella siguió su mirada.

—Sí, incluso las flores. Tengo un pedido permanente para ellas. Le dijo a mi madre qué tipo de flores y dónde comprarlas, y ella me pasó la información.

—¿Por qué? —Negó con la cabeza—. ¿Por qué haría eso?

Ella se encogió de hombros. —Asumimos que era porque amaba a su esposa y quería un recordatorio permanente de ella.

—¿Eso no molestaba a tu madre?

—Para nada. Para empezar, como sin duda sabes, mi madre fue contratada como su ama de llaves, así que naturalmente seguía sus instrucciones. Y luego, mucho más tarde, después de que creciera el amor entre ellos, continuó con la tradición. Mi madre tenía un corazón amoroso y generoso. Sabía que un corazón es lo suficientemente grande para amar a más de una persona. Exactamente como lo hizo con mi padre. No, no estaba celosa de los sentimientos de Charles hacia tu madre.

Él gruñó y miró hacia otro lado. Esto no era como se había imaginado que había sido.

—Como sea —dijo, decidido a mantener el control de esta reunión—. Aquí está mi propuesta. Uno, nos casamos como se requiere y luego, tan pronto como pasen los cinco años, nos divorciamos. Te pagaré y te irás de aquí.

—¿Y si no quiero irme?

—Lo harás.

—¿Y cómo crees que me harás ir? ¿Eh? —Parecía que la ira por lo que percibía como una amenaza la había vuelto audaz. Dio unos pasos hacia él. Estaba tan cerca ahora que podía ver que el marrón profundo de sus ojos estaba compuesto por motas negras y doradas que casi hacían que sus ojos parecieran estar en llamas. Una ceja estaba levantada en una pregunta enojada—. Si crees que puedes intimidarme como lo haces con todos los demás, estás muy equivocado. He conocido a personas mucho peores que tú en mi vida.

De nuevo, había aludido a su pasado, y eso lo intrigaba. —¿En serio? ¿Como qué?

Observó cómo la ira se desvaneció repentinamente, cuando ella se dio cuenta de lo que había sido forzada a revelar.

—Como que no es asunto tuyo. —Dio un paso atrás y se pasó los dedos por el pelo, acomodando un mechón suelto detrás de la oreja—. Simplemente no me amenaces. No me gusta y no funcionará. Si me voy, será en mis términos. Porque yo quiera. No tendrá nada que ver contigo.

A pesar de sí mismo, estaba impresionado por cómo se defendía. No podía ser fácil.

—No te amenacé. Simplemente dije que no puedo imaginar que estar aquí juntos sea agradable en ningún sentido de la palabra. Y que no seré yo quien se vaya.

—Ni yo.

Él se encogió de hombros. —En ese caso, estamos atrapados el uno con el otro. Así que propongo que durante esos cinco años, llevemos vidas separadas. La casa es lo suficientemente

grande, eso es seguro. Puedes tener el uso del piso superior y el ala este y dejarme el resto a mí. Quiero dejarlo claro. No habrá intrusiones en mi lado de la casa.

—Y me gustaría dejar claro que tú no entrarás en *mi* lado de la casa. Ni arriba.

—Puedo asegurarte que no tengo ningún deseo de volver a visitar mi cuarto de la infancia, muchas gracias.

—Bien, porque lo uso como mi oficina.

Él arqueó una ceja sorprendido. Pero se alegró de que el único lugar que odiaba en la casa estuviera doblemente fuera de su camino ahora.

—El Sr. Jackson dice que, legalmente, tenemos que esperar veintiocho días antes de poder casarnos. Sugiero que, durante este tiempo, comencemos como pretendemos continuar. Tú haces lo que quieras para pasar el tiempo mientras yo dirijo la finca.

—*Yo* dirijo la finca —dijo ella simplemente.

—¿Qué quieres decir?

—He estado trabajando junto a mi padrastro hasta que enfermó y luego me hice cargo. He estado administrando la finca mientras Bill dirigía el centro de entrenamiento.

Una oleada de ira pulsó por sus venas. —Ya no dirigirás la finca —dijo.

—Tendré que hacerlo —se encogió de hombros— si quieres que el negocio continúe.

—No hay necesidad. Hablaré con el gerente y él me dirá todo lo que necesito saber.

Ella arqueó una ceja perfectamente delineada y él volvió a sentir su poder y su fuerza. —¿Quieres hablar con la gerente? Ya estás hablando con ella. —Incluso tuvo la audacia de acercarse más a él y mirarlo a los ojos—. *Yo soy* la gerente. Mi padrastro despidió al anterior por incompetencia, una incompetencia que yo descubrí, por cierto. Y, si deseas que te diga algo sobre el negocio de la finca, será mejor que dejes de tratarme como si fuera estúpida —dijo, caminando hacia la puerta. Allí se detuvo y lo miró por encima del hombro—. Si quieres saber sobre la finca, puedes unirte a la reunión mañana por la tarde en la oficina de la finca y puedo comenzar a educarte.

Cerró la puerta antes de que él pudiera pronunciar palabra alguna de acuerdo.

Él había impuesto las reglas, pero ¿cómo es que ella había volteado las cosas a su favor?

CAPÍTULO TRES

LOS HERMANOS DE SEBASTIAN no se habían quedado más tiempo. Ansiosos por continuar con sus vidas y disfrutar de su buena fortuna, se habían marchado esa misma noche rumbo a Londres. Sebastian no lo lamentaba. El contraste entre su situación y la de ellos era irritante, y sus hermanos no habían dejado de burlarse de él por ello. Ninguno de los dos parecía tener preocupación alguna, y el testamento de su padre solo les había otorgado mayor libertad. Mientras que Sebastian había renunciado a su libertad, ¿y para qué? Para casarse con una desconocida y obtener la propiedad parcial de su hogar. Pero, mientras caminaba por los terrenos a la mañana siguiente, con los rayos del sol temprano atravesando los bosques y enviando destellos de luz sobre el lago, Sebastian sabía que incluso una parte de su hogar era más importante para él que cualquier otra cosa. Y si pudiera obtener la posesión de toda la propiedad, sabía que sería aún más feliz. Pero, ¿cómo? La única manera sería que Indra aceptara irse, y ella no parecía dispuesta a hacerlo. Lo que dejaba la pregunta: ¿cómo podría *obligarla* a irse? No tenía idea, pero sabía por dónde empezar.

El resto de la mañana la pasó frente a la computadora y al teléfono, tratando de averiguar exactamente con quién estaba lidiando. ¿Quién era Indra Anand, de dónde venía y, más importante aún, cómo podría deshacerse de ella? Había revisado los sospechosos habituales primero: Facebook, noticias locales, otras cuentas de redes sociales, pero no había encontrado nada. Era como si Indra y su madre hubieran llegado a la finca Richmond sin un pasado. Empezaba a pensar que tal vez ella *sí* tenía algo oculto en su pasado que podría usar en su contra. Solo había una forma de averiguarlo, así que había contactado a un investigador privado y le había dado *carta blanca* para descubrir todo lo que hubiera que saber sobre la mujer. Mientras tanto, se había dirigido al personal de la finca para ver si podía obtener alguna información de ellos.

Todo lo que sabía era que tenían ascendencia india, eso lo atestiguaba su apariencia. Pero de qué país provenían —India, Malasia, Indonesia o algún otro lugar— no tenía idea. Y, a pesar de las discretas indagaciones hechas al personal de la finca y a otros con quienes ella había tratado, nadie pudo darle información de ningún tipo. No pudieron confirmar qué tipo de acento tenía su madre, ni arrojar luz alguna sobre ninguna de las dos. El acento de Indra no revelaba nada. Era un inglés de clase alta puro que había adquirido, suponía él, gracias a los tutores que su padre había empleado para educarla en casa. Él y sus hermanos habían sido enviados a internados desde temprana edad, pero parecía que el amor de su padre por Indra era más profundo que por sus propios hijos, y no había querido que ella estuviera lejos de él. O tal vez era más seguro para ella de esa manera.

Así que no tenía idea de dónde habían venido y, con cero presencia en las redes sociales, no

sabía si ella tenía amigos o intereses fuera de la finca. Y, comenzaba a sospechar, ambas cosas eran deliberadas. Una cosa que *sí* había aprendido del personal de la finca era que ella haría cualquier cosa para evitar que le tomaran una fotografía. Extraño en todos los sentidos, pero especialmente extraño para una mujer hermosa de poco más de veinte años, cuando la mayoría de sus pares estaban haciendo pucheros en Instagram o TikTok. Pero tal vez era mayor de lo que parecía. No tenía idea porque ni siquiera podía averiguar su verdadera edad. No era de extrañar que él y sus hermanos supieran tan poco sobre ella, o su madre, antes de la muerte de su padre. Charles Richmond las había protegido a ambas del mundo exterior y él no tenía ni idea de por qué. Pero, sin la protección de su padre, la hermosa Indra estaba expuesta. Ahora todo lo que tenía que hacer era descubrir a qué estaba expuesta. Ahí es donde entraba el investigador privado.

Se negaba a rendirse. Lo que había comenzado como mera curiosidad se había convertido en algo mucho más serio, porque sentía que había algo extraño sucediendo. Las personas solo eran secretivas sobre su pasado si tenían algo que ocultar. Y si Indra tenía algo que quería ocultar, entonces podría valer la pena saber exactamente qué era. Podría ser capaz de usar ese tipo de información.

Levantó la vista de su computadora cuando escuchó pasos en las escaleras, y luego la puerta principal abrirse y cerrarse. Miró su reloj. Era hora de la reunión. Y tal vez una conversación privada antes podría ayudarlo a llenar los enormes vacíos en su historia.

—Buenos días —llamó, demasiado fuerte como para que ella lo ignorara. Eso habría sido grosero, y si había algo que percibía sobre esta mujer gentil, pero fuerte, era que era educada hasta el extremo. Observó cómo su paso vacilaba y luego se detenía por completo antes de que sus hombros se elevaran y cayeran mientras exhalaba un suspiro frustrado. Él sonrió—. Y qué hermosa mañana es —dijo, acercándose a ella, decidido a ser el hombre que no era: educado y atento. Tal vez de esa manera descubriría algo sobre ella.

Ella se volvió hacia él. Podía ser educada, pero también era transparente. La irritación estaba escrita en todo su rostro.

—Tú podrás pensar eso.

—¿Y tú no? —dijo él, poniéndose a su lado mientras caminaban sobre la grava del camino hacia las oficinas de la finca—. El sol brilla. —Vaciló mientras trataba de pensar en el tipo de cosas que otras personas dirían. Fue recompensado con una mirada irónica—. Las hojas están brotando en los árboles y el verano no está lejos.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó ella, sin mirarlo de nuevo, pero acelerando el paso.

Él metió las manos en sus bolsillos y miró alrededor.

—Tal vez sea la primavera.

—¡Bah! De alguna manera dudo que esa sea la razón. Además, hay más en la vida que el clima.

—¿Como qué? —preguntó él, decidiendo fingir inocencia.

Ella le lanzó una mirada de reojo.

—Como asegurarse de que la tienda de la granja esté bien abastecida para el fin de semana festivo. Estará ocupada hoy y será un desafío mantenerla abastecida.

—¿Cuál es el problema? La gente puede volver mañana.

Ella negó con la cabeza como si lo compadeciera. A él no le gustaba que lo compadecieran.

—¿Qué? —preguntó, parándose frente a ella con las manos abiertas, obligándola a detenerse.

Ella se cruzó de brazos.

—La tienda de la granja estará cerrada mañana.

—¿Cerrada?

—¡Sí! Las oficinas de la finca estarán cerradas. Es una tradición que Charles comenzó hace algunos años. Todos los trabajadores de la finca tienen el fin de semana largo libre.

—Esa es una nueva tradición.

—Sí, lo es.

—No me digas. Fue tu madre quien lo impulsó a hacerlo.

Ella asintió.

—Ahora, ¿podemos continuar? Tenemos trabajo que hacer y no mucho tiempo para hacerlo.

Él levantó las manos en señal de rendición.

—Por supuesto. —Se hizo a un lado y continuaron caminando hacia las oficinas de la finca. Abrió la puerta para ella y entró. Una docena de rostros curiosos los miraron a ambos desde alrededor de la mesa de juntas. Podía ver que su interés la irritaba. Ella tomó el asiento vacío en la cabecera de la mesa. Nadie pareció sorprendido excepto él. Obviamente estaban acostumbrados a que ella tomara el mando. No había exagerado cuando dijo que era la administradora de la finca y que estaba a cargo de todos los aspectos del negocio de la propiedad.

En lugar de tomar asiento al pie de la mesa donde, sin duda, Indra les había dicho que lo colocaran, permaneció de pie. Se cruzó de brazos y se apoyó contra la pared, decidiendo que aprendería mucho más observando y escuchando.

Por lo que podía ver, todo transcurría como de costumbre mientras trabajaban en los puntos de la agenda. Pero podía sentir la tensión creciente a medida que las personas se removían en sus sillas y lanzaban miradas preocupadas hacia Indra. Parecía que ella también podía sentirlo. Con cada punto de la agenda, miraba expectante, pero no ocurrió nada hasta el último punto.

—Bien, último punto —dijo Indra—, el centro de entrenamiento. —Miró alrededor de la sala, consciente de un silencio tenso. Sus ojos se posaron en Bill, el gerente de entrenamiento—. ¿Bill? ¿Algo que informar?

Bill se aclaró la garganta y miró a sus colegas, ninguno de los cuales le devolvió la mirada.

Indra inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Los nuevos caballos se han adaptado bien? —Revisó su portátil—. Parece que el entrenamiento va bien.

—El entrenamiento *iba* bien —dijo Bill, con su fuerte acento de Norfolk.

—¿Iba? —cuestionó Sebastian a Bill, caminando detrás de Indra para poder ver a todos. No le gustaba cómo sonaba esto. El centro de entrenamiento de caballos de carreras era el pilar de las finanzas de la finca.

Todas las miradas pasaron de Indra a Sebastian.

—¿Qué quieres decir con “iba”? —repitió Sebastian.

—*Iba* bien hasta que recibimos una llamada de Lord Bridges —dijo Bill.

—¡Lord Bridges! —exclamó Indra, con una voz apenas elevada—. ¿Recibiste una llamada de Lord Bridges y no me la pasaste? —A pesar de su tono tranquilo, dominaba la sala y la atención de todos pasó de Sebastian a Indra, especialmente Bill, quien había recibido la llamada del cliente más importante del centro de entrenamiento.

—No, no lo hice —dijo Bill avergonzado—. Iba a hacerlo, pero dijo que tenía prisa.

—¡Apuesto a que sí! —dijo Indra, reclinándose en su silla. El único signo externo de tensión era el golpeteo de su bolígrafo sobre el escritorio—. ¿Qué te dijo exactamente? —preguntó.

—Nada mucho —murmuró Bill. El movimiento en su asiento y las miradas de reojo a los otros trabajadores de la finca contradecían su negación—. Quiero decir, contesté el teléfono. Intercambiamos cortesías y luego dijo que retiraría sus caballos a partir de la próxima semana.

Sebastian frunció los labios y soltó un lento silbido. Esto era, en efecto, una noticia. Una mala noticia.

—¿Y te dio alguna razón por la que lo haría? —preguntó Indra.

El hombre se encogió de hombros.

—No. Solo dijo que se los llevaría el lunes.

Indra chasqueó la lengua y frunció el ceño.

—Con el fallecimiento de Charles, mi suposición es que piensan que el centro de entrenamiento ha perdido su liderazgo.

—Pero yo he estado gestionando el entrenamiento durante años —dijo Bill—, incluso antes de que Charles enfermara. Y tú has estado haciendo todas las finanzas.

Sebastian estaba sorprendido. Quien llevaba las cuentas de cualquier empresa estaba a cargo, y parecía que Indra no había mentido. Tenía un control firme sobre todos los aspectos del negocio de la finca.

—Sí, pero nadie está al tanto de ello —dijo ella con seriedad.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Bill. Todos los ojos estaban puestos en ella esperando una solución. Al igual que los suyos.

—¿Hacer? —preguntó, mirando fijamente a cada uno de su equipo por turno. Él no lo podría haber hecho mejor—. Haremos lo que sea necesario para mantener a nuestros clientes actuales y atraer más. Esa es la única manera. Porque sin caballos de carreras no tenemos centro de entrenamiento, ni establos, ni reputación y unos ingresos masivamente reducidos.

—¿Y cómo hacemos eso? —preguntó un entrenador.

El cabello de Indra caía liso como una plomada por su espalda en la cola de caballo mientras inclinaba la cabeza pensativa. El silencio se espesó. Era hora de actuar. Hora de desviar la atención de esta joven hacia él, el nuevo señor de la finca.

Caminó alrededor de la mesa hasta que estuvo frente a ella nuevamente. Allí, hizo una pausa y golpeó la mesa de la junta con su puño. Eso captó la atención de todos.

—Tenemos que actuar. Tenemos que hacer lo que sea necesario para mantener a nuestros otros clientes y atraer nuevos. Y entonces, quizás Lord Bridges regrese, *si* lo queremos.

Los trabajadores de la finca asintieron con alivio, aceptando inmediatamente su autoridad.

Indra, sin embargo, se cruzó de brazos.

—Ya he dicho eso.

Él se forzó a darle el tipo de sonrisa que daba a las mujeres que deseaba seducir. No lo mostraba a menudo, pero cuando lo hacía, generalmente tenía el efecto deseado. Pero, cuando vio su rostro, se dio cuenta de que probablemente había encontrado a la única mujer en el mundo que se negaba a sucumbir a sus encantos, tales como eran.

Permitió que su sonrisa se disolviera. Si ella quería jugar duro, él lo haría.

—¿Qué tal si doy un paso atrás —dijo— y te permito continuar? Permitirte decirnos a todos cómo propones que hagamos eso.

Ella le lanzó una mirada oscura y fulminante.

—Sé lo que necesitamos hacer. Lo que no es tan obvio es cómo lo hacemos.

—Creo que lo es. Creo que necesitamos hacer que la gente sea consciente de todo lo que ofrecemos en el centro de entrenamiento. Elevar su perfil. Me parece que no se ha hecho marketing en años. En la época de mi abuelo, él organizaba eventos regulares para generar interés local, lo que llevaba al boca a boca, que llevaba a negocios internacionales. Pero eso fue hace décadas. No podemos vivir de *su* reputación para siempre. Tenemos que crear una nueva. Si no saben lo que ofrecemos —dijo, encontrándose con su mirada sorprendida—, entonces

tenemos que mostrárselo. —Apartó su mirada y miró a Bill—. Mediante una exhibición pública. —Sabía cuánto odiaría ella eso por su investigación. Metió las manos en los bolsillos—. Como una carrera, una reunión *pública*, algo así. Algo *grande*. —Se balanceó sobre sus talones y la miró fijamente. Había lanzado el desafío.

Indra le devolvió la mirada con una expresión helada.

—No *hacemos* exhibiciones públicas.

—¿Por qué no? Necesitas elevar el perfil del centro de entrenamiento y ¿qué mejor manera que hacer una exhibición pública?

¿Era su imaginación o su mirada firme flaqueó?

—Un enfoque *dirigido* es mejor —insistió ella—. Seleccionamos personas y las invitamos aquí para mostrarles el lugar. El enfoque personal es mucho más efectivo.

—¿Y tú lo sabrías porque...? —Se paró al pie de la mesa y se inclinó, agarrando el borde. Ella estaba en el otro extremo, con los brazos cruzados. Apenas era consciente de los trabajadores de la finca a su alrededor. Esto era entre ella y él.

—Porque he estado dirigiendo esta finca durante años y aprendí todo lo que sé de Charles Richmond.

—Bueno, obviamente no es suficiente.

Sus mejillas estaban sonrojadas y sus ojos oscuros parecían carbones negros. Él había encontrado un punto débil en su armadura: su orgullo por dirigir la finca, y al combinarlo con el otro —su necesidad de privacidad—, se dio cuenta de que acababa de descubrir la manera más efectiva de sacarla de su zona de confort. Y, tal vez, acercarse a descubrir lo que ella ocultaba del mundo.

—Fue antes de que llegaras. Sin duda, la decisión de Lord Bridges estuvo influenciada por *tu* presencia. *Tú* eres lo único que ha cambiado por aquí.

—Tal vez —concedió él—, y tal vez no. A menos que atienda tus llamadas, lo cual, por lo que parece, no quiere hacer, nunca lo sabrás. La única manera de avanzar es asegurar el negocio existente y conseguir nuevos clientes.

—Podemos hacer eso sin hacerlo a lo grande y en público.

Bill tosió y Sebastian miró alrededor para encontrar a todos observándolos como si fueran la audiencia de algún tipo de espectáculo de variedades. Se alejó de la mesa e Indra se sentó y reorganizó algunos papeles.

Bill miró de uno a otro. —Si me permite añadir, señor, que encontramos que el enfoque discreto funciona bien. —Era evidente que Indra era muy respetada para que Bill la defendiera cuando estaba claro que su propia sugerencia tenía más mérito. Y sabía que Bill era consciente de ello.

—Bueno, no está funcionando bien ahora, ¿verdad? Sugiero una ofensiva total. Es lo único que se puede hacer si estamos a la defensiva. Salir a luchar con un gran evento.

—Eres un extraño en esto, Sebastian —dijo Indra con voz más calmada—. Te sugiero que nos lo dejes a nosotros hasta que estés familiarizado con el negocio de la finca.

Ella había ido demasiado lejos. Él volvió a acercarse a la mesa, desafiándola a que modificara su sugerencia de alguna manera. Ella no lo hizo.

—Pero lo que estás olvidando, *Indra* —enfatizó pesadamente su nombre— es que tenemos la carta del triunfo. Nuestro *compromiso*. —Dijo la última palabra lentamente y con deliberación, permitiendo que la enormidad de su significado calara en todos los presentes.

Murmullos de asombro recorrieron la sala. El rubor en sus mejillas se intensificó y sus ojos perdieron repentinamente su confianza.

—¡Todos fuera! —dijo él con voz elevada, no lo suficientemente alta para indicar enojo, pero sí para transmitir intención y autoridad. Nadie objetó. En segundos habían abandonado la sala, y él cerró la puerta firmemente tras ellos.

—No —dijo Indra, con voz que temblaba de indignación— vuelvas a humillarme así jamás.

—Si te sientes humillada por la verdad, te sugiero que cambies esa verdad. Vete. Ahora mismo. No tienes que casarte conmigo. Puedes salir directamente de aquí.

—Y eso te gustaría, ¿no?

—Sí.

—No me voy a ninguna parte. Este es mi hogar.

Él gruñó con desdén. —Tu madre era el ama de llaves de mi padre. Viniste aquí como empleada. Esto nunca iba a ser tu hogar.

—Mi madre y tu padre se amaban profundamente.

—Sí, claro. Lo que sea. —Estaba cansado de todas estas cosas sentimentales. Ya era hora de que alguien se lo explicara claramente—. Pero los hechos son que tú no estás emparentada con nuestra familia y no deberías tener ningún derecho sobre la finca.

Ella arqueó una ceja. —Los hechos, Sebastian, son que *sí* tengo un derecho sobre la finca. Y no hay nada que puedas hacer al respecto. Así que te sugiero que dejes de intentar intimidar a todos a tu alrededor y dejes el negocio en nuestras manos, en las de mi equipo y las mías.

Él negó con la cabeza, incrédulo. —¿Qué hace falta para que lo entiendas? Ahora es *mi* negocio. Y me parece que está fracasando.

—Y te repito. Es *nuestro* negocio, el de mi equipo y el mío.

—Ellos son subordinados. Harán lo que yo les diga que hagan.

Ella soltó una risa sin humor. —Tu padre te describió con tanta precisión.

Sus ojos se estrecharon. —No te atrevas a meter a mi padre en esto.

—Es difícil no hacerlo. Él es la causa de todo esto. La razón por la que estamos aquí. Mi padrastro, tu padre, no puede ser ignorado.

—Y su fallecimiento es la razón por la que estamos perdiendo negocios. Y la razón por la que necesitamos actuar.

—¡No! Debe haber otra manera.

—He revisado las cuentas, Indra. Sin estos grandes nombres, estaremos operando con pérdidas.

—¿No crees que lo sé?

—No estoy seguro de lo que sabes si rechazas a propósito una idea tan lucrativa.

—No hago eventos públicos.

—¿Por qué no?

Se miraron fijamente. Tan cerca, la tensión era palpable. Pero no era solo tensión lo que podía sentir, era algo mucho más. Algo relacionado con sus ojos marrones oscuros. Derretidos, invitantes, ardientes. De repente, tuvo una visión de ellos más cerca, mucho más cerca de su rostro, de él observando esos ojos mientras acariciaba ese cuerpo que había visto tan claramente el día anterior. Y por un momento pudo ver que ella también tenía la misma idea. Porque las palabras huyeron de su cabeza y, en su lugar, se lamió los labios y bajó la mirada hacia los de él. Conocía las señales. Las había visto mil veces antes y generalmente actuaba en consecuencia. Pero aquí, ahora, cometió un error. No actuó.

En ese instante, ella se apartó bruscamente, marchó hacia las puertas y las abrió de par en par hacia el paddock donde los caballos estaban siendo ejercitados.

—¿A qué le temes? —preguntó él, sorprendido de oír su propia voz grave, revelando el

arrebato de lujuria que había surgido de la nada.

Ella hizo una pausa, y en ese momento, él supo la respuesta correcta.

—No le temo a nada. —Se volvió hacia él—. ¿Alguna pregunta más?

—Sí. ¿Por qué estás mintiendo?

La expresión en sus ojos era compleja, conteniendo una cautivadora tristeza así como fuerza, y él supo que tenía que descifrarla. No simplemente porque lo necesitaba si alguna vez iba a obtener el control total sobre la finca, sino porque quería hacerlo, en un nivel personal que no podía ignorar.

—Bien —dijo ella al fin—. Hazlo a tu manera. Organiza un evento público. Tienes razón, por supuesto. Significará la diferencia entre mantener a nuestros clientes existentes, atraer nuevos y dirigir una operación no rentable. —Se mordió el labio, y él vio incertidumbre en sus ojos—. Con tu nombre, podrás ser el anfitrión y ser la cara pública del evento.

Ella estaba haciendo un último intento de esconderse. —¿Acaso parezco bueno socializando? No, *tú* puedes hacer eso. Te he visto con el equipo. Tienes una habilidad natural para llevarte bien con la gente. Excluyéndome a mí, por supuesto.

—Pero...

—Pero nada. Haz que el equipo vuelva y lo organizaremos. Y sea cual sea el tamaño del evento que estés pensando, duplícalo. Llamaré a mis contactos europeos y de Oriente Medio. Vendrán.

La ira se transformó en miedo en una fracción de segundo —podía verlo en su rostro— y de nuevo se preguntó qué demonios estaba pasando.

Ella le lanzó una mirada sombría, lo que le hizo darse cuenta de que no estaba acostumbrada a hacer lo que otras personas le decían, excepto quizás su padre. Pero de todos modos abrió la puerta y llamó a su equipo. Regresaron y él dio un paso atrás para observar cómo les explicaba el plan. Sus expresiones de apoyo mostraban que todos le tenían un genuino aprecio. No era a lo que él estaba acostumbrado. Desconfiaba del afecto y del amor. Y solo deseaba que su padre no hubiera insistido en que estuvieran casados al menos cinco años. Quería salir de esto tan pronto como pudiera. Nunca había tenido la intención de casarse, y ciertamente nunca había tenido la intención de compartir su herencia con nadie, ni con sus hermanos ni con una extraña que un día entró en la vida de su padre y nunca se fue.

No, la hermosa Indra tenía un secreto, y le asustaba estar en el ojo público. Sin duda estaba relacionado con la razón por la que ella y su madre llegaron a la Finca Richmond en primer lugar. Estaban huyendo de alguien o algo, como la ley. Sí, eso era lo más probable. Habían tenido problemas con la ley y se habían escondido con la ayuda de su padre. Todo lo que tenía que hacer era descubrir su secreto y entonces podría usarlo en su contra para hacer que se alejara del matrimonio y dejara atrás todo lo que era suyo.

Chantaje era una palabra sucia, pero era una forma eficaz de conseguir lo que quería.

CAPÍTULO CUATRO

ERA un fin de semana festivo y la finca estaba desierta, excepto por los establos a cierta distancia, con un personal mínimo para cuidar de los caballos. Indra cerró con llave las oficinas de la finca y regresó a la casa caminando a través del grupo de majestuosos árboles de haya, cuyos brotes ya mostraban las primeras señales de hojas verdes frescas. A través de los árboles, vislumbró la pequeña iglesia medieval que se acurrucaba en medio de ellos. Normalmente se tomaba su tiempo para caminar por la finca, pero hoy no. Sobre los árboles, el cielo se había oscurecido, prometiendo no solo lluvia, sino una tormenta. Podía sentirlo en el aire.

Al entrar en la casa, Indra inmediatamente buscó refugio en la vieja habitación infantil, en la parte superior de la casa. Desde sus numerosas ventanas, podía ver en todas direcciones. Aquí arriba se sentía a salvo de Sebastian. No es que pensara que él vendría tras ella para hacerle daño. Era más bien que estaba a salvo de sus propias reacciones hacia él. Aquí podía encontrar algo de paz.

Aunque no había cerradura en su puerta, sabía que todo lo que él estaba haciendo era intentar asustarla. Mientras estuviera fuera de su vista, él no vendría a buscarla. Toda esa charla no había sido más que para ahuyentarla. No, aquí en la habitación infantil, se sentía segura.

Cuando llegó por primera vez a Richmond Manor y le dieron la habitación infantil como su propio espacio para hacer lo que quisiera, se sintió aliviada. La casa le había parecido tan magnífica y tan poco familiar que inicialmente optó por dormir allí arriba, sin querer usar ninguno de los grandes dormitorios. Ya no dormía allí, pero aún pasaba mucho tiempo bajo el tejado de la casa.

Había sido difícil después de que la relación de su madre con Charles Richmond cambiara. Pero ver el amor entre ellos le había permitido lidiar con los chismes. Había sido un calentamiento gradual que se había convertido en amor, y se había desarrollado un vínculo entre ellos con cada día que pasaba. No se había imaginado el dolor y la ternura que Charles había mostrado mientras cuidaba de su madre moribunda, quien nunca se recuperó del impacto del asesinato de su esposo e hijo. Toda su familia había pagado con sus vidas, excepto Indra. Y ella tenía que vivir con la culpa de sobrevivir cuando su familia no lo había hecho.

Encendió la computadora, con la intención de revisar las cuentas, para ver si había algún lugar donde pudieran hacer recortes. Pero un destello de relámpago iluminó la habitación oscurecida, haciéndola levantarse y caminar hacia la ventana. Hizo lo que solía hacer cuando era niña, y contó los segundos entre el destello del relámpago y el trueno para calcular qué tan lejos estaba la tormenta.

Uno, dos, tres...

Una figura oscura —Sebastian— emergió de los árboles y caminó hacia los establos.

Cuatro, cinco, seis...

Lo observó mientras se encontraba con los mozos de cuadra que se habían quedado atrás para cuidar de los caballos. Aparentemente tranquilizado, regresó a la casa y ella escuchó la puerta principal cerrarse muy por debajo de ella.

Un trueno.

Seis millas. Tal vez. Si el viejo cuento de las abuelas era cierto.

Cuando otro rayo partió el cielo gris plomizo, Indra cerró las cortinas contra el teatro climático, realmente deseando no haberle dado el tiempo libre al personal.

Uno, dos, tres...

El trueno llegó antes de lo que esperaba, haciéndola saltar.

Tres millas.

Estaba acostumbrada a pasar tiempo sola en la casa, pero siempre podía mirar hacia las casas de la granja y el apartamento sobre la oficina de la finca para saber que la gente no estaba lejos si los necesitaba. En las raras ocasiones en que algo había salido mal con la fontanería o la electricidad de la vieja casa, habían estado allí en un instante. Pero hoy no había nadie y el aire olía a ozono y crepitaba con tensión y electricidad.

Cuando llegó el siguiente destello de relámpago, iluminó todo el cielo, llenándolo de un resplandor sobrenatural e incoloro. Por un lado, los árboles del bosque formaban una sombra unida, por el otro, los edificios blancos de la finca se destacaban contra el cielo oscuro. Blanco y negro. Un lugar de simplicidad. Deseaba que su vida pudiera ser blanca y negra.

Apagó la computadora por seguridad. Después de prepararse una taza de chocolate caliente, se acurrucó en una manta peluda y abrió un libro. Usaba las computadoras solo para trabajar. No había cuentas de redes sociales. No podía arriesgarse. Su madre le había inculcado desde muy joven que debía mantener un perfil bajo, de lo contrario sus enemigos también vendrían por ellas. Y había estado a salvo hasta ahora. Arrojó su libro a un lado. La idea de Sebastian invitando a todos y cada uno al evento, abriendo su pequeño mundo para que cualquiera entrara, la hacía sentir mareada.

Solo tenían unas pocas semanas antes de que se llevara a cabo el matrimonio. Después de eso, su mundo se abriría y tendría que enfrentar lo que viniera. Porque no podía contemplar la alternativa: dejar Richmond. Era su hogar. Y sabía que siempre lo sería, incluso si se veía obligada a irse. Esperaba que Sebastian cumpliera su palabra y le permitiera coexistir con él, sin tener que estar en compañía del otro. Porque había algo en él que la hacía sentir muy incómoda y fuera de control. Algo que la hacía casi olvidarse de sí misma.

La tormenta debía haberse desviado porque el trueno ahora sonaba distante. Se recostó, puso las manos detrás de la cabeza y, observando el relámpago cruzar el techo blanco y liso, se relajó. La habitación infantil era el único lugar donde podía permitir que sus pensamientos viajaran a lugares que eran secretos para ella. Como sus pensamientos y ensoñaciones sobre Sebastian.

Al principio había pensado que era exactamente el hombre que su padrastro había descrito: frío y despiadado. Pero había visto cómo se comportaba con los animales de la finca, revelando un afecto hacia los perros y caballos que demostraba que, en el fondo, había un Sebastian diferente. Una versión de sí mismo que, por la razón que fuera, no mostraba a nadie. Era casi como si no confiara en nadie.

Le recordó a un perro que una vez tuvo en la India, que había sido maltratado y gruñía cada vez que alguien se le acercaba. Apenas había empezado a cambiar su comportamiento mostrándole constante cuidado y cariño, cuando sus vidas se vieron separadas por la violencia. Nunca lo volvió a ver. Cuando ella y su madre salieron en la quietud de la noche para abandonar

el lugar donde su familia había sido asesinada, no había rastro del perro. Y fue solo entonces cuando las lágrimas llegaron, y ella luchó con su madre, gritando que necesitaba encontrarlo. Fue la única vez que su madre la golpeó. Una bofetada fuerte y punzante en la mejilla fue suficiente para callarla y hacerla obediente, y seguir a su madre hacia una nueva vida, dejando atrás la antigua, muerta y enterrada. Desaparecida para siempre.

El recuerdo era inquietante, y se levantó de un salto para mirar por la ventana. La noche se había oscurecido considerablemente. Esta vez el relámpago estalló en el cielo y fue seguido inmediatamente por un trueno que hizo vibrar las figuritas que había coleccionado de niña, y las luces se apagaron, sumiéndola en un crepúsculo sombrío.

Su corazón se aceleró, y buscó una linterna, pero no pudo ver ninguna. Tendría que encender el generador de emergencia. Normalmente el personal se encargaba de esto, pero todos estaban ausentes. Sin embargo, los había observado lo suficiente como para saber cómo hacerlo. Dondequiera que Sebastian estuviera en la enorme casa, no lo buscaría, porque dudaba mucho que supiera dónde estaba el generador de emergencia, y mucho menos cómo usarlo. Cogió su teléfono, comprobó la batería, molesta porque estaba tan baja, y decidió no usar la luz hasta que fuera absolutamente necesario.

Con cautela, descendió la escalera blanca y lisa que conducía al rellano principal. Un destello de relámpago iluminó el alto vestíbulo y su ornamentado techo, enviando destellos de luz a través de la lámpara de cristal. Por un momento, pensó que se había incendiado. Luego la luz se desvaneció, dejándolo más oscuro que antes. Lentamente, se abrió paso a tientas por la gran escalera principal y luego dio un rodeo hacia la salida trasera, que la llevaría al generador en el granero detrás de la casa.

Abrió la puerta de la cocina y tropezó con una pared. Entonces la pared se movió, y ella gritó y se alejó de un salto. Un brazo salió disparado y la estabilizó.

—¡Suéltame! —dijo ella.

—Cálmate, mujer —dijo él. Suspiró—. Quédate ahí antes de que choques con algo más. Estaba buscando una linterna.

—Hay velas en la despensa —dijo Indra—. Iré a buscarlas.

Él encendió la linterna de su teléfono para guiarla.

Ella encontró lo que necesitaba en la despensa, volvió a la cocina y encendió las velas con mano temblorosa. Simplemente estar cerca del hombre la afectaba, y apenas podía pensar con claridad. Él le tocó el brazo suavemente esta vez, estabilizándolo para que la cerilla no se apagara.

Ella levantó la mirada y se encontró con la suya. Estaba tan cerca que el súbito encendido de la llama de la vela chispeó en sus ojos, ocultando la oscuridad que siempre había visto allí. Sus ojos se arrugaron en las comisuras y de repente se dio cuenta de que estaba sonriendo.

Él le soltó el brazo y dio un paso atrás.

—Nunca te había visto tan nerviosa, Indra —dijo—. ¿Soy yo o la oscuridad?

—No estoy nerviosa —dijo ella, alejándose como un gato escaldado—. ¿Por qué debería estarlo? He lidiado con situaciones como esta antes.

—¿Situaciones? ¿Como estar a solas con un hombre durante una tormenta?

Ella se encogió de hombros.

—Claro. —Pero no con un hombre como Sebastian, pensó—. Estaba a punto de encender el generador de emergencia. A veces la electricidad puede estar cortada durante horas. No me gustaría que se estropeara el contenido del congelador. Y la carga de mi teléfono móvil está baja.

Se ocupó buscando en los cajones del cuarto de servicio hasta que encontró lo que buscaba.

Un par de linternas de alta potencia. Miró a Sebastian, que estaba de pie observándola, sumido en sus pensamientos, y sintió un escalofrío de algo que definitivamente no eran nervios, o si lo eran, no tenía nada que ver con el miedo y todo con la forma en que la miraba. Tal vez era la luz que se reflejaba en los planos de su rostro, o tal vez era su imaginación, pero la miraba como si quisiera devorarla.

Forcejeó con el pomo de la puerta, la abrió de par en par y corrió hacia el granero. El viento había arreciado y la golpeaba en todas direcciones, y el suelo estaba resbaladizo por el barro. En cuestión de minutos, la lluvia torrencial había empapado su ropa. La repentina oscuridad que siguió a un destello de relámpago la desorientó y tropezó, resbaló y cayó.

—Aquí —gritó él por encima del trueno, extendiendo la mano hacia ella. Ella alargó la mano y agarró la suya, y él la levantó de un tirón. Esta vez, no le soltó la mano. Juntos caminaron hacia el granero, que Sebastian abrió, levantando la barra de madera que mantenía unidas las puertas del granero.

Una vez dentro, las cerró de nuevo y todo quedó en silencio dentro de las paredes llenas de heno del granero. Ella tembló.

—Estás empapada. Haz lo que tengas que hacer y luego volvamos antes de que cojas un resfriado.

Él sostuvo la lámpara en alto mientras ella revisaba los indicadores y accionaba los interruptores, hasta que la luz inundó el granero. Volvió a comprobar la lectura antes de dar un paso atrás.

—Eso debería mantenernos funcionando durante la noche de todos modos.

Lo miró, pero él estaba observando alrededor.

—No había estado aquí dentro desde que era un niño pequeño.

—No puedo imaginar este lugar lleno de niños pequeños. Siempre ha sido tan tranquilo. Solo yo, mi madre y Charles.

Él levantó la luz para poder ver mejor su expresión. Ella se sintió desnuda ante él, pero se negó a apartarse.

—Y yo no puedo imaginaros a los tres viviendo así. Mi padre debe haber cambiado. Debe haberos querido mucho a tu madre y a ti para haberse convertido en el tipo de hombre que la gente me dice que se convirtió en los últimos años de su vida.

—Nos quería. Pero estoy segura de que también quería a tu madre y a sus hijos.

—¿Lo estás? Porque yo no.

Ella reunió el valor para preguntar:

—¿Qué pasó, Sebastian? ¿Entre tú y él? ¿Qué sucedió para que lo odies tanto?

Él nunca parecía indeciso, pero ahora sí lo estaba.

—Por favor. Me gustaría saberlo. Necesito entenderlo.

Sus miradas se encontraron y se enredaron en el resplandor de la lámpara. Alrededor, el viento aullaba, haciendo que el granero crujiera y gimiera.

—Me encerró la primera vez que lo hice.

—¿Te encerró? ¿Por qué? ¿Qué diablos hiciste?

—Lo desafié. Le respondí. La gente no le hacía eso a mi padre.

—Tal vez no, pero ¿por qué te encerraría?

Él se encogió de hombros.

—Quizás me veía como competencia.

—Pero eso es mezquino. No habría sido la razón —dijo ella, sintiéndose segura al recordar al padrastro al que había llegado a querer tanto.

Él torció el labio y desvió la mirada.

—Por supuesto que dirías eso. Lo amabas —Se alejó y cerró la puerta del generador, y apagó las luces. Las luces de la casa brillaban en un ala para él, en la otra para ella. Una oscuridad dividía las dos alas.

—Sí, lo amaba. Pero eso no tiene nada que ver con lo que quise decir. Lo que quise decir es que era muy abierto y cálido conmigo y con mi madre. Pero tú... Tú eres... —Se detuvo. ¿Cómo podía explicarlo sin insultarlo?

—Soy cerrado y frío —Soltó una risa sin humor—. Tienes razón —Abrió la puerta trasera para que ella pasara—. Será mejor que te cambies.

—Tú también.

Caminaron juntos por el pasillo. Ella era intensamente consciente de él de una manera que no lo había sido antes. Él casi se había abierto con ella en el granero y la idea de él como un niño, encerrado y sin amor, le dolía profundamente y comenzó a pensar que entendía a este hombre salvaje.

—Buenas noches —dijo él, caminando hacia su ala de la casa.

—¡Espera! —dijo ella impulsivamente. No podía quitarse de la mente al niño herido, rechazado por su padre y aún llevando las cicatrices.

Él se volvió.

—¿Qué pasa?

—Me preguntaba... —Buscó palabras, cualquier palabra, que diera sentido a sus emociones —. Si... —¿Si qué? ¿Si la perdonaría por prácticamente acusarlo de ser un bastardo insensible? No sabía qué decir. Todo lo que sabía era que no podía soportar dejarlo así. Quería que se quedara con ella, que hablaran, que fueran normales juntos, que ya no existiera la gran división entre ellos. Quería que eso desapareciera—. Me preguntaba si te apetecería tomar algo —preguntó, sorprendiéndose a sí misma por la pregunta. Estaba aún más sorprendida por la necesidad de hacerla—. Después de que nos cambiemos. Charles mantenía bien abastecido el armario de cócteles.

Él no respondió de inmediato y su expresión era ilegible. Entonces ella hizo algo que después deseó no haber hecho. Se lamió los labios. Fue instintivo y debió haberle dicho algo que necesitaba saber para tomar una decisión.

—Claro. Te veré en la sala de estar en media hora.

Ella subió corriendo las escaleras para evitar que él viera el rubor que había florecido en sus mejillas. Se detuvo junto a la ventana de su dormitorio, con la mano en la cortina, y miró hacia el valle, un minuto escondido de la luna bajo nubes que pasaban rápidamente, al siguiente bañado en su luz plateada. Era una noche llena de clima y sorpresas. Cerró las cortinas.

Después de una ducha caliente, se vistió rápidamente con jeans y una camiseta y bajó descalza a la sala de estar. La atmósfera de la habitación era diferente a cuando su padrastro estaba vivo. Sonaba música y los charcos de luz provenían de lámparas laterales, en lugar de las arañas del techo.

Sebastian estaba de espaldas a ella, mirando el retrato de su madre que colgaba sobre la chimenea. Tenía el cabello rubio, recogido en un elegante moño, y llevaba un vestido de noche verde con diamantes. Indra siempre había estado impresionada por la mirada de la mujer. No era altiva, como habría imaginado, sino juguetona e invitadora. Nada parecido a la de su hijo mayor.

Se acercó por detrás de él.

—Tu madre era muy hermosa.

Él miró alrededor, sin revelar que estaba sobresaltado excepto por una ligera ceja levantada.

—No te oí entrar en la habitación.

—Costumbre —Hizo una mueca de arrepentimiento—. Me criaron para no llamar la atención.

Él frunció el ceño.

—Lo cual es completamente diferente a cualquier otra mujer que conozco. Siempre parece que su objetivo *es* llamar la atención.

Ella pasó junto a él y abrió el armario del aparador, y sacó dos vasos.

—Entonces supongo que no soy como ninguna otra mujer que conoces.

—Puedes decirlo de nuevo.

—No creo que tenga que hacerlo, ¿verdad?

Él negó con la cabeza y sacó una botella de whisky y la miró. La levantó.

—¿Te apetece un vaso?

Ella negó con la cabeza.

—No bebo —Sacó una botella de agua con gas—. Tomaré un vaso de esto.

—Ah, otra diferencia con cualquiera de las otras mujeres que conozco.

Ella se encogió de hombros.

—Así es como me criaron y no creo que me esté perdiendo de nada.

—No lo estás. Aun así, los viejos hábitos son difíciles de romper —dijo, sirviéndole un vaso de agua con gas a ella y whisky para él. Le entregó el vaso y agitó el líquido ámbar en su propio vaso. Lo sostuvo a la luz—. El viejo y yo ciertamente compartimos el mismo gusto por las cosas finas de la vida.

Levantó su vaso hacia el de ella.

—Por un deshielo en nuestras relaciones. Una distensión. Después de todo, pronto nos casaremos.

—Ciertamente será más fácil si no tenemos que evitarnos el uno al otro.

—¿Es eso lo que has estado haciendo? ¿Evitándome?

Ella asintió y dio un sorbo al agua con gas. —Por supuesto. No te conozco y me siento incómoda en tu presencia.

—¿Pero crees que me conoces un poco mejor ahora? ¿Que sabes que no soy el monstruo que mi padre me hizo parecer?

—Sí. No creo que seas un monstruo en absoluto.

—No un monstruo. Es un comienzo. Pero entonces eso plantea la pregunta: ¿qué crees que soy?

Ella no dudó. —Alguien que está sufriendo.

Podría haber cortado el silencio con un cuchillo, pero no se arrepintió de sus palabras. Observó cuidadosamente su reacción. Su mandíbula se tensó y un músculo se estremeció, pero fueron sus ojos los que más hablaron. Se volvieron fríos. La pequeña reacción que había visto desapareció de inmediato.

—Lo siento —dijo ella—. No quise ser grosera.

Él se encogió de hombros. —Simplemente expresaste tu opinión. El hecho de que esa opinión esté basada en tan poco conocimiento sobre mí difícilmente me alarmaría, ¿no? No me conoces en absoluto.

—Pero siento que *sí* te conozco de alguna manera.

—¿Y cómo llegas a esa conclusión? —Su tono era definitivamente frío.

Ella tragó saliva para calmar sus nervios, que habían comenzado a agitarse en lo profundo de su vientre. Cuanto más bruscamente respondía él, más se daba cuenta de que estaba cerca de la

verdad.

—Las pequeñas cosas que dijo tu padre. La forma en que actúas a veces. He visto animales y personas que han sido heridos, y he visto cómo se comportan.

—Ah, así que parte de la razón por la que desapareces en el fondo es para observar a la gente. —Dio un paso más cerca de ella. La ofensiva, se dio cuenta—. El problema es, Indra, que *no* desapareces en el fondo. Eres demasiado hermosa. —Extendió la mano y ella contuvo la respiración, preguntándose qué demonios iba a hacer. Extendió su dedo hacia su barbilla, levantándola con el más mínimo de los toques. Negó con la cabeza mientras sus ojos recorrían su rostro. Sus ojos se arrugaron en las comisuras—. ¿Cómo podrías esperar alguna vez fundirte con el fondo?

—Tengo que hacerlo.

Él frunció el ceño y bajó la mano. —¿Tienes que hacerlo? Eso es algo extraño de decir. ¿Por qué crees que tienes que desaparecer?

Ella parpadeó ligeramente, rezando en silencio que fuera suficiente para contener las lágrimas. —Por lo que le pasó a mi familia.

Podía decir por su expresión que él no tenía idea de lo que estaba hablando.

—No sé nada sobre tu familia. Solo lo que mis hermanos me han contado sobre tu madre. Fue amable, creo, con mi padre.

—Lo amaba. De una manera diferente a como amaba a mi padre. Pero amaba a ambos, de eso estoy segura.

Inhaló bruscamente, y fue como si el aire fuera succionado de la habitación, dejando solo tensión. Se obligó a tomar asiento en uno de los sillones agrupados alrededor de una mesa, sobre la cual había un solo jarrón con flores.

No quería sentarse a su lado, de eso estaba segura, y ciertamente no quería sentarse frente a él para que pudiera interrogarla con esos ojos. No estaba segura de poder soportarlo. Ese momento en el granero cuando había vislumbrado al niño que aún era una gran parte de Sebastian, parte de sus propias defensas se había caído. Y, por más que lo intentara, no parecía poder levantarlas de nuevo. Se sentía vulnerable por primera vez en años.

Él se apoyó en la repisa de la chimenea, eligiendo pararse frente a ella. Parecía que no iba a escapar de esa mirada.

—Cuéntame sobre ti —dijo con esa voz baja y sexy suya.

—Hay poco que contar —dijo ella, refugiándose en un sorbo de agua con gas. Ciertamente no le había pedido una bebida para divulgar la historia de su familia.

Él vaciló, obviamente no aceptando su respuesta. Pero luego le lanzó una sonrisa rápida. —Claro. ¿Qué tal si lo mantenemos simple? Dime, ¿tienes hermanos o hermanas?

—Tenía un hermano. Un hermano mayor. Ya no vive.

—Lo siento. Eso debe ser doloroso.

Ella asintió. —Lo es. Era todo lo que un hermano mayor debería ser. Divertido, bromista, cariñoso y amable.

Él puso una cara impresionada. —El hermano perfecto. Ojalá pudiera decir que mis hermanos y yo éramos así entre nosotros.

—Ah, pero yo era la hermana pequeña. Estoy segura de que mi hermano habría sido diferente si yo hubiera sido un niño.

—¿Y tu padre? ¿Heredas tus habilidades para los negocios de él?

Ella se relajó un poco ahora mientras recordaba cómo su padre había respondido pacientemente a todas sus preguntas infantiles sobre negocios. Y luego, más tarde, a las no tan

infantiles.

—Mi padre siempre decía que yo tenía mejor cabeza para los negocios que mi hermano.

—Hermosa *e* inteligente. Una combinación ganadora en todos los aspectos, incluidos los negocios.

Se sintió bien que la llamara hermosa. Permitió que la sensación de atracción recorriera su piel, como si él la estuviera acariciando. El pensamiento de que él la acariciara le hizo contener la respiración.

—Créeme, los clientes de negocios de mi padre no se habrían dejado influenciar por ningún tipo de estética. No, solo estaban interesados en el dinero y en algo más en lo que me volví experta. —Se mordió el labio ansiosamente mientras pensaba en un cliente en particular, el que finalmente acabó con las vidas de su padre y su hermano—. Pero, por supuesto, yo no sabía nada sobre el negocio real. *Eso* se me ocultó... —Se desvaneció.

—¿Por qué? —la incitó, tomando un sorbo casual de whisky, como si no le importara si ella respondía o no. ¿Y por qué debería importarle? Su pasado no significaba nada para él.

Ella negó con la cabeza. —Era joven y sabía que mi padre no deseaba que mi madre o yo estuviéramos involucradas.

—¿En qué?

Ella se encogió de hombros.

—Suena intrigante.

—No —terminó su bebida y se levantó de un salto—. En realidad no. Debería irme a dormir ahora. Quiero levantarme temprano para revisar a los caballos.

—Claro —dijo él, acompañándola hasta la puerta. La abrió y la mantuvo abierta, pero no se movió. Y, por más que lo intentara, ella tampoco parecía poder hacerlo. Esos ojos miraron profundamente en su alma, abriéndola y quemando todo lo que veían allí—. Ha sido bueno. Hablar contigo —añadió.

Ella asintió porque tenía razón, lo había sido. Algo había cambiado entre ellos.

—Sí. Odio estar en malos términos con la gente. Odio que tengamos que evitarnos.

—Entonces no lo hagas. —Él le extendió la mano, y ella la tomó. Sintió el pulgar de él acariciar el dorso de su mano, enviando escalofríos de deleite por todo su cuerpo. Por un momento olvidó quién era, dónde estaba, solo que no quería que su tacto la abandonara. Dio un paso más cerca. Y entonces, antes de darse cuenta, él había rozado sus labios con los suyos con el más suave de los toques. Ella jadeó, porque el efecto fue lo opuesto a suave. Despertó tal anhelo dentro de ella que todo lo que sabía era que quería más. Fue él quien se apartó primero.

—Buenas noches entonces —dijo, como si nada hubiera pasado.

—Buenas noches —repitió ella aturdida, dándose cuenta de repente de que él había soltado su mano. Dio un paso hacia el pasillo.

—E Indra —susurró él, su voz continuando la caricia de sus dedos. Ella se volvió para mirarlo—. ¿En qué más te volviste experta que los clientes de tu padre habrían apreciado? Solo por curiosidad.

Las últimas de sus defensas habían sido derribadas por el beso y no tuvo ningún pensamiento de evitar la pregunta.

—El secreto. Ahora soy buena guardando secretos y eso es definitivamente algo que los socios rusos de mi padre requerían. —Sonrió—. Buenas noches. —Se alejó, subiendo las escaleras de vuelta a su nido en el cielo, su refugio seguro, donde podría reimaginar ese beso, una y otra vez.

Sebastian regresó a la biblioteca y se sirvió otro whisky, haciéndolo girar pensativamente antes de beberlo de un trago.

Socios rusos. No se necesitaría mucha investigación para averiguar en qué negocio había estado involucrado su padre. No era mucho, pero al menos ahora tenía algo con qué trabajar. Algo que, esta vez, esperaba que le diera algunas respuestas. Respuestas que podría usar contra ella para obligarla a dejarlo a él y a la propiedad en paz. El problema era ese beso. Ese beso había sido, como todo lo demás sobre ella, nada parecido a lo que había experimentado antes.

Pero, como en cualquier juego de azar, tenía que jugar con la cabeza. Su corazón no tenía parte en su futuro.

No. Quería sacarla de su vida *porque* se estaba volviendo más interesante, no a pesar de ello. Se estaba convirtiendo en un peligro mayor para él ahora que se estaban acercando. Y eso tenía que parar.

CAPÍTULO CINCO

SEBASTIAN HABÍA TENIDO que esforzarse mucho para evitar a Indra en las semanas previas a su boda porque, desafortunadamente, ella había dejado de evitarlo. También había tenido que trabajar duro para descubrir el pasado de ella y poder usarlo en su contra para evitar que la farsa se llevara a cabo. Pero eso tampoco había salido según lo planeado. La razón de su enfoque era que, entre los requisitos de su padre para que compartiera la finca y sus crecientes sentimientos por Indra, ya no era solo su herencia lo que estaba amenazado. Pero no había logrado nada y ahora había llegado el día de su boda y su corbata lo estaba derrotando.

Tiró salvajemente de la corbata y, dejándola colgada, abrió de golpe las ventanas de guillotina para permitir que el cálido aire primaveral entrara en la habitación. Incluso el clima se burlaba de él con su brillantez perfecta. Todo lo que podía estar en flor lo estaba, y todos los rastros de mal tiempo habían desaparecido, dejando sol, canto de pájaros y todo lo demás que era Disney y lo opuesto a cómo se sentía. ¿Estaría su padre organizando las cosas desde la tumba? ¿Lo estaba atormentando y controlando desde otra esfera?

Sebastian había tomado el dormitorio principal, que tenía vistas panorámicas sobre los jardines formales con su fuente central y el canal que conducía al lago, enmarcado por árboles. No había montañas en Norfolk, solo suaves colinas ondulantes entrecruzadas por caminos estrechos, por los que solo circulaban algún tractor ocasional y granjeros locales. Era un rincón de Inglaterra que apenas había cambiado durante siglos. Y, a pesar del control póstumo de su padre, desde que Sebastian había regresado aquí, había una parte de él que se había sentido instantáneamente en paz. Lo que lo hacía aún más preocupado, pensó mientras volvía al espejo para luchar una vez más con su corbata, por seguir adelante con la boda y encontrar una manera de hacer que Indra se fuera.

Cuando por fin había arreglado su corbata negra, dio un paso atrás y negó con la cabeza en señal de desesperación. Parecía que iba a un funeral, no a su boda. Por un momento pensó que tal vez su apariencia fúnebre era apropiada, que debería mantenerla, pero luego pensó en Indra y su frustración se desvaneció. Le agradaba Indra. Dadas otras circunstancias, le habría gustado mucho, y odiaba que su boda fuera un asunto tan sombrío.

Arrojó la corbata a un lado y entró en su vestidor para seleccionar otra: una de seda azul marino. No exactamente exuberante, pero al menos un poco menos fúnebre. Combinaba bien con su traje, que tenía un hilo azul marino. Y, junto con la camisa blanca, serviría. No cuestionó su instinto de cambiar, de hacer la ceremonia un poco más agradable para Indra, porque temía que eso revelara algo que se negaba a reconocer.

Mientras bajaba las escaleras, dudó ante un jarrón de rosas blancas que, como de costumbre, estaba en la mesa del vestíbulo. Impulsivamente, arrancó una y salió a la cálida luz del sol. Le

cortó el tallo y la metió en el ojal de su solapa. Metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón, se dirigió solo hacia la iglesia donde habían acordado celebrar la discreta ceremonia.

Indra siempre había sabido lo que iba a usar para su boda. Ya fuera un matrimonio arreglado o por amor, siempre había estado destinada a usar el vestido de novia de su madre. Los matrimonios arreglados eran costumbre en su familia, pero no de este tipo. Fuera cual fuera el tipo, estaba decidida a usar el tradicional vestido de novia blanco, sin importar que caminara sola hacia la iglesia, sin importar que el novio hubiera brillado por su ausencia durante las últimas semanas desde que se habían besado, sin importar que ninguno de los dos deseara casarse.

No llevaba el vestido por Sebastian, lo llevaba por su madre, su padre y su hermano, por la familia que ya no estaba con ella. Imaginaba la ocasión tan diferente para la que el vestido se había usado por última vez. Había sido en la finca de sus abuelos en India, que se había perdido ante los enemigos de su padre. Pero treinta años antes, había sido escenario de una gran celebración. Casi sentía como si hubiera asistido, después de haber examinado tantas veces las fotos y el video del evento con su madre. Así que usar el vestido se sentía como una conexión, un frágil hilo que la unía a su pasado y a su familia.

Desde su ventana, vio a Sebastian caminar por los jardines hacia la iglesia. Él la había estado evitando, y ella se había visto obligada a llegar a una conclusión inaceptable sobre el por qué. Se arrepentía del beso y, en lugar de decírselo a la cara, había decidido simplemente darle la espalda fría. Y vaya espalda. Parecía parte de esta finca como ella nunca podría esperar llegar a ser. Con su aire de completa confianza, cruzaba los jardines hacia la iglesia luciendo cada centímetro como el dueño, un aire al que ella nunca podría aspirar.

Era hora de que ella lo siguiera. Se miró una última vez en el espejo. Se había peinado en un simple moño francés con el corto velo fijado encima. Con el velo echado hacia atrás, sus ojos oscuros parecían enormes entre la espuma del encaje blanco. Había esperado verse nerviosa o asustada porque se sentía ambas cosas. Pero, en cambio, simplemente se veía triste. Nunca había anticipado una boda así y, estaba segura, tampoco su madre.

Revisó su maquillaje mínimo, asegurándose de que todo estuviera como debía porque, hoy, tenía una fusión empresarial que finalizar. Su madre siempre había dicho que había heredado el sentido de los negocios de su padre, y eso era todo lo que este matrimonio significaba. Negocios. Sin volver a mirar sus ojos, salió de la habitación.

Salió de la mansión por la entrada trasera, donde era menos probable que la vieran desde las oficinas de la finca, y se dirigió a través del bosque, donde los senderos estaban ahora bordeados de campanillas y llenos del canto de los pájaros. Cuando entró en el claro del cementerio de la iglesia, vio al vicario. Él le sonrió alentadoramente y no sin un poco de simpatía. Ella levantó la barbilla. No quería simpatía.

—Gracias por venir, vicario. Se lo agradezco.

—Es un placer. Por favor, entre. Me tomé la libertad de traer al organista conmigo. Espero que sea aceptable.

Ella asintió. Habría preferido que no estuviera allí, pero la situación ya era lo suficientemente extraña como para quejarse. El vicario tosió fuertemente y los retumbantes sonidos del viejo órgano comenzaron a tocar *Marcha Nupcial*.

—¡No! —dijo ella—. Por favor —añadió al vicario—. Algo más tranquilo, algo más discreto, por favor.

El vicario se apresuró y susurró al oído del organista, quien inmediatamente cambió a una

pieza de música eclesiástica que tenía una belleza sonora y conmovedora que se sentía mucho más apropiada.

Entró en el pórtico de piedra con sus tallas medievales e inhaló su olor a iglesia rancia. Una respiración más y agarró el picaporte de hierro forjado, lo giró y entró en la iglesia. La luz del sol se filtraba a través de las ventanas del clerestorio, llenando el antiguo lugar de luz, resaltando las motas de polvo que flotaban en el aire, perturbadas por los tubos del órgano. Sebastian y el vicario estaban de pie en el altar. La única otra persona era el marido de la organista, que estaba sentado a mitad de la iglesia.

Se tragó su tristeza. No debería haber sido así. Pero su padrastro lo había hecho de esta manera. De nuevo, se preguntó, ¿por qué?

Ignorando el revoltijo en la boca de su estómago, comenzó a caminar por el desigual pasillo de losas de piedra hacia el hombre —el extraño, su prometido— que no la quería. Él no se había girado para mirarla, simplemente permaneció de espaldas a ella. Llevaba un elegante traje oscuro cuyas caras líneas eran evidentes en cómo colgaba de sus anchos hombros.

Llegó hasta él, y solo entonces la miró.

—Pensé que no vendrías —dijo, sin molestarse en bajar la voz. ¿Y por qué debería hacerlo? Sin duda el vicario estaba al tanto de la situación.

—Es prerrogativa de la novia llegar tarde —murmuró ella, mirando al vicario y dándole una rápida sonrisa tranquilizadora. Él parecía aún más incómodo de lo que ella se sentía.

Sebastian soltó un gruñido bajo de diversión e indicó al vicario que comenzara la ceremonia. Debía haber recibido instrucciones de mantenerla lo más breve posible, porque después de la más corta de las oraciones, fue directo al motivo por el que estaban allí.

—El matrimonio es un regalo de Dios... —Indra hizo una mueca y dejó de escuchar. En su lugar, la sangre retumbaba en sus oídos. Logró evitar la mayor parte de lo que el vicario dijo hasta que hizo una pausa y la miró—. El matrimonio es un signo de unidad y lealtad que todos deben mantener y honrar. Nadie debe entrar en él a la ligera —hizo otra pausa dramática antes de dirigir su mirada a Sebastian—, ni de manera egoísta, sino con reverencia y responsabilidad ante Dios todopoderoso.

Parecía que esto sería lo más cercano a una amonestación que el vicario iba a hacer. Sebastian frunció el ceño, y el vicario continuó. Las palabras se fundieron unas con otras, todas sin sentido, hasta que Sebastian dijo «Sí, quiero», instando a Indra a responder la pregunta del vicario. Entonces Sebastian tomó su mano y no tuvieron más remedio que mirarse mientras repetían las palabras del vicario. Luego el vicario pidió el anillo e Indra tuvo un momento de pánico. No lo había pensado. Pero Sebastian metió la mano dentro del bolsillo de su chaqueta y sacó un anillo. Se lo mostró. Era una simple banda de oro.

—De mi madre —dijo, a modo de explicación.

Le sorprendió que hubiera considerado tal cosa en absoluto, y menos aún que decidiera que el anillo de boda de su madre era apropiado. Indra dudaba que alguna de sus madres hubiera aprobado el matrimonio.

Él deslizó el anillo en su dedo anular.

—Indra, te doy este anillo como signo de nuestro matrimonio. —Y eso fue todo. De repente era real. Esto estaba sucediendo. Corrección. Esto *había* sucedido. Era una mujer casada. Lo miró mientras él seguía sosteniendo su mano.

—Todo estará bien —dijo en voz baja—. Me aseguraré de ello.

Era lo más cercano a la amabilidad que le había dicho desde que se conocieron, y se le hizo un nudo en la garganta. Forzó una sonrisa entre labios temblorosos y se volvió hacia donde la

organista y su marido esperaban para actuar como testigos del papeleo.

Todos siguieron al vicario a la sacristía. Hacía frío e Indra se estremeció mientras firmaba los documentos que los convertirían en marido y mujer.

Si el vicario y sus testigos habían esperado un refrigerio después, se llevaron una decepción. Tan pronto como firmaron el papeleo, Sebastian lideró el camino fuera de la iglesia, donde se despidieron de los demás y caminaron de vuelta por el sendero del bosque hacia la casa.

Sebastian caminaba lentamente con las manos metidas en los bolsillos. Indra tenía que levantar su vestido para no tropezar con él. Ese paseo pareció el más largo y más incongruente de su vida. Se sentía como si hubiera entrado en una parodia de un cuento de hadas, uno donde no había un felices para siempre. Podía ocultar su tristeza mientras caminaban porque no parecía que Sebastian estuviera de humor para conversar tampoco. ¿Tal vez él se sentía igual? Pero una mirada rápida la hizo dudarlo. Finalmente, llegaron a la puerta, y él extendió su mano para evitar que ella desapareciera dentro.

—Indra, mira, lamento que hayas tenido que casarte así. Te mereces algo mejor.

—Lo merezco, tienes razón, pero parece que tendré que conformarme con esto.

—Ninguna mujer debería tener que conformarse con nada, y menos tú. —Suspiró—. ¿Por qué no vas a cambiarte y nos encontramos en la terraza?

—¿Cuál es el punto? —preguntó ella—. Has dejado claro que deseas evitarme. La única razón por la que estás aquí ahora, hablando conmigo, es porque acabamos de casarnos.

—El punto es que necesito explicarte algo.

—Explícalo ahora. —Cruzó los brazos.

—No, aún no. Ve a cambiarte y te veré en la terraza. Abriré una botella de champán. —Ella vaciló—. Solo una copa —dijo rápidamente, cuando ella abrió la boca para protestar—. Es nuestro día de boda, después de todo.

—Está bien —cedió.

Fue y se quitó el vestido y sintió un alivio inmediato. No debería haberlo usado. Se sentía mal. Rápidamente se cambió a un vestido de verano y sandalias de tiras y salió a la terraza. Él no se había cambiado pero se había quitado la chaqueta y la corbata y estaba sacando una botella de champán de un cubo de hielo. Debía haberla tenido allí todo el tiempo.

Hubo un pop, y sirvió dos copas, trayéndole una a ella.

—Toma —dijo, pasándole la copa que ella tomó de él, sus dedos rozando los de ella—. Hablo en serio sobre un brindis. Puede que no nos hayamos casado por las razones habituales, pero nos casamos por nuestro beneficio mutuo y por el futuro de la Finca Richmond. Si hay algo que compartimos, es nuestro amor por este lugar. Lo vi en ti de inmediato.

—Yo no lo vi en ti —dijo ella honestamente, sosteniendo la copa de vino dorado pálido lejos de ella—. No habías estado aquí en diez años y apenas parecías encantado de volver.

—Siempre he sido capaz de ocultar bien mi deleite. —Sonrió una sonrisa genuina y ella no pudo evitar devolverla.

—Sí, ciertamente eres excelente en eso.

—Y tú eres excelente compartiendo tu deleite. Lo he visto en cómo interactúas con los trabajadores de la finca y el personal de la casa. Todos te son intensamente leales.

Ella abrió los ojos de par en par.

—¡Me sorprende que lo hayas notado!

—A mí también —dijo él. Levantó su copa y la chocó con la de ella con un ligero tintineo—. Por nuestra excelencia conjunta y todo lo que puede aportar a lo único en lo que ambos estamos de acuerdo: la Finca Richmond.

Ella soltó una media risa.

—No es tu brindis de boda habitual, pero entonces, esta no es tu recepción de boda habitual. Pero es un comienzo. Es algo sobre lo que podemos construir. —Tomó un sorbo de champán. Rara vez bebía, y era consciente de la fuerza del líquido mientras se deslizaba por su garganta, relajando su tensión. Por primera vez en ese día, sintió que realmente todo podría estar bien. Diferente, pero bien, al fin y al cabo.

Se sentaron en las cómodas sillas de mimbre que habían sacado desde que comenzó la racha de buen tiempo. Sebastian se puso sus gafas oscuras ya que el sol le daba directamente. A ella le volvió a impresionar lo guapo que era, especialmente ahora que parecía un poco menos frío y distante. Lo comparó con el hombre que había conocido al principio y se dio cuenta de que había una gran diferencia. Simplemente no lo había notado, ya que había sucedido gradualmente durante las semanas desde que él llegó. Esto despertó su curiosidad sobre lo que quería decirle.

—Así que, la fiesta en el jardín de los Richmond.

Indra se sintió inexplicablemente decepcionada de que quisiera hablar de negocios.

—¿Qué pasa con eso?

—Todos los preparativos parecen estar en marcha.

—Sí. Parece que mi equipo está más acostumbrado a planificar eventos como estos de lo que pensaba. Se han puesto en acción con una velocidad y eficiencia increíbles. Aparentemente, Charles solía organizar fiestas en el jardín anualmente antes de que mi madre y yo llegáramos.

—Así es —confirmó Sebastian—. Y era bueno en ello. Esa fue parte de la razón por la que lo sugerí, porque fue muy exitoso para él. Necesitamos algo así ahora.

Ella lo sabía, pero al mismo tiempo lo odiaba. Se removió en su asiento, tratando de averiguar cómo decírselo.

—¿Qué sucede? —preguntó él.

Ella levantó la mirada hacia sus ojos perspicaces y colocó su vaso en la mesa.

—Mira, estoy feliz de ayudar a organizarlo, pero realmente no es lo mío. Es tuyo. La gente quiere verte a ti, no a mí.

—Nos verán a ambos. Estamos casados. Tendrán curiosidad por conocernos.

—Pero...

—Indra. ¿Cuál es el problema? Es como si tuvieras miedo de conocer gente y, sin embargo, sé que disfrutas estar rodeada de personas. Eres amigable. A la gente le gusta tu compañía.

—A todos excepto a ti, claro —bromeó ella. Ahora parecía más fácil bromear con él, y él respondió con una sonrisa.

—Sí, ese soy yo. No soy muy sociable. Pero tú sí, y lo harás genial.

Ella hizo una mueca. De ninguna manera asistiría, pero no sabía cómo decírselo. Tendría que fingir estar enferma o algo así. Se encogió de hombros y esbozó una media sonrisa, que podría haber indicado cualquier cosa, y decidió que un cambio de tema era la mejor manera de salir de este agujero en particular.

—Dijiste que tenías algo que explicarme —Ahora era el turno de él de parecer incómodo—. ¿O era simplemente una excusa para traerme aquí?

—Es cierto que no quería que desaparecieras en el ático.

—La guardería. Mi oficina.

—Como sea. No tengo buenos recuerdos de ese lugar.

Ella frunció el ceño e inclinó la cabeza en señal de interrogación.

—¿En serio? Es un espacio encantador.

—Tiene techos bajos —Se estremeció—. Es como estar atrapado en un ataúd o algo así.

—¿Un ataúd? —Negó con la cabeza—. Supongo que no tiene las mismas proporciones que el resto de la casa, pero nunca me siento atrapada allí.

—Quizás porque tú no lo estuviste.

En el silencio que siguió, ella pudo ver que algo le había sucedido a él en la guardería, algo que quería olvidar. Sus ojos azul oscuro estaban distantes. Sus propios ojos se humedecieron de empatía al pensar en este hombre como un niño asustado que amaba los espacios abiertos, atrapado en la guardería, tal vez incapaz de escapar.

Necesitaba llegar a él. Extendió la mano y tocó su brazo.

—Sebastian, dime, ¿qué pasó?

Él la miró como si estuviera sorprendido de verla allí. Entrecerró los ojos y se enfocó en ella, y puso su mano sobre la de ella.

—No importa. Lo que importa es que lo siento, Indra. No te merecías nada de esto. Eso es lo que quería decirte. Y lamento haberte besado. No debí hacerlo. Me excedí de los límites de nuestra relación, y he estado manteniendo mi distancia desde entonces.

—¿Por qué?

Él se levantó de repente, se apartó de ella y pasó sus dedos por su cabello como si estuviera luchando contra algún pensamiento. Qué pensamiento, ella no lo sabía hasta que él se volvió hacia ella, extendió su mano y la levantó.

—Porque tenía miedo de hacer esto.

Ya no había distancia entre ellos, y él inclinó su cabeza y presionó sus labios contra los de ella. Esta vez no los retiró, sino que los mantuvo allí mientras inhalaba lentamente. Ajustó su postura y deslizó sus dedos por sus mejillas, pasándolos por su cabello hasta que sostuvo su rostro firmemente, y permitió que su beso se profundizara. Ella debería haberse alejado, pero por más que lo intentara, no podía. Su cerebro parecía haber dejado de funcionar por completo, y todo lo que podía hacer era reaccionar a las demandas de su cuerpo. Y esas demandas le decían que abriera la boca y permitiera la entrada de su lengua.

Nunca en su vida la habían besado así. Era consciente de cada movimiento de su lengua deslizándose junto a la suya, de la presión de sus labios incitando una respuesta que temía no poder controlar. Y luego estaba su cuerpo, presionando fuertemente contra ella. Más cerca, más apretado. Podía sentir cada centímetro de su pecho presionando contra sus senos, sus dedos acariciando su espalda, abriéndose sobre su espalda baja, rozando la parte superior de sus glúteos antes de hundir sus dedos en su carne, moviendo sus caderas repentinamente contra las de él. Y entonces sintió la longitud de su erección presionada contra su vientre y supo lo que él quería. Y ella también, ¿no?

Jadeó mientras se alejaba de su boca. Él emitió un gemido bajo y rozó sus labios contra los de ella una vez más. Sus manos se movieron más abajo, acariciando su trasero mientras sus caderas se movían contra las de ella, sus acciones revelando sus intenciones.

—No —dijo ella, llevando sus manos contra su pecho—. ¡Sebastian! ¡No!

Él parpadeó como si despertara de un sueño y se apartó instantáneamente.

Aunque era lo que ella quería, se sintió privada de sus brazos alrededor de ella. Sacudió la cabeza en total confusión.

—Lo siento —Llevó la mano de ella a sus labios y besó sus nudillos, uno por uno—. Me resulta difícil resistirme a ti —Soltó su mano y dio otro paso atrás—. Pero debo resistir.

—¿Por qué? —Estaba en conflicto y confundida. Lo deseaba, y sin embargo tenía miedo de desearlo.

—Porque no estás lista para mí. Eres más inocente de lo que imaginaba, y yo no me meto con

la inocencia.

—¿Por qué no?

—Porque los inocentes tienen expectativas. Y me temo, Indra, que estoy destinado a decepcionar. No hago emociones. No hago el amor. Todo eso murió hace años. Todo lo que quiero de ti es el placer de la carne, y sé que eso no será suficiente para ti. ¿Verdad?

Ella negó con la cabeza y lo vio suspirar y alejarse.

Sebastian deseaba haber estado diciendo la verdad. Porque sospechaba que no era solo Indra quien estaba asustada. Era él. Esta mujer estaba despertando sentimientos en su interior que creía haber eliminado hace años. Además, se estaba acercando a obtener suficiente información para chantajearla. Y, pensó para sí mismo mientras cerraba la puerta silenciosamente tras de sí, dejando a Indra sola, definitivamente nunca era bueno tener sentimientos por el objetivo de tu chantaje. Nunca.

CAPÍTULO SEIS

SEBASTIAN HABÍA PASADO los días desde su boda manteniéndose ocupado con el trabajo. Necesitaba concentrarse, necesitaba dejar de pensar en Indra, pero no había ayudado. Si ella estaba en cualquier lugar a la vista, no tenía más remedio que mirarla. E incluso cuando no estaba presente, la veía en su mente. Sus grandes ojos marrones dominaban sus pensamientos y juraba que aún podía sentir su piel sedosa bajo sus dedos. Pero había logrado evitar estar en su compañía hasta ahora, y ahora la necesitaba, le gustara o no.

Era el día de la fiesta en el jardín de Richmond y la gente deambulaba por los jardines de la finca, disfrutando de la comida y el champán mientras observaban a los caballos hacer sus ejercicios. Por todas partes había gente, pero no Indra. ¿Dónde estaba?

Sebastian miró por encima de las cabezas de la gente que abarrotaba el parque, observando a los magníficos caballos galopar, sus pelajes brillantes bajo el sol pleno y sus ojos resplandecientes, briosos pero bajo control. No podía haber mejor manera de exhibir su centro de entrenamiento. Excepto por una cosa. Indra.

La invitación se había enviado a nombre de ambos. Era un hombre de apuestas, y apostaría su último dólar a que la mayoría de estas personas habían venido porque estaban intrigadas por la repentina revelación de que él, Sir Sebastian Richmond, se había casado con Lady Indra Richmond. Nadie preguntaba ya por sus caballos, solo por su esposa. Y no había visto rastro de ella en todo el día.

Se disculpó con la última pareja curiosa y se escabulló entre los árboles. Pasó por los establos y las oficinas de la finca, pero no había señal de ella. Miró hacia las ventanas del ático de la guardería. Normalmente, vería su cabello oscuro en su escritorio frente a la ventana, pero hoy no había señal de ella. Y la ventana estaba cerrada, lo que sugería que no estaba allí. Solo quedaba un lugar probable, que estaba oculto de sus invitados en el bosque. Se dirigió a la iglesia.

Los gruesos muros de la iglesia silenciaban los sonidos distantes de la gente, e Indra apoyó la cabeza contra el banco y cerró los ojos. Había sido un día largo. Se había levantado antes del amanecer porque quería que todo estuviera bien. Aparte de lo que estuviera pasando entre ella y Sebastian, el futuro de su amada finca dependía de ello. Y sin importar lo que Sebastian hubiera esperado, ella no tenía intención de dar la cara. Sí, se aseguraría de que todo sucediera según lo planeado. Pero no, no podía ponerse en peligro exponiéndose a quien apareciera. Solo esperaba que valiera la pena.

De repente, el ruido del picaporte de hierro resonó en el silencio. Se quedó inmóvil, exactamente como siempre hacía cuando se sentía amenazada, y el vello fino de su nuca se erizó

cuando una brisa ligera y cálida sopló temporalmente antes de que la puerta se cerrara. Él caminó lentamente por el pasillo empedrado hacia ella y luego se detuvo. Ella mantuvo la cabeza inclinada mientras trataba de calmar su corazón, que insistía en poner su cuerpo en sobremarcha. Inhaló algo del aire fresco y abandonado de la iglesia, deseando que algo de su calma habitual se le pegara, pero no fue así.

—Indra —dijo él, firme pero tranquilamente.

Ella se volvió hacia él. No podía retrasarlo más. Además, *quería* verlo. Durante la última semana, desde que él la había estado evitando como si fuera una especie de amenaza para él, solo lo había visto de lejos, hablando con los trabajadores, pareciendo en todo sentido el señor de la mansión: imponente e impresionante. Se había bronceado desde que había llegado a Richmond, olvidados ya los años de vida nocturna en el casino.

Y sus ojos azules eran más brillantes, resaltando contra el marrón de su piel. Ahora estaba de pie mirándola fijamente, con las manos metidas en los bolsillos y las piernas separadas. Llevaba pantalones claros y una camisa blanca de cuello abierto sobre la que se podía ver el vello de su pecho. Ella levantó la mirada más arriba, pasando por la línea firme de su mandíbula hasta los labios que formaban una línea dura. Tomó una respiración profunda y levantó la cabeza bruscamente para encontrarse con su mirada. Se tragó un aleteo de nervios.

—Me encontraste —dijo, cediendo a lo inevitable.

—Sí, no fue difícil. No vas a ninguna parte y tienes lugares favoritos para esconderte. Lo que plantea la pregunta, ¿de qué te escondes?

Ella se apartó un mechón de pelo de la cara. —Habría pensado que era obvio.

—No para mí.

Ella se mordió los labios, tratando de reunir el coraje para decirle un poco de la verdad, sabiendo que él podía detectar cualquier mentira.

—Dime qué está pasando, Indra.

Estaba a punto de darle una verdad a medias, pero no le gustó su tono autoritario. Se levantó, negándose a que le hablaran con condescendencia, y dio un paso hacia él. Su ceño se profundizó.

—He hecho todo lo que necesitaba hacer. La fiesta va bien, ¿no? Tus invitados...

—*Nuestros* invitados...

—¿Están felices, contentos, impresionados? —Hizo una pausa, esperando su respuesta. No llegó—. ¿No lo están?

Un músculo se contrajo en su mandíbula. Ella lo estaba afectando. Él dio un breve y cortante asentimiento como respuesta.

—Bien. Entonces creo que he logrado lo que me propuse hacer.

—Tal vez lo que *tú* te propusiste hacer. Pero no *yo*. La invitación era de parte de ambos y la gente está pidiendo conocerte. Si no vienes a conocerlos, socavarás todo. Sí, están impresionados con los caballos. ¿Por qué no lo estarían? Y eso es un objetivo cumplido, pero lo que realmente quieren es ver a la hermosa y esquiva Indra. Mi esposa. Si no vienes conmigo ahora y haces el papel de una esposa felizmente casada, habrás deshecho todo tu trabajo.

Ella se mordió el labio para tratar de evitar que temblara. Era lo que había temido pero había estado ignorando.

—¡Eso es ridículo! Quieren un centro de entrenamiento y establos exitosos, no chismes.

—Los chismes son *exactamente* lo que quieren.

Sintió que la vida se le escapaba. —No puedo hacer chismes —susurró a medias. Buscó apoyo en un banco, pero la mano de él se disparó y agarró la suya en su lugar. Si era para controlarla o para apoyarla, no habría podido decirlo. Él le apretó la mano y su otra mano se

deslizó sobre la de ella.

—Dime por qué.

Ella negó con la cabeza. —No puedo.

—Entonces debes venir conmigo ahora porque, si no lo haces, las finanzas de la propiedad se verán seriamente comprometidas y te quedarás sin trabajo.

Ella parpadeó para contener las lágrimas que sus temores habían provocado y asintió. —Iré, pero no sabes lo que estás haciendo.

—No lo sabré a menos que me lo digas.

Aún con un firme agarre en su mano, como si temiera que ella saliera corriendo —pero ¿adónde iría?—, caminaron fuera de la iglesia, a través de los árboles, y emergieron en medio de la multitud de personas cuyas risas y fuertes saludos entre sí llenaban los jardines habitualmente tranquilos.

Él se inclinó hacia ella y le susurró al oído. —Sonríe, por el amor de Dios. Y aparenta ser una mujer felizmente casada y enamorada de su marido.

Sus palabras casi le rompieron el corazón. Él era su marido, y no la amaba. Ella le devolvió la mirada, ahora firme. —No puedo mentir. Todo lo que hago tiene que salir del corazón. O nada en absoluto.

Él apartó la mirada rápidamente. —Entonces estamos condenados antes de empezar.

Pronto se encontraron en medio de grupos de personas que querían conocerla, e Indra se descubrió sonriendo y disfrutando al hablar con ellos. Porque, aunque Indra evitaba el mundo fuera de las puertas de la Finca Richmond, realmente amaba a la gente y pronto se encontró charlando con facilidad con todos. Mientras tanto, Sebastian nunca soltó su mano mientras la escuchaba, añadiendo algunos comentarios aquí y allá, pero principalmente observándola. Se movieron entre los grupos hasta que todos parecieron satisfechos de haber conocido a la feliz pareja en el corazón de esta próspera Finca Richmond.

La tarde transcurrió más fácilmente de lo que Indra había imaginado y los invitados se fueron marchando. Mientras se despedían de más invitados —unos pocos aún estaban sentados en mantas de picnic disfrutando del champán—, el sol se hundía más en el cielo y el calor del día desaparecía, desvaneciéndose en una noche templada. Pero aún así, él no soltaba su mano, y ella ya no intentaba apartarla. De alguna manera, se sentía correcto.

—Para alguien a quien no le gustan las multitudes, ciertamente encantaste a nuestros invitados —dijo él, despidiéndose con la mano de otra pareja que pasaba en coche.

Indra también saludó y sonrió a la pareja con la que había disfrutado hablando. —Me gusta la gente.

—Y tú les gustas a ellos. Como dije antes, tu presencia selló el éxito del evento.

Ella se volvió hacia él. —¿Eso crees?

Sus ojos se entrecerraron mientras seguían el coche por la avenida de árboles hacia la portería. Parecía más relajado ahora que en todo el día. Parecía haber disfrutado quedándose en un segundo plano frente a ella. De repente, se dio cuenta de que lo que había tomado por arrogancia era, de hecho, una reserva natural. Combina su reserva con la estructura ósea inflexible de su rostro y parecía alguien muy duro. Pero esa dureza, ahora se daba cuenta, ocultaba al verdadero Sebastian.

—Lo sé —dijo finalmente—. Tienes una calidez natural con la gente, lo que hace aún más sorprendente que los rehúyas. —Negó con la cabeza como si estuviera perplejo—. Y no tengo ni idea de por qué. —Le apartó el cabello de la cara—. Estás ocultando algo, Indra. Tienes secretos.

Ella no podía negarlo. Pero podía contrarrestarlo. —Al igual que tú, creo.

Él sonrió, entendiendo lo que ella estaba haciendo. —Tal vez. Pero sospecho que los míos son mucho más simples que los tuyos.

—¿Por qué? ¿Cuáles son?

Su sonrisa se ensanchó. —Querida —dijo exageradamente—, aún tenemos invitados alrededor. Difícilmente creo que aquí y ahora sea el momento de exponer mi triste historia.

—¿Por qué, crees que me echaré a llorar?

Su sonrisa desapareció. —No, pero *yo* podría hacerlo.

Ella ya no quería bromear, no con ese vislumbre de su alma herida. —Lamento lo que pasó entre tú y tu padre, porque ambos terminaron lastimados.

Él gruñó con desdén. —¿Mi padre, herido? Lo dudo mucho.

—Oh, estaba herido, sin duda. Pensé que estaba herido por cómo lo rechazabas, pero ahora me doy cuenta de que el dolor era peor porque era autoinfligido. Creo que sufría porque estaba arrepentido por lo que te había hecho y porque no podía arreglar las cosas.

Él negó con la cabeza. —Eres una buena mujer, Indra, y sé que te gusta pensar lo mejor de la gente, pero te equivocas en este caso. Vamos, si hubiera querido arreglar las cosas, ¿por qué insistiría en este matrimonio?

—No lo sé, pero sospecho que lo averiguaremos en algún momento.

—Tal vez. —Levantó sus manos unidas hasta sus labios y besó sus nudillos, antes de deslizar sus labios sobre ellos. No apartó sus ojos de ella.

Ella tomó una brusca bocanada de aire, tratando de contrarrestar el efecto de su beso en sus sentidos. No habría podido apartar la mirada de él aunque hubiera querido. —No has soltado mi mano en toda la tarde.

—Una muestra de unidad que sentí que era necesaria.

—Creo que la demostración funcionó.

—Hm —dijo él seductoramente—. ¿Quieres que te suelte ahora?

Debería, pero no quería. Negó con la cabeza rápidamente antes de que el pensamiento racional pudiera tomar el control. Y en lugar de soltar su mano, él la atrajo hacia sí. Solo entonces soltó su mano, pero en lugar de alejarse, levantó ambas manos a sus mejillas y acunó su rostro, sus pulgares acariciando su suave piel. Ella cerró los ojos mientras trataba de controlar las sensaciones que se deslizaban por su piel y viajaban profundamente dentro de su cuerpo, enviando señales a cada parte de ella, derritiéndola e incendiándola al mismo tiempo.

—Indra, eres tan hermosa —dijo él, con voz baja y sexy.

Ella abrió los ojos, y él estaba cerca, tan cerca ahora. Tragó saliva, desesperadamente tratando de aferrarse al último vestigio de control. —No hay nadie mirando ahora, así que no tienes que hacer esto.

—Que es precisamente por lo que quiero hacerlo.

Él presionó sus labios contra los de ella antes de que pudiera responder. No es que ella hubiera huido, porque su mente estaba en suspenso y su cuerpo deseaba todo lo que él pudiera darle. Sus labios se movían sobre los de ella, persuadiendo a su boca para que se abriera. Ella jadeó cuando su lengua se deslizó contra la suya. Su corazón latía con fuerza y deslizó sus manos alrededor de su cuello, sin querer que se alejara o dejara de llenarla de tanto placer.

Ella acercó su cuerpo hasta que sus caderas se inclinaron y presionaron contra las de él. Ahora actuaba puramente por instinto y cuando lo sintió endurecerse, esta vez estaba preparada y no se apartó. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez imaginando lo que él podría hacerle con esa dura erección. No sabía qué podría traer el futuro. No sabía si él siquiera tenía corazón, pero todo lo que sabía era que sentía un despertar en sí misma, que no podía negar más

de lo que podía decidir dejar de respirar.

Finalmente, él se apartó, presionando su frente contra la de ella. Murmuró una palabrota entre dientes.

—Indra, ¿qué me estás haciendo?

Ella balanceó su frente contra la de él.

—Nada.

—Entonces sigue sin hacer nada —dijo él, mientras presionaba sus labios contra los de ella una vez más.

—¡Eh! —Un grito repentino la hizo apartarse de un salto, cuando un invitado caminó inestablemente hacia ellos. El hombre se detuvo junto a ellos, la miró de arriba abajo y luego sonrió a Sebastian—. ¿Tienes más como esta?

Indra jadeó cuando la realidad la golpeó. Nunca había hecho algo así antes, ni en privado y ciertamente no en público. Se sintió barata y avergonzada. Apartó sus manos de Sebastian y se dio la vuelta, apartando su cabello ahora despeinado de su rostro, y caminó rápidamente hacia la casa. Alguien gritó detrás de ella y comenzó a correr. Tenía que escapar. Alejarse de todos estos extraños y, más especialmente, alejarse de Sebastian, quien la desafiaba a cada paso y la convertía en una mujer que no reconocía.

Solo cuando llegó a la guardería en el piso superior se sintió segura. Miró por la ventana para ver a Sebastian rodeando los grupos, obviamente tratando de animarlos a irse. Los taxis se alineaban en la entrada, listos para llevarlos a casa, pero los últimos necesitaban más persuasión. Sabía que pasaría algún tiempo antes de que él pudiera escapar, lo que le daría tiempo para pensar.

Se quitó los zapatos y se frotó los dedos de los pies donde sus sandalias le habían apretado los pies calientes mientras caminaba por la finca. De repente se sintió exhausta después de todo lo que había sucedido. No menos por el beso de Sebastian. Suspiró. Qué beso. Se acurrucó en el sofá y cerró los ojos.

No podía haber estado dormida mucho tiempo antes de que algo más que el toque de Sebastian entrara en sus sueños. Al principio, lo incorporó a sus sueños sexuales, el golpeteo del cabecero mientras Sebastian subía y bajaba encima de ella, rítmicamente, llevándola a lugares donde solo ella misma había llegado anteriormente. Pero luego se hizo más fuerte, y parpadeó y despertó de repente. Alguien estaba golpeando la puerta.

Medio tropezando, apenas despierta, fue hacia la puerta, preguntándose qué era tan urgente como para hacer que Sebastian regresara tan rápido.

—¿Qué pasa...?

Alguien se abalanzó hacia ella, cortando sus palabras mientras la agarraba. Le tomó unos momentos despertar completamente para darse cuenta de que *no era* Sebastian.

—¡Suéltame! —dijo, cayendo medio hacia atrás mientras trataba de soltar sus dedos de sus hombros. El hombre que la había avergonzado antes respondió agarrándole dolorosamente el pecho. Ella gritó de dolor.

Sus labios estaban sobre los de ella, su aliento agrio por el champán. Ella se atragantó cuando él forzó su lengua en su boca. Cayó de espaldas sobre el diván, y él cayó encima de ella. Su gran cuerpo le quitó el aliento y ella jadeó en busca de aire mientras él se agitaba encima de ella.

De repente el peso se levantó con un rugido sobrenatural y hubo el sonido de vidrio y adornos rompiéndose cuando el hombre fue lanzado contra una mesa. Mientras ella luchaba por levantarse, aún sin aliento después de ser arrojada al sofá, escuchó un puño golpeando un cuerpo, seguido de más estruendos. Miró hacia arriba y vio a Sebastian, con el puño levantado de nuevo,

listo para golpear al hombre.

—¡Fuera!

El hombre luchó por ponerse de pie, se puso a gatas y se empujó hacia arriba antes de volverse hacia Sebastian, frotándose la mejilla.

—Me voy, pero ¡no esperes ningún negocio de mi parte!

—No *queremos* tu negocio.

—Pues me habías engañado —escupió el hombre de nuevo—. Esa pequeña fiesta no salió barata. Quieres el negocio, eso es obvio.

—No necesito *tu* dinero. Ahora, ¡lárgate y no vuelvas a mostrar tu cara por aquí!

El hombre tropezó hacia la puerta, pero no sin antes mirar fijamente a Indra. Se volvió hacia Sebastian una vez que se acercó a la puerta.

—Es una provocadora. Me deseaba y es obvio que tú no la satisfaces. Iba a darle algo que recordar.

Con solo una mirada a Sebastian, Indra supo que sería mejor que hiciera algo si el hombre iba a salir vivo de la habitación. Saltó entre ellos.

—Oh, te recordaré, de acuerdo. Y me aseguraré de que no tengas nada que ver con nuestro negocio de nuevo. Ahora haz lo que Sebastian te dijo y vete. De lo contrario, llamaré a la policía.

—¿La policía? Lo dudo. Tienes fama de mantener un perfil bajo y estoy seguro de que tienes buenas razones para ello. ¿Tengo razón?

Indra palideció y negó con la cabeza. El hombre sabía algo, o sospechaba algo. Fuera lo que fuera, hoy había sido un completo y absoluto error. Ella esperaba que lo fuera, y ahora lo sabía. Su pasado iba a volver para atormentarla. Y no sabía si sobreviviría a ello.

La puerta se cerró de golpe detrás de él y ella se volvió lentamente para enfrentar a Sebastian, quien todavía parecía querer asesinar a alguien. Afortunadamente, mientras caminaba hacia él, se dio cuenta de que no era ella.

Hubo un grito desde afuera —una obscenidad seguida de otra— y ambos miraron hacia la ventana. Ella siguió a Sebastian hasta la ventana abierta.

—¡Vete ahora! —ordenó Sebastian, y el hombre retrocedió unos pasos tambaleándose. Afortunadamente, no había nadie para verlo. Esta ventana daba a la parte trasera de la propiedad y no había nadie alrededor.

—Oh, no te preocupes, me voy, ¡lo que es más de lo que se puede decir de ti! He cerrado el cerrojo. ¡Parece que después de todo te he hecho un favor, Sebastian! —Se rio y se alejó tambaleándose.

Ambos se giraron al mismo tiempo y miraron la puerta, y luego se miraron el uno al otro con incredulidad. Sebastian caminó hacia la puerta y la empujó. Se mantuvo firme. Debía haber usado el viejo cerrojo oxidado que ella nunca se había molestado en quitar. Indra ni siquiera se había dado cuenta de que aún funcionaba.

Sebastian pateó la puerta, luciendo pánico. De repente, ella recordó su aversión a estar encerrado, y lo que debió haberle sucedido aquí. Él comenzó a caminar como un animal enjaulado.

—Está bien. Llamaré a alguien —Miró alrededor y luego hizo una mueca—. ¡Oh, no! Mi portátil. Está en las oficinas de la finca.

—Pero tu ordenador...

Ella negó con la cabeza.

—Se estropeó hace unos días. He estado usando mi portátil.

—Entonces un teléfono. ¡Por el amor de Dios!

Ella hizo una mueca, reacia a dar la noticia.

—¡No me digas que también está abajo!

Ella asintió.

—Sí —Se encogió de hombros—. Debo haberlo dejado allí cuando entré —Se pasó los dedos por el pelo, retorciéndolo de un lado a otro, mientras intentaba averiguar qué hacer—. Estaba alterada. No pensaba con claridad, así que —cerró los ojos mientras recordaba sus pasos — lo tiré sobre la mesa de café y luego decidí que quería subir aquí.

—De acuerdo. Y el mío está en mi chaqueta —Le lanzó una mirada feroz—. También abajo.

—¿Podemos intentar gritar? —Fue a la ventana y se asomó, pero la tarde ya había avanzado y no había nadie alrededor. Sebastian había dado instrucciones estrictas de que nadie debía estar cerca de la casa fuera del horario de oficina y todos le tomaron la palabra.

—No tiene sentido —dijo él—. No hay nadie que pueda oír.

—Pero la cerradura. Es vieja, seguramente no puede aguantar.

—Oh, esa cosa puede aguantar perfectamente. Lo he mirado. Es la misma de siempre. Reforzada para evitar que alguien salga.

—Eso es extraño.

—No es extraño. Ese es mi padre. Asegurándose de que no pudiera salir y de que cumpliera mi castigo. El único que no podía soportar.

Las respuestas cobraron sentido. Ella parpadeó, instándole a continuar.

—Podía soportar las palizas, podía soportar el trabajo duro, pero lo que no podía soportar era estar encerrado. Y eso es lo que él hacía. Mi padre tenía un sentido infalible de cómo ser cruel.

Ella negó con la cabeza.

—No Charles. No mi padrastro. Él no haría algo así.

—Lo haría, y lo hizo. A mí —Ella pudo ver cómo la agitación le superaba y estalló en movimiento, lanzándose contra la puerta. Tenía razón. Se mantuvo firme. No había forma de que pudiera salir de allí. Se alejó caminando, con la agitación clara en cada paso.

Ella le agarró del brazo para obligarle a dejar de moverse. Él la miró con furia.

—Estará bien, de verdad, Sebastian. Estará bien.

Él cerró los ojos y gimió, y pareció tan expuesto que ella se quedó conmocionada. Y en ese momento, supo que sería exactamente lo contrario de bien.

CAPÍTULO SIETE

INDRA OBSERVABA a Sebastian pasearse por la habitación. El ritmo se aceleró, girando en un extremo y apresurándose al acercarse al otro antes de correr hacia la puerta y arrojar su cuerpo contra ella con todas sus fuerzas. Pero la vieja puerta era sólida —parte de una sección mucho más antigua de la mansión— y el cerrojo ni siquiera se estremeció. Se mantuvo firme. Él maldijo y golpeó la puerta. Ella se estremeció. Debió de doler.

—¡Tienes que calmarte, Sebastian!

Él no dejó de pasearse, solo la miró con furia, y ella pudo ver el pánico en sus ojos aumentando. Había querido conocer sus secretos, pero ahora que parecía que los postigos de hierro habían sido arrancados, deseaba no poder verlos. Parecían demasiado salvajes, demasiado dolorosos para contemplarlos.

Él golpeó la palma de su mano contra la pared mientras miraba hacia afuera en el crepúsculo que se desarrollaba, deseando que alguien apareciera, que alguien los escuchara, que alguien los liberara del purgatorio en el que parecía estar.

Ella puso su mano en su hombro. Él se estremeció pero no se movió, solo mantuvo su mirada agitada parpadeando hacia afuera, sobre las sombras, buscando algo, cualquier cosa, que los sacara de allí.

—Sebastian —dijo ella ahora en voz baja, exactamente como solía hablarle al perro herido que encontró, tratando de hacer que confiara en ella, que creyera en ella—. Todo estará bien, ¿sabes? Si nadie más aparece, siempre está mi secretaria.

Sus ojos se iluminaron con esperanza. —¿Puedes contactarla?

—No. Quiero decir, tenemos un acuerdo permanente. Cada mañana, mi secretaria viene aquí para entregar la correspondencia y organizar mi agenda del día. Todos los días. Sin falta. Ella *vendrá*.

—Eso es mañana por la mañana —dijo él sombríamente. Empezó a alejarse, pero ella agarró su brazo con más fuerza y se acercó—. No *ahora* —dijo él—. No esta tarde. No *esta noche*. Eso es dentro de más de doce horas. —Bajó su rostro hacia el de ella y pudo sentir su agitación y pánico, no solo en sus ojos, sino también en su voz—. ¿Cómo demonios voy a mantenerme cuerdo, encerrado aquí contigo?

Una imagen —una imagen muy sexy— pasó por su mente y se quedó allí por un instante. Esperaba que Sebastian no notara el rubor que inundó sus mejillas.

—Te distraigo. —Descartó firmemente la imagen sexy—. *Hablamos*.

—¿De qué demonios tenemos que hablar que pueda hacerme olvidar que estoy de vuelta en el mismo lugar que me hizo huir de mi hogar cuando era un niño? ¿Eh?

—Podríamos conocernos mejor. —Instantáneamente, deseó poder retirar sus palabras.

Prácticamente le había dado permiso para conocer sus secretos. Pero era eso o entregarse a él físicamente. Podía ver que tenía su atención—. Primero tú —dijo rápidamente. Si podía desviarlo para que revelara sus secretos primero, tal vez podría aferrarse a los suyos—. Me gustaría conocerte mejor, Sebastian.

Él gruñó con desdén. —¿Crees que eso va a distraerme de esto? —Hizo un ademán con la mano alrededor de la habitación larga y de techo bajo. Negó con la cabeza mientras miraba hacia el techo encalado, más bajo que cualquiera de las otras habitaciones de la casa—. Siempre odié lo bajo que era este techo. Me hacía sentir atrapado, como un animal enjaulado...

Ella tiró de su brazo. —¡Sebastian! ¡Basta! Bien, hablemos de otra cosa. —Podía ver que había captado su atención—. Cualquier cosa. —No tenía más opción que ofrecer su pasado como distracción—. Una vez dijiste que querías conocer mis secretos. Te lo diré si me preguntas.

Él inclinó la cabeza hacia un lado con repentino interés, y la tensión en su frente se alivió. Estaba funcionando. —De acuerdo. —Cambió su postura, para quedar frente a ella directamente. Ella se sintió inquieta pero no se alejó—. ¿De dónde vinieron tú y tu madre, Indra?

Ella se humedeció los labios mientras una miríada de respuestas pasaban por su mente. Respuestas que su madre había creado para ella, listas para decirle a cualquiera que preguntara. Y luego estaban las respuestas verdaderas. Sabía que no podía salirse con la suya con las primeras con Sebastian.

—India.

Él esperó a que ella elaborara. Ella no lo hizo.

—Bien, ¿así que tengo que conocer las preguntas, las preguntas *muy específicas*, para hacer antes de recibir las respuestas?

Ella asintió. Iba a hacer que trabajara por cualquier cosa que quisiera saber. En primer lugar, porque quería revelar lo menos posible y, en segundo lugar, y lo más importante, desviaría a Sebastian de sus miedos de manera más efectiva. Pero tal vez podría desviarlo un poco llevándolo por caminos que fueran menos reveladores.

—¿Quieres saber de qué parte de la India? —Podría hablar sobre su ciudad natal durante horas.

—No particularmente.

Su corazón se hundió.

—No, preferiría saber sobre el ‘por qué’.

Ella frunció el ceño.

—*Por qué* dejaron la India. *Por qué* vinieron aquí, a Richmond. *Por qué* te mantienes en la finca y sales con tan poca frecuencia como sea posible. ¿Por qué es eso?

Se había metido demasiado profundo, demasiado rápido. Pero tal vez podría usarlo como un punto de negociación.

—Si te lo digo, ¿me dirás algo sobre ti?

—Claro. ¿Por qué no? Sospecho que tus secretos resultarán mucho más interesantes que los míos. Empecemos con por qué tú y tu madre dejaron la India.

—De acuerdo. —Señaló los sofás, que estaban dispuestos alrededor de una mesa de café para reuniones informales—. Si vamos a hacer esto, al menos pongámonos cómodos. —Le lanzó una sonrisa rápida—. He estado de pie todo el día.

Él asintió una vez en señal de acuerdo y la siguió hasta el sofá. Se sentó hacia adelante, con las manos entrelazadas frente a él. Ella se quitó los zapatos y metió los pies debajo de ella, agarrando un viejo cojín de terciopelo frente a ella como si fuera a protegerla de él. Él la miró desde debajo de una ceja fruncida, pero el pánico había disminuido, reemplazado por interés.

—Continúa —dijo él—. Tienes toda mi atención.

Ella tomó una respiración profunda. Mantén la calma. Mantén las imágenes a raya. Solo cuenta una versión de la verdad para satisfacer a Sebastian. Solo cuenta. No recuerdes.

—Mi padre y mi hermano... —Jugó con la palabra en su boca, pero pasaron unos segundos antes de que saliera—. Murieron.

—Lo siento. ¿Algún tipo de accidente?

Ella hizo una mueca. —Algún tipo.

—Eras muy joven para experimentar semejante tragedia. Pero no es razón para abandonar tu hogar y tu país. Dejar atrás todo lo que conoces, tu familia, amigos, tu vida, generalmente hay una de dos razones para hacer algo así. O bien estás corriendo *hacia* algo, o huyendo *de* algo. ¿Cuál fue tu caso?

Ella vaciló, sin querer responder pero consciente de que la sensación de pánico lo había abandonado. No tenía otra opción más que continuar. No tenía otra opción más que decir la verdad, porque él ya sabía que ella y su madre habían sido extrañas para el padre de Sebastian. ¿Y por qué correrían hacia un extraño? Pero tal vez podría aprovechar su atención para distraerlo aún más. Iba a ser una noche larga con solo ellos dos, y no le agradaba la idea de estar a solas con un Sebastian en pánico. Uno tranquilo ya era bastante desafiante. Miró hacia la cocineta en una esquina.

—Es una larga historia. ¿Le gustaría tomar algo?

Él siguió su mirada. —Un whisky, pero dudo que tengas eso.

Ella negó con la cabeza. —No, no tengo. Nada de alcohol, me temo. Pero tengo tés de hierbas. ¿Le gustaría uno?

Él hizo una mueca, y ella se esforzó por no sonreír. —Haré uno de todos modos para que lo pruebe. Nunca se sabe, podría gustarle. —Su sonrisa divertida fue recibida con un ceño fruncido, pero no debilitó su determinación. Tenía otras bebidas en el armario, pero no quería aumentar su adrenalina con un café negro.

Se dirigió a la cocineta que su padrastro había instalado para ella y llenó la tetera. Podía sentir sus ojos en su espalda. Miró por encima del hombro y, efectivamente, él estaba observando cada uno de sus movimientos. Empezaba a pensar que su pánico se le iba a transferir y, por primera vez, se dio cuenta de las implicaciones de estar encerrada en una habitación con él durante toda la noche. A menos que ocurriera un milagro, esto era exactamente lo que iba a suceder. Le lanzó una sonrisa insegura y se concentró en preparar bebidas para ambos. Si tan solo viviera en una época diferente y tuviera algún tipo de poción mágica para deslizar en la bebida y hacerlo dormir. Con la manzanilla lista, sirvió dos tazas y regresó a los sofás.

—Ciertamente has transformado este lugar —comentó él, probablemente notando por primera vez las alteraciones que ella había hecho en la antigua habitación infantil.

—Siempre sentí que este era mi espacio, un lugar que podía hacer mío sin afectar a nadie más.

—Sí, a mi padre no le habría importado lo que hicieras aquí. Nunca subía hasta acá.

—Oh, sí lo hacía. —Deseó no haber respondido tan rápidamente cuando vio la mirada sorprendida en sus ojos.

—¿En serio? ¿Por qué?

Ella se encogió de hombros, tratando de pensar cómo podría retractarse de su declaración. —Oh, ya sabes, visitas breves.

—Claro. Para verte. Para reunirse contigo. Para hablar contigo. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí.

—Nunca vino aquí cuando mis hermanos y yo éramos niños. Tú y tu madre ciertamente obraron alguna magia sobre él para hacerlo cambiar tanto.

—No hubo ninguna magia.

—Llámalo como quieras. El hombre del que estás hablando no era el hombre que yo conocí. De todos modos, no me interesa hablar de él. Me interesa saber más sobre ti.

Ella frunció el ceño. ¿Por qué estaba tan interesado en su pasado? Conocía lo suficiente a Sebastian ahora para darse cuenta de que nunca hacía nada sin motivo, especialmente por simple curiosidad. En ese caso, ¿por qué quería saber sobre sus antecedentes?

—¿Por qué exactamente quiere saber?

—¿No es suficiente razón que seas mi esposa? Estamos unidos por los próximos años, así que saber algo sobre ti no parece irrazonable.

Tuvo el preocupante pensamiento de que estaba tratando de distraerla. —Estamos casados solo de nombre. Mi pasado no puede significar nada para usted.

—Tal vez simplemente tengo curiosidad. Pero —se encogió de hombros—, si no quieres satisfacer mi curiosidad, siempre puedo volver a arrojarme contra la puerta y maldecir durante las próximas doce horas. —Sus labios se torcieron en una sonrisa burlona, que la afectó de maneras que realmente no debería.

—Supongo que satisfacer su curiosidad será mucho menos dañino para usted, sin mencionar la puerta y el contenido de mi habitación.

—Bien. —Tomó un sorbo de su té, hizo una mueca y luego se recostó en la silla—. Entonces, ¿estabas huyendo hacia algo o de algo?

—De algo, como sin duda puede adivinar. Después de que mi padre y mi hermano murieron, mi madre quería empezar de nuevo. —Contuvo la respiración, esperando que no preguntara sobre las circunstancias de las muertes de su padre y su hermano.

—¿Lejos de su familia y amigos? Eso es inusual.

Ella soltó el aire. —Mi madre decidió que era lo mejor para ambas irnos.

—¿Por qué Inglaterra? ¿Tenía conexiones aquí?

Indra negó con la cabeza. —Ninguna. —Podría haber inventado algunas, pero siempre había sido pésima mintiendo y sabía que la mente aguda de Sebastian la descubriría, eventualmente. El hecho de que no tuviera parientes ni conexiones en Inglaterra era la razón principal por la que su madre había elegido establecerse allí. Sus enemigos no pensarían en buscarlas allí.

—¿Así que respondió a un anuncio de agencia para ama de llaves aquí, en Richmond?

—Así es. Ama de llaves interna, en Richmond, donde podríamos empezar de nuevo.

—No me parece mucho de un nuevo comienzo. A kilómetros de cualquier lugar.

—Era lo que queríamos.

—¿Queríamos? Debías tener alrededor de doce años.

Ella asintió.

—Así que era lo que tu *madre* quería. —Tomó otro sorbo de su té antes de fijar su mirada firme en ella—. Desaparecer.

Ella bajó los ojos para mirar el té dorado y claro, observando cómo los fragmentos de las flores de manzanilla se movían en el fondo de la fina taza de porcelana. Nunca le había contado a nadie por qué ella y su madre habían venido a Inglaterra hace tanto tiempo. Pero, entonces, nadie había tenido la temeridad de preguntar, y habían estado protegidas por Charles Richmond. Pero ya no. Charles había levantado esa protección cuando la había atado en matrimonio a su hijo. Si Charles pensaba que ella podía valerse por sí misma, tal vez podría.

Ella levantó la mirada hacia él. —Sí. Desaparecer. —Con cuidadosa deliberación, colocó su

taza de vuelta en el platillo, se reclinó y cruzó las manos sobre su regazo—. Hubo... complicaciones en los negocios con las que mi madre no quería estar relacionada, así que nos trajo aquí. Nos hizo desaparecer, como tú dices.

Sebastian no pareció sorprendido por su revelación.

—Me imaginé que debía ser algo así.

—Aún no estoy segura de por qué estás tan interesado.

Él se encogió de hombros. —No importa. El hecho es que lo estoy. Gracias por contármelo.

Ella dejó escapar un pequeño suspiro de alivio, mientras la tensión se aliviaba. Tal vez había escapado de lo peor.

—Una cosa más. ¿Cuál era el negocio de tu padre?

Ella se encogió de hombros. —Comerciaba con muchas cosas. Importación... ya sabes.

—¿Y estas importaciones eran de qué país?

Ella se encogió de hombros. —Principalmente de Rusia.

—¿Y estas cosas eran peligrosas?

Ella asintió. Por un momento, pensó que él podría presionarla, pero decidió que era su turno.

—¿Y qué hay de ti? ¿Cuáles son tus secretos? ¿Me los contarás?

—Claro. Soy un libro abierto —dijo con sarcasmo—. ¿Qué te gustaría saber?

Había muchas cosas que quería saber sobre su marido. Por qué, de vez en cuando, vislumbraba a un hombre diferente escondido detrás de esa fachada reservada. Por qué nunca había visitado el hogar que decía amar tanto. Y, no menos importante, por qué odiaba tanto a su padre. Su pánico irracional al estar encerrado en el cuarto de los niños era el lugar obvio para empezar. Temía que empezara a entrar en pánico de nuevo si revivía sus recuerdos. Pero era un riesgo que tenía que tomar si alguna vez quería entenderlo.

—¿Qué te pasó aquí?

Sus manos se cerraron en puños que apretó contra su boca. Luego inhaló profundamente y juntó las manos en su regazo.

—Me encerraron aquí. Durante largos períodos de tiempo, con solo el personal trayéndome comida.

—¿Qué? ¿Quién demonios hizo tal cosa?

—Mi padre. El padrastro por el que te preocupas tanto.

—Pero ¿qué demonios hiciste para que él hiciera eso?

Él se encogió de hombros. —Nunca fue nada grave. Creo que principalmente era porque lo desobedecía. Nunca he sido bueno con la autoridad.

—No me sorprende —dijo ella, tratando de ordenar sus pensamientos, intentando reconciliar la imagen de su padrastro, encerrando a propósito a su hijo mayor, que amaba los espacios abiertos. No podía creer que hubiera sido tan cruel—. Pero me sorprende que Charles hiciera tal cosa. Nunca vi un lado cruel. Nunca.

—Entonces tuviste suerte. Supongo que amar a tu madre y a ti debe haberlo cambiado.

—Tal vez no lo desafiamos. Lo necesitábamos para que nos protegiera. —Se detuvo de repente, dándose cuenta de que había dicho demasiado—. Quiero decir, éramos nuevos en Inglaterra y no conocíamos a nadie más.

—Ah, eso le habría gustado. Apelasteis a su lado machista.

Ella negó con la cabeza. —Me resulta difícil reconciliar lo que sé de tu padre con lo que te hizo.

—Mi consejo: no lo intentes. No vale la pena.

—¿Cómo terminó todo?

—Me escapé. Dormí en la calle y robé cuando necesitaba comida. Fue eso lo que me llevó a estar encerrado de nuevo. En un reformatorio esta vez. Padre se negó a ayudar, dijo que necesitaba aprender una lección. Y supongo que podrías decir que lo hice.

No era de extrañar que odiara tanto a su padre. Y no era de extrañar que hubiera rechazado el amor y reforzado sus defensas para mantenerse a salvo. Había aprendido esas lecciones demasiado bien.

—Lo siento mucho, Sebastian.

—Sí, bueno. Es cosa del pasado.

Se levantó y abrió la ventana de guillotina para dejar entrar el aire de la noche. Ella fue y se unió a él. Tocó su brazo vacilante, necesitando conectar con él, y siguió su mirada hacia los jardines formales que descendían hasta el lago, como una franja plateada en la luz menguante. Sobre ellos, se podía ver el primer esparcimiento de estrellas.

—Pero, a pesar de todo eso —dijo él—, amo esta propiedad. Solo respirar el aire, escuchar el sonido de los árboles en el viento, los caballos lejanos, los zorros, los pájaros. —Cerró los ojos, y ella se quedó atrapada por su mirada absorta, tan diferente de lo habitual—. Es como si el lugar estuviera respirando, latiendo con un solo corazón, al mismo ritmo que el mío. —Abrió los ojos, le lanzó una mirada avergonzada—. Estoy diciendo tonterías, por supuesto.

—No son tonterías. Es cómo te sientes. ¿Cómo podría ser una tontería lo que hay en tu corazón?

El silencio se alargó y se profundizó, en sintonía con el crepúsculo.

—Ah —dijo él, distraído por la visión de una polilla que había entrado volando y se estaba golpeando contra la pantalla de una lámpara de lectura—. Tal vez ese es mi secreto. Cuando mi corazón estaba abierto de niño, fui atrapado como esa polilla. —Caminó hacia ella, atrapó la polilla en su mano y la liberó por la ventana, antes de cerrarla una vez más—. Pero a diferencia de la polilla, nunca me recuperé. —Gruñó—. Ni siquiera siento que ese niño tenga algo que ver conmigo. Es como si estuviera hablando de otra persona.

—Tal vez necesites conectar con el niño que una vez fuiste.

—¿Cómo puedo? Ya no está con nosotros.

—¿Estás seguro?

—Oh, sí. Desaparecido y olvidado hace mucho tiempo.

—No digas eso.

—¿Por qué no?

—Porque es demasiado triste, y no creo que sea cierto.

Él resopló. —No reconocería a ese niño si lo volviera a encontrar. Gracias a Dios que mi padre erradicó cualquier rastro mío aquí en esta casa. No hay recordatorios, nada que quede de mi infancia.

—Debe haber algo. Algo que te recuerde lo que una vez fuiste. Lo que todavía eres, en el fondo. —Su mente buscó algo, cualquier cosa. Y entonces lo recordó y saltó.

—¡Lo sé! —Caminó hacia un armario y, después de una rápida inspección, bajó una caja del estante superior. Se levantó una nube de polvo. Se la ofreció a él—. ¿Reconoces esto? —No tenía ni idea de lo que había dentro, pero sabía que era suyo por el garabato infantil que lo proclamaba en el exterior.

Sebastian no se movió. No dijo nada y por un minuto, ella pensó que algo andaba mal. Y entonces, lentamente, él tomó la caja de sus manos, estudiando la tapa por un momento antes de colocarla sobre la mesa. Un pequeño candado mantenía seguro su contenido. La miró.

Ella se encogió de hombros. —Siempre ha estado ahí. Hay otras cosas también. Cosas de

generaciones pasadas. Pero esta tiene tu nombre escrito.

Él frunció el ceño. —¿Has mirado dentro?

Ella negó con la cabeza y señaló. —No pude. El candado.

—Es fácil de romper.

—No es mío para romperlo —dijo ella en voz baja.

—No, supongo que es mío para abrirlo. —Tomó un respiro profundo y pasó por los números del candado. Se abrió instantáneamente—. La fecha de mi cumpleaños —explicó—. Al menos mi habilidad para crear contraseñas ha mejorado, incluso...

Se detuvo en seco al enfrentarse a una vista que no debía haber visto en al menos dos décadas o más. Cartas. Muchas cartas. Ella miró de él a las cartas.

—¿Son estas de tu padre para ti?

—No —dijo él con seriedad—. Estas son *mis* cartas para él. Algunas que envié, y otras que no envié.

—¿Cómo es que tienes las que enviaste?

—Las encontré en la basura y las recuperé.

Estaba a punto de cerrar la caja cuando ella lo detuvo y sacó una carta. —¿Por favor? ¿Me dejarías leer una? Solo para conocer al niño que una vez fuiste.

Él se encogió de hombros y se alejó. —Claro, adelante. Son simplemente los garabatos infantiles de un niño sentimental. Nada que ver conmigo.

—¿Tú, sentimental? —Sonrió, y él levantó una ceja como desafiándola a reírse de él. Como si ella lo hiciera. Desdobló la carta y de inmediato le llamó la atención la escritura infantil. Casi le rompió el corazón al imaginarlo formando cuidadosamente sus letras para impresionar a su padre.

—Está bien, dime lo peor. ¿Qué estoy tratando de decirle a mi padre?

—Estás escribiendo sobre un partido de fútbol. —Continuó leyendo, sonrió y lo miró—. Ciertamente no te estás conteniendo. Le estás diciendo lo genial que fuiste en el campo y cómo salvaste el partido marcando un gol.

Él gruñó, pero sus ojos se nublaron mientras su mente viajaba veinte años atrás. —Era bueno en el fútbol. No tiene sentido pasar por la vida fingiendo que eres malo en algo cuando no lo eres. Especialmente con un padre como el mío.

—¿Ya estabas en el internado para ese entonces?

—Sí.

—¿Puedo? —preguntó, hojeando los sobres y seleccionando uno con una letra aún más inmadura.

Él se encogió de hombros. —¿Por qué no? Difícilmente creo que vayas a encontrar algo impactante. Son los pensamientos divagantes de un niño.

Ella escaneó la nueva carta y parpadeó para contener las lágrimas.

Él se movió, repentinamente incómodo. —¿Qué?

Ella lo miró con ojos llorosos. —Esta es diferente. No le estás contando sobre ti, estás hablando de casa. Diciéndole que la extrañas. Hablando de tu caballo, cuánto la amabas y pidiéndole que la visite porque la echas mucho de menos. Estás preguntando si puedes volver a casa de visita. —Tragó saliva—. Y hay más.

Él se encogió de hombros. —Tonterías infantiles.

Ella negó con la cabeza. —No, no lo es. Le estabas diciendo que lo extrañabas, que querías verlo y que lo amabas.

—Eso es un poco exagerado considerando que solo extrañaba a mi caballo, ¿no?

Ella le extendió la carta. —No. Está justo aquí. Después de eso. La firmaste con amor y añadiste besos.

Él tomó la carta, parpadeó y luego se la devolvió. —Era una de las cartas que encontré metida en un cubo de basura con otras cosas que él no quería en su estudio.

—Y la guardaste y la pusiste en esta caja.

—Algún impulso me hizo hacerlo. Debo haberme sentido mal por el niño que la escribió y quise rescatar algo.

—O a alguien.

Él se sentó y puso la cabeza entre las manos. Entre la puerta cerrada y la carta, parecía un hombre destrozado. Ella no podía soportarlo.

—Está bien, Sebastian, está bien. De verdad.

Pero la expresión en sus ojos le decía que todo estaba muy lejos de estar bien.

—Nada de esto está bien, Indra.

—Sí, lo está. Tiene que estarlo. —Ella le agarró las manos—. Sebastian. No puedes vivir tu vida manchado por el pasado.

—¿Por qué no? Tú lo haces.

Ella jadeó y se alejó. Dio un paso atrás, sin creer que él pudiera darle la vuelta a la situación de manera tan cruel. Él se levantó y la siguió.

—Lo siento, pero es cierto. Vives tu vida asustada de tu propia sombra por tu pasado. Y yo vivo *mi* vida asustado de que restos de ese niño que esas cartas revelan aún existan dentro de mí. Al menos tú todavía tienes un corazón que es verdadero. Yo perdí el contacto con el mío hace años.

Tenía razón. Ambos eran víctimas de su pasado y estaban atrapados en un presente del que ninguno podía escapar aunque quisiera.

—¿Qué nos ha hecho Charles? —susurró ella, sacudiendo la cabeza.

—Te rescató —dijo Sebastian—. Te dio un hogar. Y a mí me alejó del mío.

—Hasta ahora.

—Hasta ahora —repitió él. Sus ojos recorrieron su rostro, y levantó la mano para tocar suavemente su cabello. Ella contuvo la respiración, preguntándose qué haría a continuación. No tuvo que preguntarse por mucho tiempo. Su mano dejó de deslizarse lentamente por su cabello y, en su lugar, siguió la línea de su mandíbula hasta inclinar ligeramente su barbilla. No ejerció ninguna presión, pero no necesitaba hacerlo porque ella no habría podido evitar levantar su rostro hacia el suyo, su boca más cerca de la suya, aunque su vida dependiera de ello. Pero su vida dependía de exactamente lo contrario. Dependía de ser envuelta por sus brazos y atraída contra su cuerpo e inhalar su esencia. Y él la atrajo hacia sí como si necesitara exactamente lo mismo.

CAPÍTULO OCHO

INDRA NO PODÍA CREER que hubiera olvidado lo tiernos que eran los labios de Sebastian cuando se presionaban contra los suyos. Cuando revivía sus besos anteriores, su memoria siempre se había visto inundada por cómo la habían hecho sentir en todo su cuerpo. Pero ahora, con sus labios presionados contra los de ella, recordaba su sensibilidad como si él estuviera más preocupado por la respuesta de ella que por satisfacerse a sí mismo. Eso lo hacía aún más seductor. Su beso era completamente sensual, prolongando su placer, explorándola como si fuera la más rara de las delicias que quería saborear. Usualmente, sus labios estaban apretados, incluso sombríos, como si necesitara retener algo de sí mismo. Pero ahora no había nada retenido. Su boca controlaba la de ella, sus labios se movían sobre los suyos con las más suaves caricias, y con los efectos más devastadores.

A medida que el beso se profundizaba, él levantó sus manos, dudando un momento antes de acunar su rostro, sosteniéndolo firme, como si estuviera preocupado de que ella se alejara. Pero no había posibilidad de eso. Este era exactamente donde ella quería estar. Colocó sus manos en las caderas de él, deslizándolas alrededor de su trasero, instándolo a acercarse más a ella, queriendo sentir la longitud de su cuerpo presionado contra el suyo. Cuando sus caderas colisionaron, y ella sintió su excitación, jadeó en su boca, y el beso pasó de ser algo tierno y exploratorio, a algo muy diferente.

Su gemido vibró a través de sus pechos, que ahora estaban presionados firmemente contra su pecho. Un roce de su lengua contra la de ella envió su corazón a toda marcha y su cuerpo hormigueando con sensaciones que nunca antes había sentido. Tentativamente, ella respondió deslizando su lengua contra la de él. Él la atrajo contra su erección y ella sintió una pulsación de calor y humedad en su interior, obligando a su cerebro a ponerse al día con su cuerpo. Lo necesitaba y lo deseaba y, en ese momento, no le importaba que lo percibiera como su enemigo, que fuera arrogante y obviamente la resentía. Todo lo que quería era a él y lo que él podía darle.

Sus dedos se extendieron sobre su trasero, acariciando su carne mientras descendían más abajo, bajo su trasero, rozando lugares privados. Debería haberlo detenido, pero no pudo. En cambio, el beso creció en intensidad hasta que su respiración se volvió laboriosa y se separaron.

Él maldijo en voz baja mientras acariciaba con la nariz su oreja, su cuello y más abajo. Todo lo que ella podía hacer era arquear el cuello para dar a sus labios más de su cuerpo para explorar. Sus dedos tropezaron mientras trataba de desabrochar los pequeños botones de semilla de su camisa. Y, queriendo ayudarlo, ella tiró de su camisa, sin importarle que la fina tela se rasgara. Siguiendo su ejemplo, él rasgó su camisa para abrirla.

De repente, el aire fresco de la noche golpeó su cuerpo sobrecalentado, erizándola con piel de gallina. Debió ser eso lo que hizo que sus pezones se asomaran a través del suave algodón de su

sujetador. Él miró hacia abajo y pasó sus manos sobre la planicie de su estómago. Ella jadeó y él deslizó sus dedos por el espacio entre la parte superior de sus vaqueros y su estómago. Instintivamente, ella apretó sus manos sobre las de él. Él retiró su mano inmediatamente.

—Lo siento —dijo, con un último beso en su cuello—. Pensé que tal vez tú... —Sacudió la cabeza—. Pensé que tal vez querías lo que yo quiero.

—¿Qué es lo que *tú* quieres? —Se sintió consternada al oír su voz tan ronca como la de la más experimentada femme fatale.

—Hacerte el amor. —Se había ido su antigua arrogancia. En el hombre frente a ella, podía ver al chico que había escrito esas cartas a su padre con un corazón abierto y tierno. Eso barrió con los últimos de sus temores.

Tragó saliva. —Eso es lo que yo quiero también.

—Pero apartaste mi mano.

—Yo... nunca he hecho esto antes. Entré en pánico.

Él sonrió la sonrisa más gentil que ella jamás había visto, y acarició su mejilla con el dorso de su dedo. —Dulce Indra. Apenas puedo creerlo. Eres como una bella durmiente, atrapada en un castillo, esperando ser salvada.

Ella le devolvió la sonrisa. —¿Y supongo que tú eres el príncipe galante?

Él soltó una risa divertida. —No sé si lo soy. Pero con mucho gusto te rescataré del olvido. Si es que quieres ser rescatada, claro.

—*Quiero* ser rescatada, pero no del olvido. Quiero ser rescatada de un lugar donde veo a otras personas tener relaciones, otras personas disfrutar del amor, disfrutar del sexo, disfrutar —se encogió de hombros— de la *vida*, supongo. Por una vez en mi vida, yo también quisiera experimentar lo que otras personas hacen y de lo que me han mantenido oculta.

Él besó su frente y la abrazó. —Oh, Indra. Eres como una joya rara. Y prometo que te trataré con el máximo cuidado y respeto. —Miró su camisa—. Lo siento por tu camisa. Pero estos botones... —Miró los botones esparcidos por el suelo.

—No importa lo de los botones. Me sorprendí por un momento. Pero también era algo más.

—¿Qué?

—Estaba muy excitada. —Vacilante, presionó sus manos sobre sus pechos—. Aquí.

—¿En algún otro lugar?

Ella bajó su mano, presionando contra su sexo, que palpitaba de necesidad. —Y aquí. Te deseo, Sebastian. Pero tengo miedo de no saber qué hacer.

Él acunó su rostro y la besó suavemente antes de alejarse. —Haz lo que quieras hacer y te aseguro que me gustará. Pero lo tomaremos con calma.

—¿Qué tan despacio?

Él le quitó la camisa de los hombros y muy, muy lentamente la deslizó por sus brazos.

—Creo que eso es demasiado lento —dijo ella, quitándose la camisa con impaciencia y arrojándola a un lado, sin importarle ya estar de pie ante él solo en sujetador y vaqueros—. Creo que voy a explotar si vas tan despacio.

Él se rió, y con un movimiento hábil, le desabrochó los vaqueros y bajó su cremallera. —¿Es eso lo suficientemente rápido? —preguntó, empujando sus vaqueros hacia abajo y enganchando sus pulgares en sus bragas mientras bajaban. Ella salió de ambos.

—Sí, gracias —dijo, su respuesta absurdamente educada mientras estaba de pie sin aliento de deseo—. Ahora, el sujetador, si no te importa. —Se dio la vuelta y se apartó el cabello a un lado. Él lo desabrochó con una agilidad que hablaba de experiencia. A ella no le importó. Se alegraba de que al menos uno de ellos supiera qué hacer.

Se volvió hacia él, sintiéndose tanto tímida como poderosa al ver el efecto de su desnudez en él. La deseaba sexualmente, eso estaba claro. Pero podía ver en sus ojos algo más: una admiración y una gentileza que barrieron los últimos rastros de su modestia. Y, cuando él deslizó sus manos alrededor de su trasero, la besó y la levantó en sus brazos, sus piernas encontraron su hogar natural alrededor de su cintura. La llevó al diván, donde la depositó suavemente.

—Recuéstate —dijo con voz ronca. Era una instrucción. Normalmente ella no seguía instrucciones, las daba. Pero la forma en que él la miraba hacía que no quisiera hacer nada más. Así que se recostó, y se apoyó en sus codos, observándolo. Su mirada se detuvo en su sexo. Instintivamente, ella movió sus piernas, abriéndolas ligeramente. Su mirada se dirigió a sus ojos mientras se inclinaba sobre ella, la besaba en los labios, demasiado brevemente, antes de arrodillarse frente a ella.

Deslizó sus manos alrededor de sus senos, jugando con sus pezones. Ella se sobresaltó y agarró las almohadas mientras la sorpresa de lo que él estaba haciendo daba paso a una sensación abrumadora que pulsaba entre sus pechos y su sexo. Echó la cabeza hacia atrás y jadeó, cerrando los ojos ante la acumulación de tensiones en su cuerpo, mientras ola tras ola de sensaciones fluían a través de ella. Luego la besó más abajo, esparciendo besos por su estómago antes de retirar sus manos de sus senos.

Por un momento se preguntó qué iba a hacer, pero entonces las sensaciones se intensificaron cuando su boca encontró una parte secreta de ella y gritó sorprendida. Todo lo que pudo hacer fue pasar sus dedos por su cabello y acariciar su cabeza mientras su lengua y su boca la besaban y lamían, haciéndola aún más húmeda y lista para él. Él puso sus manos bajo sus nalgas, atrayéndola hacia sí para poder darle toda su atención. ¡Y qué atención! Nunca había conocido nada igual. Su vida resguardada no había incluido ningún intercambio de información sobre sexo entre amigas de la escuela. Todo lo que sabía provenía de libros de texto científicos y lo que su madre le había contado. Ninguno había revelado cómo se sentiría.

Con cada lamida provocadora de su lengua, cada movimiento exploratorio de sus dedos, su respiración se aceleraba, tensando más la tensión en su interior. No sabía a dónde la llevaría. Todo lo que sabía era que no podía resistirse a ir allí más de lo que podía volar a la luna. Y él continuó con sus atenciones, acariciando y respondiendo a sus movimientos con tal sensibilidad que los últimos vestigios de control la abandonaron de repente. Su aliento fue arrebatado y gritó, maravillándose mientras ola tras ola de éxtasis fluían a través de su cuerpo.

Él la miró con una sonrisa, antes de alejarse y quitarse la ropa. Entonces vio exactamente cuán excitado estaba y sus miedos regresaron. Seguramente era una cosa disfrutar de tales sensaciones, tal placer, pero otra muy distinta imaginar que él estuviera dentro de ella.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Ella asintió. Porque, a pesar de sus miedos, estaba desesperada por saber cómo se sentiría hacer el amor si simplemente besarla había creado tal placer. No tuvo que esperar mucho para averiguarlo, porque él no necesitó más seguridad y se paró sobre ella, deslizando sus manos sobre sus senos. Ella se recostó en la cama y él separó suavemente sus piernas. Puso sus manos bajo sus nalgas, guiando sus caderas a la posición. No intentó entrar inmediatamente. En su lugar, su erección se rozó contra su sexo, frotando y provocándola, exactamente como lo había hecho su lengua. Ella cerró los ojos y se deleitó en las sensaciones hormigueantes que se deslizaban por su piel y dentro de ella. Las sensaciones se intensificaron cuando él besó sus senos, chupando primero uno, luego el otro, creando una necesidad clamante en lo profundo, que la hizo abrir las piernas un poco más. Él no necesitó más invitación y empujó dentro de ella un poco y luego se detuvo.

Inicialmente, ella se tensó, pero él no intentó entrar más. En su lugar, se centró en sus senos y su boca, besándola, provocándola, haciéndola relajar, hasta que de repente se encontró con que él se había deslizado fácilmente dentro de ella. Luego se retiró y ella agarró sus hombros, no queriendo que se retirara. Pero parecía que solo se retiraba para entrar de nuevo. Y esta vez, se sintió más fácil.

Se aferró a él mientras el ritmo aumentaba junto con la espiral de sensaciones que se enrollaban una y otra vez, hasta que todo pensamiento fue consumido por la necesidad imperiosa de satisfacción, aunque no sabía qué era eso. Pero sabía que había más.

Se elevaron y cayeron juntos, totalmente sincronizados, hasta que una profunda embestida la hizo encontrar la liberación que anhelaba, y gritó su nombre. Solo entonces cambió su ritmo y, con embestidas cortas y rápidas, se vino dentro de ella. Sus músculos continuaron palpitando a su alrededor como réplicas. Solo cuando su respiración volvió a la normalidad, él la besó y rodó, atrayéndola a sus brazos. Ella podía oír el martilleo de su corazón mientras presionaba su mejilla contra su pecho.

Tentativamente, pasó la palma de su mano sobre su estómago. Había estado demasiado nerviosa antes, pero ahora se tomó su tiempo para explorar su cuerpo. Hacía tiempo que quería tocar su pecho, sentir los vellos que había visto sobre sus camisas de cuello abierto, y los contornos de su pecho. Presionó sus labios donde su mano había estado. Los vellos crearon una sensación extraña contra su lengua y le encantó su sabor. Puro varón que hacía agua la boca. Él dio un pequeño gemido de placer y ella levantó la mirada para ver sus ojos cerrados. Lo estaba disfrutando. Esto le dio el coraje para continuar su exploración de su cuerpo. Copió sus acciones anteriores besando y luego lamiendo primero un pezón y luego el otro.

Una mirada a su erección le mostró todo lo que necesitaba saber. Él estaba tan listo para ella como ella lo estaba para él. Se sentó a horcajadas sobre él, su sexo cerca del suyo, su mirada fija en su rostro, midiendo su placer por su movimiento, observando cada una de sus respuestas. Inclinó la cabeza para besarlo y jadeó cuando sus sensibles pezones rozaron contra el vello de su pecho. Repitió el movimiento antes de besarlo mucho más profundamente de lo que habían hecho antes. Tenía una mano a cada lado de su cabeza, para sostenerse mientras exploraba su lengua, su boca, sus labios. Luego abrió la boca y dejó que su lengua imitara lo que le había hecho a ella —entrando y saliendo— y sintió su sexo pulsar de deseo. Su necesidad por él superó cualquier rastro de dolor.

Se alejó y tomó su erección entre ambas manos. Exploró su grosor, permitiendo que sus dedos recorrieran su longitud sedosa y masajearan ligeramente su punta. Él se recostó con un jadeo y cerró los ojos.

Ella se sintió increíblemente poderosa, y esto le dio el coraje para tomar la iniciativa. Levantándose, lo sostuvo firme y se deslizó sobre él. Lo tomó dentro de ella, centímetro a centímetro, y cerró los ojos ante la dicha de la sensación de su erección frotándose contra ella mientras descendía sobre él. Casi se sintió destrozada cuando finalmente lo había tomado por completo. Él estaba en su núcleo mismo, su calor y necesidad pulsante llenándola totalmente.

Luego se movió, cuidadosamente al principio, mientras probaba diferentes posiciones hasta que encontró la que le gustaba, inclinándose ligeramente hacia adelante para que, al elevarse, él se frotara contra ella de una manera tan erótica que se encontró moviéndose instintivamente arriba y abajo sobre él. Mientras se elevaba, lo atraía hacia ella con músculos apretados deliberadamente, antes de relajarse y hundirse sobre él nuevamente. No podía creer que existiera tal dicha y cerró los ojos para experimentarla más intensamente. El ritmo se aceleró, dictado por las necesidades de su cuerpo.

Él agarró sus manos y la observó mientras ella continuaba subiendo y bajando, su respiración volviéndose más entrecortada con cada movimiento. De repente, ella abrió los ojos y gritó cuando el éxtasis la atravesó.

Temblando, se dobló sobre él y cayó en sus brazos. Él besó su cabeza.

—Tú, Indra, eres una revelación. Eres *tan* hermosa, *tan* receptiva y *tan* sexy.

Ella sonrió contra su pecho, besándolo brevemente. —Solo dices eso porque estamos casados —dijo. Le lanzó una sonrisa rápida.

Pero él no le devolvió la sonrisa. Con un rápido movimiento, la volteó y ella quedó debajo de él nuevamente, pero esta vez él no esperó. La penetró profundamente.

—Lo digo —dijo entre embestidas—, porque hacer el amor contigo es mucho más de lo que había imaginado. —Sus embestidas se mantuvieron constantes—. Y —agregó con un gruñido—, había imaginado mucho.

Ella se movía bajo él, explorando su cuerpo, saboreando su piel y trazando los músculos y tendones de su espalda con los dedos.

—¿Y qué más habías imaginado? —preguntó, mordisqueando su cuello con los dientes.

—Te lo mostraré después —dijo él, antes de gritar su nombre mientras llegaba al clímax de forma intensa y rápida. La palabra fue consumida por su boca mientras la besaba y ella supo, en ese momento, que nunca volvería a ser la misma. Antes de esta noche, había estado casada con Sebastian. Pero ahora sabía que estaba atada a él irrevocablemente. Cualquier cosa que pasara entre ellos —y no tenía idea de qué podría ser— nada volvería a ser igual.

Mucho más tarde, Indra movió la cabeza de su posición sobre el hombro de él para mirar por la ventana. La luz de la luna se derramaba en la habitación sin cortinas, llenándola de magia. Y por primera vez, de repente pensó que no habían tomado ninguna precaución. Podría estar embarazada. Por un momento de sorpresa, se preguntó cómo debería sentirse. Luego sonrió y se relajó contra él. Y supo que nada malo podría surgir de tal unión, ¿verdad?

Aún estaba oscuro cuando Sebastian se despertó. En algún momento de la noche, habían encontrado una manta de piel sintética para cubrirse, pero una de las elegantes y esbeltas piernas de Indra estaba enganchada sobre su pierna y su sexo estaba presionado contra su cadera. Su brillante cabello oscuro la cubría más modestamente que la manta, y su rostro estaba presionado contra su pecho. Era como si fuera parte de él.

Había sido virgen y, sin embargo, había estado ardiendo por él tan pronto como las dudas y temores iniciales se habían disipado. No había podido tener suficiente de él, y él ciertamente no podía tener suficiente de ella. ¿Quién hubiera pensado que debajo de una belleza tan propia y distante existía una mujer que albergaba tales deseos? Él ciertamente no, y estaba asombrado por lo natural que era y lo increíblemente sexy que había sido su noche juntos.

Ya no había luz de luna, solo la luz de las estrellas, que era aún más brillante por la falta de la luna. Y fue a la luz de las estrellas que trazó sus dedos sobre su hombro y sus senos. Se quedó allí un rato, apreciando su forma plena y los pezones marrón oscuro. Tomó una respiración medida mientras intentaba, sin éxito, evitar una erección. Se levantó como un soldado listo para el deber, pero no había forma de que fuera a molestarla. Estaría adolorida después de la noche que habían tenido, y cansada. Y no quería una Indra cansada para el día siguiente y la noche siguiente. El repentino pensamiento de que no había nada que les impidiera hacer el amor cuando y donde quisieran parecía casi increíble.

Por primera vez desde que su padre le había jugado esta ridícula treta, Sebastian le agradeció.

Cualesquiera que hubieran sido sus motivos, obviamente habían fracasado, porque no podía tener suficiente de esta hermosa mujer.

La miró, temeroso de moverse porque no quería molestarla. Su respiración era uniforme y cálida contra su piel. El aroma de su cabello y su piel llenaba sus fosas nasales. Aunque no pudo evitar su excitación, logró no actuar en consecuencia. Eso era una novedad.

No podía recordar la última vez que había pasado una noche así con una mujer. Ni podía recordar haberse sentido tan conmovido por una amante. El problema era que ella seguía siendo un enigma. Una mujer con secretos. Una mujer con la que se había visto obligado a casarse y con quien compartía lo que debería haber sido solo suyo.

¡Pero qué mujer! ¿Podría aceptar cómo su padre lo había engañado para que se casara? ¿Podría aceptar la manipulación de su vida por parte de su padre incluso después de la muerte? Pensó que su padre se había estado riendo de él. Pero ¿quién tenía la última risa ahora?

En algún momento, debió haberse quedado dormido, aún enredado con Indra, porque un golpe en la puerta los despertó a ambos de repente.

—¡Señorita Anand! ¿Está ahí? La puerta parece estar cerrada. —Era la secretaria de Indra.

Indra se cayó de encima de él.

—Sí. Es decir, un momento. —Rápidamente, se puso los vaqueros. Sebastian notó con satisfacción que se había olvidado de las bragas. Disfrutaría quitándole los vaqueros más tarde.

Él se puso sus propios pantalones.

—La puerta está atrancada. Nos quedamos atrapados aquí —gritó Indra—. Solo un momento.

—¿Atrancada? —Podían oír a la secretaria moviéndose afuera—. Ah, ya lo veo, justo en la parte superior.

Hubo un forcejeo y un deslizamiento áspero y la puerta se abrió para revelar a una secretaria de aspecto muy perplejo.

—¡Indra! —dijo, antes de volverse hacia Sebastian—. ¡Señor!

Sebastian sonrió y se subió la cremallera de los pantalones.

—Buenos días, Helen. Es una mañana bastante buena, creo.

Helen miró por la ventana.

—Está lloviendo, señor.

Indra apenas reprimió una risita y captó su sonrisa.

—Así es —dijo él, pasándose los dedos por el pelo y alcanzando su camisa—. No lo había notado.

Helen apartó la mirada, sus mejillas sonrojadas revelando exactamente cuán avergonzada estaba.

—Lo siento, Helen —dijo una Indra arrepentida—. Sebastian y yo tuvimos un visitante inoportuno anoche. Alguien había bebido demasiado y... —Se detuvo, buscando una explicación para su predicamento. Él decidió venir en su ayuda.

—Y nos jugó una broma, sin darse cuenta de que nos quedaríamos atrapados aquí sin forma de salir. Hasta que tú llegaste.

—Bien —dijo Helen, depositando algunos archivos en el escritorio de Indra—. Bien —repitió, alisando su vestido perfectamente planchado. Ahora solo miraba a Indra, cuyas mejillas sonrojadas intentaban superar a las de Helen—. Yo, um, las dejaré ahora, pero llámeme si necesita que repasemos algo. —Dio unos pasos pero aún se negaba a mirar a Sebastian a los ojos —. Señor —dijo con voz ahogada, antes de apresurarse a salir y cerrar la puerta con demasiada firmeza.

Indra se recostó contra la puerta y se llevó la mano a la cabeza.

—¡Oh, no! ¿Qué tan vergonzoso fue eso?

Sebastian se encogió de hombros.

—Yo no estaba avergonzado —dijo, acercándose a ella. Sus mejillas sonrojadas ahora parecían estar así por otra razón—. No hay nada de qué preocuparse. Estamos casados, después de todo.

Su expresión cambió y él pudo ver que, de alguna manera, entre toda la pasión de la noche anterior, ella lo había olvidado.

—Supongo que lo estamos.

Él terminó de abrocharse los botones antes de tomar su rostro y besarla.

—Entonces, Lady Richmond, eso hace que lo de anoche sea totalmente apropiado.

Sus ojos ya estaban oscuros de deseo.

—Supongo que sí.

—Lo que también haría que esto sea totalmente apropiado, ¿no crees?

Deslizó las manos bajo su ropa y jugó con sus pezones. Ella jadeó y cerró los ojos. Tragó saliva convulsivamente hasta que él no pudo resistirse más y la besó larga e intensamente, presionando su erección contra ella, queriendo que supiera exactamente cuánto la deseaba. Ella gimió y acarició su trasero, atrayéndolo aún más contra sí.

De repente, sonó un golpe en la puerta, e Indra se apartó de un salto. Sacudió la cabeza, medio riendo mientras se arreglaba la blusa. —Tenemos trabajo hoy —dijo—. ¿Recuerdas? Organizaste que los caballos corrieran en la playa de Holkham.

Lo había olvidado. Y también había olvidado la verdadera razón por la que lo había organizado. Y eso no tenía nada que ver con los caballos y todo que ver con exponer a Indra al gran mundo y a un tratante de caballos en particular. Tan pronto como Indra había mencionado con qué país tenía tratos su padre, él sospechó que su suposición sobre armamento había sido correcta. Era bien sabido que Rusia era uno de los mayores exportadores de armamento a la India, y sus investigadores lo habían confirmado. Y había localizado a un multimillonario ruso cuyo pasatiempo era las carreras de caballos, y lo había invitado a visitar. Quería ver la reacción de Indra ante el ruso, esperando que la impulsara a confesarle su pasado. Podría detenerlo ahora, pero entonces, quizás nunca conocería la historia completa de su pasado. Y aún necesitaba saberlo, excepto que tal vez, ahora, era por una razón diferente.

CAPÍTULO NUEVE

INDRA NUNCA HABÍA ESTADO en la costa de aquí antes. Mientras su madre estuvo viva, había sido vigilante en mantener un perfil bajo y no alejarse mucho de la finca. Y después de que su madre falleciera, se había quedado en la finca con Charles, quien se había vuelto ansioso por que ella se alejara demasiado. Y ahora, mientras miraba a su alrededor, se dio cuenta de cuánto se había estado perdiendo.

En Holkham, la tierra era plana. Más allá de Holkham Hall se encontraba la playa, con sus vastas arenas doradas que se extendían entre las dunas cubiertas de hierba y el mar. Era el lugar perfecto para exhibir la forma de sus mejores caballos. Alisó su mano contra los largos mechones de cabello que se habían escapado de su moño francés, desordenado por el viento fresco, para poder ver los caballos que se acercaban. El sonido del golpeteo de los cascos de los caballos se acercaba, vibrando a través de las suaves arenas y en su cuerpo.

Sebastian le tocó el brazo. —¡Allí! —Siguió su dedo hasta un punto en las dunas de arena alrededor del cual emergieron de repente tres caballos. Sus jinetes se erguían sobre ellos mientras parecían flotar sobre las planas arenas amarillas, los cascos lanzando una estela detrás de ellos mientras se movían frente a la franja de mar gris azulado.

Escuchó a Sebastian hablar con los visitantes sobre los caballos con un conocimiento que ella no podía igualar. Su experiencia estaba en la administración de la finca, las cuentas y el personal, no en los caballos. Pero Sebastian hablaba con una facilidad que había adquirido al crecer en la finca. Su amor por los caballos era obvio y rompía con su habitual reserva.

El retumbar aumentó a medida que se acercaban, pasando en un torbellino de arena y vibración antes de galopar más allá, hacia la línea de pinos que marcaba el final de la playa. Era una vista hermosa. Los hombres comenzaron a hablar con Sebastian nuevamente sobre su forma y lo que podían esperar del centro de entrenamiento Richmond si mantenían sus caballos allí. Pero lo que Indra no entendía era por qué Sebastian había insistido en que ella lo acompañara.

Entre el gerente de entrenamiento de Richmond y Sebastian, lo tenían todo cubierto. A medida que avanzaba el día, solo podía pensar en una cosa: que la quería allí por razones más personales. Ciertamente estaba atento, colocando un brazo casual, pero propietario, alrededor de sus hombros en varios momentos durante el día, incluso besándola en la mejilla en una rara muestra de afecto que calentó su corazón. Sí, todo apuntaba a que simplemente la quería allí como su esposa. Tal vez originalmente había sido para presentar un frente unido, pero después de anoche, todo había cambiado.

—Es tan hermoso aquí —dijo Indra, girándose y caminando unos pasos hacia atrás, para mirar una vez más la vasta extensión de playa antes de que quedara oculta por el bosque de pinos a través del cual corría el sendero.

—Debería serlo. Ha sido bien cuidado por los Condes de Leicester que lo poseen, junto con la reserva natural y el resto de las 25,000 acres de la finca. Tenía que ser impresionante para las visitas de sus vecinos.

Ella se echó hacia atrás el cabello azotado por el viento y sonrió, mirando hacia la mansión. —La familia real en Sandringham. Leí que la Reina Isabel y su hermana solían venir aquí de niñas, para jugar con los hijos del Conde.

—No me sorprendería.

Continuaron hablando con facilidad mientras caminaban juntos de regreso a la línea de Land Rovers estacionados a lo largo de la gran avenida que conducía a la playa. En el otro extremo de la playa, a millas de distancia, se alzaba la majestuosa mansión paladiana de Holkham Hall, hacia donde se dirigían.

Indra saltó al asiento del pasajero y Sebastian arrancó con un saludo a los demás, que los siguieron.

—Nuestros otros invitados están siendo entretenidos por William, Lord Leicester. Creo que estaban más interesados en tomar una copa con un conde que en mirar la forma de los caballos.

—¿Llamas a Lord Leicester, William? —Indra estaba sorprendida, por no decir impresionada. Los Condes de Leicester habían estado viviendo en la finca desde 1612—. Conoces a gente muy importante, ¿no?

Él recompensó su broma con una sonrisa rápida. —Will y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Estuvo feliz de ayudar, lo cual es bueno porque ahora que hemos convencido a los entrenadores, esperemos que los dueños sigan sus recomendaciones.

Ella sentía curiosidad. —¿Por qué estás tan interesado en conseguir los caballos de estos dueños en particular? ¿Acaso los resultados del día de puertas abiertas en Richmond ayer no generaron suficiente interés como para permitir que el centro de entrenamiento y, por lo tanto, la finca prosperen durante años? —Se sorprendió cuando él no le respondió directamente. Miró alrededor, a cualquier parte menos a ella. Puso su mano en su brazo—. ¿Sebastian? ¿Ocurre algo?

Él le dio una sonrisa rápida y negó con la cabeza. —Por supuesto que no. ¿Por qué habría de pasar algo?

—Por ninguna razón. Entonces, ¿por qué son tan importantes estos potenciales clientes?

Él sostuvo su mirada entonces, pero ella no pudo descifrarla. Se lamió los labios. —Digamos simplemente que creo que ayudarán de otras maneras.

Ella frunció el ceño, pero antes de que pudiera preguntarle algo más, él se había detenido frente a la magnífica mansión junto a todos los demás autos. Saltó fuera, saludando a los hombres.

Indra se quedó en el Land Rover unos minutos más, observando a Sebastian, preguntándose por qué estaba siendo evasivo. No era propio de él. No lo conocía bien, no realmente, pero estaba segura de algunas cosas sobre él. Una, que no perdía el tiempo, y dos, nunca mentía. Y había tergiversado con su respuesta, lo cual no era propio de él. Lo que significaba que no quería decirle la verdad, fuera cual fuera. Ella no tenía ni idea, y solo había una manera de averiguarlo.

Saltó del vehículo y se unió a Sebastian y los hombres mientras entraban en el vestíbulo y en una época diferente. El espectacular Salón de Mármol, con sus columnas que se elevaban hacia un techo ornamentado, le quitó el aliento. Estaba lleno de tesoros —esculturas, pinturas, muebles, alfombras— que los antepasados del Conde habían traído a Holkham de sus grandes giras europeas. Richmond Manor era grandioso, pero también era un hogar. Esto, sin embargo, estaba en una escala completamente diferente.

Fueron recibidos por el administrador de la finca, quien los condujo por pisos de madera de tablas anchas, cubiertos de alfombras de colores ricos, hasta la biblioteca. Abrió la puerta de par en par y Lord Leicester saludó primero a Sebastian con un apretón de manos, y luego a Indra.

—Bienvenida a Holkham, Indra —Se volvió hacia Sebastian y asintió discretamente hacia sus invitados que, al parecer, ya estaban bien empapados de champán y muy impresionados con la Mansión—. Están sonando muy interesados en que sus caballos sean entrenados en Richmond e invertir en un proyecto de construcción, lo que debería ser una buena fuente de ingresos para mí —Sonrió con suficiencia—. Un buen resultado.

Indra sabía lo suficiente de la nobleza terrateniente para entender que la mayor parte de su riqueza estaba en sus tierras, casas y contenidos, pero que pocos tenían efectivo disponible y por lo tanto les gustaba relacionarse con los ricos. Así que no le sorprendió el interés de Lord Leicester en recaudar dinero para uno de sus proyectos empresariales.

—Gracias por tu ayuda, William. Es muy apreciada.

—Su hogar es hermoso, Lord Leicester.

—Llámame William, Indra. Todos lo hacen. Y sí, es un lugar increíble. Echa un vistazo mientras hablamos de negocios.

Mientras los dos hombres iban a unirse a los demás, Indra aceptó la oferta de William y se quedó en segundo plano, un lugar donde prefería estar, especialmente porque uno de los invitados no podía quitarle los ojos de encima. Se sentía incómoda. Sonrió tentativamente al hombre y miró alrededor de la biblioteca. Como todas las otras habitaciones, era espectacular. Junto a las pinturas invaluables y la colección de libros, fotos familiares se agrupaban en mesas de mosaico invaluables, revelando la estrecha relación de la familia con la realeza. Había sido un segundo hogar para la familia real cuando se alojaban en la vecina Sandringham, un hecho que no pasaba desapercibido para sus impresionados invitados.

—¡Indra! —saludó la esposa de Lord Leicester con una sonrisa. Había entrado en la habitación seguida por dos labradores, e Indra se vio obligada a hacer conversación trivial. Lady Leicester estaba obviamente más interesada en tratar de descubrir cualquier chisme de Indra sobre el regreso de Sebastian y su repentino matrimonio. Pero, después de que se hizo obvio que Indra no revelaría nada, Lady Leicester se excusó.

Agradecida, Indra se volvió para inspeccionar una estatua de alabastro color crema cuando escuchó una voz desconocida y de repente se congeló. El acento ruso era distintivo contra el murmullo de acentos americanos y británicos. Miró alrededor para ver quién había hablado. Era el hombre que había estado observándola en silencio. No había escuchado ese acento desde que tenía doce años. Entrando en pánico, volvió a mirar la estatua, ahora inconsciente de su belleza. Tragó saliva y se encontró incapaz de moverse. Parecía que no podía descongelar sus dedos de la copa de champán que sostenía, mientras el hombre caía en silencio. Fue solo cuando William dio el remate de un chiste y el lugar explotó en un alboroto de risas que Indra se encontró capaz de moverse. Y entonces siguió moviéndose. Caminó rápidamente fuera de la habitación y regresó por donde había venido, a través de los grandes salones y afuera, bajando los escalones frontales. Siguió caminando hacia su vehículo, cuando escuchó que la llamaban.

—¡Indra! —llamó Sebastian—. ¡Indra!

La presencia del ruso había sido la razón por la que Sebastian había traído a Indra a Holkham. Era poderoso, con muchas conexiones. Hasta donde Sebastian sabía, el hombre no tenía nada que ver con armamentos. Sebastian simplemente quería ver su reacción cuando se enfrentara a

alguien del mismo país que los enemigos de su padre. No sabía exactamente qué había esperado, pero ciertamente no había sido nada como esto. Ella había salido corriendo como si su vida dependiera de ello. Esperaba no haber ido demasiado lejos. Había confiado en su instinto de apostador, que no le había fallado hasta ahora. Pero siempre había una primera vez.

Tuvo que correr para alcanzarla mientras su paso rápido se convertía en una carrera. Ella corrió más allá de la línea de coches y hacia un pequeño bosquecillo. La encontró, justo adentro, apoyada contra el tronco de un árbol, con la cabeza entre las manos.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó.

Ella estaba jadeando, y bajó las manos para revelar ojos salvajes de pánico.

—¿Viste a alguien que conocías? ¿Alguien a quien le temías?

Sus ojos conmocionados dejaron de dar vueltas y se enfocaron en él.

—Eso es, ¿verdad? —dijo él. Ella negó con la cabeza e intentó alejarse, pero él la agarró de la mano—. Dime qué está pasando, Indra. De lo contrario, no puedo ayudar.

—¡No hay nada que puedas hacer! ¡Nada que *nadie* pueda hacer! —estalló. Para su sorpresa, las lágrimas brotaron en sus ojos y ella trató de ocultarlas, trató de barrerlas, pero él sostuvo sus manos con firmeza para que no pudiera. Amargamente se arrepintió de haberla molestado tan profundamente.

—¡Vamos!

—¡No! No voy a volver allí dentro. No con ese hombre allí.

—Por supuesto que no. Les llamaré y les diré que ha surgido algo. William entenderá. Es tan excéntrico como cualquiera y no se preocupará por tu desaparición. Hemos hecho lo que vinimos a hacer aquí.

De alguna manera, su simpatía la empeoró. Cayó de cuclillas y puso sus brazos alrededor de sus piernas, y lloró como si fuera un animal herido. Él se estaba alarmando cada vez más.

Se inclinó y la levantó en sus brazos.

—Te llevaré a ver a un médico.

Enterró la cabeza en su pecho y la sacudió contra él mientras caminaba. —No —dijo entre sollozos—. No quiero un médico. —Su respiración se entrecortó mientras intentaba controlarla.

Solo cuando llegaron al aparcamiento la dejó deslizarse hasta el suelo. Pero continuó sosteniéndola. —Tienes que contármelo.

—Lo haré. Es solo que es difícil. Nunca se lo he contado a nadie.

—¿Ni siquiera a mi padre?

—Mi madre le contó todo a tu padre. No tuve que decir ni una palabra. Él lo entendió.

—Y estoy seguro de que *yo* también lo entenderé. —Le tomó la mano y cruzaron la calle para subir al coche. Le pasó una botella de agua—. Cuando estés lista.

Y le tomó su tiempo. Condujeron por los estrechos caminos de Norfolk mientras él la miraba de vez en cuando, pero no la presionó. Finalmente, notó que su cabeza se echaba hacia atrás y caía hacia un lado. Parecía agotada. Apretó los dientes. Fuera cual fuera su secreto, podía ver que era importante. Al menos para ella.

Intentó hablar, pero primero tuvo que aclararse la garganta de su ronquera. —Tenía doce años cuando sucedió.

Él agarró el volante mientras luchaba contra el impulso de detenerse y abrazarla para asegurarse de que nadie la lastimara. En su lugar, pisó el acelerador.

—Continúa —logró decir entre dientes apretados—. ¿Cuándo sucedió *qué*?

—Mi padre y mi hermano fueron asesinados.

Él sabía que habían muerto, pero suponía que había sido en un accidente. No se había

imaginado algo así. Todo lo que pudo hacer fue repetir la última palabra que ella dijo, la palabra de la que su mente no podía avanzar.

—¿Asesinados?

—Sí. Y no lo habrían sido si me hubiera quedado escondida y callada como me habían dicho que hiciera. Pero yo era como una pequeña mariposa, orgullosa de mi apariencia, orgullosa de que la gente dijera lo bonita que era, así que cuando estos hombres aparecieron y me llamaron, no dudé. Me revelé y expuse a mi familia.

Dejó que su lengua recorriera sus dientes, dándose unos preciosos segundos para mantenerse sereno, sin querer, pero necesitando saber qué había sucedido después.

—¿Quiénes eran?

—Socios comerciales rusos de mi padre. —Miró hacia afuera, al campo que pasaba—. Antiguos socios comerciales. Socios para quienes el negocio no había salido bien. Amaba a mi padre, pero tomó una decisión terrible y la pagó con su vida.

—¿Cuál era su negocio?

Ella no habló durante unos minutos. Luego volvió a mirarlo, como si estuviera ansiosa por ver cómo reaccionaría.

—Armamento —murmuró. Cogió aire bruscamente—. Compraba y vendía armamento y ganó y perdió una fortuna haciéndolo.

Él había pensado que debía ser algo así. Había algunas industrias clave en las que se jugaba la vida y la muerte, y la industria armamentística definitivamente era una de ellas.

—¿Y se enfrentó a estos hombres?

—Hizo más que enfrentarse a ellos. Perdieron una fortuna por su culpa y estaban decididos a hacerle pagar. Y lo hicieron. Cuando me encontraron, fue simple cuestión de encontrar a mi padre y a mi hermano, y ejecutarlos frente a mí. Solo por casualidad mi madre y yo logramos escapar. Y huimos solo con la ropa que llevábamos puesta y nuestros preciosos pasaportes para venir a Inglaterra.

—Y tu madre solicitó un trabajo lo más lejos posible de las ciudades.

—Sí.

—Y mi padre se enamoró de ella y las mantuvo a ambas fuera de peligro. A salvo.

—Sí —dijo de nuevo, más tranquila esta vez—. No sé dónde estaríamos sin él.

—En peligro. —Hizo una pausa, pero tenía que preguntar—. ¿Reconociste a ese hombre de allí?

Ella negó con la cabeza. —No, pero reconocí su acento. Hablaba como los hombres que mataron a mi padre.

—¿Crees que aún te estarían buscando después de todos estos años?

—No lo sé. Supongo que tengo un sentido innato de miedo del que me cuesta desprenderme. Me paralizo cada vez que me siento amenazada.

La distancia entre Richmond Estate y Holkham era corta, y pronto llegaron a casa. Cuando se detuvieron frente a la casa, Sebastian supo de repente lo que tenía que hacer. Se volvió hacia ella.

—Estás a salvo aquí. Nadie sabe que estás aquí. Activa el sistema de seguridad que Charles hizo instalar. No hay forma de que alguien pueda entrar sin que lo sepas. Entra y te veré más tarde.

Ella frunció el ceño. —¿Vas a alguna parte?

—Sí. Probablemente estaré fuera toda la noche. Pero necesito ir a Londres urgentemente. Te veré cuando regrese. Y no te preocupes.

Pero el ceño fruncido no desapareció mientras ella salía del coche y cerraba la puerta de

golpe.

Él se alejó después de un breve saludo con la mano. Miró por el espejo retrovisor. Ella tenía la mano levantada en un saludo inmóvil mientras él se alejaba y ya no podía verla.

Aunque Sebastian le había dicho a Indra que probablemente estaría fuera toda la noche, ella aún se sorprendió cuando no regresó más tarde esa noche. Había repasado sus conversaciones recientes y no podía imaginar qué había surgido a última hora que requiriera una visita urgente y prolongada a Londres. Así que se quedó despierta hasta altas horas de la noche, leyendo y escuchando música en la sala de estar, esperando oír el sonido de su coche subiendo por el largo camino desde la carretera rural. Pero no hubo ningún sonido. Nada más que el ocasional ulular de un búho que se colaba por la ventana abierta. Cuando el reloj de pie del vestíbulo dio las doce, decidió que era hora de irse a la cama. Y lo hizo, pero el sueño no llegó fácilmente. Algo había pasado, y no tenía ni idea de qué.

A la mañana siguiente, él aún no había regresado, y ella empezó a preocuparse. Decidió continuar con sus actividades habituales. Entonces recibió una llamada telefónica del Sr. Jackson, el abogado de Charles Richmond. Dijo que estaba en la zona, lo cual le pareció extraño, y preguntó si podía hacerle una visita rápida. Resultó que ya estaba fuera de la casa.

—Por favor, pase —dijo ella, aún desconcertada por su llamada—. ¿Le apetece un café?

—No, gracias. No será una visita larga y le agradezco que me reciba con tan poca antelación.

—No hay problema. Por favor, tome asiento.

Él se sentó en el borde de la silla y jugueteó con sus gafas.

—¿Ha visto a Sebastian esta mañana? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—¿Está todo bien? ¿No habrá tenido un accidente o algo así?

—No, en absoluto. No que yo sepa, al menos.

—Entonces, ¿por qué está usted aquí?

—No me andaré con rodeos —dijo él, con su acento refinado.

—Se lo agradecería.

—Ha llegado a nuestro conocimiento que Sebastian —hizo una pausa— ha estado haciendo averiguaciones que nos llevan a pensar que posee... cierta información que podría ponerla a usted en desventaja.

—¿Qué información? ¿Qué desventaja? Por favor, sea claro.

—Por supuesto. Como sabrá, su padrastro nos informó sobre los antecedentes de su madre, y contamos con una red de contactos que nos proporciona información para nuestros clientes. Lo siento, pero parece que su marido podría estar intentando chantajearla para que abandone el matrimonio.

Su primera inclinación fue reírse. Negó con la cabeza.

—¿Qué quiere decir con “chantaje”?

—Parece que conoce su conexión con ciertas personas que usted y su difunta madre han estado evitando durante muchos años. Personas que podrían suponer una amenaza para su vida.

Se le secó la boca, y de repente todas las piezas del rompecabezas encajaron. Poco a poco, se había expuesto y ni siquiera se había dado cuenta de ello.

—¿Estoy expuesta? —susurró.

—Sí, eso creemos.

—¿Creen o saben? Por favor, dígame exactamente qué saben.

—Sabemos que su marido ha estado haciendo averiguaciones con contactos en Londres sobre la conexión de su familia con ciertos países involucrados en la importación de armamento. Solo podemos ver dos razones para esto. Una, que simplemente desea saberlo, tal vez para protegerla. O dos...

Ella se levantó de un salto.

—O dos, desea chantajearme para que anule nuestro matrimonio. Si no lo hago, me expondrá a mis enemigos y no tendré futuro de todos modos. Y si lo hago, me alejaré de mi vida aquí con él, con lo que se digne darme, pero al menos estaré a salvo —Emitió un gruñido sombrío. Miró al suelo durante unos momentos, antes de volver a fijarse en él—. Gracias por venir e informarme. Se lo agradezco.

Él captó la indirecta y se levantó.

—Lo siento. Si hay algo que yo o mi oficina podamos hacer para apoyarla, no tiene más que pedirlo.

Ella le dedicó una breve sonrisa forzada.

—Es bueno saber que tengo a alguien de mi lado.

—Por supuesto —Se dirigió a la puerta—. Adiós.

Ella se sentó junto a la ventana y esperó. Sebastian no tardaría mucho. Lo sabía. Esperaría a que viniera a decirle cómo estaba dispuesto a chantajearla para que lo dejara a él y a este mundo, y que todo lo que había dicho, y cada caricia, había sido una mentira.

Podía esperar. Podía hacer eso.

CAPÍTULO DIEZ

EL SOL BRILLABA INTENSAMENTE y Sebastian, aunque consternado por lo que había descubierto, se sentía más en control de lo que había estado en mucho tiempo. Al menos ahora lo sabía todo. Y todo tenía perfecto sentido.

Condujo hasta el garaje y dejó allí su coche antes de crujir sobre la grava hacia el frente de la casa. La glicina estaba ahora en plena floración. Las enredaderas blancas y lilas se entrelazaban exuberantemente alrededor de la suave fachada de ladrillo de la casa. Todo parecía florecer, y finalmente sentía que estaba llegando a alguna parte. Subió corriendo los escalones y abrió la puerta para encontrar a Indra de pie en el vestíbulo, sin sonreír. Supo instantáneamente que algo estaba terriblemente mal.

Arrojó su chaqueta sobre la silla en el pasillo y puso sus manos en las caderas.

—De acuerdo. ¿Qué sucede?

Ella levantó una ceja con firmeza. —Creo que *tú* deberías decírmelo a *mí*.

Él miró alrededor. Nada más parecía estar fuera de lugar.

—Repito, ¿qué pasa? ¿Por qué estás ahí parada mirándome como si fuera el mismísimo diablo?

Su expresión vaciló, como si estuviera dolida. —Porque creo que *debes* ser el mismísimo diablo.

Él abrió los ojos de par en par y sacudió la cabeza, frunciendo el ceño. —¿De qué estás hablando, Indra?

—Habría pensado que era obvio.

—No para mí.

—Bien, empecemos por dónde has estado.

—Pasé la noche en Londres. ¿Es eso un crimen?

—Eso depende de lo que estuvieras haciendo.

Él frunció el ceño. —Bien, aclaremos esto. Solo porque nos acercamos la otra noche...

—¿Acercarnos? ¿Es así como lo llamas?

Él se encogió de hombros. —Íntimos, entonces.

Su expresión indignada dio paso a una dolida, y él supo que la había lastimado. Se lo compensaría. Pero primero, necesitaba averiguar qué demonios estaba pasando.

—Como digo, solo porque fuimos íntimos, ¿crees que puedes controlar a dónde voy?

—No. Estamos casados y, aparte de la otra noche, que obviamente ahora lamentas...

Él sacudió la cabeza, desconcertado. ¿De qué demonios estaba hablando?

—El matrimonio es solo por conveniencia —continuó ella—. Para permitirnos compartir lo que ambos queremos. A lo que me opongo es a que finjas acercarte... simplemente para... —Su

voz vaciló.

—¡Tuvimos sexo! ¡Hicimos el amor! Como quieras llamarlo, no estaba 'fingiendo' acercarme. ¡Estábamos *más* cerca!

Sus labios se apretaron en una línea estrecha. —*Estábamos* siendo la palabra operativa. —Lo miró fijamente, deseando que la contradijera.

Él sacudió la cabeza y suspiró. —¿De qué demonios estás hablando, Indra?

En ese momento escucharon el sonido de una aspiradora acercándose cada vez más.

—Hablemos en mi oficina.

Él cerró la puerta tras de sí. —De ninguna manera. No voy a subir al cuarto de los niños otra vez.

Su oscura cortina de cabello se arremolinó a su alrededor mientras levantaba el mentón para enfrentarlo. —¿Por qué? ¿Te trae malos recuerdos? ¿Lamentas tanto lo que pasó?

—¿Qué dem...? —Pero antes de que pudiera continuar, ella marchó hacia el pie de la imponente escalera. Él corrió tras ella y le agarró la mano—. ¿Qué demonios te pasa? Sabes que no soporto ese lugar, y eso no tiene absolutamente nada que ver con lo que pasó la otra noche allí. Si quieres hablar, hay una biblioteca perfectamente buena aquí, en la planta baja, con puertas y cerraduras que funcionan y sin un techo que te hace sentir que estás siendo encarcelado.

La actitud defensiva abandonó sus ojos, y ella cedió al recordar cuánto odiaba él esa habitación. Asintió, pero soltó su mano de la de él, y él la siguió hasta la biblioteca. A pesar de su confusión por las acciones de ella, no pudo evitar distraerse con su trasero enfundado en jeans. Siendo menuda, siempre usaba tacones y hoy no era la excepción. Sus pasos decisivos y con botas resonaban en el piso de parqué, y sus ojos oscuros brillaron hacia él mientras sostenía la puerta abierta para ella. Entró y caminó hacia un retrato de su padre. Extendió la mano como para tocarlo, pero después de lanzarle una mirada a Sebastian, retiró la mano y la apoyó en la repisa de la chimenea. Él sintió una punzada de celos y no tenía la menor idea de quién estaba celoso. ¿De su padre porque Indra lo amaba? ¿O de Indra, que había experimentado el amor de su padre que él, su hijo, nunca había tenido? Antes de que tuviera la oportunidad de averiguarlo, ella lo miró con una expresión que borró todo de su mente.

—Era un hombre excepcional —dijo ella.

Él fue y se paró junto a ella, irresistiblemente atraído, incapaz de detenerse. Quería rodearla con sus brazos allí mismo pero sabía que probablemente recibiría un rechazo. Así que se quedó en silencio, siguiendo su mirada hacia el retrato de su autocrático padre.

—Supongo que 'excepcional' es una palabra precisa. Pero imagino que era un tipo diferente de excepcional para ti.

—Solo me has contado fragmentos sobre tu relación, así que es difícil adivinar, pero cuanto más te conozco, más creo que podrías ser como él.

—¡No soy nada como él! —explotó.

Ella sonrió. —Él solía hacer eso. Estallar en ira si uno daba con una verdad que no quería enfrentar. —Volvió a mirar el retrato—. Pero eso no detenía a mi madre, quien suavemente lo empujaba para hacerlo ver. Y él siempre lo hacía. Porque ella no tenía un hueso competitivo en su cuerpo. Era alguien que se preocupaba por los demás y tenía completa confianza en sí misma. No necesitaba la aprobación de nadie.

—Eso es inusual.

—Sí, lo es. Creo que eso hizo que Charles se enamorara de ella. Porque no era alguien con quien pelear, y era alguien en quien podías confiar totalmente.

—Suena... impresionante.

Ella le dirigió su sonrisa. —Esa no es una palabra que hubieras usado cuando la conociste por primera vez. Era más baja que yo. Medía apenas un metro cincuenta y era esbelta como un sauce. La mayoría de la gente no la notaba hasta que las cosas se ponían difíciles y entonces se hacía sentir por su inteligencia y claridad de visión. Era impresionante, y era asombrosa y también era modesta hasta la exageración.

—Es sorprendente que mi padre no haya hecho pintar un retrato de ella.

Ella no lo miró. —Lo hizo.

—No he visto ninguno.

—A insistencia de ella, fue una miniatura. —Tocó el medallón de oro que siempre llevaba alrededor del cuello—. Tengo una copia aquí, y arriba, y Charles fue enterrado con el original.

Por alguna razón, esto conmovió a Sebastian como nada más. Podía imaginarse a los tres, una unidad estrecha, y luego a los dos, y ahora solo quedaba Indra. Y él y sus hermanos habían descendido sobre ella como una tonelada de ladrillos, destruyendo todo lo que había existido antes.

—Lo siento, Indra —dijo él.

Ella se volvió hacia él, con los brazos cruzados sobre el estómago como si intentara defenderse. Sus ojos estaban abiertos, vulnerables y llenos de dolor. —¿Por qué exactamente?

Él no pudo evitarlo y extendió la mano para tocarle el cabello. —Creo que lo siento por todo.

—¿Incluso por lo que acabas de hacer? ¿Tu traición final?

Él bajó la mano sorprendido. —¿Traición final? ¿De qué estás hablando?

—Como intentaba decirte, sé lo que estabas haciendo en Londres. Sé a quién estabas viendo y por qué.

Sintió una punzada de inquietud. Ahora lo entendía. De alguna manera, ella había descubierto cuál había sido su plan original. No podía negarlo. Entonces, ¿cómo podría hacerle entender que había cambiado de opinión? Que, cuando recibió las piezas que faltaban del rompecabezas que era Indra, no tenía intención de usarlas en su contra, sino solo de asegurarse de que no existiera ninguna amenaza que pudiera dañarla.

—No es lo que piensas.

Ella apretó los dientes y sus ojos oscuros se volvieron aún más oscuros. La pasión dentro de ellos casi le hizo olvidar su enojo. Ella dio un paso más cerca.

Él levantó las manos para calmarla. Ella las apartó de un golpe.

—¡No levantes las manos hacia mí! No soy un animal. ¡No soy alguien a quien puedas apaciguar con unos cuantos gestos baratos!

Sebastian se sorprendió. Nunca la había visto así antes.

—No es lo que piensas —repitió.

Ella soltó un gruñido indignado. —Claro, esperaría que alguien tan arrogante como tú supiera lo que pienso.

Él apretó los dientes ante el insulto. Pero ella tenía razón, por supuesto. —Me veo obligado a hacerlo cuando no me dices por qué estás enojada.

—Me *usaste*, Sebastian. —Sus ojos brillaban con lágrimas—. Reuniste información sobre mí, mi familia, sobre nuestro negocio. Hasta ayer, cuando juntaste todas las piezas y formaste un plan.

—Necesitas escuchar lo que tengo que decir.

—Te he dado muchas oportunidades para hablar, pero no lo harás. Y sé por qué. Porque no sabes cuánto sé y no me dirás nada más allá de eso. Pero, como ahora lo sé todo, te lo diré yo. Tan pronto como presenciaste mi conmoción y dolor al escuchar ese acento ruso, ¡sabías que me

tenías! Y no intentes negar que no fue así.

Él no tenía intención de negar nada. Al menos no todavía. —Es cierto. De repente entendí exactamente lo que estaba pasando. Pero, ¿que te *tenía*? ¿Cómo te *tenía*?

—Tenías toda la munición que necesitabas para *chantajearme*.

Sintió que la sangre abandonaba su rostro y pudo ver que ella lo había notado. —¿Chantaje? —Solo pudo repetir la palabra en la que, en un momento, había estado decidido.

—Sí, chantaje.

—*Esa*, Indira, *no* es mi intención.

Ella parpadeó, sorprendida. —No te creo. Me quieres fuera de tu vida y qué manera más fácil que decirme que me vaya, de lo contrario harás público todo lo que sabes. Sabes que ese conocimiento podría llevar a mi muerte.

Él apretó los dientes mientras trataba de descifrar cómo lidiar con esta complejidad. No había imaginado que ella estaría un paso adelante.

—Es cierto que quería saber tanto sobre ti como pudiera.

—Para chantajearme —repitió ella.

Él bajó la voz en un vano intento de disminuir el impacto de las palabras ahora desagradables. —Para chantajearte. Al principio. —Parecía que nada menos que la verdad serviría.

Pero entonces el dolor golpeó sus ojos, y una lágrima rodó por su mejilla. Él intentó tomarla en sus brazos, pero ella lo apartó. —¡No me toques! —Su rostro estaba enrojecido de furia incluso cuando la única lágrima se convirtió en muchas.

Él levantó las manos en señal de rendición. Después de la oscuridad de sus intenciones originales, necesitaba mostrarle que no iba a lastimarla.

—¡No lo haré! Pero debes escucharme.

Ella se había alejado, pero se volvió para mirarlo y se detuvo por un momento. —¿Te atreves a decirme qué hacer? ¿Te quedas ahí parado, después de decirme que vas a chantajearme y...?

—No voy a...

—¿Y exiges que te escuche? —Caminó hacia él y casi retrocedió ante la mirada feroz en sus ojos—. ¡Nunca más te escucharé! Porque tienes razón, tendré que alejarme. Tu chantaje es impecable. No tengo otra opción más que alejarme si quiero vivir. Y quiero vivir. No te equivoques en eso. Incluso —tragó saliva y miró alrededor— si tengo que vivir lejos de mi hogar.

—¡Indra! Escúchame. Es cierto que mi intención original era forzarte a irte por cualquier medio que pudiera.

Ella puso las manos en sus caderas. —Por fin llegamos a la verdad.

—Pero eso ha cambiado. —Extendió la mano de nuevo porque no podía evitarlo, y esta vez ella no lo apartó—. Cambió cuando supe que no quería que te fueras.

Ella parpadeó para contener más lágrimas, y su hermoso rostro se contrajo.

—Fui a Londres para averiguar exactamente a qué nos enfrentábamos. Los enemigos de tu padre ya no están en el negocio, Indra. Eso es lo que fui a averiguar. Tomó un tiempo, pero durante la noche mis fuentes confirmaron que las personas responsables de la muerte de tu hermano y tu padre ya no viven. Y *no hay* evidencia de que alguien te esté buscando.

—Pero le dijeron a mi madre...

—La gente dice muchas cosas para asustar a otros. La opinión de mis fuentes es que no tienes nada más de qué preocuparte. No te dije a dónde iba ni lo que iba a hacer porque no estaba seguro de lo que iba a descubrir, y no quería asustarte.

—¿No tengo nada de qué preocuparme? —repitió ella, atónita.

Él negó con la cabeza. —Nada.

Ella pareció conmocionada. —¿Y realmente no quieres que me aleje de este matrimonio?

—No —dijo él, atrayéndola hacia sí—. Realmente no. Quiero hacer que este matrimonio sea real. Ya no quiero que sea un matrimonio falso. Quiero que se confirme con el mundo entero mirando esta vez. Y lo que quiero es que ya no vivas con miedo.

Ella negó con la cabeza mientras nuevas lágrimas brotaban de sus ojos. —¿Me quieres? —Las palabras eran débiles, como si apenas se atreviera a expresarlas.

—Indra, te quiero de tantas maneras que no sé por dónde empezar.

Ella lo rodeó con sus brazos apretadamente y presionó su mejilla húmeda contra su pecho. —Aquí. Empieza aquí, ahora.

Le levantó el mentón. Las lágrimas aún surcaban su rostro, pero sus ojos oscuros estaban cálidos y excitados cuando la besó. Su boca se abrió para él de inmediato como una flor y la saboreó, deseándola, toda ella, su calidez, su cariño y su belleza. Quería llenarla de sí mismo pero, más que eso, quería llenarse de ella y su bondad. Erradicarse tan totalmente que pudiera olvidarse de sí mismo.

La atrajo hacia sí con fuerza, queriendo que supiera cuánto la deseaba. Sus ojos se abrieron brevemente, reconociendo su conciencia de su excitación. Se preguntó si ella se retiraría. Pero no su Indra.

Su Indra, pensó mientras profundizaba el beso. ¿Cuándo se había convertido en *su* Indra? No lo sabía, y no le importaba mientras se perdía en el beso. Sus lenguas se entrelazaron y su respiración se aceleró contra su boca. Las manos de ella lo recorrieron, bajando por su espalda, su trasero, acariciándolo febrilmente antes de deslizarse bajo su camisa. Sus dedos no eran gentiles mientras acariciaban su piel, sino duros en su frenética exploración, como si quisiera presionar su cuerpo contra el suyo.

Él jadeó cuando las manos de ella se deslizaron bajo la cintura de sus pantalones, hundiéndose para encontrar la punta de su erección. Hundió sus dedos en el cabello de ella y la besó profundamente, antes de colocar sus manos bajo su trasero. Ella saltó y enroscó sus piernas alrededor de él, su sexo contra el suyo mientras la llevaba hacia el escritorio. No había tiempo ahora para tomarlo con calma. Ambos sabían lo que querían. El uno al otro.

La depositó y ella se retorció para quitarse las bragas. Forcejeó con su cremallera y él la levantó sobre el escritorio, barriendo los papeles, teléfonos y portátil, sin importarle si algo se rompía. Solo había una cosa que necesitaba, solo una cosa que quería. Y era perderse en ella. Con una profunda embestida, hizo exactamente eso. El calor y la calidez de ella mientras lo envolvía le quitó el aliento. Estaba tan apretada, tan exactamente perfecta para él, que lo asustó. Los botones de su vestido se habían abierto y él apartó su sujetador para revelar sus senos plenos. Bajó la cabeza y besó su cuello antes de retirarse y sumergirse dentro de ella nuevamente. Se echó hacia atrás para poder verla mientras sostenía sus caderas en posición y continuaba embistiendo dentro de ella.

Con los ojos cerrados, las cejas oscuras arqueadas y los labios carnosos entreabiertos mientras jadeaba por aire, mientras la llevaba más cerca del borde del orgasmo, era la imagen del erotismo. Había estado con muchas mujeres, pero ninguna era tan hermosa o sexy como Indra. Sabía cómo tocarla, lo que le gustaba, y permitió que sus dedos vagaran por su cuerpo, tocando, saboreando y acariciando hasta que ella se corrió repentinamente, con los ojos abiertos y distantes como si hubiera vislumbrado un lugar que no sabía que existía.

Luego regresó a él. La distancia abandonó sus ojos y una poderosa oleada de pasión lo llenó.

Sintió, en ese momento, que quería hacerle tantas cosas, mostrarle toda la extensión del placer que podía darle.

Ella se acurrucó contra él cuando dejó de embestir y salió de ella. Sostuvo su rostro entre sus manos, con expresión desconcertada.

—Pero tú aún no has tenido tu placer.

—Créeme, estar contigo así me da placer. Pero quiero mostrarte cosas —ella arqueó una ceja en señal de interrogación y él la dejó deslizarse al suelo—. Date la vuelta —dijo en voz baja. Ella no dudó. Alentada por sus manos, se inclinó sobre el escritorio y él levantó su vestido. Con sus dedos encontrando su objetivo, la posicionó y embistió dentro de ella una vez más. Ella se retorció contra él y fue todo lo que pudo hacer para contenerse hasta que ella se corrió de nuevo, gritando su nombre. Solo entonces se vino dentro de ella con una embestida final. Su carne se estremecía a su alrededor, masajeándolo, llevando todo lo que tenía profundamente dentro de ella.

Salió de ella, la bajó y la besó, antes de murmurar algunas palabrotas entre dientes. Ella frunció el ceño mientras, inestablemente, encontraba sus pies.

—¿Pasa algo malo? —preguntó.

Él recorrió su rostro con la mirada mientras apartaba su cabello, que estaba revuelto alrededor de sus hombros y cara.

—¿Cómo podría haber algo malo?

Ella suspiró y le sonrió, sacudiendo la cabeza.

—Me alegro de que pienses eso porque necesito decirte algo, pero temo que no te guste.

—Indra, puedes contarme todos tus secretos y te aseguro que nada puede asustarme. Absolutamente nada.

—Te amo, Sebastian.

Él abrió la boca para hablar, pero no salieron palabras. Sintió como si ella le hubiera lanzado un hechizo y no pudiera moverse.

—Te amo —dijo ella con una sonrisa—. He querido decírtelo desde que lo supe, pero me preocupaba que no te gustara.

Él emitió un extraño sonido gutural e intentó cubrir su confusión ajustando primero la ropa de ella y luego la suya. Pero no pudo encontrar palabras para responder a su leve ceño fruncido cuando volvió a mirarla a los ojos. Intentó sonreír pero sospechó, por su reacción, que emergió más como una mueca que una sonrisa. Se alejó, primero un paso, y luego otro, antes de darse la vuelta y odiarse a sí mismo. Odiándose por reaccionar así a sus palabras, pero no podía negar su terror más de lo que podía volar.

—¿Qué pasa? —preguntó ella. Pero no se movió.

Él se agachó y recogió su teléfono, devolviéndolo a la vida como si fuera un asunto de suma importancia. Levantó la mirada y sacudió la cabeza antes de concentrarse en su teléfono una vez más.

—Tienes esa mirada de nuevo.

Él levantó la vista y sostuvo su mirada.

—¿Qué mirada?

—La misma mirada que tenías cuando te diste cuenta de que estabas atrapado en la guardería y no había forma de salir.

Apretó los labios y sacudió la cabeza de nuevo. Caminó hacia la puerta y la empujó para abrirla, como si eso lo ayudara a escapar. Porque Indra tenía razón. Excepto que esto no era nada físico. Pero lo hacía sentir igualmente atrapado. Parecía que las emociones eran así. Sí, la

deseaba, pero no quería que ella lo amara. No quería que nadie lo enjaulara emocionalmente. No podía lidiar con eso. Lo hacía vulnerable.

—Sebastian, no te alejes de esto, de mí. Por favor, no lo hagas —su voz era un susurro tenso —. Sabía que no debería haberte dicho que te amaba. Porque es eso, ¿verdad? Eso es lo que no puedes manejar. Eso es lo que te asusta de muerte, porque nunca lo has tenido. ¿Verdad?

Él se negó a responder. Se negó a entregarse más.

—Tengo que irme. Tengo cosas que hacer.

—Sebastian, escúchame. Lo único que quiero es estar aquí, contigo. Lo que necesitaba era que alguien creyera en mí y me desafiara a ser la mujer que podría ser, y no esconderme del mundo. Quiero que este matrimonio funcione porque yo... —se interrumpió y sacudió la cabeza.

Por un momento, su corazón casi se detuvo, anticipando lo que ella estaba a punto de decir. Se humedeció los labios. Una cosa era no querer que se fuera, y otra muy distinta que ella dijera lo peor que podía decir. Él no hacía el amor. El amor era una trampa, siempre lo había sido y siempre lo sería. Podían vivir juntos en paz con una visión compartida de la finca. Eso era suficiente. Era más que suficiente para construir un futuro juntos. No se necesitaba nada más.

Ella dio un paso hacia él y colocó una mano suave sobre su brazo. No habría sido suficiente para retener a nadie, pero él no se movió. Negó con la cabeza, tomó su mano, la besó brevemente y luego la dejó caer y se apartó.

—Yo... —Se giró—. Solo necesito algo de tiempo. —Tomó ambas manos de ella entre las suyas—. Indra, nunca, jamás en mi vida he deseado a nadie más que a ti, pero...

—¿Ahora que me tienes, quieres huir y seguir huyendo?

—No estoy huyendo a ninguna parte —gruñó, aumentando la presión en sus manos.

—Por supuesto, este es tu hogar. Has esperado toda una vida por él y no lo dejarás.

—Esa no es la razón por la que me voy a quedar.

—¿Entonces cuál es?

Ella quería que le dijera que tenía sentimientos por ella, que incluso la amaba, pero no podía. Las palabras se enredaban dentro de él, burlándose, atrapadas en una garganta que de repente se sentía bloqueada. Los momentos pasaban, marcando el tiempo con el viejo reloj de pie.

Ella liberó sus manos de las de él.

—Hasta que puedas decirme lo que sientes, me mantendré alejada. Porque no puedo lidiar con esto. —Se dio la vuelta y salió tambaleándose de la biblioteca.

Y todo lo que Sebastian pudo hacer fue quedarse de pie y mirar impotente cómo ella se iba.

CAPÍTULO ONCE

SEBASTIAN REGRESÓ A CASA TARDE. Tan pronto como Indra se fue, saltó a su coche deportivo y se lanzó a la carretera de nuevo. Apenas era consciente de adónde iba, simplemente condujo primero por la sinuosa carretera de un solo carril, hasta que llegó a una carretera más grande y, después de seguirla durante horas, alcanzó la autopista donde pisó el acelerador e intentó dejar atrás sus pensamientos.

Se encontró de vuelta en Londres, en medio del ruido y el bullicio donde podría perderse en las vidas de otras personas. Aparcó el coche en su bloque de apartamentos y se fue de bares. Se encontró con viejos amigos allí y se unió a ellos en un club de striptease. Pero nada lo conmovió. Ni la conversación de sus amigos ni su idea de diversión, ni la bebida que solo adormecía el dolor de su estupidez, y ciertamente no el club de striptease. Ninguna de las mujeres era remotamente tan hermosa como Indra o tan erótica. Cerró los ojos al recordar cómo bombeaba su semilla dentro de ella mientras la sostenía y ella jadeaba su nombre. La deseaba, pero no podía tenerla, no sin comprometer su corazón. Si es que tenía uno.

Al final de la noche, no habría podido conducir a casa aunque hubiera querido, así que se quedó en su apartamento de Londres, escuchando el rugido del tráfico y los gritos de los juerguistas que pasaban. Por todas partes había gente, exactamente como había sido en Mónaco. Pero nunca se había sentido más solo, no ahora que sabía lo que era estar con alguien de una manera que nunca antes había experimentado. Tan pronto como amaneció, estaba listo para irse, sabiendo lo que tenía que hacer.

Indra se había mantenido ocupada, decidida a continuar como siempre y no dejar que los problemas de Sebastian la afectaran. Era fuerte. Su madre siempre lo había dicho y había nutrido la resiliencia de Indra. Pero lo que no había hecho era evitar que tuviera miedo. Ahora se daba cuenta de que su madre había quedado traumatizada por lo que le había sucedido a su esposo e hijo y se lo había transmitido a ella. Y ahora Indra sabía que el miedo había sido un fantasma, no real, y había estado viviendo su vida bajo su sombra. Y Charles había estado feliz de complacer a su hermosa amante e hija, manteniéndolas alejadas del resto del mundo. Había funcionado para Charles y su madre, pero no para ella. Su vida se había vuelto pequeña, hasta que Sebastian llegó, claro.

—Indra —dijo Helen, lo suficientemente fuerte como para que se diera cuenta de que Helen debía haber estado llamándola por un tiempo.

Se obligó a concentrarse. —Lo siento, estaba en las nubes. —Helen sonrió educadamente, como si no se hubiera dado cuenta.

—No hay problema. Solo te estaba preguntando qué deberíamos hacer con Starlight. Bill quiere saber si le permitirás correr en la próxima carrera en Newmarket. Sé que no querías que fuera. Y sé que, eh, Sebastian pensaba que debería correr. ¿Qué has decidido?

Indra se golpeó los dedos contra la boca mientras trataba de decidir qué hacer. Había errado por el lado de la precaución, como siempre lo había hecho, sin querer arriesgar que Starlight se lesionara en una carrera tan importante. Pero Sebastian había querido darle a Starlight la oportunidad de probarse a sí misma.

Helen repasó algunas estadísticas. —Bill dice que si no la haces correr, podrías criarla de inmediato. —Indra palideció ante la forma en que Helen hablaba. Miró hacia afuera, donde Starlight levantaba la cabeza del pasto. Algo había captado su atención, y estaba mirando inquisitivamente alrededor antes de que su mirada se detuviera, como si estuviera atrapada por las colinas distantes. Indra se llevó la mano a la garganta. ¿Estaba tratando de darle a su caballo favorito la vida que le habían dado a ella? ¿Mantenerla segura dentro de los estrechos confines del campo, encerrada, sin nada más que disfrutar que lo que estaba frente a su nariz? ¿Nunca experimentaría la diversión de la competencia, las exhortaciones del jinete empujándola a ganar por delante de todos los demás caballos?

—¿Has tomado una decisión sobre Starlight?

Asintió lentamente. —Sí, la he tomado.

Sebastian cerró de golpe la puerta del coche. Hizo una mueca cuando el sonido agravó su dolor de cabeza. Ridículo, infligirse dolor así mismo de esa manera. Pero, pensó mientras crujía por el camino de grava hacia las oficinas de la finca, ¿no era siempre así con él? ¿No había sido en última instancia responsable de todo su dolor? Y no parecía que hubiera aprendido nada en sus treinta años. Seguía tomando las mismas malas decisiones, aterrorizado de que algo llegara a esa parte de sí mismo que había estado protegiendo desde su juventud. ¿Y dónde lo había llevado? Precisamente a ninguna parte. O, más precisamente, a un lugar donde ya no podía seguir actuando de esa manera. Lo estaba matando a él y a todos los que lo rodeaban. Era una no-vida. Y eso era algo que Indra le había mostrado. Le debía. Y mucho.

Irrumpió en la oficina y miró alrededor, pero no había Indra. Se acercó a Helen, quien levantó la vista de la computadora.

—¿Has visto a Indra?

—Sí, acabas de perderla. Ha salido a ver a Starlight.

Miró por la ventana y la vio acercándose a su caballo, que relinchó en respuesta a su saludo. Se volvió hacia los hombres. —Supongo que lo ha detenido, ¿no? ¿Ha puesto el pie en el suelo sobre su carrera?

No esperó una respuesta. Si él había estado ciego, ella también lo había estado. ¿No podía ver lo que su madre y su padre le habían hecho? La habían convertido en alguien que tenía demasiado miedo de su propia sombra como para salir de la finca.

—¡Indra! —llamó.

Ella no lo miró, aunque sabía por la tensión en sus hombros que lo había oído.

—Haz lo que quieras. —Saltó por encima de la cerca y aterrizó en el prado cubierto de hierba. Disminuyó la velocidad mientras se acercaba a ella, disfrutando viendo la relación que tenía con Starlight. Era obvio que el caballo la amaba, y era recíproco.

—Te debo una disculpa —dijo.

Ella lo miró. —¿Otra? Parece que lo único que haces es disculparte conmigo.

Se encogió de hombros. —Quizás debería empezar a disculparme por adelantado.

De nuevo la tentadora mirada hacia atrás. —Esa podría ser una buena idea.

Le gustó la pequeña sonrisa en la comisura de su boca y tuvo el impulso de besarla. Un impulso que rápidamente reprimió. Tal vez había aprendido algo.

—Debería hacer muchas disculpas para que puedas acumularlas, para que estén allí cuando las necesites —respondió—. Como un depósito en un banco. ¿Y qué crees que cubrirá el próximo pago? ¿Por qué será mi próxima disculpa?

Ella no habló durante unos minutos, sino que continuó pasando suavemente la mano por los flancos de Starlight. Sebastian deseaba que esos dedos delicados, que parecían sentir cada elevación y caída de manera tan aguda y sensible, se movieran sobre su piel. Inhaló bruscamente. Tenía que controlarse. Luego ella palmeó a su caballo y se volvió hacia Sebastian, cruzando los brazos sobre el pecho como lo hacía tan a menudo cuando sentía la necesidad de protegerse.

—No lo sé. ¿Qué tal "Lo siento, Indra, por ser un idiota"? Eso sería una buena disculpa general para cualquier cosa que pudieras hacer en el futuro.

Hizo una mueca. Se lo merecía. —Lo siento, Indra, por ser tan idiota —parecía una disculpa útilmente completa.

Ella dio un paso más cerca, pero su sonrisa se había desvanecido ahora, revelando su vulnerabilidad interior. Él odiaba verla así, y tuvo que apretar los puños en sus bolsillos para evitar extender la mano y presionar su boca sobre esos labios temblorosos.

—¿Crees que es tan fácil, verdad? —dijo ella—. Comportarte como quieras, tal como siempre lo has hecho, luego disculparte, volver y todo estará bien, hasta la próxima vez. No funciona así, Sebastian.

—Entonces dime cómo funciona.

El caballo la empujó suavemente, y ella se volvió hacia él. —Como Starlight aquí. Está tan acostumbrada a estar aquí, es su mundo entero. Será difícil para ella competir en el mundo exterior.

Él no pudo contenerse más y extendió la mano para acariciar el lomo del caballo, deteniéndose junto a la mano de ella. —¿Tú crees? —preguntó, notando que ella no se alejaba cuando su mano rozó sus dedos.

—Lo sé.

Él se arriesgó a rozar su mano y luego acariciarla mientras ella acariciaba al caballo debajo. El caballo se quedó quieto, como si fuera consciente de la doble caricia. Su corazón latió fuertemente una, dos, tres veces mientras esperaba que ella se moviera. Ella no movió su mano, pero giró la cabeza para mirarlo. Estaban lo suficientemente cerca como para besarse, pero él logró contenerse.

Se concentró en cambio en Starlight, retirando su mano de la de Indra para acariciar el dorso de sus dedos por su hocico. —Es una belleza y es rápida y elegante. Podría llegar muy lejos. ¿Realmente crees que debería ser privada de la oportunidad de poner a prueba su temple contra otros? Nunca sabemos cuán capaces, fuertes o hábiles somos por nosotros mismos. No hasta que somos probados contra otros.

—¿Pero y si los otros son mejores, más fuertes, más hábiles? Entonces mi pobre Starlight se verá disminuida.

—Lo dudo mucho. Creo que tu hermosa Starlight encontraría la manera de ser aún mejor, aún más fuerte, aún más hábil. Seguramente no quieres privarla de ser lo mejor que puede ser, ¿verdad?

Ella se volvió hacia él, y él pudo ver la confusión en sus ojos. —¿Realmente crees que el

aislamiento no es lo mejor para ella?

Él asintió, sabiendo que ninguno de los dos estaba hablando de Starlight ya. —Así es —extendió la mano y colocó un mechón de cabello suelto detrás de su oreja. Su cabello grueso y brillante inmediatamente volvió a su lugar. Él sonrió—. No creo que haya ninguna parte de ti que yo pueda afectar.

Su rostro estaba serio. —Te equivocas. Mi cabello puede volver a su lugar, y no me gusta que me digan qué hacer, pero por dentro... —Se aferró a la camisa sobre su corazón—. Por dentro, es un asunto completamente diferente. Por dentro, me has cambiado.

Él tomó ambas manos entre las suyas. —Me alegro, creo —añadió, preguntándose de repente exactamente cómo había sido cambiada por él.

—Me has desafiado y me has hecho más fuerte.

Él tocó la caja de terciopelo en su bolsillo que contenía el anillo de eternidad de su abuela, que había sacado de la caja fuerte del banco en Londres. Lo sostuvo firmemente en la palma de su mano.

—Eso es bueno. Eres una mujer extraordinaria, sin duda como tu madre, y necesitas saberlo. Puedes hacer mucho por la finca, y podemos hacer aún más mientras la administramos juntos.

Ella negó con la cabeza, y su corazón casi se detuvo. ¿Había malinterpretado algo?

—No me refiero a eso.

Se sintió enfermo ante la idea de que ella estuviera pensando algo muy diferente a él.

—¿Entonces a qué te refieres? ¿Lo suficientemente fuerte para hacer qué?

—Para no esconderme más.

—Quieres irte —dijo él, con una voz tan muerta como de repente se sentía su espíritu.

Siguieron unos segundos de silencio. —No exactamente —respondió finalmente—. Me diste la libertad de creer en mí misma y en mi lugar en el mundo —miró a su alrededor—. Amo esta finca y siempre lo haré, pero ya no puedo limitarme a ella. Tengo que salir de mi zona de confort.

Él respiró profundamente aliviado, acunó su rostro y la besó, sin querer esperar más. —No sabes lo feliz que me hace oírte decir eso.

Ella le sonrió, se puso de puntillas y lo besó profundamente. Por un momento, fue como si el tiempo se detuviera. Podía oír los pájaros cantando en los árboles, un cuervo distante graznando desde los árboles altos junto a la casa, y la respiración de ella acelerándose bajo la persuasión de sus labios y su lengua. Ella se apartó, su respiración volviéndose rápida, sus ojos oscureciéndose de deseo, y agarró su mano. —Vamos adentro.

—¿Adentro? —Se encogió de hombros—. ¿Qué tiene de malo aquí? —Extendió los brazos, indicando el bosquecillo aislado en el centro del bosque. No estaba abierto al público, y estaba demasiado lejos de las oficinas de la finca para que alguien tuviera razón para vagar por allí—. Esto es nuestro. Tuyo y mío. Tal vez deberíamos inaugurarlo.

Ella se mordió el labio y asintió tímidamente. Tan pronto como estuvieron en el espacio cerrado, él desabrochó cuidadosamente los botones de su vestido. Ya no tenía tanta prisa por quitarle el vestido. Esta vez quería saborearla, tomarse su tiempo y apreciar cada centímetro cuadrado de su piel. Quería que ella nunca olvidara este momento.

Dio un paso atrás mientras ella le ayudaba a quitarse el vestido, y la admiró de pie en su sencilla ropa interior blanca, un contraste impresionante con el rico tono de su piel. Pasó su dedo por el sujetador de encaje antes de inclinar la cabeza y besar el nacimiento de sus senos sobre la media copa. Luego, con un rápido movimiento del cierre, se lo quitó. Sus pezones estaban erectos de deseo, pidiendo ser saboreados, y ¿quién era él para negarse? Ella echó la cabeza

hacia atrás y se aferró a él mientras él tomaba su pezón en su boca y lo succionaba. Sus dedos se clavaron en su cuero cabelludo mientras su respiración se aceleraba. Cuando se levantó, pudo ver el pulso rápido en su cuello y su boca abierta, sus labios carnosos invitando.

Dio un paso atrás, para admirarla mejor mientras ella se quitaba las bragas. La hierba alta y fragante llena de flores silvestres le llegaba hasta los muslos.

—Pareces una dríada, una hermosa criatura de la naturaleza a punto de seducirme.

—Solo si te quitas *tu* ropa. Estoy un poco desvestida aquí.

Nunca se había quitado la ropa tan rápido en su vida. No le importaron los botones de su camisa, saltaron de la tela con un rápido tirón, e Indra le ayudó a bajar la cremallera sobre su erección. Besándose, cayeron en la hierba alta. Ella tomó su erección, acariciándola, guiándola hacia donde quería que él estuviera.

Ella enroscó sus piernas alrededor de las de él y él la penetró. La observó, atento a cada matiz mientras ella jadeaba y parpadeaba hacia la brillante luz del sol. Besó sus párpados cerrados y ella levantó su boca hacia su hombro y lo mordió suavemente. Fue su turno de jadear. El olor a hierba aplastada se elevó desde debajo de ellos mientras él continuaba embistiéndola, con la única intención de entregarle todo de sí mismo. Solo cuando ambos llegaron juntos al clímax, el mundo pareció completo y volvió a enfocarse.

Las sombras de las frescas hojas verdes de los árboles sobre ellos parpadeaban sobre sus cuerpos unidos. Volvió a escuchar el canto de los pájaros y sintió la cálida brisa sobre su espalda. Se apartó de ella, atrayéndola hacia sí en su abrazo hasta que ambos quedaron mirando al cielo azul y las brillantes hojas verdes sobre sus cabezas. Mientras movía las yemas de sus dedos sobre la piel suave como el satén de Indra, dibujando patrones imaginarios sobre sus pechos y cuerpo, pensó que nunca quería que este momento terminara. Entonces recordó.

—Tengo algo para ti —dijo, incorporándose.

Ella le agarró la mano y le besó los nudillos.

—¿Algo más? No puede ser mejor que esto.

Él se encogió de hombros, provocándola.

—Podría serlo. Depende de lo que más aprecies. Lo físico o una promesa.

Ella frunció el ceño, confundida, y lo soltó. Él recogió sus pantalones y sacó la caja de terciopelo azul oscuro que había dejado a un lado tan casualmente solo momentos antes. La puso detrás de su espalda y se arrodilló entre sus piernas abiertas. Ella yacía apoyada sobre sus codos, con el cabello cayendo alrededor de sus hombros y pechos. Le costó todo su esfuerzo no caer sobre ella de nuevo, pero tenía que concentrarse.

—Te preguntabas dónde estuve anoche. No te lo dije porque quería que fuera una sorpresa. Fui a Londres, inicialmente, es cierto, para escapar. Pero entré en razón y esta mañana fui al banco.

Su ceño se frunció aún más, y se sentó y juntó las piernas. Se cubrió los hombros con el vestido y se puso de pie. Él permaneció de rodillas.

—Esto suena a negocios.

—No. No son negocios. Definitivamente no son negocios. —Sacó la caja de detrás de su espalda y la abrió de golpe. Dentro, un anillo de oro antiguo, rodeado de rubíes y diamantes, desprendía destellos de fuego bajo la luz del sol—. Para ti, si lo aceptas.

Pero lo que ella hizo a continuación, no lo había imaginado, ni en sus sueños más salvajes. Miró el anillo, luego a él, y dio un paso atrás.

—Es un anillo de eternidad.

—Sí, era el anillo de mi abuela y ella y mi abuelo tuvieron el tipo de matrimonio que me

gustaría tener. Duradero y amoroso. Mi abuelo se lo dio poco después de casarse porque sabía que no podía soportar perderla, y mi abuela tenía muchos admiradores.

—Tu abuelo quería atarla a él.

—Sí. Pero ella lo aceptó, así que supongo que no era todo unilateral.

Ella parpadeó.

—Tal vez sintió que no tenía muchas opciones.

Fue su turno de fruncir el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, ella se casó con él. ¿No debería haber sido suficiente?

—Supongo que él sentía que no lo era.

—No, supongo que tu abuelo quería ponerle una bola y una cadena en el dedo para asegurarse de que se quedara con él.

Él se puso de pie.

—No. No fue así. Estuvieron felizmente casados hasta que murieron. Era simplemente una forma de... —Dudó mientras trataba de encontrar las palabras para negar que su abuelo hubiera querido el compromiso de su abuela de que permanecería a su lado.

—De atarla a él —Indra terminó su frase.

—Supongo. Olvídate de ellos. Eso era ellos. No somos ellos. Y me gustaría que aceptaras el anillo porque ahora solo veo el futuro contigo, Indra. Juntos.

Ella se mordió el labio y negó con la cabeza antes de levantar la vista del anillo hacia él.

—El anillo es hermoso, Sebastian. Pero no has dicho una palabra sobre cómo te sientes.

—Pensé que sería obvio.

—No para mí. No a menos que me lo digas. Y, además, es como si apenas me hubieran liberado y ya quieres atarme de nuevo.

—No, Indra. Eso no es lo que quiero.

—Entonces, ¿por qué el anillo de eternidad? Una eternidad sin amor, una eternidad sin libertad para descubrir el mundo fuera de los límites de esta finca, no suena como algo que yo quiera, Sebastian. Es como si quisieras retenerme, atraparme, exactamente como todos los demás lo han hecho. No quiero eso. Y no lo toleraré más. Tú me has mostrado eso. Lo siento.

Sintió que la sangre se le iba del cuerpo. El mundo pareció tambalearse y momentáneamente perdió el enfoque.

—Estás exigiendo más de lo que puedo dar, Indra. Sabes que soy inútil con las emociones.

—Solo porque las ignoras. —Ella se acercó, se puso de puntillas y agarró el cuello de su camisa abierta, deslizando sus dedos sobre su pecho, y acercó su boca a la de él—. Tienes que aprender a abrazarlas, porque de lo contrario no tenemos futuro juntos.

La paradoja no se le escapó. Había ayudado a Indra a encontrar el coraje para ser ella misma y extender sus límites. Pero, al hacerlo, le había permitido alejarse de él. Y, mientras la veía vestirse rápidamente y alejarse, se dio cuenta de que solo había una forma de retenerla, y eso dependía de él. Ella tenía razón. Tenía que hacer algo para enfrentar sus propios miedos, sus emociones, y no tenía la menor idea de cómo hacerlo.

CAPÍTULO DOCE

SEBASTIAN NO SABÍA cuánto tiempo llevaba de pie en su biblioteca, mirando por la ventana la niebla que envolvía las copas de los árboles, ocultando las colinas lejanas y haciendo que lo familiar pareciera extraño y mágico. Era como si un hechizo hubiera sido lanzado sobre la Finca Richmond, amortiguando el sonido de los cascos de los caballos mientras salían trotando del establo empedrado para su ejercicio diario. Normalmente, él se unía a su administrador, aparentemente para revisar los caballos antes de que comenzara el día, pero en realidad porque disfrutaba estar en el único lugar al que siempre había llamado hogar.

Ahora, cuando miraba hacia atrás en su vida, vivida en las sombras de los casinos y la vida nocturna de las ciudades europeas, apenas se reconocía a sí mismo. Había sido como una especie de espectro, viviendo una media vida. Y ni siquiera lo había sabido hasta ahora, cuando podía ver cuán plena podría ser su vida, si tan solo pudiera estirarse y agarrarla. Pero, ¿podría alcanzar y agarrar lo que más deseaba? Negó con la cabeza. Sabía que no podía. No sin dar algo de sí mismo que había reprimido durante mucho tiempo y que ni siquiera sabía si aún tenía. Pero a menos que lo hiciera, el mayor premio de todos —Indra— no lo querría.

No, no había respuestas afuera. Dio la espalda a la ventana y miró alrededor. Era una habitación llena de libros. Eso era todo. Caminó alrededor de las tres paredes, con estanterías incorporadas del suelo al techo, pasando sus dedos por los lomos de cuero rugoso, algunos grabados en oro y otros desvanecidos por el tiempo. Las respuestas yacían dentro de ellos, estaba seguro. Pero no estaba de humor para sentarse con el tipo de libro de historia lleno de batallas y valentía que había capturado su imaginación cuando era niño. Sus dedos se detuvieron cuando llegaron a la escalera de madera sobre rieles, que permitía el acceso a los estantes más altos.

¿Cómo diablos se suponía que debía creer que lo que sentía por Indra era *amor*? No había pronunciado esa palabra desde que sus abuelos habían muerto. Había asumido que su amor había muerto con ellos. Pero, ¿seguía allí, dentro de él, necesitando salir? ¿O lo que sentía por Indra era simplemente una combinación de lujuria —eso seguro que estaba presente— y una necesidad de cuidar de ella, como lo haría con cualquier otra persona por la que se sintiera responsable?

Cerró los ojos pero no sintió más que confusión. Lo que era cierto era que lo que sentía por ella lo consumía por completo. Pero, ¿era amor? ¿Podría, con la mano en el corazón, decirle que la amaba? Porque sabía que ella podía detectar una mentira a cien pasos de distancia.

Miró de reojo el retrato de su padre, que colgaba frente al escritorio, entre dos ventanas. Cuando él vivía allí, el retrato de su madre había estado colocado allí. Típico de su padre querer reclamar el espacio como si hubiera sido *su* familia la que había vivido allí durante siglos, no la de su esposa. No la de la madre de Sebastian. La intensa mirada de su padre parecía mirarlo directamente, acusándolo de algo.

Dio un paso hacia él, negándose a ser intimidado por su retrato como el hombre lo había intimidado de niño.

—¿Qué, Padre? ¿Qué quieres que haga? Tú creaste este lío. ¿Con qué fin, eh? —Dio otro paso, sin romper la mirada con su padre. Pero por supuesto no hubo nada. Ninguna respuesta, porque la vida no era así. Sus ojos recorrieron el retrato, desde el cabello espeso de su padre, que ondeaba hacia atrás desde su elegante rostro patricio, hasta sus labios sensuales. Había sido un hombre atractivo. Y, pensó Sebastian, uno cruel cuando se trataba de sus hijos.

Nada de esto le ayudaba con la cuestión de qué era el amor. ¿Amaba él? ¿Era capaz de amar? ¿Lo reconocería incluso si *estuviera* enamorado?

Con un gruñido frustrado de ira, Sebastian se giró y descargó su frustración en la escalera, empujándola hacia un lado. Esta se deslizó por los rieles, golpeando un libro que sobresalía sobre los demás. El libro cayó al suelo con estrépito.

Sebastian suspiró y se agachó para recogerlo. Estaba a punto de devolverlo a su lugar cuando algo llamó su atención. Un marcapáginas sobresalía de la parte superior. Miró la portada. Poesía. Dudaba mucho que hubiera pertenecido a su padre quien, como él, no tenía tiempo para cosas como la poesía y la ficción. Puso su dedo en lugar del marcapáginas y lo examinó. Era una antigua tarjeta de San Valentín victoriana, con su delicado borde de encaje recortado para revelar un corazón. Reconoció los nombres en la inscripción de la biblia familiar. Le dio la vuelta en su mano. No había duda. Parecía que algunos de sus antepasados habían estado enamorados y no sufrían las mismas dudas que él.

Suspiró, sopesándola suavemente en sus manos antes de colocarla de nuevo entre las páginas. Estaba a punto de devolverla al espacio vacío en el estante cuando se le ocurrió que debía haber estado sobresaliendo para haber sido derribada del estante. Lo que significaba que alguien debía haberla estado leyendo recientemente. ¿Indra? ¿Qué había estado leyendo? Miró la portada del libro una vez más y frunció el ceño. Era una colección de poesía, y no tan antigua como para contener un marcapáginas victoriano. No reconocía el nombre del autor, pero, ¿por qué habría de hacerlo? La última vez que había escuchado algo en rima habría sido cuando era un niño pequeño.

Abrió el libro en la página marcada y echó un vistazo a las palabras. Como muchos libros de poesía moderna, era todo espacio en blanco y pocas palabras, pero las palabras ciertamente captaron su atención. Eran viscerales, oscuras y, sin embargo, también llenas de luz.

"El amor hace que tu alma salga arrastrándose de su escondite."

Quienquiera que fuera Zora Neale Hurston, ciertamente daba un golpe con sus palabras. Volvió a leer las palabras, y esa fue su perdición. No tenía un hueso romántico en su cuerpo y ciertamente no era un apreciador de las palabras de la poesía. Colocó el libro sobre la mesa y se alejó. Pero no pudo dejar atrás las palabras. Seguían repitiéndose como un mantra en su cabeza.

"El amor hace que tu alma salga arrastrándose de su escondite."

Podía sentir las emociones del poeta hasta en los huesos, porque era exactamente como él se sentía. Una mezcla compleja de dolor y placer. Había pensado que se estaba relacionando con el mundo, pero, en realidad, había pasado toda una vida escondiéndose de él. ¿No era hora de que dejara de hacerlo? Y supo, en ese momento, que ya no podía negar los cambios que habían ocurrido en él. Porque, le gustara o no, sus sentimientos por Indra lo habían transformado. Y ya no podía esconderse. El amor le había hecho eso.

De repente, sonó un golpe en la puerta. La abrió y encontró a Indra allí de pie. Su corazón se aceleró y le dedicó una amplia sonrisa, incapaz de ocultar su recién descubierta felicidad.

—¡Indra! —Abrió la puerta de par en par para ella.

Ella le devolvió la sonrisa con una sonrisa titubeante.

—Pareces feliz.

—Feliz de verte.

Ella ladeó la cabeza mientras estudiaba su rostro.

—Hablaba en serio cuando dije que debías descifrar tus emociones.

—Lo sé.

Ella vaciló.

—¿Puedo pasar? Tengo algo que quiero mostrarte.

—Por favor.

Entró en la habitación, echó un vistazo rápido como si tratara de descubrir la fuente del cambio en él y vio el libro de poesía sobre la mesa.

—¿Has estado leyendo un libro de poesía?

—No todo el libro. Solo un poema. Para ser precisos, unas cuantas líneas de un poema.

Ella asintió.

—Entonces, ¿querías mostrarme algo? —dijo él.

Ella le tendió un trozo de papel.

—Encontré una carta —dijo Indra. Se la entregó. Él miró primero la firma y fue como si su corazón se detuviera. Era de su padre.

—¿Qué demonios...? —dijo, mirando el principio de la carta. Alzó la vista hacia ella con el ceño fruncido, confundido—. Está dirigida a ambos.

—Charles lo explica en la carta —Su mirada era firme, totalmente opuesta a la de él. Tenía una mirada de compasión en los ojos—. Dice que tu copia está guardada en el escritorio. Supongo que no has usado el escritorio.

Él negó con la cabeza.

—No, yo... —Lo que fuera que iba a decir se le escapó mientras captaba alguna palabra en la familiar caligrafía grande, llena de confianza, como si eso fuera todo lo que se necesitaba en el mundo para tener éxito. Y, supuso, según la estimación de su padre, lo había logrado.

Se la devolvió.

—No quiero leerla.

—Creo que deberías. Me gustaría que lo hicieras, Sebastian.

Sus miradas se encontraron y no había forma de que pudiera negárselo. Tal vez eso también era amor. Bajó la mirada hacia la carta y la leyó.

Queridos Sebastian e Indra:

Sinceramente espero que al dirigir esta carta a ambos, los dos la estén leyendo. Porque esa es mi intención. Quiero que ambos escuchen lo que tengo que decirles a cada uno, y a los dos juntos.

Primero Sebastian. Lo siento. Realmente lamento lo que te hice y entiendo que nunca podrás perdonarme. Sin duda, yo habría sido igual. Me tomó volver a amar para entenderlo. Después de que tu madre murió, yo también morí, hasta que la madre de Indra, Alia, llegó a mi puerta y me devolvió a la vida. Amar a Alia me cambió y cambió mi vida. Pero era demasiado tarde para ti. Te amo, Sebastian, y quiero lo mejor para ti. Y lo mejor es Indra.

Mi querida Indra. Cuando tú y tu amada madre entraron en mi vida, yo era una cáscara vacía, perdido desde que murió la madre de Sebastian, pero ustedes dos me hicieron revivir. Y por eso, estaré eternamente agradecido. Lamento si te sientes

manipulada por los requisitos de mi testamento, pero lo hice por ti. Quería que alguien te cuidara, que te sacara al mundo. Porque me arrepiento de haber complacido a tu madre manteniéndote atada a la finca como ella deseaba. Alia tenía miedo, y yo consentí ese miedo. Quería que alguien te amara en quien pudiera confiar, y sabía que una vez que Sebastian te conociera, no podría evitar amarte y protegerte. Y sabía que te daría el tipo de vida que yo, y tu madre, te privamos. Lo sé porque yo también te amé y quise protegerte y, lo admita o no, somos muy parecidos.

Y te pido disculpas, Sebastian, por manipularte más allá de la tumba. Pero sabía que estabas viviendo una vida carente de amor, tal como yo lo había hecho durante tanto tiempo. Y el amor es algo que Indra vive y respira. Sabía que ella sería capaz de devolver la vida a tu alma y tu corazón. Sabía que el corazón amoroso de Indra compensaría todo el dolor que te he infligido.

Nunca tendré forma de saber si mis planes han funcionado o no. Pero el hecho de que uno o ambos estén leyendo esta carta me hace tener esperanzas de que así sea.

Rezo para que encuentren el amor juntos y, si no, que se ayuden mutuamente a seguir adelante.

Su padre que los ama,
Charles Richmond

Atónito, Sebastian levantó la mirada hacia Indra.

—Lo sé —dijo ella, tomándola de él y echándole un vistazo—, yo misma apenas lo creí. Pero debería haberlo sabido. Nunca pude reconciliar el hecho de que hubiera insistido en este matrimonio con el hombre que conocía.

—Supongo que dio un giro a su vida y nunca lo supe.

—No, pero entendió por qué elegiste no visitarlo.

—Parece que entendía mucho más de lo que le di crédito.

—Era un hombre complicado. Y tú eres igual que él.

Él soltó una risa de acuerdo.

—Supongo. Y he llegado a mi propia epifanía, con un poco de ayuda de mi padre y un poco de ayuda tuya.

Ella lo miró interrogante.

—He sido un idiota. Te amo, Indra. Mi padre tenía razón. Amarte me ha abierto al mundo de una manera que nunca creí posible. Solo hay una cosa que quiero, y es que estés en mi vida. ¿Te casarías conmigo?

Sus ojos estaban cristalinos por las lágrimas mientras tragaba saliva y reía. Él no sabía si estaba triste, feliz o simplemente divertida.

—Ya estamos casados.

Él le secó los restos de lágrimas.

—No como es debido. No con amor en nuestros corazones. ¿Te casarías conmigo otra vez? Esta vez una boda apropiada con todos presentes y todos sabiendo que tú eres mi mundo.

Ella asintió, y él pudo ver que la diversión había desaparecido mientras las lágrimas fluían de nuevo. La besó, pero quería oírla decir las palabras.

—No me has respondido.

—Por supuesto que me casaré contigo. Te amo y, tienes razón, esta vez tendremos el matrimonio perfecto.

—Pero aún podemos hacer el amor antes de la segunda boda, ¿verdad?

Ella sonrió.

—Claro.

Él le tomó la mano, pero antes de que llegaran a la puerta ella miró alrededor, aunque obviamente no podía ver lo que buscaba.

—Por cierto, Sebastian, ¿qué poema estabas leyendo?

—Uno de un libro de poesía. No recuerdo el nombre de la poeta, pero escribió algunas palabras bastante poderosas sobre el amor. Si hubieras empujado ese libro completamente, nunca lo habría visto.

La besó, y ella suspiró. Le acarició la mejilla con el pulgar y luego negó suavemente con la cabeza.

—¿Qué libro era?

—El libro de poesía que habías estado leyendo aquí en la biblioteca. No lo habías empujado lo suficiente.

Ella soltó una media risa.

—Nunca entro en la biblioteca de tu padre. Tengo mis libros arriba en la antigua guardería.

Él frunció el ceño, desconcertado.

—¿Tu madre leía los libros de la biblioteca, entonces?

Ella se rio.

—Madre nunca tenía tiempo para leer. —Ahora frunció el ceño, sintiendo su inquietud—. ¿Por qué?

¿Cómo podía explicarlo? Negó con la cabeza y forzó una sonrisa.

—No es nada. Debe haber sido mi imaginación. Pensé...

—¿Qué pensaste?

—Pensé que tal vez tú habías usado la biblioteca. —Se encogió de hombros—. Eso es todo.

—No. —Arrugó la cara—. Recuerdo que cuando llegamos por primera vez a Richmond, Charles nos dijo que no entráramos en la biblioteca. Que era su espacio. Años después, recuerdo haber preguntado a mi madre sobre su necesidad de mantener el lugar para sí mismo y ella dijo algo sobre que tenía recuerdos que le gustaba mantener separados de su nueva vida.

—¿Recuerdos? ¿Qué clase de recuerdos?

Ella entrecerró los ojos y parpadeó mientras intentaba recordar. Entonces de repente miró el retrato.

—Tal vez estaba relacionado con el retrato. —Retiró sus manos de las de él y caminó hacia el retrato de Charles que Sebastian había estado mirando antes. Ella se estiró y él la ayudó a bajar el retrato de su lugar de honor. Para su sorpresa, había otro pequeño retrato colgado debajo. Uno de su madre. No era grandioso, pero tierno y suavemente dibujado, revelando toda la dulzura de su madre y toda su belleza, envueltas juntas como si fueran inseparables. Tragó saliva para deshacer el nudo en su garganta.

—No sabía que estaba ahí.

—Siempre ha estado ahí. Pedí que pusieran su retrato encima. Lo siento. No tuve el corazón para quitar el de tu madre, pero echaba de menos a Charles y quería que volviera a la biblioteca donde pasaba tanto tiempo. Supongo que se sentía cerca de ella aquí.

—Supongo —dijo, acercándose al retrato y parpadeando rápidamente. Se dio la vuelta abruptamente, incapaz de lidiar con la ola de emoción que lo había envuelto. Miró hacia el libro, comprendiendo de repente. Este lugar había sido un santuario para su madre. Había sido *su* libro de poesía. Miró alrededor de la habitación, viéndola de manera diferente ahora. La extraña colocación del escritorio, frente a la chaise longue que estaba colocada junto a la chimenea. El

chal decorativo puesto sobre la chaise. Tal vez su madre se había recostado allí durante sus muchas horas de enfermedad y leía poesía mientras su padre trabajaba, hasta que su madre había muerto y su padre había dirigido su amargura y enojo hacia el exterior, arremetiendo contra el mundo y sus hijos.

Pero su padre había roto el ciclo ahora. Charles Richmond los había unido a él y a Indra, sabiendo que se necesitaban mutuamente. Era su último regalo, un regalo de amor para perpetuar el amor. Después de todo, ¿no era eso de lo que se trataba la vida?

EPÍLOGO

MIENTRAS INDRA MIRABA ALREDEDOR de la recepción de la boda, reflexionaba sobre cuán diferente había sido, esta vez, su matrimonio con Sebastian. Podría estar usando el mismo vestido que la última vez —aunque estaba más ajustado alrededor de su barriga de embarazo de cinco meses—, podría estar en la misma iglesia y casándose con la misma persona, pero ahora estaban rodeados por las personas que les importaban: los trabajadores de la finca y sus cuñados, Alexander y Harrison. Esta vez, todo estaba bien, pensó mientras miraba a Sebastian, quien había seguido sosteniendo su mano desde el momento en que ella caminó por el pasillo.

—Espero que me vayas a soltar en algún momento —dijo, levantando sus puños unidos.

Él llevó la mano de ella a sus labios y la besó.

—Te soltaré cuando quieras que lo haga. Di la palabra y estarás libre, porque nunca quiero verte confinada, controlada o mantenida fuera de la luz de nuevo. Eres demasiado importante para mí como para esconderte.

Como para enfatizar su punto, soltó su mano, pero ella no se movió. En su lugar, envolvió sus dedos alrededor de la muñeca de él y lo atrajo hacia ella.

—Y tú eres demasiado importante para mí como para liberarme de ti. Me temo que estás atrapado conmigo.

De repente se escuchó un grito, y ambos se volvieron para ver a Alexander descorchar otra botella de champán y el corcho rebotar en el techo, rociando champán sobre la mujer con la que estaba coqueteando.

Sebastian sacudió la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Mis hermanos. Ellos son el problema. No creo que ninguna mujer esté a salvo cuando Alexander está cerca.

—Excepto yo.

Los ojos de Sebastian se estrecharon posesivamente.

—No se atrevería a coquetear contigo.

—No. No creo que lo hiciera. Pero parece que todas las demás mujeres son un objetivo válido.

—Exactamente. Para Alexander, seducir mujeres es un deporte.

Indra apretó los labios.

—El legado de Charles, otra vez.

Sebastian asintió.

—Son tan malos como yo lo era.

—No tanto —bromeó Indra.

—Son peores —dijo Sebastian decisivamente, mirando esta vez a Harrison—. Harrison está frunciendo el ceño. Dios sabe qué ha pasado para que se vea tan sombrío.

—¿Tal vez tuvo un mal juego de polo en Argentina?

—Mi hermano menor nunca ha tenido un mal juego de polo. Y dice que no está jugando en este momento, lo cual es raro. Siempre ha estado obsesionado con el juego.

—¿Problemas con mujeres entonces?

—Quién sabe. Parece que llevara el peso del mundo sobre sus hombros.

—Y qué hombros tan perfectos son —Indra no pudo evitar comentar.

Fue el turno de Sebastian de fruncir el ceño.

—Vamos, cariño —dijo Indra—, no estés celoso. Puedo apreciar la buena apariencia de tus dos hermanos de una manera platónica y fraternal. Pero solo hay espacio para un hombre en mi vida.

Él la besó.

—Y así es exactamente como me gusta.

—Lo sé. —Ella le sonrió, adorando cada centímetro de su hermoso rostro, ahora abierto para ella—. Y así es exactamente como me gusta a mí también.

Él respiró profundamente y miró alrededor.

—¿Es demasiado temprano para que desaparezcamos? —Su mano bajó y rozó el trasero de ella, atrayéndola contra él para que pudiera notar cuánto la deseaba.

El deseo pulsó dentro de ella, y solo había una cosa que quería ahora.

—Todos están demasiado preocupados con sus propios asuntos como para preocuparse por nosotros. —Se puso de puntillas y presionó un beso contra sus labios—. Vamos.

No se molestaron en mirar alrededor, sino que se deslizaron por las puertas abiertas, salieron al pasillo, sus pasos acelerándose mientras corrían por las escaleras hacia el dormitorio. Nadie lo notaría, estaba segura de ello.

Pero Indra estaba equivocada. Dos hombres lo notaron. Harrison apartó la mirada de la feliz pareja y volvió a su teléfono, tratando de averiguar qué demonios iba a hacer. Mientras tanto, Alexander apartó la mirada de la mujer a la que rodeaba con su brazo y sintió lástima por Sebastian. Su hermano estaba tan obviamente enamorado. Una cosa era segura, él nunca se convertiría en el títere de una mujer. Nunca.


La
CEO QUE DESAFIÓ AL
MULTIMILLONARIO
DIANA FRASER

CAPÍTULO UNO

LILY MCGUIRE COMENZÓ el día como siempre lo hacía. Se dio vuelta y miró la fotografía de su esposo, Robbie, que guardaba junto a su cama.

—Buenos días, mi amor —dijo, extendiendo la mano hacia el retrato con marco plateado y besando a Robbie en los labios. Lo observó durante unos momentos, recordando la sedosa textura de sus locos rizos rubios bajo sus dedos y cómo los perfectos labios de esa amplia sonrisa podían traer tanta felicidad y placer—. Te ves muy guapo esta mañana, esposo.

Se llevó la fotografía al pecho, la abrazó y saltó de la cama. Tenía mucho que hacer esa mañana, incluyendo poner en vereda a su equipo directivo y conocer al nuevo propietario, Alexander Richmond. Incluso su nombre sonaba lleno de privilegios. Probablemente era algún empollón de Eton con un sentido del humor infantil y las habilidades de comunicación de un animal. Pero no estaba intimidada. Lo pondría en su lugar.

Con otro beso en el rostro bronceado y radiante de Robbie, deslizó la fotografía de vuelta a su lugar junto a la cama. En el baño, se quitó la vieja camiseta de Robbie que siempre usaba para dormir y se metió bajo un chorro de agua fría, contando los segundos antes de abrir el agua caliente. El breve y agudo impacto del agua helada contra su cuerpo cálido le ayudaba a hacer la transición mental de su hogar y Robbie hacia el mundo exterior de su apartamento. Vivía en dos mundos y necesitaba hacer la transición entre ellos.

No tardó mucho en prepararse. Un café negro fuerte y uno de sus vestidos sexys seleccionado —nada de trajes negros para ella— revisó su reflejo. Todo en orden, observó. Vestido rojo ajustado, listo. Cabello rubio rebelde parcialmente domado en un recogido despeinado, listo. Los ojos... Aún tristes. Se mordió el labio y miró su teléfono. Normalmente no se permitía ese capricho hasta que regresaba a casa del trabajo. Pero no pudo resistirse a escuchar uno de los muchos mensajes de Robbie. Tocó reproducir.

Mientras sus palabras de tranquilidad, amor y firmes instrucciones llenaban la habitación, se apoyó contra la puerta de su apartamento y cerró los ojos. Cuando escuchó por primera vez el mensaje donde le decía que estaba hecha para el amor y que volvería a perseguirla como un fantasma si no tenía muchos novios después de que él se fuera, ella había respondido: “sí, sí, lo que sea, no te vas a ir a ningún lado”, porque no lo había creído. No al principio.

Pero entonces comenzó el deterioro. Aun así, nunca había imaginado un mundo sin él. Pero él *se había* ido. Hace dieciocho meses. Se había escurrido. En un momento estaba acostada a su lado, con la cabeza apoyada en la misma almohada donde él descansaba, observando la más leve respiración, entrada y salida, luego pausa. Hasta que las pausas se hicieron más largas. Hasta que solo hubo una pausa larga, y se había ido, dejándola sola en el mundo. Y ella no creía que alguna vez pudiera recuperarse.

El único camino a seguir estaba en los mensajes que él le había dejado, diciéndole que se mantuviera ocupada y que no tomara prisioneros. Que usara su inteligencia para avanzar en la carrera empresarial que siempre había deseado, pero que la enfermedad de él le había impedido tener. Y que tuviera sexo. Mucho sexo. Sexo, trabajo y rock and roll. Ella se había ceñido al sexo y al trabajo. No tenía ninguna habilidad musical ni apreciación en absoluto. Pero lo había compensado con las otras dos cosas. Excepto aquí. No dentro de estas paredes. Este mundo todavía era sagrado.

Respiró hondo, tomó su bolso y salió al sol de Londres, dejando atrás al amor de su vida, y con el mundo de los negocios y el sexo por delante.

El Edificio Richmond. Alexander Richmond leyó el nombre que coronaba las puertas frontales del imponente edificio de cristal. *Su* edificio ahora, pensó con satisfacción. Cada vez que había pasado frente a él antes de la muerte de su padre —lo cual tenía que hacer a menudo, dada su ubicación central en la City de Londres— le había irritado. Había sido un recordatorio constante y molesto de la riqueza y el poder de su detestado padre. Ahora su padre se había ido y él y sus tres hermanos tenían lo que les pertenecía por derecho. Y esta belleza había llegado a su poder.

—¡Sr. Richmond! —llamó un hombre bajo y calvo cuando Alexander entró en el vestíbulo de triple altura—. Soy Sean Diggins, presidente interino de Richmond Pharmaceuticals.

—Sean —dijo Alexander, estrechando la mano del hombre—. Encantado de conocerte. —Alexander echó un vistazo rápido al interior del edificio. Era la primera vez que entraba y estaba impresionado. Las fotografías no le hacían justicia. El edificio era tan impresionante por dentro como por fuera. Pero no tan impresionante como su otra herencia: Richmond Pharmaceuticals, la compañía que convertiría su otra cadena de empresas en industrias afines de rentables a súper rentables. No es que necesitara el dinero. Pero nunca podía resistirse a la competencia, incluso si era con su difunto padre.

—Muy contento de que pudiera venir con tan poco tiempo de antelación —dijo Sean.

—No hay problema. La empresa es mi prioridad ahora, desde que mi padre falleció.

—En nombre de los otros directores, me gustaría expresar nuestro pésame. Sir Charles Richmond era un hombre excelente.

Alexander controló su respuesta lo suficiente para que Sean imaginara que su mueca provenía del dolor.

—Y se le echará mucho de menos.

No por mí, pensó Alexander. No después de lo que nos hizo a mí y a mis hermanos. —Por supuesto —dijo vagamente.

Sean señaló el ascensor de cristal, uno de varios que se elevaban como una columna vertebral por el centro del edificio de gran altura. —¿Vamos?

Mientras el director comenzaba un nervioso discurso sobre el programa que habían planeado para Alexander, este miró a su alrededor, escuchando a medias, mientras el ascensor subía por el centro del Edificio Richmond. Pasaron de las lujosas oficinas de recepción a las oficinas de planta abierta del primer piso, donde sus empleados trabajaban arduamente. Todos ganando dinero para hacerlo más rico de lo que había sido su padre. Metió las manos en los bolsillos y sonrió. Por fin, la joya de la corona de sus empresas: Richmond Pharmaceuticals.

—Muy satisfactorio —murmuró Alexander, cuando el director tomó aire en su monólogo sobre el potencial de uno de los productos de la compañía, y el ascensor se detuvo en el piso

principal.

Caminaron a través de oficinas de planta abierta por un lado y salas de reuniones con paredes de cristal por el otro. Sean continuó hablando mientras Alexander miraba a su alrededor. No pudo evitar notar una monótona uniformidad en sus empleados. Trajes negros y camisas blancas, tanto para hombres como para mujeres. La única diferencia era que las mujeres llevaban joyas llamativas, y los hombres, corbatas llamativas. Sonrió para sus adentros. Eran como abejas obreras y no le importaba lo que vistieran, siempre y cuando estuvieran haciendo su trabajo y sumando a su cuenta bancaria.

Con tan pocas distracciones, pensó que se vería obligado a escuchar a su director, hasta que un destello rojo captó su atención desde una de las salas de reuniones. Una rubia con un vestido rojo ajustado a su figura curvilínea estaba de espaldas a él. Su mirada no solo fue atrapada sino hipnotizada, y frunció los labios en un silbido silencioso.

Su mirada se deslizó desde sus altos tacones de aguja, piernas estilizadas y trasero bien formado. Estaba de pie al final de una mesa de juntas. Sensuales mechones rizados de pelo rubio brillante se escapaban de un peinado, haciéndola parecer una especie de Medusa. Y llevaba un vestido, no un traje. Otra diferencia. Y no solo un vestido, sino uno ajustado de un rojo brillante. Si eso no fuera suficiente para distinguirla de todos los demás, era la única persona que no estaba tranquilamente ocupada en sus asuntos. No podía oír lo que decía, pero podía ver por la forma en que gesticulaba que estaba enfadada por algo y no se lo guardaba. Las personas que estaban siendo sometidas a su diatriba parecían aterrorizadas. Nadie más hablaba. No había objeciones tentativas. Cualquier cosa que les estuviera diciendo, el urgente asentimiento de cabezas mostraba que iban a hacer lo que la mujer decía, sin cuestionamientos. Eso le gustaba. Alguien que sabía cómo controlar a la gente. Lo reconocía porque él mismo era así. Era una mujer que sabía cómo hacer un trabajo. Su mirada se deslizó hacia su trasero nuevamente.

—Muy satisfactorio —repitió, antes de volverse hacia el director con una sonrisa.

—La Junta Directiva está esperando, si quiere venir por aquí —preguntó Sean, inclinando la cabeza de manera obsequiosa. Alexander no pudo evitar pensar que el hombre necesitaba un poco más de agallas, como las que estaba mostrando la mujer.

—Claro —dijo. No perdería mucho tiempo con los directores. Necesitaba saludar, eso era todo. Solo eran las figuras representativas. Quería hablar con las personas que realmente dirigían el espectáculo. Porque, si bien Richmond Pharmaceuticals estaba bien administrada y ofrecía un excelente beneficio, quería hacer algunos cambios para maximizar los beneficios de sus otras empresas, para las cuales era un complemento perfecto. Eliminaría al intermediario y haría que todo lo demás en su cartera fuera más rentable. Todo lo que necesitaba hacer con sus directores era asegurarse de que supieran quién tenía el control, y luego trabajar con el CEO para ajustar el modelo de negocio para abarcar sus otras empresas. Solo entonces lograría su objetivo de superar a su recientemente fallecido padre, por quien no sentía amor, solo animosidad.

Pero ahora había añadido una cosa más que lograr. Descubrir la identidad de la rubia temperamental con la gran personalidad y la figura voluptuosa. Quería ver cómo se veía de frente. Su imaginación le decía que iba a quedar impresionado.

Lily McGuire descruzó sus manos de la mesa de reuniones y las puso en sus caderas, lanzando a su equipo esa mirada asesina por la que Robbie solía burlarse de ella.

—¿Me he explicado con claridad?

Hubo asentimientos y movimientos incómodos, así como algunos que verbalizaron su

acuerdo. Ella tomó nota mental de quiénes eran. Esos eran con los que podía trabajar.

—Bien. —Miró el reloj y maldijo por lo bajo. Llegaría tarde a la reunión de la junta.

Sin mirar atrás, recogió el teléfono del que nunca se separaba y salió de la sala, sus tacones rojos de charol perforando el suelo de hormigón pulido. Sabía que el sonido de sus tacones sobre el suelo duro se había convertido en una señal para que la gente bajara los ojos y se concentrara en sus portátiles. También sabía cómo la llamaban a sus espaldas: Tigre Lily, y no se referían a un personaje dulce de Disney. Eso era por parte de las personas con las que *no* se había enfrentado. Otros la llamaban FTL, imaginando que ella no sabía lo que significaba. Pero lo sabía. No le preocupaba si la llamaban Fucking Tiger Lily. Probablemente era más preciso que la mayoría.

Sin detenerse a arreglarse el cabello o a alisarse el vestido, abrió de golpe la puerta de la sala de juntas.

—Caballeros —dijo bruscamente. Estaba a punto de caminar hacia su asiento a la derecha del presidente interino, Sean, cuando vio que ya estaba ocupado. Inmediatamente asimiló el hecho de que el nuevo propietario de la empresa ocupaba el espacio, que era extremadamente atractivo y que la estaba desnudando con la mirada. Su siguiente pensamiento fue que le gustaba cómo se sentía eso, y lo tendría en su cama a la primera oportunidad. Le lanzó una de sus raras sonrisas mientras tomaba el asiento frente a él.

Sean le lanzó una mirada de desaprobación. Llegaba tarde. ¿Y qué? Siempre llegaba tarde. Pero el nuevo jefe estaba aquí. No le haría daño parecer un poco arrepentida.

—Siento llegar tarde, todos —dijo, pero sus ojos se demoraron en Alexander Richmond, porque ese debía ser él—. Tenía que resolver algunas mierdas.

La mirada de desaprobación de Sean se agrió aún más ante su elección de lenguaje, mientras que la sonrisa de Alexander se ensanchó.

—Te vi a través de la ventana —dijo, inclinándose hacia adelante, con las manos sobre la mesa como si quisiera estirarse y agarrarla. Ella movió sus manos unidas un poco hacia él—. Parecía que estabas dejando claro tu mensaje. —Igual que él. Ella estaba recibiendo *su* mensaje alto y claro.

—No me ando con tonterías. —Su voz se deslizó automáticamente a un timbre más bajo.

—Estoy seguro de que no. —Su tono también bajó.

Sean se aclaró la garganta, y ella miró a su alrededor para ver a todos mirándolos a ella y a Alexander. Parecía que la atracción sexual era tan fuerte que incluso estos tipos estirados podían detectarla.

—Sr. Richmond —dijo Sean.

Alexander se recostó en su silla y se tomó su tiempo para desviar la mirada de Lily a Sean. —Por favor, llámame Alexander —dijo, tirando de los puños de su camisa antes de entrelazar sus dedos. Era la imagen de la serenidad. Eso le gustaba. Era el complemento perfecto para el calor de su herencia irlandesa.

—Alexander. —Sean asintió—. Permíteme presentarte a nuestra Directora Ejecutiva, la Srta. Lily McGuire. Lleva con nosotros dieciocho meses y ciertamente ha sacudido las cosas.

Su mirada volvió a ella nuevamente, sin rastro de sorpresa. Eso también le gustó. —Encantado de conocerte, Srta. McGuire.

—Y yo a ti, Sr. Richmond —dijo ella—. Por favor, llámame Lily.

—Solo si tú me llamas Alexander.

Ella inclinó la cabeza en aceptación. —Alexander será, entonces.

Sean se aclaró la garganta una vez más. —Quizás podamos proceder con la reunión.

Lily se recostó, sus largas uñas rojas manicuradas golpeando ligeramente la pantalla de su teléfono mientras observaba a Alexander, sin perderse nada de la reunión. Era lo mismo de siempre, hasta que llegaron a un punto que ella había estado esperando, y miró a Sean.

—Ese proyecto no seguirá adelante.

—¿Por qué no?

—Tengo una mejor idea. —Se encogió de hombros—. Además, no es rentable, y el equipo ha estado estropeándolo. Los he trasladado a un proyecto diferente, misma estructura de beneficios, pero la campaña incorporará más de nuestros productos. Lo que nos permitirá aumentar nuestra inversión en investigación.

Respondió a las preguntas sobre la nueva estrategia, consciente de que sabía más que todos ellos juntos, y que no podrían detenerla.

Cuando trajeron los refrigerios, todos estaban demasiado ansiosos por detener la discusión, ya que solo exponía su ignorancia. Una ignorancia en la que Lily estaba decidida a mantenerlos. Solo ella conocía la extensión completa de su negocio y así quería que siguiera siendo. Tenía a la junta directiva totalmente bajo su control. Al igual que la empresa. Aunque solo llevaba dieciocho meses allí, había trabajado más horas que cualquier otra persona para asegurarse de conocer todo lo que había que saber sobre la empresa. Mientras estos tipos jugaban al golf o lo que fuera que hicieran, ella estaba trabajando.

No quería un café, pero no podía marcharse todavía porque estaba decidida a no irse con las manos vacías. En cambio, cogió una galleta de un plato, le dio un mordisco y se dirigió a la ventana, mirando el centro de Londres. Automáticamente miró hacia el este, buscando lo familiar, más allá de las torres del distrito financiero de la City de Londres. Apenas podía ver los muelles a lo largo del río, que señalaban el límite sur del East End, donde había nacido, se había criado y aún vivía. No en la zona de moda junto al río, sino en las áreas que los ricos no querían, donde su familia había vivido durante generaciones.

—Pareces pensativa.

Se giró al escuchar la voz profunda y sexy de Alexander, que hizo que sus entrañas se contrajeran de deseo. —Solo me preguntaba cuánto tiempo antes de poder salir de aquí y volver al trabajo.

El sol estalló detrás del nublado día londinense y sus ojos brillaron con humor. De cerca, sus ojos azules no eran de un azul uniforme sino que tenían tonos dorados, haciéndolos verdes a la luz del sol. Interesante. Cambiante. Alguien a quien vigilar. Su piel bronceada hablaba de vacaciones y la camisa azul hecha a medida hacía que sus ojos fueran aún más vívidos. Sabía que era atractivo y no hacía ningún intento por ocultar su arrogancia. Pero eso no le preocupaba. Lo hacía aún más atractivo, más desafiante. Parecía un hombre que sabría cómo darle placer. Casi podía sentir la abrasión de su barba oscura contra su piel, especialmente su piel más tierna. Se estremeció.

Él extendió la mano y tocó suavemente su brazo desnudo. Esta vez se estremeció por dentro. —Quizás deberías haber usado una chaqueta. El aire acondicionado aquí es un poco agresivo.

—La agresión no me intimida.

—Estoy seguro —dijo, con la boca curvándose con humor.

—No —dijo ella, parándose un poco demasiado cerca de él—. La agresión es *mi* juego. Si alguien más lo intenta, normalmente los supero.

Él emitió un gruñido bajo y orgásmico. Le hizo cosas a ella. —Me gustaría ver eso.

—Quizás lo veas —dijo, dando otro mordisco a la galleta y masticándola, permitiendo que el silencio se alargara. Tragó y sus ojos bajaron a su garganta y luego más abajo a su escote. Ella

suspiró, haciendo que su pecho subiera y bajara intencionadamente—. O quizás no.

Él levantó una ceja y al mismo tiempo elevó sus expectativas. No había duda. Alexander Richmond era increíblemente sexy. Normalmente evitaba las relaciones laborales donde tenía poder sobre su personal, pero haría una excepción aquí. Este hombre podría pensar que tenía poder sobre ella, pero no era así. Nadie lo tenía.

—Supongo que tendremos que ver, ¿no?

Pasó su dedo por la solapa de su chaqueta para mostrarle que dos podían jugar a su juego. —Entonces, ¿te gusta lo que ves?

Sus ojos se mantuvieron fijos en ella. —Seguro que sí.

Sus labios se curvaron. —¿Y la empresa? —Miró a los directores, que intercambiaban noticias de sus últimas victorias en squash mientras se llenaban la boca con salados y esparcían escamas grasientas de hojaldre sobre sus trajes de Savile Row—. Creo que tendrás que admitir que dirigimos un barco bastante ajustado aquí.

—*Tú* lo haces. No estoy tan seguro sobre los demás.

Interesante. Tenía una debilidad, porque ciertamente no debería haber menospreciado a los miembros de su junta ante ella. Y las debilidades podía explotarlas para sus propios fines. Siempre y cuando nadie supiera cuáles eran sus fines, estaba a salvo.

—Oh —dijo, mirando a los demás—. Cumplen su función.

—¿Que es?

Ella sonrió. —Apoyarme. Soy la Directora Ejecutiva, después de todo.

—La Directora Ejecutiva con más conocimiento que todos los demás juntos.

—Lo notaste.

—Habría sido difícil no hacerlo. Lo que me lleva a mi punto.

Ella inclinó la cabeza a un lado en interrogación, repentinamente consciente de que había permitido que su atracción por este hombre relajara sus antenas de negocios.

—¿Cuál es?

—Es peligroso que un CEO tenga demasiado poder.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. —No dije que tuviera el poder, sino el conocimiento.

—¿No es el conocimiento poder?

—No necesariamente. Depende de cómo se use.

—Oh, puedes tener poder pero ejercerlo muy suavemente, especialmente si no necesitas ser... agresiva.

Ahí estaba esa palabra de nuevo. Le estaba diciendo que tuviera cuidado. Que era un rival para ella y, por una vez, podía afirmar que lo era.

—Si quieres saber algo, pregunta.

—De acuerdo —dijo en voz baja, inclinándose hacia adelante como si solo estuvieran los dos en la habitación. Ella no pudo evitar inclinarse en respuesta.

—¿Puedes decirme por qué estamos desviando un porcentaje tan alto de nuestros retornos de nuestros mayores generadores de ingresos hacia la investigación?

No esperaba eso. Pero se aseguró de no mostrar su inquietud. —Claro —dijo con su confianza habitual—. Por la salud a largo plazo de la empresa.

—Me gusta bastante centrarme en su salud a *corto* plazo y en mi riqueza a *largo* plazo.

No movió ni un músculo de su cara, nada que mostrara su sorpresa ante su desafío. Había más en este hombre sexy de lo que se veía a simple vista. Y se veía mucho. Estaba aún *más* segura de que lo llevaría a su cama. ¿Cuál era ese viejo dicho? Mantén a tus amigos cerca, pero a tus enemigos aún más cerca.

—Me gustan ambas. Y, puedo asegurarte, Alexander —movió deliberadamente sus brazos para hacer su escote aún más impresionante—, tengo la vista puesta en el objetivo.

Sus labios se curvaron un poco. —Estoy seguro de que la tienes, Lily.

—Tu empresa está segura en mis manos.

—¿Segura? —dijo suavemente—. No estoy seguro de que esa sea la palabra que habría usado.

—¿Es así? —preguntó en voz baja, para igualar su tono—. Me pregunto qué palabra usarías.

Él se encogió de hombros. —No te conozco, pero mis instintos me dicen que tus manos serían... —Se lamió los labios, y ella se excitó un poco más.

—¿Qué? —dijo ella.

—Creo que tus manos resultarían ser muchas cosas decididamente inseguras. Placenteras viene a la mente.

El sonido de los demás reemplazando sus tazas de café con un estrépito sobre la mesa y aclarándose la garganta interrumpió su conversación privada.

Sean les sonrió a ambos. —Confío en que Lily te ha proporcionado los detalles que querías.

—En efecto.

Sean golpeó sus papeles sobre el escritorio y miró a su alrededor. —Bueno, si todos han terminado, creo que es hora de un pequeño almuerzo. Te unirás a nosotros, Alexander, espero. He reservado una mesa en mi club. Podemos continuar nuestras discusiones allí, si lo deseas.

—Lo siento, no, no tengo hambre y tengo algunos negocios en los que necesito concentrarme —dijo Alexander con suavidad, mientras los directores salían de la sala.

Lily se tomó su tiempo. Sabía lo que estaba a punto de suceder. Alisó su vestido para ver su reacción. Predecible, pensó, pero agradable.

Después de que todos habían salido de la sala, dio un paso hacia él hasta que estaba demasiado cerca. Sus ojos se oscurecieron con deseo.

—¿Hambriento? —preguntó.

—Famélico —dijo con una sonrisa.

—Bien, porque yo también lo estoy. Hay un hotel cerca que sirve almuerzos maravillosos. —Ambos sabían que no estaban hablando de comida.

—Y hay un apartamento ático arriba, que está completamente equipado.

—Suena perfecto. —Le dedicó una sonrisa.

Él se hizo a un lado para que ella pasara por la puerta. Modales, también. Pero entonces, ¿qué esperaría de un aristócrata educado en privado?

Estaba a punto de caminar hacia el ascensor público, cuando él le dio una breve caricia en el brazo, enviando escalofríos de deseo directamente a su centro. —Tomemos mi ascensor privado.

—Mmm —murmuró, caminando cerca de él—. Nunca lo he usado.

—Hay una primera vez para todo.

Hizo clic en un llavero y las puertas de su ascensor se abrieron, como si esperaran cada una de sus órdenes. Supuso que eso era a lo que estaba acostumbrado.

—Después de ti.

Entró en el interior alfombrado en rojo con luces laterales y papel tapiz.

—Muy elegante —comentó. Después de oír que las puertas se cerraban con un suave pitido, se dio la vuelta para mirarlo, con la espalda contra la pared, agarrándose al pasamanos.

—Rojo sangre, como tú. —Cruzó el pequeño espacio entre ellos y le levantó la barbilla. Ella era alta, incluso más alta con sus tacones, pero aún más baja que él. Eso también le gustaba.

Sus ojos estaban oscuros de lujuria. Estaba a punto de besarla, pero ella apartó la cara. —No

beso —dijo.

Él frunció el ceño. —Entonces, ¿qué haces?

—Casi todo lo demás —dijo. Sonrió dulcemente.

Él se apoyó en el lateral del ascensor, muy cerca de ella, tan cerca que podía oler su loción para después de afeitar y ver el pulso acelerado en su cuello. —Me gusta cómo suena eso.

—Así que —dijo, estirándose para enderezar su corbata—, cuéntame sobre ti.

—¿Yo? Soy aburrido. Preferiría escuchar sobre ti.

—¿Yo? También soy aburrida. —De ninguna manera iba a contarle a este hombre nada sobre ella misma. Quería sexo con él y lo quería como aliado de negocios, pero no quería intimidad más allá de la física. Nadie en el trabajo sabía sobre la verdadera ella, su historia, dónde vivía o cualquier otra cosa sobre ella, y pretendía mantenerlo así—. Además, estoy segura de que no eres aburrido. —Nunca había conocido a un hombre que no disfrutara hablando de sí mismo.

—Y estoy seguro de que lo soy.

No. Había sacado un blanco. Él era tan reservado como ella.

—Tus intereses comerciales, entonces. —Sus ojos se iluminaron y ella pudo ver que por fin había encontrado algo que *sí* le interesaba y no le importaba hablar. Realmente no quería que los pillaran teniendo sexo en el ascensor con su nuevo jefe. La gente podría hacerse una idea correcta.

—Eres una mujer inteligente. Sin duda ya conoces mis intereses comerciales.

Ella levantó una ceja. No tenía sentido negarlo. Se arriesgó a pasar el reverso de su dedo por su solapa. Registró dos cosas: la tela era hermosamente sedosa y cara, y él olía increíble.

—La gente se pregunta por qué estás tomando un interés tan personal en Richmond Pharmaceuticals. —Al menos ella lo hacía.

—*Es* mi empresa.

—Claro. Pero tu padre siempre se contentaba con quedarse atrás y permitirnos dirigirla.

—Yo, por si no te has dado cuenta, no soy mi padre. —Su rostro se había oscurecido repentinamente y sus labios se tensaron. No le gustaba su padre.

—Ya veo. Así que eso significa que tienes la intención de prestar más atención a la empresa de lo que hizo tu padre?

—En efecto.

—¿Y tienes la intención de que trabaje más estrechamente con tus otras empresas?

Frunció el ceño. Había ido demasiado lejos. Literalmente la salvó la campana cuando el ascensor anunció su llegada al ático.

Ajustó su vestido y salió al vestíbulo. Nunca había estado aquí arriba antes. Estaba amueblado como un estudio anticuado con libros y muebles de casa rural.

—Esto no es lo que imaginaba.

Él miró alrededor. —Aún no me he mudado. Todo esto es material de mi padre, aunque no creo que usara mucho el lugar durante los últimos diez años.

—Entiendo que no venía a las reuniones de la junta después de... —Lo miró por debajo de sus pestañas bajas.

—Después de que instaló a una amante en su casa de Norfolk. No. Por la razón que sea, parece que se exilió en Norfolk después de que ella y su hija llegaron. —Se encogió de hombros —. Como sea —dijo, moviéndose hacia ella—. No te he invitado a mi ático para hablar de mi padre.

—¿Para qué me has invitado?

—Ven aquí y te lo mostraré.

CAPÍTULO DOS

—¿Cómo puedo rechazar una oferta como esa? —dijo, tomando su mano y siguiéndolo hacia la sala principal.

A diferencia del vestíbulo cerrado con sus muebles tradicionales, este espacio era innegablemente moderno, con sus proporciones imponentes, escalera de caracol que conducía a un entresuelo, y ventanales de suelo a techo que revelaban el vibrante y palpitante corazón de Londres. El Támesis muy por debajo de ellos serpenteaba hacia el este, pero ella se negó a mirar hacia allá ahora.

En cambio, deslizó su teléfono sobre una mesa de roble muy pulida y caminó hacia la ventana que daba al oeste, extendiendo sus brazos como si quisiera abarcarlo todo. Le agradaba a su lado exhibicionista que pudiera ser vista, pero al menos nadie de la empresa podía presenciar lo que estaba a punto de hacer.

Hablando de matar dos pájaros de un tiro. Darse la satisfacción física que anhelaba de este hombre y asegurar también su alianza. Porque no parecía que pudiera continuar haciendo lo que estaba haciendo en la empresa sin ello. Este no sería un propietario dormido... dormir parecía ser lo último que tenía en mente.

Se dio la vuelta para encontrarlo parado directamente detrás de ella.

—He querido hacer esto desde el momento en que te vi —dijo. Colocó su dedo entre el cuello de su camisa y la corbata y tiró, aflojando la corbata antes de sacar un extremo sedoso con un rápido tirón. La arrojó a un lado. Luego desabrochó su primer botón, después el siguiente, hasta que todos estuvieron desabrochados. Solo sus ojos se habían movido mientras recorrían su cuerpo, y su pulso se aceleró en su garganta. Por lo demás, estaba inmóvil, como si tuviera curiosidad por ver qué haría ella a continuación. O tal vez estaba feliz de que ella tomara el control. Pronto lo descubriría.

Presionó las palmas de sus manos contra su pecho y luego sus labios, y los abrió, respirándolo. Su boca se humedeció y deslizó sus manos alrededor de su cuerpo, acariciando con sus dedos sus músculos y tendones, que se flexionaban bajo su tacto. Luego bajó sus manos hasta la parte baja de su espalda, con sus dedos medios hundiéndose por debajo del cinturón de sus pantalones. Se acercó hasta que el bulto en sus pantalones estaba donde ella lo quería: duro contra su cuerpo. Se levantó sobre las puntas de sus pies para poder sentir su erección contra la parte más sensible de ella. Jadeó mientras volvía a bajar, consciente de la creciente necesidad dentro de ella y lo húmeda que estaba por él.

Su gemido viajó a través de su piel, comunicando su deseo por ella en lo más profundo, hasta que sintió como si se estuviera derritiendo desde adentro hacia afuera. Levantó la mirada hacia sus ojos y él se inclinó, queriendo besarla de nuevo. Ella se apartó hacia un lado.

—No beso.

—Hm —dijo él sorprendido—. No es que importe —agregó, con voz profunda y sexy—. Pero, ¿por qué no?

Ella se encogió de hombros.

—Demasiado personal.

Él arqueó una ceja, como era de esperarse. Algunas personas podrían pensar que el sexo era más personal que besar. Pero ella no era como algunas personas. Sus besos eran para una sola persona. Pero no tenía intención de decírselo. Esa parte de su vida no era asunto suyo, y pretendía mantenerlo así.

—¿Te gustaría una copa de champán?

Ella preferiría ir al grano de su visita —su sexo palpitaba de necesidad— pero controló su impulso de arrojarlo sobre el sofá.

—¿Por qué no?

Él caminó hacia la cocina y miró alrededor como si nunca hubiera puesto un pie en el lugar antes, lo que probablemente no había hecho. Pero obviamente le pagaba lo suficiente a alguien para que se ocupara de lo que él no se molestaba en considerar, y sacó una botella de champán helado del refrigerador.

—¡Ja! —examinó la etiqueta—. Excelente añada, además.

—Excelente —a ella no podría importarle menos. Prefería la cerveza.

Él le entregó una copa y ella la tomó.

—Brindo por una tarde agradable —dijo él.

—¿Agradable? Prefiero algo alucinante.

Él sonrió, y chocaron sus copas.

—Alucinante será.

Ella tomó un sorbo y mantuvo su mirada mientras accidental a propósito derramaba un poco sobre su escote.

—Vaya —dijo.

Él dejó su propia copa y se acercó a ella, apartando su vestido, que se había oscurecido con el champán.

—Sería una pena dejarlo desperdiciar —murmuró—. ¿No estás de acuerdo?

Ella asintió y contuvo la respiración mientras él inclinaba la cabeza y lamía el champán de su escote. Su deseo subió un nivel.

Él se incorporó nuevamente.

—Mmm, muy agradable.

Ella no quería esperar más, y tomó su mano, tirando de ella para que él la siguiera hasta el sofá de cuero blanco, que estaba bañado por la brillante luz del sol. A su alrededor solo había cielo azul, atravesado por las ventanas reflectantes de las torres de la ciudad. Se sentía como si estuviera en la cima del mundo, y dueña de todo. Especialmente de este hombre. Él puso sus manos alrededor de su cintura y besó su cuello, mordisqueando y luego saboreando su piel como si fuera un delicioso aperitivo. Ella sonrió mientras se recostaba contra él, sabiendo que no se decepcionaría con el plato principal.

—Mi turno —gimió él con voz sexy y ronca—. Quería hacer *esto* desde el momento en que te vi.

Ella se giró en sus brazos y, con un movimiento rápido, él bajó de un tirón la tela elástica del vestido para revelar su sujetador de encaje a través del cual sobresalían sus pezones. Él sonrió y deslizó su mano entre su sujetador y su pecho, rozando su pezón con el pulgar. Fue el turno de

ella de jadear. Sin que ella lo notara, él había desabrochado el sujetador y lo había apartado. El pesado peso de sus pechos de repente se aligeró cuando él los acunó tanto como pudo en ambas manos.

Se inclinó, cerró su boca sobre uno de los pezones y succionó con fuerza. Ella se sacudió contra él mientras la intensidad de la sensación atravesaba su cuerpo, humedeciendo aún más sus bragas. Hizo lo mismo con el otro, y ella casi llegó al orgasmo allí mismo. Así que mucho para estar en control. Él la tenía exactamente donde la quería.

Con un gemido, él subió su vestido ajustado hasta que quedó arrugado sobre su estómago, exponiendo sus bragas de encaje. Enganchó un dedo a cada lado de sus bragas y las bajó, inmediatamente cubriendo su sexo con la palma de su mano. Deslizó su dedo a lo largo de su sexo húmedo y sonrió.

—Estás tan lista para mí —murmuró. Levantó la mirada de su desnudez y captó su mirada—. Sabía que lo estabas. Desde el momento en que entraste a la sala de juntas, supe que me deseabas.

Ella se encogió de hombros.

—No tenías mucha competencia.

Él soltó una risa.

—¿Y quién exactamente es mi competencia?

Mi marido. La respuesta vino inmediatamente a su mente y allí se quedó. Nunca se lo diría.

—Comerciantes, vendedores de mercado, deportistas... quien llame mi atención.

—Pero no personas con las que trabajas.

—Normalmente no. Pero haré una excepción en tu caso.

Su ceño se frunció.

—¿Por qué?

—Porque tienes razón. Te deseé en el minuto que te vi.

—Entonces sería muy cortés de mi parte complacerte.

—Exactamente —dijo, saliendo de sus bragas.

Él intentó besarla nuevamente, pero ella desvió la mirada.

—Lo siento —murmuró él, mientras sus labios buscaban su cuello, dejando besos y respirándola, antes de mordisquear su oreja mientras sus dedos encontraban su sexo y se deslizaban por su humedad. Murmuró algunas obscenidades sobre lo que quería hacerle. Ella abrió un poco las piernas para permitirle el acceso, pero, en cambio, su dedo encontró un lugar particular que él masajeó.

Ella jadeó como si todo el aire hubiera sido succionado del apartamento. El sol calentaba sus pechos desnudos y el apartamento estaba sofocante por la falta de uso. Una gota de sudor se deslizó por su espalda.

Lo empujó hacia atrás en el sofá y se sentó a horcajadas sobre él, su vestido arrugándose aún más hacia arriba.

—No te andas con rodeos, ¿verdad? —dijo Alexander.

—¿Te estás quejando? —preguntó ella, mientras se inclinaba sobre él, y su mirada se posaba en sus pechos.

—En absoluto —dijo, cerrando los ojos mientras ella abría de golpe su cinturón y tiraba de la cremallera para revelar que él, de hecho, estaba muy listo para ella.

Ella pasó sus dedos entre los de él y los sujetó a ambos lados de su cuerpo.

—¿Por qué no te quitas el vestido? —preguntó él, bajando la tela elástica—. Me gustaría verte desnuda.

—Puedes ver las partes relevantes —dijo ella—. Además, no tiene sentido.

Ella extendió la mano y sacó un paquete de condón de la funda de su teléfono. Él sonrió y luego gimió suavemente mientras ella se lo colocaba. Se levantó y, con la mano alrededor de su miembro, lo pasó por encima y alrededor de donde quería que estuviera, dándose placer y anticipando lo que estaba por venir.

—¿Por qué?

—Me iré pronto.

Se habría reído de su repentino ceño fruncido, mostrando su herido ego machista, si no hubiera estado concentrada en bajarse muy lentamente, centímetro a centímetro, para maximizar la sensación de él rozándose contra ella mientras se hundía en él. Cerró los ojos cuando él la llenó por completo. Hizo una pausa antes de moverse ligeramente para apreciar su tamaño. Él empujó dentro de ella un poco, probándola, explorándola, y ella abrió los ojos con un jadeo.

Con ojos entrecerrados, él la observaba, una pequeña y tensa sonrisa jugaba en sus labios mientras le permitía mantener sus manos presionadas contra el sofá a ambos lados de su cabeza mientras ella se movía lentamente hacia arriba, mirándolo antes de sumergirse en él nuevamente. Ella tensó sus músculos para rodearlo más estrechamente mientras se elevaba de nuevo y fue recompensada con un gesto de placer cuando él cerró los ojos.

Bien, él le había cedido el control, sabiendo que ella haría las cosas placenteras para ambos. Y lo haría. Estaba decidida a conseguir el mejor orgasmo posible para ambos. Tanto por razones personales como profesionales, quería controlar a este hombre sexy con una cabeza fría y un cuerpo caliente. ¿Y qué mejor manera que montarlo hasta el olvido? Entonces lo tendría a su disposición, exactamente como ella quería. Un paseo y luego se iría. De regreso a su escritorio para continuar con su trabajo, que era lo único que le importaba ahora.

Pero el trabajo se deslizó fuera de su mente mientras se entregaba al placer de un hombre que la llenaba tan completamente y también sabía cómo tocarla para intensificar el efecto. Se olvidó de sujetar sus manos con firmeza y él las liberó para acariciar su trasero mientras ella se inclinaba sobre él, sus pechos desnudos rozando contra su pecho, su boca a un suspiro de distancia de la suya. Podría no besar, pero sabía cómo provocarlo, intercambiando su aliento con sabor a champán con el suyo mientras subía y bajaba, lentamente al principio, pero luego, a medida que las sensaciones aumentaban, con velocidad creciente.

Generalmente podía extender su excitación y jugar un poco, pero de alguna manera él llegó a ella, destruyendo todos sus juegos mentales y haciéndola concentrarse solo en su cuerpo.

Rebotó arriba y abajo sobre él, llegando cada vez más rápido hasta que se recostó sobre sus manos y gritó mientras ola tras ola de orgasmo la atravesaba. Se retorció ligeramente sobre él, extendiendo las sensaciones tanto como pudo. Pero no tuvo su camino por mucho tiempo.

No tuvo tiempo de asombrarse por lo masivo que fue su orgasmo antes de que él pusiera sus brazos a su alrededor y, con un movimiento rápido, ella se encontró de espaldas, con él todavía dentro de ella. Al principio trató de moverse, molesta porque él había tomado el control, pero luego él empujó dentro de ella y ella jadeó mientras las sensaciones comenzaban a retorcerse, girar y aumentar dentro de ella nuevamente. Tal vez, solo tal vez, por esta vez podría permitirle tomar el control. Pero solo aquí, solo ahora, pensó mientras permitía que sus manos se entrelazaran con las suyas y las sujetaran, mucho más firmemente de lo que ella le había hecho a él, a sus lados. Estaba indefensa, y por una vez, sabía que ganaría con ello. La tensión de ser sujetada con tanta firmeza, de no tomar lo que quería sino tener que esperar a que se lo dieran, era exquisita. En la vida cotidiana, ella siempre era quien tenía el control. La cama era el único lugar donde disfrutaba de un cambio de roles. Porque esperar algo intensificaba el placer, y

cuando finalmente llegaba, era aún más abrumador.

Gradualmente, después de provocarla reteniendo sus empujes hasta justo el momento en que ella estaba preparada para suplicar, comenzó a empujar dentro de ella con un ritmo devastador, como si le resultara difícil controlarse con ella. El ritmo se aceleró, sus jadeos intensificándose con cada empuje. Olas de placer inundaron su cuerpo, y ella gritó mientras él continuaba empujando, empujes cortos y urgentes dentro de ella. Ambos gritaron al mismo tiempo, y él se retiró y se apartó rodando. Se tumbaron de espaldas, jadeando por el esfuerzo y los explosivos orgasmos.

—Eso fue increíble —dijo él, volviéndose de lado. Su vestido estaba enrollado hasta su cintura y bajado para revelar sus pechos. Él trazó una uña alrededor de su pecho, jugando con su pezón—. Menos mal que viniste preparada —dijo, indicando el condón usado.

Ella se rio.

—Por supuesto. Sé lo que me gusta y me aseguro de cuidarme.

—No me cabe duda —dijo él. A ella le gustó que sonara impresionado—. Me da la impresión de que solo haces lo que quieres hacer.

—Naturalmente. ¿Hay otra manera? ¿Por qué alguien haría algo que no quiere hacer?

—Porque, cariño, no conocen su mente como tú conoces la tuya.

Realmente deseó que no la hubiera llamado cariño. Se sentó. *Realmente* lo deseó. Él no lo notó al principio. En cambio, tiró de su vestido y pasó su mano por su espalda desnuda.

—Como que querías mantener puesto tu vestido.

Ella se levantó, se subió el vestido y se volvió hacia él.

—Como dije, no me quedaré mucho tiempo —se encogió de hombros—. Apenas parecía que valiera la pena.

—Tengo que admitir que el efecto es bastante erótico —miró hacia abajo—. Todavía tienes tus zapatos puestos, sin bragas, un sujetador desabrochado —extendió la mano hacia sus pechos, ahora cubiertos por el vestido pero no sostenidos por su sujetador. Le gustara o no, sus pezones respondieron a su tacto—. Y gracias a Dios por eso, porque tienes los pechos más magníficos que he visto jamás.

Estaba tentada a quedarse quieta y permitirle explorar sus pechos, pero su apetito estaba saciado —por el momento— y tenía trabajo que hacer. Y no había querido que la llamara cariño. No era ni nunca sería su cariño. Los corazones no entraban en esto. Esto era simplemente una transacción, y cuanto antes lo entendiera, mejor.

Acarició su miembro a cambio. Lo que él podía hacer, ella podía hacerlo también.

—Tú tampoco estás mal —dijo, sonriendo mientras él gemía de placer y volvía a caer de espaldas. Luego lo soltó y se alejó, debilitándose momentáneamente ante la vista de él listo para ella otra vez. Podría quedarse allí toda la tarde. En cambio, se alejó y miró a su alrededor. Señaló una puerta—. ¿Baño?

—Claro que sí —dijo él. Trató de alcanzarla, pero ella se movió demasiado rápido. Sabía muy bien que un toque suyo y no iría a ninguna parte. En cambio, ajustó su vestido para ocultar más completamente sus pechos y trasero y recogió sus bragas de la lámpara donde habían aterrizado cuando él las arrojó a un lado. Una vez en el baño, se arregló lo mejor que pudo e hizo una mueca frente al espejo mientras se arreglaba el pelo. Difícil sin un cepillo, pero hizo lo mejor que pudo. Afortunadamente, el vestido era de buena calidad, y era casi como si la tela estuviera diseñada para complacerla con sexo indecente.

Respiró profundamente y regresó a la sala de estar.

Él se estaba poniendo su camisa pero no se molestó en abotonársela, o en ocultar el hecho de

que su erección no había disminuido. Extendió la mano hacia ella y pasó su mano sobre sus pechos antes de deslizarse debajo de su vestido y enganchar su dedo en sus bragas.

—No me dejarías así, ¿verdad? —miró su miembro, que estaba tenso por la necesidad, e hizo un puchero.

—Por mucho que odie ver que una erección se desperdicie, y ver a un hombre adulto hacer pucheros, sí, lo haré.

Él se encogió de hombros y se puso los pantalones, haciendo una mueca al hacerlo. Se abotonó la camisa.

—Una pena.

Ella le dio un ligero golpecito en el pecho.

—Tengo trabajo que hacer.

—Por supuesto que sí.

Ella continuó caminando hacia la puerta. Hubo una pausa y luego él la siguió, abriéndole la puerta.

—¿Qué haces más tarde?

—¿Después del trabajo?

—Sí. ¿Te gustaría cenar conmigo?

Ella sonrió.

—Sexo y luego cena.

—Podríamos tener sexo después también. Si quieres.

—Tengo planes para esta noche. Pero si te veo por ahí, tal vez podríamos reunirnos. Si todo está bien.

—Claro —dijo él, desviando la mirada. Ella sonrió para sus adentros. Podía notar que había herido su orgullo.

Dudó en el umbral. Tal vez le debía una explicación. Puso su mano en la puerta y se volvió hacia él.

—Fue un gran sexo. Lo disfruté mucho. Pero no soy el tipo de persona que confunde el sexo con las relaciones. No me ato. No hago emociones.

Él soltó un silbido lento.

—¡Lily! ¿Dónde has estado toda mi vida?

Ella sonrió.

—Trabajando.

Antes de que pudiera detenerlo, él tomó su teléfono, se lo tendió para que lo desbloqueara, lo que ella hizo, y luego ingresó su número de teléfono en su lista de contactos.

—Llámame cuando quieras repetir.

—Claro —dijo ella, entrando en el vestíbulo y presionando el botón—. Nos vemos por ahí.

—Me aseguraré de ello —dijo él, antes de que ella entrara al ascensor.

Alexander observó cómo las puertas del ascensor se cerraban con Lily dentro y sacudió la cabeza. ¿Qué diablos acababa de pasar? Se pasó los dedos por el pelo y entró en el apartamento. Agarró su copa de champán, se la bebió de un trago y rellenó la copa. Ese tenía que ser el mejor sexo que había tenido jamás. Y con una mujer que lo había dejado plantado. Tal vez fue su independencia lo que le llamó la atención. O tal vez fue su cuerpo, tan exuberante e invitador. La forma en que acariciaba su miembro dentro de ella casi lo hacía llegar al orgasmo solo de pensarlo. Estaba hecha para amar. O no amar, se corrigió apresuradamente. Él no hacía

emociones y, al parecer, Lily tampoco. ¡Dios, era perfecta para él! Entonces, ¿por qué se marchó?

Miró hacia el horizonte de Londres, pero no vio las torres, los edificios antiguos y las nubes blancas que pasaban rápidamente con el veloz viento. Solo vio a Lily y la expresión en su rostro cuando la llamó accidentalmente cariño. Había sido como si una nube oscura se hubiera cernido sobre su rostro. ¿Tal vez había sido herida? ¿O tal vez quería concentrarse en los negocios? Lo cual estaba bien para él. Fuera lo que fuese lo que había pasado por su mente, de repente se dio cuenta de que podría haber conocido a su igual.

Bueno, pensó ella, había hecho lo que los directores le habían dicho que hiciera y había entretenido al nuevo jefe. Pero no exactamente de la manera que habían imaginado. Sonrió para sí misma. No había tenido sexo en mucho tiempo y se sentía genial. Tendría sexo con él de nuevo. Sabía que él la deseaba, y ella lo deseaba a él. Lo que no sabía era qué efecto tendría esto en su trabajo. Todo positivo, esperaba. Había imaginado que él sería como los otros, pero no lo era. Era más brillante, eso podía verlo de inmediato. Pero también estaba interesado, lo que no le gustaba. No quería que nadie interfiriera con sus planes. Pero lo manejaría.

Agarrando su abrigo al entrar a su oficina, se quitó los zapatos y se cambió a sus zapatillas deportivas. No le apetecía encontrarse con nadie, así que salió del edificio por la salida trasera. Sospechaba que cualquiera podría notar que acababa de tener sexo solo con mirar su cara sonrojada y su cabello despeinado. Trabajaría desde casa el resto del día. De todos modos tenía reuniones en línea. Y necesitaba llegar a casa y ducharse. Todavía estaba sensible donde él la había tocado y eso la excitaba de nuevo. Casi le envió un mensaje de texto, pero se detuvo a tiempo. El trabajo era lo primero. Siempre lo era. Tenía que serlo. Había demasiado en juego.

En lugar de unirse a los otros trabajadores que regresaban a sus elegantes apartamentos en el oeste o en la ciudad, Lily caminó hasta la estación de metro, saltó a un tren abarrotado y luego se dirigió al East End. Sintió una sensación de alivio cuando saltó a un mundo diferente: su mundo. Los olores de comida exótica flotaban sobre las calles desde los restaurantes de comida para llevar. El reggae jamaicano salía de una tienda, compitiendo con el hip-hop indio, el grime y los ritmos africanos que resonaban desde las ventanas abiertas. En una esquina, los jóvenes se reunían, coqueteando con las chicas que pasaban y molestando a las personas mayores. Sin embargo, no se metían con ella. La conocían y la saludaban al pasar. Ayudaba que Robbie hubiera sido un trabajador juvenil y que confiaran en él. Extendían la misma confianza y protección hacia ella.

Se detuvo a charlar con una madre que empujaba un cochecito en el que un bebé gritaba, sus mejillas enrojecidas por la dentición. Lily había conocido a la mujer desde que era una niña en la escuela y solía cuidarla. Era una buena chica con hijos propios ahora. No como ella, pensó tristemente. Recogió el mordedor y se lo devolvió al bebé, lo besó y continuó su camino.

No había avanzado mucho antes de que un par de mujeres inclinadas sobre el balcón de ladrillo del pasillo que corría junto a los pisos la llamaran. Habían sido amigas de su madre.

—¿Has estado en la ciudad otra vez?

—¡Sí, Barb! Ya sabes, ¡ganando lo suficiente para mantenerme en este hermoso lugar!

—Bien por ti, chica. Tu madre estaría orgullosa.

La sonrisa de Lily vaciló ante el pensamiento de su madre. Dudaba que hubiera estado orgullosa. No habría entendido a su hija en absoluto. Nunca lo había hecho y nunca lo habría hecho, incluso si no hubiera muerto demasiado joven. Rápidamente entró en uno de los pocos

edificios antiguos que de alguna manera habían escapado a la remodelación, por ahora al menos, saludó a su vecino de abajo y subió corriendo las escaleras hacia su apartamento.

—¡En casa, amor! —gritó al entrar, exactamente como lo hacía todos los días. Era realmente tonto, pero era algo que siempre había hecho y casi le hacía creer que él todavía estaba con ella.

Arrojó su portátil y sus bolsas sobre el sofá y fue a llenar la tetera. Mientras hervía el agua, revisó su despensa y seleccionó una lata de aros de espagueti y puso un par de rebanadas de pan en la tostadora. Echó una bolsita del mejor té de albañil que se podía comprar en una taza, agregó el agua hirviendo y se volvió hacia la ventana. Amaba esa vista porque era constante. Tantas cosas la habían abandonado, pero esto no.

Pero hoy era diferente. Sus pensamientos se desviaron hacia Alexander, y frunció el ceño. Había algo en él. Algo diferente de los hombres habituales con los que se cruzaba en su trabajo. Por supuesto, era un multimillonario, de la aristocracia terrateniente, y tenía una reputación que la habría sorprendido si hubiera sido el tipo de chica que se sorprende por muchas relaciones. Pero no lo era. De lo que se sorprendía era de estar pensando en él, algo que nunca hacía después de regresar a casa.

Con culpabilidad, miró las fotos de ella y su marido y sus familias. Cubrían todas las superficies concebibles y colgaban por todas las paredes. Se amontonaban entre sí, mostrando diferentes momentos de sus relaciones. Desde la época en que habían ido de acampada al Distrito de los Lagos, solo ellos dos, haciendo autostop bajo la lluvia para llegar allí. Ella tenía dieciséis años y había perdido su virginidad con él en el suelo rocoso de una tienda de campaña, mientras la lluvia se filtraba por el interior del delgado nylon. Nunca había sido tan feliz. Y su vida sexual había ido de fuerza en fuerza. Siempre habían sabido que estaban destinados el uno para el otro.

Luego estaban las de su boda, rodeados de todos los que amaban y los amigos de la familia en la comunidad aún unida del East End. Luego pasó a la más reciente, que resultó ser la última, y las lágrimas brotaron de sus ojos, como siempre lo hacían. Su hombre alto y guapo, su todo, confinado a una silla de ruedas, con solo sus ojos capaces de moverse. Tragó saliva, bajó la foto y besó a su hombre en los labios.

—Te amo —dijo—. Y *encontraré* una cura.

Había sido su promesa para él y había dedicado los años desde su diagnóstico a buscarla. Incluso si eso significaba desviar todo el dinero de investigación de la empresa hacia ello. Nadie lo sabía. Todavía no. Y, cuando lo supieran, con suerte, ya se habría encontrado la cura que daría a otras personas que sufren de Enfermedad de la Motoneurona lo más elusivo: esperanza.

Sus pensamientos volvieron a Alexander. Siempre y cuando él no lo descubriera. ¿Y si lo hacía? Podía manejarlo, pensó con una sonrisa. Se imaginó la cena que él tendría en algún restaurante exclusivo, mientras revolvía los espaguetis en la cazuela. Y no podía evitar pensar que no había manera de que él pudiera imaginar lo que ella estaba haciendo. Y esa era exactamente la forma en que a ella le gustaba.

CAPÍTULO TRES

LA MUJER semidesnuda se balanceaba alrededor de un tubo, con los ojos fijos en él mientras se contoneaba al ritmo de la música estridente, empujando sus caderas provocativamente y lamiéndose los labios. Pero no podía mantener la mirada errática de Alexander porque todo lo que él podía hacer era preguntarse dónde estaba la hermosa Lily, qué estaba haciendo y, más al punto, con quién lo estaba haciendo. Porque ella había dejado muy claro que, a pesar del mejor sexo que él jamás había tenido, no había ascendido a la posición más alta en su vida. No estaba acostumbrado a eso. Lo hacía irritable y, peor aún, lo interesaba hasta el punto de la obsesión.

Fue sacado de su ensimismamiento cuando la bailarina se contoneó más cerca de él. De repente se dio cuenta de lo que ella quería y sacó un billete de su cartera, empujándolo bajo la tira del sostén de ella. Ella le susurró una invitación al oído. Él negó con la cabeza. No tenía interés en un revolcón rápido en un cuarto trasero. El viejo Alexander habría estado tentado, pero hoy no tenía la más mínima inclinación de aceptar su invitación.

Sintió un codazo en las costillas. Frunció el ceño y se volvió hacia Sean, quien había estado bebiendo abundantemente desde que llegaron. Lo había traído aquí, imaginando, sin duda, que eso era lo que Alexander esperaba. Pero parecía que era Sean quien estaba aprovechando al máximo su noche lejos de su esposa.

—Creo que está interesada en ti —dijo Sean, observando cómo la bailarina hizo un puchero decepcionado antes de pasar a bailar en el regazo de otra persona.

—Le pagan para estarlo —observó Alexander.

Sean enganchó los codos sobre el respaldo del asiento, revelando dos axilas empapadas de sudor, notó Alexander con disgusto. Se preguntó dónde le habría dicho Sean a su esposa que iba esta noche. Obviamente no era un visitante frecuente del club porque incluso se había quitado su anillo de matrimonio, dejando una marca pálida y vulnerable en su dedo que proclamaba matrimonio más efectivamente que cualquier anillo. Sus ojos abiertos y su boca floja lo confirmaban. El hombre prácticamente estaba babeando.

Alexander supuso que lo habían llevado a un lugar así debido a su reputación, una reputación que no era inmerecida por su comportamiento pasado. Pero el hecho era que, en este momento, habría preferido estar en un lugar bastante diferente. En algún sitio más tranquilo, con mejor comida y mejor música. Tal vez se estaba haciendo viejo. Había estado en todas partes y había hecho de todo y ahora solo estaba concentrado en acumular el tipo de dinero y poder que rivalizaría con el de su padre. Parecía que algunas cosas no podía dejarlas atrás, como la necesidad de vengar el maltrato de su padre hacia él. No era racional, pero era más fuerte por ello.

La bailarina se alejó y Sean se volvió hacia Alexander, una mujer obviamente recordándole a

otra.

—Entonces, ¿qué opinas de nuestra Tigre Lily?

Al mencionar su nombre, Alexander se quedó quieto por una fracción de segundo antes de tomar suavemente otro trago de whisky, como si no hubiera estado pensando en ella. Porque, a pesar del apodo, o incluso a causa de él, sabía exactamente a quién se refería Sean.

—¿Perdón? —preguntó, fingiendo que no podía oír por encima del incesante estruendo de la música del club.

—Tigre Lily —dijo Sean, elevando la voz.

Alexander frunció el ceño. El ridículo apodo que Sean le daba a Lily le molestaba.

Sean se aclaró la garganta y se enderezó un poco, obviamente no lo suficientemente borracho como para no avergonzarse de haber sido tan poco profesional como para llamar a la Directora Ejecutiva de la empresa por un apodo. —Lily McGuire.

Alexander asintió lentamente. —Oh, sí, la CEO. —Continuó asintiendo, ganando tiempo para decidir qué decir. Se preguntó si Sean había oído algún chisme sobre él y Lily, no es que le importara. Ambos eran adultos que consentían. —Parece muy competente. —La visión de los pechos de ella en su boca y sus labios separándose mientras pronunciaba el gemido más orgásmico que jamás había escuchado entró en su mente y no se iba. Se movió en su asiento, tratando de ocultar su erección instantánea.

Competente no llegaba ni cerca de describir lo que pensaba sobre la Srta. Lily McGuire. Pero se alegró de que Sean la hubiera mencionado. Tal vez podría obtener alguna información de él, ya que le faltaban pistas sobre ella cuando había buscado en los archivos de la empresa.

—Competente... —Sean hizo un sonido distorsionado de silbido, que Alexander estaba seguro de que nunca habría hecho sobrio—. Lo es, seguro. También es extremadamente sexy y... —La atención de Sean fue captada por la bailarina que había regresado hacia él, obviamente no habiendo encontrado a nadie que fuera más generoso con su dinero. Sean se inclinó hacia adelante y besó su estómago. Alexander se sintió ligeramente nauseabundo y avergonzado, captó la mirada de la stripper con simpatía, antes de mirar hacia otro lado. Alexander metió más dinero bajo su tira e indicó que debería irse. Quería información de Sean, ¿y qué mejor momento que cuando estaba borracho?

—Lo siento, Sean —dijo—, ¿estabas diciendo?

—¿Sobre qué?

—Nuestra CEO. Estabas diciendo que es extremadamente...

—Ah, sí. —Sean intentó enderezarse pero volvió a deslizarse en su asiento e hipo—. Reservada es lo que es.

Alexander no había esperado eso. Levantó la mano para que un camarero le rellenara el whisky. Esperó hasta que le rellenaron la bebida. No quería parecer demasiado curioso. —No sobre negocios, espero.

Había esperado demasiado porque Sean había vuelto a hacer movimientos hacia la stripper. —¿Qué? —preguntó Sean con un vago fruncimiento de ceño.

—No sobre negocios, espero —gritó Alexander, ya sin importarle cómo parecía. Quería saber tanto como pudiera sobre la mujer con la que había tenido el sexo más increíble, y comenzaba a pensar que no le importaba quién lo supiera. Además, Sean no recordaría nada por la mañana, no después de haber consumido la cantidad de vino que había bebido.

Sean agitó su mano en un ademán borracho. —No, no sobre negocios. ¡Por Dios! Es aguda como una tachuela en los negocios. No, sobre su vida privada. Todos queremos saber qué sucede allí, pero ella mantiene la boca cerrada al respecto. Solo porque tuve que visitar a la familia de un

amigo en el East London es que sé dónde vive. Pero eso es todo.

Sean de repente se rio y saludó a alguien al otro lado de la sala, su atención desviada. Alexander apretó los dientes y contó hasta diez. Cuando Sean todavía no había continuado su historia, Alexander se vio obligado a incentivarlo.

—¿Y dónde es exactamente eso? —Alexander terminó el resto de su whisky.

—Newham —dijo Sean—. En una urbanización horrible, por lo que parece.

Alexander de repente olvidó parecer tranquilo, olvidó no parecer interesado en descubrir todo lo que pudiera sobre Lily.

—¿Newham? ¿Newham, que tiene la esperanza de vida más baja y una de las tasas más altas de pobreza en Londres? ¿*Ese* Newham? —No pudo contener su conmoción.

—Sí, *ese* Newham. ¿Quién hubiera pensado que la encantadora Lily McGuire viviría allí?

Alexander no, seguro. Newham estaba en el East End de Londres y ni siquiera era el East End elegante. Lily ciertamente tenía el acento correcto, pero la mayoría de la gente lo tenía ahora, incluso si tenían que fingirlo.

—Pero... con su salario...

—¡Lo sé! Con su salario, podría vivir en cualquier lugar. Pero, por alguna razón que solo ella conoce, vive *allí*.

—¿Le preguntaste sobre eso?

Sean soltó un bufido. —¡De ninguna manera! Quería conservar mis pelotas, gracias.

Una explicación razonable, pensó Alexander.

Se levantó, con su apetito por la noche completamente desaparecido ahora. —Nos vemos, Sean.

—¿Te vas tan pronto?

Alexander miró al hombre borracho y por un minuto pensó que realmente debería ayudarlo a conseguir un taxi e ir a casa con su esposa. Pero entonces, pensó, no podía molestarse, y Sean tendría lo que se mereciera.

—Sí. Buenas noches —dijo, y caminó hacia la puerta, dando una propina al portero para asegurarse de que Sean tomara un taxi en algún momento de la noche.

La noche era del tipo hermosamente cálida y apacible, tranquila, que a veces se daba en Londres en verano. El tipo que nadie fuera de Inglaterra creía que Inglaterra podía ofrecer. Las apariencias podían ser tan engañosas a veces. Justo como Lily.

No servía de nada. Había demasiadas señales de alarma sobre ella. Por un lado, tenía secretos, y a él no le gustaban los secretos, no los que le ocultaban, de todos modos. Y por otro, ella tenía demasiado poder en su empresa para su gusto. Los dos combinados significaban problemas. Y, hasta que descubriera sus secretos, iba a tener que hacer algo poco característico: iba a tener que resistirse a sus muchos encantos. Si podía.

Gracias a Dios por las aberturas de su ajustada falda de cuero, pensó Lily. O de lo contrario nunca habría podido caminar como solía hacerlo. Las altas botas de cuero completaban bastante bien el atuendo, pensó. La ropa era su único capricho. Aparte de cualquier otra cosa, ayudaban a proporcionar una cortina de humo para su verdadero yo. No le importaba qué suposiciones hiciera la gente sobre ella, siempre y cuando no estuvieran cerca de la verdad. No quería que nadie supiera sobre su pasado, sobre lo que la motivaba, sobre nada relacionado con ella que pudiera impedirle alcanzar su meta. Además, tenía una reunión de negocios individual con Alexander, y estaba segura de que él apreciaría el atuendo de cuero. ¿Y quién sabía a dónde

podría llevar eso?

Abrió la puerta de la sala de juntas sin llamar. Estaba acostumbrada a ser la que tenía el control, por lo que se sorprendió al ver a Alexander ya sentado. Aún más sorprendida cuando él no levantó la vista inmediatamente de su portátil. ¿Qué estaba pasando? Tal vez estaba molesto porque ella no le había enviado un mensaje de texto diciéndole lo maravilloso amante que era.

—Buenos días, Alexander —dijo—. O —puso sus manos en sus caderas enfundadas en cuero— ¿debería llamarle señor?

Sus labios se curvaron, y él levantó la mirada, y ella sintió algo retorcerse en sus entrañas, un destello dentro de ella, al recordar esos ojos fijos en los suyos mientras él hacía cosas a su cuerpo que nunca olvidaría.

—Alexander está bien. —Sus ojos recorrieron su cuerpo, observando su traje—. Llevas un traje esta mañana.

Ella se pasó las manos por la chaqueta de cuero. —Sí, pensé en hacer lo corporativo. Tratar de encajar por una vez.

Él soltó una risa divertida y se recostó, arrojando su bolígrafo sobre la mesa. —¡Dudo que alguna vez encajaras! —Se levantó y se acercó a ella, mirando por encima de su hombro. Obviamente tranquilizado por las persianas bajadas y que no había nadie para verlos, deslizó sus manos por sus caderas y la atrajo hacia él. Ella dio un paso hacia él y se quedó allí, acurrucada contra su cuerpo, sus rostros a solo un susurro de distancia. Obviamente había captado el mensaje de que ella no besaba, porque no lo intentó. —Es bueno verte de nuevo. —Sus ojos le dijeron que era más que bueno.

—Y a ti —dijo ella, disfrutando de la presión de su erección contra su estómago. Colocó las palmas de sus manos en su pecho, insegura de si iba a deslizarlas bajo su camisa o empujarlo. Él inclinó la cabeza hacia un lado como si estuviera haciéndole la misma pregunta. Si se quedaba allí mucho más tiempo, estarían teniendo sexo sobre la mesa. Pensándolo bien... Se sacudió mentalmente. Lo empujó suavemente, y caminó rápidamente hacia la mesa, mirando la pantalla del portátil. No le gustó lo que vio.

—Quizás más tarde —dijo Alexander, haciendo una mueca mientras ajustaba su ropa.

Ella le sonrió dulcemente. —No quisiera interrumpir tu trabajo. Por cierto, ¿qué estás mirando?

Él se sentó frente a ella e inclinó hacia adelante, con las manos sobre la mesa frente a él, y la miró desde debajo de una ceja bajada. —Mi beneficio.

—Hmm —dijo ella, vagamente, golpeando con sus largas uñas la mesa—. Un tema cercano a mi corazón, también.

—Pero no es *tu* beneficio —dijo él, enfáticamente.

Su corazón se saltó un latido. —Por supuesto que no. Pero cualquier CEO que valga la pena lo trataría como tal. Te puedo asegurar que tengo los intereses de la empresa en el corazón.

—¿De verdad?

¿Cuánto había descubierto para estar cuestionándola así? Se preguntó si uno de sus asistentes había hecho lo que le había dicho que no hiciera y le había dado a Alexander acceso a todos sus registros.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado y cruzó una pierna larga y con bota sobre la otra. La abertura en su falda se ensanchó. Él miró hacia abajo y luego de vuelta a ella. —Estás tratando de distraerme.

—¿Y por qué haría eso?

—Dímelo tú. ¿Qué estás tratando de ocultar?

Ella suspiró como si estuviera exasperada, tratando de ocultar el hecho de que, en efecto, tenía algo que ocultar.

—Alexander —dijo, volviendo a cruzar las piernas—. Parece que hemos empezado con mal pie. Supongo que has convocado la reunión para hablar sobre cómo te gustaría que la empresa trabajara con el resto de tu cartera. Puedo asesorarte sobre eso. He revisado tus participaciones y tengo algunas ideas sobre cómo pueden trabajar juntas de manera rentable. Significará que tendremos que hacer algunos cambios...

Él levantó la mano. —Ya he comenzado ese trabajo. —Ella levantó las cejas. No se había dado cuenta de eso. Él estaba un paso por delante de ella—. No, lo que deseo discutir contigo son las cuentas de la empresa.

Ella se relajó y agitó una mano hacia donde se ubicaba el departamento de finanzas. —Son de dominio público.

—Lo que quiero saber, no lo es.

—Entonces conseguiré que nuestro Director Financiero las revise contigo.

—Ya lo ha hecho. Lo llamé anoche.

—¿Anoche? —El destello de inquietud aumentó. Trató de sonreír, pero pensó que probablemente había fallado—. Me sorprende que te comunicaras con él anoche. ¿No podría haber esperado hasta la mañana?

—No. Quería estudiarlas anoche.

—¿Alguna razón en particular?

—Información.

—¿Y obtuviste lo que estabas buscando?

—No. Mientras que tu CFO es muy competente y sabe exactamente de qué se componen las cifras —continuó Alexander—, lo que no pude averiguar fue el *por qué*. La razón detrás de las decisiones de asignar una proporción tan alta del presupuesto a la investigación.

Ella se inclinó hacia adelante, apoyando sus antebrazos en la mesa, negándose a retroceder ante un interrogatorio que no había previsto. Podría haberse dado una patada a sí misma. Siempre estaba excesivamente preparada para todo. El sexo con Alexander había embotado sus instintos.

—El *por qué* está explicado en nuestros documentos corporativos. Diferentes áreas de enfoque, diferentes estrategias, diferentes presupuestos. Todo está allí. ¿Qué más podrías querer saber? —Negó con la cabeza, fingiendo inocencia. Cuando sus ojos se estrecharon, se dio cuenta de que había cometido un error.

—No hagas eso —gruñó él, con las cejas fruncidas, su expresión acerada.

Ella abrió la boca para cuestionarlo, pero la cerró de nuevo y asintió en su lugar. Tendría que ajustar sus técnicas habituales. Porque no había nada habitual en Alexander Richmond.

—No estoy segura de estar haciendo algo, Alexander.

—Me estás *subestimando*, Lily, y no es de interés para ninguno de nosotros que lo hagas. Eres astuta. Mucho más astuta que el resto de la dirección y el consejo juntos. Lo que significa que también eres una amenaza.

—¿Una amenaza? Esa es una conclusión inusual de llegar del hecho de que soy más astuta que el resto de la dirección y el consejo. ¿Quién habría pensado que ser astuta podría ser algo malo? —Sonrió, tratando de aligerar el ambiente—. Normalmente la inteligencia y el talento para los negocios se consideran rasgos excelentes para un CEO.

—Tal vez —dijo él, sin responder a su sonrisa—. Pero cuando alguien es tan superior a sus pares, crea un desequilibrio en el poder, y eso puede ser un problema. No me gustan las cosas

que no se equilibran. Son... —Hizo una pausa.

—¿Inestables? —sugirió ella.

—Exactamente. No te equivoques sobre mi posición. Yo *estoy* en control y quiero saber *todo*.

Un escalofrío nauseabundo se instaló en la boca de su estómago. Ella le lanzó una sonrisa. Siempre vuelve a la lucha. —Por supuesto. —Puso sus manos juntas suavemente sobre el escritorio frente a ella—. Adelante. Dime qué quieres saber.

Él le dio una mirada que, supuso, normalmente hacía temblar a la gente. Ella no temblaba. Simplemente le devolvió la mirada con firmeza. Después de unos segundos, sus labios se curvaron como si se diera cuenta de que él también la había estado subestimando, e inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Por qué estás dirigiendo tanto dinero al presupuesto de investigación? —Hizo una pausa, esperando que sus palabras calaran, pero no apartó los ojos de ella como si estuviera midiendo cada una de sus reacciones. Ella controló sus rasgos en una máscara congelada, que temía fuera más reveladora que su expresión móvil habitual—. A expensas de los beneficios —añadió.

Ella no apartó la mirada. —Estoy jugando a largo plazo.

—Pero *el juego a largo plazo de quién*, esa es la cuestión.

Maldición. Ella podría ser inteligente. Pero él también lo era. Podría haber encontrado su igual con él. Tal como lo había hecho en la habitación. Consideró sus palabras cuidadosamente. Él sabría si estaba mintiendo. Estaba segura de ello. Esos ojos glaciales azules, no calentados por la lujuria ahora, como rayos agudos de luz helada, penetraban sus ojos y más profundo, como si pudiera ver en el mismo corazón de ella. Pero ese corazón no estaba disponible para que nadie lo viera. Ya no.

—El de todos nosotros —dijo ella.

Él dio un pequeño gruñido y se recostó como si estuviera vagamente satisfecho. Mientras él se recostaba, ella se inclinó hacia adelante, incapaz de contenerse. No era simplemente el impulso y la parada de la pelea, ni siquiera el sentido de competir con alguien de tu mismo nivel, sino la atracción sexual que pulsaba entre ellos. Parecía que no podía ignorarlo. Era todo lo que podía hacer para no saltar sobre la mesa y sentarse a horcajadas en su regazo. Pero no podía. Tenía que concentrarse. Había demasiado en juego.

—¿Y cómo me beneficiará a mí? —preguntó él—. Es inusual que tanto dinero se desvíe a la investigación, y nadie me ha dado una respuesta satisfactoria.

—Richmond Pharmaceuticals está obteniendo la mayoría de sus beneficios de la investigación que se realizó hace años, y todavía está a la vanguardia del mercado. Pero no estará en esa posición para siempre y ha habido un período significativo sin el tipo de investigación que necesitamos para mantener satisfechos a los accionistas de la empresa en las décadas venideras. Como digo, estoy mirando a largo plazo. Tenemos que equilibrar los objetivos a corto plazo con los de largo plazo.

—Es lógico y razonable. Pero si estás a favor del equilibrio, ¿por qué —giró el portátil para mostrarle una hoja de cálculo con la que ella estaba muy familiarizada— la mayor parte de la financiación va a un instituto de investigación en particular? Esa no es mi idea de equilibrio.

No necesitaba comprobar los datos para saber de qué estaba hablando.

—La Universidad de Cambridge está realizando investigaciones innovadoras en varios proyectos diferentes. No veo razón para compartir la financiación con instituciones de menor nivel.

Para su alivio, sus labios se curvaron en una breve sonrisa. —Hay algo que decir sobre tratar

solo con los mejores.

—Me alegra que estés de acuerdo.

—No dije que estuviera de acuerdo. Un enfoque único puede ser peligroso.

Ella se encogió de hombros. —Estos no lo son. Los contratos son exhaustivos.

—No lo sabría. Nadie pudo proporcionármelos. Quiero ver los hitos. Quiero ver los detalles de cada uno de ellos.

—Los tengo. Te los enviaré por correo electrónico. El acceso a ellos está restringido. Obviamente, son comercialmente sensibles.

—¿Y esa es la razón por la que solo *tú* pareces poder acceder a ellos?

Ella se encogió de hombros, de manera deliberadamente ligera. —Nadie más lo ha pedido.

Él se recostó en su silla, con el rostro sombrío. No le gustaba el poder que ella había adquirido. Eso era obvio. Y ella difícilmente podía culparlo.

—Yo *no* soy nadie. Soy el dueño de esta empresa y espero acceso a cualquier cosa en cualquier momento.

El ambiente en la sala se enfrió aún más.

—Mira. —Ella se inclinó hacia él, dándole la mirada exclusiva y confidencial que reservaba para los momentos en que no estaba saliendo con la suya—. Por supuesto que puedes tener acceso. Lo arreglaré.

Él golpeó suavemente sus dedos juntos. Su silencio la inquietaba. No podía leerlo, lo que la asustaba.

Ella abrió las manos ampliamente. —¿Qué más puedo hacer para asegurarte de que la empresa va por buen camino?

—Estoy seguro de que *está* en buen camino. Pero ¿el camino de quién y adónde nos lleva?

La había atrapado. Siguió un silencio tenso, y Lily sabía que con cada pulso de su acelerado latido del corazón, el silencio la estaba delatando. Él era la única persona, desde su padre, en descubrir que había algo más en ella que un MBA de primera clase y una reputación por hacer cosas difíciles. Tenía una opción. Ser sincera y mostrarle exactamente lo que estaba pasando, o hacer un mejor trabajo ocultándolo. Pero con solo mirarlo supo que ocultar no era una opción. Necesitaba ganar tiempo.

—Creo que estás viendo fantasmas, Alexander. —Se arriesgó a usar su nombre, recordándole su intimidad porque no tenía mucho con lo que trabajar ya—. Estás viendo cosas que no existen. Mira, reuniré la documentación y podemos discutirla. ¿Estás interesado?

Hubo una fracción de segundo durante la cual él estuvo indeciso. Luego su expresión cambió, tan imperceptiblemente que dudaba que alguien más lo hubiera notado. Pero ella conocía esos ojos ahora. A pesar de su regla sobre su santuario, habían invadido sus sueños la noche anterior. Él había tomado una decisión, y parecía que esa decisión no incluiría responder a su pregunta.

—Estoy interesado, Lily, en lo que harías si estuvieras en mi lugar.

Lo despediría. Pero no había forma de que fuera a decirle eso. En cambio, sonrió. —Te daría la oportunidad de convencerme de que el curso que has elegido es válido.

—¿Y por qué harías eso? ¿Por qué demonios *yo* haría eso, más al punto?

—Porque puede que no sepas mucho sobre mí, pero sabes que tengo una razón válida para lo que sea que haga. Dame la oportunidad de mostrártelo. Organizaré una reunión durante la cual pueda revisar los contratos y sus hitos y mostrarte exactamente cómo se ajusta a la visión de Richmond Pharmaceuticals.

Pero él no respondió. En su lugar, miró su reloj y la miró con una sonrisa escalofriante. —

Tengo otra reunión. Puedes irte ahora.

—¿Mañana entonces? —insistió—. ¿Resolveremos esto mañana?

—Oh, sí —dijo él—. Definitivamente se resolverá mañana.

Mientras ella se alejaba, soltó un suspiro contenido. Esa reunión fue la más difícil que jamás había experimentado. Pero, pensó, podría, solo podría, salirse con la suya.

Alexander la vio marcharse, sus ojos incapaces de resistir demorarse en su trasero. Maldita sea, era buena. En cuestión de minutos tras entrar en la habitación, había sido atraído hacia ella como una polilla a la llama. Si ella no hubiera tenido más control que él, sus intenciones de confrontarla habrían sido secuestradas y habría vuelto al punto de partida. Por suerte para él, y por mala suerte para ella, ella lo había mantenido enfocado y ahora él había tomado su decisión.

Su mente divagó hacia su exuberante cuerpo y el sexo que habían tenido. Lástima. Era fabulosa. Pero no importa cuán fabulosa, no permitiría que nadie tuviera el control de su empresa. Ella era una amenaza. Normalmente, podía reconocer una amenaza a mil pasos. Pero Lily McGuire había pasado por alto su cerebro. No dejaría que eso sucediera de nuevo.

Alcanzó su teléfono y tocó la pantalla. Se levantó y caminó hacia la ventana, mirando a través de Londres mientras esperaba a que la persona respondiera. El poder que sentía aquí era tangible. Era lo que siempre había querido. Entonces, ¿por qué había un revoltijo nauseabundo en sus entrañas, y un latido en su cabeza? Hizo todo lo posible por ignorar ambos. No le ayudarían.

Sean respondió a su llamada y Alexander fijó su mirada en la pantalla del portátil, mostrando su margen de beneficio. No se molestó en responder a las amabilidades de Sean. Solo tenía una cosa que quería ahora.

—Despide a Lily McGuire. *Inmediatamente*. La quiero fuera para el final del día laboral de mañana.

CAPÍTULO CUATRO

—¿Qué quieres decir con que no es tan fácil? —tronó Alexander ante el rostro sudoroso de Sean Diggins—. No me importa lo fácil o difícil que sea, la quiero fuera. Esa mujer es una amenaza. Trabaja según su propia agenda y se niega a escuchar indicaciones.

—Pero ha transformado la empresa desde que se unió —dijo Sean, tirando de su corbata—. Ha solucionado algunos problemas de gestión que teníamos desde hace años y la moral del personal es mejor que nunca. Por supuesto, todos le tienen miedo. —Sean hizo una mueca—. Incluidos algunos directores, pero es extremadamente respetada por sus habilidades de gestión. Estamos muy por encima del presupuesto y...

—¡No me importa! —tronó Alexander, molesto porque Sean, por alguna razón, estaba demorando—. Esa mujer actúa como si fuera la dueña de la empresa y se niega a escucharme a mí, quien *realmente* es el dueño. Es una situación ridícula que no puede continuar.

Sean se estremeció. —Como digo, no es tan fácil.

—Eso sigues diciendo. Lo que *no* estás diciendo es *por qué* no es fácil.

—Después de tu llamada, consulté con Recursos Humanos. —Sus labios se torcieron en una mueca defensiva como si estuviera a punto de recibir un golpe—. Dicen que es imposible. El contrato que firmó es blindado. No hay forma de tocarla.

—¿Y por qué es eso? —Alexander luchó por controlar su temperamento. Parecía que tenía que hacer preguntas simples si quería obtener algún tipo de respuesta.

—Bueno, estábamos desesperados por tenerla trabajando para la empresa. Recibió las mejores referencias de una variedad de personas respetadas, incluyendo sus profesores universitarios y grupos de expertos de la industria. Todos la recomendaron.

Había algo que Sean no le estaba contando. Podía sentirlo.

—¿Y recompensas a todos tus mejores empleados con contratos que impiden que sean despedidos?

Sean se negó a mirarlo a los ojos. —No.

—Entonces quizás puedas decirme exactamente por qué su contrato está blindado —preguntó Alexander de manera apenas controlada. Tenía que hacer que este idiota accediera a hacer lo que él quería. Y a menos que lo golpeara, parecía que la razón era el único camino.

—Porque ella lo exigió —murmuró Sean.

Alexander negó con la cabeza. Estaba claro que fuera lo que fuese lo que Lily estaba tramando, había estado decidida a aprovecharse de su empresa desde el momento en que fue contratada. Podría ser extremadamente capaz y brillante, pero trabajaba con una agenda diferente a la suya. Y él se negaba a permitirlo.

—¿Así que se lo diste —rugió Alexander—, simplemente porque ella lo exigió?

Sean miró a su alrededor, como si esperara que alguien o algo apareciera y lo rescatara del interrogatorio. —No fui yo. Por supuesto, estábamos desesperados por tenerla. Es la mejor. Pero no fui yo quien negoció su contrato.

La frustración agravó la rabia de Alexander. Tratar con Sean era como tratar con un niño pequeño, rápido para señalar con el dedo a alguien más tan pronto como las cosas se ponían demasiado calientes para él. Alexander despreciaba ese comportamiento, y confirmó su decisión sobre el futuro de Sean. Su enfado debió haberse notado porque Sean parecía positivamente asustado, y parpadeó como si Alexander estuviera a punto de golpearlo. Ojalá, pensó Alexander, pero ese no era su estilo. En cambio, respiró hondo y se inclinó hacia Sean, quien lo miró con dos ojos abiertos e inyectados en sangre. Olía a alcohol rancio.

—Entonces ahora quiero que *dos* personas se vayan. Lily McGuire y quien negoció el contrato. —Se cernió sobre el otro hombre—. *Inmediatamente*.

—Tampoco podemos hacer eso.

Alexander apretó los dientes para evitar pronunciar las palabrotas que fueron su primera respuesta.

—¿Y por qué no? —preguntó con voz tensa.

—Porque... —El sudor perlaba y corría por la cara roja de Sean—. Porque fue tu padre. Sir Charles Richmond. *Él* negoció el contrato de Lily. Nadie más tuvo nada que ver.

Alexander sabía que su reacción era evidente. No podría haber disimulado su conmoción y furia aunque hubiera querido. Pero el odio amargo rápidamente apagó las llamas de la ira. Control. Era lo único que había aprendido de su padre y lo único que lo había mantenido en el camino correcto todos estos años.

Por supuesto que había sido Charles. Lo había preparado, exactamente como había preparado a su hermano, Sebastian, con una esposa. Pero Charles había reservado un castigo especialmente tortuoso para Alexander, diseñado para golpearlo donde más le dolía. En su cuenta bancaria. Nada de esposa para él. En cambio, su padre lo había puesto con una CEO imposible que tenía control total de su empresa. La única razón que se le ocurría era que su padre había decidido burlarse de él con su poder desde más allá de la tumba. Que le estaba informando, muy claramente, que nunca sería el hombre que Charles había sido.

Caminó de un extremo de la habitación al otro, tratando de controlar su temperamento. Perderlo no le ganaría nada, y necesitaba resolver la situación. Se detuvo frente a Sean una vez más.

—Bien, ¿qué otra opción tengo... *Tenemos* —corrigió Alexander— con respecto al contrato de Lily? Incluso el blindaje de hierro puede romperse con el explosivo adecuado. La cuestión es, ¿qué tipo?

Sean se encogió de hombros. —Si pudieras hacer que se fuera de alguna otra manera. No sé. Tal vez si ella *eligiera* irse por alguna razón.

Las orejas de Alexander se aguzaron. —¿Y cómo haríamos eso? ¿Alguna idea?

Sean se encogió de hombros. —No sé. Quiero decir, ¿por qué la gente normalmente deja sus trabajos? ¿Falta de dinero?

—Ese no es un problema. Es la ejecutiva mejor pagada de la empresa.

—¿Falta de satisfacción laboral?

Alexander hizo un ruido de burla. —¿La has visto en acción? Ama su trabajo. No, no podemos usar eso.

Sean se encogió de hombros nuevamente. —A veces la gente se va porque no se siente valorada.

De nuevo Alexander negó con la cabeza. —Eso no es algo que le preocupe.

—¿Sobrecarga de trabajo?

—Ella prospera con eso.

Sean frunció el ceño, sumido en sus pensamientos. —Recuerdo que un tipo se fue después de una fiesta de oficina donde lo pillaron, literalmente con los pantalones bajados. No pudo soportar la humillación. Nunca lo volvimos a ver.

Alexander dejó de caminar y miró a Sean, quien de repente parecía esperanzado ante el interés de Alexander.

—Y luego estuvo aquella vez cuando un amigo mío... Bueno —corrigió Sean, obviamente reflexionando sobre su conexión con un hombre que había infringido la ley—, no tanto un amigo como un conocido. —Sean se aclaró la garganta—. En fin, estaba metido en, ya sabes, cosas turbias y contactó con esta empresa que proporciona cámaras de vigilancia, grabaciones, lo que sea, sin hacer preguntas. Le montaron todo el asunto. Y este hombre consiguió sus cintas sexuales. Las he visto, son...

Alexander levantó la mano. —No quiero conocer ninguno de los sórdidos detalles.

Sean se encogió de hombros. —No estoy sugiriendo que hagas algo así, por supuesto.

Alexander levantó una ceja. —Por supuesto.

—Pero, ya sabes, si pudiéramos pillar a Lily haciendo algo que la humillara.

—¿Como qué?

Sean volvió a encogerse de hombros. —Vive en una zona difícil. ¿Quizás se dedica a cosas turbias? Ciertamente sabe cómo defenderse. Y es tan reservada. Tal vez está escondiendo algo. ¿Algo que podrías usar? Si consigues que alguien la siga, seguro que descubrirían algo. Mira —dijo Sean, hurgando en su cartera—, todavía tengo la tarjeta de la gente de vigilancia.

—¿Por qué todavía tendrías su tarjeta?

Sean se sonrojó, su complexión enrojecida por la resaca volviéndose púrpura. Alexander pensó que no solo Lily tenía secretos. La diferencia era que él no tenía interés en descubrir los secretos de Sean. Porque Alexander no tenía intención de renovar el contrato de Sean a finales de año.

—Sin razón —respondió Sean—. De todos modos, ya no la necesito. ¿Por qué no te la quedas? Nunca se sabe, podría ser exactamente lo que necesitas. —Sean la empujó a través de la mesa.

—*Observación discreta para cualquier propósito* —leyó Alexander en voz alta y gruñó con diversión irónica. No caería tan bajo. Pero entonces recordó cómo Lily tenía todo el poder, algo a lo que no tenía derecho. Algo que su padre le había dado. Los dos combinados alimentaron la ira, que rugió y destruyó cualquier sentido de lo correcto e incorrecto. Todo lo que sabía era que tenía que sacarla de su empresa, despojarla de su poder. Era suyo. De nadie más.

Y Sean tenía razón. La humillación funcionaría con ella. Quizás. ¿Podría explotar su relación sexual para sus propios fines? Amenazar con hacerlo público. ¿Sería suficiente para humillarla y hacer que se fuera? Podría ser deshonesto pero efectivo. Sí, probaría eso primero. Prepararla de alguna manera. Nada ilegal, por supuesto, pero lo suficiente para amenazar el futuro de una carrera profesional. Podría ser deshonesto, pero entonces también lo era ella con la forma en que había establecido su contrato. Por no mencionar a su padre.

Seducir y traicionar. No sonaba bien, pero tampoco lo hacía el hecho de que su CEO tuviera control sobre su empresa.

Recogió la tarjeta de negocios y salió por la puerta sin una palabra más para Sean. Había obtenido todo lo que podía de él y ya no tenía ningún interés en el hombre. Solo había un objeto

de interés para él. Deslizó la tarjeta en su bolsillo. Tenía dos llamadas que hacer. La segunda sería a Lily.

Tan pronto como pudo, Lily terminó su reunión y revisó su teléfono. Dos llamadas perdidas y un mensaje de Alexander. Algo había sucedido, y no estaba segura de qué. Revisó su mensaje y su ceño se profundizó. ¿Cena? ¿Por qué? No era una progresión natural desde su reunión, eso seguro.

No respondió, pero apagó su teléfono y lo deslizó sobre la mesa. Tomó un bocado del sándwich que su asistente había entregado mientras leía un par de informes en su portátil. Pero no podía concentrarse, y apartó el portátil y terminó su sándwich. ¿Por qué Alexander la invitaba a cenar? ¿Qué esperaba ganar con eso?

El tono de su mensaje era cálido, incluso seductor. Y sin embargo, no se habían separado en términos agradables. Entonces, o bien creía que podía acostarse con ella al mismo tiempo que destruía su trabajo, o no destruiría su trabajo y quería continuar con lo que habían comenzado. De lo primero no quería saber nada, pero en cuanto a lo segundo... Definitivamente estaba interesada en lo segundo. Pero, ¿qué probabilidades había de que pasara de una ira gélida a una amistad casual? Cero probabilidades. Su teléfono sonó de nuevo con un segundo mensaje de él. Lo miró y lo ignoró. Podía esperar. Tenía una reunión.

La reunión acababa de comenzar cuando fue consciente de una corriente subterránea, un murmullo, un giro de cabezas mientras alguien se acercaba a la sala de reuniones, visible a través de las paredes de cristal de la habitación. El alguien era alto, ancho y vestía un traje inmaculadamente cortado. El alguien se detuvo junto a su puerta y, sin llamar, entró.

—Alexander —dijo ella, nada divertida por la interrupción.

—Espero no interrumpir nada —dijo él con su encantadora sonrisa, recorriendo la sala con la mirada. Todos sonrieron de vuelta y dijeron «no, no» excepto Lily. Ella levantó una ceja y señaló a su personal. Él malinterpretó deliberadamente su gesto y entró en la habitación.

—Quiero hablar un momento.

Lily apretó los dientes. —Claro. —Se volvió hacia su equipo—. Continúen con las discusiones. Solo será un minuto. —Enfatizó la última palabra para Alexander, quien sonrió agradablemente. ¿Qué demonios estaba pasando?

Lo llevó a una habitación vacía y cerró la puerta.

Tuvo que contenerse para no reprenderlo. Era el dueño de la empresa, después de todo.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó.

—Puedes responder a mis mensajes —dijo él, apoyándose en el borde de un escritorio. Señaló su teléfono—. Te he estado enviando mensajes, pero no has respondido. Y nunca estás sin él, así que sé que me has estado ignorando.

Ella sonrió dulcemente. —¿Has considerado que tal vez estaba ocupada, tal vez incluso trabajando?

Él sonrió dulcemente de vuelta. —No —dijo—. No lo había considerado. Porque cualquier mensaje del dueño de la empresa, tu empleador, tiene prioridad. Entonces, ¿cenarás conmigo esta noche?

—Creo que no, Alexander. Estoy ocupada esta noche.

—Cancela tus planes. He hecho una reserva en La Fourche.

—Tendrás que cancelar la reserva. No puedo ir. Hay una buena película en Netflix que me he prometido tiempo para ver. Y esta noche es la noche.

—¿Un romance? —sonrió él.

—No, un asesinato —dijo ella.

Él mantuvo su mirada, pero su sonrisa se desvaneció y sus ojos se estrecharon peligrosamente. Se levantó de su posición sentado en el escritorio y se paró cerca, invadiendo su espacio.

—Te sugiero que canceles tu cita contigo misma. Puedes ver una película en cualquier momento.

Era su turno de entrecerrar los ojos. —Nunca me fallo a mí misma.

—Podrías encontrar que vale la pena.

Tal vez había reconsiderado y iba a respaldar la investigación. Tenía que averiguarlo.

—En ese caso, romperé mis hábitos habituales y aceptaré cenar.

Él se apartó, mirándola bajo sus cejas, con los ojos entrecerrados e increíblemente sexy. Dios, ¿por qué este hombre era su jefe? ¿Por qué era tan agudo que estaba amenazando todo lo que ella estaba haciendo?

—Bien. ¿Paso a recogerte?

—Te veré allí.

—De acuerdo. Digamos a las nueve.

—A las nueve será —confirmó, pensando que normalmente a esa hora ya estaba en la cama. Pero, por supuesto, el hombre de mundo Alexander Richmond apenas comenzaba su noche a esa hora.

¡Oh, vaya! Pensó mientras él cerraba la puerta y ella se volvía hacia su personal. *Era* difícil de resistir.

Alexander lanzó otra mirada cada vez más irritada alrededor del restaurante abarrotado. Ella llegaba tarde. Se habría ido después de cinco minutos si no hubiera sido por lo que había descubierto desde la última vez que la vio.

La había invitado a cenar para seducirla, llevarla a su apartamento, donde la compañía de video había instalado el equipo listo para funcionar, y luego tener sexo con ella. Entonces tendría lo que necesitaba para deshacerse de ella. Misión cumplida. No es que alguna vez hubiera llevado a cabo la amenaza de hacer público un video sexual. Lo habría destruido tan pronto como ella lo hubiera visto. Porque no tenía duda de que ella *exigiría* verlo.

Pero eso había sido hace seis horas. Y muchas cosas pueden pasar en seis horas. Como descubrir que la hermosa Lily McGuire fue criada por una madre soltera con problemas de adicción y una abuela anciana con demencia. Como descubrir que había negociado con la Junta de Educación para estudiar en casa y así poder estar allí para su familia, posponiendo su beca a Cambridge por dos años hasta después de que ambas mujeres fallecieran. Como descubrir que era viuda después de solo unos años de matrimonio. Como descubrir que Lily McGuire era un ser humano impresionante, que había tenido un obstáculo insuperable tras otro en su camino, solo para escalar cada uno, enfrentándolos de frente y tratando con ellos. Tenías que respetar a alguien así, incluso si su control sobre tu empresa amenazaba todo lo que querías.

Solo había revisado por encima los informes, evitando los detalles. Normalmente, no tenía reparos en investigar a personas que se interponían en su camino. Pero se había sentido incómodo leyendo sobre Lily por alguna razón. Y tampoco profundizó demasiado en su razón.

Las historias tristes nunca habían tirado de sus fibras sensibles antes. Principalmente porque no tenía corazón. Pero esta historia triste sí. Porque en ningún momento Lily la había utilizado

para obtener favores. Todo lo contrario. Había ocultado su vida de todos. Estaba escondida, fuera de la vista, mientras ella se mantenía firme, asumiendo la responsabilidad de su propia vida. No necesitaba excusas ni favores. Y eso le afectaba. Casi deseaba no haber descubierto la verdad sobre su vida familiar. Casi. Pero ahora sabía a lo que se había enfrentado de niña, y todos sus planes se habían esfumado. Solo tenía uno ahora. Y era conocer a Lily un poco mejor. Le caía bien. La respetaba. Y quería conocerla mejor, dejando los negocios a un lado. Y eso era una novedad para él. Los negocios nunca habían quedado a un lado. Hasta ahora.

Tampoco había esperado nunca tanto tiempo por alguien. Hasta ahora.

De repente, hubo un alboroto en la puerta. Era ella. Un minuto más y se habría ido, pensó Alexander mientras veía a Lily entrar en el restaurante con treinta minutos completos de retraso. Y entonces ella caminó hacia él y supo que no se habría ido. La habría esperado hasta que el restaurante estuviera vacío.

Llevaba un vestido de satén rosa brillante que le quedaba como un guante y que, a pesar de su glamour, también era relativamente discreto sin escote bajo y con un dobladillo solo ligeramente por encima de la rodilla. Pero el efecto de tener solo sus delgados brazos a la vista y el resto de ella empaquetada a la perfección era aún más sexy. Y no era el único hombre que lo pensaba. Todas las cabezas se giraron para mirar mientras el maître d' la conducía a su mesa.

—Alexander —lo saludó fríamente.

Él se levantó y fue a besarla, pero ella se giró rápidamente y, en su lugar, él le dio un beso en la mejilla. Es cierto. Ella no besaba. —Qué amable de tu parte venir —murmuró sarcásticamente.

Sonrió al sentarse, apoyando los codos en la mesa, sus manos unidas ligeramente delante de esos labios perfectamente rosados y brillantes. Él suspiró mientras se instaba a elevar sus ojos de sus pechos y boca hacia sus ojos.

—Soy demasiado curiosa como para no hacerlo —dijo ella.

—¿Sobre por qué te invité?

Asintió.

—¿No puede un jefe invitar a su CEO a cenar?

—No a una cena romántica, donde dicho jefe no puede quitar los ojos de los pechos de dicha CEO.

Maldición, se había dado cuenta.

—Algunas cosas simplemente no son posibles para un hombre de sangre caliente, Lily. A pesar de las otras razones que pueda tener para la invitación.

—¿Quizás podamos ir directamente a esas razones?

Esto realmente no estaba yendo como él se lo había imaginado.

—Comamos primero —dijo.

Ella levantó una ceja incrédula.

—¿No es esa la razón habitual para cenar? —Echó un vistazo al menú—. Las ostras son excelentes en esta época del año. ¿Quieres que ordene por ti? —Sabía que ella no lo permitiría, pero no pudo resistirse a provocarla.

—No, gracias. —Abrió el menú y pidió un bistec poco hecho con verduras y una ración de patatas fritas, ignorando el ceño fruncido del camarero. El restaurante no solía ofrecer patatas fritas pero, dado que era la invitada de Alexander, era poco probable que hubiera alguna discusión.

Alexander gruñó, divertido. Directa y contundente. Muy parecida a ella.

Después de que entregara el menú y el camarero se hubiera ido, ella cruzó los brazos y lo miró. —¿Algo te divierte?

—En absoluto. Solo he confirmado mis sospechas. No te tomé por el tipo de chica que come comida de conejo, y así, parece que no lo eres.

—¿De verdad? Y yo no te tomé por alguien que hace algo que no quiere hacer.

Entrecerró los ojos. —¿Cómo es eso?

Ella hizo un gesto alrededor del restaurante. —¿Todo esto? Es toda una declaración. —Unió sus manos frente a su boca una vez más, ocultando su exuberancia.

—¿Y qué te está diciendo esa declaración?

—Que no es solo sexo lo que quieres.

—Tendrías razón. Pero, ¿cómo llegas a esa conclusión?

—Si fuera solo sexo, me habrías invitado a comer en tu apartamento. Pero no lo hiciste. ¿Continúo?

—Por favor. Tu análisis de la situación es fascinante.

—Bien. Quieres algo de mí. No puedes despedirme. Sí, lo sé, he oído que lo has intentado. Así que has decidido otra táctica. Una muy pública. Pero aún no estoy segura de cuál es esa táctica.

Se obligó a dirigirle una sonrisa. —Quédate y tal vez lo descubras.

—¿Sabes? Creo que lo haré.

El maître d' sirvió el champán. Alexander levantó su copa hacia la de ella. —Por una asociación gratificante.

—Para ambos, espero.

No respondió. Quería mantenerla adivinando. Quería intrigarla, tal como ella lo estaba intrigando a él. No era solo que fuera hermosa, sexy, segura e inteligente. Eso habría sido suficiente para la mayoría de las personas. No, era la conexión que sentía cuando la miraba a los ojos. Era una especie de reconocimiento de que eran almas gemelas.

El camarero trajo sus pedidos y Alexander rellenó su copa de champán, se recostó y observó cómo ella devoraba su bistec como si no hubiera comido en días. Lo devoraba como lo había devorado a él solo días antes. Le estaba provocando una erección simplemente verla envolver esos hermosos labios rosados y brillantes alrededor de su tenedor y cerrar los ojos en casi éxtasis con cada bocado. Estaba más decidido que nunca a hacer que pasara toda la noche con él, algo que rara vez invitaba a hacer a sus mujeres. Pero quería el mayor tiempo posible con ella, para conocerla mejor, física y mentalmente.

Ella se inclinó hacia delante. —No me has quitado los ojos de encima.

—Resulta que te encuentro fascinante.

—Resulta que quieres acostarte conmigo, lo que creo que es algo completamente diferente —dijo, empujando su cuchillo y tenedor juntos ordenadamente en el plato vacío.

—Cierto. Pero en este caso, quiero acostarme contigo *y* te encuentro fascinante.

Le gustó su respuesta. Sus ojos se oscurecieron y su respiración se aceleró. Ella lo deseaba tanto como él a ella. Extendió la mano y tomó la suya, su pulgar masajeando firmemente su palma. Ella podría haberse alejado, pero no lo hizo. En cambio, movió sus piernas bajo la mesa hasta que estaban presionadas a ambos lados de las de él.

—¿Y qué encuentras tan fascinante? —Su voz ronca rezumaba puro sexo.

Él gimió e intentó concentrarse. ¿Qué encontraba tan fascinante? Podría haberle dado una larga lista, pero se centró en el único misterio que no había podido resolver: por qué estaba desviando tanto de las ganancias de la empresa hacia la investigación. No era habitual, y ciertamente no le gustaba. Podría no darle una respuesta directa, pero ahora tenía paciencia para esperar hasta que la verdad se revelara.

—Eres decidida. Pero no sé por qué. —¿Lo imaginó o la confianza de ella vaciló un poco? Bien. Se inclinó hacia delante y buscó en sus ojos. Su compostura volvió a su lugar inmediatamente. Parecía que había poco que pudiera hacer para que esta mujer se sintiera incómoda. Era una experiencia novedosa.

—Creo que me estás dando demasiado crédito. Soy como cualquier otra persona, motivada por el dinero, un poco de gloria, tal vez. ¿Qué más hay?

—No lo sé, pero me interesaría averiguarlo.

Ella tomó su mano y la presionó contra su pecho, sus dedos rozando el suave satén de su vestido. Ella se estremeció. —¿Y cómo te propones hacer eso?

Se retorció más cerca y empujó su rodilla entre sus piernas. Pero la mesa no era lo suficientemente pequeña para que su rodilla tocara donde ella obviamente quería ser tocada. En cambio, él alcanzó bajo la mesa y deslizó su dedo a lo largo de su muslo, arrastrando su uña contra sus bragas, mientras mantenía sus ojos fijos en ella. Ella saltó y cerró los ojos brevemente. Su pecho subía y bajaba impresionantemente. No servía de nada. Había tenido la intención de tomarse esto con calma, pero no podía.

Retiró su mano. —Creo que es hora de que nos vayamos, ¿no crees?

Ella asintió, con los ojos oscuros de deseo.

—¿Tu casa o la mía? —Estaba bromeando. Sabía que no sería la de ella. Ella todavía creía que su vida privada era un misterio para él.

—La tuya —dijo. Se levantó, tiró de su vestido para volver a colocarlo y luego se dio la vuelta y salió a zancadas del restaurante aún abarrotado. Él no pudo hacer otra cosa que seguirla.

CAPÍTULO CINCO

RECORRIERON RÁPIDAMENTE la distancia entre el restaurante y el Edificio Richmond. Lily apenas notó el flujo de personas: ejecutivos de negocios que aún salían de las torres de oficinas del centro de la ciudad se mezclaban con turistas, con sus cuellos arqueados mientras admiraban los impresionantes edificios nuevos y se quedaban boquiabiertos ante los antiguos. Era Londres haciendo lo que mejor sabía: cautivar y entretener a la gente. Pero solo había una cosa que cautivaba a Lily en ese momento: Alexander. Caminaban uno al lado del otro, sin tocarse, sin muestras de afecto ni intención. No tenían necesidad de eso, y Lily ciertamente no quería ningún afecto. Solo había una cosa que deseaba: satisfacción, y cuanto más rápido caminara, más rápido la obtendría.

Una vez dentro del Edificio Richmond, entró en el ascensor privado de Alexander. Antes de que pudiera darse la vuelta, él había presionado su cuerpo contra el de ella y sus labios estaban en su cabello, sus manos alrededor de su cintura, su erección presionada contra su espalda. Ella se reclinó contra él, poniéndose de puntillas para alinear su trasero con la erección de él, y se movió contra él. Las manos de Alexander subieron y acunaron sus pechos mientras sus labios ansiosos exploraban su cuello.

Nunca había deseado tanto a nadie. Era físico, *solo* físico, se dijo severamente, intentando desesperadamente ignorar la fuerza y profundidad de su necesidad por este hombre. Lo quería aquí y ahora, mientras se elevaban sobre las brillantes luces de Londres. Se inclinó hacia adelante y empujó su trasero contra él, para que no hubiera ninguna duda sobre lo que quería. Al mismo tiempo, estiró el brazo hacia atrás y masajeó su erección. Él gimió mientras ella intentaba bajar su cremallera.

—No, aún no —dijo él, tomando su mano y envolviéndola alrededor de su cintura, bajo la suya. Ella se dio la vuelta indignada. Siempre conseguía lo que quería cuando se trataba de sexo. Pero ahora parecía que él tenía otras ideas, mientras intentaba desviar su atención deslizando su mano libre bajo su vestido y sobre sus bragas, acunando su sexo, que ya estaba húmedo de deseo. Ella se movió contra él mientras él introducía dos dedos dentro de ella. Echó la cabeza hacia atrás y jadeó ante la explosión de sensaciones que se apoderó de todo su cuerpo, desde un hormigueo en las yemas de los dedos hasta los pies. Quería más. Pero cuando se volvió hacia él, desesperada por tenerlo dentro de ella, el ascensor anunció que había llegado al ático y él retiró su mano.

Iba a salir, pero ella se resistió.

—Te quiero aquí —dijo, instándole a tomarla por detrás—. Presiona el ascensor otra vez.

Él sonrió sensualmente, aparentemente divertido por su descarada expresión de necesidad.

—No —respondió—. Aquí no. Te quiero dentro del apartamento.

—Pero...

—No hay peros. —Fue a besarla para hacerla callar, pero automáticamente ella desvió la cabeza. Él suspiró—. Y aparentemente siguen sin permitirse los besos.

Ella abrió la boca para explicarlo. Normalmente nunca explicaba nada. Pero entonces nunca había sentido la necesidad. Ahora sí. De nuevo, reprimió el pensamiento. No quería examinarlo, asustada de lo que pudiera revelar.

Se encogió de hombros.

—Claro —sonrió—. ¿Por qué no? Un poco de sexo vainilla en la cama, yo de espaldas, con las luces apagadas. Como quieras, me parece bien.

—Añade algunas ataduras y suena como una noche perfecta —sonrió él.

Lily cruzó la sala de estar tenuemente iluminada, atraída hacia las ventanas y su vista sobre el centro de Londres como un imán. Londres yacía como numerosos grupos de joyas preciosas debajo de ellos. Colocó la palma contra la ventana, maravillándose ante el joyero que se había abierto ante ella. Se sentía en la cima del mundo, literalmente. Muy por debajo de ellos, tramos de luces a ambos lados de una forma oscura y sinuosa, carente de luz, mostraban el progreso serpenteante del río mientras se movía hacia el este, pasando por donde ella vivía. Se dio la vuelta. Se negó a pensar en su hogar ahora.

—¿Champán? —preguntó Alexander, sosteniendo una botella que había sacado de la nevera.

Ella sonrió.

—No me digas. Eso es todo lo que tienes almacenado ahí dentro.

Él se encogió de hombros.

—Puede que tenga algo de agua embotellada o leche, si lo prefieres.

—Mmm... —fingió considerarlo—. Vayamos con tu primera opción.

Mientras él descorchaba la botella, ella no perdió tiempo en quitarse el vestido y la ropa interior. Para cuando él había cogido un par de copas de champán del armario y se dio la vuelta, ella estaba de pie con las luces detrás, completamente desnuda, con las manos en las caderas.

Él maldijo por lo bajo.

—¿Eso es un improperio o una intención?

—Ambos —dijo él, dejando el vino y las copas sobre la mesa y acercándose a ella en su lugar, recorriendo su cuerpo con la mirada con la intensidad de una caricia. Luego fue el turno de sus manos para recorrerla, subiendo por sus muslos, caderas, estómago, antes de acunar sus pechos—. Supongo que puedo besar tus pechos —dijo, sus palabras volviéndose amortiguadas mientras no esperaba su respuesta.

—Oh, sí —dijo ella, dejando caer su cabeza hacia atrás, mientras se concentraba en las deliciosas sensaciones que sus labios, lengua y dientes estaban creando sobre y dentro de su cuerpo—. Oh, sí —repitió mientras las sensaciones se intensificaban. Él se detuvo demasiado pronto y la llevó al sofá, apartando las mantas de piel y accionando una palanca para que el respaldo quedara plano—. Estás demasiado vestido —dijo ella, desabrochando hábilmente su cinturón. Mientras dirigía su atención a los botones de su camisa, él bajó su cremallera y en minutos estaba tan desnudo como ella.

Antes de que pudiera hacer algo, ella lo empujó hasta que quedó tumbado con la espalda plana contra el cuero. Él no se movió.

—Como tú quieras, me parece bien —repitió con una sonrisa.

Ella se inclinó para alcanzar un condón, sus pechos rozando su pecho. Luego, después de ponérselo, tomó sus manos y las sujetó a ambos lados de él, para tener el control. Como siempre. Era como le gustaba. Y luego se sentó a horcajadas sobre él y se bajó sobre él, llenándose con él.

Cerró los ojos y aspiró una bocanada de aire mientras se olvidaba de sus manos y se arqueaba hacia atrás, subiendo y bajando encima de él, obteniendo la satisfacción que su cuerpo anhelaba y la conexión que era la única que se permitía.

Las tensiones se enrollaban dentro de ella, mientras olas de sensación fluían a través de su cuerpo y llegó al clímax, silenciosamente y con una profundidad de pasión que la sorprendió. Cuando abrió los ojos, se encontró con su mirada mientras él la ponía de lado, aún conectados. Luces de colores estroboscópicas barrían la habitación periódicamente, iluminándola, haciendo que su rostro pareciera casi inhumano. Él apartó su cabello de su cara.

—Quiero verte —respiró.

Ella dio una sonrisa incierta.

—Habría pensado que soy difícil de ignorar —dijo. Una cosa era tomar su placer de este hombre mientras él estaba detrás de ella o ella estaba encima. Era otra cosa muy distinta estar tumbados uno al lado del otro, con sus piernas envueltas alrededor de sus caderas, mientras sus caras estaban tan cerca. Ella no besaba. Solo había besado a un hombre y ahora que ya no estaba vivo, había jurado mantener esa intimidad que sentía mucho más importante que cualquier otra cosa. Pero tumbada ahí, respiración contra respiración, nariz contra nariz, pestañas aleteando contra los párpados cerrados del otro, sintió por primera vez una desesperada necesidad de esa intimidad a la que había renunciado dieciocho meses antes.

Algo había cambiado, y no tenía ni idea de qué. Podía ver que él también lo sentía, pero no hizo ningún movimiento para besarla. Inicialmente, no hizo ningún movimiento en absoluto. Pero lentamente se retiró y luego embistió dentro de ella de nuevo. Era un movimiento tan lento que podía sentir cada sensación de él dentro de ella, contra ella. Jadeó ligeramente y contuvo la respiración, mientras él continuaba moviéndose dentro y fuera de ella con un ritmo lento y constante, moviéndose en línea con sus respuestas, consciente de su más mínima reacción.

Ella cerró los ojos. Era demasiado. Sentía como si él estuviera mirando en su alma. Él dejó de moverse y tocó su rostro.

—Por favor —dijo—, abre tus ojos. Quiero verte mientras te hago el amor.

—Puedes verme, incluso si están cerrados.

Él negó con la cabeza.

—No, no puedo. Solo en tus ojos veo a la verdadera tú.

Ella no tenía respuesta para eso. No podía negarlo porque sentía lo mismo. Y, una vez que sus ojos estaban abiertos, no podría haberlos cerrado de nuevo, si hubiera querido. Estaban enganchados en los suyos, alineados con él, enfocados el uno en el otro. Se movieron juntos como uno solo, cada uno instintivamente consciente de las necesidades del otro. Y, después de llegar al clímax juntos, él presionó su frente contra la de ella, como si también hubiera sido un encuentro de mentes.

Después de un largo e intenso momento, él se apartó y se tumbó de espaldas, sus ojos aún enfocados en ella, como si no quisiera romper la conexión. Ella fue la primera en apartar la mirada, insegura de cómo lidiar con esta explosión de nueva emoción. En su lugar, dibujó patrones imaginarios sobre su estómago, sonriendo mientras sus reflejos reaccionaban y su estómago saltaba. Normalmente se habría levantado, vestido y marchado en este punto, después de que sus necesidades inmediatas hubieran sido satisfechas. Pero parecía que tenía otras necesidades, necesidades que había olvidado, pero que su forma de hacer el amor le había revelado que eran tan fundamentales como respirar.

Había algo en la forma en que la acariciaba, en la delicadeza de su toque mientras movía sus dedos a lo largo de sus piernas, caderas y cintura, que la hacía querer quedarse donde estaba. No

había nada sobre control o necesidad en ese toque, nada sobre tomar algo, sino todo sobre cierta maravilla. Podía verlo en sus ojos también: una mirada que era casi demasiado íntima de soportar. Se dio la vuelta y presionó su espalda contra él.

Él la rodeó con sus brazos para mantenerla ahí, no con fuerza, no posesivamente, sino más bien acunándola como si fuera algo precioso. Y ella se sentía preciosa. Sentía como si estuviera simultáneamente viva por primera vez en mucho tiempo y sin embargo sostenida en un momento que era algo más que físico.

Esta vez, su unión fue diferente. Tierna, casi, mientras él suavemente la giraba hasta que quedó de espaldas —una posición que ella siempre había rechazado tomar— y empujó sus dedos a través de los de ella, besando la punta de cada uno de sus dedos antes de besarla en sus mejillas, su barbilla, su frente, en todas partes excepto sus labios. Pero ella sabía que si la hubiera besado en los labios entonces no habría apartado su rostro. Quería que lo hiciera. Ya descifraría lo que eso significaba mañana. Más tarde. En algún momento cuando estuviera sola y enterrada en su tristeza una vez más. Pero ahora, no podría haberlo detenido a él o a sí misma aunque hubiera querido. Y definitivamente no quería.

Él tenía el control ahora y lo usaba con una sensibilidad que ella nunca le habría atribuido antes. Pero ahora no había duda. Cuando entró dentro de ella esta vez, no hubo frenesí sino una expresión seria y absorta en su rostro que era cautivadora.

Después quedaron mirando las luces de la ciudad, su espalda acurrucada contra su pecho, mientras él la acariciaba. La música sonaba baja en el fondo y los sonidos de la ciudad muy por debajo de ellos estaban tan distantes que casi eran también música de fondo. Sentía como si no estuviera en la realidad, sino en algún lugar intermedio. Algún lugar dulce y tranquilo donde había una paz que no había sentido en años, si es que alguna vez. Se sentía bien. Y, sin embargo, una parte de ella buscaba los edificios familiares donde estaba su hogar.

Él debió haber sentido su cabeza moverse.

—¿Qué estás buscando?

Ella lo miró pero de repente se sintió tímida. Este no era el mismo hombre. Este no era Alexander Richmond, su jefe, el hombre que podía detener sus planes de dar fruto, así como ella detenía los suyos. Este era un hombre muy diferente. Se volvió hacia él, trazando con su dedo las sombras y planos de su rostro mientras las cambiantes luces a su alrededor iluminaban sus rasgos.

—¿Qué te hace pensar que estoy buscando algo?

Él inclinó la cabeza a un lado.

—Oh, no lo sé. Tal vez es la forma en que, las pocas veces que has estado aquí, tu mirada siempre ha sido atraída hacia el edificio Pinnacle, como si significara algo para ti.

Ella abrió la boca para hablar, pero las palabras no salieron. Hizo una ligera mueca y sonrió en su lugar.

—Costumbre.

—¿Formada por qué razón?

Debería decirle ahora. Contarle todo, pero era demasiado pronto. Se encogió de hombros y presionó su mejilla contra su pecho. Esto tenía dos ventajas. Una, podía inhalar su esencia, que era intensamente excitante y agradable, y dos, él no podía ver sus lágrimas.

Fue solo cuando exhaló un respiro que él se quedó quieto y volvió su rostro hacia el suyo preocupado.

—¿Qué es? ¿Qué pasa? ¿Estás herida?

Ella negó con la cabeza, jadeó, y se sentó y se secó los ojos.

—No. Estoy bien. Es solo que... —Se interrumpió mientras miraba por la ventana una vez más—. Todo esto es tan extraño.

—¿El sexo?

—No. —Se mordió el labio. ¿Podía admitirlo? Tomó un respiro profundo—. La intimidad.

Él entendió lo que ella quería decir. Dudaba que otras personas lo entendieran. Pero el sexo que habían tenido antes podría haber sido físicamente íntimo, pero no había tocado su corazón o alma. Pero lo que acababan de hacer ahora había sido bastante diferente. Y la había hecho sentir culpable. Y la había hecho llorar.

Él la acercó a él y la envolvió con sus brazos mientras ella lloraba silenciosamente contra su pecho. Él no preguntó qué pasaba, pero de alguna manera ella sentía que lo sabía. Tal vez porque eran tan parecidos.

Pasó mucho tiempo hasta que las lágrimas dejaron de fluir pero, finalmente, cuando la luna se elevó en el cielo, compitiendo con las luces de la ciudad a su alrededor, ella cayó en un sueño exhausto. Lo último que registró fue el suave roce de una manta de piel siendo colocada sobre ella antes de hundirse en el tipo de sueño profundo y sin sueños que no había experimentado desde que era una niña.

Alexander se despertó para encontrar la cama vacía. Extendió la mano y esparció sus dedos sobre el lugar aún cálido donde Lily había yacido. Sabía que algo había cambiado entre ellos anoche. Había atravesado su reserva y derrumbado su guardia para revelar a una mujer que estaba sufriendo. Y él había sentido ese dolor como si fuera el suyo propio. Incluso ahora, su corazón dolía al recordar a esa mujer fuerte reducida a lágrimas.

Por respeto a ella, no le había preguntado por qué estaba llorando. Era suficiente que lo hubiera hecho. Sabía que ella le diría cuando estuviera lista, y estaba decidido a quedarse a su lado hasta que lo estuviera. Si ella había cambiado, también lo había hecho él. Había dado un giro de ciento ochenta grados en sus opiniones sobre ella. En lugar de deshacerse de ella, quería quedarse a su lado y descubrir más sobre ella. Al principio había pensado que las pinceladas generales que había aprendido de su historia serían suficientes. Ciertamente había sido suficiente para admirarla y respetarla. Pero ahora sabía que necesitaba saber más. Y sospechaba que cuanto más supiera, más crecería su admiración. Y definitivamente no quería perderse la oportunidad de admirarla más.

Si anoche había sido significativa para ella, también sabía que era aún más significativa para él, aunque ella no se diera cuenta. Se estaba enamorando de ella, y ahí residía el problema. Él no *quería* enamorarse de ella. Ella amenazaba no solo sus objetivos sino también ese órgano que había ignorado toda su vida: su corazón. Había cobrado vida anoche, sorprendiéndolo.

No, ya no quería que se fuera. Y sabía exactamente por qué. Estaba en la forma descarada en que caminaba, en la forma sin restricciones en que hablaba con cualquiera. No diferenciaba entre los directores de la empresa, él o el empleado más humilde. Trataba a todos igual, con su enfoque directo y sin tonterías. Lo que veías era lo que obtenías con Lily. Una mujer hermosa y sexy con cerebro y honestidad. Pero, sabía, con secretos que no podía empezar a adivinar. Sabía, ahora, que no podía despedirla. Era demasiado importante para él. Descubriría sus secretos haciéndola enamorarse de él como él se había enamorado de ella. Entonces, tal vez, querría contarle. Esa era la única manera.

Saltó de la cama. ¿Dónde estaba ella? La puerta del baño estaba abierta, revelando una habitación vacía. Agarró una bata. Lily podría ser una exhibicionista, pero él no lo era, no a la

fría luz del día, de todos modos. Caminó hacia la sala de estar, bañada en la fría luz gris de la mañana temprana. De la clara noche iluminada por la luna, el día había emergido con una gruesa capa de nubes cubriendo las altas torres y ocultando el sol. Todavía no podía verla. Un vistazo a la cocina le dijo que estaba vacía. ¿Dónde estaba ella?

Y entonces su corazón fue agarrado por un repentino y abrumador pánico. ¿La sala de proyección? ¿Seguramente no? Recordó lo que había preparado allí el día anterior, cuando había jugado con la idea de filmarlos juntos. Había llamado y cancelado unas horas más tarde, pero había sido demasiado tarde. Habían instalado el equipo. No había pensado más en ello. Nunca iba a usarlo y habían acordado que lo recogieran el lunes por la mañana.

Fue como en cámara lenta cuando abrió la puerta de la sala de proyección a través de la cual, normalmente, las películas serían proyectadas en una pantalla que podía ser bajada en la sala de estar sobre el sofá donde habían hecho el amor. Excepto que la pantalla de proyección no estaba configurada para proyectar, estaba configurada para grabar.

La vio tan pronto como entró en la habitación, a pesar de la oscuridad. Su brillante cabello rubio, ahora despeinado y suelto sobre sus hombros, se enroscaba alrededor de sus pechos mientras ella se paraba desnuda y lo miraba. El dolor y la pena eran claros de ver en la expresión de sus ojos.

—¿Nos grabaste? —preguntó, su voz rompiéndose un poco. No era solo su voz lo que se estaba rompiendo. Él sintió sus emociones como nunca antes se había conectado con nadie más.

—No. No es lo que piensas.

—¿Cómo puede ser otra cosa? —Ella miró alrededor todo el equipo que estaba listo para que él presionara el control remoto para grabar los eventos de la noche—. ¿Estás diciendo que esto no es equipo para grabar lo que pasó en tu sala de estar?

—No, no estoy diciendo eso.

—¿Entonces estás diciendo que no tenías la intención de grabarnos teniendo sexo?

—No, bueno, sí, lo hice, pero no lo hice.

Ella maldijo por lo bajo e intentó pasar junto a él. Pero él cometió un error y agarró su muñeca. Ella acercó su rostro al suyo.

—¡No te atrevas! —le siseó. Él soltó su mano inmediatamente y dio un paso atrás.

—Lo siento, no quise...

Pero ella no se quedó a escuchar lo que él tenía que decir. Él la siguió fuera y ya no estaba distraído por su cuerpo curvilíneo y su cabello exuberante. En cambio, todo lo que podía sentir era su dolor, ira y decepción. No creía que alguna vez hubiera sentido tal empatía por alguien en su vida antes.

—¡Por eso no querías sexo en el ascensor! No estaba cableado para sonido y visión, ¿verdad? —Él la siguió hasta la sala de estar, donde ella caminaba alrededor, recogiendo su ropa.

—Lily, yo...

—¡Sal! —gritó ella.

—No es lo que piensas. Déjame explicarte.

—¡No! —Con su ropa en la mano, ella pasó junto a él hacia el baño y cerró la puerta de golpe.

Él presionó sus palmas planas contra la puerta.

—Lily, lo admito, *es* lo que piensas. Excepto que no lo llevé a cabo. No hice nada. —Hizo una pausa, esperando para ver si ella respondería, pero todo lo que escuchó fue el sonido de ella moviéndose mientras se vestía. No tenía más remedio que continuar—. Es cierto lo que digo, Lily. No usé nada de eso.

De repente la puerta se abrió, y se enfrentó a una Lily furiosa.

—Entonces, ¿es algo que haces a menudo? ¿Configurar equipos de grabación para *no* usarlos? ¿Eh?

Él abrió la boca para responder, pero ¿qué demonios podía decir? Se encogió de hombros impotente.

—Eso pensé. —Ella continuó hacia la habitación y recogió el resto de sus cosas. Luego se detuvo frente al sofá en el que habían experimentado tal dicha. Cuando se volvió hacia él, le rompió el corazón ver lágrimas en sus ojos—. ¿Cómo pudiste, Alexander? Después... —Se interrumpió y miró hacia el este—. Debo irme. No debería haberme quedado.

—Debes entender...

—¡No tengo que entender nada!

—Debes entender lo que quería hacer.

Ella lo miró furiosa.

—No hace falta ser un genio para darse cuenta. Querías deshacerte de mí, descubriste que no podías hacerlo debido a la naturaleza de mi contrato, así que decidiste avergonzarme para lograrlo.

—Tienes razón, por supuesto. Pero míralo desde mi punto de vista. Vine aquí para tomar el control de una empresa que descubrí que tú controlabas. Tenía que deshacerme de ti, de cualquier manera que pudiera.

—Por supuesto. Eres despiadado. Lo entiendo. ¿Pero hacer lo que acabamos de hacer para usarlo en mi contra? —Negó con la cabeza. No tenía que decir nada más para hacerlo sentir más avergonzado.

—Me puse en contacto con ellos después de que Sean me diera su tarjeta.

—¿Sean? ¿Sean? —repitió más fuerte—. ¿Has estado discutiendo sobre mí con él?

—Tenía que hacerlo. Pero no lo llevé a cabo. Les pedí que se lo llevaran pero no podían hasta el lunes. Lo juro.

—¿Lo juras? ¿Sobre qué honor? ¿El tuyo? ¡No tienes ninguno! —Levantó su mano cuando él iba a responder—. No más. Me voy.

—Por favor, Lily. No es como parece. Después de anoche, nada es como parece.

Ella se detuvo y se volvió hacia él antes de abrir la puerta.

—Tienes razón en eso. *Tú* ciertamente no lo eres. ¿Sabes?, pensé que algo había cambiado en mí, en ti, en nosotros, anoche, pero estaba equivocada, ¿no? —Esperó, pero él no pudo responder. Ella abrió la puerta—. *Renunciaré*, Alexander. Pero quiero que hagas algo por mí primero.

—Lo que sea.

—Quiero que vengas a la reunión del lunes con el investigador de la Universidad a cargo del proyecto que nosotros, tu empresa, hemos estado financiando. Me debes al menos eso.

Él asintió. Si ella le hubiera pedido que se casara con ella, pensó que habría estado de acuerdo, se sentía tan mal.

—Por supuesto. ¿Cuándo?

—El lunes por la tarde a las tres. Tendré mi renuncia lista para ti también. Espero que puedas esperar hasta entonces. —Y cerró la puerta detrás de ella.

No tenía sentido correr tras ella. Ningún sentido en absoluto.

CAPÍTULO SEIS

LAS REUNIONES con investigadores eran las favoritas de Lily. Normalmente eran de las pocas ocasiones en que se sentía cien por cien en su lugar feliz, hablando sobre lo que daba sentido a su vida: encontrar una cura para la enfermedad mortal que había matado a su amado esposo. Pero esta tarde, estaba tensa. Todo estaba en juego, dependiendo de intentar persuadir a Alexander para que continuara la financiación. Y sabía que no tenía la menor esperanza. Pero eso no le impediría intentarlo.

El investigador principal entró en la sala y saludó a Lily con una cálida sonrisa y un firme apretón de manos.

—Me alegra verte de nuevo, Martin —indicó que se sentara—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias.

Martin tenía unos treinta y tantos, era un verdadero cerebrito y uno de los pocos hombres que solo le había mostrado absoluta y total profesionalidad. Ni siquiera una mirada lasciva. Al principio pensó que era gay y luego comprendió que simplemente era respetuoso con las mujeres. Especialmente, sin duda, con mujeres que podían desviar valiosos fondos de investigación hacia él.

—¿Y tú? —dijo, tomando el asiento frente a ella—. No pareces muy tú misma hoy. ¿Está todo bien?

Ella gruñó y negó con la cabeza.

—No realmente. —Eso era quedarse corta. Había traicionado a su marido con un hombre que había demostrado ser una auténtica serpiente. Y ahora tenía que demostrarle a esa serpiente que debería hacer lo que estaba totalmente decidido a no hacer: seguir invirtiendo en la investigación que tanto significaba para ella. Alexander la quería fuera a tal punto que estaba dispuesto a hacer público un vídeo sexual para humillarla. Así que creía improbable poder persuadirlo para que continuara financiando la investigación. Eso dependía de Martin y su cerebro científico—. Pero nada de lo que debas preocuparte.

Él la estudió por un momento.

—¿Estás segura? Lily, nos conocemos desde hace tiempo, desde antes de que trabajaras en Richmond Pharmaceuticals.

—Así es. —Se preguntó adónde quería llegar—. Cuando me enteré de lo de Robbie, corrí directamente a tu puerta. Estoy segura de que deseabas que no lo hubiera hecho.

—Nunca. Solo lamento que no pudiéramos ayudar a tu marido.

Lily tensó sus músculos abdominales, tratando de reprimir las emociones que surgían desde lo más profundo de su ser y amenazaban con emerger. Esa era en parte la razón por la que nunca se lo contaba a nadie. Abría un manantial de emociones con el que no podía vivir.

Le dedicó una sonrisa rápida y tensa.

—Sí, bueno, pero tenemos la oportunidad de ayudar a otros, para que no tengan que pasar por lo que pasó Robbie.

—Y por lo que tú también pasaste.

Ella odiaba la compasión.

—Por lo que todos pasan cuando tienen algo que ver con esta maldita enfermedad. —Respiró hondo—. Entonces, ¿alguna novedad?

Él hizo una mueca.

—Es un área de investigación compleja, como sabes. Es posible que no obtengamos resultados durante mucho tiempo. Y por eso el compromiso de tu empresa con la financiación a largo plazo es invaluable.

Ella asintió.

—Lo sé. Por eso he invitado a Alexander Richmond a unirse a nosotros. Todo lo que hace Richmond Pharmaceuticals —todas sus operaciones, inversiones— ahora depende de él. Tiene el control total.

Él arqueó una ceja.

—No como su padre, entonces.

—No —dijo ella, cortante—. Nada como su padre. —Se aclaró la garganta, empujando el recuerdo de su intimidad con Alexander al fondo de su mente. Sabía que nunca lo olvidaría por completo—. Así que necesitamos su apoyo si vamos a seguir respaldando tu investigación. Tenemos que convencerlo. Quiero decir, *tú* tienes que convencerlo. Lo siento, pero parece que no tengo ninguna influencia sobre él.

Como si fuera una señal, Alexander entró en la habitación. Le lanzó una sonrisa de disculpa y extendió su mano para saludar a Martin. Ella miró fijamente a Alexander, tratando de ocultar su sorpresa ante su inesperada expresión.

Todo dependía de esta reunión, excepto su trabajo. Ya le había enviado por correo electrónico su renuncia. No tenía sentido arrastrar a la empresa a través de complejos litigios para deshacerse de ella. Podría haber resistido la presión, pero no importaría, porque Alexander se aseguraría de que la financiación de la investigación se detuviera de todos modos. Pero tenía una última oportunidad para convencerlo de que continuara.

Apenas escuchó lo que Alexander y Martin se decían mutuamente. Su corazón latía con fuerza en sus oídos. Todo lo que le había prometido a Robbie, y todo por lo que había estado trabajando desde el momento en que se enteraron de su enfermedad, estaba en juego ahora. El centro de investigación necesitaba esta financiación y Alexander estaba a punto de retirarla.

—Lily —saludó Alexander calurosamente, mientras se sentaba al final de la mesa.

Ella encontró la mirada comprensiva de Martin. Él debía haber sabido los riesgos que ella había estado tomando. Pero realmente no eran riesgos para ella. *Ella* no se estaba beneficiando de nada de esto, y no había hecho nada ilegal. Incluso si su marido no hubiera tenido Enfermedad de Neurona Motora, seguiría creyendo, con la mano en el corazón, que empresas como Richmond Pharmaceuticals deberían financiar este tipo de investigación. Era en interés de todos.

Se aclaró la garganta.

—Alexander. Gracias por venir. Estoy segura de que encontrarás el informe de Martin informativo.

—Sí. Estoy seguro de que así será —dijo él.

Ella se volvió hacia Martin. Alexander podía hacer lo peor. Obviamente estaba aquí para

detener la investigación, pero, antes de que lo hiciera, estaba decidida a que entendiera completamente su importancia. Estaba decidida a que ella y Martin, con su pasión combinada por el proyecto, harían todo lo posible para persuadir a Alexander de que continuara.

—Martin, esta es la oportunidad perfecta para poner al día a Alexander sobre todo el buen trabajo que está haciendo tu instituto.

Sonrió, a pesar de que sentía un peso muerto donde debería estar su corazón. La probabilidad de que el día terminara con los compromisos futuros de financiación del proyecto intactos era escasa.

—Claro, será un placer.

Sabía que no habría nada emocionante que informar, sabía que esta investigación sería lenta y constante. Pero la apoyaba al cien por cien. Y había estado a punto de prometer más fondos, hasta que Alexander apareció en Richmond Pharmaceuticals exigiendo el control total. Sin financiación futura, miles de personas no tendrían ninguna esperanza de que se encontrara una cura. Lo que significaba miles de hogares sufriendo dolores como los que ella y Robbie habían soportado. No sabía si podría soportarlo. Se tragó el nudo que de repente había aparecido en su garganta.

A pesar de su afán por escuchar la actualización de Martin, el frío en su corazón llenó también su cerebro, y no asimiló los hechos y cifras como solía hacerlo. Lo único de lo que era consciente era de que Martin había supuesto que Alexander sabía más sobre la investigación de lo que realmente sabía, ya que Martin se centró en los aspectos técnicos, quizás traicionando algunos nervios frente al propietario extrañamente apaciguado de la empresa. Martin estaba haciendo todo lo posible, pero los nervios le hacían recurrir a términos latinos para las complejidades científicas, que Lily entendía después de años investigando el tema, pero que sabía que pasarían por encima de la cabeza de Alexander, sin importar lo rápida que fuera. Dudaba mucho que pasara su tiempo libre acurrucado con libros de texto de neurociencia como lo hacía ella.

De repente fue consciente de un silencio. Levantó la mirada de sus manos en su regazo, que notó estaban apretadas en tensos puños. Alexander la miraba directamente mientras Martin parpadeaba y desviaba la mirada, como si no pudiera soportar ver tanto dolor.

Alexander se aclaró la garganta y se movió en su asiento.

—Me temo, Martin, que me estás atribuyendo más conocimiento sobre esta investigación del que tengo. Los nombres en latín no significan nada para mí. Los detalles más finos no significan nada para mí. ¡Ni siquiera sé contra qué enfermedad se supone que lucha todo esto! Pero lo que sí significa algo son los ceros detrás del signo de la libra que estamos comprometiendo anualmente para financiar esta investigación.

Martin se masajeó las sienes, enfrentado a la derrota. Lily no creía poder soportarlo.

—La posibilidad de una mayor inversión en la investigación es escasa dados nuestros otros compromisos —continuó Alexander—. Lo siento. Pero así están las cosas.

Lily solo miraba a Alexander, preguntándose cómo podía sentarse ahí y condenar a los que sufren esta enfermedad a vivir sin esperanza. Pero este era el hombre que con gusto la avergonzaría públicamente para salirse con la suya. Era un egoísta, un arrogante bastardo y podría haber llorado al pensar en lo que había sentido por él hace solo unas noches. Sacudió la cabeza y miró a Martin, que estaba recogiendo sus papeles.

—Está bien, Lily —dijo Martin, como si entendiera sus pensamientos. Sin duda, el haber atendido cientos, si no miles, de preguntas de familias en duelo a lo largo de los años lo hacía especialmente sensible—. Nuestra investigación continuará, me aseguraré de ello. Y buscaremos

financiación de otros patrocinadores si Richmond Pharmaceuticals decide que no puede apoyarnos más allá del final de este contrato. Estamos muy agradecidos por todo lo que su empresa ya ha hecho.

—Estoy seguro —dijo Alexander con calma, lo que hizo que la ira de Lily aumentara. Tenía toda la humanidad de un asesino.

Martin se puso de pie, obviamente incapaz de manejar la atmósfera por más tiempo y entendiendo que era prescindible. Las únicas cosas que quedaban por discutir eran entre Alexander y Lily.

—Os dejaré hablar. —Dio una sonrisa forzada y levantó su teléfono móvil—. Llámame si deseas más información. —Dio unos pasos, luego se giró, obviamente decidido a dar un último intento—. Y si quieres visitar el centro de investigación, serás más que bienvenido, Alexander. Creo que Lily siempre ha encontrado sus visitas gratificantes.

Alexander se levantó y estrechó la mano de Martin.

—Gracias por venir, Martin. Y lamento que no tuviéramos mejores noticias para ti. Pero estamos reorientando los objetivos de la empresa, volviendo a su visión original.

Lily se levantó y le sonrió a Martin, el tipo de sonrisa que le das a alguien cuando te estás despidiendo por última vez. No había nada entre ellos excepto amistad y respeto mutuo, pero él había estado ahí para ella de manera práctica después de que Robbie se fuera. Él le apretó ambas manos y ella podía ver que estaba molesto. Pero lo peor de todo era que parecía más molesto por ella que por él mismo.

La puerta se cerró, dejándola sola con Alexander. Tenía que intentarlo, hacer un último intento de cambiar su opinión.

—¿Hay algo que pueda hacer para convencerte de seguir financiando la investigación?

Él se tocó los labios con el dedo mientras la observaba pensativamente.

—Lily. No estoy haciendo esto para perjudicarte o para atacarte de ninguna manera. Es simplemente una decisión de negocios. Me temo que sacaste a la empresa de su rumbo, y tengo que devolverla. Es así de simple.

—Nada es tan simple —continuó ella—. Si supieras lo que está en juego, no podrías quedarte ahí y retirar la financiación.

—Y si me conocieras en absoluto, no lo dudarías.

La fuerza se filtró de su cuerpo. Suspiró, recogió su bolso y se levantó.

—¿Adónde vas? —preguntó Alexander, que no se había movido ni un centímetro.

—A casa. Son más de las cinco y parece que no tiene sentido que me quede. Creo que todo ha acabado aquí, así que pensé en irme a casa.

—Preferiría que te quedaras. Quiero discutir tu renuncia contigo.

A veces había imaginado este momento, no con Alexander, por supuesto, mucho antes de conocerlo. Pero no se estaba desarrollando como había imaginado que sería. Había pensado que lucharía, golpearía a la gente con lógica y hechos y cifras, pero ahora simplemente se sentía cansada. Era como si la hubieran detenido repentinamente en una carrera de velocidad, sabiendo que no tenía ninguna posibilidad de llegar a la meta, y lo único que quería hacer era acostarse y dormir. Alexander Richmond podía lanzarle lo peor. Se sentía entumecida. Lo único que sabía era que tenía que salir de allí, salir de la oficina, salir del lugar en el que había depositado tanta esperanza.

—Aquí no, Alexander. Si quieres hablar, salgamos de la oficina. Ya he tenido suficiente por hoy. Necesito una copa. Puedes decirme allí cuánto tiempo de preaviso quieres que trabaje. Si es que quieres —añadió, preguntándose de repente si esta sería su última tarde allí.

—De acuerdo —dijo él, abriendo la puerta para ella. Antes de que pudiera pasar, puso su mano en su brazo, deteniéndola al instante, a pesar de la ligereza de su toque—. Solo dime una cosa. ¿Por qué arriesgar tu carrera por algo como esto? No lo entiendo.

—¿De verdad quieres saber?

—Sí, quiero. —Podía ver que lo decía en serio.

—Entonces te lo diré. En el pub. Pregúntame cualquier cosa y te lo diré. Pero no aquí. —Había demasiados recuerdos, demasiada esperanza invertida en la empresa y sus oficinas. No podía soportarlo ni un momento más.

No miró hacia atrás, sino que, evitando las oficinas principales, bajó corriendo por las escaleras traseras antes de emerger al enorme vestíbulo de cristal, donde Alexander se puso a su lado. Saludó con un gesto a los guardias de seguridad y salió. En contraste con la modernidad del Edificio Richmond, los edificios de enfrente eran más antiguos, algunos mucho más. La antigua iglesia, encajada entre edificios mucho más altos, la provocaba con su longevidad. La larga vida no era el destino de nadie que ella conociera.

Giró el picaporte de latón del pub de estilo antiguo. Era el tipo de pub que solía estar en cada esquina de su barrio del Este de Londres, antes de que la guerra y el ayuntamiento los derribaran. En su lugar habían surgido densas viviendas estatales, casi, pero sin lograrlo, matando el espíritu comunitario.

—¿Lo de siempre, Lily? —preguntó el camarero.

—Por favor. —Le devolvió la sonrisa, consciente de que los ojos de Alexander estaban fijos en ella. Podía pensar lo que quisiera. Ella prefería este tipo de pub a los elegantes bares de vino y bistrós que frecuentaban sus colegas. Notó la sorpresa de Alexander cuando el camarero le entregó un limón, lima y amargos. No solía beber alcohol a menudo. Venía aquí por el ambiente, un hogar lejos del hogar, en los edificios de oficinas de la City de Londres.

—Gracias, Luke —dijo, viendo a Alexander pagar las bebidas. Nada de cerveza para él, naturalmente. Fue a sentarse en el asiento de la ventana del pub, que ya estaba concurrido.

—Bueno —dijo, después de dar un sorbo a su bebida—. ¿Qué tal si empiezo contándote sobre el increíble trabajo que está haciendo Martin y lo orgullosa que estoy de que Richmond Pharmaceuticals lo haya financiado? —Pensó que valía la pena intentarlo, pero sus esperanzas se desvanecieron cuando se encontró con su ceño fruncido.

—¿Qué tal si no? —dijo él, colocando su bebida sobre la mesa—. Quiero respuestas, Lily. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué comprometiste las ganancias de la empresa y vertiste tanto dinero en investigación? Y no solo eso, sino que lo configuraste de manera que nadie lo cuestionara.

—Excepto tú.

—Excepto yo. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué arriesgaste tu carrera en esto?

—Tengo mis razones. Además, no he hecho nada ilegal. Todo lo que he hecho es mi trabajo y no veo a nadie más quejándose. He ido más allá en todos los aspectos de mi trabajo y la empresa está prosperando como nunca antes y no puedes decir que no sea así.

No parecía convencido.

—Ciertamente has ido más allá, sí. Dime, ¿por qué lo hiciste?

—Porque eso es lo que hace Richmond Pharmaceuticals. Investiga, fabrica y vende medicamentos para hacer del mundo un lugar mejor.

Frunció el ceño como si no lo hubiera pensado así antes.

—Supongo que en tu libro —continuó ella—, la empresa simplemente tiene que obtener beneficios.

—Ese es el requisito básico de una empresa.

—*Uno* de los requisitos básicos. Una empresa necesita ganar dinero para crear valor para el mundo.

—Incorrecto. Richmond Pharmaceuticals necesita ganar dinero para crear valor para *mí*. Yo soy el dueño y mi padre lo fue antes que yo. Pareces haber olvidado eso.

—*Nunca* he olvidado eso. —Empezaba a sentirse débil. La debilidad que había comenzado en la oficina estaba creciendo. Se sentía exhausta. Como si pudiera dormir durante una semana. Su mano tembló un poco cuando volvió a poner su vaso en la mesa. Tenía que salir de allí para aclarar su mente. Quería ir a casa.

—Tengo que ir a casa. No me siento bien. —Se levantó pero se tambaleó un poco.

Él puso su mano en su brazo.

—¿Estás bien?

Ella trató de sacudir su mano, pero él solo la apretó más cuando ella se tambaleó hacia atrás.

—Por favor, déjame. Estoy bien. Solo tengo que irme.

—No pareces estar bien.

Ella lo empujó, enfadada porque estaba tratando de controlarla, exactamente como controlaba todo lo demás en su vida.

—¿Qué quieres de mí, Alexander? Lo que sea, te lo daré y luego me iré y nunca más me volverás a ver.

—Eso no es lo que quiero —dijo él en voz baja.

No era la respuesta que esperaba, y se sentó cansada, volviéndose hacia él.

—¿Entonces qué?

—Quiero saber por qué. ¿Por qué mi padre creó tal contrato para ti y por qué estás tan comprometida con él?

Ella abordó primero la pregunta más fácil.

—¿Por qué tu padre creó tal contrato para mí? Realmente no puedo responder a eso. Sé que él también creía en la investigación. Tengo que decir que me pareció extraño. Pero no lo cuestioné. Sé reconocer algo bueno cuando lo veo.

Él gruñó, dejando clara su aversión por su padre.

—Era un hombre extraño. Solo respondía ante sí mismo.

Ella negó con la cabeza.

—Tal vez la investigación también era personal para él.

Frunció el ceño.

—¿Por qué lo sería? De todos modos, todavía no sé a qué enfermedad se supone que está dirigida toda esta investigación técnica.

—¿No te lo dije? —preguntó ella.

Él sacudió la cabeza.

—He oído de todo. Cuánto dinero he perdido en investigación, lo inteligente que es, cuánto se necesita, pero nadie me ha dicho realmente para qué es la investigación.

Ella resopló una risa divertida.

—No, supongo que no. Supongo que nadie pensó que te interesaría.

—No me interesaba. Pero ahora sí. Quiero la verdad clara y sin adornos. Toda. Incluido el nombre de esta enfermedad, que una parte considerable de mis ganancias ha estado financiando.

—¿Quieres la verdad clara y sin adornos? —Colocó su vaso vacío en la mesa y se puso de pie, ajustándose la chaqueta, lista para irse. Lo miró y casi sintió lástima por su corazón de piedra. Nunca conocería el amor como el que ella había conocido, y nunca sería feliz, porque el dinero no era el camino a la felicidad. Podría ser ignorante de muchas cosas, pero sabía esto con

certeza.

—La verdad clara, sí, me gustaría. —No le impidió irse ahora, pero se inclinó hacia delante, como si no quisiera perderse su respuesta entre el creciente ruido del pub. Se veía tan guapo, tan intocable, tan frío, que decidió decírselo. Cualquier cosa para atravesar ese exterior impenetrable y suave que presentaba al mundo. Cualquier cosa para mostrarle que había más en la vida que manipular el mundo para sus propios fines. Había dolor, había pena y había pérdida.

Se inclinó sobre la mesa hacia él, agarrando los bordes mientras lo miraba ferozmente a los ojos.

—Perdí a alguien, a mi marido, el amor de mi vida, por una terrible enfermedad. Una enfermedad para la que quiero ayudar a encontrar una cura.

Un destello de algo parecido a la simpatía cruzó el rostro de Alexander.

—Lo siento. Lo siento mucho, de hecho. Entonces, déjame aclararlo. Todo lo que has estado haciendo, cada acción, cada decisión de negocios ha sido por la enfermedad de la que murió tu marido.

No era una pregunta. Ahora lo entendía todo. Y de repente ella sintió que la lucha salía de ella y la emoción se acumulaba. La contuvo. Se negó a derrumbarse frente a un hijo de puta tan egoísta y engreído.

—Exactamente —dijo.

—Bueno, lamento tu pérdida, pero eso sigue sin ser razón para poner en peligro tu carrera utilizando los fondos de la empresa para tus propios fines.

—¿Y eso es todo lo que tienes que decir al respecto?

—¿Qué más hay?

—Si no lo sabes, si no entiendes el deseo de ayudar a las personas que están sufriendo ahora y en el futuro con esta enfermedad, entonces hay poco sentido en que diga nada más.

—¿Cómo es que me haces parecer el villano de la historia?

—Porque lo eres.

—¡Oye! No soy yo quien ha estado desviando el dinero de otras personas a un proyecto personal.

—¡¿Un proyecto personal?! ¿Cómo puedes llamarlo así? Estoy ayudando a encontrar una cura, o al menos más comprensión de la enfermedad con los fondos de mi empresa.

—Corrección. *Mi* empresa, *mis* fondos.

—Y eso es todo lo que te importa, ¿no?

—Más o menos.

Ella sacudió la cabeza con incredulidad.

—Si solo pudieras ponerte en los zapatos de un cuidador de alguien con esta enfermedad, sabrías que harías cualquier cosa, cualquier cosa, para arreglarlo.

—No puedes arreglar todo. Especialmente no con dinero prestado.

—¡Alexander! —chilló—. ¡No puedo creerlo! ¡No puedo creer que acabo de pasar una noche con alguien que piensa como tú!

Él se encogió de hombros.

—Parece que cometiste un error.

—Creo que sí. —Se inclinó hacia él—. Tienes suerte, Alexander, de que nunca hayas perdido a nadie por una enfermedad que devasta tanto a alguien que al final todo lo que pueden hacer es mover los ojos. —Quería que él entendiera, pero era más difícil de lo que pensaba decírselo. Su voz tembló, pero respiró hondo, decidida a transmitirle todo lo que pudiera para hacerlo no solo ver, sino *sentir*—. Robbie ya no podía abrazarme. Ya no podía decirme que me amaba. No podía

tragar sin ayuda. —Pensó que podía decir estas palabras para impactarlo, sin lágrimas, pero estaba equivocada. Solo supo que estaba equivocada cuando vio sus ojos seguir la línea de las lágrimas mientras corrían por sus mejillas calientes—. Y mientras veía cómo su vida se desvanecía, supe que la mía también se había perdido. Y lo único que me quedaba era una promesa que le hice de dedicar mi vida a encontrar una cura. —Se levantó, sin molestarse en limpiarse las lágrimas. Ya no le importaba.

Él se lamió los labios.

—¿Cuál era la enfermedad? ¿Cómo se llama?

—Enfermedad de Neurona Motora. Conocida por otros nombres, todos los cuales nombran una enfermedad para la que no existe cura conocida. Quería ayudar a encontrar esa cura. Y, cuando lo hagamos, porque lo sé con todo mi corazón que lo haremos —parpadeó—, tengo que hacerlo, entonces Richmond Pharmaceuticals se situará a la vanguardia del escenario mundial. —Dio un paso atrás—. ¿Ves? No estaba robando a la empresa. Estaba desviando fondos para, en última instancia, convertirla en la mejor del mundo. Dos pájaros. Una piedra.

Se ahogó al darse cuenta de que él no iba a hablar. No significaba nada, por supuesto. Así que se alejó, sabiendo que su carrera había terminado al igual que su mejor oportunidad de honrar la memoria de Robbie. Alexander Richmond lo había arruinado todo. Salió del pub, corriendo hacia el aire nocturno donde el bullicio de la gente, el tráfico y la oscuridad significarían que nadie vería sus lágrimas.

Alexander no se había movido. Desde el momento en que ella había nombrado la enfermedad, todo encajó. Los motivos de su padre y su comprensión de Lily. Su padre había tenido motivos duales. Uno para vengarse de él, y el otro, una razón mucho más personal relacionada con alguien que no podía hacer nada malo a los ojos de su padre. Una mujer que lo había dejado demasiado pronto.

Luego estaba Lily. Su razón para sus acciones ahora era clara.

Lo único que no había encajado sino que, más bien, se había desintegrado era su control sobre sus propias emociones. Ni siquiera había pensado que las tenía ya. Pero el hecho era que, al nombrar la enfermedad de la que su propia amada madre había muerto, la verdad de Lily había desbloqueado algo que él había mantenido oculto durante demasiado tiempo.

CAPÍTULO SIETE

LILY HABÍA IDO A TRABAJAR al día siguiente, creyendo que era una simple formalidad. Había revisado sus correos electrónicos más temprano, pero no había ninguno de Alexander ni de ninguno de los directores. ¿Quizás él no desperdiciaba su tiempo personal escribiendo correos de negocios? No tenía idea, pero sabía que eventualmente descubriría sus intenciones. Cualquier cosa que fuera a hacer, no dudaría en hacerlo.

No se había dado cuenta de cuánto había temido recibir la aceptación de Alexander a su renuncia hasta que encendió su computadora y descubrió que *no había* ningún correo. Ningún mensaje de voz. Nada que indicara que había recibido su renuncia, y mucho menos que la había aceptado.

Estaba confundida. Él había dicho que quería discutir su renuncia con ella. Pero al final no lo habían hecho. Aunque seguramente todo lo que él había dicho sugería que no la quería cerca, ¿no? No sabía qué estaba tramando, así que hizo lo que siempre hacía y se puso a trabajar.

La mañana pasó con reunión tras reunión, durante las cuales revisaba regularmente sus correos para ver si lo inevitable había sucedido y Alexander finalmente se había puesto en contacto con ella. Porque si algo había aprendido del día anterior, era que él la desaprobaba profesionalmente y no sentía nada por ella personalmente. Lo que había experimentado durante su noche juntos había sido solo de su parte. A él le importaba un comino ella. Se había imaginado todo.

Cuando su alerta de correo electrónico sonó nuevamente, se sorprendió al ver que era Martin de la Universidad de Cambridge. Lo abrió con una sensación de temor, porque se sentía terrible por no poder conseguir la financiación prometida. Y aún más terrible porque él entendiera y se compadeciera de ella.

Tuvo que leer el correo dos veces antes de que lo asimilara. Alexander había convocado una reunión con ambos que se celebraría en la universidad. ¿Había convocado una reunión? ¿Qué demonios? ¿Iba a atacarlos nuevamente? ¡Ya vería ella sobre eso! Quizás ella era culpable de seguir su propia agenda con el dinero de la empresa, pero Martin no. Y ella había hecho reparación con su renuncia, que él parecía estar ignorando.

Salió de su oficina y caminó por el pasillo, viendo cómo sus empleados agachaban la cabeza mientras pasaba, sin querer ser notados por ella. Pero hoy no tenía sus ojos puestos en la eficiencia. Solo quería una cosa: localizar a Alexander Richmond y decirle que no lo toleraría. Que debería aceptar su renuncia y detener esta farsa.

Caminó hacia la oficina del presidente, que raramente había estado ocupada cuando Charles, el padre de Alexander, había sido el Presidente. La puerta estaba cerrada, y su asistente la custodiaba desde fuera. Las paredes de cristal se habían vuelto opacas, así que no podía ver el

interior. Tenía sentido. Alexander era un hombre muy privado, que protegía demasiado bien lo que pensaba y hacía.

—¿Está el señor Richmond en su oficina?

—Sí, señorita McGuire. Pero no quiere ser molestado.

Se cruzó de brazos.

—¿Es así?

—Sí.

Aclaró su garganta, se balanceó sobre sus talones y trató, sin éxito, de contener su impaciencia.

—Necesito verlo urgentemente. Le agradecería que le informara de esto.

—Pero...

—¡Urgentemente! —dijo Lily con firmeza, su voz resonando por toda la oficina—. ¡Y si no abre esa maldita puerta, la patearé yo misma!

El hombre palideció detrás de sus gafas cuando la puerta se abrió tras él y Alexander apareció con una expresión divertida en su rostro.

—No creo que eso sea necesario, Lily —abrió la puerta de par en par para que ella entrara.

Entró a grandes zancadas en la habitación, y él cerró la puerta tras de sí.

—Te informó Martin de la reunión, supongo —preguntó él.

Ella se adentró más en su oficina y miró alrededor. Alexander había estado trabajando en la computadora y había algunos libros de texto abiertos sobre el escritorio. Sintió curiosidad e intentó ver de qué trataban, pero estaban demasiado lejos, y la letra era demasiado pequeña. ¿En qué estaba trabajando? No lo sabía, y odiaba no saber las cosas.

Se volvió hacia él y se cruzó de brazos.

—Sí, lo hizo. Lo cual es más de lo que se podría decir de ti. ¿De qué demonios se trata todo esto?

—Habría pensado que era bastante obvio de qué se trata. La investigación.

—Y yo habría pensado que habías dejado bastante claras tus intenciones sobre *eso*. *No* voy a permitir que Martin sea torturado por lo que fueron *mis* decisiones.

—No lo será.

—No permitiré que él... —se detuvo, asimilando lo que acababa de decir.

—¿No lo será? Entonces, ¿de qué diablos se trata todo esto? ¿Por qué no haces lo que tienes que hacer aquí?

—¿Y qué es exactamente eso?

Dio un paso más cerca de él.

—Aceptar mi renuncia.

—Ah, eso.

—Sí, eso. ¿Qué te está tomando tanto tiempo? —frunció el ceño porque ahora que la rabia rojo sangre había disminuido, notó su aspecto. Y su aspecto era cansado. Tenía sombras bajo los ojos y dolor en ellos. Había desaparecido la habitual arrogancia y mirada aguda. En su lugar estaba la mirada de un hombre al que le habían quitado todo el relleno—. ¿Qué pasa? —no pudo evitar que su voz bajara a un tono más preocupado, y podía ver que él lo percibía. Eso la enfureció de nuevo.

Él ignoró su segunda pregunta.

—No estoy aceptando tu renuncia.

—Tú... ¿Qué? —de repente se sintió insegura, fuera de su elemento, confundida.

—Ya me oíste. No estoy aceptando tu renuncia.

—¿Por qué no?

—Es... —vaciló—. Complicado.

—Yo habría pensado que era la cosa más simple del mundo. Me quieres fuera, eso está claro. Y te esforzaste mucho para asegurarte de que me fuera. —Entrecerró los ojos—. Luces, cámara, acción.

Él le lanzó una mirada de advertencia.

—Ya te lo expliqué. Fue un error, y nunca lo habría hecho.

Sintió un traidor surgimiento de emoción.

—Eso dices —dijo, apartando la mirada, incapaz de enfrentar su mirada comprensiva.

—Eso digo —repitió suavemente—. Lily, ¿te gustaría tomar asiento y tal vez podríamos discutir esto adecuadamente?

Ella dudó, apretó los labios y luego asintió.

—Claro. ¿Por qué no?

—¿Café?

—Por favor. —Necesitaba algo para traer algo de claridad a su cerebro. Porque nada tenía sentido.

Él asomó la cabeza por la puerta y habló brevemente con su asistente, antes de regresar y sentarse en un sillón, indicándole que hiciera lo mismo. No pudo evitar pensar en la última vez que había estado sentada en un sofá en su presencia. Entonces, su ropa había sido arrojada por toda la habitación. Concéntrate, Lily, se dijo a sí misma. Concéntrate.

—Supongo que estás libre para viajar a Cambridge conmigo mañana.

—Me haré libre.

—Yo conduciré. ¿Debo recogerte en tu casa?

—No —dijo, demasiado rápido. Él lo notó, pero no la cuestionó por ello. Sin duda sentía tanta curiosidad como los demás sobre dónde vivía ella—. Te veré en el vestíbulo, aquí.

—Está bien —dijo. Casi sonaba moderado, lo cual era bastante diferente al hombre que ella había llegado a conocer. Frunció el ceño, confundida—. ¿Vas a decirme qué demonios está pasando?

Él hizo una mueca.

—¿Por dónde te gustaría que empezara?

—¿Por qué no me estás despidiendo?

—Por varias razones. En parte porque me siento terrible por ese montaje de filmación, y en parte por lo que dijiste sobre la investigación.

Se esforzó por recordar. ¿Qué había dicho exactamente para haberle hecho cambiar de opinión?

—Estoy... —vaciló mientras buscaba la palabra correcta, pero sacudió la cabeza, obviamente sin encontrar una—. Lamento tu pérdida. Puedo ver cómo tal tragedia podría influir en tus acciones. Desequilibrar tu juicio.

—¿Desequilibrar? —balbuceó—. ¡Mi juicio no está, y nunca ha estado, desequilibrado!

—Eso y otra información que proporcionaste me hicieron querer saber más sobre la investigación. No he dicho que haya cambiado de opinión. Dije que quiero saber más antes de tomar mi decisión. Y no te equivoques, *me* corresponde a mí tomar esa decisión.

—De acuerdo. Ahora mi segunda pregunta. Dime, Alexander, ¿qué demonios te ha pasado? Pareces como si hubieras pasado una noche en el purgatorio.

Pensó por un minuto que podría no responder. Luego suspiró.

—Es porque así ha sido. —Pensamientos, como sombras, pasaron por su rostro y pudo ver

que estaba luchando con algo. Luego hizo una mueca, se levantó de un salto y caminó por la habitación antes de volverse hacia ella. No dijo nada porque sabía que él solo hablaría cuando estuviera listo. Esto no era algo que le resultara fácil. Esto venía de un lugar donde no estaba acostumbrado a estar. Estaba viendo a alguien luchando con sus emociones. Y esa era una palabra que nunca había pensado en conexión con Alexander Richmond.

—Pensé que tenías algún interés personal en la investigación —dijo finalmente.

—Tienes razón. Lo tengo. Quiero ayudar a las personas.

Él levantó las cejas.

—Sí, bueno, no pensé que fuera ese tipo de interés. Y luego pensé que mi padre simplemente me estaba tendiendo una trampa, exactamente como lo había hecho con mi hermano mayor, exactamente como lo había hecho toda nuestra vida. Pero entonces... —Hizo una mueca nuevamente y pudo ver que estaba luchando con algo doloroso. Tomó una respiración profunda —. Pero entonces me dijiste para qué era la investigación y todo tuvo sentido. Las piezas del rompecabezas encajaron. —Dejó de caminar y se volvió hacia ella—. Esclerosis Lateral Amiotrófica. Mi madre murió de eso.

—¿Qué? —Todo el aire salió de ella. Se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago, estaba tan conmocionada—. ¿Tu madre? ¿La esposa de Charles? Pero él no dijo nada.

—No lo haría. Se guardaba las cartas muy cerca del pecho. Supongo que te dio un contrato blindado por una razón.

A menudo se había preguntado por qué Charles había accedido a sus demandas de un contrato tan favorable para ella, pero no había querido mirarle los dientes a caballo regalado, y no lo había cuestionado. Después de todo, había conseguido lo que quería.

—Para asegurarse de que la investigación continuara después de que tú tomaras el control.

—Sí. Esa es la conclusión a la que llegué. —Dio un pequeño encogimiento de hombros—. Si fuera simplemente un capricho de mi padre, me resistiría. Pero esto es diferente. Esto es... —se mordió el labio.

—Esto es sobre tu madre.

Asintió y se aclaró la garganta.

—Murió cuando yo estaba en el internado. Había estado enferma durante años y supongo que me había acostumbrado. Nunca se quejaba. Luego la besé un día, corrí hacia el sol, me subí al coche y fui a la escuela. Y no estaba allí cuando regresé. No creo que ninguno de nosotros, los chicos, lo hayamos superado realmente.

—Por supuesto que no. Nadie podría. —Se levantó y puso sus manos sobre sus hombros. Todo lo que quería hacer era quitar el dolor que era tan palpable. Sus ojos brillaban, y él parpadeó para alejar las lágrimas.

—Jesús —resopló, tratando de esconderse de ella—. No sé de dónde ha salido esto.

Pero ella se negó a permitirle esconderse.

—Yo sí —dijo, y presionó su mano contra su corazón—. De aquí. Donde ha estado escondido durante demasiado tiempo. Es doloroso, Alexander, pero no tan doloroso como ignorarlo. Cuando las cosas están escondidas y enterradas, se retuercen, se pervierten y se vuelven antinaturales. Ya no puedes esconderte de ello.

—Entonces, ¿qué demonios voy a hacer con esto?

—Vas a tener que llorar, me temo. Y luego vas a tener que recordar. Y luego tendrás que llorar y seguir llorando, hasta que ese dolor fresco se transforme en un dolor sordo.

—¿Hasta que el dolor desaparezca?

—Nunca desaparecerá. Pero *se volverá* soportable. Se convertirá en una parte de ti, lo cual es

importante y te cambiará. Lo sé. Porque eso es exactamente lo que me pasó a mí.

Lo atrajo hacia ella en un abrazo apretado y apoyó su mejilla contra su pecho, escuchando la respiración irregular mientras trataba de contener el dolor recién descubierto. No sabía si alguna vez haría lo que ella decía y liberaría el dolor. Era aterrador. Y no era algo a lo que él estuviera acostumbrado. Pero se aseguraría de estar cerca cuando lo dejara ir.

Comprendió cuando él se alejó, demasiado bruscamente, y caminó de regreso a la computadora, agarrando el respaldo de la silla. Escuchó su brusca inhalación antes de que se diera la vuelta.

—Nos vemos mañana, Lily.

—Claro. —No estaba acostumbrado a mostrar sus emociones y quería estar solo. Lo entendía —. Hasta mañana, entonces.

Alexander lamentaba haber acortado su reunión con Lily el día anterior. Por mucho que le hubiera encantado que sus penas fueran distraídas por su hermoso cuerpo, sabía que corría el riesgo de derrumbarse frente a ella. Y se negaba a hacer eso. Un hombre tenía su orgullo. Justo lo suficiente para poner una excusa para no ver a Lily la noche anterior.

Así que, mientras conducía su auto hasta el frente del edificio, sintió un cosquilleo de emoción que le era extraño. Se dio cuenta de que estaba deseando ver a Lily de nuevo, sin importar lo que el día trajera. Ya fuera que terminara con el sentido común prevaleciendo y la investigación siendo detenida, o que procediera, o algo intermedio, aún no lo había decidido. Pero sabía que no podía esperar para verla de nuevo.

Salió del coche, saludó al guardia de seguridad y se apoyó contra el coche, disfrutando del calor del sol de la mañana en su espalda y del pensamiento de Lily en su mente.

No tuvo que esperar mucho. Vio a Lily descender en el ascensor de cristal desde el piso donde estaba su oficina. Habría sido difícil no verla. Aparte de su brillante cabello rubio, llevaba un traje pantalón de color rosa fucsia y miraba directamente a través del vestíbulo hacia él. Su mirada estaba fija en la suya como un dispositivo de orientación, como si no hubiera ningún otro lugar donde mirar. Era tan impresionante y agresivamente impresionante como siempre, y literalmente le quitó el aliento.

Se quedó de pie, con las manos metidas en los bolsillos, tratando arduamente de controlar un impulso casi abrumador de alcanzarla, arrastrarla hacia él y besarla hasta dejarla sin sentido. Pero ella no hacía besos, se recordó a sí mismo. En cambio, apretó sus manos en puños mientras ella se acercaba, decidido a contenerse, porque hoy no se trataba de obtener satisfacción. Se trataba de reconstruir la confianza de esta mujer en él y encontrar un camino hacia adelante para esta nueva versión de sí mismo que aún no entendía. Porque, ¿por qué lo haría? Dudaba que hubiera sentido alguna emoción de cualquier profundidad desde que era un niño. Desde, se admitió a sí mismo, que su madre le había sido arrebatada. Porque así es como todavía se sentía. Le habían robado. Y había culpado a su padre todos estos años con la irracionalidad de la juventud.

Lily le saludó con frialdad con la cabeza, y él le abrió la puerta.

—Su taxi la espera, señora —dijo con fingida solemnidad.

Si pensó que ella sonreiría, divertida, estaba equivocado. Después de todo, esta era Lily.

—Mi taxi llega tarde.

—Su humilde jefe se disculpa.

Eso la hizo resoplar mientras se acomodaba en los profundos asientos de cuero de su Porsche.

Al principio se sentía extraño, solo con Lily y teniendo que hablar en lugar de hacer el amor. La verdad era que apenas la conocía, pero estaba decidido a remediarlo durante el viaje hacia el norte. Era parte de la razón por la que había decidido conducir. Le haría saber la otra parte más tarde.

Eligió deliberadamente una ruta indirecta que los llevaba a través del East End de Londres. Ella no dijo nada al principio, pero cuando él deliberadamente giró por East India Docks Road, ella lo miró.

—Lo sabes.

—¿Saber qué? —preguntó, aunque sabía a qué se refería. Parecían comunicarse así. Se entendían a un nivel que otros no.

Se movió en su asiento para poder mirarlo de frente. Por supuesto que lo haría. Ella enfrentaría cualquier cosa que la amenazara directamente.

—Sabes que vivo aquí, en el East End.

—Sé que vives por aquí en algún lugar. Esperaba que tú me lo dijeras.

—Ya pasamos el desvío hacia mi calle.

Miró hacia atrás, pero solo pudo ver edificios de apartamentos sin alma, intercalados con casas más antiguas que habían visto días mejores.

—Um —dijo, sin poder ocultar su sorpresa—. ¿Por qué vives ahí?

—Porque es el lugar donde me crié y el lugar donde viví mi vida matrimonial.

—Tu hogar, entonces.

Ella se dio la vuelta y miró por la ventana las casas que pasaban, los bloques de apartamentos y el río.

—Una vez lo fue. Ya no estoy tan segura.

—Entonces, ¿por qué quedarte?

—Porque no puedo irme. —Apretó los labios—. Los recuerdos, ¿sabes?

Deseó no ver, pero vio claramente que ella aún no había superado su matrimonio, incluso si su esposo había estado muerto durante dieciocho meses, como le habían informado sus investigadores.

—Al menos tú estás viviendo con tus recuerdos. Yo me alejé demasiado rápido de los míos. Tú me mostraste eso.

Indicó para girar hacia la autopista, pero ella puso su mano sobre la suya, deteniéndola.

—Tomemos la otra ruta, por las carreteras secundarias.

—Claro —dijo, corrigiendo su indicación y continuando por la carretera más pequeña que serpenteaba a través de los pueblos y ciudades de Essex antes de dirigirse al norte hacia Cambridge. No cuestionó su petición, porque quería complacerla, hacer reparación por lo que casi le había hecho.

No habían viajado mucho cuando ella estiró el cuello, mirando a través de un claro en los árboles hacia una plaza de pueblo, con su antiguo pub y su iglesia. Un gran granero reconvertido, con extensiones acristaladas que reflejaban el cielo y el césped y los árboles alrededor, pasó rápidamente y ella se recostó. Ahora él estaba realmente curioso.

—¿Un lugar que conoces?

—No realmente. Estuve dentro una vez cuando Robbie me llevó. Fingimos estar interesados en comprarlo —inclinó la cabeza hacia un lado, perdida en sus recuerdos.

—¿Lo estabais? ¿Interesados en comprarlo?

Ella se rio.

—No teníamos dinero. Éramos estudiantes universitarios en ese momento. No, solo era un

sueño imposible. La amiga de mi abuela solía traernos aquí algunos domingos para un picnic, para alejarnos de todo. Y luego, después... bueno, era una escapada de la ciudad para ambos. Solo un sueño.

Solo un sueño. No pudo evitar pensar que ahora la conocía mejor después de conocer sus sueños.

Mientras pasaban junto a las hermosas torres medievales y los edificios de los diferentes colegios de Cambridge, Lily tuvo que admitir que sus esperanzas habían aumentado con cada kilómetro recorrido. No estaba segura si Alexander estaba esforzándose por compensar el hecho de que realmente había contemplado, aunque fuera brevemente, hacer un vídeo sexual para avergonzarla, o si la revelación de que la investigación estaba relacionada con la enfermedad de su madre había sido el punto de inflexión. Pero, por la razón que fuera, tenía esperanzas de que él pudiera, quizás, continuar invirtiendo en la investigación. Sería un enorme alivio. Eso no se lo había imaginado. Pero la presión de impulsar su agenda personal había resultado más estresante de lo que había imaginado.

Después de aparcar el coche, caminaron por la orilla del río. Con los estudiantes remando en sus barcas a lo largo del río soleado con sus sauces llorones, los edificios de la universidad alrededor y las agujas de las iglesias que dominaban el horizonte, era una imagen perfecta.

Martin les recibió y, después de darles un breve recorrido por las instalaciones y presentar a Alexander a los investigadores principales, les condujo a la sala de reuniones. Lily nunca se ponía nerviosa, pero ahora sí. Había observado a Alexander mientras miraba alrededor y podía ver que estaba impresionado. Especialmente cuando un investigador explicó sus propias razones personales para su enfoque. Eran similares a las suyas y podía ver que habían conmovido a Alexander.

—¿Os gustaría algo de beber o comer?

—No, gracias, Martin. La razón principal por la que quería esta reunión era para decírtelo personalmente.

Ni Martin ni Lily se movieron. Los únicos sonidos eran los de los estudiantes llamándose desde el Cuadrángulo.

—He decidido continuar apoyando la investigación.

Martin sonrió ampliamente, pero Lily no podía moverse. Se sentía aturdida. Vagamente era consciente de los dos hombres hablando brevemente y luego levantándose y estrechándose las manos calurosamente. Intentó obligarse a moverse, pero no creía que pudiera. Sus piernas estaban tan entumecidas como su corazón y su cerebro. Su mundo parecía estar girando fuera de control, con todo lo seguro cambiando bajo sus pies.

Sacó su teléfono y fingió revisar algo. Pero no lo estaba haciendo. Estaba mirando la pantalla, esperando a que el mundo volviera a enfocarse. Momentos después, hubo silencio, y levantó la mirada para encontrarse sola con Alexander.

Se lamió los labios.

—¿Vas a apoyarla? —preguntó, con una voz que sonaba débil y patética a sus oídos.

—Así es. Te contaré los detalles mientras conducimos.

Se puso de pie y se aferró a la mesa mientras se tambaleaba un poco.

—¿Hemos conducido hasta Cambridge para una reunión de media hora?

—No. Tenía motivos ocultos. —Abrió la puerta—. ¿Nos vamos?

Para una persona acostumbrada a controlar todo a su alrededor —excepto lo único que había

importado, su marido, por supuesto—, ahora su agarre se sentía resbaladizo en casi cada parte de su vida.

—¿Ir a dónde?

—No sé tú, pero yo necesito una copa.

—Estás conduciendo —señaló vagamente.

—Pero tú no, y realmente parece que te vendría bien un trago fuerte.

—Creo que tienes razón.

No hablaron mientras volvían sobre sus pasos hacia el exterior bajo el sol de la tarde. Él puso su mano suavemente en la parte baja de su espalda para guiarla al pub más cercano, y ella no la apartó como habría hecho normalmente. Necesitaba su guía, porque sentía que estaba a la deriva sin brújula. Supuso que así es como se sentía cuando luchabas toda tu vida contra algo, solo para que esa cosa cediera, dejándote caer, llena de impulso hacia adelante, sabiendo que necesitabas cambiar de rumbo pero incapaz de detenerte de la caída.

Tropezó, y él la sostuvo, atrayéndola a sus brazos. Apartó su cabello, que se había soltado de su pinza.

—Supongo que puedo parar ahora —dijo ella, parpadeando para contener las lágrimas.

Él ladeó la cabeza en señal de interrogación.

—¿Parar qué?

Ella sostuvo su mirada, necesitando que él entendiera.

—Luchar. Yo, intentando hacer que el mundo sea correcto. Yo, intentando ayudar... —Pero no pudo decir el nombre de Robbie sin tragar saliva, mientras una enorme avalancha de emoción amenazaba con romperla. En cambio, sacudió la cabeza y se alejó tambaleándose. Empezó a correr y no se detuvo hasta que llegó al final del camino, con su paso bloqueado por el río. El mismo río junto al que ella y Robbie caminaban después de que sus clases terminaran por el día.

No podía soportarlo más. Ni los recuerdos, ni el dolor, y ciertamente no un futuro sin él. Dejó caer su cabeza hacia atrás y dejó escapar un gemido de dolor que venía de lo más profundo de su ser. El lamento se extendió por el río y hacia el parque más allá, el sonido perdiéndose en la vasta extensión del cielo sobre la tierra plana. Justo como ella se sentía perdida.

—¡Lily! —Intentó moverse, pero los brazos de Alexander la rodearon demasiado rápido y con demasiada firmeza.

Luchó por alejarse, pero él solo hizo sus brazos más estrechos a su alrededor.

—¿Está bien? —preguntó una mujer que paseaba a un pequeño terrier, que se quedó ladrándoles—. ¿Este hombre la está molestando?

Lily miró de la mujer a Alexander y notó que el dolor que había visto antes había sido reemplazado por algo muy diferente. Si hubiera sido cualquier otra persona que no fuera Alexander, lo habría llamado compasión. Pero este era Alexander, ¿verdad? El egoísta y controlador Alexander, que no tenía un hueso compasivo en su cuerpo.

—¿Te estoy molestando, Lily? —preguntó Alexander—. Porque si es así, me iré. Pero solo cuando sepa que estás bien.

Ella se volvió hacia la mujer.

—Gracias por tu preocupación. Lo aprecio. Pero él solo está tratando de consolarme.

La mujer miró a Alexander con incredulidad y luego volvió a mirar a Lily con aire comprensivo. Tocó su hombro.

—¿Estás segura de que estás bien?

La gente era buena. Lily lo sabía y puso su mano sobre la de la mujer.

—Gracias. No estoy bien todavía, pero lo estaré.

La mujer asintió y siguió su camino. Lily se volvió hacia Alexander.

—Creo que aceptaré esa copa.

Alexander la soltó con una sonrisa.

—Que sea doble y tú invitas, y me apunto.

—Trato hecho.

Cambridge no escaseaba en pubs y, de sus años universitarios, Lily conocía la mayoría. Así que llevó a Alexander a un antiguo y discreto pub junto al río, que estaba vacío a esa hora de la tarde. Tomó asiento, y él pidió algo —a ella no le importaba qué— y vino a sentarse a su lado en el mirador sobre los oscuros asientos de madera.

—No sabía qué querías, así que he pedido whisky, un café y algunas otras cosas, incluyendo comida.

Eso le hizo sonreír. Alexander no hacía nada a medias. Era ese tipo de hombre.

—Gracias.

Él estudió su rostro.

—Pareces agotada.

—No duermo bien —dijo, mirando hacia otro lado.

—No. Me lo imagino. Has tenido mucho sobre tus hombros estos últimos años. Con tu marido y el trabajo. —Hizo una pausa—. Pero quiero que sepas que ya no estás sola.

Ella lo miró fijamente. Entendía que estaba tratando de ser amable, pero el hecho era que ella *estaba* sola y siempre lo estaría. Así era simplemente como tenía que ser.

Se salvó de responder inmediatamente cuando el camarero trajo una bandeja de vasos, una botella de whisky y comida. Sus ojos no se apartaron de la comida. De repente se sintió hambrienta y tomó la hamburguesa y dio un mordisco. Se recostó mientras masticaba, observando a Alexander beber su café. Parecía que era más responsable de lo que aparentaba.

Su expresión seguía siendo de compasión. Hacía que no pareciera él mismo. Hacía que pareciera alguien a quien ella podría... Se volvió rápidamente ante el pensamiento del afecto que la llenaba cuando miraba su rostro. Debía sentirse débil. Se pasó las manos por el pelo.

—Entonces —dijo—. ¿Vas a decirme exactamente por qué vas a continuar apoyando la investigación? Quiero decir, entiendo lo de la conexión con tu madre, pero también entiendo que tu padre te ha obligado a esto. ¿Estás seguro de que no nos guardarás rencor a mí y al trabajo si continúas?

—¿Estás tratando de convencerme para que no lo haga? —preguntó con una sonrisa.

—No. Dios, no. Quiero que la investigación continúe. Por supuesto que sí. Simplemente no entiendo bien por qué lo estás haciendo, o cuáles son tus motivos.

—Mis motivos —murmuró, mirando alrededor, inusualmente inseguro, sus ojos recorriendo la habitación como si esperara encontrar una respuesta escondida en algún lugar de los rincones sombríos del pub. Lentamente, se volvió hacia ella con una mirada resignada en su rostro—. No, supongo que también me tomó un tiempo entenderlo. Todo ha pasado tan rápido.

—Te refieres a hacerte cargo de la empresa, ¿verdad?

—No. —Su mirada se posó en ella—. Me refiero a descubrir que me importas.

Ella cruzó su mirada con la de él.

—Tú... —Su boca se sentía demasiado seca para pronunciar la palabra que no asociaba con él.

—Me importas —dijo con firmeza—. Sí, parece que así es. —Se encogió de hombros y terminó el café, mirando el whisky con un suspiro—. Dios sabe por qué.

Ella miró hacia otro lado, abriendo los ojos con sorpresa y tragándose el resto de su bebida.

—Bueno, eso es una sorpresa.

—Para mí también, te lo aseguro. Por eso te traje a Cambridge. Fue un poco un pretexto porque quería alejarte de Londres, alejarte de todo.

Ella sabía exactamente lo que significaba "todo". Alejarla de los recuerdos de Robbie.

—Bueno, lo has logrado.

—Sí, pero no nos quedaremos aquí. Nos dirigimos a Norfolk. Mi hermano, Sebastian, y su esposa, Indra, nos esperan.

—¿Qué?

—Nos esperan. Necesitas un descanso y me gustaría conocerte mejor. Si estás de acuerdo con eso.

Ella suspiró. No le quedaban fuerzas para insistir en regresar a Londres. Miró hacia fuera a los sauces llorones, que se balanceaban con la suave brisa sobre el río. Los rayos del sol descendente se reflejaban desde el río, a través de los cristales emplomados de la ventana, proyectando sombras en el techo del pub. Era reconfortante, y ella necesitaba consuelo. Quizás Alexander tenía razón.

—Sí, estoy de acuerdo. Más que de acuerdo.

Él se acercó y tomó su mano.

—¿Quieres hablarme de él? De Robbie, quiero decir.

Ella sonrió.

—Sé a quién te refieres. —Gruñó sorprendida—. ¿Sabes? Apenas he hablado con nadie sobre él. Solo con algunas personas que todavía vienen al apartamento. De lo contrario... —Se encogió de hombros.

—Me gustaría saber lo que quieras contarme.

—No sé por dónde empezar.

—Bueno, ya sabes lo que dicen. Empieza por el principio.

Ella se mordió el labio y asintió.

—Supe que Robbie era para mí el día que se sentó sobre mí y me sujetó para evitar que peleara con alguien.

—¿Qué?

—Teníamos cinco años.

—Oh —dijo él—. Supongo que entonces está bien.

—Sí —dijo, sonriendo, perdida en sus recuerdos—. *Estaba* bien. Veníamos de zonas vecinas del este de Londres y él me siguió hasta Cambridge, donde trabajó y vivimos juntos cuando conseguí una beca aquí. —Sintió una sensación de liberación. Era como si una vez que se había quitado la tapa, no hubiera forma de detener su impulso de contarle todo—. Cuando nos establecimos de nuevo en Newham, conseguí un trabajo en la City y Robbie comenzó a trabajar como asistente social. Íbamos a intentar tener hijos. Él quería que esperara hasta que tuviera unos años de trabajo. Así que estuve de acuerdo. Ojalá no lo hubiera estado. —Miró hacia el techo. Ya no estaban los reflejos cambiantes de luz. Solo sombras, ya que el sol se había movido detrás de los edificios al otro lado del río, y sus rayos habían desaparecido.

—¿Por qué? —la animó, con una voz suave que le recordaba a Robbie. Estaba sorprendida, porque al principio Alexander había parecido lo opuesto.

—Porque tendría algo suyo y mío. Pero en cambio no tengo nada. —Lo miró—. Enfermó, ¿sabes? Empezó con un arrastre de los pies y cansancio general. Luego una cosa siguió a la otra, y le diagnosticaron esclerosis lateral amiotrófica. Le dieron de dos a tres años. Aguantó poco más de un año.

—Y has estado luchando por él desde entonces.

—Supongo que sí.

—Puedes parar ahora. Te ayudaré. Podemos hacerlo juntos. Tú y yo, trabajando juntos. Un equipo. Una asociación.

Ella miró hacia otro lado, incapaz de responder. Ahora no era el momento de decirle que estaba completamente equivocado.

CAPÍTULO OCHO

ERA TARDE cuando llegaron a Richmond Manor, en el corazón rural de Norfolk.

Alexander cerró de golpe la puerta del coche y miró la imponente mansión, con glicinas alrededor de la puerta principal y grandes ventanas que captaban los últimos rayos del sol poniente. Sintió esa vieja sensación de hundimiento que siempre había tenido cuando era niño, al regresar a casa desde el internado: una combinación de miedo y tristeza que se asentaba en sus entrañas.

—¡Qué lugar tan increíble! —dijo Lily, saliendo del coche, con el rosa brillante de su traje en marcado contraste con los suaves verdes de los árboles y la antigua casa de ladrillo. Menos mal. Cualquier cosa diferente al lugar en el que creció le parecía bien. Ella se echó el pelo de la cara para poder ver mejor la casa. Dios, era preciosa. Una mujer preciosa, con un corazón herido que él estaba decidido a consolar. Parecía que su propio corazón, recién descubierto, se negaba a ser desviado—. ¿Qué antigüedad tiene? —preguntó ella.

—¿Perdón? —Por un momento no pudo pensar de qué estaba hablando.

Ella sonrió, como si pudiera leerle la mente.

—La casa. ¿Qué antigüedad tiene?

Él se encogió de hombros.

—Ni idea. Solo sé que perteneció a la familia de mi madre durante siglos.

—¿Y tu hermano y su esposa viven aquí ahora?

—Sí. Sebastian e Indra viven aquí ahora.

—Es hermosa.

Él intentó mirarla a través de los ojos de Lily, pero se distrajo cuando ella volvió sus profundos ojos azules hacia él. Eran del color de los jacintos, que a veces parecían de un azul puro y en otros momentos, más íntimos, tenían una oscuridad en la que quería hundirse. Y, en ese momento, quería hundirse en ella.

Ella rio y se acercó a él, dándole un golpecito en el pecho.

—¡Alexander Richmond! Sé exactamente lo que estás pensando.

Él la agarró y la atrajo hacia sí, y ella se retorció contra él. Alexander gimió.

—Quizás podríamos ir directamente arriba.

—¿E ignorar a tu hermano y a tu cuñada? No creo que sea muy educado —dijo ella.

—¿Desde cuándo te preocupan las formalidades?

—Desde que soy invitada en la finca familiar de mi jefe.

Él frunció el ceño.

—¿Así es como me ves? ¿Tu jefe?

—Es verdad, ¿no?

Alexander no pudo responder porque se oyó el sonido de la puerta principal abriéndose.

—¡Alexander! —llamó una voz femenina desde detrás de ellos. Ambos se giraron para ver a una mujer menuda de pelo oscuro con un vestido suelto de seda caminando hacia ellos.

Él se apartó, pero mantuvo un brazo alrededor de Lily, sin querer desconectarse completamente de ella, y sorprendido de lo posesivo que se sentía. Pero no lo suficiente como para hacerle soltar el brazo, y Lily no se alejó.

—¡Indra! —saludó, dándole un beso en ambas mejillas—. Estás radiante. El embarazo te sienta bien.

Indra hizo una mueca.

—No puedo decir que las náuseas matutinas me sentaran bien. Pero gracias a Dios eso ya pasó. —Se volvió hacia Lily—. ¡Hola!

Alexander apretó la cintura de Lily.

—Lily, esta es mi sorprendente cuñada, Indra.

—Una sorpresa para todos, incluida yo —dijo Indra.

—Y esta es Lily, mi... —Dudó mientras intentaba averiguar cómo describir su relación con ella. Lily sonrió, disfrutando de su confusión.

—Su directora general —dijo Lily, decidiendo evidentemente sacarlo de su miseria—. Una directora general bastante imposible, sospecho que estará pensando.

—Estoy segura que no —dijo Indra—. Un placer conocerte. —Se dieron la mano—. No es frecuente que veamos a Alexander por aquí.

—¿De verdad?

Alexander sintió la mirada incisiva de Lily sobre él. Se encogió de hombros.

—He estado ocupado.

—Sebastian estará aliviado de verte.

—¿En serio?

—Sí, estaba preocupado por ti.

Alexander gruñó.

—No tengo ni idea de por qué. Nunca lo ha estado antes.

—Cuando dijiste que venías aquí y traías a una amiga, pensó que algo debía estar pasando. —Indra volvió su dulce rostro hacia Lily—. Pero ahora veo que no hay absolutamente nada de qué preocuparse.

Indra abrió la puerta principal para ellos.

—Entrad y poneos cómodos. He pedido té para vosotros en la sala de estar. Pero me temo que me esperan en los establos dentro de cinco minutos. Tenemos un nuevo caballo llegando.

—No hay problema. Lamento que hayamos llegado antes de lo que dije. Haz lo que tengas que hacer.

Indra hizo una mueca.

—Me temo que voy a tener que hacerlo. Es demasiado importante para perdérselo. Lo siento, Lily, aquí estamos locos por los caballos. ¿Montas?

Alexander se volvió para ocultar una risita ahogada. Su cuñada era un encanto, pero, sospechaba, no tenía tanta experiencia sexual como Lily. Y podía recordar con perfecta claridad la última vez que Lily lo había montado a él. No creía que fuera a olvidarlo nunca. Lily se aclaró la garganta como si ella también estuviera haciendo lo posible por contener una risa ante el mismo recuerdo.

—No sé nada de caballos —dijo con demasiada alegría—. ¿Quizás podría ver los establos antes de irnos?

—Por supuesto. Sería divertido. Os veré a los dos más tarde. Cenaremos a las ocho, pero he pedido té para vosotros en la sala de estar.

Mientras Indra se alejaba, Alexander se preguntó, no por primera vez, cómo su hermano machista se las arreglaba con una esposa que claramente estaba firmemente al mando. Pero, pensó mientras miraba a Lily, sin duda el equilibrio de poder se restablecía a puerta cerrada.

—Será mejor que hagamos lo que dice Lady Richmond —dijo, abriendo la puerta de la sala de estar.

—¡Vaya! —exclamó ella—. Nunca he estado en un lugar así.

—Tienes suerte —dijo él, mientras ella se acercaba a los retratos de sus padres, que ahora colgaban uno junto al otro.

Ella se giró de repente.

—Hablas como si odiaras este lugar.

—Lo odio. O quizás debería decir que lo *odiaba*. Pero se siente diferente ahora que Indra está aquí. Ella y su madre se mudaron aquí hace más de una década para cuidar de mi padre. Y mi padre manipuló a Indra para que se casara con Sebastian.

—¡Eso es muy extraño!

—¡Y que lo digas!

—¿Y se casaron?

—Tenían que hacerlo si querían seguir viviendo aquí, y ninguno de los dos quería estar en ningún otro lugar.

—¡Vaya! ¿Eso es siquiera legal?

—Aparentemente. Pero todo salió bien. Nunca he visto a Sebastian más feliz. Y, como puedes ver, Indra es una mujer maravillosa.

Los ojos de Lily se suavizaron.

—Están enamorados —dijo con aire soñador—. Es increíble cómo les ha funcionado.

—Es nada menos que un milagro.

—¿Quizás tu padre sabía lo que hacía después de todo?

Alexander negó firmemente con la cabeza.

—De ninguna manera. El viejo era un tirano y estaba tratando de manipular a sus hijos desde más allá de la tumba.

Ella inclinó la cabeza.

—Lo odias.

—Sí —dijo él con firmeza—. Lo odio.

—¿Por qué?

—Era un cabrón. Fue cruel con nosotros.

—¿Tu madre no intentó detenerlo?

Alexander se quedó callado mientras recordaba.

—No era tan cruel cuando ella estaba viva.

—¿*Tan* cruel?

—No era... cruel en absoluto, entonces. Fue después.

—¡Hmm! Fue muy dulce conmigo.

—Esa es una palabra que nunca antes había oído asociada a mi padre.

—No, de verdad, lo fue. Nos reunimos varias veces antes de que me ofreciera el trabajo.

—¿De qué hablasteis?

—Tuvimos conversaciones bastante francas, en realidad. Tu padre podía extraer información de mí que yo no tenía intención de dar.

—¿Qué tipo de información?

—Sobre mi pasado. Sobre lo que quería del futuro.

—¿Y no te importó contarle ninguna de estas cosas?

—Realmente quería el trabajo.

—Por supuesto que sí. Y mi padre realmente quería que ayudaras a dirigir sus fondos, incluso después de su muerte, para encontrar una cura para la enfermedad que le arrebató a una esposa y a nosotros una madre. Y a todos nosotros una vida familiar funcional.

Se oyeron firmes pasos masculinos por el pasillo, y Alexander agradeció la aparición de su hermano. Porque, en los últimos días, su padre había demostrado ser un hombre diferente al que él conocía, lo que arrojaba dudas sobre sus creencias. Y él no quería estar equivocado. Porque, si lo estaba, tendría que aceptar el hecho de que era tan responsable como su padre y sus hermanos de todo el odio que había impregnado sus vidas.

Si la mansión era hermosa durante el día con la cálida piedra bañada por la luz del sol, por la noche era impresionante, pensó Lily, mientras Sebastian les servía a todos unas copas después de la cena. Ambos juegos de puertas francesas del comedor estaban abiertos hacia la terraza, y una cálida brisa nocturna soplaba dentro de la habitación, disipando el calor del día y proporcionando un alivio bienvenido. Las numerosas luces laterales proporcionaban un cálido resplandor, y brillaban en el cristal y la plata con los que Indra había puesto la mesa.

Lily no sabía exactamente qué había esperado del hermano y la cuñada de Alexander, pero ciertamente no había esperado encontrar tanta calidez y amistad. La trataban como si fuera un miembro bienvenido de su familia. Se preguntó si habían entendido mal. Si pensaban que ella y Alexander estaban más unidos de lo que estaban. No por primera vez, se preguntó qué les habría contado Alexander sobre ella. Porque, después de todo, no se conocían desde hacía mucho tiempo. Y, durante su breve tiempo juntos, habían tenido sexo alucinante y se habían enfrentado en la sala de juntas. Ninguna de las dos cosas, pensó, era adecuada para contárselas a su hermano y su cuñada.

—Un penique por tus pensamientos —dijo Indra, sonriendo desde el otro lado de la mesa de café donde se habían trasladado después de la cena.

—Dudo que valgan un penique —mintió Lily, apartando la visión del sexo sensacional que valía mil millones de dólares. Tenía que pensar en algo rápidamente—. Richmond Manor es increíble —dijo, cambiando rápidamente de tema.

—Lo es. Pero también es hogar —dijo Indra—. Cuando era joven viví en una hermosa mansión en la India, así que mi madre y yo estábamos acostumbradas a cosas exquisitas. Pero en los últimos años, la fortuna de mi padre... *disminuyó*, digamos, y así nuestro último hogar fue en un apartamento de la ciudad que era mucho más humilde.

—Suena un poco como el mío —rio Lily—. Aunque sospecho que el mío es mucho más pequeño que el vuestro.

—Pero es tu hogar, y eso es lo importante.

—Quizás, por ahora. Algún día creo que me mudaré, pero aún no estoy lista.

—¿Oh? ¿Qué te lo impide?

Lily miró a Alexander, que parecía estar escuchando atentamente a Sebastian mientras hablaba de asuntos de la finca. No la estaba escuchando.

—Oh, esto y aquello.

—Lo siento, soy demasiado entrometida. Sebastian siempre dice que lo soy. Simplemente le

digo que estoy interesada en las personas, a diferencia de él.

Lily rio.

—Está bien. No me importa que preguntes. Pero esto —agitó la mano con un ademán— realmente es una casa de ensueño.

—Sí, ciertamente es la casa de *mis* sueños —dijo Indra.

—Ahora tu casa es realidad —dijo Lily.

—De hecho. Los sueños a veces se hacen realidad.

Lily hizo un sonido desdeñoso.

—Soy demasiado pragmática para creer eso.

—¿No tienes una casa de ensueño?

—Oh, claro. Simplemente no es como esta.

—Dime cómo es tu casa de ensueño. Me encantaría saberlo. Lo siento, pero soy curiosa. La decoración de interiores es un hobby mío.

Lily lanzó otra mirada rápida a Alexander que estaba haciendo girar brandy en una copa, mirando a Sebastian de vez en cuando. Pensó que podía arriesgarse.

—Me encanta tu casa, pero mi casa ideal es muy diferente de esta. Es... —Dudó mientras pensaba en la casa de Essex de la que ella y Robbie se habían enamorado—. Más peculiar, supongo que podrías decir. Partes son antiguas, pero otras partes son muy modernas. Es un granero convertido con enormes ventanas. Estuve dentro una vez.

Los ojos de Indra se ensancharon.

—Así que es una casa real.

—Sí. Recuerdo la primera vez que la vi. —Se relajó, olvidándose de Alexander, mientras revivía los viejos recuerdos—. Está en un pequeño pueblo de Essex —continuó—. Era el tipo de lugar al que la gente del East End solía ir los fines de semana para tomar aire fresco y pasear por el campo. Mi abuela tenía un novio que era uno de los pocos que tenía coche y solía llevarnos a mí y a mi abuela allí para alejarnos de las cosas por un tiempo.

—¿Cosas? —sugirió Indra.

Lily se encogió de hombros. Sin querer decirle a Indra que se estaban alejando de la propia madre de Lily.

—Oh, ya sabes, solo la vida diaria.

Indra asintió, dándose cuenta de que su pregunta iba a quedar sin respuesta.

—¿Y fantaseabas con ella cuando eras niña?

—No —rio Lily—. Eso vino después. Cuando fui allí con mi... um, novio. —Se aclaró la garganta y comenzó a hablar más rápido—. Es un pueblo pequeño con un fuerte sentido de comunidad y la casa tiene árboles en tres lados a su alrededor, como si la estuviera nutriendo, pero no hay nada pequeño en ella. Las proporciones son grandes.

—¿Cómo es que entraste?

—Estaba en venta en ese momento. Y fingimos ser posibles compradores, aunque en realidad no teníamos ni dos peniques para hacer sonar juntos. —Suspiró—. Fue maravilloso. Así que, supongo que siempre he tenido eso en el fondo de mi mente cuando se trata del hogar perfecto. Perfecta conexión con los días felices con mi abuela y exactamente el tipo de hogar que me gustaría.

Lily esperaba que Indra no le preguntara sobre el novio. Afortunadamente, Indra estaba demasiado bien educada como para indagar.

—¿Así que el East End? Nunca he estado allí. ¿Cómo es tu casa allí?

—Sospecho que el hogar de Lily es un secreto —dijo Alexander.

Lily se giró rápidamente. No había notado que Alexander se acercaba. Repasó en su cabeza lo que había dicho y se estremeció, esperando que no hubiera escuchado su charla sobre su casa perfecta. Tales sueños ahora parecían infantiles.

—No es ningún secreto. No realmente. Vivo en Newham. El lugar donde me crié entre la gente que he conocido toda mi vida.

—Pocos de nosotros podemos decir eso —dijo Indra suavemente—. Eso debe ser encantador para ti.

Lily se mordió el labio. No hablaba de cómo se sentía realmente con nadie, pero Indra invitaba a tales confidencias.

—Lo es, o, mejor dicho, lo era. —Jugueteó con su vaso—. Pero, a medida que pasa el tiempo, anhelo algo diferente.

—¿Entonces por qué no te mudas?

No podía decir las palabras. No es que le importara decírselo, pero no estaba segura de poder evitar que su voz temblara.

—¿Quieres que se lo diga yo si te resulta difícil? —preguntó Alexander con suavidad.

Ella apretó los labios y asintió.

—Por favor.

Alexander se volvió hacia Indra y Sebastian.

—Lily estaba casada con su amor de la infancia. Pero, tristemente, él murió. Y no creo que lo haya superado todavía.

Lily encontró su mirada. Alexander nunca le había dicho nada parecido antes.

—¿Tengo razón? —preguntó Alexander.

Ella asintió.

—Nunca superas completamente la muerte de alguien a quien amas —dijo Indra—. Pero lo mantienes en tu corazón y luego das un paso adelante, luego otro y antes de que te des cuenta estás siguiendo adelante con la vida. Tal como ellos habrían deseado que hicieras.

—Robbie quería que me sumergiera de nuevo en la vida e hiciera todas las cosas que quería hacer. —Parpadeó—. Pero es difícil.

—Quizás sea más fácil si te alejas —dijo Alexander.

—Aún no es el momento. No estoy lista.

—¿Cómo sabrás cuándo estés lista? —preguntó Alexander.

—Cuando no sienta que estoy dejando mi corazón atrás.

Alexander sostuvo la mirada de Lily durante unos largos momentos.

—Parece que sabrás cuándo llegue el momento —dijo Indra—. Entonces te mudarás a donde tu corazón te diga que debes estar. No quieres apresurarlo.

Lily lanzó a Indra una mirada agradecida.

—No, creo que no.

Sebastian se sentó en el brazo del sillón y puso su brazo alrededor de Indra, besándola en la mejilla.

—Mi esposa tiene un sentido extraño para cosas como el hogar y el amor. Donde Alexander no entendería el concepto de hogar ni aunque le golpeara en la cara. No creo que se haya quedado en el mismo lugar más de unas cuantas noches.

—Puedo trabajar desde cualquier lugar. No necesito un hogar —dijo Alexander en voz baja.

—Todos necesitamos un hogar —dijo Indra en voz baja—. Quizás simplemente no has encontrado el tuyo todavía. —Indra se dirigió a Sebastian—. Tuve la suerte de descubrir el mío cuando mi madre y yo llegamos aquí cuando yo tenía doce años. Y desde entonces no he querido

estar en ningún otro lugar.

Sebastian atrajo a Indra hacia él en un abrazo.

—Estoy tratando de atraer a Indra hacia el gran mundo para descubrir sus delicias, pero insistió en acortar unas vacaciones en París debido a alguna crisis en la finca que quería tratar personalmente.

—No podía dejar que nadie más asumiera la responsabilidad —dijo Indra.

—Lo sé. Solo estoy bromeando. Para ser honesto, parece que he perdido mi deseo de viajar desde que nos conocimos. Soy feliz quedándome aquí contigo.

—No inmediatamente, no lo eras —observó Alexander, con un giro divertido de la boca. Miró a Lily—. No todos nos conocimos exactamente en las circunstancias más propicias.

—¿Dónde os conocisteis todos?

—En la lectura del testamento de nuestro padre.

—Eso debe haber sido muy difícil.

—Sí, bueno, creo que padre lo hizo más difícil para Sebastian e Indra.

Se miraron el uno al otro.

—Solo inicialmente —dijo Indra—. Charles nos preparó porque sabía que estábamos destinados el uno para el otro. Simplemente nos tomó un tiempo darnos cuenta nosotros mismos. —Miró a Alexander—. Las cosas fueron más simples para Alexander y Harrison.

—Sí, heredé Richmond Pharmaceuticals, y Harrison recibió el equivalente en acciones y valores. Un trato mucho más sencillo que casarse con alguien que no conocía.

—Entonces —dijo Sebastian—. ¿Cómo va la empresa? ¿Ese plan tuyo de acercar tus otras empresas a Richmond Pharmaceuticals sigue adelante?

—No. He tenido un cambio de corazón.

—¿Está mi hermano hablando de un corazón? ¡No es propio de ti!

Hubo un silencio incómodo.

Alexander se encogió de hombros.

—Lo que sea. He estado pensando en adoptar un enfoque más a largo plazo con Richmond Pharmaceuticals.

—¿De qué manera?

—Voy a invertir más fuertemente en investigación.

—¿En lugar de financiar proyectos en tus otras empresas? ¿Qué demonios, Alexander? —dijo Sebastian—. Pensaba que tu objetivo era el dinero y mucho de él. Más rico que Charles Richmond. Ese siempre fue tu sueño. Siempre quisiste ser el primero en todo lo que hacías. El segundo lugar nunca fue suficiente. Especialmente cuando se trataba de padre.

—Quizás soy un hombre de muchas caras, muchos sueños.

—No, no lo eres —dijo Sebastian, con la mirada fija en Alexander. A Lily no le gustaría estar en el extremo receptor de la mirada de Sebastian en una partida de póker o en cualquier otro lugar—. Siempre has tenido exactamente un enfoque.

Alexander jugueteó con su bebida y mantuvo la mirada baja.

—Riqueza —murmuró. Levantó su copa de brandy hacia todos ellos—. Y no hace falta ser un genio para averiguar quién estaba detrás de eso.

—Padre —dijo Sebastian.

—Sí. Ese hombre era un cabrón.

Indra jadeó, y Sebastian lanzó a Alexander una mirada oscura.

Alexander levantó la mano.

—Lo siento.

Indra se levantó de un salto.

—Iré a asegurarme de que vuestras habitaciones estén listas. No tardaré mucho. —La vieron salir.

—Lo siento —dijo Alexander a Sebastian—. Lo olvidé.

—¿Olvidaste qué? —Lily sintió como si se hubiera perdido algo.

—A Indra no le gusta oír nada malo contra mi padre. Para Indra, él era un padrastro cariñoso y amado que no podía hacer nada mal, y tiene dificultades para conciliar el hecho de que, después de la muerte de mi madre, trató tan mal a sus hijos. Para cuando Indra y su madre llegaron, mi padre era mayor, se enamoró y cambió drásticamente.

—No hace que lo odie menos —dijo Alexander, levantándose de un salto y poniéndose junto a una de las puertas abiertas, respirando el aire nocturno.

—*Yo* ya no lo odio —dijo Sebastian en voz baja, recostándose en su silla mientras su mirada se desviaba a los retratos de sus padres—. Gracias a Indra, lo entiendo. No hace que esté bien lo que nos hizo, pero al menos ahora tengo cierta comprensión de él. Al final, tenía buenas intenciones.

—¡Ese hombre *nunca* tuvo buenas intenciones! —dijo Alexander con un arrebato repentino de ira, antes de desaparecer afuera para calmarse.

Sebastian hizo una mueca a Lily.

—Iría tras él, pero creo que me golpearía. Creo que este puede ser un caso para el toque femenino.

—¿Qué te hace pensar que no se dará la vuelta y me golpeará a mí también?

—Por la forma en que te mira —dijo Sebastian.

Lily se sobresaltó y se volvió para mirar la sombra de Alexander en la terraza. Se volvió hacia Sebastian pero no podía pensar en cómo preguntarle de qué manera Alexander la miraba. No creía que hubiera cambiado desde el primer día que se conocieron.

—Te mira —continuó Sebastian, obviamente sintiendo la pregunta no formulada—, con una ternura que nunca antes había visto en sus ojos. Se preocupa por ti. Indra y yo podemos verlo.

—¿*Indra* puede ver eso?

Él asintió con una sonrisa.

—Sí, Indra. Así que si dudas de mi perspicacia, estoy seguro de que no dudas de la suya.

Ella soltó una risa y miró hacia otro lado, porque tenía razón. Había pensado que él podría estar imaginando cosas, pero no Indra. De alguna manera, pensó que nada podía pasar desapercibido para Indra.

—Solo una cosa, Lily. No lo lastimes, ¿quieres? Puedo ver que le gustas, más que gustar, pero no está acostumbrado a que su corazón se enrede, y mucho menos a que lo rompan. Ninguno de los hermanos lo estamos.

—No es mi intención romperle el corazón a nadie. Y creo que Alexander es lo suficientemente grande como para cuidarse solo.

Sebastian soltó una risa divertida y conocedora.

—No estaría tan seguro. —Se levantó y colocó su vaso en la mesa—. De todos modos, os dejo con eso. —Caminó hacia la puerta, se detuvo antes de abrirla—. Buena suerte. Creo que la vas a necesitar.

Ella salió a la terraza pavimentada. Los leones de piedra, que custodiaban las escaleras hacia los jardines de abajo, se perfilaban contra el cielo. Fue a la parte superior de las escaleras y miró alrededor. Estaba a punto de volver cuando vio moverse una sombra. Alexander. Estaba caminando hacia el lago. Sabía que no tenía otra opción que seguirlo.

Lo encontró apoyado contra el grueso tronco de un imponente haya. Parecía tan solo que ella dudó por un momento, absorbiendo la escena de soledad, el sonido de las hojas susurrando en la cálida brisa nocturna. Dio un paso adelante, perturbando a un ave acuática que graznó enojada y despegó a través del lago. Alexander se volvió hacia ella.

—Bueno, Alexander —bromeó ella—. Ahora conozco todos tus secretos. —Caminó frente a él, mirando su rostro, el blanco de sus ojos brillante a la luz de las estrellas.

—Eso es imposible —dijo él, alcanzándola y atrayéndola hacia sí.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Y por qué crees que eso es imposible? —dijo, colocando sus manos sobre su pecho como si intentara mantenerlo a distancia de un brazo y fracasando.

—Porque no tengo ningún secreto.

—Quizás son secretos incluso para ti mismo.

—Eso es algún tipo de secreto espectacularmente terco que, sin duda, tendrá que seguir siéndolo, si ese es el caso.

Ella habría discutido con él si sus manos todavía estuvieran planas contra su pecho como para rechazarlo, pero se habían deslizado bajo su camisa, buscando el calor de su piel desnuda. Hundió la cabeza contra su pecho y lo respiró. No estaba acostumbrada a estar confundida. Como Alexander, generalmente estaba centrada, pero ahora su único enfoque era hacer el amor con Alexander.

Lily no se dio tiempo para pensar porque no quería permitirse que la detengan. Siempre había hecho eso. Actuado desde el corazón, y había funcionado hasta ahora, ¿no?

Así que se puso de puntillas y lo miró directamente a los ojos. Lo último que vio fue una mirada de sorpresa cuando presionó sus labios contra los suyos. Estaba cruzando deliberadamente una línea, pero no podía evitarlo. Se sentía tan correcto. Mantuvo sus labios allí por un momento sin moverse. Se sintió aturdida, esperando a ver si sería empapada por una ola masiva de culpa. No llegó. Todo lo que sintió fue su brusca inspiración de sorpresa y sus manos acunando suavemente su rostro. Él no la sujetó en su lugar, impidiéndole retirarse, simplemente pasó sus pulgares por sus pómulos y esperó a ver qué haría después. No podía saber por qué, pero a algún nivel, él entendía lo importante que era esto para ella.

Ella abrió la boca, y la suya se abrió en respuesta. Con cuidado, exploró la sensación de sus labios contra los suyos, algo que no había tenido durante tanto tiempo. Parecía increíblemente intenso e íntimo. Pero no había arrepentimientos, solo una ola de placer y calor corriendo por su cuerpo, enviando sensaciones de hormigueo por todas partes.

Arrugó su camisa en puños apretados y se presionó cerca de sus caderas. Fue todo el estímulo que necesitaba mientras profundizaba el beso. En el momento en que recorrió su lengua con la suya, ella supo que no podía echarse atrás, incluso si quisiera. Él continuó sosteniendo su rostro como si estuviera festejando con la mayor delicia del mundo y quisiera saborear cada momento. Cuando por fin se separaron, él todavía sostenía su rostro.

—No puedo creer que hayas hecho eso, Lily —susurró a medias, su voz espesada por la emoción. Pero este era Alexander, se recordó a sí misma. Él había dejado claro desde el principio que la emoción no entraría en esto—. Ese fue el beso que he estado esperando toda mi vida.

Ella sonrió.

—Quizás estamos haciendo un cambio de roles y he despertado a la Bella Durmiente.

Él no sonrió.

—No sé si soy bello. Pero definitivamente he estado durmiendo y tú definitivamente eres mi princesa.

Ella rio, y él la atrajo en un abrazo apretado.

—Nunca antes me habían llamado princesa —dijo ella, contra su hombro—. Soy demasiado realista.

Él la giró en sus brazos y presionó su frente contra la de ella.

—*Eres* mi princesa y más te vale creerlo.

—¿Significa eso que harás todos mis mandatos?

—Absolutamente.

—Entonces te ordeno que me lleves a tu cama y me hagas el amor.

—¿Hacer el amor? —Se apartó y escudriñó su rostro. Ella sabía lo que él estaba cuestionando, pero no podía explicar más.

Él pasó sus dedos por su mano y la agarró con fuerza.

—Y ese beso. ¿De dónde vino?

Ella tomó su mano y la presionó contra su corazón.

—De aquí.

Él la besó de nuevo.

—Ahora —murmuró ella contra su oído, todo su cuerpo gritando por satisfacción—. ¿Quizás podemos ir a la cama?

—Tus deseos son órdenes para mí, princesa.

CAPÍTULO NUEVE

ALEXANDER MANTUVO un firme agarre en la mano de Lily, temiendo que, si la soltaba, volvería a una realidad donde Lily no lo había besado y cambiado su vida para siempre. Estaba aterrorizado de que ella se riera del beso, como si hubiera sido una broma, como si él hubiera imaginado el efecto que ese beso tuvo en ambos. La miró para asegurarse de que no se estaba riendo, pero ella se veía tan intensa como él.

Tranquilizado, aceleró el paso, y se apresuraron a entrar, atravesando el comedor donde el personal estaba retirando los restos de la cena, cruzando el vestíbulo y subiendo las escaleras hasta su dormitorio.

Tan pronto como entraron en el dormitorio, la tomó en sus brazos y presionó sus labios contra los de ella, esperando ver si se alejaba. Pero no lo hizo. Ella jadeó, y él movió sus labios sobre los de ella, persuadiéndolos para que se separaran, lo cual hicieron. Quería respirarla, no quería que nada se interpusiera entre ellos. Y, cuando su lengua rozó la suya, el beso se convirtió en algo aún más sensual que antes.

Cuando finalmente se separaron, presionó su frente contra la de ella, incapaz de creer la intensidad de las emociones que fluían a través de él.

—Lily —murmuró entre dientes—. Lily, Lily...

—¿Te estás recordando quién soy? —preguntó ella con una sonrisa—. ¿Tienes miedo de olvidar mi nombre?

Él pasó sus dedos por el cabello de ella, manteniéndola quieta mientras escudriñaba sus ojos. —No creo que jamás olvide tu nombre.

Su sonrisa vaciló un poco. —Lily, la CEO que me desafió —bromeó, como si no quisiera ponerse seria—. Suena como una mala película de James Bond.

—Más te vale no desafiarme ahora, mujer —dijo él, también bromeando, dándose cuenta de que se había puesto demasiado serio, demasiado pronto para ella—. Porque tengo planes para ti.

Ella miró hacia atrás, a la cama con dosel. —Espero que incluya esa cama.

Él sonrió, tomando su mano, y la condujo a la cama. Deslizó sus manos por el cuerpo de ella y sacudió la cabeza maravillado. —Eres la mujer más hermosa que he visto jamás.

Ella se rio con esa rica risa que tanto le encantaba. —Lo dudo.

Él tomó su rostro entre las manos y la besó nuevamente, sin poder saciarse de sus besos. —Realmente lo eres. No sabes lo maravillosa que eres.

Su risa se detuvo, y ella arqueó una ceja. —Quizás no lo sé. Quizás podrías mostrármelo.

—Será un placer.

Desabrochó primero un botón y besó su piel, inhalando su aroma, luego otro, seguido por otro beso. Maldijo en voz baja, abrumado por la intensidad que lo dominaba. Quería devorarla.

Quería presionar sus labios en cada centímetro de ella, probarla, lamerla, cerrar la brecha entre sus cuerpos hasta que su carne estuviera dentro de ella y encima de ella y alrededor de ella. No creía que alguna vez pudiera tener suficiente.

Una vez que desabrochó todos sus botones, le quitó la blusa de los hombros, y ella salió de su falda. Con un movimiento hábil, desabrochó su sostén y sus pechos cayeron en sus manos. Ella se sentó en la cama y él se arrodilló entre sus piernas, succionando primero un pecho y luego el otro. Su pecho se agitaba mientras su respiración se aceleraba. Él se apartó y se arrancó la ropa.

Cuando volvió hacia ella, ella se había puesto boca abajo y estaba tratando de alcanzar las luces. Él salvó la distancia entre ellos en un segundo y la sujetó por los tobillos para que no pudiera moverse. Ella lo miró por encima del hombro y meneó su tentador trasero.

Sus pechos llenos colgaban, con los pezones endurecidos tocando la colcha de terciopelo. Ella rozó sus pechos contra el suave material, su trasero balanceándose con el movimiento. Él buscó el lugar donde quería estar y ella se sacudió y se volvió para mirarlo, su boca con lápiz labial abierta y jadeante. Había una urgencia en sus ojos a la que no tuvo más remedio que responder. Y su trasero, tan lleno y redondeado, se contoneaba frente a él. Entonces ella separó más las piernas, permitiéndole ver la húmeda abertura que lo esperaba. Nunca había estado tan excitado.

Le dio una rápida caricia a su trasero desnudo antes de posicionar su miembro entre sus labios húmedos. La humedad que emanaba de ella empapó su punta. No pudo contenerse más y con una profunda embestida entró en ella. Ella gritó y su carne acarició la suya. Casi llegó al orgasmo solo con eso. Estaba tan sensible y tan húmeda que él también gimió de deseo y se mordió el labio mientras trataba de contenerse. Pero no pudo. Ella gritaba con cada embestida que él hacía, moviéndose en tándem con él, masajeándolo con sus músculos internos mientras él aceleraba el ritmo, queriendo todo lo que ella pudiera darle. De repente, ella dejó de moverse y gritó. Él pudo sentir el efecto de su orgasmo extrayendo hasta la última gota de él mientras se corría profundamente dentro de ella.

Él acarició su trasero mientras se retiraba. Solo entonces ella gimió y se dio vuelta boca arriba, acariciándose mientras lo hacía. Él se arrodilló en la cama y ella lo tomó con ambas manos, frotando sus jugos combinados sobre él. Se veía divina, y él la penetró de nuevo, pudiendo tomarse su tiempo ahora. Porque sabía que, esta vez, ella podía controlar los orgasmos de ambos, manteniéndolos hirviendo, al borde de la dicha, pero sin alcanzarla hasta que ella decidiera que era el momento. Finalmente ella decidió, y se puso encima de él y los llevó a ambos a una satisfacción inmediata.

Que ella era muy sexual, lo sabía, pero que fuera tan sensible leyendo su propio lenguaje corporal y matices de humor, no lo había entendido hasta esa noche. Ella sabía cuándo tocar y cómo tocar, sabía cuándo ir lento y cuándo ir rápido. Era una mujer hecha para dar y recibir placer. Eso era evidente. Pero lo de menos era lo físico. Cuando ella subía y bajaba, con los ojos fijos en los del otro, observando y juzgando lo que ocurría en sus mentes, Alexander sintió una conexión como si un fuerte e invisible cordón los uniera. Esta vez, cuando tuvieron el orgasmo, fue más silencioso, más intenso y absolutamente impresionante.

No regresaron abajo esa noche. En cambio, se deleitaron el uno con el otro, observando cómo el crepúsculo púrpura se aclaraba mientras aparecían las estrellas, antes de que la luna borrara las estrellas mientras recorría sus cuerpos unidos. Hasta que por fin se quedaron dormidos en un enredo de extremidades.

Alexander despertó primero. Se había levantado temprano, duchado y vestido, y había tomado asiento en el hueco de la ventana, desde donde tenía una buena vista tanto de Lily como de la luz matutina que lentamente revelaba el campo de Norfolk. Pero estaba más interesado en Lily que en los jardines paisajísticos y los bosques circundantes, desde donde el coro de pájaros del amanecer anunciaba la llegada de la mañana.

Había corrido la cortina para dar más luz al objeto de su deseo, emociones e intelecto. Ella apelaba a todo en él. Al principio, todo lo que podía ver y apreciar era su brillante cabello rubio y su cuerpo en sombras. Pero, a medida que el sol se elevaba por encima de los árboles y sus rayos entraban en la habitación, iluminando las pinturas y los ricos muebles del dormitorio, podía verla mejor.

No estaba seguro de cuándo había sucedido. Cuando había llegado ese momento de claridad. Ciertamente, no había tenido la intención de examinar sus sentimientos por ella, o incluso era consciente de ellos. Pero, sin saberlo, se habían deslizado a un lugar en su corazón y de repente allí estaban. Nunca había sentido nada parecido. Su amor por esta mujer se había infiltrado en él, llenando su núcleo con una tranquila certeza que instintivamente sabía que nunca lo abandonaría. Sabía, con seguridad, que nunca volvería a ser el mismo.

Pero con la certeza vino una sensación de vulnerabilidad. Se sentía indefenso. Ya no tenía armadura para proteger sus emociones. Habían sido destruidas por la abrumadora sensación de amor que ahora lo consumía. El problema era que, mientras él la amaba, no tenía idea de cómo se sentía ella con respecto a él. Pero estaba decidido a averiguarlo. Pero, hasta que ella despertara, tenía el placer de ver sus oscuras pestañas ocasionalmente revolotear en su mejilla suavemente redondeada y sus labios llenos parecer aún más llenos en su estado relajado. No había duda al respecto. Lily McGuire no solo era un ser completamente sexual, también era un ser completamente maravilloso y adorable. Y no podía imaginar estar sin ella nunca más. Era así de simple, y así de complicado.

El sol se desplazó gradualmente hasta iluminar su brillante cabello rubio y brillar en sus ojos. Instintivamente, fue a cerrar la cortina para no molestarla, pero llegó demasiado tarde.

Ella parpadeó, gimió ante la luz brillante y se sentó, revelando sus pechos perfectos. Sonrió una sonrisa sensual a Alexander y se estiró como un gato, levantando los brazos a ambos lados antes de caer de nuevo sobre las suaves almohadas.

—Alexander, ¿qué diablos estás haciendo, levantado y vestido tan temprano?

—Mirándote —parecía que esta mañana iba a ser una de decir verdades, así que bien podría comenzar como iba a continuar.

—Eso debe ser un poco aburrido. Estaba dormida.

—Para nada aburrido. Estaba observando tus facciones. Pareces tan inocente como un bebé cuando duermes.

—¡Ven aquí y te mostraré por qué ‘inocente’ es totalmente la palabra incorrecta para describirme! —le hizo un gesto para que se acercara, pero él no se movió, a pesar de que su cuerpo respondía exactamente como ella quería. Esperaba que ella no se diera cuenta de que estaba completamente cautivado por ella. Ella podría pedirle que hiciera cualquier cosa, y él lo haría.

—No me refiero de esa manera.

Ella se dio vuelta sobre su estómago, obviamente tratando de distraerlo de todas las cosas serias con la vista de su trasero y pechos desnudos, y apoyó su barbilla en sus manos. Casi lo logra, pero él fijó sus ojos en los de ella, sin permitirles caer hacia su cuerpo exuberante que había apreciado plenamente toda la noche. Ella suspiró al darse cuenta de que no podría

distraerlo.

—¿Entonces de qué manera te refieres?

—Es como dice Indra: tienes un alma inocente. Quieres salvar al mundo tú sola.

Ella no tuvo ninguna respuesta ingeniosa por una vez. Sin duda reconoció la verdad de sus palabras. —¿Y crees que es inocente creer que puedo?

Él notó su tono suave y melancólico, pero no podía consentirla. Todo se trataba de la verdad. —Sí, me temo que lo es. Nadie puede salvar al mundo solo. Dios sabe que nunca he querido hacerlo, pero he visto a suficientes personas intentarlo y fallar. La única manera es trabajar con otros. O mejor aún, *no* trates de salvar al mundo. Es una misión imposible.

Ella se bajó de la cama y tomó su bata, con la espalda hacia él, apretándola con fuerza. Él podía ver la tensión en sus hombros. Estaba molesta porque él no estaba de acuerdo con ella. Ella se volvió para mirarlo.

—No entiendo —dijo.

—¿Qué?

—¿Por qué aceptaste continuar financiando cuando obviamente piensas que es una 'misión imposible'? —Él se estremeció ante el tono sarcástico que ella puso en esas últimas palabras—. ¿Cuando —añadió ella—, obviamente crees que soy una tonta? —Él podía escuchar el dolor en su voz.

—No me expresé correctamente. No debería haber dicho eso.

—¿Por qué no, si tan obviamente lo crees? Suena mucho como si tuvieras poca consideración por mí.

Él se levantó y fue hacia ella y tomó su mano, besándola, antes de escudriñar sus ojos. —Lo has entendido mal. Tengo mucha consideración por ti. Quiero apoyarte, sin importar lo que hagas.

—Incluso si piensas que es estúpido.

—No es estúpido. Es...

Ella retrocedió un paso, y él soltó sus manos. —¿Es qué, Alexander?

—Seré honesto. La razón por la que quiero apoyarte, los... —Dudó mientras buscaba palabras—. Los sentimientos que me hacen querer hacerlo, son algo que me resulta difícil describir, difícil de comprender.

Ella estaba allí, viéndose tan hermosa y tan confundida. Él haría cualquier cosa para borrar esa confusión. Tenía que ser claro con ella, tan claro como lo había sido consigo mismo toda la noche, desde que se habían besado, hecho el amor una y otra vez, y sus propios sentimientos se habían vuelto cristalinos. Solo deseaba que su capacidad para comunicar esos sentimientos fuera igual de fácil.

—Está bien, ¿realmente quieres saber cómo me siento respecto a ti?

Ella se mordió el labio y asintió. Por un momento, él se preguntó si realmente quería saberlo. Pero ya era demasiado tarde, estaba comprometido a decírselo.

—Te amo.

No estaba seguro de lo que esperaba en respuesta a su declaración, pero definitivamente no era un silencio conmocionado.

Su teléfono vibró. Lo ignoró, negándose a apartar los ojos de ella. Sentía que su vida dependía de ello.

—Tu teléfono. Podría ser urgente.

—No tan urgente como esto. Necesito saber cómo te sientes.

Ella se encogió de hombros impotente. —Sorprendida, supongo.

—¿Sorprendida? —dijo él, decepcionado—. ¿Te digo que te amo y estás sorprendida?

Ella se apartó el cabello rebelde de la cara y él notó que se veía pálida y demacrada, su maquillaje corrido acentuando el efecto. Ella se mordió el labio y asintió.

El teléfono sonó esta vez y no paró. Él maldijo y sin nada más que esperar, cogió el teléfono y respondió enojado. Escuchó la petición de Sebastian y respondió bruscamente. —Claro, bajaré enseguida.

Guardó su teléfono y mientras pasaba junto a ella, sintió que le tocaba el brazo. Con la espalda hacia ella, cerró los ojos. Su ligero toque parecía quemar su piel.

—Alexander, lo siento.

Él no quería oír que lo sentía. Quería escuchar que ella también lo amaba. Se alejó y no creyó haber hecho algo tan difícil en su vida antes. Pero siguió caminando. No fue hasta que abrió la puerta que ella volvió a hablar.

—Por favor, no te vayas, no así. Necesitamos hablar.

Él todavía no podía soportar mirarla. —Volveré. Sebastian quiere que me reúna con alguien. No debería tardar mucho.

Abajo, hizo lo que debía, diciendo las cosas correctas, saludando a las personas que había conocido muchos años antes. Y con cada minuto que pasaba, las dudas lo abandonaban. Debió haber malinterpretado su silencio. No le había dado suficiente tiempo. Había salido de la nada con una declaración así. Por supuesto que había sido una conmoción. Sí, simplemente había malinterpretado su silencio, malentendido sus palabras.

Tan pronto como pudo, corrió escaleras arriba y volvió al dormitorio. Miró alrededor pero no pudo verla. Estaba a punto de salir de la habitación cuando oyó algo que le llegó al corazón. Se quedó completamente inmóvil y miró hacia la puerta del baño, que estaba entreabierta. Con el corazón acelerado, caminó silenciosamente hacia ella, hacia donde podía oír la voz de un hombre resonando por las paredes de azulejos.

Abrió la puerta para encontrar a Lily, de espaldas a él, sosteniendo un teléfono en sus manos, mientras se apoyaba contra la pared, como si necesitara apoyo. Podía ver un reflejo de su rostro en el espejo, y las lágrimas rodando por sus mejillas mientras ambos escuchaban al hombre decir palabras de amor a Lily, una y otra vez. Un mensaje tras otro, hablando de las cosas que hicieron, y las cosas que ella debería seguir haciendo. Y lentamente se dio cuenta. Lily todavía estaba tan enamorada de su difunto esposo que no podía esperar hasta que él estuviera fuera de la habitación antes de escuchar su voz de nuevo. No había forma de que pudiera competir con un hombre que había alcanzado un estatus mítico en la mente de Lily. Él, Alexander, era demasiado falible para competir con el “perfecto en la muerte” Robbie, pensó amargamente.

Entró más en el baño, y Lily levantó la mirada con una expresión culpable. Por supuesto. La había atrapado con otro hombre.

—¡Alexander! —dijo ella, tocando el teléfono para que la voz se detuviera antes de deslizarlo en el bolsillo de su bata—. No pensé que volverías tan rápido.

—Eso parece. Pero pensé que no te había dado suficiente tiempo para responder a lo que dije. Así que volví para tener esa conversación que querías. Pero ahora, veo que no tiene sentido.

Ella se levantó de un salto y lo enfrentó. —Siempre tiene sentido hablar.

—Dímelo —dijo él con frialdad.

—Para resolver problemas, para aclarar malentendidos.

—¿Malentendidos como que todavía amas a tu esposo?

Sus ojos vacilaron antes de enfocarse en él. —Eso *no* es un malentendido. Todavía lo amo. Y siempre lo haré.

—¿Y dónde me deja eso a mí?

—¿A ti? ¿En qué sentido?

—Sabes exactamente a qué me refiero. Te amo, Lily, pero no puedo competir con un hombre muerto, un fantasma. Él nunca estará aquí para estropear las cosas como seguro lo haré yo. Él siempre será el santo y yo el pecador porque eso es lo que soy.

—Pero... —su corazón casi se rompió al ver su confusión, desnuda en su rostro.

—No puedo competir con Robbie, ¿no lo ves? —repitió.

Contuvo la respiración, esperando contra toda esperanza que ella estuviera en desacuerdo. Que le dijera que estaba equivocado, que no solo competía sino que salía victorioso. Pero ella no lo hizo. En cambio, asintió en acuerdo.

—Lo entiendo, pero seguramente eso no significa que no podamos seguir viéndonos.

—¿Por qué? —preguntó, con ira y frustración hirviendo ahora que sus esperanzas habían sido aplastadas tan fácil y efectivamente—. ¿Cuál es el sentido?

Ella se encogió de hombros. —¿Sexo? Eso es bueno, ¿no?

Él no estaba de humor para decirle exactamente cuán bueno era. —¿Es eso? ¿Es eso todo lo que soy para ti? ¿Útil para un polvo rápido?

Odiaba el silencio que llenaba el espacio entre ellos. Pero parecía que su respuesta era demasiado brutal para que ella la dijera en voz alta. Y no necesitaba hacerlo. El silencio estaba cargado con un significado que él no quería, pero no tenía más remedio que aceptar. Sintió su respuesta como un golpe físico. No podía soportarlo más y dio unos pasos alejándose antes de girarse, pasando sus manos por su cabello y caminando hacia la puerta.

—¡Alexander! ¿A dónde vas?

Él hizo una pausa, con la mano en el pomo de la puerta. —¿Importa? —Esperó otra vez. Una última oportunidad para escuchar que le importaba a ella.

—Por supuesto que importa —dijo finalmente, pero sin suficiente convicción.

Él se volvió para mirarla. —Pero no te importa *lo suficiente*, ¿verdad?

—Honestamente, Alexander, no lo sé.

—Creo que sí lo sabes, pero no eres lo suficientemente cruel para decirlo. Arreglaré para que venga un coche y te lleve de vuelta a Londres.

Ella se mordió el labio y asintió. —Pero nos veremos en el trabajo, aunque nuestra relación personal no pueda continuar.

Su tranquila aceptación de la situación lo enfureció aún más. —¿Estás segura de que puedes manejarlo, eh, Lily? Porque voy a asegurarme de tomar las decisiones. No tú. *Yo* decidiré dónde se gastará el dinero de mi empresa, no tú. *Yo* tendré la última palabra en cada parte de las operaciones de mi empresa, no tú. ¿Está claro? —Incluso mientras dirigía las palabras como flechas puntiagudas hacia ella, tratando de herir, y logrando, sabía lo que estaba haciendo pero no podía detenerse. Sentía una necesidad abrumadora de causar algún impacto en Lily, incluso si era herirla por no amarlo más que a su difunto esposo—. ¿Está claro? —repitió.

—Cristalino —dijo ella—. Me quieres fuera.

—Solo si no puedes hacer lo que se te dice.

—No soy una niña, Alexander. Soy una mujer adulta, soy la Directora Ejecutiva de Richmond Pharmaceuticals, y tengo más conocimiento sobre la industria que tú.

—No puedes tener el control de mi empresa, Lily. No lo permitiré.

—Todo lo que quiero es el poder para permitirme hacer mi trabajo.

—No. Tú quieres poder completo.

—Creo que sé lo que quiero.

—¿Lo sabes? ¿Realmente? —sabía que ninguno de los dos estaba hablando de su trabajo ya —. No lo creo. Y hasta que lo sepas, creo que deberías mantenerte alejada.

—Me quieres fuera.

—¡Sí! ¡Te quiero fuera! ¿Satisfecha?

Y en el siguiente latido silencioso, se arrepintió de sus palabras de ira. Pero por su vida, no podía retractarse. Ella no lo quería e instintivamente él quería atacar. Y lo había hecho. Donde dolía. Podía verlo en sus ojos. Y en ese momento, se sorprendió a sí mismo casi vacilando y volviendo a ella, odiando lo molesta que se veía. Tenía una profunda necesidad de consolarla. ¿Pero cuál era el punto? ¿Cómo podía consolarla por no amarlo, como él la amaba a ella?

Abrió la puerta, recordando cómo había pensado anteriormente que ella podía pedirle cualquier cosa y él lo haría. ¡Qué equivocado había estado! Había una cosa que no podía hacer. Y era que ella lo tratara como segunda opción. No podía soportarlo. Salió y cerró la puerta demasiado firmemente detrás de él, escuchando su golpe resonar por todo el amplio rellano. No podía soportar la maldita casa por más tiempo. Siempre lo había atormentado con su pasado, pero ahora su padre y su casa lo estaban atormentando con un futuro que pensó que había sido suyo, pero ahora sabía con certeza que no podía ser.

Bajó corriendo las escaleras, salió de la casa y se dirigió a los bosques.

Lily no sabía cuánto tiempo se quedó de pie, mirando la puerta después de que finalmente dejara de vibrar por la fuerza con la que Alexander la había cerrado de golpe.

Entendía su enojo. Sospechaba que lo entendía mejor de lo que él se entendía a sí mismo. No conocía a Alexander desde hacía mucho tiempo, pero una cosa que sabía de él con seguridad era que estaba acostumbrado a ser siempre el primero. Y lo que había aprendido al quedarse en Richmond Manor solo había reforzado eso y había explicado las razones. Alexander Richmond solo había tenido que cuidar de sí mismo y había establecido su mundo para que girara en torno a él. No estaba acostumbrado a ser el segundo en nada, especialmente en relaciones, especialmente con alguien con quien no podía competir.

¿Y cómo podía ella degradar a Robbie a un segundo lugar? No podía. Él *tenía* que ser siempre el primero en su corazón. Sabía que no podría vivir consigo misma si no lo ponía a él primero.

CAPÍTULO DIEZ

CUANDO ALEXANDER REGRESÓ A LA CASA, fue directamente a la biblioteca y allí se quedó. No buscó a Lily. Después de todo, habían dicho todo lo que se podía decir, así que tenía poco sentido despedirse cortésmente. No tenía fuerzas para ello y estaba bastante seguro de que ella no quería verlo después de todo lo que le había dicho.

Finalmente llegó un taxi. Vio al conductor apoyarse contra su coche y encender un cigarrillo mientras esperaba que Lily saliera de la casa. Alexander miró entumecido hacia la brillante luz de la mañana mientras rastreaba los movimientos de Lily por el sonido de sus pasos al bajar las escaleras, y de sus saludos a Indra y Sebastian. No podía oír lo que se decía, solo el tono con que se decía: tenso por parte de Lily e indignado por parte de Indra. Luego vislumbró el rostro manchado de lágrimas de Lily cuando ella brevemente miró alrededor antes de correr escaleras abajo hacia el taxi, y su corazón casi se rompió de nuevo. Pero solo casi, porque estaba bastante seguro de que un corazón solo podía romperse una vez.

Observó cómo el taxi avanzaba por el camino recto y arbolado hacia la carretera principal, a cierta distancia. Siguió mirando incluso después de que el coche quedara oculto por los árboles, siguiendo el camino que sabía tomaría, sintiendo la conexión con esta mujer aun mientras la negaba. Y, cuando vio el coche brillar entre los árboles a lo lejos mientras cogía velocidad por la carretera principal, supo que el entumecimiento que había tomado por falta de emoción era, de hecho, algún tipo de autoprotección. Pero era una autoprotección que fracasaba, porque tan pronto como la perdió de vista, el dolor lo golpeó con toda su fuerza. Se sentó en la silla y puso la cabeza entre las manos, sintiendo absoluta desesperación, arrepentimiento e ira, todo a la vez.

Antes de conocer a Lily, había sido perfectamente feliz, manteniendo sus sentimientos completamente envueltos en una mortaja de hormigón. Pero Lily había rasgado esa mortaja lo suficiente para que el conocimiento de que amaba a otro y siempre lo haría le golpeara justo donde dolía. Y le enfurecía que lo hubiera hecho tan vulnerable y luego le clavara el cuchillo, antes de retorcerlo en la herida abierta. Una cosa era segura, nunca dejaría que volviera a suceder. Regresaría a Londres, y se centraría en su objetivo original: la riqueza. No faltaría a su promesa de seguir financiando la investigación. No examinó demasiado de cerca sus razones para esto. Pero continuaría sus planes para hacerse más rico que su padre. Porque, ¿qué más había?

Finalmente, Alexander salió para encontrar a Indra caminando de un lado a otro con una expresión muy poco característica de agitación en su rostro mientras Sebastian permanecía de pie, con las manos en las caderas, tratando de calmarla.

—¡Tú! —dijo Indra, señalando a Alexander, su voz casi temblando de rabia—. ¡Has disgustado a esa adorable mujer!

—¡Oye! ¡Espera un momento! —Alexander estaba indignado, porque había ocurrido lo contrario.

—No, *tú* espera. —Indra parecía alguna temible diosa india, con los ojos ardientes y el cabello oscuro ondeando alrededor de sus hombros en la brisa de la ventana abierta, como si estuviera vivo con su ira.

Alexander miró a Sebastian en busca de ayuda, pero todo lo que hizo fue encogerse de hombros como diciendo: estás solo en esto, amigo.

—Esa chica se fue llorando. Todos los hombres sois iguales.

Sebastian hizo un gruñido sorprendido, obviamente en desacuerdo con su declaración, pero no lo suficiente, o al menos no lo bastante valiente, para contradecirla.

—Sois egoístas e insensibles y no sabéis reconocer a una buena mujer cuando la veis.

—No soy... —Alexander se detuvo abruptamente cuando los ojos de Indra brillaron con más intensidad y Sebastian le hizo un gesto negativo con la cabeza. Alexander estaba en territorio extranjero aquí, y supuso que sería prudente aceptar la sugerencia de su hermano de dejar de hablar.

—El simple hecho —continuó Indra—, de que la trajeras aquí muestra que significaba algo para ti. Entonces, ¿cómo puedes dejar que se vaya deshecha en lágrimas?

Alexander se sintió mal al recordar el brillo de lágrimas en su mejilla que había vislumbrado. —¿Estaba *deshecha* en lágrimas?

—Sí, lo estaba. Y fue todo por culpa tuya.

—¿Eso es lo que ella dijo?

—No necesitaba decirlo.

Frunció el ceño, incapaz de entender cómo Indra había llegado a esa conclusión cuando Lily había parecido firme en su resolución, que solo había espacio para un hombre en su vida. Y no era él.

—Espera un momento...

—¡No, *tú* espera! —De nuevo los ojos de Indra destellaron con el fuego de una mujer muy segura de su posición—. Solo hay una pregunta aquí, y es: ¿qué vas a hacer al respecto?

Miró a Sebastian buscando inspiración pero solo recibió un encogimiento de hombros desconcertado, y Alexander supo que estaba solo. Pensó cuidadosamente, tratando de leer la mente de Indra. Porque tanto si iba a hacerlo como si no, preferiría, aquí y ahora, decirle a Indra lo que ella quería oír.

Entrecerró los ojos y la miró con una mueca defensiva. —¿Enviarle unas flores? —Dio un paso atrás cuando otra llamarada solar del temperamento de Indra cobró vida. No sabía que ella tenía tal temperamento.

—¿Flores? ¿Es todo lo que se te ocurre?

—No, por supuesto que no. Le enviaré un mensaje de disculpa.

—¡Definitivamente no le enviarás ningún mensaje!

—Entonces, ¿qué sugieres?

Miró de Indra con sus brazos cruzados y ojos furiosos a Sebastian, que sacudió la cabeza compadeciéndose de Alexander.

—Indra tiene razón, Alexander. Tienes que arreglar esto. Dios sabe que no soy quien para darte consejos. —Puso su brazo alrededor de Indra y su expresión cambió instantáneamente. La ira y la indignación se desvanecieron bajo el toque de Sebastian. Alexander apartó la mirada, sin querer presenciar el amor en acción cuando, al parecer, no era su destino ser amado. Solo amar.

—Indra, por el amor de Dios, ten piedad de mi hermano y dale alguna orientación —dijo

Sebastian.

Indra lanzó una mirada amable a Alexander. —¿Crees que se lo merece?

—Probablemente no. Pero tal vez incluso los disfuncionales hermanos Richmond merecen ayuda. Me ayudaste a mí, ¿no?

—No tuve elección —dijo con una sonrisa—. Estábamos casados, después de todo. —Se besaron, y Alexander gimió y se alejó. Realmente no necesitaba ver esto.

Alexander mantuvo la espalda hacia la pareja y se concentró en la vista por la ventana. Lo llevó de vuelta a cuando era un niño, siempre mirando hacia las colinas distantes, impaciente por el momento en que pudiera mirar más allá de ellas. Recordó lo decepcionado que había estado cuando, por fin, fue liberado y enviado a un internado, solo para darse cuenta de que había cambiado una prisión por otra. Un conjunto de colinas distantes por otro. Parecía ser así con él. Siempre anhelando algo que aún no tenía. Hasta ahora. Y ahora anhelaba a alguien que no podía tener: una rubia curvilínea con una mente aguda que rivalizaba con la suya. Pero ella ya estaba ocupada. Amaba a un hombre muerto, ¿y cómo podía competir con eso?

De repente, sintió el suave toque de Indra en su hombro. Cerró los ojos ante la oleada de emoción que surgió con su contacto. Su simpatía amenazaba su control.

—¿Alexander? —preguntó ella, con un tono muy diferente al anterior.

Él se aclaró la garganta y abrió los ojos, y se volvió para mirarla. La simpatía en sus ojos era casi más difícil de soportar que la ira.

—Dime, ¿la amas? —continuó Indra.

Se encogió de hombros y se aclaró la garganta. —No estoy seguro... No lo he pensado realmente —mintió. No estaba acostumbrado a abrir su corazón ni a sí mismo, y mucho menos a los demás.

Una sombra de irritación nubló su rostro; toda la simpatía había desaparecido ante su negativa. —Y puedes parar eso ahora mismo. —Alexander compadecía a los hijos de Indra. No podrían salirse con la suya en nada. Sospechaba que su hermano todavía lo hacía, sin embargo.

—¿Parar qué? —preguntó, aferrándose a las últimas briznas de fría indiferencia.

—Deja de ser deshonesto contigo mismo. No tiene sentido. No te ayudará.

Asintió. Supuso que tenía razón en eso.

—Dime por qué la trajiste aquí para conocernos.

Palabras, pensamientos, emociones volaron por su cerebro, confundiéndolo, derramándose desde algún lugar que usualmente mantenía bajo llave. Suspiró. Parecía que solo la verdad serviría. —Porque es alguien especial.

—¿Y es así como tratas a alguien especial? ¿La despides entre lágrimas?

—No.

—Eso pensaba.

Alexander maldijo por lo bajo. No le habían regañado así desde que estaba en el internado.

—Indra —dijo Sebastian en voz baja. Ella atendió su advertencia y respiró hondo.

—Alexander —dijo, más suavemente—. Sé que tu educación, como la de Sebastian, fue difícil. Y has salido de ella con más de lo que te corresponde de autoprotección, para proteger tus emociones, exactamente como Sebastian. Pero tienes que dejarlo ir. Tu vida no se trata solo de ti. Permite que alguien más entre.

—Ese es el problema. Ya lo he hecho. Pero ella ama a otro.

Era su turno de hacer que Indra pareciera sorprendida. —¿A quién?

—A su marido. Su marido muerto —explicó—. ¿Y cómo demonios puedo competir con alguien muerto?

—¡Alexander! ¿No lo entiendes? *No* es una competición.

Sebastian dio una sonrisa irónica. —Toda la vida de Alexander ha sido una competición. Con nuestro padre.

—Entonces ya es hora de que pare —dijo Indra firmemente—. Además, estoy segura de que Lily tiene suficiente amor para ambos. Mi madre amaba intensamente a mi padre, pero después de que él muriera, se enamoró de *tu* padre. Tenía un gran corazón y estoy segura de que tu Lily también.

Alexander se detuvo ante la comparación. Había pensado poco en la relación de su padre con la madre de Indra, aparte de divertirse de que se hubiera convertido en un cliché al hacer de su ama de llaves su amante. Le había parecido bastante perezoso en aquel momento. Pero ahora miraba la relación desde un ángulo completamente diferente. Había oído todo sobre las razones detrás del requisito de su padre para que Lily y Sebastian se casaran para que ambos heredaran las propiedades que tanto amaban. Parecía que Charles había querido que ambos se enamoraran, como él lo había hecho con la madre de Lily. El tema del amor ciertamente tardó en aflorar en la familia Richmond.

Pero reconocerlo públicamente todavía se sentía difícil.

—Ella no es *mi* Lily. —Hizo una mueca ante la débil respuesta. Sabía que estaba siendo obstinado.

—Puede serlo.

—No, no puede. Es la Lily de su difunto esposo. No mía. Dijo que siempre lo amaría.

—Por supuesto —respondió Indra simplemente.

Él hizo un doble gesto. —¿Qué quieres decir con "por supuesto"? No hay ningún "por supuesto" en eso. Él está muerto. Yo no lo estoy y quiero casarme con ella.

—¿Qué? —gritó Sebastian—. ¿Estás loco? ¡Solo la conoces desde hace unas semanas!

—Mira quién habla —dijo Alexander—. Te comprometiste en matrimonio a los pocos días de conocer a Indra.

—¡Eso fue diferente! ¡Estamos hablando de ti! Tú no *haces* emoción.

Indra extendió la mano y la colocó sobre su brazo con calma. —Ignora a Sebastian —dijo suavemente—. Todavía ve al viejo Alexander.

—¿Qué, he renacido en una nueva versión de mí o algo así? —Intentó reírse, aunque no tenía ganas de reír.

—Definitivamente "o algo así" —dijo ella con una sonrisa correspondiente—. Ve tras ella, arregla las cosas, y estoy segura de que lo solucionaréis. Simplemente necesitas hablar honestamente sobre cómo te sientes.

Apretó los dientes con terquedad. —Ya lo he hecho. Pero no puedo ser el segundo.

—¿Quién dice que tienes que serlo? —respondió Indra pacientemente, como si estuviera hablando con un niño.

—Ella lo dijo.

—No tengo duda de que Lily está tan confundida por todo esto como tú.

—¡No estoy confundido!

—Sí, lo estás —dijo ella con firmeza—. Por alguna razón, piensas que el corazón humano es una estructura rígida como una jarra medidora que tiene una capacidad máxima. No lo es; no hay una cantidad cuantificable. No hay carrera: no hay primer, segundo, tercer lugar.

Apartó la mirada de ella. —Es más fácil pensar en ello de esa manera.

—¿Por qué?

—Más blanco y negro, supongo. Algo es o no es. Sabes dónde estás con una jarra por

corazón.

Sebastian gruñó divertido y dio un paso adelante y puso su brazo alrededor de Indra. —Indra tiene razón, ¿sabes? Tú y tu jarra de corazón tienen que arreglar las cosas con Lily.

—¿Y cómo demonios hago eso?

—Vas a tener que averiguarlo por tu cuenta —dijo Indra—. Pero sugiero que lo hagas más pronto que tarde, porque realmente la has disgustado.

Hizo una mueca y cerró los ojos ante la idea de herir a Lily. No había tenido la intención de lastimarla, pero había quedado devastado por la idea de que estaba enamorada de otro hombre. Y de un hombre muerto, además. Abrió los ojos para ver a Sebastian e Indra intercambiando miradas preocupadas.

—Lo haré.

—Bien. —Su ira desapareció instantáneamente, y le dirigió una de sus hermosas sonrisas—. Ahora... —Se puso de puntillas y lo besó en ambas mejillas—. Mejor me voy. Buena suerte y espero veros a los dos aquí pronto.

—Gracias —dijo él, asombrado por la esposa de Sebastian.

—De nada. —Sonrió nuevamente y se acercó a Sebastian, quien deslizó su mano alrededor de su cintura y la atrajo hacia él y la besó en los labios.

—Sabes, es muy excitante verte enfadada con alguien que no sea yo —dijo Sebastian.

Ella se rió, lo besó de nuevo y salió de la habitación. Pero en lugar de salir a las oficinas de la finca, pudieron oírla caminando por las escaleras. Se detuvo en el descansillo de los dormitorios.

—Me voy, de todos modos. Todas estas cosas amorosas son demasiado. Además, tu Indra es una fuerza a tener en cuenta.

—Ni que lo digas. —Entonces Sebastian miró hacia arriba, sus ojos llenos de amor y pasión, y Alexander tuvo que apartar la mirada. Algo le dijo que era exactamente esa fuerza la que había embrujado a Sebastian y había convertido su jarra de corazón en algo que definitivamente permitía un desbordamiento.

—Te veré —dijo Alexander, y comenzó a alejarse, pero Sebastian lo detuvo.

—Alexander. Charles era un hombre astuto y creo que ha hecho algo aquí, contigo y Lily, como hizo conmigo e Indra.

—¿Qué quieres decir?

—Sabía que lo había estropeado con nosotros. Y sospecho que Lily lo impresionó con su calidez y deseo de ayudar a la gente.

—¿A quién no le impresionaría?

—Sí, pero Charles tuvo la oportunidad de actuar en consecuencia. Creo que imaginó que su gran corazón daría vida al corazón frío que creó en cada uno de sus hijos. Creo que quería que ustedes dos se enamoraran, como quería que Indra y yo nos enamoráramos.

—Eso es una locura.

—Estamos hablando de nuestro padre. Creo que Charles trató de darte algo que cree que te debía, como lo hizo conmigo. —Se alejó—. Piénsalo.

Alexander observó a su hermano mayor, tan cambiado desde su matrimonio con Indra, salir de la habitación y seguir a Indra escaleras arriba, sin duda para una mañana de hacer el amor en la que era mejor no pensar. ¿Tenía razón?

Regresó al dormitorio donde acababa de hacer el amor más increíble con Lily y recogió sus cosas. Estaban esparcidas por la habitación, y con cada cosa que recogía, se volvía para mirar la cama, recordando cómo se veía ella mientras dormía. Lo último que recogió fue su bufanda, y la sostuvo contra su nariz, respirando su aroma, tratando de mantener su presencia dentro de él.

Entonces se dio cuenta de que ella ya estaba allí. Y no había nada que pudiera hacer, incluso si quisiera, para eliminarla. Y ciertamente no quería hacer eso.

Y, en ese momento, pensó que incluso si Indra estaba equivocada y el amor era un deporte de competición, no le importaría quedar segundo... o tercero... o cuarto. Lo único importante era que Lily estuviera en su vida.

A la mañana siguiente, Alexander estaba en su oficina en Richmond Pharmaceuticals bien temprano. Tenía mucho que solucionar, tanto de negocios como de su vida privada, y no dejaría nada al azar. Así que cuando sonó su correo electrónico, y lo abrió para encontrar el segundo correo de renuncia de Lily, esta vez dirigido a Sean, con copia a él, se levantó de un salto y abrió la puerta. Su asistente lo miró expectante.

—Pídele a la Srta. McGuire que venga a mi oficina, ¿quieres?

—Ciertamente, señor —dijo su asistente, cogiendo rápidamente el teléfono, ansioso por mostrar su valía al nuevo propietario.

Alexander volvió a su oficina, tomó el teléfono y habló brevemente con Sean, indicándole que no actuara sobre la renuncia de Lily, que él se encargaría. Luego se levantó de un salto y caminó por la habitación, incapaz de quedarse quieto. Había esperado que ella renunciara. Pero si esperaba que él lo aceptara, le esperaba otra sorpresa.

Lily se sentía enferma y agotada después de una noche sin dormir. Pero se negó a demostrarlo. Había llegado al trabajo temprano, pero no más temprano que Alexander, había notado. Numerosos cafés no habían desenredado las confusas emociones que arremolinaban en su cerebro. Ni siquiera una reunión de equipo “animada”. No, al final, todavía se sentía como si estuviera de luto de nuevo por algo que había perdido. La ironía era que no se había dado cuenta de que había encontrado algo hasta que lo había perdido. Pero no era un *algo*. Era un *él*. Alexander. Su pasión por él lo consumía todo y era como nada que hubiera experimentado desde Robbie.

Cuando llegó la convocatoria en respuesta a su renuncia, no se sentía menos confundida, no menos culpable, no menos clara sobre sus sentimientos. Todo lo que sabía era que tenía que eliminar al menos una cosa que había hecho mal. Tenía que irse, y eso incluía dejar la investigación. Sí, inicialmente había tenido la bendición de Charles Richmond, pero no la de nadie más. Y no podía continuar más. No era ético, no estaba bien. Los había usado. Alexander tenía razón. Era *su* dinero, *su* empresa. No es que se hubiera beneficiado económicamente de lo que había hecho, solo emocionalmente. Y sin embargo, cuando Charles Richmond la había empleado, le había dado carta blanca y debía haberse dado cuenta de parte de lo que ella había planeado. Todo era un desastre. Pero era un desastre que podía arreglar antes de renunciar.

Pero Lily no había imaginado que tendría que enfrentarse a Alexander. La convocatoria *debería* haber venido de Sean Diggins. Nominalmente él era su jefe, no Alexander. Pero por supuesto Alexander querría meter baza. Sin duda enfadado por la ofensa a su masculinidad alfa: que no era el primero en sus afectos. Ahora tenía dos razones para aceptar su renuncia. Una, estaba impulsando una agenda de investigación que solo ella quería y dos, todavía estaba enamorada de su marido. El resultado era inevitable, pero cómo se lograría ese resultado todavía estaba en el aire. Lily simplemente quería que terminara.

El sonido de los tacones de aguja de Lily la precedía mientras caminaba más allá de las

oficinas de planta abierta. Su breve y fuerte puñalada obviamente señaló su estado de ánimo, porque la cabeza de todos bajó, como una ola mexicana. Saludó al asistente de Alexander, quien se levantó de un salto, claramente preocupado de que ella irrumpiera directamente donde el jefe. Tenía razón en estarlo. Pero él se le adelantó. Llamó, desapareció por un momento, y luego regresó con una expresión levemente desaprobadora. —Puede pasar ahora.

Alexander se volvió hacia ella como si hubiera estado distraído por la vista fuera de la ventana. Pero era una vista del lado interno de las oficinas. Había estado siguiendo su progreso.

—Por favor, toma asiento —dijo, con una suave sonrisa.

Ella se sorprendió por su tono. No era ni enfadado ni frío. No había esperado gentileza. Las cosas podrían ponerse aún más desordenadas de lo que había imaginado.

—Gracias —respondió, igualmente formal. Cruzó una pierna con media sobre la otra y colocó sus manos ordenadamente en su regazo. Su táctica para parecer serena en el casi recatado vestido verde brillante se vio socavada por su pie calzado con tacón de aguja, que se movía nerviosamente, revelando su impaciencia, así como el tintineo de su joyería de ámbar cuando se sentó.

Apretó los labios, decidida a no ser la primera en romper el silencio. Que lo hiciera Alexander. Que intentara encontrar algún sentido en este lío en el que se habían encontrado. Se concentró decididamente en sus ojos, que fruncían el ceño mientras examinaban sus rasgos.

—Te ves cansada.

Ella se encogió de hombros. —Es porque lo estoy.

—¿Mala noche anoche?

Era su turno de fruncir el ceño. Estaba bastante segura de que no había sido llamada a su oficina ante la recepción de su renuncia para descubrir qué tan bien había dormido la noche anterior.

—Se podría decir eso. Aunque no estoy segura de qué tiene eso que ver contigo. —Le dio una sonrisa rápida y forzada—. Dejaste muy claro que el lado personal de nuestra relación ha terminado.

Él se reclinó en su silla y la observó pensativamente. —Dije muchas cosas de las que me arrepiento ahora.

Ella arqueó una ceja, sin creerle. ¿A qué estaba jugando? —¿En serio? ¿Como qué?

—Como que deberías renunciar si no podías manejar que yo diera las órdenes.

Ella se encogió de hombros. —Tenías razón.

Él se inclinó hacia adelante, poniendo sus manos sobre la mesa frente a él. —Lily, estaba hablando desde la ira y el dolor. Estaba equivocado. No deberías renunciar. Has hecho demasiado buen trabajo para esta empresa como para irte ahora.

Ella no podía creer lo que estaba escuchando. —¿Demasiado buen trabajo? ¿Como qué?

—Como todo. Especialmente la investigación. Quiero que continúe.

Abrió los ojos ampliamente con sorpresa. —¿Qué?

—Quiero que continúe —respondió uniformemente—. Puedo entender que estés sorprendida.

—¡Sorprendida es quedarse corta! ¡No querías saber nada de ello ayer!

Un músculo se movió en su mandíbula, como si estuviera tratando de sacar palabras que no saldrían fácilmente. Ella se inclinó hacia adelante, de repente intrigada. ¿Qué le pasaba?

—Ahora sí quiero.

—Pero es un beneficio comunitario de salud a largo plazo. Dijiste que tu objetivo era la riqueza. Hay un gran riesgo de que esta investigación no te traiga riqueza.

—Supongo que mis objetivos han cambiado entonces.

Ella hizo una mueca y se recostó con sorpresa. —¿En serio, tan rápido, tan fácilmente?

—Sí. Por un lado, entender el interés de mi padre en ello fue un punto de inflexión importante. Cambió mi perspectiva sobre las cosas.

Su corazón latió media docena de veces mientras esperaba que él continuara, pero él sostuvo su mirada como si estuviera deseando que entendiera algo, algo sobre lo cual no se atrevía a sacar conclusiones.

—¿Y la otra cosa? —dijo con voz ronca, su voz negándose a comportarse como ella quería.

Él sonrió y se levantó. —Voy a mostrarte, en lugar de decirte, cuál es la otra cosa. Si me lo permites.

—¿Qué quieres decir?

—Solo que tenías razón.

Ella sonrió. —¿Sobre qué, en particular? Tengo razón en tantas cosas.

—Sobre nosotros. Somos amigos, y me gustaría mantener esa amistad. La... valoro. Entonces... ¿amigos?

Asintió. No tenía opción, porque la vida sin este hombre en ella se sentía sombría y sin sentido.

—Amigos. —Sonrió, pero la sonrisa se desvaneció rápidamente cuando salió de la oficina, y él lo notó. Sintió sus ojos en su espalda mientras se alejaba, sin duda preguntándose sobre la brevedad de su sonrisa.

La verdad era que había mentido porque en el fondo, realmente quería ser mucho más que amigos. Pero ¿cómo podría, sin traicionar su pasado, su amor, su Robbie?

CAPÍTULO ONCE

ALEXANDER MIRÓ ALREDEDOR DEL ÁTICO—CON sus vistas impresionantes, muebles a medida y acabados costosos—e imaginó el apartamento de Lily. Había visto la zona donde ella vivía, así que no requería mucha imaginación para visualizar su hogar y, más importante aún, los valores con los que vivía—lo opuesto a los suyos. Al menos lo habían sido. Porque ahora, cuando miraba lo que poseía y lo que había logrado, parecía poco comparado con ella. Y ciertamente no significaba nada si Lily no estaba a su lado.

Se aflojó la corbata y se sirvió un trago del whisky que había encontrado entre la selección de su padre—una selección que era un duplicado de la suya propia en su antigua casa del oeste de Londres. Le sorprendió no sentir irritación al descubrir una similitud entre él y su padre. Ahora, solo sentía un leve humor y algo parecido a la aceptación. Nunca perdonaría a su padre por cómo había descuidado a sus hijos después de que su esposa, la madre de ellos, falleciera. Pero, cuanto más envejecía, más se acercaba a algo parecido a la comprensión del hombre que era su padre. Había dejado que el dolor lo superara y destruyera su relación con sus hijos. Había sido falible. ¿Su falta? Amar demasiado y sufrir demasiado.

Pero el legado de su padre vivía en sus hijos. El efecto de ese dolor todavía era evidente en cada uno de sus tres hijos. Excepto que Sebastian estaba cambiando, a través del amor, a través de Indra. Y ahora parecía que él también.

Acunó su whisky, apoyó la cabeza en el respaldo del sofá de cuero y miró hacia el techo, salpicado de luces halógenas que parecían estrellas.

¿Era la edad lo que lo estaba cambiando, o el amor? Porque ya no podía fingir que no amaba a Lily. Ella era el norte magnético de su brújula, el único punto alrededor del cual todo giraba. Ya no le importaba si tenía que compartir su amor, siempre que recibiera un poco. Siempre que la tuviera en su vida. ¿Pero cómo?

Era incluso más difícil para Lily que para él. Él no tenía a nadie más compitiendo por sus afectos. Solo le había interesado la riqueza y el poder, y ambos palidecían en comparación con la cálida, viva y respirante mujer que era Lily.

¿Pero Lily? Ella había amado a su esposo con pasión, y la idea de amar a alguien más le parecía una traición. Él entendía eso. Pero lo que Indra decía también tenía sentido. Un corazón humano podía amar a más de una persona en la vida y tenía una capacidad infinita para el amor. Estaba bastante seguro de que Indra no amaría menos a Sebastian después de que naciera su hijo.

Se incorporó repentinamente, acunando su whisky por unos momentos antes de terminarlo y deslizar el vaso vacío sobre la mesa de café. Se levantó y caminó hacia la ventana, mirando el cielo nocturno hacia el East End donde sabía que Lily estaría, en casa, en la cama con sus recuerdos, que habían formado una prisión a su alrededor.

Tomó su teléfono y marcó su número. Tenía que hacer contacto. La invitaría a cenar. Algo hermoso y glamoroso donde le diría que había cambiado. Que no le importaba si llegaba segundo o vigésimo segundo en sus afectos, siempre que estuviera en algún lugar. Aunque vigésimo segundo podría ser exagerar, pensó con una sonrisa.

El teléfono fue directamente al buzón de voz. Difícilmente podía culparla. Tecleó un breve mensaje, invitándola a cenar.

Se sorprendió cuando recibió una respuesta inmediata. Una palabra.

¿Por qué?

Sintió su actitud defensiva visceralmente, como una puñalada en el estómago. Sus pulgares se cernieron sobre el teléfono, pensando cuidadosamente su respuesta. Sentía que era importante acertar con la respuesta. Podría no tener otra oportunidad.

Porque disfruto de tu compañía.

Hizo una mueca después de enviar el mensaje. Al principio pensó que las palabras eran lo suficientemente inocuas y sinceras como para evitar sus sólidas defensas. Pero luego se dio cuenta de que ella imaginaría que la quería en su cama. Lo cual, por supuesto, quería. Pero esa no era la razón por la que quería verla. Apresuradamente, le envió otro mensaje antes de que ella pudiera responder con una negativa absoluta.

Y quería hablar contigo. ¿Almuerzo? ¿En el Savoy?

La comida siempre es buena. El teléfono mostró que ella seguía escribiendo, así que no respondió inmediatamente. *Pero no el Savoy.*

Miró hacia arriba donde estaría un Dios y exhaló aliviado. Había accedido a reunirse con él.

Tú elige el lugar.

Regent's Park.

¿Regent's Park? No conocía ningún restaurante allí.

¿Alguna sugerencia de restaurante para que pueda reservar una mesa?

No. Yo traeré una manta para picnic.

Se le hundió el corazón. Había odiado los picnics cuando era niño. El clima siempre era demasiado caluroso o demasiado frío. La comida eran sándwiches arenosos si era un picnic en la playa, siempre acompañados de rollos de salchicha fríos y congelados. Los había evitado desde entonces. Apretó los dientes y envió su respuesta.

Encantador. ¿Al mediodía en el lago?

Ella respondió con un corazón al que él dio demasiada importancia, mientras esperaba otra respuesta. No hubo ninguna.

Apagó las luces y entró en el dormitorio. Después de un par de noches de poco sueño, sabía que dormiría bien esta noche. Porque mañana pondría las cartas sobre la mesa. O al menos su corazón. Y luego dependería de ella.

Lily no creía haberse sentido nunca tan nerviosa. Debía de haberse cambiado de ropa media docena de veces mientras se preparaba para salir en la calurosa tarde de verano, sin saber si sería una tarde de seducción, autoprotección o disfrute inocente. Pero tan pronto como vislumbró a Alexander entrando al parque, cargando una pesada canasta, supo que inocente era una descripción precisa de lo que le esperaba.

Se alisó el fino algodón de su vestido de verano y presionó las manos contra su corazón, que había comenzado a latir con rapidez tan pronto como Alexander había aparecido a la vista. Sonrió y saludó con la mano. Él devolvió un saludo frío, pero su sonrisa solo creció mientras se

acercaba a ella. Transformó su expresión e iluminó sus ojos. Con su apariencia alta, de hombros anchos, exudando autoridad, atrajo las miradas de cada mujer en el parque mientras caminaba hacia ella. No podía evitar pensar que se veía aún más guapo ahora que cuando lo había conocido, y entonces ya había sido bastante devastador. Reflexionó sobre la diferencia en él.

Se veía más abierto, menos presuntuoso. Se veía más cálido, más amoroso. Amoroso... La palabra persistió en su mente y creó una sensación de hormigueo que se extendió por su cuerpo. *Definitivamente* no era inocente.

—Lily —saludó Alexander, viéndose repentinamente inseguro.

Ella dio un paso adelante y le dio un abrazo. —No estaba muy segura de que vendrías. No sabía qué pensabas de los picnics. —No lo sabía con certeza, pero tenía una buena idea, lo cual era su motivación para sugerirlo.

Él colocó sus manos en sus hombros. —Por ti, cualquier cosa. —Estaba a punto de inclinarse para besarla cuando de repente ella se sintió incómoda y se apartó. Él no intentó retenerla. Instantáneamente se arrepintió del movimiento.

—Veo que trajiste lo básico —dijo, demasiado animadamente, mirando la canasta de Fortnum and Mason.

Él la colocó en la manta de picnic, que ella había extendido bajo un enorme roble protector. El parque estaba lleno de personas tomando sol y charlando, deseosas de salir del concreto de la ciudad y disfrutar de uno de los muchos parques de Londres. Ella había llegado con anticipación para asegurar un lugar sombreado.

Él le hizo un gesto para que se sentara. Ella se arrodilló con su vestido amarillo y ajustó su corpiño, que se le pegaba por la humedad. Se alegraba de llevar un sujetador sin tirantes y no depender únicamente de los finos tirantes de espagueti para el soporte.

—Bueno, si insistías en un picnic, lo menos que podía hacer era asegurarme de que no tuviéramos sándwiches de pepino empapados.

Ella fingió hacer un puchero. —Resulta que me gustan los sándwiches de pepino empapados. Me recuerdan al sol y la diversión.

Él dio un gruñido despectivo y se sentó en la manta. —A mí me recuerdan a niñeras, disciplina y lluvia.

—Oh, vaya. Pobre niño rico —bromeó ella.

—Ese soy yo —dijo, negándose a picar el anzuelo, mientras abría la canasta y sacaba una botella de champán helado, junto con dos copas de champán—. Pero, por suerte para ti, este pobre niño rico aprendió rápidamente a sacar lo mejor de una mala situación. Y eso siempre incluye champán. ¿Quieres una copa?

Ella asintió. —Tengo que decir que eso supera definitivamente a la cerveza de jengibre sin gas.

Él se estremeció. —Nunca pude ver el atractivo de la cerveza de jengibre.

—Los Siete Secretos —respondió ella—. Enid Blyton —añadió, en caso de que fuera necesaria más explicación.

—Sé quiénes son los Siete Secretos. Mi niñera estaba bien versada en Enid Blyton. Me criaron como a un niño de una generación anterior.

—Ah, eso explicaría tus hábitos anticuados.

Él desenroscó el alambre de la botella y la miró con ojos traviesos. —¿Qué hábitos son esos?

Ella se encogió de hombros, se quitó los zapatos y se recostó, apoyada en sus codos. —Oh, ya sabes, las damas primero, ceder tu asiento a una mujer.

—Eso es simple cortesía.

—Cortesía anticuada. Pero me gustan bastante.

Él sacó el corcho de la botella, sirvió una copa y se la entregó. —Entonces está bien —dijo, sirviéndose una copa para él. La levantó hacia la suya—. Brindemos por las cosas anticuadas como los modales y la galantería.

—¿Qué más?

Se encogió de hombros, pero sus ojos no habían dejado los de ella. —¿Amor? —El ligero signo de interrogación en su entonación parecía flotar entre ellos, como algo mucho más sustancial que una palabra.

Ella contuvo la respiración por un momento y luego levantó su copa en el aire. —Por el amor. Supongo que algunas cosas simplemente no pasan de moda.

—Supongo que no —dijo él, tomando un sorbo y luego dejando la copa en la bandeja de la canasta. Sacó el primer tazón, miró la etiqueta—. ¿Te gusta la ensalada de pollo? —dijo, colocándola sobre la manta.

—Sí —dijo ella—. Y disfruto que me atiendan. Podría acostumbrarme a esto.

De nuevo la mirada de ojos entrecerrados hacia ella y la ligera tensión alrededor de su boca como si se estuviera conteniendo de responder. Eso sería una primera vez, pensó. Alexander Richmond controlando lo que decía. Tal vez *sí* había cambiado. Ciertamente no había imaginado que accedería a un picnic. Esto sería interesante.

—¡Uf! Hace calor —dijo Alexander, deslizando un dedo alrededor del cuello de su camisa, que estaba abierta en el cuello.

—Es la humedad. —Entrecerró los ojos y miró hacia el cielo. Una banda oscura de nubes se desplazaba a través del cielo azul hacia ellos—. Parece que se acerca una tormenta. Eso debería reducir la humedad. Quizás deberíamos posponer nuestro picnic.

Él negó con la cabeza.

—¿No te preocupa mojarte?

De nuevo negó con la cabeza, su rostro serio. —Solo hay una cosa que me preocupa.

Ella apenas se atrevía a preguntar. Se lamió los labios. —¿Quedarnos sin champán? —aventuró, desesperada por aligerar el ambiente.

—Eso nunca sucederá bajo mi vigilancia. No. No es eso. —Parecía característicamente nervioso y respiró profundamente. Ella no creía poder soportar una escena, así que saltó a sus pies, derramando el champán.

—Tal vez deberíamos comer algo primero —dijo, sacando más paquetes de la canasta—. Antes de que llegue la lluvia. —Quitó la tapa de algo y se lo presentó—. ¿Paté? —Lo olió—. Huele delicioso. —Sin esperar respuesta, se arrodilló y arrancó un trozo de pan de una baguette, lo untó con paté y se lo extendió—. ¿Quieres?

—No, gracias.

Ella se sentó y dio un mordisco. Realmente estaba delicioso. Dio otro mordisco y leyó lo que decía en el frasco.

—¡Lily McGuire!

—¿Mmm? —dijo, mirándolo. Él le sonreía.

—Nunca he conocido a una mujer que disfrute tanto la comida como tú.

—Ya sabes lo que dicen. —Dio un medio encogimiento de hombros.

—Lo sé. Y es cierto —dijo él, tomando su pie y masajeándolo.

Fue todo lo que pudo hacer para no gemir. Su toque envió escalofríos de deseo a través de su piel, alertando a cada parte de su cuerpo para que se preparara para la seducción.

Él se concentró en su pie, frotando la planta con sus dedos, antes de subir a la parte superior

del pie. Ella cayó de espaldas, sucumbiendo a su toque, que señalaba a su cuerpo que se recostara y aceptara lo que venía. Luego, él arrastró las uñas por su pierna desnuda, empujando un poco hacia su pantorrilla, debajo del vestido de longitud media. Ella abrió los ojos cuando los dedos de él dejaron su piel. Rodó, apoyando la cabeza en su mano.

—Alexander Richmond. Ciertamente sabes cómo llegar a una chica.

—He dedicado mi vida a ello. —Tomó su pan y paté y lo terminó.

Ella no pudo resistirse. Lo miró desde debajo de sus pestañas bajadas, mojó su dedo en su champán y se arrodilló ante él, arrastrando su dedo sobre sus labios antes de meterlo en su boca. Él agarró su mano repentinamente antes de que pudiera alejarse y chupó su dedo.

—Lily, te das cuenta de que estás jugando con fuego aquí, ¿verdad? Otro truco como ese y te tendré de espaldas conmigo encima de ti.

Ella trató, sin éxito, de reprimir una llamarada de deseo que atravesó su cuerpo. —¿Y crees que eso es una advertencia? Me pregunto quién se echaría atrás primero. Más bien creo que no sería yo. —Se apoyó en sus manos, sabiendo que su vestido se había deslizado y su escote estaba a la vista. Empujó sus dedos descalzos bajo la pierna de él y los movió. Él cerró los ojos y respiró profundamente.

—Serás mi muerte, mujer.

El sol de repente se ocultó detrás de las nubes y ella se incorporó y se estremeció, mientras la noción de muerte devoraba la luz del sol de la tarde. Ella dio una sonrisa débil y tomó un aperitivo de la canasta para evitar tener que hablar. Pero la sensibilidad de este nuevo Alexander parecía haberse agudizado hacia ella y extendió la mano y tomó la de ella en la suya.

—¡Lily! Lo siento, no quise mencionar...

—No hay nada por lo que disculparse. No es tu culpa que mi esposo muriera. El problema es que simplemente la palabra lo trae todo de vuelta.

Él apretó los labios y asintió, dejando su copa. —Entiendo.

—No estoy segura de que lo hagas.

Se encogió de hombros. —Tal vez no todo. Pero entiendo que esa sombra podría no dejarte nunca.

Ella negó con la cabeza, no queriendo ir allí. No queriendo empañar la diversión de la tarde con nada serio.

—Por favor, no más charla de sombras, ni nada serio. ¿De acuerdo?

Pero su rostro no se iluminó.

—No puedo prometerte eso, Lily —dijo—. Sabes que tengo algo que decirte, así que ¿por qué no te sientas, comes y bebes, y escuchas?

—¡Oh, no! —dijo ella—. Eso suena demasiado serio. Me invitaste aquí para un picnic, que generalmente significa diversión bajo el sol, charla casual, bromas, risas y juegos después del picnic, si tienes suerte.

—¿Qué tipo de juegos?

Ella sonrió. —Cricket, ese tipo de cosas.

Él sonrió. —Nunca he sido un jugador de equipo.

—No —dijo ella, aliviada de haber evitado la conversación seria—. Definitivamente puedo imaginar eso. Eres un líder. Organizas a la gente y luego te sientas y dejas que hagan todo el trabajo.

Él se encogió de hombros, y ella se sintió aliviada al ver que el viejo Alexander despreocupado había vuelto. —Si otras personas quieren correr y hacer lo que les pido, ¿quién soy yo para detenerlos?

Ella sonrió. Y luego cometió un error. —Me gustaría bastante que hicieras lo que te pido.

Su sonrisa se transformó en una expresión seria. —Lo haré. Si quieres que lo haga. Dime qué quieres que haga, y lo haré.

—Oh, no. —Ella dio una sonrisa temblorosa—. Estás siendo demasiado serio de nuevo, Alexander. No es propio de ti y es un día demasiado agradable para ser serio. —Pero entonces sintió una gota de lluvia caer en su cabeza y empapar su pelo. La lluvia comenzaba a caer con fuerza sobre ella y Alexander, aunque él parecía no notarlo.

De repente miró alrededor y, por primera vez, se dio cuenta de que estaban solos en el parque. Bajo el árbol, habían estado ligeramente protegidos de los primeros y tentativos golpes de lluvia suave, pero ni siquiera las poderosas ramas y frescas hojas verdes del árbol ofrecían protección alguna contra lo que solo podía llamarse un aguacero.

Ella saltó.

—¡No te vayas! —dijo él, extendiendo su mano hacia la de ella—. Por favor, aún no.

Él no parecía notar el hecho de que las gotas de lluvia se aferraban a su cabello y sus hombros estaban oscuros por la lluvia.

—Pero Alexander —dijo ella, mientras él se ponía de pie y tomaba ambas manos de ella en las suyas.

—Pero nada. Por favor, escúchame.

Y difícilmente podía no hacerlo, dada la intensidad de su mirada. —Continúa —dijo, teniendo que hablar más fuerte sobre el sonido de la lluvia golpeando los árboles y el suelo.

—Antes de conocerte, Lily, estaba viviendo una especie de media vida, en un camino que solo llevaba a más dinero, más poder, más puntos que acumular contra mi padre. —Negó con la cabeza como si realmente no pudiera creer que hubiera sido ese hombre solo un corto tiempo antes—. Quiero saber algo, Lily.

Ella se lamió los labios, saboreando la lluvia que atravesaba sus mejillas, y asintió.

—Quiero saber si hay espacio en tu corazón, en tu vida, para mí. No me importa cuánto espacio, siempre que *haya* espacio. No me importa si vengo en primer, segundo, tercer o cuarto lugar en tu vida, siempre que pueda estar en ella. No espero nada a cambio. Solo te quiero en mi vida. Sé que todavía amas a Robbie, y no serías la mujer que amo si no lo hicieras. Y no te pido que dejes de hacerlo, porque sé que no puedes. Simplemente te pregunto si crees que podrías amarme a mí también. Aunque sea un poco.

Ella abrió la boca para hablar, pero no salieron palabras.

—No quiero que me des tu respuesta ahora. No conmigo frente a ti, no sin que lo pienses un poco.

Estaba a punto de decirle que no había estado pensando en otra cosa, pero él negó con la cabeza nuevamente.

—Por favor, escúchame, y no me des tu respuesta todavía. Porque cuando respondas, necesito saber que es tu respuesta final. Ya sea sí o no. —Respiró profundamente—. No quiero presionarte para que digas algo que crees que quiero oír, algo que *esperas* poder hacer. Quiero que te tomes tu tiempo, lo pienses, y cuando estés lista, llámame. Y dime. ¿Puedes hacer eso?

Ella asintió y llevó sus manos a sus labios y las besó, queriendo transmitir de alguna manera no verbal cómo se sentía cuando apenas sabía cómo expresarlo. Todavía no, de todos modos. Había sido una buena decisión, pensó, y una que demostraba que él había cambiado. Pero, ¿sus sentimientos por él significaban que estaba traicionando la memoria de Robbie? ¿Traicionando sus vidas juntos?

El hechizo se rompió, y él miró alrededor, mientras un trueno retumbaba en el parque y miró

a ambos, la manta empapada y el picnic arruinado. Pero no parecía ser consciente de su ropa empapada.

—Ve a buscar refugio y yo recogeré todo esto.

Pero ella insistió en ayudar y con una mano a cada lado de la canasta, caminaron a través de la hierba. Apenas valía la pena correr. No podían estar más mojados.

Alexander podría haber cambiado, pero no tanto. Una rápida llamada telefónica y dos taxis se acercaron. Guardó todo en uno y luego la condujo al otro.

—Por mucho que me gustaría que vinieras a casa conmigo, no está bien. Quiero que te tomes tu tiempo y pienses en esto.

Mientras su taxi se alejaba, ella se volvió para mirarlo. Él estaba allí bajo la lluvia torrencial, observándola. Ella saludó con la mano, y él le devolvió el saludo antes de que el taxi girara en una esquina y él desapareciera.

Lily le dijo al taxista que la dejara en la calle principal. La lluvia había parado ahora, y quería caminar de regreso a través de su barrio. La lluvia se derramaba de las canaletas sobre el concreto, tratando de encontrar algo de tierra desnuda donde empaparse. La gente comenzaba a emerger después del aguacero: los niños de debajo de los puentes donde podía escuchar el ritmo de su música, los hombres para fumar y las mujeres para recoger la ropa que había sido sorprendida por el repentino aguacero.

Recibió algún que otro saludo mientras caminaba con la chaqueta de Alexander puesta, sus manos en los bolsillos, y de repente se dio cuenta de que, aunque amaba este lugar y una parte de ella siempre lo consideraría su hogar, quería seguir adelante. Vivir una vida más grande que esta. Era hora.

Subió corriendo las escaleras del viejo edificio, saludó a gritos a la mujer que vivía en el apartamento de abajo y subió corriendo al apartamento superior, y cerró la puerta. Saludó a Robbie como siempre lo hacía, pero por primera vez se sintió cohibida, como si estuviera interpretando un papel.

Desconcertada, se sentó y sacó su teléfono, mirándolo por unos momentos antes de presionar el botón de mensajes y reproducir su mensaje favorito.

Por primera vez, no obtuvo consuelo de la voz. Era una voz del pasado, fuera de tiempo. Robbie se había ido. No quedaba nada de él excepto el amor que ella siempre tendría por él en su corazón.

Puso la cabeza entre las manos y sollozó.

Eventualmente el llanto disminuyó. Se acostó en el sofá con su ropa mojada, sintiéndose exhausta y de alguna manera renacida. Se quedó allí, mirando las nubes pasar rápidamente, revelando parches cada vez más azules de cielo hasta que el sol brilló constantemente a través de la ventana, a través de la alfombra en el suelo, a través de la pequeña mesa de comedor para iluminar el conjunto de fotografías. Por supuesto, el sol brillaba particularmente en una. Sabía que lo haría. Era la razón por la que la había colocado allí, amando cómo la luz de la tarde parecía hacer que la foto cobrara vida. Pero ahora no lo hacía. Era simplemente un recuerdo. Uno precioso, pero un recuerdo al fin y al cabo.

Luego reprodujo el mensaje. Esta vez escuchó, realmente escuchó lo que estaba diciendo.

Las mismas palabras de tranquilidad, amor e instrucción severa llenaron la habitación como antes. Pero ahora frunció el ceño cuando llegó a la parte donde él le decía que encontrara amor donde pudiera, porque ella era una mujer hecha para el amor. Siempre lo había interpretado

como sexo. Solían bromear sobre su saludable apetito por el sexo y por eso era lo que ella había pensado que él quería decir. Pero de repente le dio un significado diferente.

Balanceó las piernas fuera del sofá y se puso de pie, mirando hacia el grupo de fotos iluminadas por el sol.

—No era eso en absoluto, ¿verdad, Robbie? —Fue y tomó la foto. Cerró los ojos y sostuvo el marco contra su corazón. Su mente retrocedió a sus vidas, que siempre habían estado llenas de gente y amor. Él había amado a las personas con las que trabajaba, y amaba cómo ella amaba a las personas. Un corazón grande, había dicho de ella. Parpadeó y se mordió el labio, mirando por la ventana hacia la luz brillante. Pero, ¿era lo suficientemente grande para otras personas, también? ¿Lo suficientemente grande para permitirle a Alexander un lugar en su corazón? ¿En su vida?

CAPÍTULO DOCE

ALEXANDER NO SABÍA qué esperar de Lily pero, cuando se despertó a alguna hora impía de la noche y revisó su teléfono, supo que no había esperado esto.

Una invitación para visitar un centro comunitario en el East End con Lily ese día. Lo leyó varias veces. Por supuesto, iba a aceptar. Era Lily, después de todo. ¿Pero un centro comunitario? ¿Qué demonios tenía él en común con un centro comunitario, aparte de Lily?

Había realizado su rutina matutina, mirando el teléfono de vez en cuando, como si fuera una serpiente enroscada lista para atacar si no la vigilaba. Pero no resultó menos mortal después de unas horas, y se vio obligado a responder. Tecleó su respuesta rápidamente. No quería darse tiempo para pensarlo. Pensar, sabía por experiencias pasadas con Lily, causaba problemas. Esta vez confiaría en su instinto y vería adónde lo llevaba.

Unas horas más tarde quedaba claro dónde lo había llevado: a un viaje extremadamente incómodo en el metro hacia el Este de Londres. Lily le había dicho que dejara su Porsche en casa. No necesitó que se lo dijeran dos veces. Pero por qué había sugerido que tomara el tren, cuando había taxis perfectamente buenos, no lo sabía. Si era parte de una prueba o lección, estaba dispuesto. Porque no sabía qué más hacer para conquistar a Lily. Y ella era ahora su único objetivo.

Cuando bajó del tren, casi no la reconoció. Estaba acostumbrado a verla usar colores brillantes. Pero hoy vestía jeans negros ajustados, botas y una desgastada chaqueta de cuero tipo motociclista. Parecía una modelo en ropa informal y estaba tremendamente sexy. El conjunto completamente negro resaltaba su cabello brillante, y su característica barra de labios brillante lucía aún más llamativa contra el negro.

—Alexander —dijo, con esa voz baja y ronca suya, acercándose a él mientras la multitud de gente pasaba, dejándolos solos en el andén. Quería rodearla con sus brazos y besarla intensamente, pero logró contenerse. Le tocaba a Lily hacer todos los movimientos hoy. Su corazón se hundió al ver que ella no hacía ninguno hacia él—. No pensé que vendrías —dijo finalmente.

Él se encogió de hombros.

—Es sábado. No tenía planes y, además, nunca puedo resistirme a una invitación a un centro comunitario —esbozó una sonrisa irónica, y ella se rió, rompiendo la tensión.

—Eso es lo que pensé —dijo. Caminaron por el andén de la estación hacia la salida—. Me pregunté, ¿qué puedo hacer para mostrarle a Alexander un buen momento? Y luego pensé, la respuesta obvia es invitarlo a mi centro comunitario local.

—Pensamos tan parecido —dijo él, continuando la farsa. Parecía lo más fácil. Y, si eso era lo que ella quería, estaba feliz de seguirle la corriente—. Podemos... —se esforzó por imaginar qué

sucedía en los centros comunitarios—. Jugar al ping-pong y tomar té.

Ella volvió a reírse.

—¿Eso es lo que significan para ti los centros comunitarios? ¿Ping-pong?

Él se encogió de hombros, disfrutando del sonido de su risa, dejando que envolviera su corazón.

—Conocí a alguien una vez que dijo que solía ir a un centro comunitario de niño donde se reunía su grupo juvenil. Cuando le pregunté qué hacían, dijo que jugaban al ping-pong y bebían té con leche.

—Bueno, creo que descubrirás que hay un poco más que eso.

—Eso espero, porque soy terrible en el ping-pong.

Caminaron por la calle de la ciudad donde, diferente a sus lugares habituales, la gente se agrupaba. Miró alrededor, preguntándose cuánto tiempo pasaría antes de que lo asaltaran. Parecía inevitable, dado su entorno.

—¿Estás segura de que estamos a salvo aquí?

Ella no respondió de inmediato porque unos jóvenes de aspecto rudo se volvieron y le gritaron un saludo en un dialecto que él ciertamente no entendía. Ella devolvió el saludo y se volvió hacia él.

—No lo estarías si estuvieras solo. En serio, Alexander, ¿un traje de Versace?

Él alisó las solapas de seda.

—¿Qué tiene de malo?

—Es hermoso, pero difícilmente te hace encajar.

Él no creía querer encajar aquí, pero decidió que era mejor no expresar esta opinión.

—Bueno, ¿y tú qué?

—Buen punto. Pero ellos me conocen. En fin —dijo, señalando al otro lado de la calle—, ya llegamos.

Su corazón se hundió. Había estado esperando que sus expectativas fueran erróneas. Que de alguna manera el edificio fuera moderno, construido por un benefactor adinerado, amueblado por dicho benefactor. No lo era. Era el mismo tipo deprimente de edificio que los rodeaba.

Le lanzó una sonrisa forzada, ante la cual ella se rió y le abrió la puerta. Si acaso, estaba peor por dentro. Su impulso fue darse la vuelta y salir, pero parecía que Lily no compartía este impulso, pues siguió caminando, saludando a la gente a su paso. Mantuvo la sonrisa fija en su rostro y la siguió, esperando que la visita fuera breve.

Al parecer habían llegado a la hora del almuerzo, aunque apenas pasaban de las once, y la cocina estaba ocupada sirviendo comida a una creciente fila de personas que no pagaban.

—¡Lily! —Una mujer le hacía señas desde detrás del mostrador de la cocina—. ¿Quieres echar una mano?

Lily miró a Alexander.

—Será mejor que ayude. Están con poco personal —puso su mano en el brazo de él—. ¿Estarás bien?

—Por supuesto que sí. Soy un adulto, Lily, pero gracias por preguntar —la vio alejarse y se preguntó por qué había mentido. También se preguntó por qué lo había traído aquí. Para verla en su territorio, presumiblemente. ¿Pero por qué? ¿Era para ilustrar las diferencias entre ellos? ¿Para mostrar exactamente lo mal que encajaría él? Si estas eran las razones, entonces estaba funcionando hasta ahora.

Caminó hacia la ventana para tener algo que hacer y para alejarse del barullo de gente. Incluso sorprendió a una niña pequeña acariciando el forro de seda de su chaqueta. Se sentía

desconcertado, una palabra que nunca había tenido motivo para usar hasta ahora.

Se apoyó contra la pared fuera de peligro y observó a Lily. Ciertamente podía manejar cualquier situación, y cualquier tipo de persona, con facilidad y calidez. No era de extrañar que tuviera poca paciencia con las tonterías de algunos del equipo directivo que eran todo aires, gracias e ineptitud. Fue sacado de su ensoñación por el tipo de tos que pretende llamar la atención. Se volvió para encontrar a un hombre de mediana edad con barba, vaqueros y camiseta con un eslogan, sonriéndole.

—Tú debes ser Alexander Richmond —dijo.

Alexander estrechó la mano ofrecida.

—Lo soy. Parece que te advirtieron de mi visita.

El hombre se rio, sus ojos arrugándose con una calidez sin prejuicios.

—Soy Simon, el director del centro, y aunque Lily mencionó que pasaría con un amigo, creo que la única razón por la que me lo dijo fue para que no me sorprendiera. Pero me temo que lo estoy.

—¿Por qué?

—Nunca ha traído a nadie de su otro mundo aquí antes.

—Otro mundo —repitió Alexander con una sonrisa irónica—. Me hace sonar como si fuera del espacio exterior, algún universo alternativo.

—Podrías muy bien serlo para la mayoría de las personas que vienen aquí. En fin, es un placer conocerte, Alexander —el hombre sonrió, pareciendo genuinamente complacido. Alexander no podía entender por qué, a menos que pensara que estaba a punto de recibir una donación.

—Y a ti, Simon —Alexander miró alrededor—. Ciertamente parece un lugar popular el que tienes aquí.

—Sí —dijo Simon, llevando a Alexander a un rincón tranquilo donde se sentaron—. Lo es desde que Bob revitalizó este lugar. Consiguió financiación, su pura personalidad lo puso en marcha.

—Eso es genial —dijo Alexander, preguntándose quién era este Bob y si lo conocería a continuación. Si Bob era la razón por la que estaba aquí.

—Y debido a todo el trabajo preliminar que realizó, puede continuar sin él.

Alexander asintió, preguntándose por qué Simon imaginaba que estaría interesado. Pero Simon lo miraba expectante, así que se rascó la cabeza buscando algo educado que decir.

—Eso es bueno. Entonces... ¿dónde está Bob ahora? ¿Haciendo lo mismo en otro lugar?

Simon pareció genuinamente desconcertado.

—¿No lo sabes?

Alexander apartó la mirada de Lily y volvió a Simon.

—¿Saber qué?

—Bob está muerto.

—Lamento oír eso. Pero al menos su legado perdura.

Pero Simon seguía viéndose confundido y no respondió.

Alexander frunció el ceño, preguntándose qué se había perdido.

—Lo hace, ¿no? Su legado, quiero decir. ¿O hay algún problema con el dinero? ¿Se necesita financiación? Podría ayudar, si quieres —ahí estaba, había hecho lo que lo habían traído a hacer. Ahora quizás podrían irse. Pero su oferta todavía no parecía haber creado la expresión requerida en el rostro de Simon.

—No lo sabes, ¿verdad?

Alexander sonrió, cansándose de este juego del gato y el ratón.

—Es difícil decir qué es lo que no sé.

—Bob. Era el esposo de Lily. Murió hace dieciocho meses. Fue él, con la ayuda de Lily, quien estableció todo esto.

Alexander no pudo hablar. Bob. Robbie. El mismo hombre.

—Él marcó una diferencia en la vida de las personas —continuó Simon, como si no hubiera dejado caer una bomba sobre Alexander—. Y es eso, no el dinero, lo que perdura —Alexander sabía exactamente lo que significaba el ceño desaprobador de Simon. Acababa de ser regañado.

—Sí —dijo Alexander, arrepentido por ser tan craso como para ofrecer dinero—. Por supuesto que sí. Lo siento. Y lamento que el centro comunitario, todos ustedes, y especialmente Lily, no puedan tener a Robbie... Bob... en sus vidas. Suena como un hombre increíble.

—Lo era. Pero Lily me ha contado todo sobre ti. Ella cree que tú también eres bastante increíble.

—¿Lo cree?

Simon sonrió.

—Lo cree. De todos modos, será mejor que ayude. Solo quería presentarme. Sé que nos veremos mucho más a partir de ahora. Y me alegro —miró a Lily—. Ella necesitaba seguir adelante.

Alexander vio a Simon salir de la habitación, todavía aturdido por el hecho de que, aparentemente, Lily pensaba que era increíble. ¿Cómo podía creer eso cuando *él* no era ningún santo y Robbie había sido un dechado de virtudes? ¿Habría malinterpretado Simon? Debió haberlo hecho. Se levantó de un salto y se abrió paso entre la gente que comía platos de comida aromática, hasta la salida.

Inhaló bocanadas de aire, tratando de calmarse pero sin conseguirlo. Sabiendo que Lily lo había traído aquí para mostrar, con demasiada claridad, por qué él, Alexander, nunca podría llenar los zapatos de Robbie. Eran demasiado grandes.

—¡Alexander! —dijo Lily, viéndose sonrojada y alarmada—. Pensé que te habías ido.

—¿Y eso sería un problema?

Su rostro decayó.

—No un problema. Pero quería mostrarte el lugar.

—Tu amigo Simon habló conmigo en cambio. Me contó todo sobre el lugar, y cómo es lo que es gracias a Bob. O Robbie, como tú lo llamas —negó con la cabeza—. ¿Es por eso que me trajiste aquí, para compararme desfavorablemente con tu difunto marido?

Ella pareció consternada, y él inmediatamente se sintió mal.

—¡No! Eso es lo último que quiero.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? Por favor, dímelo, porque no puedo entenderlo.

Ella se acercó más a él, tomando ambas manos en las suyas, y lo miró a los ojos. Era lo más cerca que habían estado en todo el día y no podía entender cómo había dejado que eso sucediera cuando tocarla se sentía tan bien. Se aferró a su mano, esperando contra toda esperanza que ella no se alejara. No lo hizo.

—Alexander, no te traje aquí para alejarte más de mí, para dividirme más de ti, sino para acercarte.

Él frunció el ceño.

—¿Cómo puede mostrarme exactamente lo lejos que estoy de Robbie acercarme a ti? ¿No lo ves, Lily? Solo me muestra lo indigno que soy para llenar sus zapatos.

—No puedes llenar sus zapatos.

Su corazón se hundió.

—¿Crees que no lo sé?

—Y no *quiero* que llenes sus zapatos. Nadie puede. Solo quiero que seas tú mismo.

—Entonces, ¿por qué me trajiste aquí?

—¿Honestamente? Porque estoy cansada de dividir mi vida. No es saludable. Tú me mostraste eso.

—¿Yo? —le dio una débil sonrisa—. No me di cuenta de que era tan sabio.

—¡Ha! No lo eres. Pero me hiciste ver que lo que estaba haciendo estaba mal —lo miró tímidamente—. No debería haberlo hecho.

—Mi padre prácticamente te dio permiso.

—Aun así... —se interrumpió—. De todos modos, el centro comunitario no era lo único que quería mostrarte.

—¿No?

—Me preguntaba... —se mordió el labio, viéndose adorablemente insegura, lo que no era propio de ella—. Si te gustaría venir a mi apartamento.

Él sonrió.

—Me gustaría.

—Bien. Porque pensé que podríamos cenar allí más tarde. ¿Si te parece? —se encogió de hombros—. O podríamos hacerlo almuerzo. Lo que quieras hacer.

Para ser sincero, habría preferido volver a la ciudad a la primera oportunidad.

—Por supuesto. Quiero estar donde tú estés.

—Gracias.

La mirada de alivio en su rostro, y el rápido beso en sus labios, valieron la pena por su acuerdo.

—¡Genial! No está lejos.

Aunque sintió alivio de que ella no apartara su mano de la suya, se sintió menos aliviado al saber que no vivía lejos. Porque el área no parecía un lugar que quisiera visitar, y mucho menos vivir. Pero ella dobló por una de las pocas calles que aún tenía casas de estilo antiguo, encajadas entre edificios altos, viejos garajes y tiendas de conveniencia.

Parecía conocer a todos mientras caminaban por la calle. Él podía entender por qué se quedaba allí. Era todo lo que le quedaba de su antigua vida. Estaba atrapada en algún tipo de rutina, que no se atrevía a dejar atrás. Abrió la puerta principal de una de las pocas casas victorianas en hilera que quedaban y saludó a una mujer invisible, cuya voz temblorosa emergió de un piso en la planta baja.

—La señora Norris. Ha estado aquí desde siempre y está confinada en casa últimamente. Su hija quiere que viva con ella, pero ya sabes cómo son los ancianos.

Él no lo sabía, pero hizo un ruido que esperaba mostrara que entendía.

—Estamos... estoy... en el primer piso.

Ignoró el desliz. Pensó que ignoraría cualquier cosa por ella.

—Por aquí —dijo, abriendo la puerta.

El piso era mejor por dentro que por fuera. Estaba decorado con colores brillantes, alfombras y fotos, muchas fotos.

Ella destapó una olla de cocción lenta. Olía maravilloso.

—Coq au vin. Algo clásico, pero bueno. Para ser honesta, es una de las pocas cosas que sé cocinar. Robbie... —se detuvo de repente.

Él reprimió su irritación.

—Sigue —la animó—. Robbie...

Ella le dio una rápida sonrisa.

—A Robbie le gustaba.

Parecía que todo iba a ser sobre Robbie, así que suspiró y se sentó, aceptando una copa de vino de Lily.

—Entonces, ¿cómo era Robbie?

Ella removió la comida durante unos minutos antes de responder.

—Bastante maravilloso. Por supuesto, tenía sus momentos. Tenía un temperamento rápido, pero después de encenderse, desaparecía.

—Lamento que lo hayas perdido.

Ella se volvió de repente, cuchara goteando en mano, y lo miró sorprendida.

—¿Lo lamentas?

—Por supuesto que sí. Odio que estés infeliz.

—Ah —dijo, volviéndose mientras notaba la salsa goteando sobre la alfombra—. Sí, estuve infeliz durante mucho tiempo. Al principio, pensé que mi vida había terminado, pero luego pensé que podía hacer lo que le prometí y ayudar a financiar investigaciones para que otros no tuvieran que sufrir lo que nosotros sufrimos. Y eso fue suficiente por mucho tiempo.

—¿Todavía es suficiente?

—No —tomó su teléfono y lo apretó en su mano—. ¿Te importa escucharlo? A Robbie, quiero decir.

No hacía que su corazón saltara de alegría, pero si era lo que ella quería.

—Claro.

Observó su rostro mientras encendía uno de los mensajes que había escuchado en Norfolk. Ella estaba tensa mientras se concentraba en las palabras que él escuchó adecuadamente por primera vez. Ella lo apagó.

—Ahí. Ese era Robbie, dejándome mensajes para mantenerme en pie. Y lo hicieron. Pero creo que solo escuché lo que quería escuchar. Pensé que me estaba animando a salir al mundo, tener sexo, estar ocupada, seguir viviendo por él además de por mí. Pero ahora no estoy segura.

Alexander frunció el ceño mientras consideraba las palabras de Robbie.

—Robbie dijo, “estabas hecha para el amor”, no el sexo. ¿Por qué habría querido que tuvieras mucho sexo, sin amor? No, Lily, él quería que te enamoraras de nuevo. Estoy seguro — y lo estaba, incluso si eso funcionaba a su favor.

Ella le dio la espalda demasiado rápido y regresó a la cocina americana al otro lado de la habitación.

—Para mí y para Robbie, el amor y el sexo habían sido una misma cosa. Había pensado que quería decir... —se interrumpió antes de tomar aire profundamente y pararse erguida—. Sexo. Había pensado que se refería al sexo. Pero creo que tienes razón. Creo que Robbie quería que saliera y encontrara el amor.

—Por supuesto que sí. Robbie te amaba y quería que fueras feliz, que encontraras el amor de nuevo.

Ella asintió, colocó la cuchara en la encimera y se volvió hacia él. Lágrimas corrían por sus mejillas.

—Y lo combatí. Cada centímetro del camino, porque pensé que lo estaba traicionando.

Él se levantó de un salto, pero logró evitar ir hacia ella, abrazarla y alejar el dolor que podía ver tan claramente en su rostro.

—¿Y qué piensas ahora?

—Creo que he estado en negación desde el primer momento en que te conocí.

Ya no pudo contenerse más, y fue hacia ella, colocando sus manos en sus hombros, respirando su cabello, su esencia.

—¿Negación sobre qué?

Ella se quedó quieta y luego se volvió de repente, dejando caer la cuchara con estrépito. Tocó su mejilla suavemente.

—¿Necesito deletrearlo?

—Francamente, sí.

Su boca se torció en una sonrisa tímida.

—Alexander Richmond. Eres una fuerza a tener en cuenta. Irrumpiste en mi mundo y me hiciste pensar de nuevo, me hiciste *sentir* de nuevo. Me hiciste darme cuenta de que había más en la vida que sacrificios y recuerdos.

Él maldijo por lo bajo con alivio. La abrazó estrechamente, intensamente agradecido de que todo esto no hubiera sido un montaje para deshacerse de él, de una vez por todas.

—Y tú has hecho lo mismo conmigo. No me importa si soy el segundo, tercero o vigésimotercero en tu lista de amores. Te amo, Lily, y no puedo vivir sin ti.

Ella se rió, y él no tenía idea de si se estaba riendo de él o con él. Pero no le importaba, siempre y cuando ella aceptara estar con él.

—¿Qué dices, Lily? ¿Te casarás conmigo?

Ella se rió aún más fuerte, y las dudas comenzaron a nublar su mente nuevamente. Pero se negó a soltarla.

—Lily, por el amor de Dios, sácame de mi miseria.

Su risa disminuyó gradualmente, y ella acunó su mejilla y presionó su frente contra la de él.

—Alexander Richmond. Nunca pensé que te escucharía decir que no te importa ser el primero. En nada. Riqueza, competencia, el afecto de alguien.

—Yo tampoco, hasta que te conocí. Y entonces ser el primero dejó de importar.

—¿Por qué?

—Porque solo *existes* tú. Solo tú me importas. Solo a ti te amo. Tú eres todo lo que hay, y todo lo que necesito. Quiero casarme contigo. Quiero que estés en mi vida para siempre. ¿Me he explicado con claridad, señorita McGuire? —preguntó, besando su frente, su mejilla y deteniéndose sobre sus labios, esperando la respuesta que le daría todo lo que quería en el mundo, o se lo quitaría todo.

Ella asintió.

—Lo has hecho. Muy claro. Y es mi turno de dejar algo muy claro. Es por eso que te pedí que vinieras hoy.

Él contuvo la respiración, casi mareado de tensión. Toda su vida estaba en la balanza, dependiendo de lo que ella dijera a continuación. Sería alegre y feliz, o sería miserable. Todo dependía de ella.

—Continúa —la animó.

Sus ojos brillaban con lágrimas y él no tenía ni idea de lo que eso significaba para su felicidad.

—Antes de hoy tenía este mundo —el que Robbie gobernaba, el mundo en el que su ausencia dejó un hueco tan grande en mi vida— y mi vida profesional en la ciudad. Allí podía tener relaciones físicas cuando y como quisiera, y donde podía usar cualquier influencia que pudiera para encontrar una cura para la enfermedad que destruyó nuestras vidas.

—¿Destruyó? —cuestionó. No quería que su vida fuera destruida, sin esperanza. Necesitaba

que renaciera.

—Sí, lo hizo. Teníamos tanto que hacer juntos, pero todo se cortó horriblemente.

—¿Pero *destruida*? ¿Todavía crees que la vida no tiene nada que ofrecerte? —esperaba haber ocultado la desesperación en su voz.

Ella sonrió.

—Ya no.

El alivio que lo llenó fue enorme.

—¡Gracias a Dios! —exhaló bruscamente—. No sé qué habría hecho si hubieras dicho que sí.

—Lo has cambiado todo, Alexander. ¿Lo sabes?

Él negó con la cabeza.

—Desde el momento en que te vi en la sala de juntas, supe que las cosas nunca serían iguales.

—Fue instantáneo —dijo, de acuerdo.

—Sí, pero me tomó más tiempo darme cuenta. Lo que tenía que hacer.

Él frunció el ceño, confundido.

—Tenía que traerte a mi vida. Solo entonces Robbie lo entendería. Él entendería, *yo* entendería, y la vida podría continuar —otra ráfaga de lágrimas rodó por su mejilla—. Has disuelto los fantasmas. Lo siento aquí —se llevó la mano al corazón—. Y siempre lo haré. Pero hay espacio aquí para amar más de lo que le di crédito a mi corazón. Y no hay un sistema de niveles en mi corazón. No hay primero, segundo o tercero.

Él parpadeó e intentó tragar un nudo en la garganta. ¿Qué demonios? Nunca lloraba.

—Jesús, mujer —dijo con aspereza—. ¡Espero que lo que estés diciendo es que hay espacio en él para mí!

Ella asintió mientras las lágrimas se multiplicaban.

—Lo hay. Te amo, Alexander. Dios sabe que intenté con todas mis fuerzas no hacerlo, pero parece que no hay forma de evitarlo. Te amo y quiero casarme contigo.

Él la atrajo hacia sí casi salvajemente y la besó, sin esperar su aceptación. Pero, por su respuesta, supo que era lo correcto. Cuando se separaron, quería besar cada centímetro de su cuerpo.

—Te deseo —dijo él.

—Y yo te quiero en mi cama. Ahora.

—¿Aquí?

—Sí, aquí.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Definitivamente. Mi cama ha estado vacía por demasiado tiempo. Además, la cena puede esperar. Es una olla de cocción lenta, no soy buena cocinera, puede esperar.

Y esperar, lo hizo.

EPÍLOGO

LILY SE RECOSTÓ en el Porsche e intentó descifrar hacia dónde se dirigían. Bueno, estaba mejorando en permitir que Alexander tomara el control de las cosas —a veces—, pero un viaje misterioso hacia el campo requería cierta adaptación.

Se giró en su asiento para mirarlo. Vaya, era guapísimo. Extendió la mano y trazó el contorno de su rostro con el dedo, desde sus pómulos altos, pasando por el plano de su mejilla, hasta su mandíbula, firme y decidida. Que parecía aún más decidida mientras ella delineaba sus labios con la punta del dedo.

—Lily —le advirtió—. Estoy intentando concentrarme en estas carreteras sinuosas.

Ella retiró el dedo. —No tendrías que concentrarte si hubieras tomado la autopista.

—Pero eso no nos llevaría adonde vamos.

—¿Y cuándo me vas a decir dónde es eso?

Él la miró con una sonrisa. —¿Todavía no lo sabes?

Ella volvió a mirar por la ventana. Había estado tan concentrada en Alexander que no había notado las señales que indicaban que habían entrado en el condado de Essex.

—Estás... —dudó, reconociendo el pueblo por el que pasarían a continuación—. Estás tomando la ruta larga hacia Norfolk.

—Sí. Es cierto. Pero vamos a parar en el camino.

Ella frunció el ceño, parpadeando ante el bosque por el que pasaban, sabiendo lo que vería después. ¿Por qué Alexander la estaba llevando por el camino de los recuerdos? ¿Al pueblo donde ella y Robbie habían soñado con un futuro juntos?

El aleteo en su estómago aumentó cuando emergieron en el centro del pueblo y Alexander redujo la velocidad antes de girar hacia un camino de entrada, un camino por el que ella solo había subido una vez en su vida. La vez que su casa de ensueño había salido a la venta y ella y Robbie habían fingido estar interesados en comprarla. Tragó saliva.

—¿Adónde vamos? —preguntó, tratando de mantener su voz serena.

Él sonrió. —Ya verás.

Y así fue. El enorme granero convertido que siempre había codiciado apareció a la vista cuando salieron del bosque que lo rodeaba. No perdió ni un segundo en saltar del coche y acercarse a la casa. Era tranquila, tan pacífica y acogedora... parecía atraerte.

Echó un vistazo a la sala de estar. Era tan hermosa como recordaba. Excepto que estaba vacía.

—Parece que no vive nadie allí.

—No.

—¿Está en venta?

—No.

—¡Alexander! ¿Qué diablos está pasando? ¿Solo vas a darme respuestas de una palabra?

—Sí —sonrió.

Ella se acercó a él, sabiendo exactamente cómo le sacaría una respuesta. El hombre era como plastilina en sus manos. Pero antes de que pudiera extender la mano hacia él, él sacó un manojo de llaves de su bolsillo y se las ofreció.

—Feliz cumpleaños —dijo.

Ella las tomó, sin entender qué demonios estaba pasando.

—¿Llaves?

Él se rio. —¡Lily! La he comprado para ti. Tu casa de ensueño. Recuerdo lo que dijiste cuando pasamos por aquí y luego te escuché hablando con Indra sobre que era tu casa soñada. Y pensé que tal vez sería un lugar donde podríamos construir un nuevo futuro juntos. —Comenzaba a sonar inseguro.

Ella todavía no podía asimilarlo. Él malinterpretó su confusión, y su rostro decayó.

—¿No te gusta?

Ella negó con la cabeza y volvió a la casa, mirándola de arriba abajo, sin creer que Alexander pudiera haber hecho algo así, pudiera haberle regalado algo con lo que había soñado durante tantos años y que pensaba que era inalcanzable. No solo la casa, sino una casa donde habría amor y, con el tiempo, una familia.

—¿Lily? Si no la quieres, siempre puedo revenderla. Lo siento. Supongo que es una sorpresa bastante grande. Si no te...

Ella giró la llave en la cerradura de la puerta principal y la abrió de par en par. Era su futuro. El que siempre había querido. Robbie estaba en su corazón, al igual que Alexander, pero era Alexander quien estaba a su lado.

—¡Alexander! Es perfecta. Pero es un futuro con el que solo soñaba. Me siento algo nerviosa.

—¿Nerviosa de mal modo, o nerviosa de emoción?

—De emoción.

—Adelante.

—No sin ti.

Ella chilló cuando, con un movimiento rápido, él la levantó y la llevó en brazos al cruzar el umbral.

—Podemos enfrentar el futuro juntos, sea lo que sea —dijo, volviéndola a poner de pie y besándola. Y ella supo que tenía razón. Con Alexander a su lado, podía enfrentar cualquier cosa.


EL BEBÉ SECRETO
DEL MULTIMILLONARIO
DIANA FRASER

CAPÍTULO UNO

HARRISON RICHMOND y sus dos amigos llegaron rugiendo en sus motocicletas hasta el edificio de techo de paja, deteniéndose en una nube de polvo. El bar estaba encajado entre el bosque tropical y una media luna de arena blanca, que se curvaba como una sonrisa alrededor de las cristalinas aguas azul turquesa del Caribe. Una bicicleta se apoyaba contra su pared y un par de coches oxidados con ventanas cubiertas de polvo estaban estacionados afuera. Un perro sarnoso se puso a ladrarles, obviamente molesto por haber sido despertado de su sueño.

—¿Adónde diablos nos has traído? —preguntó Harrison a sus amigos, quienes habían insistido en viajar a la remota isla—. ¿Realmente hemos soportado esos caminos traicioneros para esto?

—Me dijeron que hay un bar aquí —dijo uno de sus amigos. Miró el edificio solitario resguardado por palmeras meciéndose—. Supongo que es ese. —Se volvió hacia Harrison encogiéndose de hombros—. ¿Qué te parece, Frío? Podríamos tomar al menos una copa antes de irnos.

Harrison ignoró el apodo, que reflejaba su feroz reputación en los campos de polo de Argentina. Algunas personas podrían haber objetado ser descritas como un hombre de corazón frío, *El hombre de corazón frío,* o *frío* para abreviar. Pero Harrison consideraba que era un cumplido y una útil advertencia para sus competidores. Nunca dejaba que la emoción se interpusiera en su camino hacia la victoria.

—Marcharnos de la isla, quieres decir —respondió—. Este lugar está muerto.

—Me dijeron que era hermoso.

—Puede que sea hermoso, pero no hay nada que hacer —dijo Harrison, observando la escena perfecta, que solo despertaba ansiedad en él. Le gustaba el ruido. Le gustaba la variedad. Le gustaba cualquier cosa que no lo dejara a solas con sus pensamientos y sentimientos, aunque nunca admitiría tenerlos.

—Sí, ¿y si ni siquiera nos molestamos en tomar algo? ¿Solo largarnos de esta isla? —dijo su otro amigo.

Harrison estaba a punto de estar de acuerdo cuando el perro fue silenciado por una orden brusca desde el interior del bar, y escuchó algo que le robó cualquier pensamiento. Alguien estaba tocando Chopin en un piano. Y no solo interpretando las notas, sino tocando con una sensibilidad que le quitó el aliento.

Harrison se subió las gafas de sol a la cabeza y caminó hacia el frente del edificio.

—¡Vamos, Frío, vámonos!

Harrison levantó una mano, silenciando a sus amigos. La fachada del bar estaba abierta a los elementos y las sillas y mesas exteriores estaban vacías, excepto por un vaso de plástico que

rodaba hacia adelante y hacia atrás con la brisa. Se protegió los ojos y miró hacia el oscuro interior. El lugar estaba casi vacío, excepto por un par de ancianos sentados en la barra y una mujer en la esquina tocando un pequeño piano vertical al que le faltaba la parte trasera. Sonaba como un viejo piano de salón pero, a pesar de eso, el efecto de la música era devastador. Llenaba el aire, extendiéndose hacia él con tentáculos invisibles que lo envolvían y lo sujetaban con firmeza.

—¿Frío? —llamó su amigo—. ¿Vienes?

No iba a ir a ninguna parte pronto. Había algo en la música que le llegaba y no podía entender por qué. Y, hasta que lo hiciera, no se iría. —Cambio de planes —les gritó a sus amigos, que ya estaban volviendo a sus motocicletas—. Me voy a quedar un rato. Ustedes váyanse si quieren.

—Entonces nos vemos en el hotel.

Escuchó el rugido de las motos retomando su camino de regreso a la pequeña población de una sola calle donde se alojaban mientras entraba, atraído por algún instinto que no podía ubicar. Se obligó a no mirar fijamente a la pianista, cuya cabeza estaba inclinada lejos de él, como si estuviera perdida en algún mundo lejano. Un vistazo rápido le reveló brazos largos, delgados y bronceados y cabello oscuro recogido en un moño despeinado. Iba descalza y vestía pantalones cortos y una camiseta. Nada extraordinario, y sin embargo, la magia que creaba con su música era todo menos ordinaria.

Continuó hacia la barra, saludó al camarero y pidió una cerveza. Dio la espalda al piano para poder escuchar más atentamente la pieza, mientras daba un largo trago a su cerveza. La había escuchado antes. Era algún tipo de pieza clásica soñadora, excepto que recordaba que sonaba muy diferente, no tan metálica, no tan discordante. Supuso que era el estado ruinoso del piano lo que le daba esa cualidad. Intentó ubicar el recuerdo, que empujaba al borde de su consciencia.

Y entonces le golpeó. Con toda su fuerza. Cerró los ojos mientras el recuerdo largamente oculto, generalmente demasiado doloroso para recordar, irrumpía en su mente con la fuerza de un tren de carga, apartando todo y llenándolo con todos los vívidos sentidos asociados con el recuerdo. Hacía dos años que había escuchado por última vez la pieza musical. Había estado en un breve viaje al Reino Unido y había pasado unas horas para ver a su tía Beth, la persona a la que se había sentido más cercano en el mundo. Ella había querido que se quedara más tiempo, pero él había tenido que regresar a Estados Unidos.

El atardecer de verano avanzaba hacia la noche y las velas parpadeaban alrededor de su tía mientras ella se concentraba en su música. Siempre había sido así. Cualquier cosa que estuviera haciendo, cualquiera con quien estuviera hablando, tenía toda su atención. Era una razón por la que la gente la encontraba tan encantadora, tan magnética, como si fueran los únicos en el mundo en los que estaba interesada. Pero él sabía que era especialmente cierto en su caso. Él había sido el hijo que ella nunca tuvo, y nunca había dudado de su amor por él. Y, tan pronto como la música se desvaneció aquella noche lejana en Marsh House, ella levantó la mirada hacia él y sonrió. Él amaba esa sonrisa. Y amaba a esa mujer. Solo había pasado unas horas con ella porque tenía un avión que tomar. Habría pasado más tiempo si hubiera sabido que iba a ser la última vez que la vería.

Parpadeó mientras el recuerdo se desvanecía. Un isleño de rostro curtido, que llevaba una gorra manchada de sudor, se movió en su taburete, y se encontró mirando directamente a la pianista. Más tarde se preguntaría si había sido en parte el residuo de sentimiento que quedaba después de invocar el recuerdo de la tía Beth, lo que le hizo reaccionar tan fuertemente a esta mujer, esta extraña, esta sirena que lo había atraído hacia ella con su música. Si lo había sido o

no, no podría decirlo, porque pronto se entrelazó fuertemente con otras emociones y las dos se volvieron inseparables.

Todo lo que sabía en ese momento, cuando su mirada se encontró con la de ella por primera vez, era que la conocía. Incluso cuando su instinto le decía esto, su cerebro lo refutaba. Pero, parecía que, por una vez, su cerebro no tenía voz en el asunto y se encontró caminando hacia ella, siguiendo esa conexión visual.

Si el primer encuentro de miradas había sido de reconocimiento, el segundo había sido de deseo instantáneo. Ella había permanecido completamente quieta. Sus manos se demoraban en las teclas de las notas moribundas, sus ojos fijos en él. Era como si alguien hubiera disparado una línea de conexión entre ellos y ninguno pudiera apartar la mirada.

Apoyó su vaso en el piano, que mostraba las marcas de agua de innumerables otros vasos.

—Eso fue hermoso —dijo.

Ella retiró sus manos y le dio una breve sonrisa.

—Gracias. —Pasó sus dedos sobre las notas, en una última caricia, y lo miró una vez más—. Probablemente Chopin no es lo que estos tipos —miró al camarero y al puñado de clientes habituales que se sentaban en la barra— preferirían escuchar. Pero me toleran.

Por supuesto que la tolerarían, pensó Harrison. ¿Quién no lo haría? Su voz era una sexy mezcla de inglés e italiano, y con solo una mirada a esos ojos de ámbar quemado te hacía olvidar todo, excepto tratar de provocar ese destello de calidez de ellos otra vez para poder perderte en ellos. Se aclaró la garganta.

—Entonces —dijo, buscando algo normal que decir—. ¿Es este un concierto regular?

Ella sonrió y su rostro se iluminó. —No me pagan, si es a lo que te refieres. No, estoy viviendo aquí por el momento, y no tengo un piano propio, así que...

—Así que vienes aquí a tocar.

Asintió, y sus miradas se enredaron de nuevo, y el deseo subió otro nivel. —Sí. —Se mordió el labio y apartó la mirada de la suya, como si estuviera decidida a aplastar la intensidad que había visto allí. Se levantó de un salto—. Yo... debería irme ahora.

—¡Espera! —dijo, sin querer que se fuera—. ¿Puedo invitarte a una copa? —Ella hizo una pausa y él pudo leer la indecisión en sus tensos hombros—. Es lo mínimo que podría hacer a cambio de ese Chopin. Me transportó al pasado. Mi tía solía tocarlo.

Su rostro se relajó, y él supo que había dicho algo correcto. Tal vez fue la mención hogareña de su tía lo que la hizo sentirse menos nerviosa.

—¿Conoces a Chopin?

—No personalmente —dijo con una sonrisa, tratando desesperadamente de ganársela. Funcionó. Ella se rió—. Pero era el compositor favorito de mi tía. —Aun así, ella no se movió—. Le gustaban especialmente sus preludios —aventuró, esperando poder romper la última de su reserva.

Su rostro se iluminó. —¡A mí también! Hay una frialdad y control en ellos, pero puedes escuchar la emoción vibrando debajo. Y siempre es diferente, dependiendo del intérprete. —Hizo una pausa, como si hubiera hablado demasiado y no estuviera acostumbrada a ello.

—No escuché nada de la frialdad, solo la emoción —dijo.

—Tal vez debido a tu tía.

—Tal vez —dijo—. O tal vez hay más emoción que frialdad *en ti*.

Ella gruñó suavemente y miró hacia otro lado.

—¿Qué hay de esa copa?

Contuvo la respiración mientras ella dudaba, sopesando argumentos desconocidos. Nunca

había tenido que esperar una respuesta de una mujer, ni contener la respiración mientras lo hacía. La novedad de la situación apelaba a su necesidad de variedad.

Ella asintió. —Solo una, quizás.

—Solo una —acordó. Sonrió. Estaba bastante seguro de que una sería suficiente—. ¿Champán? —sugirió.

Ella frunció el ceño. Había cometido un error. Parecía que había algo en el champán que no le gustaba. Otra diferencia entre ella y las mujeres que solía conocer.

Ella le ofreció una sonrisa vacilante. —Preferiría una limonada, por favor.

—Limonada será —dijo, volviéndose hacia el camarero y pidiendo la bebida. Mientras el camarero la servía, se dio cuenta de que la mujer caminaba hacia él. Se obligó a no mirar. Había algo en ella, algo tímido, como un ciervo alerta a los cazadores, lista para huir. No quería que huyera. Le pasó la limonada y tomó asiento en la barra. Calculó que ella no querría sentarse en una mesa apartada junto a la playa, fuera de la vista de la barra. Y no la culpaba.

—Gracias —dijo, deslizándose en el taburete a su lado.

Extendió su mano. —Mi nombre es Harrison, por cierto.

Ella la aceptó y él le dio un breve y firme apretón de manos profesional para tranquilizarla. Había un toque de alivio en su sonrisa.

—Soy Paris.

—Encantado de conocerte, Paris —repitió, preguntándose para sus adentros qué diablos hacía una mujer hermosa con un nombre glamoroso en el fin del mundo—. ¿Y qué te trae aquí, a Hermosa?

Estudió su bebida una fracción de segundo demasiado larga antes de encogerse de hombros. —Solo pasando el rato en la playa por un tiempo. —Le dio una sonrisa tímida—. Tomándome un descanso. ¿Y tú?

—Un capricho. —Sonrió—. Estoy en la isla con algunos amigos míos. Decidimos hacer un recorrido por las islas del Caribe. —Arrugó la cara con pesar—. Estaba empezando a arrepentirme.

—¿Por qué? —preguntó ella—. Hermosa es una isla preciosa.

—Claro. Pero necesito más que belleza para mantener mi interés. —Sus ojos se fijaron en los de ella—. Puedes encontrar belleza en cualquier parte.

—Entonces, ¿qué suele mantener tu interés?

Se encogió de hombros. —¿Honestamente? —Dejó su cerveza en la mesa—. Variedad. Cosas diferentes, seguir adelante.

—¡Oh! —dijo, obviamente sorprendida. Si fue por su honestidad, su deliberada falta de frases cursis de ligue o su respuesta real, no podía decirlo—. Suena como si estuvieras huyendo de algo.

Su mirada volvió bruscamente a su bebida. Tal vez la honestidad estaba sobrevalorada. Quizás debería probar una táctica diferente. —También es mi trabajo. Yo... —Dudó un momento antes de decidirse por la opción vaga—. Trabajo con caballos. —Dio resultado. Ella le dio una sonrisa más relajada—. Excepto en este momento. Estoy entre trabajos, de ahí el viaje por las islas. ¿Y tú? ¿Qué te trae aquí?

—Vine aquí de vacaciones hace seis meses y nunca me fui.

—¿En serio? ¿No te parece un poco demasiado tranquilo?

Ella le lanzó una mirada que no pudo descifrar. —Me gusta la tranquilidad. Además, mi madre me dejó algo de dinero cuando murió, lo suficiente para vivir.

—Lo siento.

Ella arqueó una ceja en señal de interrogación.

—Por la muerte de tu madre. Mi madre también falleció.

Ella escrutó su rostro, y él se dio cuenta de que se necesitaba algo más para romper la última reserva entre ellos. Emoción. A las mujeres les gustaba la emoción. Compuso sus rasgos en una expresión triste, aunque no había pensado en su madre en años. —Fue bastante devastador en su momento.

Su mano se extendió y agarró la suya. —Y nunca se hace más fácil, ¿verdad?

Negó con la cabeza, sorprendido por el efecto que su contacto tenía en él. Supo en ese momento que haría cualquier cosa para mantener esa conexión. Llevó su otra mano a descansar sobre la de ella, impresionado por la suavidad de su piel y la elegancia de sus dedos de pianista. Era toda delicadeza, de extremidades, estructura ósea y, al parecer, de espíritu. “Tratar con cuidado” estaba escrito por todas partes en ella. Y, si tuviera la oportunidad, definitivamente lo haría.

—Pero estamos aquí ahora. El sol se está poniendo, el aire es cálido, y la compañía es excelente. Propongo un brindis. —Levantó su botella de cerveza hacia el vaso de limonada de ella—. Por la vida, y el futuro.

—¿El futuro? No puedo pensar tan lejos. —Luego se rió—. ¿Qué tal por el presente? ¿Por esta noche?

Chocó su botella con la limonada de ella. —Por esta noche —murmuró, sin apartar nunca los ojos de los suyos. Le gustaba mucho cómo sonaba eso.

CAPÍTULO DOS

POCO A POCO LA conversación comenzó a fluir, con Paris acercándose a él, su cabello rozando su brazo desnudo, y su risa emocionándolo profundamente. La segunda bebida fue una cerveza, lo que él interpretó como una buena señal.

No era muy hablador, pero la animó a conversar. Aunque no habría podido decir de qué hablaban porque no era en lo que ninguno de los dos estaba concentrado. El deseo llenaba sus ojos, ya fuera riéndose de alguna anécdota tonta que él contaba, o dando su impresión sobre países que ambos habían visitado. No importaba el tema, su mirada inquisitiva comunicaba un mensaje diferente: uno de intensa atracción y algo más. Él percibía que ella intentaba entender por qué la conexión entre ellos era tan fuerte. Pero no había explicación que una simple mirada o un toque ocasional pudieran proporcionar. Solo despertaban una necesidad más profunda. Una necesidad de tocar, de inhalar, de saborear, cualquier cosa para satisfacer sus sentidos, todos los cuales anhelaban a ella.

Las horas se deslizaron con tanta facilidad como si ambos flotaran en un río rápido hacia un final inevitable. No fue hasta que las luces detrás de la barra se apagaron de repente que ambos miraron alrededor para descubrir que el lugar estaba vacío. El camarero les apuntó con una linterna.

—Es hora de irse, amigos.

Se miraron y sonrieron, repentinamente avergonzados. —No me di cuenta de la hora —dijo ella.

—Se pasó muy rápido —dijo él al mismo tiempo.

Rieron y salieron, seguidos por el camarero que bajó una cortina metálica sobre la barra. Señaló la motocicleta de Harrison. —Espero que tengas dónde quedarte por aquí. No te recomendaría intentar usar el camino en la oscuridad, no a menos que lo conozcas bien.

—Estaré bien —dijo Harrison automáticamente.

—No, en serio —dijo Paris—. Ese camino es increíblemente peligroso. Debería haberte avisado, pero me distraje un poco.

Su rostro estaba iluminado solo por las estrellas. La pálida luz plateada resbalaba por sus pómulos y se demoraba en sus labios entreabiertos.

—Ambos nos distrajimos —dijo él.

Ahora estaban solos, y ninguno parecía dispuesto a moverse o a hablar para romper el hechizo. La quietud de la noche se acentuaba por el sonido del mar precipitándose hacia la empinada playa como si quisiera consumirla, antes de retroceder nuevamente, derrotado. Antes de poder contenerse, extendió la mano y tomó la de ella. Si era para estrecharla, besarla o atraerla más cerca de él, no habría podido decirlo. Simplemente necesitaba tocarla. Ella no retiró su

mano.

—He pasado una noche encantadora —dijo él.

—Yo también. Fue inesperado.

—Muy inesperado. Sabes, desde el momento en que escuché el piano, supe que algo extraordinario estaba a punto de suceder.

Ella soltó una breve risa. —¿Extraordinario? ¿Como qué exactamente?

—Como *tú* exactamente.

Su rostro adoptó una expresión seria. —No soy extraordinaria. De verdad que no. Soy ordinaria.

Él negó con la cabeza. —Creas lo que creas, lo siento, pero eres lo opuesto a ordinaria. —De alguna manera, ella se había acercado un poco más—. ¿Puedo besarte?

Ella asintió, sus labios entreabiertos en invitación. Él salvó la distancia entre ellos y presionó tentativamente sus labios contra los de ella. No estaba preparado para lo que sucedió después. Una descarga corta y fuerte lo golpeó, y ella jadeó como si también sintiera el mismo impacto de intenso deseo. El beso se profundizó inmediatamente, con sus labios buscando los de ella y sus lenguas enredándose con una pasión arraigada que había estado hirviendo toda la noche y que ahora había sido encendida por el beso.

Él la rodeó con sus brazos, y sus manos exploraron sus hombros, antes de deslizarse hacia la concavidad de su espalda. Ella se inclinó hacia él y no retrocedió cuando su erección presionó contra su estómago. En cambio, jadeó contra su boca y deslizó sus manos alrededor de él, antes de bajarlas hasta que se curvaron debajo de su trasero. No necesitó más invitación y la atrajo fuertemente contra él. Ella sabía a limones y miel, y él quería perderse en ella. Finalmente, se apartó.

—Paris, debería irme antes de que no pueda.

—Es demasiado tarde para eso —dijo ella, con voz sexy y ronca—. Es demasiado peligroso conducir por el paso de montaña de noche. Tengo una cama libre.

Sus esperanzas se desplomaron. Habría preferido la misma cama, pero al menos pasaría la noche con ella. —Gracias, eso sería genial.

—Por aquí —dijo ella, guiándolo por un sendero oscurecido. El estrecho camino era como un túnel olvidado bajo las palmeras. Por primera vez en su vida, no tenía idea de adónde iba y no le importaba. En ese momento, la habría seguido a cualquier parte. Finalmente llegaron a una pequeña casa que se alzaba solitaria, con solo la playa frente a ella.

—¿Te gustaría tomar algo?

—Genial, gracias. —Pensó que probablemente estaría de acuerdo con cualquier cosa que ella dijera.

—Siéntate. —Indicó un banco de madera con vista a la playa—. Los traeré afuera.

Se preguntó si ella se arrepentía de haberle ofrecido una cama para la noche, si pensaba que sentarse afuera sería más seguro. Hizo lo que ella sugirió y miró hacia el mar oscuro y vacío, salpicado de blancas olas coronadas de estrellas. El constante chapoteo de las olas sobre la arena y el arrastre mientras devolvía la arena a su profundidad habría sido soporífero si todo su ser no estuviera centrado en una mujer con la que nunca había estado más desesperado por hacer el amor.

—Aquí —dijo ella, interrumpiendo su ensueño—. Espero que esté bien. Es todo lo que tengo. —Dio un trago de la botella e intentó con todas sus fuerzas contener una mueca—. Um, limonada —dijo—. Hace tiempo que no probaba esto.

Su risa llenó el aire, y se sentó junto a él. Pero no demasiado cerca, notó. Parecía que quería

un poco de distancia entre ellos. Entonces la risa se desvaneció.

—Y hace tiempo que no hablo con alguien de fuera de la isla.

—¿No echas de menos el mundo exterior?

—*No lo echaba*.

—¿Pero ahora sí?

—Creo que sí.

—Dime, Paris, ¿por qué te quedas aquí, sola?

Ella se encogió de hombros. —Me siento segura.

—¿De verdad? Es bastante remoto. ¿No te sentirías más segura en la ciudad? Con cerrojos y puertas tras las que esconderte.

—El camarero no vive lejos, y nadie viene aquí. —Apenas podía distinguir su ceño fruncido en la tenue luz—. Además, en la ciudad, cualquiera puede encontrarte. Pero nadie sabe que estoy aquí.

—¿Ni siquiera tu familia?

Su rostro se tensó. —*Especialmente* no mi familia.

—Hmm —dijo pensativamente, dándose cuenta de que había dado con la razón por la que mantenía un perfil bajo en esta remota isla—. Las familias pueden ser complicadas.

—¿Tu familia está en Inglaterra en alguna parte, a juzgar por tu acento?

Él asintió. —Mi hermano mayor vive en la casa familiar en Norfolk. Está a punto de tener su primer hijo.

Ella hizo una pausa. —¿Tienes familia? ¿Esposa e hijos?

—¡Dios, no! No quiero hijos.

—Oh —dijo ella, sorprendida—. Entonces, ¿ves a tu hermano a menudo?

—Solo si ambos estamos en Londres o en el extranjero al mismo tiempo. No voy a Norfolk. —Se estremeció—. Nada contra Sebastian, pero Norfolk no guarda recuerdos agradables para mí. Viajo por el mundo y soy feliz de ir a cualquier parte excepto Norfolk. Es el último lugar del mundo al que quiero ir.

Ella miró hacia otro lado y se quedó en silencio. Él se inclinó y tocó su brazo. Ella se volvió inmediatamente hacia él.

—Pareces muy lejos.

—Estaba pensando que tenemos tantas cosas en común, incluida nuestra falta de contacto con nuestras familias. Sentí una conexión contigo cuando te vi por primera vez.

—Yo también lo sentí.

—Y también está el hecho de que preferimos mantener un perfil bajo, preferimos una vida tranquila.

Él chasqueó los dientes, reacio a romper esta serie de coincidencias para admitir que vivía su vida bajo los reflectores y que esta noche era algo muy diferente para él. Pero la expresión de ella lo silenció. Sus ojos eran pozos oscuros en los que quería hundirse. Sabía que allí encontraría la dicha.

—Tantas cosas —dijo vagamente—. Me pregunto qué más.

Se negó a extender la mano hacia ella, a pesar de la dolorosa necesidad de tocarla. Ella tenía que hacer el primer movimiento. La negrura de la noche a su alrededor parecía palpitar con tensión, tensada aún más por el graznido de un pájaro nocturno encontrando su presa, antes de que el silencio volviera a hundirse en algo más tenso, expectante.

De repente, ella se levantó de un salto y se alejó de él. Luego giró y caminó hacia él. Él se quedó completamente inmóvil. Ella puso sus manos sobre sus hombros y los agarró. El blanco de

sus ojos brillaba contra su cabello, que era un tono más oscuro que el negro índigo del cielo estrellado. Aunque sentía que su necesidad era tan fuerte como la suya, no estaba preparado para lo que sucedió a continuación.

Ella presionó su boca contra la de él, con una fuerza de pasión que literalmente le quitó el aliento. Sus dedos se hundieron en su carne como si quisiera imprimirse en él en todos los sentidos. Su lengua encontró la suya en un remolino caliente y jadeante de deseo.

Al momento siguiente, ella se sentó a horcajadas sobre él, su sexo presionando contra su erección mientras se retorcía acercándose más, las palmas de sus manos acunando sus mejillas mientras el beso se profundizaba y su respiración cambiaba a jadeos urgentes.

Con un movimiento rápido, él se puso de pie, sus manos manteniendo firmemente su trasero y piernas en su lugar alrededor de sus caderas. Luego ella se apartó, se deslizó hasta quedar de pie y forcejeó con su cremallera. Él presionó su mano sobre la de ella.

—¿Tienes alguna protección aquí?

Ella presionó su frente contra la de él y se balanceó contra él. Su aliento era caliente en su mejilla y se sentía como si estuviera en llamas.

—No. Ninguna.

—Yo tampoco. No esperaba que la noche terminara así. —Hizo una mueca y apartó su mano.

—No —dijo ella, colocando su mano sobre su erección, acariciándola desde el exterior de sus jeans, antes de desabrochar el botón superior—. No me importa.

—Debería importarte —dijo él, pero no podía detenerla más de lo que podía volar cuando ella bajó su cremallera. Gimió mientras ella lo tomaba con ambas manos y lo acariciaba. Luego, de repente, ella dio un paso atrás, se quitó la camiseta y la arrojó sobre el banco. No llevaba sujetador, algo que él había notado cuando la vio por primera vez. Pero antes de que pudiera extender la mano y acariciar sus pechos, ella ya había desabrochado sus shorts y se había quitado tanto estos como sus bragas. Cayeron encima de su camiseta. Ella estaba de pie frente a él, completamente desnuda, y él pensó que había muerto e ido al cielo.

Se acercó a él, enlazó sus brazos alrededor de su cuello y lo besó profundamente. Él gimió mientras sus manos vagaban por su piel desnuda y sedosa antes de encontrar el lugar húmedo entre sus piernas. Fue su turno de gemir. Ella movió sus caderas contra las suyas hasta que él no pudo soportarlo más y la levantó. Las piernas de ella se envolvieron alrededor de sus caderas, y continuaron besándose mientras él la llevaba adentro. Estaba oscuro en la cabaña de una sola habitación, pero suficiente luz de estrellas se filtraba por la ventana abierta para que él distinguiera la cama. La acostó en ella y comenzó a explorar su cuerpo con sus labios, boca y lengua.

Cuando su lengua encontró su objetivo, la respiración de ella se hizo más rápida. Entrelazó sus dedos en su cabello y empujó sus caderas contra su rostro. De repente, ella gritó en la noche tropical. Otra caza nocturna exitosa.

Se acostó a su lado. Había pensado que esto sería suficiente, dada su falta de protección, pero no lo era. Y el aliento de ella estaba caliente sobre su cuerpo, su lengua maliciosa contra su piel sensible. Y su sexo, mientras lo empujaba sobre su espalda y se sostenía sobre su palpitante erección, húmedo contra su punta. Y supo en ese momento que la precaución acababa de ser arrojada por la ventana. Ella se deslizó sobre él, hundiéndose sobre él, tomando cada último centímetro de él dentro de ella. Se quedó ahí por un momento, y luego aceleró su ritmo al sentir que la propia respuesta de él se intensificaba. Más y más rápido se movió, hasta que gritó al mismo tiempo que él llegaba al clímax. Arqueó su espalda mientras se apretaba contra él, manteniéndolo profundamente dentro de ella por un largo momento antes de colapsar en sus

brazos.

Mucho más tarde, cuando los primeros signos del amanecer penetraban en la casa de playa, Harrison pensó con una sonrisa satisfecha que no quería dejarla. Ella yacía profundamente dormida en sus brazos, su cabello derramado sobre su pecho. Con ternura, besó la parte superior de su cabeza. La primera vez que habían hecho el amor había sido por pura necesidad, pero después, todo había sido descubrirse y complacerse mutuamente, lenta, sensual y tiernamente. Nunca había conocido una noche así.

Su teléfono sonó de repente, y él lo buscó rápidamente, sin querer molestarla. Frunció el ceño ante la pantalla, releyó el mensaje con incredulidad y luego gimió. Parecía que incluso aquí no podía escapar de los paparazzi. Alguien debió haberles dado el soplo y, a su vez, a él le habían avisado. Estaban en camino ahora mismo. Hizo una mueca al recordar la ropa de ella dispersa fuera de la cabaña. Tenía que limpiar todo antes de que llegaran.

Se apartó suavemente de debajo de ella. Ella parpadeó y extendió la mano hacia él, pero él se levantó y caminó hacia la puerta. No tenían mucho tiempo.

—¿Adónde vas? —preguntó ella con un tono que le hizo querer volver directamente a la cama.

Él hizo una mueca y pasó los dedos por su cabello, ignorando la muy clara necesidad de su cuerpo. —A ordenar.

—¿Ordenar?

—Sí. Tu ropa está fuera de la casa.

—¿Y? No hay nadie que la vea.

—Pronto habrá alguien, me temo.

Ella frunció el ceño y se sentó. Los ojos de él bajaron a sus pechos, con los pezones duros y listos para su boca. Se obligó a concentrarse. Ella valoraba la privacidad y sabía que no estaría impresionada con lo que estaba a punto de suceder.

—¿De qué estás hablando? Nadie viene nunca aquí.

—Hasta ahora.

—No vendrán. ¿Por qué lo harían?

—Porque yo estoy aquí.

—¿Qué quieren de ti? Y, además, ¿quiénes son *ellos*?

—*Ellos* son paparazzi, y quieren llenar su cuota, imagino, de columnas de chismes —añadió.

—¿Pero por qué querrían chismorrear sobre ti?

—Ah —sonrió con pesar, pasando los dedos por su cabello—. Puede que haya olvidado decirte que juego al polo.

—¿Polo?

—Sí, supongo que soy conocido.

—¿Cuán conocido?

—Algo así como... —Hizo una mueca—. Famoso.

Su rostro palideció instantáneamente y sus ojos cambiaron del deseo ardiente a la ira fría como el hielo. —Y aun así no me lo dijiste.

Él se encogió de hombros. —No pensé que necesitaras preocuparte por mis problemas.

—Solo si podrían convertirse en mis problemas también.

—¿Por qué lo serían? —preguntó él.

Pero ella no respondió. En cambio, saltó de la cama, caminó alrededor recogiendo sus cosas

y se las arrojó a los brazos. —Aquí tienes. Será mejor que te vayas.

—Claro. Pero volveré. Recogeré mis cosas del hotel y luego volveré. —Levantó su barbilla —. ¿De acuerdo?

El sonido de coches llegando al bar y puertas de coches cerrándose de golpe llegó hasta la casa de playa. Ya no había posibilidad de recuperar su motocicleta y escapar de sus indiscretas lentes.

—Rápido, vístete. —Le lanzó la ropa que había recogido del banco fuera de la casa—. Quédate adentro, y yo me encargaré de esto. Me desharé de esta gente y luego volveré por ti. No vayas a ninguna parte —dijo, momentáneamente detenido por la visión de ella de pie, desnuda, sosteniendo su ropa, sus ojos feroces—. No vayas a ninguna parte —dijo con una sonrisa, antes de desaparecer en la multitud de personas que habían subido por el camino y ahora le tomaban fotos. Lo aguantaría, por ella. Pero volvería tan pronto como pudiera.

Más tarde ese día, después de que los paparazzi hubieran sido pagados con fotos exclusivas y una entrevista, Harrison regresó a la bahía aislada y a la casa de playa de Paris. No podía esperar a verla de nuevo. Pero, cuando llegó a la bahía, esta vez en coche, supo que algo era diferente tan pronto como se detuvo frente a la casa. Las contraventanas estaban cerradas. *Todo* estaba cerrado. Y no había señal ni de su coche ni de los móviles de viento que habían estado colgando fuera de la casa. Ningún rastro de ella en absoluto. El miedo se apoderó de sus entrañas mientras salía, cerraba de golpe la puerta del coche en el calor polvoriento de la tarde, y caminaba hacia la casa. Para su alivio, la puerta estaba abierta, pero cuando entró, comprendió por qué. No había nada dentro para robar. *Nada*. Ni un rastro de la mujer que lo había cambiado todo para él, la mujer por la que se habría quedado en un solo lugar. El lugar estaba vacío, tan vacío como él se sentía.

CAPÍTULO TRES

Cinco meses después...

—¿EMBARAZADA? —dijo Harrison, mitad susurro, mitad gemido. Apretó el teléfono mientras escuchaba a su investigador privado darle pruebas de que la mujer a la que había estado siguiendo durante los últimos cinco meses estaba, efectivamente, embarazada de su hijo. No podía ser de nadie más. Según su investigador, Paris Knight, o Caparelli —su verdadero apellido — se mantenía muy reservada. Y no había rastro de ningún hombre ni antes ni después de él. Hasta ahora, Harrison solo había querido saber quién era y dónde estaba —esa mujer que no podía olvidar. Pero ya no más. Su embarazo lo cambiaba todo.

—¿Y su dirección? —Frunció el ceño cuando escuchó la respuesta—. ¿Qué quieres decir con que no lo sabes? ¡Debe de haberse dado cuenta de que la estabas siguiendo, idiota! —Cerró los ojos ante las excusas del investigador—. ¡Solo encuéntrala!

Harrison terminó la llamada y metió bruscamente el teléfono en el bolsillo de su esmoquin. Inspiró profundamente, mientras luchaba por controlar la extraña mezcla de frustración y necesidad que lo invadía cada vez que pensaba en Paris —lo que ocurría prácticamente todo el tiempo.

Soltó el aire con un gruñido e inclinó la cabeza para mirar las vigas de madera del granero convertido del que colgaba una enorme lámpara de cristal, con luces que titilaban en las sombras elevadas. La frustración y la necesidad fueron reemplazadas por una tristeza que había sido su constante compañera desde el día en que ella lo había dejado. ¿Dónde estaba?

Una mano en su hombro interrumpió sus pensamientos.

—¡Eh, Harrison! —Se giró para encontrarse con Lily, la nueva esposa de su hermano Alexander, con una mirada desafiante en su hermoso rostro. Se obligó a volver al momento presente y sonrió. ¿Quién no lo haría al enfrentarse a la hermosa y extravagante Lily McGuire —desde hoy, Lily Richmond—? Todavía llevaba su vestido de novia, aunque ya pasaba la medianoche y había pasado la velada bailando. Al parecer, la mayoría de las novias se cambiaban para la fiesta, pero Lily no. El vestido escandalosamente sexy, de un rojo intenso, que se ajustaba a su voluptuosa figura con tanta precisión, seguía asegurando que fuera el centro de atención de la velada. Aunque la habían persuadido para que se quitara la extravagante cola después de que se le enganchara el tacón de aguja. El vicario no había sabido dónde mirar cuando ella había caminado por el pasillo de la iglesia centenaria al otro lado de la carretera de su nuevo hogar —un granero convertido en Essex que, al parecer, Lily había amado durante años. Y, después de algunos encuentros, tanto él como su hermano mayor Sebastian casi olvidaron lo sexy que era debido a sus otros abundantes atributos —su mente brillante y su

personalidad directa. No se podía jugar con Lily Richmond.

—¡Hola, Lily! —respondió él.

—¿Por qué esa cara tan larga?

—Debe ser un problema de faldas —dijo Alexander, deslizando una mano alrededor de la cintura de Lily—. Es el único tipo de problemas que tenemos los hombres Richmond.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lily indignada, girando en el abrazo de Alexander para quedar frente a él.

—Exactamente lo que digo —murmuró Alexander, besando a su esposa hasta que ella olvidó por qué se había enfadado en primer lugar. Harrison se escabulló, no queriendo más interrogatorios de su nueva cuñada, ni ver lo enamorados que estaban. Se alegraba por ellos. De verdad. Pero la felicidad que sus dos hermanos habían encontrado en sus nuevas esposas solo enfatizaba su propia estupidez: había permitido que la mujer que atormentaba sus sueños se le escapara entre los dedos.

Pero Harrison no llegó más allá de la puerta antes de sentir una mano más suave en su brazo.

—¿Harrison? —Miró a su alrededor para encontrar a Indra, la esposa de Sebastian, mirándolo con ojos oscuros preocupados—. ¿Estás bien? No pude evitar escuchar tu conversación telefónica hace un momento.

—Claro. Solo estoy tratando de resolver algo.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado en señal de interrogación. Dudaba que algo se le escapara —. Sonaba bastante importante.

Él apretó los labios, temeroso de revelar inadvertidamente el remolino caótico de confusión que era todo lo que tenía en lugar de lo que otras personas llamaban sentimientos.

—Sí —dijo secamente—. Pero no tan importante —añadió, dándole un abrazo fraternal— como mi sobrina. —Miró hacia su vientre muy embarazado—. ¿Alguna señal de que vaya a hacer acto de presencia pronto?

Ella hizo una mueca. —Eso espero. Ya tengo una semana de retraso. Tengo cita en el Hospital de Norwich para que me induzcan la semana que viene.

Harrison no sabía lo que implicaba ser “inducida”, y ciertamente no deseaba saberlo. Pero por las miradas que su hermano mayor, Sebastian, les lanzaba, era evidente que estaba preocupado.

—Estará bien, seguro. Sebastian cuidará de ti. —Ofreció su brazo con un gesto de cortesía anticuada—. Déjame llevarte de vuelta con él antes de que venga y te reclame.

Indra frunció el ceño. —De acuerdo, pero cuando estés listo para contarme qué te pasa, sabes que estoy aquí para ti.

—Lo sé —dijo él—. Y gracias. —Aparentemente tranquilizada, se unieron a Sebastian, Alexander y Lily. Él apreciaba su amabilidad, pero sabía que no había forma en el mundo de que fuera a contarle a su dulce cuñada —ni a nadie, de hecho— sobre su obsesión con una pianista descalza que respondía a cada uno de sus toques, cada mirada, cada embestida con un destello de calor en esos ojos ámbar hipnóticos.

Mientras regresaba al pequeño grupo que era todo lo que quedaba de la fiesta de bodas, no pudo evitar envidiar a sus hermanos por encontrar mujeres tan increíbles —Lily, que tenía que ser una de las mujeres más sexys que jamás había conocido, e Indra, que debía ser la más dulce. Harrison se preguntó si alguna vez encontraría la misma felicidad. A juzgar por cómo iban las cosas, lo dudaba mucho.

Porque lo que no les había dicho ni a Lily ni a Indra era que el objeto de su obsesión, que había desaparecido de su vida tan abruptamente como había entrado en ella, estaba embarazada

de un hijo que solo podía ser suyo. Había rastreado su paradero hasta hace una semana, cuando desapareció sin dejar rastro. Pero la encontraría. *Tenía* que encontrarla. Porque de ninguna manera iba a permitir que un hijo suyo se criara como él —abandonado por su padre y dejado a merced de empleados contratados.

Dos meses después...

Paris Caparelli descendió cuidadosamente los escalones del autobús y ajustó sus bolsas, que estaban llenas de compras.

—¿Estás bien, cariño? —gritó el conductor del autobús, con un alegre trozo de espumillón en la gorra, mostrando que al menos alguien esperaba con ansias la Navidad. Pero ella no. Agradecía el hecho de que no se marchara inmediatamente, como habrían hecho los conductores de la ciudad. Aunque no sabía qué haría él si ella dijera que no estaba bien.

—Estoy bien, gracias —dijo, forzando una sonrisa.

—¿Cuándo nace tu bebé? —preguntó la mujer con pelo gris perfectamente rizado sentada junto a la puerta—. ¿Será un bebé de Navidad?

—No. La fecha prevista es a principios de enero.

—Mejor que llegues a casa y subas los pies, guapa —dijo el conductor con un gesto antes de cerrar las puertas de golpe.

Exactamente lo que pensaba. Le dolía la espalda y se sentía enferma de cansancio. Había hecho el largo viaje al hospital de la ciudad para un chequeo en transporte público porque su coche estaba en el taller. Nunca más, pensó, frotándose la espalda. Como de costumbre, su mirada se dirigió hacia el puerto que se encontraba al final de la estrecha calle, y exhaló un suspiro calmante. Desde que se había mudado a la pequeña casa de campo dos meses antes, no se cansaba de la vista. El foco principal era el pálido bucle de río que formaba el puerto, pero más allá, los pantanos vacíos se extendían hasta la delgada cinta de mar y el vasto cielo. Para algunas personas, la vista podría parecer desolada, pero para ella, significaba libertad. Libertad de su padre y del padre de su hijo que, al parecer, había estado siguiendo cada uno de sus movimientos desde que dejó la isla.

Aunque solo eran las tres y media de la tarde, el sol invernal, que apenas había alcanzado cierta altura en el cielo, ya había descendido, reducido a un contorno en la bruma del anochecer. Por una vez, no había viento y las banderas de gallardete, que coronaban los yates sacados a la orilla fangosa, estaban inmóviles. El reconfortante y constante repiqueteo de las banderas había cesado y, mientras el autobús desaparecía con un rugido al doblar la esquina, acelerando para subir la colina hacia la carretera principal de la costa, todo lo que podía oír eran los solitarios gritos de las aves del pantano.

No había duda de que el Puerto de Blakeney en invierno era un lugar hermoso, con un aire de desolación inhóspita que le atraía. Simplemente estaba agradecida de que no le atrajera a Harrison. Él le había dicho que Norfolk era el lugar que más odiaba en el mundo. Así que, ¿qué mejor lugar para esconderse de él?

Suspiró al pensar en él. Al principio había huido para evitar quedar atrapada en el centro de atención que era la vida de Harrison. Pero luego había seguido corriendo cuando descubrió que la estaban siguiendo. Lo último que quería era que él supiera que estaba esperando un hijo suyo. Él había dejado claro que nunca quería hijos, y de ninguna manera ella estaría con alguien solo

por el bien de un niño. Ella había sido ese niño una vez y nunca infligiría lo que había soportado a su propio hijo. Pero aunque no quisiera a Harrison en su vida, eso no significaba que pudiera dejar de pensar en él. Pero había cosas más importantes en su vida que ella misma.

Su mano automáticamente cubrió su vientre de siete meses como para proteger a su hijo. —Bien, Luca, allá vamos. Asalto final —murmuró, avanzando con cuidado por el empinado callejón empedrado hasta su casa adosada. Para cuando llegó a la puerta, lo último de la luz se había disuelto en la oscuridad, y su puerta solo estaba iluminada por la farola de la calle de enfrente.

Miró su manojo de llaves, buscando la correcta. De repente, escuchó el cierre de la puerta de un coche cerca, seguido de pasos. Dejó caer las llaves con un estrépito en el escalón de piedra. Se volvió para ver quién era, pero no parecía haber nadie alrededor. La luz formaba un halo alrededor de la farola, apenas penetrando la fría niebla que se elevaba desde el puerto. Se sacudió. Se estaba asustando de su propia sombra. Entonces alguien pasó caminando y se llevó la mano a la gorra. Un vecino le dijo "buenas noches". Los habitantes de Norfolk tenían fama de ser poco amistosos, pero esa no había sido su experiencia. Aunque tal vez el hecho de que fuera una mujer joven, embarazada, aparentemente sola en el mundo, les había ablandado hacia ella.

Se agachó para recoger sus llaves pero, para cuando se había incorporado, usando la oxidada barandilla de hierro forjado como apoyo, se encontró cara a cara con un hombre cuyos rasgos había visto más a menudo en sus sueños que en la vida real.

—¡Harrison! —La niebla giraba a su alrededor y por un momento, pensó que estaba imaginando cosas. ¿Estaba soñando o era una pesadilla? Cerró los ojos con fuerza y luego los abrió de nuevo. Pero él seguía allí. Se agarró a la barandilla para estabilizarse mientras la sangre huía de su cabeza y el mundo giraba. Entonces él habló, y se dio cuenta de que *era* una pesadilla.

—Te encontré. —Lo dijo como si no pudiera creerlo. Por un momento la visión de pesadilla se aclaró, y lo vio, realmente lo vio, y sus ojos eran exactamente como habían sido cuando habían hecho el amor bajo las estrellas del Caribe: cálidos y acariciadores. Pero luego el momento pasó y sus ojos se endurecieron—. Lo has puesto bastante difícil —dijo, con un gruñido al borde de sus palabras.

Ella tragó saliva, agarrando la barandilla aún con más fuerza. —Por una razón —dijo—. No deseaba ser encontrada.

Su labio se curvó. —Pero lo has sido. No más huidas de mí, Paris.

La sangre martilleaba en sus oídos. Se obligó a respirar profundamente. Calma. Tenía que mantener la calma. —Eso suena amenazante —dijo, incapaz de evitar que su voz temblara—. Ahora —dijo, agarrando sus llaves—. Si me disculpas, está haciendo frío y tengo que guardar la compra.

Le dio la espalda y, sin esperar respuesta, insertó una llave en la cerradura. No funcionó. Respira, Paris, respira, se dijo mientras seleccionaba una llave diferente y esta vez encajó en su lugar, la giró y abrió la puerta.

—No puedes simplemente alejarte de mí, Paris. No de nuevo, no ahora.

Echó un vistazo por encima del hombro hacia donde él seguía de pie. No había movido un músculo. No había intentado acercarse a ella. ¿Qué esperaba lograr?

—Mírame hacerlo —dijo, entrando en su casa, su único refugio.

Entonces cometió un error y lo miró. No se había movido. No había hecho ningún intento de empujarla o de sujetarla a ella o a la puerta. Simplemente estaba allí de pie, con los ojos fijos en ella, su expresión compleja. Y vio al hombre del que se había enamorado a primera vista, un hombre que había decidido era su alma gemela en el primer beso, un hombre cuyas caricias

habían desbloqueado su corazón. Y ese corazón se rompió de nuevo.

Él negó con la cabeza. —Necesitamos hablar.

Ella se mordió el labio y asintió rápidamente, abriendo la puerta para que él entrara. El tiempo de huir había terminado.

CAPÍTULO CUATRO

ÉL LA SIGUIÓ hasta la pequeña sala de estar, y ella encendió una lámpara. El cálido resplandor, normalmente tan reconfortante, ahora solo profundizaba las sombras y su incertidumbre. Se giró para enfrentarlo.

—¿Por qué viniste? —preguntó, con la voz ronca por el miedo y algo más, algo muy parecido al anhelo.

—Sabes por qué —dijo él, su alta figura llenando el espacio—. Puedes estar encorvada, apartarte el abrigo del estómago todo lo que quieras, pero sé que llevas a mi bebé.

Ella palideció y habría caído cuando la habitación volvió a dar vueltas, si él no hubiera extendido una mano para sostenerla. Su tacto se sentía tan correcto. Levantó la mirada hacia él y estaban tan cerca que podía sentir su cálido aliento en la mejilla. Abrió la boca, ya fuera para hablar o para besarlo, no habría podido decirlo. Pero él habló primero.

—Llevas a mi bebé —repitió, con la voz áspera por la emoción—. Así que no puedo dejarte ir. Además, si te suelto ahora, no estoy tan seguro de que no te caerías —añadió en un tono más suave.

Ella apartó sus manos de un empujón. —Puedo cuidarme sola.

—Eso dices. Pero no parece que sea así —dijo él, mirando alrededor de la pequeña sala. La única lámpara revelaba los muebles desgastados que habían venido con la casa.

—No me conoces. Tuvimos una noche juntos, y una noche no te da derecho a rastrearme y hacerme exigencias.

—Necesitamos hablar.

—No, no lo necesitamos. No tenemos nada de qué hablar.

—Estás embarazada de mi hijo. Creo que eso es algo de lo que hablar.

Ella sintió que sus defensas se agrietaban poco a poco. Él tenía razón. *No* estaba manejando bien las cosas, y estaba asustada por el futuro. Y simplemente ver a Harrison de nuevo después de tanto tiempo le trajo recuerdos que hacían hormiguear sus dedos y que su estómago diera vuelcos de deseo. Pero estar con Harrison la pondría en la atención del mundo, y lo más peligroso, en la atención de su padre. Y ahora las apuestas eran aún más altas.

—Paris —dijo más suavemente—. Puede que solo haya sido una noche, pero ¿no recuerdas la noche que tuvimos juntos? ¿Cómo podría olvidarla jamás? Había cambiado su vida en más de una manera. —Confiaste en mí entonces para entrar en tu mundo, y puedes confiar en mí ahora. No voy a hacerte daño. Solo necesito hablar contigo. ¿De acuerdo?

Ella asintió a regañadientes. ¿Por qué retrasar lo inevitable? —De acuerdo.

Él recogió las compras olvidadas del umbral y las colocó en la mesa frente a la ventana. Luego dio unos pocos pasos hacia ella y se apoyó contra la mesa, con los brazos cruzados. —Por

el amor de Dios, siéntate antes de que te caigas. Te ves terrible.

No había tenido la intención de hacer nada de lo que él le dijera, pero en este caso, su cuerpo estuvo de acuerdo antes de que pudiera hacer algo al respecto. Y agradecida se hundió en el sofá, colocando un cojín en la parte baja de su espalda. Deseaba que él también se viera terrible.

—¿Cómo me encontraste?

—Eso es irrelevante. Te encontré a ti y a mi hijo. Es lo único de lo que quiero hablar.

—¿Cómo me encontraste? —repitió, ahora enojada, con voz acerada.

Él se encogió de hombros, como si los detalles fueran sin importancia. —El dinero puede comprar cualquier cosa, Paris. Lo que no entiendo es por qué te esforzaste tanto en esconderte de mí. ¿Fui realmente un amante tan inadecuado?

Deseó que no hubiera dicho eso, porque una visión de él sosteniéndose sobre ella mientras empujaba profundamente dentro de ella llenó su mente y se negó a desaparecer. Abrió la boca para hablar, pero en su lugar se lamió los labios. Sus miradas cambiaron instantáneamente de antagonismo a conexión. Ella sacudió la cabeza y apartó la mirada.

—Tenía mis razones.

—¿Que son?

Ella le lanzó una mirada furiosa. —No es asunto tuyo.

—Te equivocas. En el momento en que descubrí que estabas embarazada, te convertiste en mi asunto, te guste o no.

—No me gusta —gruñó ella.

Él se encogió de hombros y se apartó de la mesa. —Irrelevante. —Caminó por el pequeño espacio, observando los libros, las chucherías que componían su vida—. No hay fotos. —Ahora estaba parado frente a ella—. Sin señales de un pasado, sin señales de nadie. Solo tú. Una mujer, decidida a estar sola por alguna razón.

—Parece que estoy fracasando en eso —dijo con una sonrisa tensa.

—Sí. Espectacularmente.

Ella tragó con fuerza. —Ahora que estás aquí, ¿qué piensas hacer?

—Dejar este lugar abandonado de Dios y llevarte conmigo.

—No iré. No tienes ningún derecho.

—Tengo todo el derecho —dijo, acercándose, con los ojos ardiendo—. Soy el padre de nuestro bebé. Y a menos que vengas conmigo, te llevaré a los tribunales y me aseguraré de tener acceso equitativo.

Ella negó con la cabeza, con la boca seca de miedo. Era todo lo que había temido. —No. —Tragó con dificultad—. No, no puedes hacerme eso.

Él inclinó la cabeza hacia ella, y no lo reconoció mientras las sombras disfrazaban sus rasgos. Pero, después de todo, apenas lo conocía. —Oh, sí que puedo.

—¿Pero por qué querrías hacerlo? Me dijiste que nunca pretendías casarte, ni tener hijos.

—Ah, así que lo recuerdas. Sí, es cierto. Pero tampoco había previsto tener sexo sin protección.

Ella se estremeció ante sus palabras clínicas, tan diferentes a cómo recordaba su forma de hacer el amor.

—Pero lo hice —continuó él—. Y tengo que vivir con las consecuencias. Ningún hijo mío crecerá lejos de mí.

—Eso no es lo que *yo* quiero.

Él se encogió de hombros. —Es irrelevante. Así es como va a ser. Te quiero a ti y a nuestro hijo. Acostúmbrate, Paris. No habrá otro resultado.

Sus palabras la hirieron hasta los huesos.

—Todo lo que *me* importa —continuó—, es que llevas a mi hijo y me niego a permitir que ese niño tenga el tipo de crianza que yo, o cualquiera de mis hermanos, tuvimos. No permitiré que este niño crezca sin un padre que lo proteja.

—¿Ni siquiera si sus padres se odian entre sí? Porque es con lo que yo crecí, y es exactamente lo que pretendo evitar con mi hijo.

Él permaneció en silencio durante unos momentos, y ella pudo ver que estaba luchando con algo. Apretó los labios y exhaló.

—El hecho es, Paris, que no nos odiamos, ¿verdad? Al menos físicamente. No podías esperar para meterme en tu cama hace siete meses. Y estoy seguro de que no pasará mucho tiempo antes de que vengas rogando por ello de nuevo. No podías mantenerte alejada, eras...

—¡Para! —gritó ella, y para su sorpresa, él lo hizo—. Por favor —dijo, con lágrimas brotando—, para.

Él maldijo entre dientes, metió las manos en los bolsillos y le dio la espalda. Ella se cubrió la cara con las manos y se limpió las lágrimas con las palmas, no queriendo que él viera la prueba de sus emociones. ¿Cómo demonios había sucedido esto? ¿Cómo había caído tan bajo que sus defensas contra este hombre, que estaba decidido a tomar el control de su vida, se habían desintegrado? Aspiró profundamente, se enderezó y lo miró. Como si sintiera sus ojos sobre él, hizo un medio giro y luego un giro completo para enfrentarla. Esa conexión. De nuevo. Desde el primer momento en que se habían visto, habían terminado las frases del otro, habían anticipado las necesidades del otro. Apenas era sorprendente, entonces, que él la hubiera rastreado. Pero ahí era donde esto se detenía.

Inestablemente, se puso de pie y colocó una mano instintivamente sobre su estómago, como para proteger a su hijo de todo esto. —Tuvimos una aventura de una noche. Eso no es algo sobre lo que podamos construir una vida. Lo que sea que tuvimos, Harrison, está en el pasado. —Sus ojos se estrecharon peligrosamente, y ella tragó saliva—. Debes creerlo.

—¿Por qué? Cuando no es cierto. —Señaló su estómago—. Una vida *se construirá*, nos guste o no. Y *yo estaré* ahí para mi hijo.

Dio un paso hacia ella y ella soltó un pequeño jadeo, su cuerpo hormigueando de conciencia, como si él hubiera pasado un dedo por su piel desnuda, provocándola y tentándola con los placeres que simplemente su tacto podía brindar. La sensación viajó profundamente dentro de ella, llegando a descansar en lugares secretos donde ella temblaba por él.

Él emitió un pequeño gruñido de satisfacción y levantó su mano hacia su rostro, tocando su mejilla con el dorso de sus nudillos en una caricia sorprendentemente tierna. Ella abrió la boca mientras él se acercaba, preparándose para el beso que seguramente vendría. Pero entonces los ojos de él se ensancharon como si estuviera sorprendido por lo que estaba a punto de hacer, y se alejó antes de darse cuenta de que no tenía a dónde ir en esa pequeña habitación. Se enfrentó a ella, con las manos ahora firmemente metidas en los bolsillos. Parecía un hombre bajo control una vez más. Ella se alegró de que alguien lo estuviera.

—Es irrelevante lo que *tuvimos*, porque ahora está bastante claro lo que *tienes*. —Miró su estómago, y ella lo acunó posesivamente—. Estás esperando a mi bebé.

—¿Quién dice que es tuyo? —dijo impulsivamente, aferrándose desesperadamente a cualquier cosa que pudiera significar que él la dejaría en paz. No podía tener el tipo de relación que sus padres habían tenido: casados porque su madre había estado embarazada, y arrepentidos cada día desde entonces. Todos habían sufrido, incluida ella misma. Se negaba a dejar que eso le sucediera a su hijo.

Las fosas nasales de él se dilataron, y ella dio un paso atrás. Debería haber sabido cómo reaccionaría este hombre machista ante tal sugerencia.

—¿Estás diciendo que es de otra persona? —Se acercó de nuevo a ella—. ¿Estás diciendo que tuviste sexo con otro hombre?

Deseaba con todo su corazón poder decir que sí. Pero desde el primer momento en que había visto a Harrison, solo había habido un hombre para ella. El problema era que él vivía una vida bajo los reflectores públicos y no quería una familia. Doble golpe. Pero no podía mentir. Negó con la cabeza.

—No. —Exhaló un profundo suspiro—. No, no ha habido nadie más desde ti.

Él se relajó visiblemente. —Así que estás diciendo tales cosas para intentar lastimarme y alejarme.

Ella se mordió el labio y asintió.

—De acuerdo. Lo entiendo. Pero no me has lastimado. —Ella no creyó eso—. Y no iré a ninguna parte sin ti, así que mejor acostúmbrate a la idea.

—¿Realmente piensas quedarte aquí conmigo?

—No —dijo él, incrédulo de que ella pudiera siquiera sugerir tal cosa—. He hecho arreglos para una propiedad más adecuada.

Por unos segundos, sus palabras evocaron una sensación de seguridad como la que nunca había experimentado. Era tentadora. También era falsa. Sacudió la cabeza para liberarla de la visión de sirena.

—No iré contigo. No permitiré que un niño experimente una infancia como la mía.

—Parece que ninguno de los dos quiere que la historia se repita.

Ella arqueó las cejas en sorprendente acuerdo. —Al menos hay algo en lo que podemos estar de acuerdo.

Su rostro se suavizó, e inclinó la cabeza como si intentara descifrarla. —¿Te estás manteniendo bien?

Ella asintió. —Sí.

—¿Cuándo nace nuestro bebé?

Tragó sus nervios, pero no tenía sentido no decírselo. —En dos meses.

—Bien. Tengo una propuesta que hacerte.

Su corazón saltó un latido. Había imaginado que él le dijera esas palabras en sus momentos de debilidad. Pero entonces, su fantasía siempre había incluido a un hombre firmemente fuera del ojo público, y la profesión de amor eterno.

—¿Qué tipo de propuesta? —preguntó con cautela.

—El tipo que nos dará a ambos lo que queremos.

—¿Te vas? —preguntó esperanzada.

Su expresión se agriò. —No. Pero tú tampoco.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, Paris, que nos quedamos aquí, fuera del ojo público como pareces querer tanto, pero nos quedamos juntos, como *yo* quiero.

—Pero... —Estaba atónita por su sugerencia de un compromiso. No había imaginado eso—. Pero no quieres estar atado y llegarás a odiarme y nuestro hijo sufrirá por ello.

—Ese es un riesgo que tendrás que correr. Porque *no hay* alternativa. No tienes otra opción.

—Todos tienen opciones.

—Tú no. Tomaste tu decisión cuando decidiste tener al niño.

—No podía hacer otra cosa.

Él se encogió de hombros. —Como sea. La suerte está echada. Debes venir conmigo ahora.

Se lamió los labios mientras su mente trabajaba a toda velocidad. Había dos cosas que temía. Una era traer a su hijo no deseado a una mala relación. Pero, como él dijo, eso era un riesgo. ¿La otra? Harrison no sabía sobre eso. Pero quedarse en Norfolk, fuera del ojo público, evitaría el otro problema.

Asintió con la cabeza. —De acuerdo. Pero cuando dices 'aquí', ¿exactamente dónde quieres decir?

—Hay una casa en el borde de las marismas, justo a las afueras de Blakeney.

Ella frunció el ceño. —¿La casa grande y abandonada que sobresale hacia las marismas?

—Esa misma. Era de mi tía.

—¿Tu tía?

—Sí.

—¿Tu tía que tocaba el piano?

—Sí. Solo tenía una. Falleció hace más de un año. Hablé con Sebastian cuando descubrí dónde vivías. —Dio una sonrisa sin humor—. Siempre es bueno estar preparado.

—Pero no parece que alguien haya vivido allí durante años. Es como algo sacado directamente de una película de terror.

—Entonces será perfecta para nuestra feliz pequeña familia. —Sacó unas llaves de su bolsillo y las lanzó al aire—. Recoge tus cosas.

—Seguramente no esperas que vaya ahora. No en este momento.

—Eso es exactamente lo que espero. Porque, Paris, no voy a dejarte fuera de mi vista.

CAPÍTULO CINCO

¿De verdad había llegado a esto?, pensó Paris. ¿A ser tratada como si fuera un objeto, como si no tuviera mente propia, como si fuera una niña otra vez, bajo la atenta mirada de su padre? Harrison Richmond podría ser poderoso y rico, pero de ninguna manera en este mundo él la iba a controlar a *ella*. Su ira desterró el último de sus miedos.

Dio un paso hacia él, casi preguntándose de dónde venía ese fuego interior que la impulsaba a plantarle cara a este hombre. Levantó la barbilla para poder mirar directamente a sus fríos ojos.

—Pareces pensar que vivimos en una especie de mundo medieval donde puedes controlarme. No puedes.

Frustración e ira brillaron en sus ojos. —Paris —gruñó en tono de advertencia.

—¿Qué, *Harrison*? —Enfatizó su nombre—. ¿Enfadado porque alguien te está plantando cara por una vez? No soy una de tus *muchas* novias a las que puedes dar órdenes. Soy una mujer adulta.

—¡Una mujer adulta que está llevando a *mi* hijo! —Su voz retumbó por la pequeña habitación, pero no la hizo flaquear—. ¿No me he expresado con claridad? No permitiré que mi hijo crezca lejos de mí.

—Clarísimo —dijo ella—. Pero parece que yo no me he expresado con claridad. No tengo intención de ser controlada por un hombre nunca más.

Él frunció el ceño. —¿Quién te ha hecho tan temerosa?

Ella jadeó, dándose cuenta de repente de lo que había dicho. —Mi padre. —Intentó alejarse, pero él le cogió la mano. Se habría soltado si su contacto hubiera sido algo más que suave. Pero la forma en que envolvió sus dedos alrededor de los suyos, deslizando su pulgar por el dorso de su mano, derritió los últimos restos de su resistencia.

—¿Paris? ¿Es por eso que te escondiste aquí? ¿No solo por mí, sino también por tu padre?

Ella asintió brevemente.

—Tienes secretos. —Soltó su mano—. Pero no son asunto mío. Ve, coge lo que quieras para esta noche y haremos que traigan el resto mañana.

—¿No has escuchado ni una palabra de lo que he dicho? No voy a ir a ninguna parte.

—Si no lo haces, me veré obligado a informar al Signore Caparelli de tu ubicación exacta.

Ella jadeó. —Sabes el nombre de mi padre.

—Sí, me ocupé de averiguar todo lo que pude sobre ti. Puede que no lo sepa todo, pero sé lo suficiente para conseguir que vengas conmigo, de una forma u otra. —Sacó su teléfono—. ¿Quieres que lo haga ahora? Porque puedo.

—¿Me chantajearías para que vaya contigo?

Se encogió de hombros. —Haré lo que sea necesario. No habrá otro resultado.

—No lo harías.

—Ponme a prueba.

Ella negó con la cabeza. —No, no lo harías. —Pero, mientras observaba, él le mostró brevemente la pantalla de su teléfono para que pudiera ver que, efectivamente, mostraba los datos de contacto de su padre, y presionó el botón—. ¡No! —Se abalanzó sobre él y terminó la llamada antes de que pudiera ser respondida.

—Tienes cinco minutos.

Paris se sintió enferma mientras subía la escalera de caracol hacia su dormitorio para recoger lo que necesitaba. No tenía elección. Haría cualquier cosa para proteger a su hijo, incluso si eso significaba irse con Harrison. Si no lo hacía, él se lo diría a su padre, cuyo control sobre su mundo sin ley era absoluto, excepto sobre ella. Nunca permitiría que un hijo suyo estuviera conectado con el mundo de su padre. Nunca.

Ya había oscurecido completamente cuando aparcaron al final de una corta calzada que era la única manera de llegar a Marsh House. La casa, en el borde mismo del pueblo, parecía flotar sobre los pantanos circundantes, sola y solitaria. Quizás, pensó con amargura, era el lugar perfecto para ella.

Para cuando terminó de contemplar la austera fachada y de forcejear con su cinturón de seguridad, Harrison ya había rodeado el coche y abierto su puerta. Le tendió la mano, pero ella la apartó de un manotazo. Él la ignoró, agarró su mano y la puso de pie. Soltó su mano inmediatamente.

—¿Qué sentido tiene no aceptar ayuda cuando es tan obvio que la necesitas, Paris?

—No la necesito —replicó rápidamente—. Yo... —añadió, dándose cuenta de que sí necesitaba ayuda para salir del coche tan bajo—, simplemente la *acepté* entonces. Eso es todo.

Él recogió las maletas del maletero y la guió por la calzada. Paris se estremeció y miró hacia atrás, hacia las luces de Blakeney. Se sentía como si estuviera adentrándose en lo desconocido. Entonces se encendió una luz exterior, perforando la oscuridad. Respiró hondo y se acercó a la casa. Sus escalones grises de hormigón conducían a una imponente puerta principal con paneles, completa con un tirador de campana en lugar de un timbre. Por supuesto que lo era. Podía imaginar el estruendoso sonido de la campana resonando en lo profundo de esta casa, despertando a sirvientes muertos hace tiempo.

—Te ofrecería una mano para subir los escalones, pero supongo que no la aceptarás —dijo Harrison.

—Puedo manejar los escalones perfectamente. —Y podía, pero solo porque había una barandilla.

—Ten cuidado. No quiero que resbales y lastimes al bebé —dijo él, con el rostro aún duro, intentando deliberadamente herirla por su rechazo a su ayuda.

—Pero no te importa lastimarme a mí, ¿verdad? —dijo ella.

Él se encogió de hombros y usó la llave para abrir la puerta, empujándola para abrirla de par en par. —Claro que sí.

La esperanza saltó en su corazón. No pensaba que le quedara ninguna.

—Si tú te dañas, también se daña el bebé —añadió, desinflando inmediatamente el frágil globo.

A pesar de sus comentarios enojados, se hizo a un lado, habiendo sido inculcada en él la educación de colegio privado. Entró en el oscuro pasillo y, para su sorpresa, no olió el esperado

olor a humedad, solo a cera con aroma a lavanda y a lirios.

—Pensé que este lugar había estado vacío por un tiempo.

—Lo ha estado.

—¿Pero todo esto? —Tocó con sus dedos los elegantes pétalos de los lirios que estaban en un jarrón Minton sobre el aparador del vestíbulo, luego dio una ligera caricia al pulido soporte de roble. El sombrío pasillo estaba forrado con alfombras caras y mostraba puertas abiertas que desaparecían en la oscuridad—. Alguien ha estado cuidándolo.

—Contraté a una ama de llaves a principios de semana para que viniera diariamente a cocinar y limpiar. No tengo ningún deseo de vivir en una casa abandonada.

Lo miró con agudeza. —¿Hiciste esto? ¿Preparaste todo esto, creyendo que vendría aquí contigo?

—No había nada que *creer*. Como dije, no había otra opción. Siempre ibas a venir conmigo.

Lo sintió moverse silenciosamente detrás de ella. Contuvo la respiración —llena de loción para después del afeitado y el fresco olor exterior del aire salado del pantano— mientras él se acercaba por detrás, rozando su brazo. Su indignación se desvaneció en la insignificancia, ahogada por su reacción ante este hombre en anticipación de lo que podría hacer. Pero, en lugar de una caricia, encendió un viejo interruptor de baquelita, y el vestíbulo se iluminó con un brillo que su exterior no revelaba.

Soltó el aire con un silbido mientras miraba hacia la elaborada lámpara de araña de cristal que colgaba del centro del vestíbulo panelado en madera. El exterior había sugerido algo apagado y sucio, no un interior elegante, brillante y lujoso.

—¡Esto no es nada como lo imaginaba! —dijo.

—Lo sé. Mi tía era excéntrica. Se volvió paranoica sobre que la gente supiera lo rica que era, así que el exterior permaneció gris —construido para su entorno, solía decir— pero mantuvo el interior exactamente como lo había heredado de su tía. Incluso cambió su nombre. —La miró—. Ustedes dos tienen más en común de lo que pensaba.

Mientras Harrison encendía las luces laterales, ella caminó alrededor, mirando hacia las exuberantes pinturas al óleo de escenas europeas y el tapiz ricamente bordado que colgaba contra la pared exterior de piedra, y dejó que sus dedos se deslizaran sobre los jarrones de gran tamaño de valor incalculable.

—La tía Beth siempre los tenía llenos de orquídeas del invernadero de Richmond Manor. Papá continuó la tradición. —Miró a su alrededor, perdido en los recuerdos—. Siempre olía a cera y flores y a su perfume, Chanel No. 5.

—Pareces tenerle cariño.

—Era mi tía.

—Ah —dijo ella con sarcasmo—, ¿así que tienes el mismo cariño por todos tus parientes? No parecías tener cariño a tu padre.

Volvió a mirar hacia otro lado, como si lo hubieran pillado. —Beth, mi tía, era... —Se quedó sin palabras, como si le faltaran. Sus ojos se posaron en algunas fotografías enmarcadas en elaborados marcos de plata, agrupadas en un aparador del vestíbulo—. Era única. Y sí, le tenía cariño.

Ella se acercó a él y, por primera vez, salvó el espacio entre ellos, incapaz de evitar tocarle el hombro. Él se sobresaltó como si le hubiera dado una descarga eléctrica. —Puedes decir que sientes afecto por alguien, Harrison. No pasará nada malo.

Nunca lo había visto tan vulnerable. —No, no puedes. Si lo haces, podrían quitártelos.

—¿Es eso lo que te pasó?

Se encogió de hombros y se alejó, haciendo que la mano de ella cayera de su hombro. Caminó hacia las puertas dobles. —Vamos. Te mostraré los alrededores.

No parecía que fuera a llegar a ninguna parte haciéndole preguntas personales. Pero entonces... esa mirada en sus ojos... De alguna manera había vislumbrado un lado de Harrison que nunca había visto. Pero había sentido afecto por su tía y a ella solo la quería por el hijo que llevaba.

Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando entró en la sala de recepción principal. Mientras Harrison caminaba alrededor, encendiendo la miríada de lámparas laterales, la habitación se fue revelando lentamente. Semicircular, con enormes ventanales en tres lados, la sala sobresalía hacia los pantanos. Vista desde el pueblo, la casa sin iluminar había parecido sombría, pero por dentro era todo lo contrario. Al igual que el vestíbulo, estaba llena de tesoros, y las alfombras sobre las que caminaba eran gruesas y ricamente estampadas. Las paredes tampoco estaban pintadas, como tantas mansiones modernistas en frescos colores de gris y blanco, sino que estaban empapeladas con rayas de color rubí, un color que se repetía en las gruesas cortinas de terciopelo que enmarcaban cada una de las tres ventanas.

Pero su mirada se detuvo bruscamente en el punto más alejado de la sala, el lugar donde la ventana se proyectaba directamente hacia los pantanos. Allí, en lugar de honor, había un piano.

—¿Un piano? —exclamó, acercándose al piano de cola y pasando su mano por la hermosa tapa de teca negra. Levantó la cubierta y pasó sus dedos por las teclas. Algo se movió dentro de ella y la emoción brotó y le bloqueó la garganta. Tragó saliva, tratando de deshacerse de la emoción no deseada. Se negaba a derrumbarse frente a Harrison. Miró hacia él, solo para verlo girarse rápidamente.

—Claro —dijo él, de espaldas a ella—. La música era la pasión de Beth.

También era la suya. Presionó el do central y el solitario sonido resonó claro y verdadero. Bajó la tapa, dejándola caer accidentalmente con un estruendo.

Harrison corrió las gruesas cortinas de terciopelo contra la oscuridad y la habitación se transformó en un cálido y elegante salón.

—Puedes tocarlo, si quieres.

Ella negó con la cabeza. —Era de tu tía, no mío. —Forzó una sonrisa—. Dudo mucho que ella me aprobara.

—¿Por qué?

—Estoy soltera, embarazada y sin medios para mantenerme. —Extendió las manos con impotencia—. Difícilmente soy una buena opción para su sobrino favorito.

—Era una mujer complicada. —Se encogió de hombros—. Quién sabe si habría aprobado.

—Supongo que te aprobaba a ti, si te dejó esta casa. —No pudo evitar que sus labios se curvaran con diversión—. Y, por lo que he leído, difícilmente eres el heredero convencional y cumplidor que se esperaría.

Él le lanzó una mirada fulminante. —Me siento tan halagado de que hayas investigado sobre mí.

—No lo estés. Tengo curiosidad por el hombre que fingió ser un humilde mozo de caballos cuando en realidad era un notorio mujeriego jugador de polo, querido por los tabloides y conocido como *El hombre de corazón frío*. Me sorprende que una tía anciana no te desheredara por tus desenfrenadas costumbres, o por tu corazón frío.

—Quizás sentía lástima por mí.

Su sonrisa se convirtió en una risa ahogada. —¿Lástima? ¿Por ti?

Él dio un paso hacia ella y su risa murió en sus labios cuando le tocó suavemente la mejilla.

—¿Por qué no? ¿Una madre que murió demasiado joven, un padre cruel y una amante embarazada que lo abandona? ¿No es eso suficiente para que cualquiera sienta lástima por mí? ¿No es eso suficiente para que *tú* sientas lástima por mí?

Sabía que le había hecho una pregunta, pero su mente había dejado de funcionar tan pronto como sus dedos hicieron contacto con su piel. Contuvo la respiración, preguntándose qué iba a hacer a continuación. Sin saber si esperaba que continuara tocándola, si esperaba que moviera sus dedos a través de su piel, sus labios, su cuello, tal como lo había hecho bajo la luz de las estrellas en aquella lejana isla caribeña. Retiró su mano bruscamente, y fue como si la luz hubiera desaparecido instantáneamente detrás de la ominosa nube negra de su oscuro ceño fruncido.

—Obviamente no —dijo, alejándose, respondiendo a su propia pregunta.

Ella presionó sus dedos contra su pómulo donde la había tocado y luego se frotó la frente, que comenzaba a palpitar.

—Llevaré las maletas arriba. La cocina y el baño de abajo están por el vestíbulo.

Lo vio marcharse y se hundió en uno de los sofás de chintz, agradecida de que estuviera cerca. Sus piernas temblaban. Y no era de extrañar. ¿Qué demonios estaba haciendo allí? Atrapada en el esplendor de esta casa inesperada con un hombre que solo la quería porque llevaba a su hijo. Un hombre que, ahora parecía, tenía toda la gama emocional descrita por su apodo. Frío, de hecho.

CAPÍTULO SEIS

LOS TABLONES del suelo crujieron mientras Harrison se movía en el piso de arriba. Paris esperaba que no hubiera colocado ambas maletas en un solo dormitorio. Porque de ninguna manera iba a dormir con él, sin importar lo que él pensara. Presionó la mano contra su vientre. Podía hacer esto por su bebé. Por Luca. Porque la alternativa era impensable. Esto era el menor de dos males. Si tan solo estornudaba en el mundo exterior, corría el riesgo de que su padre la encontrara y la obligara a volver con él. Su hijo entonces se criaría en un mundo de delincuencia donde el amor era algo para ser utilizado, no atesorado. Se negaba a traer a su hijo a semejante mundo.

—Pareces aterrorizada —dijo Harrison, con el ceño fruncido.

Ella levantó la mirada sorprendida. No lo había oído entrar en la habitación.

—No te halagues pensando que te tengo miedo. Solo estaba pensando... —se interrumpió mientras intentaba pensar en algo con qué despistarlo.

—No te molestes en inventar una respuesta —dijo él con desdén—. Solo me interesa la verdad, y no vas a decírmela, ¿verdad?

—Nunca te mentí.

—No, pero tampoco me dijiste que estabas embarazada, ¿verdad? Una mentira por omisión sigue siendo una mentira.

Ella negó con la cabeza. —No se sintió así.

—Dime cómo se sintió entonces.

—Supervivencia. —La palabra salió de sus labios antes de que hubiera procesado el pensamiento.

—Hm —dijo él, desviando la mirada—. La señora Wright ha preparado la cena para nosotros. Te sugiero que comas antes de hacer cualquier otra cosa. Te ves terrible.

Harrison podría ser un bastardo frío, sin emociones y dominante, pero tenía razón. Ella se sentía débil y no dudaba que se veía terrible. Aunque no le importaba eso. Solo tenía una preocupación. Con una mano en su vientre, apartó la mano de Harrison y se levantó del sofá con la otra.

—El comedor está por aquí.

Lo siguió por el pasillo hasta la segunda sala de recepción, que era tan grandiosa como la sala de estar. Pinturas de paisajes de Norfolk —de marismas resplandecientes bajo la clara luz de Norfolk, y el fresco mar verde menta, siempre cambiante— cubrían las paredes. La gran mesa, sobre la cual tres candelabros de plata ocupaban el lugar de honor, dominaba la habitación.

—Parece que ella amaba Norfolk —dijo Paris, acomodándose en el asiento más cercano—. Es un homenaje a las marismas.

—Así era. Aunque no se crió aquí.

Paris sentía curiosidad por la mujer cuya influencia percibía en la decoración interior, y que amaba a Chopin como ella.

—¿Dónde creció?

—En la finca familiar con mi madre.

—Entonces, ¿cómo terminó aquí? ¿En el borde del mundo? —murmuró, consciente de la nada que se extendía entre ella y el mar, a una milla a través de las marismas.

—Se mudó aquí cuando tenía veintitantos, después de que su tía le dejara el lugar. Nunca se llevó bien con mi padre —no es sorprendente, nadie lo hacía— así que yo venía aquí a verla.

—¿Y tu padre lo permitía?

—A mi padre no podría haberle importado menos lo que hiciéramos nosotros, los chicos, después de que mamá muriera. Solo nos permitía volver a casa desde el internado dos veces al año para las vacaciones de verano y Navidad. El resto de las vacaciones, teníamos que quedarnos en la escuela. —Negó con la cabeza—. Mis hermanos estaban felices de hacerlo, porque escapaban de su ira y castigos. Yo era el menor y por eso me libré de la mayor parte de sus abusos. Y, cuando mi tía nos invitaba a venir aquí, Sebastian y Alexander solían negarse. Estaban demasiado ocupados seduciendo a chicas locales y emborrachándose en los pubs del pueblo. Pero yo venía —añadió en voz baja.

—Pero pensé que odiabas Norfolk. Me dijiste que lo odiabas.

La miró y abrió el viejo cajón calentador, liberando un aroma que hacía agua la boca.

—¿Y supongo que por eso viniste aquí? —dijo.

Ella asintió.

—Qué coincidencia que hayas hecho de Blakeney tu hogar.

—Conduje por todo Norfolk, tratando de decidir dónde establecerme, y me enamoré de Blakeney a primera vista.

Se quedó callado por unos momentos. —Quizás no sea una coincidencia, entonces. —Antes de que ella pudiera preguntarle qué quería decir, continuó rápidamente—: Evitaba Richmond Manor por los malos recuerdos y aquí, Marsh House, por los buenos. —Apretó los labios como si tratara de impedir que algo saliera. Paris sabía cómo se sentía eso. Parecía que a ambos les habían enseñado desde temprana edad que la única emoción buena era una reprimida. Y eso siempre le había parecido bien a ella. La emoción no te llevaba a ninguna parte. Solo te abría, te hacía vulnerable al rechazo. Él se aclaró la garganta—. Pero no, nunca he odiado este lugar —continuó—. De hecho, es el único lugar que se siente como un hogar.

—Y sin embargo lo evitabas.

—Es más fácil así.

—El camino fácil no siempre es el mejor.

Se sirvió una copa de vino y bebió.

—Deberías comer —dijo, recostándose en su silla—. Te estás consumiendo.

Ella se tocó el vientre. —Difícilmente.

—Sabes a lo que me refiero. Tu cara está más delgada y tus brazos... —Parecía tener que arrancar su mirada de ellos.

Podría señalar que sus pechos eran el doble de su tamaño normal, pero apenas quería llamar su atención sobre sus pechos en ese momento. Ni nunca. En cambio, comió. Y una vez que dio el primer bocado, agradeció mentalmente al ama de llaves y siguió comiendo. Había estado racionando sus compras hasta ahora, porque los gastos de mudanza habían consumido su frugal presupuesto. Al menos las tareas domésticas eran una preocupación menos.

Harrison apenas probó su comida y finalmente se recostó en su silla, acunando su vino y

observándola. Era inquietante, pero ella se negó a reaccionar.

Una vez que terminó de comer, se levantó y recogió su plato para llevarlo a la cocina.

Él extendió la mano. —Déjalo. El ama de llaves se encargará de eso.

—¿Eso es todo lo que esperas que haga? ¿Comer y dormir mientras mi bebé crece dentro de mí?

—Sí.

—Tengo noticias para ti. También tengo una vida que vivir, te guste o no. Lo que significa que no estaré sentada aquí todo el día como una ballena varada.

—Tendrás otras cosas que hacer.

—¿Como qué? ¿Eh? —Puso las manos en las caderas—. ¿Escuchar cada palabra tuya, adularte? ¿Así es como imaginas que será la vida?

Se encogió de hombros. —No. Pero si eso es lo que te gustaría hacer, está bien para mí. No, me refería al contratista que he contratado. Necesitarás coordinarte con ella sobre los arreglos.

—¿Contratista? ¿Qué contratista? ¿Qué arreglos?

—La organizadora de bodas. —Ella jadeó. Él se levantó lentamente y se paró sobre ella—. Seguramente no esperabas que te permitiera tener a nuestro hijo fuera del matrimonio, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza. —¿Sabes qué? Sí lo esperaba. Apenas te tomé por alguien aferrado a las convenciones. Una convención que, me parece, implica prácticamente secuestrarme y retenerme aquí antes de que nos casemos. ¿Me he dejado algo?

—No —dijo él, con un raro movimiento de labios que parecía una sonrisa—. Creo que eso lo resume todo.

Ella gruñó frustrada. —Eres imposible.

—Me lo han dicho.

Empujó su silla bajo la mesa. —Me voy a la cama. Si me lo permites, claro. Quizás quieras que pida permiso.

—Claro. Puedes irte a la cama.

Apretó los puños a los lados. —¡No estaba pidiendo permiso! —Maldijo entre dientes y él frunció el ceño. Ella volvió a maldecir, giró sobre sus talones y salió furiosa de la habitación.

Se apoyó pesadamente en la escalera de madera mientras subía los escalones. Una vez en el rellano, miró alrededor, sin saber cuál era su habitación. Abrió la primera puerta que encontró y miró dentro. Una gran cama con dosel de estilo medieval dominaba la habitación por lo demás austera. Caminó hacia la ventana, atraída por las luces de Blakeney, que parpadeaban al otro lado de la calzada. La marea había subido, y de repente vio lo que había temido. Que estaba atrapada en una isla con Harrison.

—Esta no es tu habitación —dijo Harrison desde la puerta.

—No, lo imaginé. No hay maletas, para empezar.

—¿Y para terminar?

—Parece la habitación de un hombre. Masculina.

—Era la del marido de mi tía.

—No sabía que se había casado.

—Brevemente. Murió en un accidente. —Entró en la habitación y se dirigió a otra puerta, que Paris no había visto antes—. Aquí está tu habitación. —Abrió una puerta que conducía directamente a otro dormitorio.

Ella se acercó a él. —Qué conveniente para ti. Media docena de pasos y estarás en mi cama.

Se arrepintió de sus palabras incluso antes de que cayera la última sílaba. La atmósfera cambió instantáneamente. Podía verlo en sus ojos, en la forma en que abrió la boca como si

estuviera a punto de decir su nombre, en la forma en que flexionó la mano como si tuviera dificultades para evitar extenderla hacia ella. ¿La tomaría en sus brazos, como lo había hecho aquella noche bajo las palmeras con solo las estrellas como testigos de su abrazo? ¿La sostendría, alejaría sus pesadillas y la mantendría a salvo? ¿Pero no era eso lo que él creía que estaba haciendo? ¿Mantenerla a salvo? El momento pasó, y él se apartó.

—Que duermas bien —dijo, abriendo la puerta para ella. Entró. Las luces laterales de la hermosa habitación con paneles de madera ya estaban encendidas, pero las cortinas estaban abiertas hacia la oscuridad de la noche. Una ligera lluvia golpeaba el cristal de la ventana. Afuera, ella sabía, estaban las salvajes marismas que la habían atraído al lugar. De repente recordó.

—Harrison, ¿qué quisiste decir cuando dijiste que tal vez no era coincidencia que yo eligiera Blakeney?

—Mi tía me dijo una vez que se enamoró de Blakeney a primera vista. Parece que ustedes dos tienen más en común que solo pianos y yo.

Cerró la puerta tras él y ella se quedó sola con el pensamiento, tanto reconfortante como desafiante, de que no era coincidencia que estuviera aquí. No, era algo mucho más parecido al destino. Parecía que estaba destinada a estar tan sola como la tía Beth. Podría no estar sola, pero sabía por experiencia propia que un matrimonio e hijos no evitaban la soledad. A menudo la causaban.

Y, mientras oía sus pasos descender las escaleras, pensó que estaba más sola ahora que nunca antes.

CAPÍTULO SIETE

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Paris se despertó sobresaltada y se incorporó, preguntándose dónde diablos estaba. Un rayo de luz brillante se había colado por un hueco entre las gruesas cortinas, atravesando el oscuro suelo de madera y los tonos apagados de la vieja alfombra de seda, hasta posarse sobre la colcha color crema.

Marsh House. Harrison.

Los recuerdos del día anterior la invadieron, y se recostó sobre las suaves almohadas. Le sorprendió descubrir que no se sentía tan inquieta como había imaginado. Supuso que un buen sueño podía hacer eso por ti.

La cama era enorme y, como la de Harrison al lado, era con dosel, aunque esta era definitivamente más femenina. Sus robustos postes de madera estaban cubiertos con un ligerísimo velo color crema, estampado con flores de lis. El mismo patrón estaba impreso en las finísimas sábanas de algodón egipcio, que olían a lavanda. La tía Beth de Harrison obviamente tenía un gran gusto y su hogar había sido bien cuidado. Puedes conocer a alguien por las cosas con las que se rodea, reflexionó Paris. Como Beth. Su gusto era ecléctico—con decoraciones, baratijas y muebles recolectados de todo el mundo—pero su amor por las flores y su fino sentido estético los unía. No había nada estridente o discordante en la casa. También puedes conocer a una persona por quién amaba más en el mundo. Porque Paris no tenía dudas de que Harrison había sido la niña de los ojos de su tía y que ella había hecho todo lo posible por darle el amor del que había sido privado. Sabe Dios cómo habría sido si no lo hubiera recibido.

Suspiró al pensar en el enigma que era Harrison. Se había enamorado de un hombre que no existía. Cuando lo conoció, inmediatamente sintió una profunda conexión con él. Pero se había basado en una mentira. Él vivía el tipo de vida—pública, superficial y despiadada—que era lo opuesto a lo que ella quería. Y, para probarlo, no le había dado otra opción más que mudarse con él. Nuevamente, lo opuesto a lo que ella quería. ¿Nunca se libraría de hombres que querían controlarla?

Con un suspiro, se levantó de la cama, descolgó su bata de la parte trasera de la puerta y se la puso lo mejor que pudo. Caminó hacia la ventana, apartó las cortinas y miró hacia un mundo en llamas. Se rio suavemente ante la ridícula belleza de los ricos rayos del sol que se derramaban sobre las marismas, incendiándolas. Como para celebrar la mañana, una bandada de gansos pasó volando. Levantó la ventana corredera y se estremeció por el frío, pero estaba hipnotizada por el sonido de una alondra costera y el retumbo de un avetoro. De repente, sus llamadas fueron acompañadas por otro sonido mucho más familiar. Miró alrededor para ver su teléfono vibrando suavemente sobre la mesita de noche.

Era un mensaje de Harrison. Al parecer, el desayuno sería en una hora. Una hora *exacta*,

imaginó. Gruñó con desdén, tiró el teléfono sobre la cama y volvió a la ventana, deseando que la paz que veía afuera volviera a entrar en ella. En cambio, vio a alguien caminando por el sendero elevado desde el mar hacia la casa. Y no cualquier persona. Harrison llevaba una vieja chaqueta de tweed y tenía la cabeza baja, como perdido en sus pensamientos. Su pelo oscuro y rizado se movía con la brisa. Se veía imposiblemente guapo. Como un modelo en una sesión de fotos, aunque uno malhumorado. Levantó la mirada repentinamente, y ella quedó sometida a la fuerza total de esos vívidos ojos azules.

Paris se apartó bruscamente de la ventana, avergonzada de que la hubieran pillado observándolo y aturdida por cómo su mirada directa podía hacer que su corazón latiera tan rápidamente. ¿Cómo una simple mirada podía tener el poder de su contacto físico? ¡Imposible! Excepto que no lo era.

Su acelerado latido le recordó cuando era una niña, creciendo en la restrictiva casa de su padre italiano, sometida a los violentos enfrentamientos entre sus padres. Entonces había sido el miedo lo que lo había encendido, lo que la había hecho correr y seguir corriendo. ¿Ahora? No era miedo, era algo mucho más peligroso. Algo que podría atraparla más firmemente que cualquier cosa que hubiera venido antes. Era como una mosca atrapada por una araña, capturada por sus hilos pegajosos. Cada vez que se movía, los hilos parecían apretarse más a su alrededor, atrapándola aún más. Pero no tenía elección, se recordó. No era por ella. Era por su bebé.

Con ese recordatorio firmemente grabado en su cerebro, Paris entró al baño contiguo y encendió la ducha. Tenía una cita que cumplir. Él podría haberla traído aquí bajo coacción, pero si pensaba que iba a crear un horario para ella, iba a tener que pensarlo de nuevo.

Duchada, vestida y hambrienta, Paris se presentó a Marie, la persona responsable del buen mantenimiento de la casa. Resultó ser una mujer de unos treinta años que ya estaba trabajando arduamente horneando, preparando la cena y limpiando, aparentemente todo al mismo tiempo. Paris estaba agradecida. Se sentía demasiado cansada para hacer algo. Había oído mucho sobre cómo las mujeres embarazadas deberían hacer yoga, nadar y mantenerse en forma. Pero todo lo que quería hacer ahora era acostarse y comer. Supuso que no era el modelo ideal de embarazo. También supuso que probablemente era más típica. Tomó un paño de cocina y comenzó a secar algunos platos para mostrar buena voluntad.

Su conversación fue interrumpida por el sonido de unos pasos pesados que caminaban por el pasillo antes de entrar al comedor.

Marie sonrió alegremente. —No te preocupes por eso —dijo—. Ve a reunirte con el señor Richmond y traeré desayunos ingleses completos. El café está en la mesa y traeré algo de té recién hecho.

—No quiero causarte molestias extras.

Marie sonrió. —No es molestia en absoluto. Para eso me pagan—para cuidar de ustedes dos, así que no debes impedirme hacer mi trabajo.

Paris le devolvió una sonrisa agradecida, aliviada. Había encontrado una aliada en Marie y se sentía un poco menos sola. —No lo haré. Y gracias.

Paris quedó impresionada una vez más por la grandeza del comedor, con sus paneles de madera y pinturas de paisajes colgadas del riel. Harrison se estaba sirviendo un café de la mesa lateral.

—¿Quieres una taza? —preguntó, mirándola.

—No, gracias. Marie está trayendo un poco de té. —Miró los lugares dispuestos en cada

extremo de la gran mesa. Le recordaba la formalidad de la casa de su padre. En cambio, dirigió su mirada hacia la vista desde la ventana. Esta habitación daba hacia el pequeño pueblo que subía por la empinada colina alejándose del puerto. Le parecía increíble a Paris que la gente siguiera con su vida cotidiana mientras la suya había cambiado tan drásticamente de la noche a la mañana. Había mujeres arrastrando carritos de compra colina arriba hacia las carnicerías, niños tirándose unos a otros y riendo mientras corrían para alcanzar el autobús escolar, y algunos barcos ya siendo botados en la marea alta desde el muelle. Siempre había anhelado lo ordinario, pero nunca había podido encontrarlo.

—Has dormido bien —dijo él. Era una afirmación.

—Parece que tu conocimiento no tiene límites —respondió ella—. Dime, ¿con qué soñé?

Él le lanzó una mirada oscura. —No hace falta ser un lector de mentes para ver que estás mejor descansada. Conozco bien tu rostro.

—¿De verdad? Me sorprende.

—¿Te sorprende?

Dio unos pasos más cerca. No era un movimiento agresivo, más bien como si simplemente se sintiera atraído hacia ella. Ella lo sabía porque sentía el mismo impulso, pero se negaba a acortar la distancia entre ellos.

Asintió. —Estuvimos juntos por tan poco tiempo. ¿Y aun así conoces mi rostro? Improbable, diría yo.

Él apartó la mirada de ella por primera vez, hacia la ventana, pero no estaba mirando la vista. Ella podía decir que sus pensamientos estaban muy lejos. Exhaló aliviada. Estar bajo su mirada era como estar bajo un foco.

—Aquella mañana en Hermosa, el amanecer debió llegar alrededor de las cinco. Te habías quedado dormida sobre mi brazo, con tu cabello sobre mi pecho. No sé cuántas horas pasaron antes de que despertaras, pero créeme, estudié tu rostro y lo conozco.

Su boca se secó de repente mientras su memoria la llevaba de vuelta a su tiempo juntos. Él la miró con una expresión diferente en su rostro. Más suave.

—Y esta mañana te pareces más a como lucías entonces. Descansada. Aunque aún demasiado delgada —dijo.

Su crítica implícita rompió el hechizo

—La luz no era buena en la casa de la playa. Realmente no creo que me conozcas tan bien como crees. Pasamos la mayor parte del tiempo en la oscuridad.

Colocó su taza de café en la mesa y se acercó a ella, estudiando sus rasgos por un momento antes de extender la mano y rozar ligeramente sus dedos contra su mejilla. Todo se detuvo—sus pensamientos, su respiración, todo—excepto la sensación que sus dedos creaban mientras acariciaban su piel.

—¿En la oscuridad? Fue entonces cuando mejor te conocí, porque podía sentirte bajo mis dedos, bajo mi cuerpo. Piel con piel. No puedes negarlo, Paris, te conozco. Quieras o no.

Abrió la boca para hablar pero cerró los ojos cuando él rozó brevemente su pulgar sobre su mejilla, y luego su contacto la dejó. La puerta se abrió, y Marie entró con un carrito de comida y una gran sonrisa.

Paris se apresuró hacia la mesa del comedor y entabló conversación con Marie. Se sentía humillada de que simplemente su roce pudiera transformarla en un desastre tembloroso.

—Bueno, espero que disfruten su desayuno —dijo Marie—. Y si no necesitan nada más, me marcharé ahora.

Sintió su brazo alrededor de sus hombros. —Gracias, Marie —dijo él.

Le retiró una silla para ella. Lo que primero había considerado como una encantadora cortesía a la antigua, ahora lo interpretaba como parte de su naturaleza controladora.

—Harrison —dijo con decisión, tan pronto como pudo oír a Marie moviéndose en la cocina —. Me gustaría que pararas eso.

Él tomó asiento en el extremo opuesto de la mesa y la miró con sorpresa. —¿Parar qué?

Ella hizo un gesto con la mano. —Este coqueteo, o como quieras llamarlo. Eso no formaba parte del trato. He aceptado que compartas la crianza de nuestro hijo. No he aceptado nada más.

Para su irritación, él sonrió. O más bien, sus labios no se movieron, pero un destello de diversión iluminó sus ojos.

Ella cruzó los brazos sobre la mesa. —¿Y qué encuentras tan divertido en eso?

—Puede que no apruebes mis métodos, Paris. Puede que ni siquiera te agrade mucho, pero tienes que admitir que tenemos una conexión física como ninguna otra.

El sonrojo comenzó en la boca de su estómago y se extendió sobre su pecho, no deteniéndose hasta que impregnó sus mejillas con su reveladora respuesta. Difícilmente podía refutar lo que su cuerpo tan obviamente había aceptado.

—Eso es irrelevante. —Su voz sonaba tensa. Calma, se dijo a sí misma. Mantén la calma—. Irrelevante —enfatizó—. Este es un acuerdo de negocios y seguirá siendo de negocios.

Él se encogió de hombros. —Ya veremos.

Ella arrojó su servilleta con frustración. —¡Ahí vas de nuevo! No, no veremos. No habrá ningún... —Se detuvo, sin querer expresar las traidoras visiones que habían invadido su mente.

Él levantó una ceja. —¿Ningún?

—Así es. No habrá nada de eso.

—Bien. Puramente de negocios entonces.

—Exactamente. Así que, no pienses que tienes que acompañarme en el desayuno, o en cualquier otro momento. Tu carrera de polo presumiblemente no se maneja sola. Estoy segura de que tienes trabajo que hacer.

Él negó con la cabeza. —No —respondió, sirviéndose mantequilla y vertiendo otro café. Le ofreció uno a ella. Ella negó con la cabeza, frustrada—. Me he retirado del polo.

—¿Por qué? —preguntó, luchando contra un creciente pánico.

Él dio un mordisco a una tostada y la masticó mientras la contemplaba. Finalmente, tragó. La tensión aumentaba con cada segundo que pasaba.

—Por Dios, ¿por qué?

—Porque, Paris, tengo la intención de tener una vida familiar muy diferente a la de mi padre.

—¿Por qué? ¿Qué tipo de vida tenía él? —Apenas se atrevía a preguntar, pero tenía que saberlo.

Su rostro se endureció. —Una distante. —Cruzó los brazos, se apoyó en la mesa y la miró fijamente—. Y no tengo intención de estar distante. Estaré cerca—tú y nuestro hijo—en cada paso del camino. —Se limpió la boca con la servilleta, se levantó y salió de la habitación.

Un escalofrío recorrió su columna vertebral. Era exactamente lo que había temido, y de lo que había pasado toda su vida huyendo.

CAPÍTULO OCHO

PARIS PERMANECIÓ sentada en la mesa del desayuno durante unos instantes más, con la cabeza entre las manos, intentando respirar para controlar el inminente ataque de pánico. Podía oírlo moviéndose por la cocina y luego entrar en la biblioteca. Necesitaba hablar con él lo quisiera o no. Necesitaba crear algo de espacio para sí misma.

Harrison estaba de pie, apoyando las manos en el escritorio, inclinado sobre el ordenador en la biblioteca.

—Harrison —dijo ella en voz baja.

Él se giró para mirarla. —No voy a irme a ninguna parte, Paris, y más vale que te acostumbres a la idea.

—¿Pero qué pasa con tu trabajo? ¿Tus caballos?

—Me he retirado de todas las competiciones.

—¿Has hecho qué?

—Me he retirado del circuito. Por este año al menos.

—¿Pero por qué?

—Pensé que era obvio.

—Para mí no lo es.

—Porque, Paris, vamos a tener un bebé.

—Un bebé no significa que los padres tengan que dejar de trabajar.

—Algunos quizás. Por suerte para mí, mi carrera era más bien un pasatiempo y tengo suficiente dinero para hacer lo que quiera.

Difícilmente podía contradecirle en eso. Su investigación por internet había revelado exactamente lo rico que era. Otra similitud con su padre y otro punto en su contra.

—Aunque —continuó él—, no estás haciendo que nuestra nueva vida sea fácil de gestionar. Con todo ese secretismo, que no entiendo. Pero te seguiré la corriente por ahora y mantendremos un perfil bajo como deseas. Por ahora. Pero una vez que nazca el bebé, seguiremos adelante.

—¿Y si no quiero seguir adelante? —La idea de volver al mundo donde su padre podría localizarla la llenaba de pánico—. Quiero decir —añadió rápidamente, sin querer que Harrison la cuestionara—, tu tía vivió aquí toda su vida.

—No toda su vida. Vivió en París durante un tiempo.

—¡París! Debe ser de donde sacó su ropa. Me fijé en ella en el armario. Todas son de alta costura y exquisitas. Me sorprende que sigan allí.

Él se encogió de hombros. —Di instrucciones para que todo se mantuviera igual.

—Incluyendo el piano —observó ella.

Atribuyó su falta de respuesta a su repentino interés en un correo electrónico entrante.

Mientras estaba distraído, aprovechó la oportunidad para mirar alrededor de la biblioteca. Al parecer, su tía había preferido una biblioteca tradicional de aspecto masculino. No había toques femeninos que aliviaran las filas de libros encuadernados en cuero rojo oscuro, marrón y negro. Los colores se repetían en los sillones de cuero y las cortinas de terciopelo. Era una escena sacada directamente de un drama televisivo victoriano. Miró a Harrison que estaba mirando fijamente su ordenador. Sabía que él quería que se marchara, pero sentía curiosidad por su tía.

—Entonces, ¿qué hizo que tu tía volviera aquí, a Norfolk?

Él suspiró y levantó la vista del ordenador. —Un amor que salió mal. O algo así. No puedo decir que jamás le preguntara, y ella no era muy comunicativa. Pero vagamente recuerdo que Sebastian mencionó algo por el estilo.

—Oh, eso es tan triste.

Él juntó las puntas de los dedos y la miró. —¿Lo es? Entonces, ¿por qué deseas repetir la historia? *Un amor que salió mal*. ¿Por qué quieres seguir siendo una reclusa, escondida al borde de las marismas sin nada entre tú y el Polo Norte? Un poco dramático, ¿no crees? Está bien por unos meses, pero hay un mundo grande ahí fuera.

Ella desvió la mirada, apretando los dientes obstinadamente. —No lo veo así.

—Quizá Beth tampoco lo veía así.

Había entrado en territorio peligroso. Era hora de marcharse.

—Bueno, por muy agradable que haya sido charlar contigo, debo seguir. Tengo cosas que hacer, aunque tú no.

—Ah, ¿te refieres a tu cita en el hospital? —dijo él.

—¿Cómo sabes sobre eso?

—Contacté con el hospital para concertar una cita para ti y me informaron que ya tenías una.

—Eso es asunto mío.

—Incorrecto. —Se levantó y arrojó la servilleta sobre la mesa—. Es asunto *nuestro*. Tenemos que salir en media hora.

—Ya lo sé —dijo ella enfadada—. Tengo un taxi que vendrá y me llevará a Norwich para hacerme la ecografía como estaba planeado.

Él suspiró y negó con la cabeza, como si estuviera tratando con una niña obstinada.

—¿Qué? No me digas que también has cancelado el taxi —dijo ella.

—Me alegra que entiendas la situación.

—La entiendo. Y la imagen está enmarcada, sólidamente, para que nada pueda escapar. —Dio un paso hacia él, su ira, indignación y miedo dándole valor—. Tienes que dar un paso atrás. Apenas puedo respirar. Me estás asfixiando.

—Estoy cuidando de nuestro hijo.

—Incorrecto —dijo ella, alejándose enfadada—. Estás cuidando de ti mismo. No confundas las dos cosas.

Cerró la puerta de un golpe y subió corriendo las escaleras. Agarrando su bolsa de maquillaje, se aplicó furiosamente algo de rímel, maldiciendo cuando lo manchó. Se lo limpió con un pañuelo y miró su cara sonrojada en el espejo. Tenía que calmarse, porque no tenía más opción *que* viajar a su cita con Harrison. Podía hacer esto. *Tenía* que hacerlo por su hijo.

Harrison estaba esperando junto al coche al otro lado de la calzada, mirando hacia el arroyo en dirección al pueblo como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. Pero entonces no las tenía, pensó ella mientras caminaba hacia el coche. Era ella quien cargaba con las preocupaciones.

Condujeron el viaje de media hora en silencio. De alguna manera él encontró un

aparcamiento directamente frente al hospital —por supuesto que sí, pensó ella malhumorada— y entraron juntos al edificio. Él, con su brazo alrededor de ella, abriendo puertas y guiándola, como si fuera a romperse.

El silencio continuó en el interior. Estaba a punto de pedirle que esperara fuera, pero no quería causar una escena y sabía que Harrison tendría otra respuesta lista para ella. No podía luchar contra él en esto. Él parecía tan impasible y falto de emociones como siempre, lo que, según ella calculaba, le facilitaba estar siempre un paso adelante.

Dentro de la sala de consulta, el silencio fue aliviado por la conversación tranquilizadora del ecografista, que obviamente estaba acostumbrado a manejar situaciones delicadas. Apartó la mirada de Harrison, cuyo aire de dominio completo seguía enfureciéndola, hacia el ecografista, que hablaba de manera tranquilizadora sobre lo que estaban a punto de ver. Dio un respingo cuando él untó un gel frío en su estómago y luego todos los ojos se dirigieron a la pantalla, que se iluminó. Ya había tenido una ecografía y todo había estado bien, así que no esperaba aprender nada nuevo de esta. Lo que había sido un error, porque no estaba preparada para lo grande que sería el bebé. *Su* bebé. Luca. Se inclinó hacia adelante, dispuesta a aprender cada curva y línea de su bebé mientras aparecía en la pantalla, escuchando solo a medias los murmullos del ecografista.

El ruido de una silla cayendo al suelo la hizo girarse de repente. Harrison estaba de pie, con la boca ligeramente abierta, mirando la pantalla como si estuviera viendo un televisor por primera vez, su expresión una mezcla de shock e incomprensión. Señaló una forma angular en el monitor. —¿Qué demonios es eso? ¿Es un...? —Se interrumpió y miró al ecografista, cuyos labios se torcieron con diversión pero por lo demás mantuvo una actitud profesional—. Es un codo, señor Richmond.

—Oh. Pero *es* un niño, ¿verdad?

—Sí, es un niño.

—Luca —dijo Paris con una sonrisa, como si saludara a su hijo por primera vez. Ignoró el gruñido indignado de Harrison. No habían tenido oportunidad de hablar de nada, y mucho menos de nombres. Pero el nombre de Luca no estaba en discusión—. Parece más grande de lo que imaginaba.

—Se está desarrollando muy bien —dijo el ecografista—. Pero parece que tendrá un buen peso. ¿Has hecho planes para tu parto?

—Quiero un parto natural —dijo ella—. Pero en el hospital. —Hubiera preferido que fuera en casa pero, dado el hecho de que actualmente vivía al borde de una marisma, a kilómetros del hospital más cercano y no conocía a nadie más que a Harrison, no creía que fuera factible. Y dudaba que Harrison hubiera ayudado alguna vez a traer un bebé al mundo.

—Por supuesto que será en el hospital —dijo Harrison. Ella apretó los dientes. Los ojos de Harrison estaban firmemente fijos en la pantalla. Negó con la cabeza—. Es increíble. No había imaginado... —Se interrumpió y apartó la mirada de la pantalla y de Paris, antes de salir apresuradamente de la habitación.

El ecografista le sonrió de manera cómplice. No estaba segura de por qué. Estaba molesta porque Harrison se marchó, como si no tuviera deseo de ver nada más. Mientras continuaba haciendo preguntas sobre el bebé, el ecografista imprimió algunas imágenes de la ecografía y se las entregó.

Sonrió para sí misma mientras trazaba la línea de la mejilla de Luca y su hombro, sus ojos. No podía esperar para sostenerlo. Ya no faltaba mucho. Sorbió y un puñado de pañuelos se presentó ante ella. Miró hacia arriba. No había oído a Harrison regresar a la habitación.

Él consultó su reloj y se apartó, apenas mirándola.

—Será mejor que te seques esas lágrimas y te vistas. Vamos con retraso.

Su boca se abrió, pero no había palabras para describir cómo se sentía. Él era tan poco emocional y frío, que el frío la invadía. Si era así ahora, cuando estaban haciendo algo que debería haberlos acercado, ¿cómo diablos sería cuando los meses se convirtieran en años? Pero conocía la respuesta. Mientras lo veía salir de la habitación, se levantó y se puso el jersey. Sabía cómo serían ambos. Serían su peor pesadilla. Dos padres que se odiaban y se resentían, y un niño atrapado en medio.

¿Pero qué demonios iba a hacer al respecto? Mientras se rehacía la coleta, tirando del pelo con fuerza, reconoció la mirada feroz en sus ojos. Era la expresión de alguien luchando por su hijo.

CAPÍTULO NUEVE

PARIS SALIÓ FURIOSA DEL HOSPITAL, por delante de Harrison. Una vez en el coche, se volvió hacia él.

—Necesitamos hablar.

Él la miró sorprendido. —¿Sobre qué?

—¿No es obvio?

—Para mí no lo es —dijo, arrancando el motor y saliendo del aparcamiento.

—Quiero hablar de *nosotros*. Quiero hablar de *Luca*.

—Sí, ¿de qué va todo esto de Luca como nombre? No habíamos acordado uno.

—No hay discusión sobre su nombre. Es Luca, y punto. Siempre me ha encantado ese nombre, y es un guiño a mi herencia italiana.

—Preferiría algo más británico.

—Y *yo* no. No habrá discusión.

Él resopló. —Creía que querías hablar.

—No sobre el nombre de mi hijo.

—De *nuestro* hijo.

—Y *eso* es de lo que quiero hablar. Que no podemos conversar sin atacarnos mutuamente. ¡No voy a tener un matrimonio como el de mis padres!

—¿Por qué no? ¿Qué tenía de malo?

—Se odiaban.

—¿Entonces por qué se juntaron?

—Porque mi madre quería casarse con mi padre por su riqueza, y se aseguró de quedarse embarazada.

—La historia se repite —murmuró mientras activaba el intermitente y salía a la carretera principal.

¿Era posible enfadarse aún más? No lo creía. —Yo *no* me quedé embarazada a propósito.

Él emitió un gruñido ambiguo.

—¿Qué significa ese gruñido?

—Es un gruñido. No significa nada.

—Me sonó como si significara algo.

Él suspiró. —¿Como qué?

—Como que no me crees.

—Claro que te creo. Simplemente me refería a un matrimonio provocado por un embarazo. Difícilmente habrías cubierto tan bien tus huellas si hubieras querido casarte conmigo.

El viento abandonó sus velas, y se reclinó en su asiento. —No, lo creas o no, yo no quería un

hijo en absoluto. Hasta que descubrí que estaba embarazada. —Acarició su vientre—. Y entonces de repente no hubo duda sobre qué hacer.

—Huir y esconderte —dijo él fríamente.

Ella fijó su mirada al frente. —Pero tú lo impediste, ¿verdad?

—Sí —dijo él, desviándose de la autopista hacia uno de los caminos secundarios que entrecruzaban el campo.

Ella frunció el ceño, comprobando las señales.

—Este no es el camino a Blakeney.

—Correcto.

—¿Adónde vamos?

—A Richmond Manor. Mi cuñada está ansiosa por conocerte.

—¿Tu cuñada? Harrison, ¿cuándo les hablaste de mí? —Se sintió mareada ante la idea de que Harrison hubiera estado difundiendo la noticia de que la había encontrado. Si lo había hecho, solo sería cuestión de tiempo antes de que su padre la encontrara. No tenía remedio, tendría que contárselo a Harrison. Y pronto.

—Sebastian llamó esta mañana. Parece que su encantadora esposa, Indra, tenía curiosidad por saber por qué me estaba quedando en Marsh House. No sé por qué estás tan alterada. Lo sabrán lo suficientemente pronto. Difícilmente puedo casarme contigo *y* mantenerte en silencio.

Casarse. La palabra la golpeó como el último clavo en un ataúd. Abrió la boca para hablar, pero no salieron palabras. Negó con la cabeza y miró, sin ver, el paisaje que pasaba. *Ocurriría*. Harrison se aseguraría de ello. Y una parte de ella —una pequeña parte que había surgido al principio de su relación y se había negado a morir— lo recibía con agrado. Que lo había deseado no estaba en disputa. Lo que *no* quería —lo que su peor pesadilla conjuraba— era un matrimonio de disputas que se transformara en una relación basada en el odio con su hijo, en el mejor de los casos, como un peón, y en el peor, como chivo expiatorio. Pero sus peores pesadillas se estaban haciendo realidad. Y, si sus suegros eran como Harrison, estaban a punto de empeorar.

Harrison se preguntó por enésima vez por qué sentía la necesidad de presentar a Paris a Sebastian e Indra. Era razonable, por supuesto. Se iba a casar con Paris, iban a tener un bebé, y ella formaría parte de la familia. *Familia*. La palabra misma le hizo resoplar con desdén. Había tenido poco que ver con sus hermanos durante su infancia. Cada uno había asistido a diferentes escuelas públicas y habían tenido aún menos que ver con su padre. Apenas podía recordar un tiempo en que su madre estuviera viva. Sus hermanos sí podían, y siempre había sentido celos de sus recuerdos. Él no tenía nada. Solo un padre distante y frío, e instituciones que pronto le hicieron dejar de mostrar cualquier signo de emoción, porque no tenía sentido. No había habido nadie que acudiera a él cuando lloraba hasta dormirse en su dormitorio, y no había habido nadie en quien confiar cuando su padre le había dicho que no era bienvenido en casa durante las vacaciones. Su tía Beth había sido la única persona que le había mostrado alguna atención y difícilmente podía decir que hubiera sido demasiado emotiva. Su familia simplemente no se dejaba llevar por las emociones y así era. Si eso era lo que Paris quería, entonces se sentiría decepcionada.

Condujeron el resto del camino en silencio, por los estrechos carriles bordeados de setos, adentrándose en el Norfolk rural. Paris había decidido evidentemente que el silencio era mejor que discutir, y él tenía que estar de acuerdo. Pero, cuando doblaron la esquina y condujeron por el carril que bordeaba la finca Richmond y los árboles se abrieron para revelar la casa, Paris se

inclinó hacia adelante y soltó un suave silbido.

—Qué casa tan hermosa.

—Richmond Manor —dijo él, mientras conducían por la avenida flanqueada por árboles.

Ella lo miró sorprendida antes de inclinarse de nuevo, mirando hacia la mansión al final de la avenida. Sus proporciones georgianas lucían mejor enmarcadas por el oscuro enredo de árboles a cada lado, con sus ramas desnudas y claramente perfiladas contra el brillante cielo azul.

—El hogar de tu familia es realmente impresionante.

Una parte de él se relajó. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba tenso. Pero sin la corriente subterránea de ira y desacuerdo que normalmente acompañaba a sus palabras, sonaba como la Paris que había conocido al principio, la Paris sin la que no podía vivir.

Se encogió de hombros, no dispuesto a mostrarle lo feliz que le hacía que hubiera reaccionado así. —No es mi hogar.

—No, pero fue tuyo durante tu crecimiento, ¿verdad?

—Nominalmente. Pasé la mayor parte de mi tiempo en la escuela, o en Marsh House.

Sintió sus ojos sobre él y sabía que estarían llenos de curiosidad, pero se negó a encontrarse con su mirada, o responder a las preguntas no formuladas.

—Hm —dijo ella, desviando la mirada.

—¿Qué quieres decir con hm? —dijo él, sin poder borrar la irritación de su voz.

—Solo estaba pensando que tiene sentido.

Rechinó los dientes, sabiendo exactamente lo que ella quería decir.

Estaba institucionalizado y era insensible. ¿Y qué si lo era? Ella tendría que acostumbrarse.

Giró el coche frente a la casa y tiró del freno de mano con demasiada firmeza. —Me alegra tanto que lo tengas todo resuelto.

Ella le lanzó una mirada oscura. —No todo. Todavía no. Pero lo descubriré.

No sabía exactamente qué quería decir, y realmente no quería saberlo. Todo lo que quería era que Paris aceptara la situación en la que se encontraban, sin patear y gritar a cada paso del camino.

—¿Quizás podríamos suspender las hostilidades hasta después de nuestra visita a mi hermano y su familia?

Ella se mordió el labio pero dio un rápido gesto de asentimiento.

La puerta principal se abrió de golpe y salió el sonido de un bebé llorando, rápidamente seguido por Sebastian sosteniendo al bebé que lloraba en sus brazos. No parecía en absoluto perturbado por los gritos mientras bajaba los escalones hacia ellos, con una sonrisa radiante en su rostro. Harrison no creía haber visto nunca a su hermano tan feliz.

—¡Harrison! —llamó Sebastian. Harrison salió del coche y extendió la mano para saludar a su hermano, pero en su lugar le ofrecieron un bebé llorando. Parecía que no tenía más remedio que aceptarlo mientras Sebastian se movía alrededor del coche para saludar a Paris.

—¡Eh! —gritó Harrison, sosteniendo al bebé, que lo miró y aspiró más aire para gritar—. ¡No me dejes con esto!

—¿Esto? —dijo Sebastian, acercándose a Paris, mientras ella cerraba la puerta del coche—. *Esto* es mi querida hija, Charlotte. —Ignorando a Harrison, Sebastian dirigió su encanto hacia Paris—. Cuando Harrison dijo que traería a su prometida a Richmond, pensé que estaba bromeando. Pero aquí estás. —Sus ojos bajaron a su estómago cuando su abrigo se abrió con el viento—. Aquí están *ambos* —rectificó con una sonrisa. Harrison sospechaba que su hermano no se refería a él y Paris, sino a Paris y el niño. No le había dicho a Sebastian que Paris estaba embarazada. ¿Qué sentido tenía? Sería perfectamente claro cuando se conocieran.

Harrison observó cómo Sebastian saludaba a Paris y Paris instantáneamente abandonaba su reserva, abriéndose como una flor al sol. Le complacía verla relajarse y recuperar algo de su antiguo yo, pero también le molestaba que no fuera así con él. Pero su atención se desvió rápidamente hacia la niña que gritaba, a la que luchaba por calmar. Intentó recordar qué hacía la gente con los bebés y le dio un pequeño meneo. Los gritos disminuyeron y, animado, la meció un poco más. Finalmente, los gritos se redujeron a un hipo y sus párpados se cerraron.

—¡Harrison! —llamó Indra, emergiendo del camino que llevaba desde las oficinas de la finca y los establos—. ¡Qué encantador verte! —Se acercó a él y primero besó a su hija en la frente, suavemente para no despertarla, y luego a Harrison en ambas mejillas—. ¡Muchas gracias por venir! No estaba segura de si podrías hacerlo.

—Sí, bueno, ha sido un poco complicado.

Indra miró hacia donde Sebastian y Paris caminaban hacia la casa, sin haber notado la llegada de Indra.

—Ya lo veo. Mantuviste a tu joven dama bastante en silencio.

—Tenía buenas razones.

—¿Quieres compartirlas?

Pensó por un momento. —Lo único que quiero compartir es tu hija, Indra.

Se la devolvió a Indra, quien inmediatamente olvidó la conversación que él no quería tener.

—Y esta es mi esposa, Indra —dijo Sebastian a Paris.

—Encantada de conocerte —dijo Paris con una sonrisa, que fue cálidamente devuelta por Indra.

—Y yo a ti. Esta es una sorpresa encantadora. Vamos dentro, Paris. Apuesto a que te duele la espalda. Sé que a mí me dolía cuando estaba embarazada.

Harrison observó a Indra y Paris desaparecer en el interior y luego miró hacia la mansión, que representaba todo lo que no quería sobre la familia. Incluso con su hermano mayor y su esposa felizmente instalados allí ahora, era difícil cambiar los sentimientos profundamente arraigados que tenía sobre el lugar.

Una fuerte palmada en la espalda de Sebastian interrumpió sus pensamientos.

—Le devolviste la niña de mis ojos a Indra bastante rápido. Habría pensado que podrías necesitar la práctica.

—Habrá mucho tiempo para eso más tarde. Además, tendremos personal para encargarse de ello.

Sebastian negó con la cabeza y sonrió. —¡No puedo esperar a verte dar un gran giro en eso! —Se rió—. Personal, por favor. Será tu niño, tu hijo, y querrás cuidarlo, no entregarlo a alguien. Bueno, no todo el tiempo, de todos modos.

Harrison levantó una ceja sin divertirse. —Como sea.

Sebastian frunció el ceño y se detuvo a medio paso. —*Es* tu hijo, ¿verdad?

—Por supuesto que es mi hijo. Difícilmente estaría haciendo todo esto si no lo fuera.

—No hay nada *por supuesto* al respecto. Si hay algo que he descubierto en los últimos años, es que, justo cuando piensas que tienes la vida ordenada, te lanza una serie de bolas curvas y todo lo que puedes esperar es lo inesperado.

—Tienes razón en eso.

—De todos modos, es bueno verte de nuevo. No podía entender por qué querías quedarte en Marsh House. Pensé que no nos estabas contando todo.

Harrison se encogió de hombros. No estaba acostumbrado a compartir sus pensamientos con nadie, y menos aún con un miembro de su familia. Supuso que los tiempos estaban cambiando.

—No estaba ocultando nada. Solo olvidé mencionarlo.

—Bueno, me alegro. Ya es hora de que dejes de vagar por el mundo, acostándote con mujeres a diestra y siniestra, y encuentres a alguien a quien amar.

—Creo que has dado un paso demasiado lejos.

Los labios de Sebastian se curvaron en una sonrisa. —Como sea. Te dejaré resolver eso. De todos modos —dijo, abriendo la puerta principal y entrando—, es bueno tenerte de vuelta otra vez. Estoy viendo más de ti y Alexander de lo que he visto en años. Familia feliz, ¿eh?

Harrison no podía responder afirmativamente a eso, así que se quedó en silencio. Continuaron por el vestíbulo y entraron en la sala, donde podía oír a Indra y Paris hablando.

Sebastian inmediatamente fue hacia Indra como si fuera atraído como un imán. Harrison se detuvo en la puerta, mirando a los tres, charlando tan naturalmente como si fueran amigos perdidos hace mucho tiempo.

Como si fuera consciente de que la estaba observando, Paris miró a su alrededor mientras Indra y Sebastian arrullaban al bebé. Sus miradas se encontraron. Él desvió la mirada demasiado rápido. Podía ver que ella sentía curiosidad, pero sobre qué exactamente, no estaba seguro. Sin duda lo descubriría eventualmente.

Se sirvieron té y pastel, y a medida que pasaba el tiempo, Harrison podía ver formarse un vínculo entre Paris, Indra y Sebastian que lo sorprendió. Había aceptado la invitación de su hermano, asumiendo que no era más que un gesto cortés y una forma de satisfacer la curiosidad de Indra. No había imaginado esto, y no estaba seguro de cómo se sentía al respecto.

Con la pequeña Charlotte ahora durmiendo pacíficamente en la cuna, un cómodo silencio se había instalado sobre ellos. Harrison se contentaba con observar a Paris hojeando un viejo álbum de fotos, que Sebastian había insistido en mostrarle, presumiblemente en un intento de avergonzar a Harrison. Parecía que la rivalidad entre hermanos nunca moría. No le importaba. Le gustaba lo bien que se llevaba con ambos.

—Entonces, ¿quieres casarte aquí? —preguntó Indra.

Harrison miró a Paris, quien se mordió el labio y apartó la mirada. Aclaró su garganta. —Sí. Obviamente, por el bebé, vamos a casarnos. —Paris aclaró su garganta e Indra dio un ligero chasquido, como si desaprobara su sentimiento—. Y —continuó, ignorando sus reacciones—, si está bien para ustedes, pensé que aquí sería más adecuado, más privado.

Sebastian se inclinó hacia adelante, con las manos juntas frente a él. —Será genial. Se lo he mencionado al vicario que oficiará la ceremonia. Se pondrá en contacto contigo sobre los arreglos.

—Bien. —Harrison miró a Paris, quien cerró el álbum de fotos sin terminarlo. Volvió a mirar a Sebastian, decidiendo ignorar a Indra, cuyos ojos podía sentir taladrándolo acusadoramente—. Parecía lo mejor —añadió, sin estar seguro de qué decir a continuación para salir del hoyo en el que aparentemente se encontraba.

—¿Mejor para quién? —preguntó Indra.

Suspiró y la miró. Sus ojos estaban ardiendo.

—Para ambos —dijo con deliberada paciencia.

Indra se volvió hacia Paris y su expresión se suavizó. Impulsivamente, extendió la mano y tomó la de Paris y la apretó. —No te preocupes por nada. Estoy feliz de organizar todo por ti —dijo Indra.

—No hay nada de qué preocuparse para Paris. He contratado a alguien —dijo Harrison.

—Entonces despídelos —respondió Indra—. No es problema para mí organizarlo. Será fácil porque estoy en el lugar.

Era el turno de Harrison de sentirse indignado. —Todo está bajo control.

—Incluyendo a Paris —dijo Indra sin pensar. Intercambió una mirada significativa con Sebastian—. Lo siento —añadió—. Todo lo que quiero decir es que supongo que eres como Sebastian y estás bajo la idea errónea de que puedes controlar todo a tu alrededor, incluidas nosotras las mujeres. —Sonrió a Paris, quien le devolvió la sonrisa, obviamente aliviada de haber encontrado un espíritu afín.

Harrison no conocía bien a Indra, aunque era su hermanastra además de cuñada. La vida podía ser complicada a veces. Y estaba comenzando a *no* apreciar lo directa que podía ser.

Sebastian se levantó de un salto y puso su brazo alrededor de su esposa. —¿Qué tal si llevas a Harrison a los establos? No ha visto los cambios recientes. —Se volvió hacia Harrison—. ¿Está bien para ti?

—Preferiría dejar cerrados los arreglos primero —dijo Harrison.

Sebastian agitó un brazo despreocupadamente. —Considéralos cerrados. Indra se está convirtiendo en una experta en bodas ahora. Ayudó a Lily y Alexander con la suya. Y luego nuestra primera no fue muy... —Hizo una mueca mientras trataba de encontrar la palabra.

—¿Romántica? —ofreció Indra con una risa—. ¿Divertida? ¿Amorosa? ¿Sociable?

—Todas esas cosas. Por eso tuvimos otra, más tarde, cuando todo había cambiado.

—Cuando os habíais enamorado —dijo Paris.

—Sí —dijo Indra—. Ustedes tienen ventaja sobre nosotros en eso. Ya están enamorados. Lo puedo ver. —Miró a Harrison y su expresión cambió. Se levantó de un salto—. Así que, sí, Harrison, ¿por qué no vamos a los establos? Creo que te interesará ver los nuevos caballos. Ya hemos recibido acercamientos de entrenadores estadounidenses.

Su interés por los caballos inclinó la balanza. De lo contrario, realmente no quería pasar tiempo con Indra, quien parecía mirar directamente a su corazón y alma y encontrarlos insuficientes. Estaba equivocada sobre que el control fuera algo malo. Él *podía*, y *controlaría*, su futuro y el de Paris.

—No tardaré mucho —le dijo a Paris. Ella le dio una débil sonrisa y asintió. Miró a Sebastian, quien estaba felizmente comiendo un trozo de pastel y parecía que no haría daño a nadie. Pero sospechaba que sí lo haría. Sospechaba que su hermano e Indra tramaban algo y él no podía detenerlos. Pero lo descubriría más tarde, sin duda.

CAPÍTULO DIEZ

PARIS OBSERVÓ a Harrison marcharse con Indra, dolida por su aparente indiferencia hacia ella y por cómo su vida parecía estar escapando de su control. Ella había deseado liberarse del control y aquí estaba, como una marioneta siendo tironeada por hilos que la movían en una dirección que no quería seguir. Era como si él hubiera encadenado su libre albedrío, frustrando cualquier intento que ella hacía por moverse. Suspiró.

—Ese es un suspiro muy profundo para alguien que está a punto de tener un bebé y casarse —dijo Sebastian con una sonrisa, mientras limpiaba algunas migas de pastel.

—Creo que es bastante moderado para alguien a punto de tener un bebé y casarse —respondió ella, con una sonrisa correspondiente—. Pero, como estoy en compañía, pensé que era preferible a tirarme al suelo y gritar.

—¿Como Charlotte, quieres decir? —dijo Sebastian—. Sí, bueno... —Su sonrisa se desvaneció—. El cambio puede dar bastante miedo, pero Harrison es un buen hombre. Él cuidará de ti.

Ella rechinó los dientes. Sebastian definitivamente salía del mismo molde que Harrison. Ambos hermanos creían que ella necesitaba que la cuidaran. —¡Puedo cuidar de mí misma!

Él levantó la mano para apaciguarla. —Oye, lo siento. No quise insinuar que no pudieras. Es solo que Harrison es un libro tan cerrado que pensé que te gustaría saber que, en el fondo —*muy* en el fondo— es un hombre que se preocupa por los demás. —Hizo una pausa como si estuviera estrujándose el cerebro para encontrar alguna evidencia, sabiendo que de otro modo ella no le creería. Su rostro se iluminó de repente, como si hubiera pensado en algo—. Era el único de la familia que solía cuidar de los animales que encontraba en el bosque. —Miró por la ventana, con la mente claramente en un lugar lejano—. Recuerdo una vez que entró corriendo a la casa furioso, con lágrimas corriendo por su cara, sosteniendo un conejo muerto. —Miró a Paris—. A mi madre no le hizo gracia ver la sangre goteando por todo el suelo. Había quedado atrapado en una trampa, ¿sabes?, y Harrison lo había liberado.

Ella frunció el ceño mientras su imaginación evocaba la escena. —No suena como Harrison. Normalmente es tan contenido, tan...

—¿Autodisciplinado?

Ella asintió.

—Aprendió a serlo. Todos lo hicimos. Debía tener unos cinco años en ese momento, justo antes de que madre muriera. Después de eso, bueno —se encogió de hombros—, todo cambió.

—¿Cómo así?

—¿Harrison no te lo ha contado?

Ella negó con la cabeza. —No me ha contado nada sobre su pasado.

La expresión de Sebastian era sombría. —No, no lo haría. Es tan malo como yo y Alexander. Supongo que en cierto modo fue peor para él. Nosotros éramos mayores y ya teníamos cierta independencia. Pero ¿Harrison? Era el niño pequeño de mamá, y ella lo consentía terriblemente. —Frunció el ceño, como si un pensamiento repentino le hubiera golpeado—. Debe haber sido más difícil para él. Al menos nosotros tuvimos tiempo con nuestra madre. Él me dice que ni siquiera la recuerda, aunque era lo suficientemente mayor para recordarla.

—Supongo que ha bloqueado el dolor —dijo Paris. Ahora tenía tanto sentido conociendo lo que había pasado. Una vez había sido un niño sensible y cariñoso, pero eso se lo habían arrancado.

Sebastian se levantó de un salto y fue a la mesa lateral donde tomó una fotografía de entre las muchas y volvió hacia Paris. —Aquí está él, con madre. —Se la entregó.

—Oh. —Ella jadeó al ver al niño cuyas facciones reconocía, pero cuya expresión no. Él miraba a su madre con una expresión abierta y adoradora, mientras ella le devolvía la mirada con un gesto cariñoso, su mano alrededor de sus hombros. Debía tener unos tres años. Tenía los mismos ojos oscuros, el mismo mechón de pelo y los mismos labios sensuales. Pero esta era una persona diferente. Esta era una persona abierta a sus emociones. Este era el hombre con el que había pasado la noche, no el hombre inexpresivo con el que estaba ahora. Había llegado a creer que el hombre tierno que conoció primero había sido una actuación para seducirla. Pero aquí estaba la prueba de que existía una versión muy diferente de Harrison escondida en su interior, que pocas personas veían.

Le devolvió la fotografía a Sebastian. —Gracias por mostrármela. Sin esa prueba, nunca habría sabido...

Él volvió a colocar la foto en la mesa y se volvió hacia ella. —¿Sabido que hay un corazón amoroso bajo esa fachada fría e incomunicativa?

Ella sonrió. —Exactamente.

—Sí, bueno. Está ahí sin duda. Pero me temo que la vida con un hermano Richmond no es fácil. Somos nueces difíciles de cascar. —Abrió la puerta—. Vamos, veamos qué están haciendo, ¿de acuerdo? Y luego podemos caminar hasta la iglesia para que veas dónde te casarás.

Ella asintió y siguió a Sebastian, con el corazón doliéndole por Harrison —este hombre misterioso del que se había enamorado tan profundamente.

Pasaron por la sala de estar donde la luz del sol, que entraba por una ventana francesa, se reflejaba en la tapa de caoba de un piano de media cola. Se le ocurrió un pensamiento.

—¿Tu madre tocaba el piano, como su hermana, tu tía Beth?

—¿Madre? —dijo Sebastian, abriendo la puerta principal y haciéndose a un lado para que Paris pasara—. Sí, lo hacía. Ella y Beth aparentemente eran muy buenas.

—El piano de Beth en Marsh House es ciertamente algo especial.

Sebastian se volvió hacia ella sorprendido mientras crujían por el camino de grava hacia los establos. —¿El piano de Beth? No, no sería de ella.

—Pero Harrison dijo que *era* suyo.

—Debes haber entendido mal. Después de que le dio artritis en las manos, le dolía demasiado tener el piano allí cuando no podía tocarlo, así que se deshizo de él. No —dijo—, no ha habido un piano en Marsh House en años.

Pero, pensó Paris mientras entraban en los establos y veía a Harrison acariciando tiernamente el hocico de un caballo, ahora había un piano. Harrison había comprado uno para Marsh House por alguna razón, y la única que se le ocurría era que lo había conseguido para que ella tocara. Pero él era simplemente demasiado orgulloso para decírselo. Porque si revelaba la amabilidad y

la ternura que ella ahora sabía que acechaban en lo profundo de su alma, significaba que estaba revelando que tenía corazón y que sentía algo por ella.

En pocas palabras, él tenía corazón. Y eso era algo con lo que ella podía trabajar.

CAPÍTULO ONCE

CUANDO LLEGARON A BLAKENEY, la oscuridad había caído y el viento se había levantado. La penumbra solo era interrumpida por las farolas cuyas zonas de luz revelaban las casas de pedernal y, al final de la carretera, un letrero de pub que chirriaba oxidado. Tomaron el camino que corría junto al río, hasta el lado más alejado de Blakeney. Marsh House se alzaba un tono más oscura que el cielo marino que la respaldaba, resistiendo impasible al viento como debía haberlo hecho durante más de un siglo.

Parecía sombría, parecía imponente, pero Paris se dio cuenta con sorpresa de que también parecía un lugar de refugio.

Miró de reojo el perfil sombrío de Harrison. Apenas siete meses atrás, su vida había sido completamente diferente. Se había trasladado de un lugar apartado a otro, manteniéndose bajo el radar, evitando la compañía. Siempre sola. Y para él, la vida también había sido muy diferente. La había vivido en la vía rápida del polo, las fiestas y la gente. Pero entonces se habían conocido, atraídos por nada más que una sensación de conexión, y habían concebido un bebé. Su encuentro amoroso había cambiado sus vidas y los había llevado a ambos hasta aquí: el extremo norte de la costa de Norfolk, sin nada entre ellos y el Polo Norte. Un hecho que comprobó al salir del coche y temblar, ciñéndose más el abrigo.

Harrison metió el coche en el garaje y luego caminaron por la sombría calzada, que se extendía entre dos franjas de brillantes bancos de lodo, dejados por la marea menguante.

—Haré que instalen luces a lo largo de aquí. Es demasiado peligroso tal como está —dijo él.

—Me pregunto por qué Beth no las instaló.

Harrison se detuvo y miró hacia los pantanos.

—Una vez me dijo que no quería luces porque le gustaba mirar los fuegos fatuos por la noche.

—¿Los qué? —preguntó ella, pensando que había imaginado cosas.

—Fuegos fatuos. Luces que aparecen sobre los pantanos —se inclinó hacia ella—. Dicen que son los espíritus de los muertos que vienen a advertir a la gente de algo.

Ella se estremeció y se cerró más el abrigo.

—Pero... eso es ridículo.

—También dicen —continuó él, mirando hacia la oscuridad— que son los fantasmas de contrabandistas que murieron distribuyendo las mercancías que desembarcaban en el Punto.

A pesar de sí misma, la piel se le erizó por todo el cuerpo, enviando escalofríos que nada tenían que ver con el viento helado que azotaba sus mejillas mientras seguía su mirada a través de los pantanos planos, desprovistos de luz.

—¿Contrabandistas? —medio susurró.

Él la miró como si estuviera alerta por su tono más bajo.

—Durante siglos trajeron contrabando que había sido abandonado en las playas del Punto. Usaban botes de fondo plano, coracles o simples carretillas para llevar las mercancías a bodegas por todo Norfolk. Era un gran negocio. Y por supuesto hubo muertes. Beth me contó que los hilos de luz repentina que se ven en los pantanos eran las almas que no podían encontrar descanso.

—Pero eso son tonterías —dijo en otro susurro, medio creyéndolo, aunque sabía que era ridículo.

—Sí, por supuesto que lo es. Las luces son un fenómeno químico. Gases liberados de los pantanos —se encogió de hombros—. Eso es todo lo que es.

—Pero Beth no pensaba así.

—Mi tía tenía una imaginación vívida.

Sonrió mientras la imagen de su tía se volvía cada vez más clara. Beth había estado tratando de darle a su prosaico y solitario sobrino un poco de magia en su vida.

Dentro de la casa hacía calor y, una vez más, a Paris le sorprendió lo diferente que era este mundo del exterior. Pulsó el interruptor de la luz, y las arañas y luces laterales cobraron vida, proyectando su encantador resplandor sobre el rico mobiliario exótico. Un poco mágico, exactamente como la persona que lo había creado.

Colgó su abrigo y siguió a Harrison hasta la sala de estar.

—¿Te apetece una copa? —preguntó, antes de hacer una ligera mueca—. Supongo que no.

—Me prepararé una infusión.

En la cocina, llenó la tetera mientras miraba las luces de Blakeney. Harrison tenía razón en una cosa. Se sentía segura aquí. Segura entre las misteriosas luces del pantano, lejos de la influencia de su padre, y resguardada dentro de la mágica creación de la tía Beth. Sonrió y vertió el agua hirviendo en una tetera, añadiendo cucharadas de su infusión favorita. Cogió una taza y llevó ambas a la sala.

Harrison estaba de pie dándole la espalda al fuego abierto, con un brandy en la mano, aparentemente sumido en sus pensamientos. Levantó la vista cuando ella entró.

—Gracias por venir conmigo a Richmond Manor hoy —dijo un poco brusco, como si estuviera avergonzado.

Ella bufó sorprendida mientras dejaba la tetera y la taza en la mesa de café.

—No pensé que tuviera elección.

Él le lanzó una ligera sonrisa.

—Siempre tienes elección.

—Claro —dijo, sentándose frente a él—. Excepto que me pones muy difícil hacer cualquier cosa que no sea lo que tú dices.

Se encogió de hombros.

—Entonces quizás lo que digo es la elección correcta.

—Para ti, quizás.

Él negó con la cabeza.

—Para los dos.

Había parecido distraído desde que habían salido de Richmond Manor, como si algo le hubiera estado rondando por la cabeza. Ella se preguntaba qué era. Quizás había sido algo que Indra había dicho. O tal vez había sido volver a su hogar de la infancia lo que le había inquietado. Fuera lo que fuese, ella estaba agradecida, porque al menos no estaban discutiendo. Y había aprendido cosas sobre él que hacían que discutir fuera lo último que quería hacer con él.

Apartó la mirada de él y se sirvió una taza de té, luego se recostó de nuevo, acunándola entre sus manos. El viento había aumentado a un ligero rugido mientras rodeaba la casa, haciendo que una de las ventanas de guillotina traqueteara ligeramente en su marco. Sintió otro escalofrío recorrer su columna vertebral. Esta vez no tenía nada que ver con el frío ni con el miedo, y todo con la anticipación.

Era consciente de cada movimiento suyo, de cada matiz de expresión, de cada suspiro. Parecía que esa noche juntos la había conectado a él de más formas que solo por su bebé. Lo *sentía*, lo *conocía*, de la manera más profunda. La corriente sexual que había surgido entre ellos en el momento en que sus ojos se encontraron no había desaparecido. Había crecido, si acaso, y estaba allí ahora, pulsando con un calor latente entre ellos. Sabía que no haría falta mucho para que estallara en una llamarada abrasadora. Pero, ¿quería jugar con fuego?

Él se volvió de repente, y ella apartó la mirada, asustada de que pudiera leer sus pensamientos. Y aún más asustada de que él estuviera pensando lo mismo. Porque entonces la tormenta de fuego sería inevitable.

Tragó saliva. No podía dejar que eso sucediera. Él estaba controlando todo sobre ella. ¿Estaba a punto de controlar su cuerpo también? Se levantó de un salto y caminó hacia el piano, deslizando sus dedos por la parte superior, necesitando el reconfortante consuelo que siempre había encontrado en él. Se recordó que él había comprado el piano especialmente para ella. Algo que no había admitido. ¿Qué más había hecho? ¿Qué más sentía por ella que se negaba a admitir tanto a ella como a sí mismo?

Con el piano actuando como una barrera segura entre ellos, se sentó en el taburete y levantó la tapa. Sus fosas nasales se dilataron mientras inhalaba el olor a pulimento y polvo y sentía las teclas de marfil bajo sus dedos. Presionó el dedo sobre el do central y lo mantuvo allí, la nota única resonando en la habitación. El sonido fue acompañado por el silbido del viento creciente y el repiqueteo de las banderas en lo alto de los mástiles de los barcos amarrados cerca.

Levantó la mirada hacia unos ojos curiosos, lo que la sobresaltó. De repente, se sintió demasiado íntimo, demasiado revelador, tocar frente a él. Cerró la tapa del piano rápidamente.

—¿Por qué no tocas? —preguntó él en voz baja.

—No, no creo.

Inclinó la cabeza hacia un lado en señal de interrogación.

—¿Por qué no?

—No he tocado durante mucho tiempo. No desde esa noche.

—Es una lástima. Nadie podría tocar un instrumento tan bien sin amarlo —dijo, aún más bajo.

Ella agarró la tapa del piano mientras los recuerdos inundaban su mente.

—Tocar el piano me salvó —dijo por fin.

—¿De qué?

Dudó en su mente por unos momentos antes de responder. Pero sus defensas estaban siendo erosionadas día a día, minuto a minuto, y sabía que ya no podía ocultarse de él.

—De hacerme daño.

Él frunció el ceño.

—¿Hacerte daño? —repitió, claramente desconcertado—. ¿Por qué harías eso?

—Porque era infeliz, Harrison. No esperaría que lo entendieras —dijo rápidamente y a la defensiva antes de tener tiempo de pensar. Se detuvo de repente—. Lo siento. Supongo que tú realmente podrías entenderlo.

—¿Qué te dijo Sebastian?

—No mucho.

—Pero lo suficiente para hacerte creer que me conoces.

Ella negó con la cabeza.

—No estoy segura de que alguna vez llegue a conocerte.

—Bien. Es mejor así.

Frunció el ceño ante su respuesta. Y entonces lo entendió de repente. Él tenía miedo de que ella lo conociera y no le gustara lo que viera. Lo sabía instintivamente, porque ella tenía exactamente el mismo temor. Es lo que te hacía crecer sin ser amado. Te hacía ni siquiera amarte a ti mismo.

Él miró alrededor, como si de repente estuviera inquieto, como si el hechizo que había caído sobre ellos al entrar en la casa se hubiera roto de alguna manera. Se levantó de un salto y le lanzó una mirada rápida y fruncida.

—Me voy a la cama. Te veré por la mañana. Buenas noches.

Caminó rápidamente a través de la habitación y salió por la puerta antes de que ella pudiera responder. Paris escuchó sus pasos alejándose por un tiempo antes de moverse al sofá y apoyar la cabeza contra su respaldo, mirando hacia las chispeantes luces de la araña de cristal. ¿Qué lo había hecho huir? Recordó sus últimas palabras, que no estaba segura de si alguna vez lo conocería. ¿Tenía miedo de que ella lo *conociera*, o estaba decepcionado porque ella no creía que lo haría? De cualquier manera, no podría haberse ido más rápido.

Y de cualquier forma, no podía quitarse de encima su indeseado deseo por él. Descansó las manos sobre sus muslos y cerró los ojos. Pero entonces fue peor, porque recordó la sensación de los dedos de Harrison contra su piel, de sus labios contra los suyos y otras partes de su cuerpo. Se estremeció y se sentó erguida, parpadeando bajo las luces brillantes. No era de extrañar que Beth tuviera tantos candelabros repartidos por la habitación. Se levantó, buscó en los cajones de un aparador y encontró algunas cerillas. Recorrió la habitación, encendiendo todas las velas antes de apagar las luces eléctricas. Las velas titilaban cuando ráfagas de viento encontraban su camino a través de los rincones y grietas de la vieja casa.

Levantó la tapa sobre las teclas del piano y dejó que sus dedos recorrieran las viejas teclas de marfil, ligeramente amarillentas por la edad. Había pasado tanto tiempo desde que había tocado. Impulsivamente, tocó suavemente algunas notas. Su primera impresión había sido acertada. Estaba afinado y tenía un tono encantador. Solo unas pocas notas, pensó para sí misma, para ver si podía recordar algo.

Pero parecía que no tenía que recordar. Tan pronto como comenzó, lentamente al principio, a tocar el nocturno de Chopin, sus dedos se movieron a la nota correcta, con la presión correcta, una tras otra, como si no necesitaran ayuda de su cerebro. Aceleró el tempo y pronto se perdió en el nocturno, cuyas notas parecían encajar con la hermosa, reconfortante y a la vez inquietante soledad de Marsh House.

Harrison no estaba seguro de cuánto tiempo había estado tumbado encima de la cama, con las manos bajo la cabeza, escuchando las conmovedoras notas de primero un nocturno, luego otro, que se deslizaban escaleras arriba. Lo llevó directamente a su infancia, embelesado por el tocar de su tía, mucho después de su hora de acostarse. Entonces, se sentaba en lo alto de las escaleras para poder ver la luz de las velas parpadear y brillar desde la puerta abierta, mientras los acordes de Chopin, o Debussy, o Satie, agitaban el profundo silencio de la casa, llenándola de belleza y magia. Siempre franceses, siempre románticos, siempre con un anhelo conmovedor que casi lo

destrozaba.

Era lo mismo ahora. Excepto que no era su querida tía, era... Dudó mientras se esforzaba por encontrar una palabra para describir a Paris. Prometida sonaba clínico, amante era claramente incorrecto. ¿Tal vez amiga? Resopló tristemente. Eran lo opuesto a amigos. Ella era la madre de su hijo. Pura y simplemente. Cerró los ojos, permitiendo que las notas fluyeran sobre él y a través de él. No, no era nada simple. Entonces, ¿qué emoción era la que sus notas clavaban en su alma, removiendo cosas que no creía que existieran?

Se levantó de un salto y caminó hacia la ventana, agarrándola mientras miraba los negros pantanos, los árboles que los bordeaban, doblados casi por completo siguiendo la dirección del viento. Paris no había corrido las cortinas abajo. La luz de la sala de estar se derramaba sobre los pantanos, imitando el legendario fuego fatuo con sus destellos. Había encendido velas, como solía hacer Beth. Comenzó a moverse hacia la puerta, pero lo pensó mejor y se sentó en la cama. Pero la música seguía llegando. Se puso la cabeza entre las manos e intentó respirar profundamente y de manera uniforme, pero sus respiraciones se volvieron más irregulares, más desiguales, como si su cuerpo insistiera en que dejara de ignorar su conexión con esta mujer, su *necesidad* por ella. Cada parte de él le gritaba que fuera a buscarla. Pero todavía resistía.

Pero ella no se lo ponía fácil. Al igual que en aquella primera noche, el canto de sirena de su música era fuerte. Ella se revelaba en la forma en que sus dedos tocaban las teclas, demorándose un poco más en algunas, mientras interrumpía con un desgarrador *staccato* en otras, antes de bajar por las escalas con un *glissando* que se desvanecía en la nada.

Entonces la música se detuvo. Abrió los ojos a la habitación oscurecida. El silencio se sintió impactante después de tanta belleza. Observó cómo las luces disminuían gradualmente, mientras ella apagaba las velas una por una. Luego los pantanos se inundaron momentáneamente de luz cuando encendió la luz eléctrica para salir de la habitación. Los pasos resonaron en el pasillo, y luego en cada escalón a medida que se acercaban, vacilaban y pasaban su habitación. La oyó entrar en su dormitorio y cerrar la puerta.

Cerró los ojos, esforzándose por escuchar sus movimientos alrededor de su dormitorio, que una vez había sido de su tía. Reconoció los crujidos de las tablas del suelo que solía encontrar tan tranquilizadores, exactamente como recordaba el chirrido y traqueteo de la ventana de guillotina cuando subía y bajaba. Pero no esta noche. La ventana estaba firmemente cerrada contra el viento racheado.

Pero la luz seguía derramándose por debajo de la puerta de comunicación. Y podía oírla moviéndose por la habitación, como si estuviera tan inquieta como él.

Puso su mano en la puerta de comunicación pero la retiró de nuevo. Por ahí venía la locura. Retrocedió hacia su cama, cerrando los ojos, tratando de no ver la luz bajo la puerta, ni sentir su presencia. Se concentró en desabrocharse la camisa, quitársela y arrojarla sobre una silla. Se quitó los zapatos y se sentó en la cama, incapaz de luchar por más tiempo contra su atracción por Paris.

La última parte de su fuerza de voluntad se había evaporado bajo el asalto de la música y se encontró abriendo la puerta, incapaz de resistirla por más tiempo. Salió al rellano. La luz de su habitación se filtraba a través de la alfombra en sombras. Permaneció allí durante varios segundos, con las palmas planas contra la puerta, absorbiendo la sensación de ella. No tenía idea de qué iba a decirle, o si lo rechazaría o lo acogería. Todo lo que sabía era que tenía que ir a buscarla.

CAPÍTULO DOCE

LLAMÓ SUAVEMENTE A LA PUERTA. Se escuchó el sonido de algo cayendo al suelo, seguido de pasos rápidos. Ella abrió la puerta de par en par. Su pelo oscuro caía suelto sobre sus hombros y él reconoció la bata que llevaba como una de las favoritas de su tía. Era de seda de un violeta intenso, estampada con rosas, y debajo llevaba un camisón blanco holgado de broderie anglaise.

—Harrison —dijo ella suavemente, en un suspiro. No era una pregunta, sino un simple reconocimiento, como si lo que había imaginado que *ocurriría* realmente *hubiera* ocurrido. Su voz era tan musical como el resto de ella. Lo había hipnotizado la primera vez que la escuchó, y lo hipnotizaba ahora.

—Es tarde, lo sé, pero... —Se detuvo, porque ¿cómo podía describir la razón por la que estaba allí cuando *no* existía razón alguna, solo un deseo simple y compulsivo?

—¿Pero qué?

—Solo quería... —Tuvo una idea brillante—. Recordarte que necesitas contactar a Indra mañana sobre los planes de la boda. —Hizo una pausa, intentando desesperadamente pensar en algo más plausible.

Ella esbozó una sonrisa que se desvaneció rápidamente, como si estuviera decepcionada con su respuesta.—Bien. Gracias. —Se aferró al borde de la puerta como si ella tampoco quisiera cerrarla. Eso le dio valor.

—Te escuché tocar. Sonaba... —Le faltaron palabras para describir cómo le había hecho sentir su música. No creía haber tenido que describir sus sentimientos antes. ¿Por qué lo haría, cuando pensaba que no tenía ninguno?

Ella frunció el ceño antes de dar una pequeña y dolida sonrisa. —Supongo que estoy bastante oxidada.

—¡No! —dijo él, con demasiado énfasis, demasiado torpemente—. No es eso. Es solo que ha pasado tiempo desde que te escuché tocar. Pero es diferente de alguna manera.

—¿Diferente? ¿En qué sentido?

Abrió la boca para hablar, pero de nuevo, las palabras le fallaron. ¿Cómo podía describir la manera en que ella había tocado? Él no expresaba emociones, ¿verdad? Se encogió de hombros otra vez. —Como soñadora.

Ella sonrió y sus ojos se detuvieron en los suyos por unos momentos, como si supiera que no le estaba contando toda la historia. Luego la sonrisa se ensanchó, y se apoyó un poco en la puerta y esta se abrió, revelando una luz lateral con un libro abierto a su lado. —Supongo que me siento algo soñadora. Como si viviera en un sueño.

—Mientras no sea una pesadilla, supongo que está bien.

—Tengo que admitir que no estaba segura al principio. ¿Pero ahora? —Se encogió de

hombros ligeramente.

—¿Ahora? —la animó, necesitando saber qué pasaba por su mente.

—¿Ahora? He cambiado de opinión.

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión? —Tenía la media esperanza de que dijera que *él* lo había hecho. Vanidad masculina, supuso.

Ella frunció el ceño. —No estoy segura. Varias cosas, supongo. Cosas que me hicieron querer tocar el piano por primera vez en mucho tiempo. —Adiós a su ego—. Es maravilloso. —Respiró entrecortadamente—. Tiene un tono exquisito.

—Sí, bueno. Mi tía siempre tenía lo mejor.

Ella levantó la mirada y mantuvo su mirada firmemente. Negó con la cabeza, y fue el turno de él de fruncir el ceño ante el desafío implícito.

—¿Tu tía? —dijo con una sonrisa—. No lo creo.

—¿Qué te hace decir eso?

—Sebastian me contó que ella vendió su piano cuando su artritis empeoró tanto que no podía tocarlo. Al parecer, estaba demasiado disgustada al verlo, sabiendo que ya no podía tocarlo. —Ella soltó la puerta y dio un paso hacia él con una nueva confianza. Se detuvo demasiado cerca, y después de bajar la mirada a su pecho desnudo, volvió a levantarla, y él pudo ver que su confianza había crecido—. *Tú* compraste este piano. *Tú* compraste este piano para mí.

Decidió no negarlo. Estaba claro que ella sabía la verdad. Pero se negó a elaborar, se negó a hacerle ver exactamente cuánto quería que ella fuera feliz en Marsh House... feliz con él.

—¿Y por qué haría yo eso?

Sus labios se curvaron deliciosamente, y su cuerpo respondió. Permitió que su mirada vagara por su rostro, absorbiendo cada pequeño detalle contra el que quería presionar sus labios, especialmente la ceja levantada.

—Tú dímelo —dijo ella.

—Tal vez estoy pensando en mi hijo. Madre feliz, niño feliz.

—Ciertamente me has convertido en una madre feliz. Y he disfrutado tocándolo, pero no es eso lo que me ha hecho feliz.

—¿Qué, entonces?

—Descifrarte me ha hecho feliz. *Y* permitirme admitir lo que siento por ti.

Fue como si todo el aire hubiera sido succionado de la habitación, dejándolo sin aliento. Se sentía como si estuviera balanceándose en el filo de una navaja, sin saber hacia qué lado caería. —¿Y qué sientes por mí?

—Creo que te entiendo un poco mejor ahora. Después de ir a tu hogar de infancia y hablar con Sebastian, siento como si casi pudiera verte completo. —Miró por la ventana hacia la luna en cuarto creciente—. Como la luna. La mayor parte brilla intensamente, pero no está completa. Pero ahora puedo ver la parte que falta. Su contorno. Sé que está ahí, aunque esté oculta.

Apenas entendía de lo que ella hablaba. Toda su conciencia estaba enfocada en su tacto. Sus manos estaban planas contra su pecho mientras su mirada no había abandonado la suya. Sus labios se separaron como para decir algo, pero él no podía esperar más y bajó su boca a la de ella, robándole un beso, robándole las palabras de su boca. Ya había terminado con las palabras. Se inclinó hacia ella y de nuevo presionó sus labios contra los de ella, medio esperando ver qué haría, poniéndola a prueba y satisfaciéndose al mismo tiempo. Ella jadeó, y por un momento él no supo si estaba sorprendida e iba a retirarse, o a intensificar el beso. Pronto lo descubrió.

Su boca se abrió bajo sus labios, y él gimió mientras se acercaba más a ella. Ella se derritió contra él, la curva de su vientre presionando contra su cuerpo mientras su lengua encontraba la

suya. Sintió como si estuviera volviendo a casa, y no podía creer que hubiera aguantado tanto tiempo sin la presión de sus labios contra los suyos, su cuerpo contra el suyo, y sus brazos alrededor de ella, manteniéndola cerca. Se sentía tan correcto. ¿Cómo podía haber salido todo tan mal?

Ya no había vacilación. Una barrera había caído, se había desplomado, mientras sus manos se deslizaban por su pecho y alrededor de sus costados, antes de descansar en la parte baja de su espalda. Ella lo mantuvo cerca contra ella. Ninguno se movió, ni hizo ningún intento de alejarse del beso, que era tan tierno como erótico. La conexión que siempre había sentido entre ellos ahora se hacía real, y él no quería que jamás se debilitara de nuevo. La quería fortalecida: un beso, una exploración de los labios, un deslizamiento de la lengua a la vez.

Cuando finalmente se separaron, él acunó su rostro, sus dedos rozando el pulso acelerado en su cuello. Su respiración era tan rápida como la suya.

—Paris —jadeó, con su frente presionada contra la de ella—. Te deseo tanto.

Su frente se movió contra la suya en señal de acuerdo.

—Yo también te deseo. —Ella lo miró con ojos suplicantes y llorosos—. Te *necesito*, Harrison. Simplemente te necesito.

No necesitó más seguridad y, agarrando su mano, la llevó a la cama. La besó tiernamente y luego deslizó el vestido sedoso de sus hombros. Se arremolinó en el suelo. Su largo cabello oscuro estaba suelto y se rizaba alrededor de sus pechos, cuya forma era vaga bajo el voluminoso camisón blanco. La miró, perplejo. Ninguna de sus amantes había usado algo tan pudoroso.

—¿Cómo demonios...? —Tiró ineficazmente del vestido.

Ella sonrió y levantó los brazos. —Tira de él hacia arriba por encima de mi cabeza.

No necesitó que se lo dijeran dos veces, y extendió las manos bajo su camisón, sus palmas acariciando la parte posterior de sus rodillas y luego subiendo por sus muslos, sedosos y temblorosos. Luego, con un movimiento rápido, tiró del camisón por encima de su cabeza y lo arrojó a un lado. Dio un paso atrás para poder admirarla. Con los ojos ligeramente entrecerrados, descaradamente sexuales con su excitación, parecía una diosa, toda curvas sensuales. Pasó las yemas de los dedos sobre sus pechos hinchados.

—Tus pechos —murmuró—. Son mucho más grandes.

—Y más sensibles —dijo ella. Sus pechos subían y bajaban rápidamente. Él podía ver lo excitada que estaba, lo que le hacía querer ir más despacio para prolongar su placer.

Acunó su vientre hinchado. —Debemos tener cuidado. El bebé.

Ella sonrió una sonrisa misteriosa. —El bebé estará bien.

Él aspiró con fuerza y acunó sus pechos antes de frotar sus pulgares sobre sus pezones completamente erguidos. Ella jadeó, y su rostro se contrajo ligeramente. Él se detuvo de inmediato.

—¿Te duele?

Sus ojos se abrieron, y negó con la cabeza y sonrió. —Está en algún punto entre dolor y placer intenso. No lo sé. Todo lo que sé es que no quiero que pares.

Él tomó sus pechos y se inclinó para besar cada uno. Ella trastabilló un poco hacia atrás, y él la sostuvo hasta que se sentó en el borde de la cama. La besó en los labios antes de arrodillarse ante ella y centrar su atención en sus pechos. Tomó su pezón en su boca, lo lamió ligeramente y, animado por su jadeo y la forma en que ella sujetaba su cabeza con firmeza, lo tomó completamente en su boca y lo succionó suavemente.

Su respiración se aceleró hasta convertirse en un jadeo rápido, y sus caderas se sacudieron bajo sus manos. Ella había cerrado los ojos como si necesitara estar sola con la intensidad de sus

sentimientos. De repente, sus ojos se abrieron y gritó su nombre mientras sus caderas se impulsaban contra él al sucumbir a un orgasmo explosivo que la atravesó por completo.

Él maldijo por lo bajo, se puso de pie y rápidamente se desnudó. La ayudó a ponerse de pie, y ella se apoyó contra él, con su erección presionada contra su vientre hinchado. La besó de nuevo, pensando que nunca tendría suficiente del sabor de ella. Sus lenguas se enredaron mientras se devoraban con toda la frustración acumulada creada por estar separados durante demasiado tiempo.

La recostó sobre la cama, y ella se movió contra él instintivamente, complaciéndose a sí misma tanto como a él, hasta que incluso eso no fue suficiente. Ella se movió en sus brazos, presionando su trasero contra él, dejándole claro lo que quería.

Agarrando almohadas para apoyarse, se puso a cuatro patas, sus pechos rozando la colcha. Él extendió la mano y los acarició antes de deslizarse dentro de ella, temeroso de lastimarla. Pero con cada movimiento suave, su cuerpo se movía sensualmente contra él. Olvidó sus temores y embistió dentro de ella, dándole lo que tan claramente quería. Lentamente, como el dar cuerda a un reloj, la tensión aumentó hasta que se hizo demasiado tensa y se rompió con un grito. Él maldijo y comenzó a retirarse, pero ella empujó su trasero hacia fuera, forzándolo a volver dentro de ella.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Oh Dios mío, sí —jadeó ella, mientras apoyaba la cabeza en sus antebrazos. Él sujetó sus caderas mientras salía y esta vez empujaba suave pero firmemente dentro de ella de nuevo. Ella se sentía tan llena y tan sensible. Casi llegó al clímax con cada embestida. Finalmente, gritó y él sintió su orgasmo mientras su carne masajeaba y pulsaba a su alrededor. En un instante estaba allí con ella, bombeando su semilla profundamente dentro de ella, necesitando reclamarla como su mujer de la forma más primitiva y fundamental. No podía dejarla ir de nuevo.

Envolvió sus brazos alrededor de ella y suavemente la recostó de lado, apartando su cabello y besando su cuello. Ella gimió soñolienta, como si toda la tensión se hubiera ido de ella y no quedara nada excepto agotamiento. Acurrucó su espalda y trasero en su cuerpo, dio un profundo suspiro y se quedó dormida contra su miembro, que estaba duro de nuevo. Podría haberla tomado una y otra vez, podría haber tenido sexo hasta bien entrada la noche y la mañana y nunca tener suficiente de ella. Pero estaba agotada. Y era *su* mujer, embarazada con *su* hijo, y la complejidad de emociones que lo llenaban hizo que sus propios impulsos disminuyeran, convirtiéndolos en secundarios ante su bienestar y comodidad. Presionó sus sonrientes labios suavemente contra su cabello, para no molestarla, y pensó para sí mismo que esto era una novedad.

Con un brazo enroscado alrededor de la parte superior de su cabeza, y el otro descansando en sus caderas, observó por encima de su hombro cómo la luna ascendía más alto en el cielo, inundando la habitación de luz. Su cabello oscuro brillaba y se extendía sobre su cuerpo desnudo. Rozó sus labios por su hombro. Se sentía como seda. No podía creer que casi la hubiera perdido. Cerró los ojos aterrorizado ante la idea.

Ella tembló un poco, y él retiró suavemente sus manos de ella, tomando el edredón y colocándolo sobre ella.

Ella se movió en sueños, retorciéndose en el edredón como si fuera un capullo. Y eso era todo lo que él quería para ella. Un capullo, donde pudiera cuidarla, hacerle el amor y asegurarse de que tuviera todo lo que siempre había deseado. Donde pudiera estar segura. Depositó un beso suavemente en su cabeza, acurrucándose detrás de ella, y se quedó dormido.

Paris se despertó sobresaltada y miró a su alrededor. La cama estaba vacía. Todo lo que quedaba para demostrar que Harrison había estado allí la noche anterior era una almohada hundida, una pegajosidad entre sus piernas y una persistente sensación de bienestar. Suspiró y rodó para enfrentar donde él había estado, estirando la mano para tocar las sábanas. Estaban frías. Miró el reloj. Era tarde.

Salió de la cama, agarró su bata y fue al baño. Era grande y anticuado, con su bañera de patas en forma de pergamino y accesorios antiguos, y se ajustaba perfectamente a la casa. Abrió los grifos para la bañera y luego se desnudó y se vio a sí misma en el espejo. Giró lentamente, forzada a admitir que se veía más como ella misma de nuevo, a pesar del vientre hinchado. Se veía... radiante. Tal vez, solo tal vez, la vida con Harrison no sería una repetición del matrimonio de sus padres. Tal vez, solo tal vez, por primera vez en su vida, estaba en el lugar correcto, en el momento correcto, con la persona correcta.

Sonrió ante ese novedoso pensamiento mientras se metía en el cálido baño.

Una hora después, bañada y vestida, Paris descendió cuidadosamente por las empinadas escaleras y se dirigió a la cocina.

—Buenos días, Marie —dijo Paris alegremente.

—¡Buenos días! —dijo Marie, volviéndose hacia Paris con una sonrisa—. Bueno, te ves mucho mejor. Debes haber dormido bien.

La sonrisa de Paris se ensanchó. —Sí, gracias.

—Eso es bueno. Oh, hay una carta para ti en el aparador —dijo Marie.

El humor de Paris cambió instantáneamente. —¿Una carta? —Un ceño frunció su frente—. Pero... —Recogió el sobre de la bandeja de plata. ¿Quién enviaba cartas hoy en día? Lo miró por un momento como si fuera algo venenoso. Era de excelente calidad. Papel grueso color crema con su nombre y dirección escritos con los trazos variables de una pluma estilográfica. Su corazón latía fuertemente en sus oídos y ya no podía escuchar las palabras de Marie. Le dio la vuelta y se le secó la boca al ver el escudo de armas en relieve en el sobre. Lo reconoció. Lo había visto todos los días de su vida hasta que tuvo la edad suficiente para irse de casa.

Interrumpió a Marie a mitad de frase. —¿Cuándo llegó esto?

Marie continuó apilando los platos del desayuno sobre la mesa.

—Esta mañana. Me sorprendió —añadió—. Más temprano de lo que el cartero suele venir por aquí.

Marie siguió hablando, pero Paris ya no escuchaba. Deslizó el dedo a lo largo del pliegue del sobre y sacó la carta, desplegando sus hojas nítidamente dobladas, y rápidamente verificó la firma antes de escanear su contenido.

Se sentó, repentinamente débil. Él sabía que estaba aquí. Su padre sabía dónde estaba, y exigía que fuera a verlo. O él vendría a ella. ¿Cómo demonios se había enterado?

CAPÍTULO TRECE

CON EL CORAZÓN ACELERADO, Paris dejó a una desconcertada Marie y fue en busca de Harrison. Marsh House era una casa grande, pero solo había unos pocos lugares donde Harrison podría estar. Y Paris se dirigió directamente a uno de ellos. La biblioteca.

No llamó a la puerta, sino que irrumpió en la habitación, con la furia alimentando cada uno de sus movimientos. Furia y algo más, algo mucho más corrosivo: miedo.

Él se levantó de un salto del escritorio, que solía ser de su tía —sus cosas ahora retiradas a una mesa lateral, reemplazadas por un portátil—. —¿Qué ocurre? —Con un par de zancadas, se plantó frente a ella—. ¿Es el bebé?

Temblando, ella extendió la carta frente a ella, en parte para presentársela, y en parte para evitar que él se acercara más. No sabía si su ira podría resistir su devastador contacto, ante el cual ya había demostrado ser incapaz de resistirse.

—No, no es el bebé. Él está bien. ¡Es esto!

—Qué demonios... —Se interrumpió mientras tomaba la carta, la miró con el ceño fruncido y luego sacó el papel del sobre, comprobando primero la firma.

—¿Tu padre? —Su ceño se profundizó—. ¿Has recibido una carta de tu padre?

Ella cruzó los brazos sobre su estómago. —Sí, mi padre.

Él se encogió de hombros. —¿Y? ¿Qué tiene de malo?

Ella puso los ojos en blanco. —Muchas cosas. Primero, ¿cómo demonios sabías *tú* que la carta era de mi padre? ¿Cómo conocías su nombre?

—No fue difícil. Después de que te fuiste, hice averiguaciones. Muchas averiguaciones. Ocultaste bien tus huellas de él. Él no pudo encontrarte, pero yo pude encontrarlo a él.

—¿No pensaste, ni por un minuto, que yo podría tener buenas razones para querer permanecer oculta de él?

—Sinceramente? No, al principio no. Pero luego lo conocí y...

—¿Lo conociste? —balbuceó ella, sin estar preparada para esto.

—Sí, por supuesto. Vamos, Paris. ¿Qué esperabas que hiciera? Tú y yo compartimos una noche juntos, solo una noche. No fue mucho tiempo, pero fue suficiente para saber que te quería a mi lado por más tiempo, mucho más. Y sabía que tú sentías lo mismo. Sabía que no lo había imaginado. —Negó con la cabeza—. ¿Quién podría haber imaginado lo que compartimos?

Ella se humedeció los labios. —Fue sexo.

—No —dijo él, negando con la cabeza nuevamente—, fue más que eso y sé que solo dices eso por tus propias razones. Sé lo que fue, y me negué a dejarte ir. Así que cuando encontré a tu padre, me puse en contacto con él.

Ella presionó su mano contra su pecho. —¿Qué pasó? —Apenas pudo pronunciar las

palabras.

—Aceptó reunirse conmigo en Zúrich.

—¿Viajaste a Suiza para conocerlo? —La imagen se formó en su cabeza, una imagen que no podía soportar imaginar.

—Sí —dijo con cautela, observando su expresión atentamente ahora.

—Entonces lo sabes.

—Sé un poco.

—Necesito saber lo que sabes.

—Sé que es un hombre poderoso, pero poco más. Aludió a tener algunos problemas legales pero dijo que todo eso había quedado atrás.

Ella sacudió la cabeza con incredulidad. —Sí, claro. Una vez criminal, siempre criminal. —Caminó por la habitación, incapaz de pensar con claridad mientras sentía que sus ojos la seguían —. Y no era solo eso. Lo que le hizo a mi madre y a mí. Fue... —Se mordió el labio, incapaz de continuar.

Se dio la vuelta entonces. Él estaba de pie frente al escritorio y la ventana, perfilado por la brillante luz matutina. Se veía tan dominante y controlador como su padre.

Flexionó sus manos. —¿Fue qué? —preguntó—. ¿Qué te hizo?

—Mató a mi madre con sus formas controladoras y celosas. La obligó a suicidarse.

—¿Obligó?

—Digámoslo así. Ella no tenía otra opción.

—¿Qué edad tenías?

—Quince. Y he estado huyendo de él desde entonces. Y lo he conseguido. Hasta ahora. Dime, ¿cómo supo que estaba aquí?

Él no respondió inmediatamente. En cambio, examinó el contenido de la carta y se la devolvió.

—Yo se lo dije.

—¿Por qué demonios hiciste eso? ¡Debiste haber adivinado que no quería saber nada de él!

—No sabía lo que había pasado entre ustedes. Y parecía estar fuera de sí por la preocupación.

Ella resopló con desdén. —Mi padre puede fingir muy bien.

—No lo sé. Me pareció bastante genuino. Así que, después de encontrarte aquí, le hice saber que estabas a salvo y dónde estabas. Era obvio que se preocupa por ti.

—Estaba fingiendo. No se ha preocupado por mí ni un solo día en su vida. Le gustaba tener una hija a quien pudiera exhibir ante los amigos, hacerme tocar el piano, antes de hacerme desaparecer de nuevo. Solo le importaba cómo podía hacerlo quedar bien.

—Creo que lo estás subestimando.

—No sabes con quién estás tratando. *Yo* no lo subestimo. *Tú* sí. Sé muy bien lo que ha hecho y de lo que es capaz.

—Puedo protegerte.

Ella se mordió el tembloroso labio mientras se repetía las palabras de la carta de su padre, una y otra vez. —No, no puedes.

—Vamos, estamos aquí en Inglaterra. Nada puede pasarte. Además, no puedo creer que te haga daño.

—Él puede hacer lo que quiera. Tiene el poder.

Miró hacia las dunas de arena que marcaban la franja de tierra que protegía el puerto, los arroyos y los pantanos del Mar del Norte. En el reflejo de la ventana, pudo ver a Harrison leyendo la carta por segunda vez, ahora con más cuidado.

La tiró sobre la mesa. —Respóndeme una pregunta, Paris. ¿Qué imaginas que tu padre quiere de esta reunión?

Ella se volvió hacia él. La luz del sol entraba por la ventana iluminándolo. Se veía fuerte, y ella quería creerle, pero le faltaba algo que su padre tenía en abundancia: una mente retorcida.

—Quiere el control sobre mí y sobre mi hijo. No soporta que alguien se aleje. Por eso controló tan estrechamente la vida de mi madre después de que se fue una vez. Y eso fue lo que la llevó al suicidio.

—Pero ¿por qué querría controlarte?

Ella se cruzó de brazos tratando de mantenerse abrigada, tratando de dejar de temblar, ahora que la ira había sido superada por el miedo. —Porque puede. Lo he visto jugar con la mente de mi madre, solo porque podía. Y después de que ella murió, intentó hacer lo mismo conmigo. Me quería en casa, cerca de él. Quería que me casara con uno de sus secuaces. Alguien a quien le debía un favor.

—¿Qué?

—Quería que me casara con un hombre quince años mayor que yo con una reputación violenta. Yo tenía quince años, y él iba a casarme tan pronto como cumpliera dieciséis. Tuve que irme y cortar todos los lazos. De lo contrario, sabía que terminaría como mi madre, con el mismo trastorno alimentario y con el mismo futuro sombrío e infeliz. No ha cambiado, sin importar lo que te haya dicho. Siempre ha sido el mismo. Sé cómo es. Tú no.

Él se acercó a ella y le sujetó los brazos. —No permitiré que te controle.

—No —dijo ella—, supongo que no lo permitirías. Porque eres tan malo como él, ¿verdad? —Miró sus manos, que sujetaban sus brazos—. Quieres controlarme, mantenerme para ti. —Negó con la cabeza—. No puedo ser esa mujer, Harrison. Simplemente no puedo.

Él la soltó y se apartó bruscamente. —No es eso lo que quiero.

—¿No es así?

—No, y tienes que creerme —dijo.

—Creo que eso es lo que *tú* crees. Pero no me has mostrado nada que me haga pensar diferente. Nada que me haga confiar en ti.

—Debes confiar en mí.

—¿Cómo podría?

Él se encogió de hombros. —¿Cómo no podrías? ¿Anoche no significó nada? Estás esperando a mi bebé y tenemos que enfrentar nuestro futuro juntos. Solo existimos tú y yo, y nuestro hijo. Sea lo que sea a lo que temas, lo enfrentaremos directamente y lo resolveremos.

Ella negó con la cabeza. Estaba equivocado. Pero, a pesar de eso, no pudo evitar sentirse aliviada, a pesar de creer que él estaba completamente equivocado.

—Conocí a tu padre en un hotel en Zúrich. Sé su nombre y sentí que era poderoso porque el hotel parecía ser su oficina. Pero no sé por qué es tan poderoso.

Ella respiró hondo. Harrison sabía tanto y entendía que no ocultar la última pieza de información podría hacerle ver a lo que se enfrentaba.

—Mi padre es Luis Caparelli. Eso ya lo sabes. Lo que probablemente no sabes es que mi padre es el jefe de la mafia napolitana.

Sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa.

—¿Tu *padre* es? No tenía idea.

—No lo sabrías. Nadie fuera de la mafia o de las fuerzas del orden lo sabría. Él se asegura de ello. Harrison, no hay forma de detener a mi padre cuando quiere algo. Y me quiere a mí y, cuando descubra que estoy embarazada, vendrá por mi hijo.

—*Nuestro* hijo. Y ya sabe que estás embarazada. Yo se lo dije.

Enferma de miedo, ella pasó junto a él empujándolo.

—¡Paris! No puedes seguir huyendo para siempre. Es hora de enfrentarlo, y esta vez estaré contigo.

Ella hizo una pausa y cerró los ojos con fuerza contra el miedo que la atenazaba. —No puedo hacerlo.

—Puedes. Sé que puedes. No hay otra manera. Tienes que verlo.

Continuó hacia el pasillo, donde agarró su abrigo y salió tropezando hacia el sendero. Miró hacia el pueblo e inmediatamente tomó el camino a través de los pantanos. Cada instinto dentro de ella le gritaba que se alejara: del pueblo, de su padre y de Harrison, de todos los que querían una parte de ella y de su hijo.

CAPÍTULO CATORCE

HARRISON LA OBSERVÓ MARCHARSE. Ella caminaba rápidamente, con la mirada saltando de un lado a otro como si esperara que su padre surgiera de los pantanos y la agarrara. Dudó una vez, examinó el pueblo y luego le dio la espalda, continuando por el sendero elevado que conducía hacia el banco de arena y el mar más allá.

Ahora la entendía. Las cosas que no había logrado comprender encajaban en su lugar. Ella había perdido la fe en su padre a temprana edad, y él se había convertido en una sombra amenazante sobre su vida desde entonces. Su única respuesta había sido esconderse. Debió haber confiado en ella. No debió haber descartado sus miedos como tonterías. Porque no lo eran. Y ahora le tocaba a él arreglar las cosas. Protegerla a ella y a su hijo. Y lo haría, aunque muriera en el intento.

Aunque su primer impulso fue correr tras ella y llevarla a casa, sabía que ahora debía actuar de manera diferente. Sabía que tenía que resolver este lío y darle algo de espacio.

Fue a la biblioteca y tomó el teléfono. Tenía algunas llamadas que hacer. Tenía que organizar la seguridad.

El viento agitaba su cabello mientras miraba alrededor. Estaba sola y sin embargo se sentía segura allí. El largo paseo hasta el banco de arena había disipado parte de su agitación. Aunque era invierno, el sol brillaba con claridad, haciendo relucir los lodazales y ondular los dorados pastos con brillo bajo la brisa.

Había caminado tan lejos como pudo y ahora un brazo del río le impedía llegar a Blakeney Point —un banco de arena que protegía a Blakeney de la fuerza del Mar del Norte— y no podía avanzar más. Pero quería hacerlo. Miró a través del río, más allá del banco de arena hacia el azul brillante y frío del mar, y encontró alivio en ese vacío, esa condición solitaria en la que podía hallar consuelo. Luego bajó la mirada hacia el Blakeney Eye, ahora una pequeña isla en el canal del río, y divisó la depresión y el montón de piedras que mostraban los restos de la antigua capilla. En tiempos medievales, cuando el canal del río llevaba grandes barcos hasta el pueblo vecino de Cley, los monjes cobraban un peaje por todo lo que pasaba. Siempre el dinero, moviendo el mundo. Lo odiaba. Había sido la ruina de su madre y la raíz del vicio de su padre.

—¡Paris!

Su nombre le llegó en una ráfaga de viento. Sobresaltada, miró alrededor. Harrison caminaba a grandes zancadas hacia ella, con el pelo revuelto y preocupación grabada en su rostro. Incluso cuando surgió la necesidad de escapar de su control, también apareció la gratitud porque él no la había dejado desaparecer sola por los pantanos en una mañana de invierno. Sabía que si se

desviaba del camino, los pantanos podían resultar letales. Así que simplemente suspiró y le dedicó una sonrisa. Difícilmente era culpa suya que su padre fuera un delincuente empeñado en encontrarla.

Él extendió la mano hacia ella cuando se acercó, la agarró y la atrajo hacia sus brazos. Fue envuelta por su calor y fortaleza, y por un momento se apoyó en él, como si fuera el lugar más seguro del mundo. Pero sabía que no lo era, ningún sitio lo era, y finalmente se apartó con una triste sonrisa.

—Lo siento tanto, Paris —dijo él, mientras escrutaba su rostro, como si intentara desesperadamente encontrar rastros de perdón en ella. ¿Podría perdonarlo? Él había traído a su puerta al hombre del que había estado huyendo toda su vida adulta.

Ella luchaba pero no podía quitarse de la mente que Harrison, a pesar de sus sentimientos hacia él, era tan controlador como su padre.

—Lo sé y lo entiendo —dijo, dando un paso atrás—. Pero tengo miedo. No sabes cómo es. No sabes lo que ha hecho.

—Te protegeré. Tengo personal de seguridad que vendrá las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Estarás segura, te lo prometo.

Ella negó con la cabeza otra vez.

—No. Eso me volvería loca.

—No entiendo.

—No me sorprende. Apenas me entiendo a mí misma, pero sé dos cosas.

—¿Cuáles son?

—Una, nada de seguridad, y dos, tengo que enfrentar esto. No puedo huir toda mi vida. Me hiciste ver eso.

—¿Quieres decir que aceptarás la invitación de tu padre e irás a verlo?

Ella soltó un gran suspiro.

—Supongo que sí. Creo que he llegado al final del camino —se tocó el vientre—. Luca necesita nacer en un mundo donde su madre no se esconda de nadie. Quiero que dé sus primeros pasos con un corazón libre. No asustado de su propia sombra, como he estado yo la mayor parte de mi vida.

—Bien. Es el único camino. ¿Cuándo iremos?

—No lo sé. Todavía no. Después de que nazca Luca —lo miró con incertidumbre. Una cosa era decidir enfrentar a su padre, y otra hacerlo.

—Sería mejor hacerlo pronto.

—No, todavía no. No estoy lista. Podré afrontarlo mejor cuando no esté embarazada.

—No tendrás que afrontarlo sola.

Ella negó con la cabeza.

—No, esto es algo que necesito hacer por mí misma.

Él arqueó una ceja con determinación.

—De ninguna manera te permitiré ir sola.

—¿Permitirme? ¡Harrison! Soy una mujer adulta. Si quiero ver a mi padre por mí misma, lo haré. ¡Y tú *no* decides lo que debo hacer!

Él se encogió de hombros.

—Pero tu padre no es un padre cualquiera, ¿verdad? No puedes ir sola. Seguro que lo ves.

Ella se mordió el labio, indecisa por unos momentos, antes de asentir. Le gustaría que él estuviera allí con ella. Porque, cualesquiera que fueran sus problemas y dificultades, sabía que él haría todo lo posible para protegerla a ella y a Luca de su padre.

Suspiró.

—De acuerdo. Te *permitiré* venir —le lanzó una mirada oscura. Tendrían esa conversación más tarde.

—Bien. ¿Y qué le dirás?

—Que ya no tiene ningún control sobre mí. Ya no soy una niña de quince años, sino una mujer adulta con vida propia.

—Y difícilmente puede casarte si ya estás casada.

—No sabes de lo que mi padre es capaz.

La expresión en el rostro de Harrison cambió, y ella se dio cuenta de que probablemente ahora sí lo sabía. Un músculo en su mandíbula se crispó.

—Estaremos seguros. Llevaré seguridad conmigo. No os pasará nada a ninguno de los dos.

—Solo si no traes seguridad. Eso sería buscar problemas, créeme.

—Supongo que tú sabes mejor. Entonces nada de seguridad. ¿Cuándo lo veremos?

—Pronto. Todavía no. Necesito un poco de tiempo. Sigo pensando que sería mejor verlo después de que nos casemos. Me sentiré mucho más segura entonces.

—De acuerdo. Si eso te hace sentir mejor, y solo faltan unas semanas. Lo dejaremos hasta entonces. Ahora —dijo, haciendo una mueca mientras miraba al sol, sobre el cual una nube se había deslizado, bajando inmediatamente la temperatura. Paris tembló—. ¿Qué tal si volvemos a casa y hacemos todos los preparativos?

—No será una reunión familiar feliz, me temo.

Ella se puso a su lado, tomando su brazo ofrecido, agradecida por su apoyo. Había caminado más lejos de lo que pretendía.

—Sí, bueno, no estoy exactamente acostumbrado a las familias felices, ¿no?

Caminaron unos pasos, y ella se preguntó si él iba a elaborar más.

—¿Por qué no lo estás? ¿Qué pasó?

—Eso, Paris, es una larga historia.

—Bueno, tenemos un largo camino por delante —escrutó su rostro, preguntándose si él dejaría caer la máscara tras la cual ocultaba tanto.

Él exhaló pesadamente y asintió.

—Cierto —la atrajo hacia él en un breve abrazo—. ¿Estás lista?

Ella sonrió.

—Estoy lista.

Para cuando llegaron a Marsh House, Paris entendía lo que había hecho de Harrison el hombre que era. Un padre devastado por la muerte prematura de su esposa, tres hermanos privados de su amor y dañados por su cruel indiferencia.

Él le abrió la puerta de Marsh House y ella vaciló, tocando la solapa de su abrigo con la palma de la mano.

—Y sin embargo Sebastian e Indra creen que tu padre los unió.

—No hay duda de ello. Lo hizo.

—Y Alexander cree que tu padre quería que conociera a Lily.

—Sí. De nuevo, el contrato de Lily era hermético. No había otra forma de interpretarlo. Nuestro padre quería que el gran corazón de Lily actuara sobre Alexander. Y funcionó.

—Entonces, me pregunto qué ha hecho tu padre por ti.

Apretó firmemente los dientes y sus ojos se volvieron fríos.

—Nada. Eso está claro. Mis hermanos creen que me salvé de lo peor, por ser el más joven. Pero al menos ellos tienen recuerdos de nuestra madre. Yo no tengo ninguno.

—Pero tienes recuerdos de tu tía, la tía Beth. Esa relación debe haber sido la más importante en tu vida.

Él asintió.

—Tal vez tu padre no necesitaba hacer algo póstumamente. Quizás te ayudó antes de morir fomentando tu relación con Beth. Tal vez sí te dejó un legado, uno que te mostró amor y apoyo cuando más lo necesitabas. Y luego está la herencia que te dejó. Dijiste que te exigía pasar más tiempo en Norfolk, el único lugar al que te resistías a venir. Quizás quería que dejaras de vagar por el mundo y te establecieras para enfrentar las cosas de las que habías estado huyendo durante tanto tiempo.

Mientras ayudaba a Paris a quitarse el abrigo y observaba cómo Marie la atendía con esmero, Harrison pensó en lo que Paris había dicho. ¿Tendría razón? ¿Habría sentido su padre que ya le había proporcionado alguien que lo había ayudado a lo largo de su vida? Si era cierto, entonces sin duda había tenido ventaja sobre sus hermanos, ya que Beth había estado ahí para él hasta hace poco.

¿Y la herencia? Era cierto que había habido una estipulación en su herencia que exigía que pasara la mayor parte de su tiempo en Norfolk durante los primeros dos años, una estipulación que había conseguido ignorar con éxito. Al principio, solamente parecía curiosa y molesta. Algo que su padre, que sabía que Harrison evitaba el condado de su nacimiento, había hecho para molestarlo desde la tumba. Pero, ¿y si no se trataba de molestarlo? ¿Y si se trataba de reparación?

Se quedó junto a la puerta, observando a Paris por unos momentos —sus expresivos rasgos, la luz sobre su rostro— como un hombre privado. No creía que jamás tuviera suficiente de ella. Sus encuentros íntimos lo demostraban. Simplemente estar con ella lo demostraba. Pero sabía que ella quería algo más, algo que él no podía darle. Sin importar lo que su padre hubiera o no hecho, sabía que tenía todo lo que deseaba en Paris. Si tan solo ella pudiera aceptar el hecho de que su corazón no estaba completo y que el amor nunca sería parte del panorama. Si tan solo.

CAPÍTULO QUINCE

PARIS NO PODÍA CREER lo rápido que había llegado el día de su boda.

Al principio, la fecha había parecido demasiado lejana para contemplarla. Entre preocuparse por su padre, tratar de descifrar una nueva vida con Harrison y, mientras tanto, estar preocupada por su embarazo, apenas había pensado en la boda. Pero los días habían pasado, uno tras otro, perezosamente. No creía haber dormido tanto, o haber hecho tan poco, en toda su vida. Entre paseos por los pantanos con Harrison o compras en el pueblo local por la mañana, tardes adormiladas frente a la chimenea abierta de Marsh House, y noches de apasionado amor, Paris se sentía descansada y renovada, como nunca antes.

Cuando estaba sola, siempre había estado trabajando para complementar la herencia que había recibido de su madre, ya fuera como camarera o ganando algunos dólares más tocando el piano. Y todo el tiempo, había estado alerta. Sobresaltándose al escuchar un acento italiano, preparada para huir si alguien le tocaba el brazo o el hombro, o la miraba con demasiada intensidad por unos momentos. Ahora se daba cuenta de que había estado viviendo con los nervios a flor de piel, y el alivio de no tener que vivir así por más tiempo era enorme. Esto solo confirmaba su decisión de que tenía que ver a su padre nuevamente. La fase de su vida en la que había vivido con miedo había terminado. Había cambiado en el momento en que conoció a Harrison en el Caribe. Y cambiado de nuevo cuando él apareció en su puerta en Blakeney. En ese momento pensó que había cambiado para peor, pero ahora, ¿ahora? Se sentía casi contenta. *Casi*.

Había algo que faltaba, una interrogante sobre su felicidad. Harrison nunca le decía que la amaba. Nunca le decía que tenía sentimientos por ella. Ella intuía que los tenía. *Creía* que los tenía. Pero en sus momentos más oscuros, se veía obligada a admitir que era una suposición, y la verdad podría estar muy lejos de lo que ella suponía. ¿Este matrimonio era simplemente una forma de mantener a su hijo con él, como había dicho al principio? ¿O era algo más? De cualquier manera, proyectaba una sombra sobre su felicidad. Una sombra que esperaba no se oscureciera más y se pareciera a la relación venenosa de sus padres una vez que estuvieran casados.

Pero hoy no iba a ser uno de esos días oscuros. Era su día de boda, y los terrenos de Richmond Manor habían montado un espectáculo reluciente en esta fría y brillante mañana. A través de las puertas francesas del salón, donde ella, Indra y Lily estaban reunidas, tenía una vista clara de toda la extensión frontal de los terrenos de la mansión. La escarcha brillaba bajo el sol entre las ramas desnudas de los árboles.

Sintió una mano en su hombro y se volvió para ver a Harrison escrutando su rostro.

—¿Qué haces aquí? —chilló, mirando a sus futuras cuñadas, que no habían notado la entrada

de Harrison.

Él sonrió ampliamente. —Comprobando cómo estás. ¿Estás bien?

—Sí, me siento genial. —Se puso de puntillas y lo besó, y arqueó una ceja—. ¿Cómo te sientes tú?

Él hundió el rostro en su cuello. —Como si debiéramos volver a la cama.

Ella se rió y apoyó la mejilla contra su pecho. —Tiempo para eso más tarde.

—¡Sí, por supuesto! —gritó Lily, colocando una mano firme en el hombro de Harrison—. Mucho más tarde. Ni siquiera deberías estar viendo a tu prometida antes de la ceremonia.

—No creo que estemos siguiendo la ruta convencional.

Lily se encogió de hombros. —Con más razón para empezar ahora.

—¿Cuál es el punto?

—El punto es que verás a tu hermosa novia como nueva cuando se una a ti en el altar. Será como una persona nueva y podrás enamorarte de nuevo.

La sonrisa de Harrison se desvaneció y se disculpó. Paris se alejó, no queriendo que Lily viera la sombra que había pasado por su rostro.

—¿Qué le pasa? —preguntó Lily, siempre dispuesta a hablar con franqueza.

Paris forzó una sonrisa y miró a Lily con un encogimiento de hombros. —Quién sabe. Nervios por la boda, supongo.

Lily puso los ojos en blanco mientras le pasaba un vaso de jugo espumoso a Paris. —¡Hombres! Se hacen los machotes y valientes ante el mundo exterior, pero cuando están a solas contigo... —Se encogió de hombros—. Ya sabes a lo que me refiero, ¿verdad?

Paris soltó una risa sorprendida y asintió.

Lily miró hacia atrás para ver a Alexander y Sebastian entrar en la habitación y unirse a Harrison. —Hablando de hombres. —Sacudió la cabeza—. No están haciendo lo que se les ha dicho. ¡Eh! —gritó—. Ustedes no deberían estar aquí.

Alexander ignora alegremente su comentario, terminó de servir una segunda copa de champán y trajo las dos copas. No se molestó en discutir su comentario, sino que le entregó una copa, le levantó la barbilla con los dedos y la besó en los labios. Después de que se alejó, la expresión indignada de Lily había sido reemplazada por una mirada de adoración que obviamente había borrado cualquier pensamiento de decirles a los hombres que se fueran.

—Paris, te ves hermosa —dijo Alexander, con el legendario encanto y labia que su hermano no compartía.

—Gracias a Lily e Indra. Lily encontró este vestido. —Alisó el vestido de corte imperio. Los detalles de perlas en el corpiño desviaban la atención de su vientre de embarazo, sobre el cual la seda marfil se deslizaba suavemente. El agradecimiento de Paris era sincero, porque realmente no sabía qué habría hecho sin Lily, cuya gran personalidad compensaba la falta de gente, e Indra, cuya naturaleza sensible había asegurado que Paris sintiera que era su día especial.

—Mi esposa tiene un gusto impecable. —Le lanzó una sonrisa pícara—. Después de todo, me eligió a mí, ¿no?

Lily fingió gruñir. —Ven aquí, tú.

Alexander no necesitó que se lo dijeran dos veces y fue capturado por los brazos de su esposa.

—Es verdad, ¿no? —dijo con confianza.

—Porque te amo —respondió ella con una sonrisa suavizada.

—Yo también te amo —respondió Alexander, antes de besarla con un beso que era bastante diferente al anterior. Este era suave y amoroso, prueba de sus palabras.

Después de que se separaron, Paris captó la mirada de Harrison y se preguntó si él estaba pensando lo mismo que ella. Preguntándose si Harrison podría amarla alguna vez como Alexander amaba a Lily. Su rápida mirada hacia otro lado sugería que, fuera lo que fuese lo que estaba pensando, se sentía incómodo con esa demostración de amor.

Pero, ¿dónde la dejaba eso a ella? Se estremeció, e Indra lo notó.

—Ven aquí —dijo Indra—. Acércate al fuego.

Paris hizo lo que Indra sugirió. El fuego de leña ardía en su enorme chimenea y Paris agradeció su calor, porque de repente se sentía fría; el frío de preguntarse si un matrimonio sin amor por conveniencia era todo lo que le esperaba. Claro, el sexo era genial, y claro, Harrison controlaba todo para asegurarse de que su vida fuera lo más fácil posible. Pero el frío de la incertidumbre todavía persistía en su corazón.

—¿Todavía tienes frío? —preguntó Lily con preocupación.

Sebastian miró por la ventana. —Espero que tengas algo abrigado para usar en la iglesia. No hace precisamente un tiempo cálido allá afuera.

—Estoy bien, de verdad. Solo me siento —se encogió de hombros— un poco rara. Y tengo el glorioso abrigo de piel blanco de Lily para ir a la iglesia. —Las mujeres intercambiaron sonrisas. Se habían vuelto más cercanas mientras trabajaban en los arreglos de la boda. Aunque no habían sido muchos. Sería un evento familiar. Pero Paris realmente no quería nada más grande. Y parecía que Indra, dado su pasado, lo entendía completamente sin que ella tuviera que explicar más.

Todos se reunieron alrededor del fuego de leña en la sala de estar. Paris había pedido que vistieran de blanco. El atuendo habitualmente sexy de Lily era un poco más recatado con el fino vestido de lana que llevaba, aunque todavía realzaba su increíble figura. Si Lily no hubiera sido una persona tan encantadora, Paris tenía que admitir que podría haberse sentido un poco fofa, estando tan embarazada, y bastante envidiosa de su felicidad con Alexander. E Indra parecía toda una elegante señora de la mansión, vestida con un traje pantalón blanco con solapas de satén y un clavel blanco en el ojal.

—Creo que es momento de un brindis —dijo Sebastian, quien, como el hermano mayor, asumió hábilmente el papel de anfitrión para la ocasión. Se volvió hacia los demás y elevó la voz —. Damas y caballeros, levantemos nuestras copas y brindemos por la felicidad de Harrison y Paris. Que su futuro esté lleno de buena salud, felicidad y muchos bebés —dijo, con una sonrisa pícara en dirección a Indra.

—Y amor —añadió Indra—. No olvides el amor. —Sonrió alentadoramente a Harrison y luego a Paris. Harrison no pareció notarlo, y Paris apartó la mirada, incapaz de darle a Indra más que un fantasma de sonrisa.

Pero el momento pasó, mientras Lily les contaba a todos anécdotas de su boda con Alexander.

Harrison permaneció a su lado pero, a diferencia de antes, no se tocaban. Algo había cambiado. En la preparación para la boda, habían estado físicamente cerca, pero ahora un autobús podría haber pasado entre ellos sin causar daño. Tal vez era toda esta charla de amor. Tal vez se estaba arrepintiendo de la boda. Tal vez todo lo que quería era alejarse y volver a su antigua vida. No tenía idea, porque él se negaba a hablar de sus sentimientos, sus pensamientos o sus esperanzas. Era tan macho y cerrado a sus sentimientos, que resultaba doloroso.

Y por dentro, su corazón dolía y todo lo que podía hacer era concentrarse en no ceder al dolor que sentía, no permitir que las lágrimas fluyeran. Eso podría venir después. Cuando nadie estuviera mirando. Se sentía tan pesada y cansada ahora. Se disculpó y se sentó. Indra empujó un

escabel hacia ella.

—Mejor ponte cómoda ahora. Estarás de pie una vez que lleguemos a la iglesia.

Paris asintió, con miedo de hablar porque no estaba segura de lo que saldría.

Indra frunció el ceño. —¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, solo... —Parpadeó para contener las lágrimas, pero se salvó de responder por una erupción de risas después de que Lily diera el remate de un chiste. El chiste era obviamente bastante picante porque los hombres se estaban riendo. Todos excepto Harrison, que miró a Paris. Ella estaba agradecida por cualquier señal de atención y le sonrió tentativamente. Sus labios se elevaron en la comisura, pero todavía había una tristeza en sus ojos. Dejó su bebida a medio terminar y miró por la ventana.

—Parece que los coches ya están aquí —dijo.

CAPÍTULO DIECISÉIS

EL SOL de la mañana brillaba bajo a través de las ramas congeladas y la nieve del bosque, creando rayos mágicos de luz fragmentada. Era solo un corto paseo hasta la iglesia, pero dada la avanzada etapa del embarazo de Paris y la ligera capa de nieve que se había congelado en el suelo, se había decidido ir en coche. El plan original de coches separados para los hombres había sido descartado. Apenas parecía tener sentido cuando todos se mezclaban libremente entre sí.

A pesar de la belleza de la mañana y los cuidados de Indra, Paris también se sentía congelada por dentro. Era evidente que todo lo que Harrison estaba haciendo era seguir el guion para asegurarse de tener control sobre su hijo, igual que lo tenía sobre ella. Como jugador de polo había sido famoso por dos cosas: su corazón frío y su experto control del caballo, y ella sentía que estaba siendo sometida al mismo tratamiento: manipulada y persuadida a su voluntad hasta que ni siquiera se daba cuenta.

Miró a Harrison. Se veía tan apuesto como siempre en su esmoquin, pero con una expresión que parecía engañar a todos excepto a ella. Solo ella podía ver la tensión alrededor de su boca. Prescindió del conductor y ella se deslizó en el asiento delantero junto a él.

—No tienes que seguir adelante con esto, incluso ahora, si no lo deseas —dijo.

Él la miró, y ella sintió que era la primera vez que realmente la miraba. Luego volvió a mirar el estrecho camino que los llevaba a la iglesia, una ruta más larga que a pie.

—Quiero casarme. Sabes que sí.

—Quieres poseerme a mí y a nuestro hijo, eso es todo lo que sé.

—No seas ridícula. Nadie posee a nadie.

El calor subió por su cuerpo, quemando la tristeza, como el sol que comenzaba a derretir la nieve en las ramas.

—¿Así que ahora estoy siendo ridícula?

—Francamente, sí. Accediste a este matrimonio, así que creo que tiene poco sentido hablar de echarse atrás.

—¡Disculpa! No era yo quien estaba sentada en la sala, negándose a hablar con nadie. No era yo quien parecía que iba a un funeral y no era yo quien no podía ni siquiera mirar a su futura esposa —su voz se ahogó en las últimas palabras. Miró por la ventana una vez más. Estaban en la carretera principal, que los llevaría por una ruta tortuosa hasta la iglesia. Se secó una lágrima, sin importarle si se había corrido el maquillaje. Sin duda sus futuras cuñadas imaginarían que eran lágrimas de alegría. Y, con igual certeza, ninguno de los hermanos de Harrison se daría cuenta porque eran ajenos a todo excepto a sus propias mujeres. Lástima que Harrison no tomara ejemplo de ellos.

—Claro que podía mirarte. Te estoy mirando ahora, ¿no? —dijo, mirándola brevemente antes

de volver a concentrarse en la carretera.

—No quieres casarte conmigo, igual que yo no quiero casarme contigo. Y esa es la verdad.

—Es un medio para un fin. Eso es todo. Nada más.

Ella permaneció en silencio.

—¡Vamos, Paris! No es nada. Es simplemente algo que tenemos que hacer por nuestro hijo. Eso es todo.

—Eso no es un matrimonio —dijo en voz baja.

—Sí, por supuesto que lo es.

—No, no lo es. Y no puedes decirme que alguna vez imaginaste que sería así.

Él dio un suspiro profundo. —No puedo decir que lo haya imaginado alguna vez.

—No, estoy segura de que no.

Un silencio pesado cayó mientras giraban por la avenida bordeada de árboles que conducía a la iglesia. El paisaje invernal perfecto parecía burlarse de ella.

—De acuerdo, entonces dime cómo lo imaginaste tú —dijo él por fin.

—¿Quieres saber? —dijo, sin poder evitar que las lágrimas corrieran por su rostro. Ahora tenía toda su atención mientras se detenía frente a la iglesia. El otro coche se detuvo detrás de ellos, y el sonido de risas y charlas llenó el aire gélido—. ¿Quieres saber cómo siempre imaginé que sería una boda?

—Claro. Dímelo —dijo. Ella odiaba lo indiferente que sonaba.

—Siempre imaginé que sería perfecta.

—Lo perfecto solo ocurre en las películas.

—Te equivocas —miró a través de sus lágrimas a las otras dos parejas—. Míralos. Ellos han encontrado lo perfecto. Hay amor allí, en sus corazones, puedes verlo brillar. Y es eso lo que lo hace perfecto.

Él hizo un sonido burlón.

—¡Puedes esconderte detrás de esa fachada todo lo que quieras, Harrison Richmond! Puedes fingir que no tienes sentimientos, pero yo sé lo contrario. Sí los tienes. Solo me entristece que no los tengas por mí.

Con eso, se secó las lágrimas con un pañuelo que sacó del bolsillo del abrigo de piel y se sonó la nariz. Dirigió una sonrisa acuosa a Sebastian y Alexander, que esperaban a Harrison. Sebastian le abrió la puerta y Lily e Indra la ayudaron a salir del coche. La puerta del conductor se cerró con un golpe, fuerte en el aire claro, y Harrison caminó alrededor, uniéndose a los hombres que desaparecieron en la iglesia.

Acompañada por Lily e Indra, Paris caminó a través de la fina capa de nieve helada, siguiendo las huellas derretidas dejadas por los hombres.

—¿Estás segura de que estás bien? —preguntó Lily.

Paris asintió.

—Ven aquí —dijo Lily, con simpatía en su voz, dándole un abrazo—. Estos malditos hombres valen la pena al final, pero seguro que saben cómo poner la vida de una chica patas arriba —Lily sacó un pañuelo de su bolso y gentilmente inclinó el rostro de Paris hacia arriba para limpiar las manchas de rímel de su mejilla.

—Menos mal que no necesitas maquillaje —dijo Indra con una sonrisa triste.

—Son esos genes italianos —dijo Lily—. Serás preciosa cuando seas una bisabuela.

—¡Ja! —dijo Paris, animada por estas dos mujeres fuertes que, ella sabía, habían pasado por mucho para lograr sus felices matrimonios. Se tocó el vientre—. Primero tengo que sacar a Luca. No puedo imaginarme teniendo un bebé, y mucho menos un hombre adulto con hijos propios.

—Un paso a la vez —dijo Indra, apoyando su cabeza contra la de Paris.

—Ocurrirá —dijo Lily, dejando caer su bravuconería por una vez, revelando el tierno corazón que escondía en su interior—. Y entonces, todo esto parecerá un sueño lejano. Ni siquiera podrás recordar por qué fueron las lágrimas porque tu corazón estará lleno de amor.

Paris esbozó una sonrisa valiente y apartó la mirada. No podía decirle a Lily que ya estaba lleno de amor, por Harrison y por su hijo nonato. Pero le dolía por la falta de ser amada.

—Bien —dijo Indra, entregando a Paris su ramo de flores de primavera que habían sido recogidas de la orangerie de la mansión—. ¿Estás lista?

—Sí —se volvió hacia ambas—. Y gracias. Nunca he tenido amigas cercanas y vosotras dos sois... —se detuvo abruptamente cuando más lágrimas amenazaban.

Las dos mujeres exclamaron al unísono. —No hay necesidad de agradecernos —dijo Lily con firmeza—. Puedes hacerlo en el futuro cuando tengamos reuniones familiares. Ahora necesitas concentrarte en ti y Harrison, y en casaros.

Indra le dio otro abrazo. —A veces el matrimonio viene primero y el amor después.

—Espero que tengas razón —dijo Paris, enfrentándose a la iglesia en la que esperaba su futuro marido.

Paris caminó por el pasillo de la antigua iglesia, sus zapatos de tacón bajo deslizándose sobre la gastada piedra de la nave mientras se acercaba a Harrison y sus hermanos, ambos padrinos. Sebastian parecía serio, Alexander sonreía y Harrison... el ceño de Harrison ocultaba un sinfín de cosas.

A propósito habían mantenido sus votos al mínimo. Cuando lo discutieron, Harrison dijo que no tenía nada que decir que no pudiera ser expresado por los votos habituales. Así que Paris no le contó las palabras que quería decir, sabiendo que él no querría escucharlas. Por lo tanto, incómodamente, habían optado por las palabras de la guía que el vicario les había dado. Y ahora ella repitió las palabras después del vicario, tomando a Harrison Richmond como su esposo legal.

Pero, para su sorpresa, el vicario no continuó con las palabras rutinarias para Harrison. En cambio, el vicario asintió alentadoramente a Harrison, quien parecía extrañamente nervioso.

—Paris —dijo finalmente con voz ronca y emocional—. Tengo algo que decir.

Hubo un jadeo colectivo. Se suponía que no debía estar diciendo nada como esto. Él apretó sus manos con más fuerza y todo lo que ella pudo hacer fue mirarlo, boquiabierta, aterrorizada por lo que estaba a punto de escuchar. ¿Iba a cancelar todo? ¿Decirle que todo era un terrible error, que deberían vivir vidas separadas y compartir la custodia de su bebé? ¿Qué demonios? La pausa fue interminable.

—¡Harrison!

Sebastian le dio un empujón brusco. —Continúa, hombre —dijo en voz baja.

Harrison respiró hondo. —Paris, lo siento, pero esto es difícil para mí.

Paris se sintió mal y la habitación se balanceó un poco. Su agarre sobre ella se intensificó.

—Dímelo —dijo ella.

—Hablamos sobre votos especiales y dije que no tenía ninguno. Pero mentí. Tengo cosas que decirte. Tu música me llevó hasta ti. Te conocí a través de ella. Y desde el momento en que te vi, sentí algo —se encogió de hombros—. Sentí que algo se movía dentro de mí, y supe que estábamos destinados a estar juntos.

No estaba segura de haber oído bien. —¿Algo se movió?

Él asintió, como si estuviera aliviado de que ella hubiera entendido. No lo había hecho.

—Y estaremos bien juntos, estoy seguro de ello —ella le habría creído más si no le hubiera

bombeado las manos como si estuviera tratando de convencerse a sí mismo.

Hubo una larga pausa, y ella se dio cuenta de que él había terminado. Una cosa era segura: su nuevo marido no era bueno con las palabras.

—Bien —dijo, sin saber cómo responder.

El vicario la salvó de decir algo más aclarándose la garganta y continuando con la breve ceremonia.

Le deslizó el anillo en el dedo, las palabras del vicario no fueron escuchadas, mientras Paris miraba a los ojos de Harrison, que mostraban un alivio que ella no compartía, como si estuviera satisfecho de haber dicho lo que tenía que decir. Su mente repasó sus palabras, tratando de encontrar algo que las salvara y fracasando. De repente la ceremonia terminó y el órgano comenzó a sonar.

Sebastian contuvo una risa ahogada y palmeó la espalda de Harrison. —¡Y yo pensaba que era malo! —dijo, sus palabras apenas se escuchaban sobre las estridentes notas del órgano.

Sintiéndose entumecida, Paris se encontró con la mirada comprensiva de Indra. Lily suspiró, sacudió la cabeza, como si estuviera desesperada, y se alejó con una ceja levantada hacia Alexander. Alexander se inclinó sobre el hombro de Harrison. —Cinco de diez, hermano. Necesita trabajo —Harrison frunció el ceño.

Con Harrison frunciendo el ceño y Paris fijando una sonrisa incierta en su rostro, caminaron por el pasillo al son del órgano que tocaba la marcha nupcial y las campanas sonando. El corazón de Paris se hundió aún más cuando entraron en el decorativo pórtico sur con sus pilares elevándose hacia un arco ornamentado. Un fotógrafo, sin duda organizado por Indra, los detuvo allí. Paris mantuvo una sonrisa en su rostro mientras permanecía sobre la piedra gastada, creada por los pies de incontables generaciones de la familia Richmond y aldeanos, y deseó estar en cualquier otro lugar.

Mientras el fotógrafo los organizaba en diferentes grupos, Paris se preguntó si alguna vez tendría el valor de mirar las fotografías, conociendo las emociones encontradas que la llenaban. Lo dudaba. Finalmente, el fotógrafo quedó satisfecho, y los tres hermanos dieron un paso adelante, contentos de ser liberados.

—¿Todo bien? —preguntó Indra con una sonrisa comprensiva.

—Claro.

—Lo hiciste bien, considerando.

Paris soltó una pequeña risa. Sabía que Indra se refería a su embarazo. Pero sentía que lo había hecho bien considerando el fallido intento de Harrison de decir algo sincero. ¿Cómo se podía decir algo desde el corazón cuando era claramente evidente que él no tenía uno?

Se estremeció al salir del refugio del pórtico. Lily deslizó el abrigo de piel blanco hasta el suelo alrededor de Paris.

—Gracias —dijo Paris, agradecida por el apoyo de estas dos mujeres.

—De nada —dijo Lily, dándole un apretón en los hombros.

Miró más allá del fotógrafo, hacia los árboles que rodeaban la iglesia. La nieve había comenzado a caer de nuevo y se estaba asentando en sus ramas desnudas, blanco vívido contra el cielo gris pizarra. Era hermoso, pero helado y frío. De alguna manera parecía apropiado.

—Espero que mejore —dijo Lily, mirando al cielo cargado de nieve con el ceño fruncido.

—Yo también —dijo Paris, mirando directamente a su esposo.

CAPÍTULO DIECISIETE

PERO EL CLIMA NO MEJORÓ.

Después de haber disfrutado un suntuoso almuerzo, los seis regresaron a la sala, cansados y un poco apagados. Indra acompañó a Paris hasta un sillón junto a la chimenea e insistió en que pusiera sus pies sobre un escabel tapizado. Paris miró a través de la ventana un mundo blanco. La nieve había continuado cayendo, sus densos copos asentándose y uniéndose con otros, creando pequeñas acumulaciones contra los árboles. Paris se imaginó de pie afuera, con los brazos extendidos hacia la nieve que caía, sintiendo su frío beso en sus extremidades antes de filtrarse en su dolorido corazón. Pero no necesitaba imaginar lo entumecida que se sentiría. Ya lo sentía.

—Indra dijo que podrías disfrutar esto —se volvió para encontrar a Harrison de pie frente a ella, ofreciéndole una bebida caliente. Harrison hizo una mueca incómoda—. Los demás siguen con champán, pero ella pensó que te gustaría algo más reconfortante.

Paris soltó un suave gruñido divertido, ya que no podía evitar pensar que estar casada con Indra sería mucho más fácil que estar casada con Harrison. Al menos durante el día. Por la noche... Miró al hombre alto e increíblemente apuesto con quien acababa de casarse y recordó sus apasionadas noches juntos. Por la noche, Harrison era exactamente el hombre que ella quería.

—Gracias —dijo, incorporándose con una sonrisa. Todo había sido incómodo desde aquel momento en la iglesia cuando Harrison prácticamente le había dicho al mundo que no la amaba pero quería estar con ella a pesar de eso. Como declaraciones, no era la mejor—. Indra dio en el clavo —tomó un sorbo del cremoso chocolate caliente y se preguntó por qué Harrison fruncía el ceño a sus hermanos. Él volvió a mirarla, sacudiendo la cabeza como si estuviera completamente desconcertado.

—¿Qué le ha pasado a todo el mundo? —dijo Harrison finalmente—. Mis hermanos se están burlando de mí. Indra me trata como si estuviera enfermo, y Lily está enfadada conmigo. ¿Qué he hecho?

—¿De verdad no lo sabes? —preguntó ella.

—No te lo preguntaría si lo supiera.

—Tus votos, Harrison, fueron... —negó con la cabeza mientras intentaba expresar lo terribles que habían sido.

—Malos —dijo con un suspiro, con la mirada fija en el suelo—. Terribles, ¿verdad?

Ella asintió.

Él extendió la mano para tomar la suya. —Oye, lo siento. Te dije que soy un desastre con las palabras.

—Ese no fue el problema —dijo ella, mirando por la ventana—. Creo que deberíamos irnos

pronto —añadió antes de que él pudiera responder. Realmente no quería escuchar de nuevo cuánto no la amaba—. Si lo dejamos para más tarde, podríamos tener problemas para llegar a casa.

Él sonrió. —Me gusta que pienses en ello como tu hogar.

—Sí, supongo que lo hago. Lo que es aún más sorprendente porque se supone que el hogar es donde está el corazón. Irónico, en realidad.

Él permaneció en silencio unos momentos. Luego tomó las manos de ella entre las suyas. —Lo siento. Soy yo. Te has casado con un hombre frío. Es lo que soy.

—Pero ese no es el problema. Porque sé que no eres frío. He visto tu corazón en acción y sé que sientes cosas. Es solo que...

—¿Solo qué?

—Es solo que no está ahí para mí. Eso es lo que me entristece. No es tu falta de palabras, no es tu falta de corazón, sino tu falta de amor por mí.

Se aferró a los lados de la silla y se puso de pie.

—¿Ya os vais? —preguntó Lily.

Sebastian revisó el clima. —Probablemente sea buena idea. Espero que se despeje para vuestro vuelo.

Ella frunció el ceño y le lanzó a Harrison una mirada interrogante. Realmente no quería reconocer abiertamente que no tenía idea de que había un vuelo reservado, ni idea de que Harrison había planeado un viaje, y ninguna idea de si la incluía o no. Harrison no se encontró con su mirada, lo que no era buen presagio. En cambio, se levantó.

—El pronóstico está bien sobre Stansted.

Su conocimiento sobre lo que le esperaba acababa de duplicarse: un vuelo desde el aeropuerto de Stansted.

Las mujeres abrazaron a Paris con cálidos deseos para su viaje. Paris mantuvo su sonrisa fija en su rostro, esperando que no se desvaneciera antes de entrar al coche. Sabía que había encontrado buenas amigas en Indra y Lily, y también sabía que no podría haber superado la boda sin su ayuda organizativa o su apoyo emocional. Y tenía sentimientos encontrados sobre dejarlas. Por un lado, extrañaría su comprensión y apoyo sin complicaciones, pero, por otro, no tendría que fingir que su matrimonio era perfecto. Aunque sospechaba que ellas ya lo sabían.

Las despedidas fuera de la mansión fueron breves ya que la nieve caía más rápido ahora y, con una sensación de alivio, se marcharon. Paris le dio a Harrison la oportunidad de decirle adónde iban. Pero él no dijo nada. Luego le dio un poco más de tiempo, esperando hasta que llegaron a la carretera principal. Seguía sin decir nada.

—Harrison, ¿vas a decirme adónde vamos?

Él sonrió, y ella no podía creer lo encantado que parecía.

—Es una sorpresa.

—No me gustan las sorpresas. Puede que no me conozcas bien, pero habría pensado que ya te habrías dado cuenta de eso.

Su sonrisa disminuyó un poco. —Seb y Alex creían que a las mujeres les gustaban las sorpresas.

—A sus mujeres quizás. ¿Le preguntaste a Indra o a Lily?

Negó con la cabeza.

—Claro. Si lo hubieras hecho, podrían haberte informado mejor. Entonces, ¿adónde vamos?

—Vamos a nuestra luna de miel.

—Nunca has mencionado nada antes sobre una luna de miel.

—Bueno, lo estoy haciendo ahora.

Se mordió el labio, tratando de contener su furia. Esto era el colmo. No solo no la amaba, sino que ni siquiera se había molestado en compartir con ella que había organizado una luna de miel.

—¿Cuándo ibas a decírmelo?

—Cuando notaras que no estábamos regresando a Marsh House —le echó un vistazo mientras conducía con cuidado por los caminos llenos de nieve alejándose de la costa—. Pensé que te gustaría la sorpresa. Pero supongo que los comentarios de Seb lo revelaron.

Ella soltó un profundo suspiro. —He tenido suficientes sorpresas para toda una vida. Todo lo que quiero es volver a Marsh House.

Él permaneció en silencio mientras continuaba conduciendo *alejándose* de Marsh House. —¿No te interesa lo que yo quiero? —continuó ella.

—Me interesa lo que necesitas —respondió él cuidadosamente.

—Y supongo que crees que me conoces mejor que yo misma.

La miró de reojo. —En este caso, sí.

—¿Y qué caso sería este?

Hizo una pausa antes de contestar. A ella no le gustaba cuando hacía esto. Significaba que estaba elaborando cuidadosamente una respuesta. Significaba que tenía algo que ocultar.

—Estamos casados. Es normal tener una luna de miel. Pensé que te agradaría.

—Estoy muy embarazada, Harrison. La mayoría de las aerolíneas no me querrían a bordo.

—No vamos en la mayoría de las aerolíneas. Le he pedido un favor a un amigo. Su jet Lear está a nuestra disposición y no vamos lejos.

—¿Adónde vamos?

—Ese es un secreto que voy a mantener por un poco más de tiempo.

Paris se recostó en el asiento del coche. Parecía que no iba a conseguir nada más de su nuevo marido. Así que bien podría sentarse y esperar.

Había algunas cosas que el dinero *sí* podía comprar, pensó Paris perezosamente, mientras se estiraba en la cama de la lujosa cabina del jet Lear que volaba a 35.000 pies sobre algún lugar de Europa. Y viajar cómodamente estaba en lo más alto de la lista.

Había pasado demasiados años viajando en clase económica, con las rodillas presionadas contra el respaldo del asiento de enfrente, como para no disfrutar de la comodidad de este vuelo de lujo.

Aunque le habían dicho que solo estarían en el aire unas pocas horas, se halló desvestida a los segundos de entrar en el dormitorio. Y había sido un alivio reanudar su intimidad física tras las tensiones de la boda. La ceremonia matrimonial tenía poco que ver con la conexión entre ellos, que ninguno podía negar. Pero aquí, solo estaban ellos dos y ella podía olvidarse de todo excepto de la sensación de Harrison dentro de ella, de su aliento contra su cálida piel, y de sus labios abriéndose sobre los suyos, conectando con ella a un nivel que no necesitaba palabras.

Cuando el capitán anunció que aterrizarían en media hora, Harrison salió de la ducha y vino a sentarse al borde de la cama. Deslizó una uña sobre sus pechos. —Creo que será mejor que te prepares para aterrizar. De lo contrario, tendré que llevarte desnuda por la pista hasta Inmigración.

Ella le hizo una mueca. —Creo que soy un poco demasiado grande para que me lleves a cualquier parte.

Chilló cuando él deslizó sus manos debajo de ella y la levantó sin esfuerzo. La besó. —Me gusta que no parezcas preocupada por la parte de estar desnuda, solo por la parte en que te cargo —sonrió y lo besó—. Porque sé que no hay manera de que mi macho alfa quisiera que cualquier hombre mirara a su esposa desnuda. ¿Tengo razón o tengo razón? —bromeó.

Él frunció el ceño. —Tienes razón, por supuesto —se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta del baño—. Ahora, todavía no te he llevado sobre ningún umbral, así que aquí vamos — entró en el lujoso baño.

—Esperaré lo mismo cuando regresemos a Marsh House.

—No me di cuenta de que fueras tan exigente.

—Puedes creerlo.

La bajó para que se pusiera de pie, y ella enlazó sus manos alrededor de su cuello, presionando su estómago y sus pechos contra él.

—No puedo esperar a recuperar mi cuerpo y no estar deambulando con dificultad, necesitando ayuda con todo.

Él acunó su estómago. —Y yo tampoco puedo esperar a que recuperes tu cuerpo —dijo con una sonrisa sexy.

—Ya veo —dijo ella, acariciando su erección, sabiendo que él estaba siendo cuidadoso con ella en este momento y que la deseaba más a menudo de lo que estaba dispuesto a tomarla.

Él gruñó. —Me estás provocando, mujer. Un poco más de eso y te llevaré de vuelta a la cama.

—No, no lo harás, porque como dijiste, pronto estaremos aterrizando —riendo, se alejó y encendió la ducha—. ¿No vas a decirme todavía adónde vamos?

—No. Todavía no.

—Me pregunto por qué —dijo con una sonrisa—. Aunque supongo que es algún lugar en Europa, si vamos a aterrizar pronto.

—Ya lo verás muy pronto —dijo él, saliendo del baño para vestirse.

Ella se metió bajo la ducha.

Y esto, pensó, era la segunda mejor cosa que el dinero podía comprar. Una ducha caliente, después de una tarde en la cama con el hombre que amaba. Sonrió y levantó la cabeza hacia el cabezal de la ducha, permitiendo que su necesidad se aliviara bajo el chorro de agua fresca y para concentrarse en la luna de miel que tenía por delante. Se preguntaba dónde sería. Mientras no estuviera helando, no le importaba.

Pero en el momento en que bajó del avión, cambió de opinión. Conocía el país incluso antes de oír a alguien hablar el idioma nativo. Conocía la luz, conocía la arquitectura de los edificios mientras se dirigían al aeropuerto. Y sobre todo, conocía el aeropuerto. No necesitaba ver los carteles para entender adónde la había traído Harrison. O por qué.

—Nápoles, Harrison, ¿en serio? De todos los lugares del mundo a los que sabías que no quería venir, era a Italia.

—Como dije, es el único lugar al que sabía que tenías que venir. No puedes huir para siempre, Paris. No podemos seguir manteniendo un perfil bajo por tu pasado. Tienes que enfrentarlo alguna vez. Y bien puede ser ahora.

Todos los placeres de la tarde fueron barridos por sus palabras. Harrison no había cambiado. Todavía tenía la intención de controlarla, y eso significaba problemas en muchos aspectos. Incluido uno grande. Harrison no tenía ni idea de en qué se estaba metiendo, y a ella también.

CAPÍTULO DIECIOCHO

TODO EN PARIS revelaba su enfado. Desde su pie que se balanceaba hacia adelante y atrás desde sus piernas cruzadas, hasta sus manos apretadas como si temiera que una de ellas golpeara a Harrison si se soltaba, por no mencionar la mirada fulminante que le lanzaba de vez en cuando. A pesar de esas miradas oscuras, él prefería sus miradas fulminantes a la pétrea contemplación por la ventanilla de la limusina hacia el campo italiano. Al menos era algún tipo de conexión. Pero su enfado no le perturbaba. Estaba seguro de que no podían continuar como hasta ahora. Era hora de que ella enfrentara su pasado.

Cruzó una pierna sobre la otra rodilla y se reclinó. —No se podía posponer más. Lo sabes.

Los ojos de ella centellearon con ira. —¡No sé nada de eso! ¡Te dije quién es mi padre y aun así hiciste los arreglos, como si lo que yo pienso no importara nada!

—Eso no es cierto. Solo pienso... —Intentó encontrar la mejor manera de usar las herramientas con las que estaba poco familiarizado: las palabras. Se aclaró la garganta—. Solo pienso que cuanto antes nos enfrentemos a él, antes terminará toda esta tontería y podremos seguir con nuestras vidas.

—Esta tontería, como tú la llamas, solo se intensificará. —Las lágrimas brillaban en sus ojos, y por primera vez, un asomo de algo parecido a la incertidumbre lo atravesó—. ¡No tienes idea con quién estás tratando cuando se trata de mi padre!

—Todo lo que quiere es tener una relación contigo. Acabemos con esto y luego podremos volver a Norfolk.

—¿Y así es como vas a manejar las cosas en el futuro? ¿Eh? Cada vez que no estemos de acuerdo, ¿simplemente vas a ignorar lo que pienso, lo que siento, y hacer lo que quieras de todos modos? ¿Así es como va a funcionar nuestra vida?

No le sonaba como una mala idea, pero sabía que era mejor no expresar esta opinión. —No, por supuesto que no. Pero tienes que admitir que *no* reunirte con tu padre estaba resultando más problemático que reunirte con él. Tienes que afrontar la realidad, Paris, no va a desaparecer. Cuando lo vi, tuve la fuerte impresión de que está listo para una nueva relación contigo.

—No quiero ningún tipo de relación con él y su familia criminal. No quiero que nos llene de dinero obtenido de Dios sabe qué crímenes. —Negó con la cabeza—. No quiero saber nada de eso, Harrison.

—Ni yo. Confía en mí, Paris, todo lo que quiero es que no vivas escondida de tu padre, que hagas las paces con él. Si quiere algo más, nos largamos de allí. ¿Confías en mí?

—Es la única razón por la que me subí a este coche —susurró, con la mirada fija en la colina que se acercaba, en cuya cima se encontraba su antigua casa familiar—. No sabes en qué nos has metido.

Harrison siguió su mirada hacia la gran finca que crecía cada vez más. Ella estaba equivocada. Él sabía exactamente en qué se estaba metiendo. No se metería en ello si no fuera así.

Las grandes puertas se abrieron para ellos cuando se acercaron al perímetro exterior de la finca y pasaron junto a algunos edificios de piedra ubicados en medio de un olivar. A pesar de su apariencia rústica, Paris sabía que estos edificios albergaban sistemas de seguridad de última generación y al "personal" de su padre. Había aprendido de su madre que, en realidad, el "personal" de su padre eran matones capaces de cualquier cosa, allí para protegerlo a él, a los más cercanos a él, a los que tenían valor para él. Solo esperaba que una vez dentro, pudieran salir.

Después de pasar por el segundo juego de puertas, entraron en un mundo diferente. Un gran tramo de césped verde esmeralda rodeaba una fuente de mármol, una réplica de la Fuente de las Náyades en Roma, una fuente infame por sus ninfas acuáticas desnudas que supuestamente habían sido modeladas según prostitutas. Paris no tenía razones para no creer que aquí había sucedido lo mismo. A pesar de estar casado, su padre nunca había mantenido en secreto a sus amantes.

Paris miró por la ventanilla del coche el antiguo palazzo que se extendía ante ellos. Era tan hermoso como lo recordaba cuando se había dado la vuelta y echado un último vistazo aquella noche hace tanto tiempo cuando había huido.

Las puertas del coche se cerraron y el eco resonó en torno al palazzo aparentemente vacío. Pero ella sabía que habría gente allí. Siempre la había. De repente sintió un escalofrío en la piel y levantó la vista justo a tiempo para ver un movimiento alejándose del balcón central de la sala de estar del primer piso. Su padre la había visto llegar. Lo sabía.

—Cuanto antes entremos y lo conozcamos, antes podremos largarnos de aquí —dijo Harrison en voz baja, obviamente afectado por la atmósfera siniestra del lugar. Puso su brazo protectoramente alrededor de ella y caminaron hacia la puerta principal.

Antes de que pudieran alcanzarla, la puerta se abrió de par en par, y una mujer estaba allí, súper sexy, con abundante cabello oscuro y una gran sonrisa en su rostro.

—*Ciao*, Paris! —llamó, caminando rápidamente hacia Paris y abrazándola, besándola en ambas mejillas antes de retroceder y mirarla intensamente—. *Sembri tuo padre* —dijo. Paris palideció. Realmente no quería saber que se parecía a su padre.

Sonrió cortésmente, preguntándose quién demonios era esta mujer que les daba la bienvenida a su antiguo hogar, la casa de su padre, sede de una familia mafiosa que abarcaba varios continentes. —¿Está mi padre en casa? —preguntó en inglés.

—Ah —dijo la mujer—, por supuesto, Luis me dijo que tu madre te crió para hablar inglés como primer idioma, en lugar de italiano. Hablaremos en inglés, entonces. —Dirigió su mirada hacia Harrison.

—Y usted debe ser el Signore Richmond.

—Harrison, por favor —dijo él, aceptando su mano y estrechándola cortésmente.

Sus ojos destellaron con coquetería y sostuvo su mano un poco más de lo que era educado. Se inclinó con una ceja levantada y una sonrisa en sus labios carnosos. —Harrison será, entonces —dijo.

—Usted me lleva ventaja —dijo él.

Ella sonrió radiante. —Soy Marguerite, la esposa de Luis.

Paris se alegró de que Marguerite estuviera demasiado ocupada admirando a Harrison para notar su expresión asombrada. Ni siquiera sabía que su padre se había vuelto a casar. Pero, ¿por qué debería saberlo?

Se volvió hacia Paris. —Entrad, entrad. Luis está bajando ahora.

Siguieron a Marguerite hasta la sala formal, con sus grandiosas proporciones, frescos e irremplazables objetos de arte.

—*Mio caro*! —exclamó Marguerite, mientras caminaba rápidamente hacia una persona invisible, sus tacones altos resonando con firmeza en el suelo de mármol—. *Guarda chi è qui per vederti*!

Paris sospechaba que su padre sabía quién estaba allí para verlo. Después de todo, su propio marido lo había arreglado con él. Cuando Marguerite se apartó para revelar a su padre, el corazón de Paris se hundió. No había cambiado en lo más mínimo. Allí estaba, alto, delgado y elegante, su espeso cabello blanco peinado hacia atrás, acentuando sus pómulos afilados y su boca sensual. Pero había *una* diferencia importante: estaba solo. Normalmente, nunca iba a ninguna parte, ni siquiera a su propia casa, sin estar acompañado por dos corpulentos guardaespaldas. Antes de saberlo mejor, ella había creído que eran sus amigos.

—¡Papá! —lo saludó, avanzando, y él hizo algo inesperado. Abrió sus brazos, y el instinto la llevó hacia ellos. Besó sus mejillas. Sus brazos se cerraron suavemente alrededor de ella y de repente volvía a ser una niña, creyendo que su padre la amaba más que a nadie en el mundo, y que era un buen hombre, un hombre noble, un hombre digno de su amor. Sin pensar, apoyó la cabeza contra su pecho y escuchó el latido constante de su corazón, recordando un tiempo tan lejano cuando solía hacer exactamente esto. Pero eso fue antes de que supiera lo que hacía para conseguir sus millones, y se había sentido asqueada por ello.

Se apartó, confundida por la vorágine de emociones que la invadían. Él la sostuvo por los hombros. Entonces notó sus ojos: lágrimas brillaban en ellos.

—Déjame mirarte, *cara*. —Suspiró y negó con la cabeza—. Aún más hermosa de lo que recuerdo. —Miró al otro lado de la habitación a la mujer—. ¿No te lo dije, Marguerite?

—Lo hiciste, mi amor, y tenías razón. Aún más hermosa embarazada.

—Ha pasado demasiado tiempo, Paris. Demasiado tiempo. Pensé que nunca te volvería a ver. Desapareciste en la noche sin decir una palabra.

—No me dejaste otra opción, Papá.

—Venid —dijo Marguerite alegremente, obviamente no queriendo que el encuentro se agriara tan rápido—. He hecho que nos traigan bebidas al patio.

Siguieron a Luis y Marguerite afuera hasta la terraza. Paris miró alrededor sorprendida, esperando ver a los habituales aduladores. Siempre había habido un pequeño grupo unido alrededor de su padre para atender todas sus necesidades, ya fuera mantener a la gente alejada de él o entretenerlo. Pero ahora, parecían estar solos.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó, sentándose en la silla en la que Marguerite había colocado cuidadosamente cojines adicionales.

Su padre hizo un gesto con las manos. —Ya no hay nadie. No desde que cedí el control de la empresa a Adolfo.

Paris pasó por alto el eufemismo de la palabra “empresa”, asombrada por lo que su padre había dicho. —¿El primo Adolfo?

Luis inclinó la cabeza en señal de acuerdo. —En efecto.

—¿Así que ya no eres el jefe de la *empresa*?

—No. —Sonrió tristemente—. *Cara* —dijo, acariciando su mano—. Relájate y toma algo.

Debes estar cansada después de tus viajes.

No parecía que su padre fuera a darse prisa en contarle qué demonios había pasado para que cediera el control a otra persona.

Harrison y Marguerite mantuvieron una pequeña charla mientras la criada les traía bebidas y antipasti. Fue solo cuando estuvieron solos que su padre le dio una sonrisa triste.

—No tienes idea de cuánto tiempo he estado imaginando este momento.

—Es cierto, ¿sabes? —dijo Marguerite.

—Pero entiendo, *cara,* —continuó—, lo que descubriste aquella noche fue demasiado para ti. Y con tu madre ausente, ya no sentías que tenías que quedarte para actuar como intermediaria. Lo entiendo.

Estaba asombrada. —Suenas como si hubieras tenido terapia.

Tanto Luis como Marguerite echaron la cabeza hacia atrás y rieron. —Efectivamente —dijo él. La miró por encima de sus gafas de sol—. Estoy completamente terapizado. Gracias a Marguerite. Ella era la terapeuta. Y debo decir que ha ido más allá para sacarme de un lugar muy oscuro.

Intercambiaron una mirada amorosa, antes de que Marguerite se volviera hacia Paris con una sonrisa satisfecha. —Y tú eres el eslabón final. Ahora todo estará bien.

Paris intentó sonreír, pero difícilmente podía estar de acuerdo. Puede que hubiera cambiado externamente, pero seguía siendo el mismo hombre que había dirigido una banda criminal durante décadas y que había ganado reputación por no mostrar piedad.

Abrió la boca para disputar la afirmación de Marguerite, pero Harrison le apretó la mano y habló antes de que ella pudiera.

—Y ambos queremos que todo esté bien, también. Pero creo que eso podría tomar un poco más de tiempo para resolverlo. Vayamos paso a paso.

La boca de Paris se abrió sorprendida mientras lo miraba. Harrison se encogió de hombros, como si no supiera de dónde habían salido sus palabras diplomáticas. Para alguien que decía ser inútil con las palabras, parecía haber desactivado un momento difícil.

—Tu marido es un hombre sabio, *cara*. Marguerite está siendo optimista como siempre. Pero ahora también tengo esperanzas, esperanzas que nunca tuve antes. Ahora tenemos un futuro y haremos como dices, Harrison. Lentamente, paso a paso, ¿sí?

—Sí —dijo ella. Podía estar de acuerdo con eso. Paso a paso. ¿No es eso lo que tenías que hacer para avanzar en la vida? Un paso a la vez hasta que emergías y encontrabas un mundo diferente a tu alrededor. Ella siempre había temido que ese mundo que tenía por delante estuviera lleno de más miedo, más traición. Pero por primera vez en su vida, pensó que las cosas podrían ser diferentes. Sus ojos se llenaron de lágrimas por todas las oportunidades perdidas, momentos perdidos que podrían haber tenido si él hubiera cambiado antes.

—Ahora —dijo Marguerite—. Dime cuándo nacerá el bebé.

Pero Paris era incapaz de decir algo. Harrison la ayudó.

—En unas semanas. Por eso vinimos inmediatamente.

—¿Y va a ser niño o niña?

—Va a ser un niño. —Miró a Paris—. Y se llamará Luca.

Paris parpadeó y se levantó de un salto, y entró mientras las lágrimas comenzaban a rodar en serio. Era la primera vez que Harrison había estado de acuerdo con ella sobre el nombre, y representaba mucho más. Su aceptación de sus deseos mostraba que sus sentimientos estaban ahí, lo negara o no. No necesitaba palabras, se dijo a sí misma. Solo necesitaba saber que él se preocupaba por ella. Y ahora lo sabía, en lo más profundo de sus huesos, sin que se lo dijeran.

—¿Estás bien? —Miró a su alrededor para encontrar que Harrison la había seguido adentro —. ¿Qué pasa?

Ella negó con la cabeza y se apartó el cabello de la cara, secándose las lágrimas y sorbiendo. —Es todo un shock. De estar tan sola. —Abrió los brazos—. A todo esto. —Se acarició el vientre—. Hace solo unos meses, pensaba que tendría que hacer todo esto por mi cuenta.

—Y eso fue culpa mía y de tu padre. Pero ya no tienes que hacerlo sola.

—Lo sé. Y eso es lo que me resulta tan impactante. Apenas puedo creerlo.

—Vamos, volvamos con tu padre y Marguerite. Tienes mucho que recuperar antes de que nos vayamos.

Ella sonrió y, tomados de la mano, regresaron al exterior, a la sombreada logia para construir relaciones.

Al final, se quedaron dos noches en Italia. No podían arriesgarse a más tiempo debido a la fecha del parto, pero se fueron con promesas de volver con el nieto de Luis más adelante en el año. A pesar de su felicidad por el reencuentro, Paris se sintió aliviada de estar de vuelta en el avión. Los dolores y molestias de su cuerpo estaban cambiando y sabía que Luca no tardaría en llegar.

Harrison le quitó la bolsa y la puso a un lado. —Ahora, mujer, te quiero en la cama —dijo, con fingida severidad.

Ella se rió. —¿Por qué? ¿Quieres ver a una mujer muy embarazada dormir?

Él la besó. —No sabía que eras una lectora de mentes además de todas las otras cosas en las que sobresales.

Se acostó en la cama e inmediatamente se relajó. Se sentía física y emocionalmente agotada. Cerró los ojos por un momento e inhaló un respiro profundo y calmante. Cuando los abrió de nuevo, vio que él estaba frunciendo el ceño.

—No parezco ser muy buena leyendo mentes en este momento —dijo Paris—. ¿Qué está causando ese ceño fruncido?

—Me preocupa que no deberíamos haber venido. Te ves agotada.

—Lo estoy. Una parte de mí se alegra de ya no estar huyendo de él. Eso era una pesadilla constante. Pero otra parte se pregunta qué demonios acabo de hacer. Puede que ya no sea el jefe de la empresa y puede que por fin se haya enamorado, pero sigue siendo el mismo hombre que fue el jefe de la empresa familiar durante décadas. Hizo cosas... tales cosas, Harrison, que espero nunca tener que describirte. —Parpadeó, tratando de contener las lágrimas ante la invasión de recuerdos no deseados.

—Puedo imaginar lo que son. Pero son *sus* crímenes, con los que *él* tendrá que hacer las paces. Tú no tuviste nada que ver con ellos.

—Pero ¿cómo puedo mantener una relación amistosa con un hombre capaz de tal violencia?

—Porque es tu padre. Es un hombre complejo, igual que mi propio padre, igual que todos nosotros.

—Pero ¿reconciliarme con él es perdonarlo? Y, si es así, ¿debería hacerlo?

Él se encogió de hombros. —No lo sé. No soy un filósofo moral. Todo lo que sé es que se siente correcto.

—Sí, ciertamente se siente correcto hacerlo.

—Él dice que ha cambiado, Marguerite dice que ha cambiado, y ciertamente parece haber cambiado. Así que le daría el beneficio de la duda y lo aceptaría por quien es ahora. Dijo que se arrepiente de las cosas que ha hecho, así que solo podemos tomarlo por su palabra.

—Supongo que sí. —Exhaló un suspiro de alivio y sintió que la tensión se drenaba de ella—.

Creo que no me di cuenta de cuánta ira estaba conteniendo dentro de mí hasta ahora. —Le sonrió y alargó la mano para tocar sus labios—. Es mucho mejor ahora que se ha ido.

—¿Por qué? ¿Qué la ha reemplazado? —preguntó él, besando su dedo.

—Amor. Por ti, por Luca, y tal vez, solo tal vez, por mi padre y Marguerite. Sabes, creo que nunca más podría vivir sin amor en mi vida.

La sonrisa de Harrison vaciló, y miró el reloj y se alejó. —Deberías dormir un poco. Aterrizaremos pronto.

Apagó la luz y salió de la habitación tan abruptamente que por un momento Paris se preguntó si todo estaba bien con él. Y luego el sueño la venció, y se sumergió en un sueño profundo y sin sueños.

CAPÍTULO DIECINUEVE

HASTA EL SOL parecía brillar con más intensidad, pensó Paris mientras Harrison conducía el coche lentamente por las empinadas y estrechas calles de Blakeney hasta el muelle. Era mediodía en el normalmente tranquilo pueblo. Un grupo de adolescentes bajó del autobús, gritándose insultos entre risas, mientras una joven madre empujaba un cochecito calle arriba y una pareja de ancianos la saludaba. Las luces navideñas decoraban la calle y el Ejército de Salvación tocaba villancicos en el paseo marítimo. Los transeúntes se congregaban a su alrededor, bloqueando la calle.

Paris recordó la última Navidad que había pasado en su casa en Italia y se estremeció. No quería recordar aquella época infeliz. Tenía el presente, y el presente se veía bastante bien.

Miró a Harrison quien, aparte de tamborilear ligeramente en el volante, no mostraba ninguna señal de impaciencia. Sonrió para sí misma y miró al frente, hacia las aguas resplandecientes del muelle al final de la calle. Era un hombre paciente, y también compasivo. Lo que, le gustara o no, revelaba que tenía un gran corazón. El problema era que él no lo sabía. Pero lo sabría. Ella se encargaría de ello.

Cuando finalmente llegaron a la casa, ella se rio al observar su fachada.

—Marie ha estado ocupada.

Las ventanas de la bahía estaban rodeadas de luces navideñas, y también parecía haber un árbol profusamente decorado.

Harrison siguió su mirada.

—Marie preguntó si podía decorar mientras estábamos fuera. Le di permiso. Espero que no te importe.

—No. Se ve encantador y festivo —suspiró feliz—. Es algo que no hubiera podido contemplar hace unas semanas. Pero ahora... —le sonrió mientras llevaba sus manos unidas a sus labios y besaba el dorso de su mano.

Él arqueó una ceja.

—¿Ahora? —la animó.

—Ahora parece perfecto.

No pudo entender el repentino ceño fruncido en su rostro mientras apartaba la mirada.

—No puedes esperar la perfección, Paris —dijo en voz baja—. De mí no, en cualquier caso. Porque no lo soy ni lo seré nunca.

—No espero nada. He pasado demasiado tiempo con cero expectativas para cambiar ahora. No —dijo, mirando de nuevo a la casa—. Es más que puedo ver un camino hacia adelante, que no es turbulento ni lleno de desconfianza. Tendremos a nuestro bebé, y no habrá más sombras sobre nosotros. Solo estaremos nosotros construyendo una vida. Y eso, créeme, suena muy bien.

Perfecto, de hecho.

Harrison se salvó de contestar cuando la puerta principal se abrió de par en par y Marie apareció con una gran sonrisa de bienvenida.

—¿Estás lista? —le preguntó a Paris.

—¿Para qué?

—Para esto —dijo, levantándola con un solo movimiento y llevándola por el umbral.

Al día siguiente, Harrison se preguntó por qué había sugerido ir de compras navideñas al cercano pueblo georgiano de Holt. Estaba abarrotado en comparación con el azotado por el viento muelle de Blakeney, y siempre había odiado las multitudes. Pero cuando Paris salió de una tienda, con bolsas colgando de sus brazos y una sonrisa cuyo brillo superaba al de las luces, supo por qué. Haría cualquier cosa para hacerla feliz.

—¡Qué lugar tan estupendo! He comprado cosas para todos.

—Eso parece. Me sorprende que a la tienda le quede algo —dijo con una sonrisa.

—He conseguido un chal de cachemira para Indra y una preciosa bandeja de peltre para el nuevo hogar de Lily. Me dijo que había estado buscando una exactamente como esta.

—Estoy seguro de que les encantarán —dijo, sin tener ni idea de si sería así o no. Pero ciertamente le encantaba lo feliz que se veía Paris.

Ella sacó su teléfono.

—Necesito enviarle un mensaje a Indra. He olvidado quién me dijo que era el diseñador favorito de Sebastian —frunció el ceño mirando su teléfono—. Vaya, está sin batería. Recuérdame cargarlo en el coche.

—Claro.

—Es maravilloso sentirse libre, ¿sabes? No tener que esconderse más.

—Gracias a Dios que lo resolvimos.

—Yo misma apenas puedo creerlo. Menos mal que existe Marguerite. Definitivamente lo ha cambiado —de repente frunció el ceño—. ¿Crees que realmente ha cambiado? ¿Para bien?

Él se encogió de hombros.

—Solo podemos tener esperanza. Ciertamente parece estar de acuerdo con permitirte llevar tu propia vida ahora, y eso es lo único que importa. Cualquier otra cosa es la guinda del pastel —quería que esa sonrisa volviera a su rostro, así que abrió una de sus bolsas—. Entonces, ¿qué más compraste en la tienda? —un vistazo le había mostrado el tipo de cosas que tenían. Estaba llena de colores suaves y texturas hermosas—. Nada para mí, Alex o Seb, espero.

Ella se rió.

—No, pero he conseguido esto para Luca —abrió una bolsa, y él vio una muñeca dentro.

—¿Una muñeca, Paris? ¿En serio?

—Es bonita.

—Las muñecas son para niñas. Si le das eso, crecerá demasiado blando.

Ella se detuvo de repente. ¿Había sido algo que él dijo? Frunció el ceño y luego se frotó la espalda.

—¿Te apetece un café?

Ella se desplomó, revelando su cansancio.

—Sería maravilloso.

Entraron en una cafetería, y después de encontrar una mesa junto a la ventana para Paris, él pidió dos cafés y suficiente comida para los tres.

Regresó a la mesa para encontrarla mirando con nostalgia hacia fuera. Las luces proyectaban un resplandor sobre sus pómulos y labios, resaltando su belleza. Pero luego ella desvió ligeramente la mirada, y él vio que parecía un poco triste, aunque siempre le mostraba una sonrisa cuando estaba con él. Recordó la noche anterior cuando ella le dijo que lo amaba y él sabía que no era tanto una afirmación como una pregunta. Una pregunta que no había respondido.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la camarera que trajo los cafés. Después de que se marchó, notó que Paris se reía de él.

—¿Qué he hecho? —En realidad no le importaba lo que hubiera hecho. De hecho, lo haría de nuevo solo para verla reír.

—¿Sabes lo incongruente que te ves en una cafetería de pueblo?

Le encantaba esa sonrisa y se la devolvió.

—Si es algo parecido a lo incómodo que me siento, entonces sí.

Ella extendió la mano y tomó la suya.

—No tenemos que quedarnos aquí, ¿sabes? No si no quieres. Ahora podemos ir a cualquier parte.

—¿Realmente quieres vivir en el mundo que yo antes habitaba? Viajes constantes, mucha charla trivial, fiestas, encontrarse con la misma gente en cada evento de polo, bebiendo las mismas bebidas. Ya sabes cómo es.

—No lo sé, gracias a Dios, pero puedo imaginarlo. Pero, dicho así, no suena muy atractivo.

—No lo es. Ya no para mí, de todos modos. He cortado mis lazos con el mundo del polo.

—¿Qué vas a hacer?

—Cuidar de ti, para empezar.

—¡Harrison!

—Lo sé. No necesitas que te cuiden. ¿Está bien si simplemente digo que quiero estar contigo, pasar tiempo contigo y el bebé, construir una vida juntos aquí?

—Eso está perfectamente bien. Excepto... —frunció el ceño.

—¿Excepto qué?

—Te aburrirás. Necesitas algo más que yo, Luca y administrar tus finanzas.

Su perspicacia nunca dejaba de sorprenderlo. Había conocido a muy pocas personas en su vida que lo pusieran en primer lugar, que estuvieran interesadas en hacerlo feliz.

—Tienes razón, por supuesto. He estado hablando con Sebastian sobre sus caballos y probablemente trabajaremos juntos para desarrollar el lado del centro ecuestre del negocio.

Su rostro se iluminó como si amara los caballos, algo que él sabía que no era cierto. Estaba aterrorizada de ellos.

—¡Es perfecto! Te encantará y podrás ver a tu hermano regularmente.

Él fingió una mueca.

—Supongo que siempre hay un lado negativo en todo.

Ella se rió, sabiendo que estaba bromeando.

—Y puedo llevar a Luca a Richmond Estate e involucrarlo también —dijo él.

Su sonrisa se desvaneció.

—Por supuesto, si está interesado. Tienes que estar preparado para el hecho de que podría preferir cocinar o leer o jugar con muñecas.

—¡Es un niño, por el amor de Dios!

—Harrison —dijo ella, colocando suavemente su taza de café en el platillo—. Sabes, nuestro hijo será criado para ser quien quiera ser. Si es sensible, está bien. Si es, bueno, un poco más

duro, también está bien. Pero me preocupa que quieras que sea un niño duro y macho. Podría no ser así.

Él entendió lo que ella estaba diciendo, pero iba en contra de sus principios.

—Es un niño, Paris. Tendrá que ser duro en el patio de recreo, y más tarde en el trabajo. Criarlo para que sea blando no le hará ningún favor.

—Tampoco lo hará obligarlo a ser alguien que no es —extendió la mano y tomó la suya. ¿Cómo podía resistirse a la calidez de sus ojos?—. Por favor, solo piénsalo. Sé que es diferente a como te criaron a ti, pero eso no te hizo ningún *favor* a ti, ¿verdad?

Frunció el ceño, odiando que ella tuviera razón.

—¿Por favor? —preguntó ella.

Él gruñó asintiendo.

—¿Qué te parece si le permito jugar con muñecas si tú le permites venir a cazar conmigo?

—¿Cazar? —dijo ella, sorprendida.

—Sí, cazar.

—¿Qué tipo de caza?

—Cazar animales salvajes. Ciervos, jabalíes, ya sabes.

—¡De ninguna manera! No quiero que cace.

—Y yo no quiero que esté envuelto en algodones, jugando con muñecas.

Ella tomó aire profundamente, y él pudo sentir que se acercaba un compromiso.

—Ni siquiera hemos tenido a Luca todavía. ¿Qué tal si lo descubrimos sobre la marcha?

Él asintió. Pero de ninguna manera ningún hijo suyo iba a usar vestido o quedarse sentado sin hacer nada. De ninguna manera.

Durante todo el camino a casa, la conversación se reprodujo en la mente de Paris. Su relación con Harrison había mejorado exponencialmente en un breve período. Pero le preocupaba su negativa a contemplar cualquier cosa “suave”, cualquier cosa relacionada con el afecto o, Dios no lo quiera, cualquier cosa que requiriera que dijera la palabra “amor”.

El hecho de que no le hubiera dicho que la amaba le dolía más de lo que se atrevía a revelarle. Sabía que él tenía eso dentro de sí, pero también sabía que su orgullo se negaba a permitirle reconocerlo. Podía apenas soportar que no reconociera su amor por ella. ¿Pero por Luca? Ciertamente no podía tolerar la idea de que no mostrara su amor por su hijo.

Aunque no quisiera perturbar su recién encontrada paz y felicidad justo antes de Navidad, sabía que tenía que hablar con él sobre eso. Quizás después de Navidad. Quizás entonces. Pero, al sentir un dolor en la espalda que le recordaba que Luca saldría pronto, supo que no podía esperar.

CAPÍTULO VEINTE

AQUELLA TARDE, Harrison contemplaba el fuego que brevemente barrió los pantanos, sobre las marismas y hierbas, antes de ser devorado por el horizonte. Se preguntaba qué era lo que se sentía diferente. Y entonces lo entendió. Se sentía en paz. Era extraño sentirse arraigado, sin el impulso de agarrar una bolsa y saltar al avión más cercano hacia lo próximo que le pudiera entretener.

Mientras la oscuridad descendía sobre la tierra llana, con las dunas de arena atrapando un último rastro dorado, el mar se teñía de rojo sangre, y deseó, por encima de todas las cosas, poder amar como Paris amaba. Pero no podía. Nunca se emocionaba, nunca podía mover el peso de plomo en su pecho, nunca hacerlo saltar o hacer algo. Tenía que afrontarlo. Podía darle a Paris cualquier cosa excepto amor.

Observó cómo ella envolvía regalos y los colocaba bajo el árbol. Aún faltaba una semana para Navidad, pero Paris parecía estar decidida a disfrutar de todas las tradiciones. Sonrió para sí mismo imaginando las Navidades que les esperaban. Entonces ella levantó la mirada y su sonrisa desapareció. Había sombras bajo sus ojos y se movía torpemente, como si sintiera dolor. Flexionó sus manos para intentar controlar el hormigueo que sentía allí cuando percibía su malestar y le preocupaba el dolor que ella experimentaría al dar a luz. Podía y haría cualquier cosa por ella, lo sabía, cualquier cosa menos amarla.

Ella levantó la vista y sonrió.

—Pareces estar muy lejos.

—No, estaba aquí, contigo, pensando en ti.

Sonrió y arqueó una ceja.

—Solo cosas buenas, espero.

—Paris, no hay manera de que piense cosas malas sobre ti.

—Bien. Entonces ven aquí y dame un beso.

Hizo lo que ella sugirió, pero no pudo desterrar completamente la sensación de carencia por su parte.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre?

—Supongo que me preocupa no poder darte nunca lo que quieres.

—¿Cómo sabes lo que quiero?

Gruñó divertido.

—Me lo dijiste. Bastante claro una vez. Dijiste que querías ser amada.

—Ah, sí. Lo recuerdo. ¿Y eso te preocupa?

Se tomó su tiempo antes de responder, apartando un mechón de pelo de su rostro y

colocándolo junto a los demás. Para cuando volvió a mirarla a los ojos, la preocupación estaba grabada en ellos. Ella seguía esperando una respuesta.

Asintió.

—Harrison, nuestras vidas han cambiado tanto en los últimos meses que estoy segura de que seguirán cambiando.

—Soy un hombre frío, Paris. A estas alturas deberías saberlo.

Ella negó con la cabeza.

—No lo creo.

Su corazón se sintió aún más frío.

—Eso es lo que me temo.

La puerta se abrió de golpe, y Marie entró con algunos productos recién horneados y bebidas calientes antes de marcharse por la noche.

A medida que avanzaba la noche, también lo hacía la sensación de desesperación de no ser suficiente para Paris. Ella era feliz por ahora debido a lo mucho que se había desarrollado su relación. Y, sin duda, creía que continuaría desarrollándose. Pero más tarde, cuando se diera cuenta de que él tenía razón y que no había amor en él para nadie, ¿sería feliz entonces? Conocía la respuesta. Su Paris nunca sería feliz sin el amor que necesitaba, anhelaba y merecía.

Logró ocultarle sus pensamientos durante toda la noche, pero cuando, mucho más tarde, estaban en la cama, ella se movió entre sus brazos y levantó su hermoso rostro hacia él en señal de interrogación.

—Sigues preocupado, ¿verdad? —preguntó.

Él besó la parte superior de su cabeza y apretó sus brazos alrededor de ella. Paris se acurrucó contra su cuerpo.

—Supongo.

—¿Por qué? —Intentó moverse entre sus brazos para mirarlo de frente, pero él la sujetó con más fuerza, distrayéndola con un beso en el cuello y una caricia en sus senos, que esperaba detuviera las preguntas—. ¿Por qué? —repitió ella. Su corazón se hundió.

—Porque un día descubrirás que lo que digo es cierto. Estoy dañado, Paris. No hay manera de que pueda recuperar mi corazón. No hay manera de que pueda amar.

Ella permaneció inmóvil unos momentos.

—¿Qué crees que estás haciendo ahora?

—Abrazándote, cuidando de ti y de Luca.

—¿Y no crees que cuidar está cerca de amar? No, más que eso, cuidar es una expresión de amor.

Él la soltó y se volvió a recostar en la cama.

—¡Paris! ¿No lo ves? Estás esperando algo que no existe, que *nunca* existirá. Y eso me asusta.

Ella se volteó de lado, se apoyó sobre su codo y colocó su mano en el pecho de él, escudriñando su rostro. Él deseó que sus ojos no estuvieran humedeciéndose. Parpadeó, sin estar seguro de por qué lo estaban.

—¿Por qué te asusta mi creencia de que puedes amar?

—Porque la “creencia” y la “esperanza” no son cosas sólidas sobre las que basar un matrimonio. Un día despertarás, te darás cuenta de que yo tenía razón y saldrás por esa puerta.

—¿Y qué consideras que *son* cosas sólidas sobre las que basar un matrimonio?

—Las razones por las que nos casamos en primer lugar. Crear un hogar seguro para nuestro hijo, asegurarnos de que se sienta querido.

—¿Y eso es suficiente para ti?

—Tiene que serlo. ¿No es suficiente para ti? —preguntó.

—No. —Retiró su mano del pecho de él y se sentó. Inmediatamente él puso su propia mano donde había estado la de ella. Ella apartó la mirada, con el cabello revuelto a su alrededor, ocultando su expresión.

—¿Paris?

Cuando ella se volvió hacia él, su mirada era feroz, y lágrimas surcaban sus mejillas.

—No, me casé contigo porque te amaba. Nos casamos para bien o para mal, nos casamos en la salud y en la enfermedad, nos casamos para estar juntos por el resto de nuestras vidas. ¡*Por eso* me casé contigo! Nunca me casaría con nadie simplemente por conveniencia. Tienes razón —dijo enfadada—. *Somos* diferentes.

—*Sé* que lo somos. Y eso es lo que me preocupa. No puedo darte lo que quieres, Paris. Simplemente no puedo. No está en mí.

Intentó extender la mano hacia ella, necesitando su contacto, pero ella apartó sus manos y se puso de pie, poniéndose su bata.

—Entonces quizás deberías irte. —Había una fría rotundidad en la declaración que le heló.

—Ha estado atormentándome —dijo.

Ella lo miró con ojos ardientes.

—¿Estás pensando en dejarme? ¿Todo este tiempo que hemos estado preparándonos para la Navidad, yo, hablando de lo feliz que soy, y tú has estado pensando en dejarme?

—No es como suena.

—¿Cómo puede ser algo diferente a como suena? ¿Estás pensando en dejarme?

—Mis razones para estar contigo siguen en pie. Luca.

—Eso no es suficiente para mí.

—Lo sé, y ya no creo que sea suficiente para mí tampoco... —No tuvo oportunidad de explicarse más, de desenredar sus pensamientos antes de que ella explotara.

—¡Entonces por qué molestarse en esperar! ¿Por qué no irte ahora? ¡En este instante! ¿Qué estás esperando?

—Me necesitas, y...

—¡Por última vez! ¡*No* te necesito!

—Estás a punto de dar a luz a nuestro hijo. No puedo dejarte ahora.

—Harrison, si no me amas y estás planeando dejarme, créeme, no quiero que esperes. No quiero despertarme cada mañana y mirar para ver si estás ahí o no. Prefiero que te vayas ahora y acabemos con esto.

Permaneció en silencio unos momentos. Sabía que llegaría a esto, solo que no esperaba que fuera tan pronto. Sabía que, por primera vez en su vida, no tenía elección en esto. Haría cualquier cosa por ella ahora, incluso irse.

—Haré lo que quieras que haga.

—Quiero que te vayas.

Fue como si un rayo de dolor helado atravesara su cuerpo. Se sintió enfermo del estómago. Tragó saliva con dificultad.

—Me iré por la mañana.

—¡No! Una vez antes, te pedí que te fueras y no lo hiciste. Te negaste. Te lo pido de nuevo: vete. Vete ahora. No te quiero aquí. ¿Entiendes?

Lo entendía perfectamente. Hace unos meses, se habría negado a irse. Habría exigido que estuvieran juntos debido a su necesidad de hacer lo correcto por su hijo. Para que la historia no

se repitiera. ¿Pero ahora? Todo había cambiado. No quería forzar a Paris a su voluntad más de lo que quería volar. No examinó el impulso, simplemente actuó.

Balanceó las piernas fuera de la cama y sostuvo brevemente su cabeza entre las manos antes de levantarse de un salto y salir por la puerta que conectaba con su dormitorio. Mientras se vestía, escuchó sus pasos, esperando que viniera a decirle que había cambiado de opinión. Porque se dio cuenta de que *tenía* que irse a menos que ella le dijera que podía quedarse. Estaba completamente a su merced. Lo que ella quisiera que hiciera, lo haría. Le debía al menos eso.

Pero no hubo más que silencio de su parte mientras metía algunas cosas en una bolsa, miró brevemente alrededor de la habitación, maravillándose de lo diferente que se sentía ahora a cómo se había sentido cuando se mudó aquí con Paris. Parecía que habían pasado años, no meses. Se detuvo en el pasillo y cerró los ojos contra sus lágrimas, escuchando cualquier sonido de Paris, cualquier señal de que hubiera cambiado de opinión. No hubo ninguna. Solo el viento azotando la casa y el sonido de la lluvia golpeando contra la ventana. Lo que había imaginado había sucedido, pero nunca imaginó que se sentiría tan mal. Continuó hacia afuera, el viento casi arrancándole la puerta de la mano mientras bajaba los escalones y luchaba contra el viento y la lluvia a lo largo de la calzada azotada por el mar hacia el coche.

¿Adónde iría? Su instinto era hacer exactamente lo que ella decía y desaparecer de su vida para demostrarle que lo decía en serio. Una vez, solo meses atrás, había querido capturarla, mantenerla cerca y nunca dejarla ir. Ahora, simplemente quería liberarla. Ella era más importante para él ahora que él mismo. No tenía más opción que hacer lo que ella le pedía e irse. Con el corazón apesadumbrado, arrancó el coche y se alejó.

Paris no sabía cuánto tiempo había permanecido sentada —conmocionada y afligida— después de oír su coche alejarse. Una parte de ella no había creído que realmente se iría. Pero lo había hecho. Hace unos meses, él se había abierto paso en su vida, asegurándose de que ella no pudiera irse. ¿Pero ahora? Ahora se había ido porque dijo que quería que ella tuviera libertad de un hombre que nunca podría amarla. Solo un hombre enamorado haría eso. Lástima que no se diera cuenta. Pero lo haría.

Pero no esta noche, al parecer. Se sentó con la cabeza entre las manos, tratando de alejar la palpitante jaqueca que era consecuencia de sus lágrimas. Al final, se levantó y automáticamente fue a la cocina a buscar una bebida caliente. Mantuvo su mano apoyada en la tetera mientras miraba hacia la negra noche en la que la tormenta rugía, invisible. Se sentía extrañamente distante, como si estuviera en el mar, sola, pero segura en su capullo. Él volvería. Sabía que lo haría.

De repente las luces se apagaron y la tetera dejó de burbujear bajo su mano. La habitación se sumió en la oscuridad, sin el alivio de las farolas al final de la calzada. Tanteó su camino de ventana en ventana, revisando la costa y las casas buscando señales de electricidad, pero todo estaba en tinieblas. La tormenta debía haber dañado una línea eléctrica central en algún lugar.

Velas. Cerillas. No había abastecido esta casa y no sabía si, de hecho, había alguna de las cosas que necesitaría, como una linterna. Probó en algunos cajones sin éxito. Luego recordó dónde estaba su bolso y sacó su teléfono. Se encendió antes de morir inmediatamente. Cerró los ojos y presionó el teléfono contra su frente con temor. Había olvidado cargarlo en el coche. Intentó con el teléfono de la casa. Estaba muerto y podía oír por qué. El cable telefónico golpeaba contra el lateral de la casa. Estaba incomunicada. Nunca antes se había sentido tan sola y estaba horrorizada por lo fácil que había sucedido.

Tragándose el miedo y negándose a dar rienda suelta a su imaginación, volvió a la cama. Dormiría durante esta horrible noche. Eso es lo que haría. Se acostó tratando de meditar, tratando de calmar su acelerado corazón. Pero su cuerpo se negaba a cooperar. Necesitaba ir al baño, y fue solo cuando hubo un flujo de líquido antes de que pudiera llegar al inodoro que se dio cuenta de lo que había sucedido. Se le había roto la fuente. La presión que había estado experimentando dentro de ella todo el día se profundizó y se agudizó en un repentino dolor debilitante que la hizo gritar en voz alta y caer de rodillas, desplomada sobre el borde de la bañera.

Cuando por fin pasó la ola de intenso dolor, rodó hacia atrás sobre sus talones y miró al techo del baño, con los ojos inundados de lágrimas. Su bebé estaba en camino, y estaba completamente sola sin medios para comunicarse con nadie. ¿Qué demonios iba a hacer?

CAPÍTULO VEINTIUNO

ENTRE CONTRACCIONES, que ahora venían fuertes y rápidas, Paris se puso el abrigo y bajó cuidadosamente las escaleras hacia el pasillo. Se preparó antes de abrir la puerta principal de par en par. La lluvia la azotó y quedó empapada en cuestión de segundos. Pero, doblada por la mitad, se obligó a salir al viento racheado, agarrándose a la barandilla de hierro como si le fuera la vida en ello. Con la palma de la mano, apartó su cabello, buscando alguna señal de vida en el muelle de Blakeney. Pero ya era tarde. Los pubs habían cerrado y, al estar en pleno invierno y con temporal, no había señal de nadie ni en la calle ni en las casas. Pero tendrían que estar allí. *Alguien* tenía que estar allí.

Con la cabeza gacha, avanzó un pie tras otro por el camino. Entonces tuvo otra contracción, y no tuvo más remedio que caer al suelo a cuatro patas sobre el sendero embarrado y respirar para superarla. Dejó escapar un grito de frustración y miedo mientras la contracción la atenazaba. Cuando pasó, se sentía débil y helada. Al levantar la mirada, pensó que estaba alucinando. Una luz brillante le daba directamente. Entrecerró los ojos y una luz se convirtió en dos, y de repente se dio cuenta de que estaba mirando directamente a los faros de un coche. No lo había oído acercarse por el aullido del viento.

Una puerta se cerró de golpe, e intentó levantarse, pero sus extremidades se negaron a cooperar. Lo intentó de nuevo y oyó un grito, pero no pudo distinguir quién había gritado ni qué habían dicho, ya que el sonido se fragmentó en el viento. De repente, unos brazos poderosos se deslizaron bajo ella y la levantaron.

—¡Paris! —dijo una voz que apenas reconoció, tal era la sorpresa y el miedo que contenía.

Miró hacia arriba a través de la lluvia a la figura sombría. No podía creer lo que estaba viendo—. Pensé que te habías ido.

—¡Cristo, Paris! ¿Estás bien? —Apartó el cabello que estaba pegado a sus mejillas—. ¿Qué demonios estás haciendo?

Estaba tan aliviada de verlo que de repente se sintió débil, y él tuvo que sostenerla con más firmeza.

—¿Hacer? —Soltó una risa sombría—. Tener un bebé, por supuesto. ¿Por qué otra razón crees que estaría fuera con este tiempo?

—¿El bebé? ¿Viene ahora? —Maldijo y miró alrededor, sujetándola con más firmeza—. Vamos a meterte en el coche.

Lograron caminar por el pasadizo sin resbalar. Harrison la sostenía con fuerza, como si su vida dependiera de ello. La vida de ella sí dependía de ello, al igual que la vida de su hijo, eso era seguro. Abrió la puerta del coche de golpe.

La lluvia salpicó los asientos de cuero, oscureciéndolos en segundos, mientras la bajaba al

asiento trasero. Pero Paris estaba demasiado empapada para ser consciente de otra cosa que no fuera la necesidad de acostarse de lado y concentrarse en su respiración.

—Voy a buscar algo para mantenerte caliente —dijo, abriendo el maletero.

Ella se acomodó en una posición más cómoda mientras Harrison reapareció y suavemente la cubrió con una manta. Se inclinó y la besó.

—No te preocupes por nada. Estarás bien. Me aseguraré de ello.

—¿Adónde fuiste?

—No muy lejos. No podía dejarte. Simplemente no podía. Así que di la vuelta y regresé directamente. —La besó otra vez.

Se recostó contra el asiento mientras él saltaba al asiento del conductor, encendía la calefacción al máximo y conducía con cuidado por el camino lleno de baches hacia la carretera, hablando todo el tiempo, palabras que normalmente nunca usaba, palabras para consolarla y tranquilizarla.

El viaje al hospital pareció durar el doble de lo habitual. Cada kilómetro contenía lágrimas, gritos y respiración trabajosa mientras Paris intentaba mantener la calma y manejar el dolor. Y cada kilómetro contenía momentos de absoluta paz: su mejilla presionada contra el asiento de cuero del coche, mientras acunaba su vientre con una mano y escuchaba a Harrison. Sus palabras fluían como nunca antes lo habían hecho. Ella había sabido que este hombre de pocas palabras las encontraría cuando las necesitara. Y parecía que las necesitaba ahora. Y ella también.

Él era tan fuerte. Desde su posición, podía ver sus manos agarrando firmemente el volante y su mirada fija en la carretera, mirándola ocasionalmente por el espejo retrovisor. Incluso entonces, el ceño fruncido era de fuerza y determinación, y ella sabía que estaba en las mejores manos. Sabía, con absoluta certeza, que él la llevaría a salvo al hospital. Después de todo, como jugador de polo, era conocido por sus nervios de acero y su corazón frío. *El hombre de corazón frío,* lo llamaban. Y ella estaba agradecida por ello ahora, aunque sabía que eso no era todo él. Había mucho más bajo esa fachada que él aún tenía que descubrir.

—Estamos cerca ya.

Pero ella no lo oyó porque se había incorporado a cuatro patas y estaba jadeando mientras la presión aumentaba y el dolor se volvía insoportable. Vagamente fue consciente de que el coche se detenía, de que la puerta del coche se abría rápidamente y de unos ojos que la miraban. Parpadeó ante la luz.

—Recuéstese ahí un momento —dijo una voz tranquilizadora— y déjenos revisarla rápidamente. Soy Pam —dijo la voz maternal, mientras apartaba la ropa de Paris para hacer una evaluación rápida—. Perfecto —dijo con una amplia sonrisa—. Su pequeño llegará en breve, así que entremos para resguardarnos de este clima, ¿de acuerdo?

Sin esperar una respuesta, la cara de la mujer desapareció y Harrison se inclinó, deslizó sus manos bajo ella y la sacó del coche. Nunca había estado tan aliviada en su vida de que un viaje terminara. Se apoyó contra su pecho con un sollozo mientras él ignoraba a todos los demás y entraba a grandes zancadas en el calor y el refugio del hospital. Vagamente fue consciente de personas corriendo alrededor, y luego de Harrison depositándola suavemente en una camilla.

Se sintió abandonada cuando él se apartó; a pesar de todos los profesionales que la rodeaban, quería solo a una persona con ella.

—¡Harrison! —gritó—. ¡No me dejes!

—No lo haré —dijo con firmeza, tomando su mano y caminando junto a ella mientras empujaban la camilla más adentro del hospital, a través de puertas batientes. Le dieron gas y aire y se acostó de espaldas viendo las luces del techo pasar. Entre el traqueteo rítmico de las ruedas,

la charla de la comadrona sobre cosas cotidianas y el firme agarre de la mano de Harrison sobre la suya, comenzó a sentirse más tranquila. Hasta que la acostaron en la cama y otra contracción la agarró. Cuando pasó, fue vagamente consciente de enfermeras y la comadrona moviéndose alrededor, y de Harrison todavía sosteniendo su mano. Durante un largo momento se miraron el uno al otro, sus ojos expresando toda la gama de emociones, desde la preocupación, la esperanza, el alivio hasta algo mucho más intenso, algo mucho más tranquilizador. Y, en ese momento, Paris supo que no necesitaba palabras para lo que podía ver en su corazón.

El momento pasó cuando el dolor atravesó su cuerpo. Había querido un parto natural y resultó que era demasiado tarde para cualquier otra cosa. Lo sintió todo con intensidad y, entre la profesionalidad de la comadrona y el amor de Harrison, tomó el control, reunió lo último de sus fuerzas y empujó con todas sus ganas. Al final, solo tomó tres contracciones más antes de que Luca se deslizara al mundo con calma y con una expresión ligeramente sorprendida en su rostro. Pero la expresión sorprendida no tenía nada que ver con la de Harrison, cuando la comadrona rápidamente envolvió a Luca y lo puso en las manos expectantes de Harrison.

Pensó que nunca olvidaría la expresión en su rostro cuando sostuvo a su hijo por primera vez. Estaba desnuda. No había filtro entre él y el resto del mundo, nada más que absoluto asombro y amor. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras traía a Luca hacia ella. Ella pasó un dedo por la cabecita suave de Luca y la besó.

—Hola, mi niño querido —susurró.

Se rió cuando él abrió la boca para capturar la punta de su dedo.

—Creo que sé lo que quieres, pequeño —dijo, apartándose la bata. Lo tomó de Harrison y lo levantó hasta su pecho. Inmediatamente comenzó a mamar.

—Tienen un bebé muy tranquilo —dijo Pam con una sonrisa.

—¡Quién sabe por qué, dadas las circunstancias de su nacimiento! —dijo Paris con una risa —. ¡Casi lo tuvimos en el coche!

—Es tranquilo y concentrado —dijo Harrison, con una sonrisa que no había abandonado su rostro desde el nacimiento de Luca—. Como su madre. —Su sonrisa se ensanchó al encontrarse con sus ojos—. No hay quien los aparte de lo que quieren. Y luego, de repente, ya no quieres apartarlos cuando te das cuenta de que tenían razón todo el tiempo.

Pam miró de uno a otro con una sonrisa.

—Como quiera que lo mire, es un niño contento, y un afortunado por nacer en una familia tan amorosa. —Recogió algunas cosas y se dirigió a la puerta—. Les dejaré a los tres en paz. Si necesitan algo, toquen el timbre.

Los sonidos del hospital se desvanecieron después de que la puerta se cerrara, dejando solo el sonido de Luca mamando.

—No puedo creerlo —dijo Harrison en voz baja, inclinándose hacia adelante y apartando un poco la suave manta para poder ver la cabeza de su hijo—. Es tan perfecto.

Paris cambió su sonrisa de Luca a Harrison.

—Lo es, ¿verdad?

—Oh, sí —dijo, besando su mejilla—. Casi tan perfecto como su madre.

Ella acarició suavemente el suave cabello de Luca con el dorso de su dedo.

—Va a ser alto, como tú —dijo, acariciando las largas piernas de Luca.

—Y con mi color, por lo que parece. Ojos azules.

Ella se rio.

—Todos los bebés nacen con ojos azules.

—Y definitivamente tiene tu temperamento.

—Es cierto. Sabe lo que quiere y actúa para conseguirlo. Por supuesto, eso no siempre significa que consigas lo que quieres.

—Tienes más posibilidades que si *no* actúas —dijo Harrison, recostándose en su silla—. Como tú. Dejando el mundo de tu padre y creando uno para ti.

Ella soltó una risa.

—Eso dejó de funcionar en el minuto en que entraste en mi vida.

—Me atrajiste —dijo con un beso—. Con tu canto de sirena.

—También conocido como un Preludio de Chopin —dijo con ironía.

—Y luego seguiste adelante, creaste otra vida nueva para ti.

—Que tú, de nuevo, interrumpiste.

—Cierto —reflexionó, acariciando la cabeza de su hijo—. Supongo que tenía pocas posibilidades de ser dócil y pasivo con padres que saben lo que quieren.

Ella le lanzó una mirada.

—Especialmente cuando el padre no acepta un no por respuesta. —Deseó poder retirar esas palabras, porque no quería que nada se interpusiera entre ellos. No quería revivir el pasado, solo seguir adelante. Se aclaró la garganta—. Me pregunto cómo eras de bebé.

La sonrisa de Harrison se desvaneció.

—No tengo idea. Papá nunca habló de eso.

—Sebastian lo sabrá. Y probablemente Alexander. ¿Sebastian tendría unos ocho años cuando naciste?

—Siete.

—Le preguntaré la próxima vez que lo veamos.

—Ah. Sobre eso.

—¿Qué? —dijo, distraída mientras cambiaba a Luca de un pecho al otro.

—La próxima vez que veamos a Sebastian.

Ella levantó la mirada e inclinó el rostro en una advertencia burlona.

—Sé que querías pasar el día de Navidad en Blakeney. Pero cuando Indra se enteró...

—Está bien...

—Insistió... —Se interrumpió—. ¿Has dicho “está bien”?

—Sí.

—Pero pensé que estabas decidida a querer la Navidad en Marsh House.

—Lo estaba. Pero eso era antes. —Acomodó al ahora dormido Luca en sus brazos cuando su pezón se salió de su boca y ajustó su ropa—. Y esto es ahora. Todo es diferente ahora.

Harrison de repente pareció inseguro, lo que era raro en él. Todavía no habían hablado de su desaparición y su repentina y oportuna reaparición. Pero lo harían, y entonces ella se aseguraría de que esa mirada de incertidumbre desapareciera y nunca volviera.

Le entregó un dormido Luca a Harrison.

—¡No! —dijo alarmado—. Podría dejarlo caer.

—Tonterías.

No le dio ninguna opción. Luego se recostó y observó a su hombre macho derretirse mientras sostenía a su hijo, murmurando palabras de cariño que ella no tenía idea que conocía, acariciándolo suavemente a través de la suave manta. Y en ese momento, pensó que era la mujer más feliz del mundo.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

MIENTRAS HARRISON OBSERVABA la sala de Richmond Manor, tuvo que admitir que era el lugar perfecto para celebrar una Navidad familiar. Desde el nacimiento de Charlotte, el hogar de Sebastian e Indra había perdido parte de su formalidad y se había transformado en un hogar familiar, con juguetes y otros enseres de bebé esparcidos por la que una vez fue una sala formal e impecable.

Charlotte había comenzado a llorar, así que Indra la acostó en una cuna junto a ellos. A Charlotte le gustaba estar acompañada y gritaba como una condenada si sentía que la dejaban sola. Solo se calmaba con el sonido de personas y actividad a su alrededor. Harrison observó cómo Paris le entregaba a Luca a Lily, quien acababa de anunciar que estaba embarazada de cuatro meses. Había declarado a voz en grito que necesitaba práctica.

Entre los dos bebés y seis adultos, sin mencionar los diversos amigos y almas perdidas que Indra había ido recogiendo, el lugar estaba lleno de vida. Harrison no podía recordar que alguna vez hubiera sido así. Pero incluso mientras pensaba eso, los recuerdos empujaban en su mente, intentando tomar forma.

Frunció el ceño y apartó la mirada del bullicio dentro de la habitación hacia el parque exterior. La nieve había comenzado a caer sobre los prístinos jardines de Richmond Manor, posándose ligeramente en las ramas desnudas de los árboles y escarchando la parte superior de la fuente y el muro de piedra. Minuto a minuto, el lugar se estaba transformando en una postal. Convertido de un sitio que solía temer visitar —un lugar que simbolizaba todo lo que odiaba— a uno que representaba todo lo que había llegado a valorar. Familia.

Al oír risas, miró alrededor para ver que Lily había terminado de contar una anécdota, y Alexander y Sebastian se reían a carcajadas. Indra sostenía a Charlotte, cuya pequeña mano había agarrado un puñado de su largo cabello oscuro. Pero ella estaba mirando a Harrison. Él le sonrió. Ella no solo había transformado a su hermano mayor, Sebastian, sino que había transformado Richmond Manor. Y, al hacerlo, había transformado todas sus vidas. Ahora era un hogar familiar.

Ella se acercó a él. —Pareces perdido en tus pensamientos —siguió su mirada hacia la extensa extensión blanca de la finca que resplandecía contra el oscuro cielo fundido.

—Nada profundo —dijo, sin querer compartir sus pensamientos más íntimos, incluso con su cuñada, a quien tanto apreciaba—. Solo recordaba cuando éramos niños muy pequeños. Supongo que debió ser antes de que madre muriera —sacudió la cabeza como para deshacerse de la idea —. De todos modos, recuerdo que los tres tuvimos una pelea de bolas de nieve en el jardín. Mis hermanos no se contenían y, siendo el más joven, yo llevé la peor parte. Me parece recordar que intentaron cubrirme de nieve como si fuera un muñeco de nieve y ponerme una zanahoria en la

nariz y gafas de sol sobre los ojos.

—¿Y les dejaste?

—¡No tuve mucha elección! —frunció el ceño mientras otros recuerdos difusos intentaban abrirse paso en su conciencia—. Pero entonces, me parece recordar que hubo un golpe en la ventana, y madre les gritó a Alex y Seb que dejaran de meterse conmigo —parpadeó—. Sabes, no había recordado ese detalle antes.

—¿Hay algo más que puedas recordar? —Indra le animó suavemente. Apenas la escuchó mientras revivía ese momento, ocurrido tanto tiempo atrás. Ya no había nada que le impidiera recordar. No existía ese miedo paralizante que intentaba evitar el dolor. En su lugar, recordó a su madre abriendo las puertas francesas y avanzando hacia ellos. Debió ser cuando estaba bien. Antes de la enfermedad.

—¡Alexander! ¡Sebastian! ¡Quedaos donde estáis! —había gritado.

Alexander y Sebastian habían dejado de hacer lo que estaban haciendo y se habían mirado, sin querer desobedecer a su querida madre, pero sin querer parar la diversión tampoco. El rostro de su madre era feroz mientras se acercaba a ellos. Luego, cuando estuvo a su alcance, se agachó y recogió puñados de nieve antes de que se dieran cuenta de lo que estaba haciendo. Las bolas de nieve empezaron a volar hacia ellos con toda su fuerza. Una golpeó directamente a Sebastian en la nariz.

—¡Vamos, Harry! —había llamado ella—. ¡Ven a echarme una mano para poner a estos dos en su sitio! —Él había saltado para quitarse la nieve y corrido hacia su madre. Y los habían puesto en su sitio. Ahora podía recordar, con vívida claridad, sus risas creando nubes de vapor y las mejillas enrojecidas y los ojos brillantes de su madre. Cómo su cabello rubio rizado había captado la luz del sol, iluminándola en una bruma dorada. Y sobre todo, podía recordar el calor en sus ojos cuando lo miraba. Y cómo, después de la pelea de bolas de nieve, ella se había arrodillado en la nieve frente a él, quitándole la nieve restante del pelo, y lo había besado en la mejilla.

—Hay dos cosas en este mundo que no debes olvidar, Harry. Una, que necesitas plantarle cara a esos terribles hermanos mayores tuyos. Y dos...

—¿Dos? —preguntó, preguntándose por su sonrisa.

—Dos, te quiero muchísimo, mi niño querido. Y siempre te querré.

Antes de que pudiera decirse nada más, una bola de nieve había aterrizado en la parte posterior de la cabeza de su madre y se había desintegrado, rociando nieve sobre ambos. Ella se rio y pronto estaba persiguiendo a los niños con más bolas de nieve.

Harrison soltó una risa incrédula mientras el recuerdo se desvanecía. *Había recordado a su madre*. Realmente la había recordado. En detalle. Las finas facciones de su rostro, cómo sus labios se curvaban en una sonrisa a la que nadie podía resistirse. Lo que había dicho, lo que había hecho, y cuánto se habían querido. Parecía un milagro. Se apartó de Indra, volviendo a mirar hacia afuera una vez más, sin querer exponerse.

Indra puso su mano en su hombro. —¿Está todo bien? Parece como si hubieras visto un fantasma.

Él inspiró profundamente y la miró. —Creo que lo he visto. Pero es un fantasma que me negué a ver antes, y ahora puedo. Un buen recuerdo, Indra. Un recuerdo muy bueno.

—Excelente. Espero que Richmond Manor sea la fuente de muchos más recuerdos. Para nosotros y para nuestros hijos —miró a Lily, que estaba tratando de convencer a Paris de que su embarazo de cuatro meses ya se notaba. No era así. Estaban rodeados por los restos de regalos de Navidad abiertos, que principalmente incluían juguetes y ropa de niños y cosas indispensables y

preciosas para las tres guarderías.

—Especialmente en Navidad —dijo Harrison.

—Especialmente en Navidad —repitió Indra, mirando alrededor—. Richmond Manor es un hogar hermoso, pero en Navidad, realmente se luce.

Mientras Harrison observaba a Indra volver con Sebastian, que tenía los brazos extendidos, listo para recibir a Charlotte, no pudo evitar pensar que gran parte del encanto de la mansión en Navidad se debía a Indra. No había escatimado en gastos ni esfuerzos y había decorado la mansión con adornos tradicionales de buen gusto, incluidos al menos seis árboles de Navidad reales.

Se tomó un minuto, reacio a regresar con los demás. Todavía estaba impactado por el repentino y vívido recuerdo de su madre. Y sabía que ese recuerdo habría quedado atrapado en su interior si no fuera por Paris, que le había abierto el corazón.

Miró al otro lado y vio que ella lo estaba mirando. Le lanzó una mirada interrogante. Él negó con la cabeza y fue a unirse a ella.

Le quitó a Luca y lo acunó suavemente en sus brazos. Paris se inclinó hacia él y rodeó a ambos con sus brazos.

—¿Todo bien?

—Más que bien.

Y, mientras sus hermanos y sus esposas se movían a su alrededor, charlando de nada en particular, haciendo planes para el futuro y simplemente siendo felices en el momento, sabía que era, y sería, absolutamente más que bien. Era el futuro que estaba seguro que su madre había deseado para todos ellos.

—Sabes que no puedo imaginarme sin ti y Luca aquí conmigo. La ausencia de ustedes es imposible de comprender —dijo al fin.

—No me diste mucha opción, con la manera en que me rastreaste y me diste un ultimátum.

Harrison se estremeció. —Nunca quiero volver a ser ese hombre, Paris.

Ella se acercó más a él y pasó su dedo por su pecho antes de posarlo en sus labios. —¿Sabes? Es una lástima, porque a veces disfruto bastante de ese hombre, y sé, con certeza, que no se ha ido. Desde luego estaba ahí anoche en la cama.

Él sonrió ante el recuerdo. —Sabes a qué me refiero —le apartó la mano—. Y no hagas eso, o te echaré sobre mi hombro y te llevaré al dormitorio y te asaltaré.

Le gustó la forma en que su rostro se sonrojó y sus ojos se oscurecieron mientras ella imaginaba lo que él le haría.

—Como decía. Quiero que sepas que nunca volveré a obligarte a hacer nada. Eres libre de hacer exactamente lo que quieras. Significas demasiado para mí como para limitarte.

—¿Significo demasiado? —dijo ella, bromeando—. ¿Qué quieres decir exactamente con eso?

Él alzó una ceja. —Ya lo sabes.

Ella abrió los brazos inocentemente. —¿Cómo puedo saberlo? No me has dicho lo que significo para ti.

—Eso fue porque no lo sabía. Pero ahora sí.

Ella jadeó, y sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa. No respondió. Su atención completa estaba en lo que él estaba a punto de decir.

—Te amo. Simple y llanamente —dijo él.

—¿Me amas? —preguntó ella, maravillada. Lanzó una risa de incredulidad—. ¿Me amas? —Arrugó la frente.

—Te amo. Creo que siempre lo he hecho, pero me tomó tiempo entenderlo.

Ella le agarró los hombros. —Dímelo otra vez.

—Te amo.

Ella presionó sus labios con fuerza contra los suyos, como si necesitara sentir las palabras para entenderlas. Se apartó con una risa y se volvió hacia los demás. Indra sostenía a una Charlotte dormida. Sebastian y Alexander estaban hablando y Lily se tocaba el vientre mientras hablaba con Indra sobre el embarazo.

—¡Me ama! —gritó Paris.

Todos la miraron y se rieron.

—¡Por supuesto que te ama! —dijo Lily—. ¡Cualquiera puede verlo!

Ella se volvió hacia Harrison. —Cualquiera excepto tú, mi amor. Pero ahora puedes verlo.

—Ahora puedo verlo —dijo él suavemente, antes de presionar sus labios contra los de ella en un beso que mostraba que ya no había ninguna sombra en su corazón, nada entre ellos excepto un amor profundo y permanente, que ambos sabían duraría para siempre.

—Escuchad —dijo Lily, sus brillantes ojos mirando hacia la puerta principal. Todos dejaron de hablar y siguieron su mirada. Al principio Harrison no podía oír nada. Luego el sonido de canto creció en volumen.

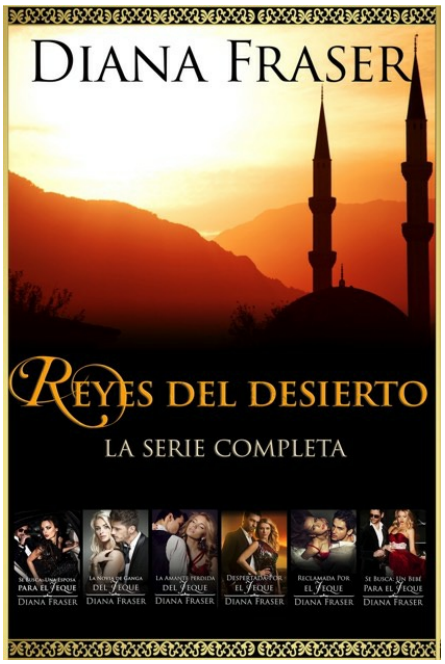
—Serán los cantantes de villancicos. Dijeron que pasarían —dijo Indra—. Hay unos pastelillos de frutas calentándose en el horno. Iré a buscarlos —le pasó Charlotte a Sebastian, y todos cogieron sus abrigos y salieron al porche.

Vestidos con trajes victorianos y llevando un farol, el pequeño grupo de aldeanos y trabajadores de la finca interpretó su repertorio de villancicos, suavizando las notas altas antes de volver al estribillo con entusiasmo. Con su brazo alrededor de Paris y su hijo durmiendo pacíficamente en la cuna en el calor, Harrison miró a su alrededor a su familia. Pensó en el recuerdo de su madre, sabiendo que habría más como ese, y sintió una profunda satisfacción como nunca antes había sentido.

—Esta tiene que ser la mejor Navidad de todas —murmuró Paris, con la cabeza apoyada en el pecho de Harrison.

—La primera de muchas —dijo Harrison, besando la parte superior de su cabeza.

¿Interesado en leer más de mis colecciones completas? Entonces, ¿por qué no revisar las siguientes?



Reyes del Desierto (serie completa)
Los jeques de Havilah (serie completa)

POSTFACIO

Estimado Lector,

Espero que hayas disfrutado leyendo sobre mis Multimillonarios Británicos. Estos libros fueron una especie de carta de amor a Norfolk, Inglaterra, el lugar donde crecí y viví hasta los dieciocho años. Viví en un pueblo costero muy cerca de Holkham Hall (que apareció en *El Matrimonio por Contrato del Multimillonario*) y Blakeney. Pero Blakeney era nuestro destino para los paseos dominicales por las marismas donde cavábamos en busca de berberechos, nos deslizábamos en el lodo y remábamos en botes por el río.

También tengo dos conexiones personales con *La Imposible CEO del Multimillonario*. Una es Newham, en el East End de Londres, donde vivían Lily y Robbie. Fue aquí donde mi madre, Kathleen, nació en una familia irlandesa pobre, devastada por la tuberculosis desenfrenada. A los tres años, mi madre fue internada en un orfanato donde vivió hasta los quince años. La otra conexión es con mi hermano, Phil, quien murió de Enfermedad de la Neurona Motora en 2021. Mi madre y mi hermano eran muy parecidos y se adoraban. Los extraño a ambos cada día.

Disfruté tanto volviendo a mi Norfolk natal que tengo planes para más libros ambientados en la misma zona. Si deseas recibir un correo electrónico para informarte cuando se haya publicado mi último lanzamiento, puedes suscribirte a mi lista de correo a través de mi sitio web, o hacer clic en el botón + Seguir en mi página de Amazon.

¡Feliz lectura!

Diana

OTRAS OBRAS DE DIANA FRASER

-Reyes del desierto-

Se busca: Una esposa para el jeque

La novia de ganga del jeque

La amante perdida del jeque

Despertada por el jeque

Reclamada por el jeque

Se busca: Un bebé para el jeque

Reyes del Desierto (serie completa)

-Los jeques de Havilah-

El bebé secreto del jeque

Comprado por el jeque

La amante prohibida del jeque

Ríndete al jeque

Llevada al harén del jeque

Los jeques de Havilah (serie completa)

-Jeques de Diamante-

A las órdenes del jeque

A merced del jeque

Por placer del jeque

Diamond Sheikhs Boxed Set (serie completa)

-Secretos de los jeques-

La venganza del jeque por seducción

El hijo secreto del jeque

La trampa matrimonial del jeque

-Multimillonarios Británicos-

El matrimonio de contrato del multimillonario

La CEO que desafió al multimillonario

El bebé secreto del multimillonario

Multimillonarios Británicos: La Serie Completa

-Romance italiano-

La amante perfecta del italiano

Seducida por el italiano

El italiano apasionado

Una Navidad accidental

Romance italiano en caja (serie completa)

- Romances contemporáneos de pueblos pequeños-

-Los Mackenzie-

Un lugar llamado hogar

Secretos en Parata Bay

Escapada a Shelter Springs

Lo que ves en las estrellas

Segunda oportunidad en Whisper Creek

Verano en el Lakehouse Café

The Mackenzies Boxed Set (Libros 1-3)

La caja de los Mackenzie (Libros 4-6)

La caja completa de los Mackenzie

-Lantern Bay-

Tuyo para dar

Tuyo para atesorar

Tuyo para atesorar

Tuya para siempre

Para siempre

Tuya para amar

Lantern Bay Box Set (Libros 1-3)

Lantern Bay Box Set (Libros 4-6)

Caja completa de Lantern Bay

-Romance medieval-

Reclamar a su dama

Seduciendo a su dama

Despertando a su Dama

Caballeros de Norfolk (1-3)

Defendiendo a su Dama

Honrando a su Dama

* * *